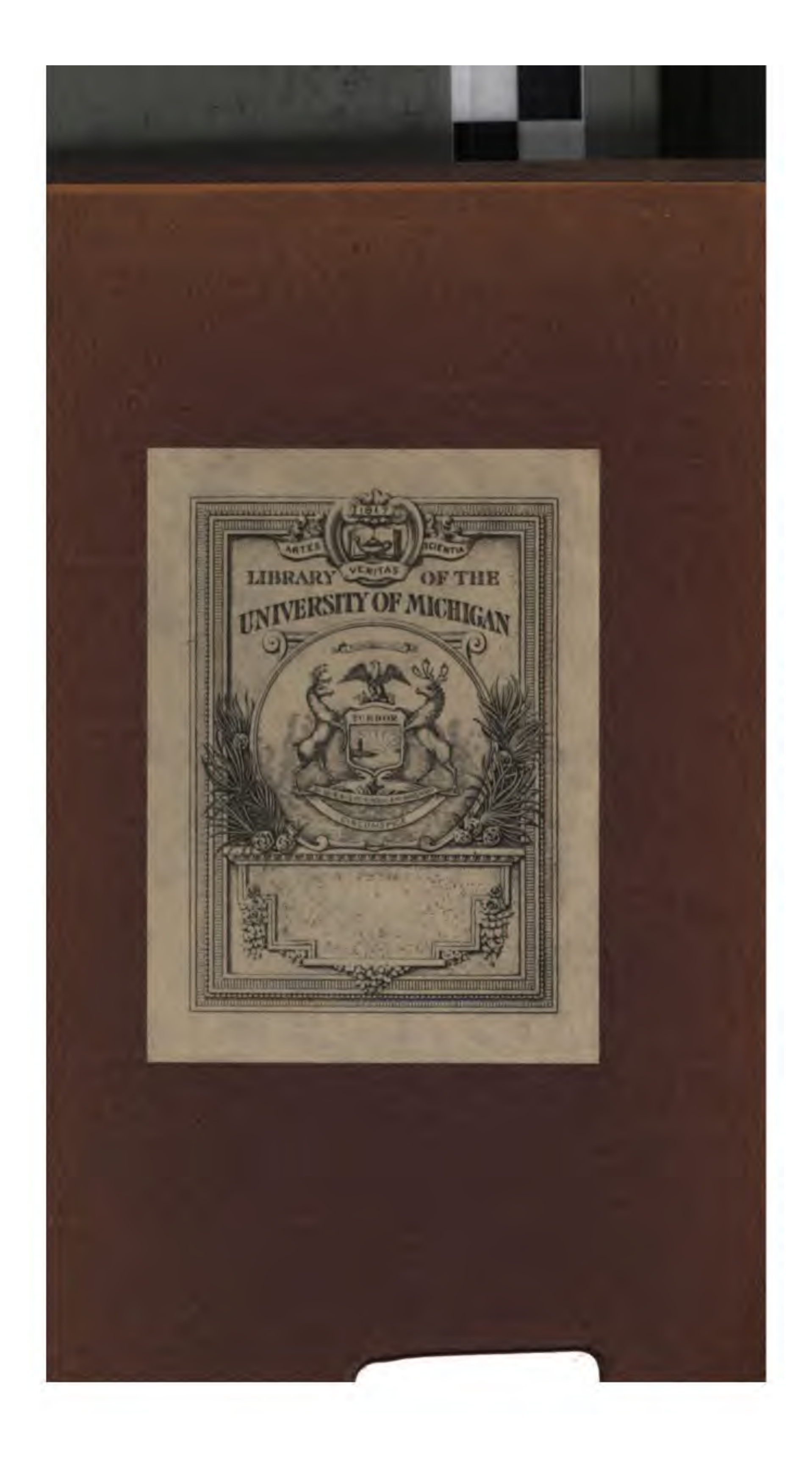
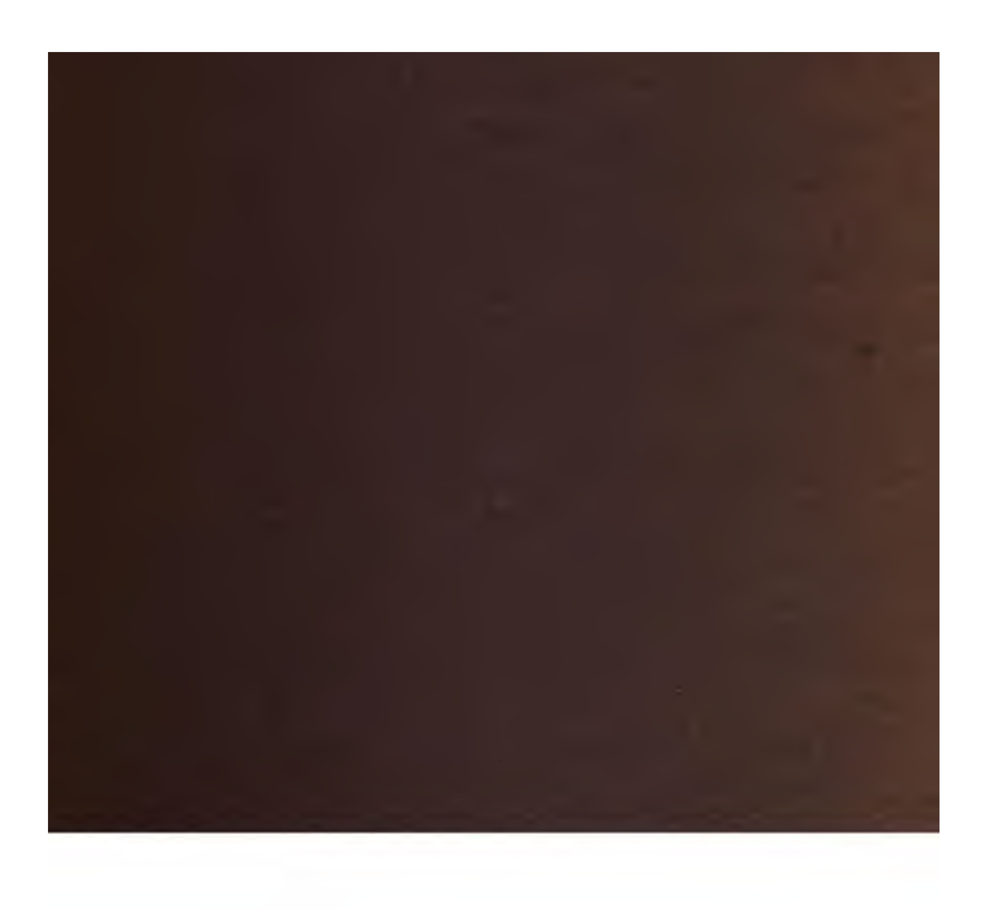
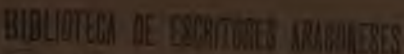



1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR







BIBLIOTECA DE ESCRITORES ARAGONESES
Publicada por la Excelentísima Diputación provincial de Zaragoza

SECCIÓN LITERARIA
TOMO VI.

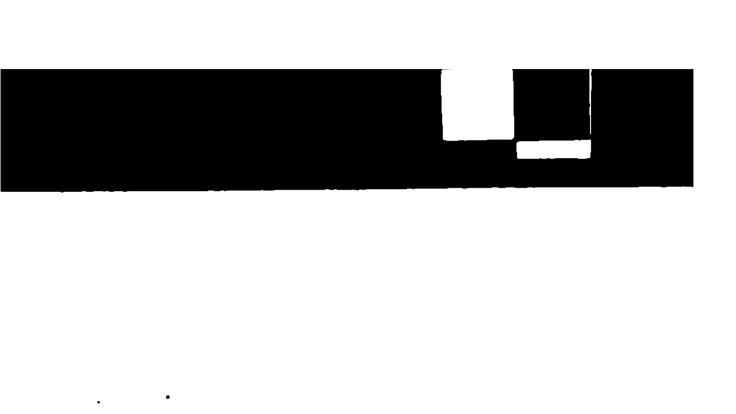
CONQUISTA
DE LAS
ISLAS MALUCAS
AL REY FELIPE TERCERO
NUESTRO SEÑOR

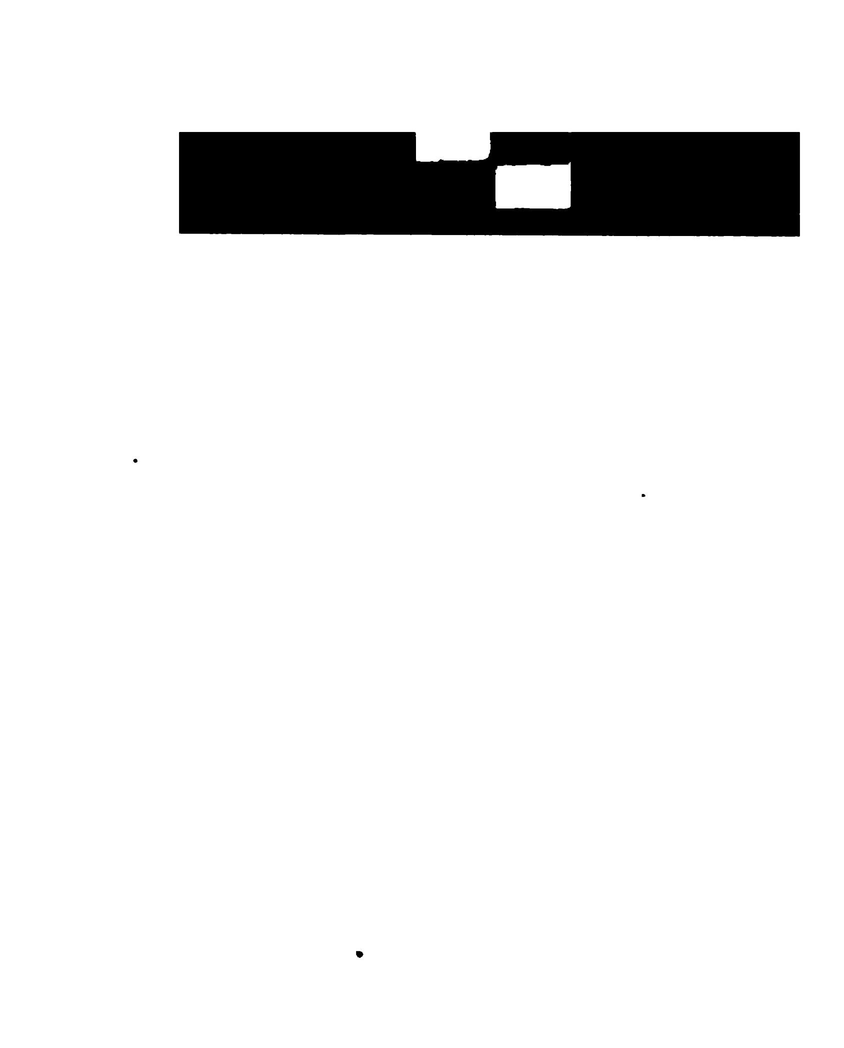
ESCRITA POR EL LICENCIADO

Bartolomé Leonardo de Argensola
CAPELLÁN DE LA MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ
Y RECTOR DE VILLAHERMOSA.



ZARAGOZA
IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL
1891





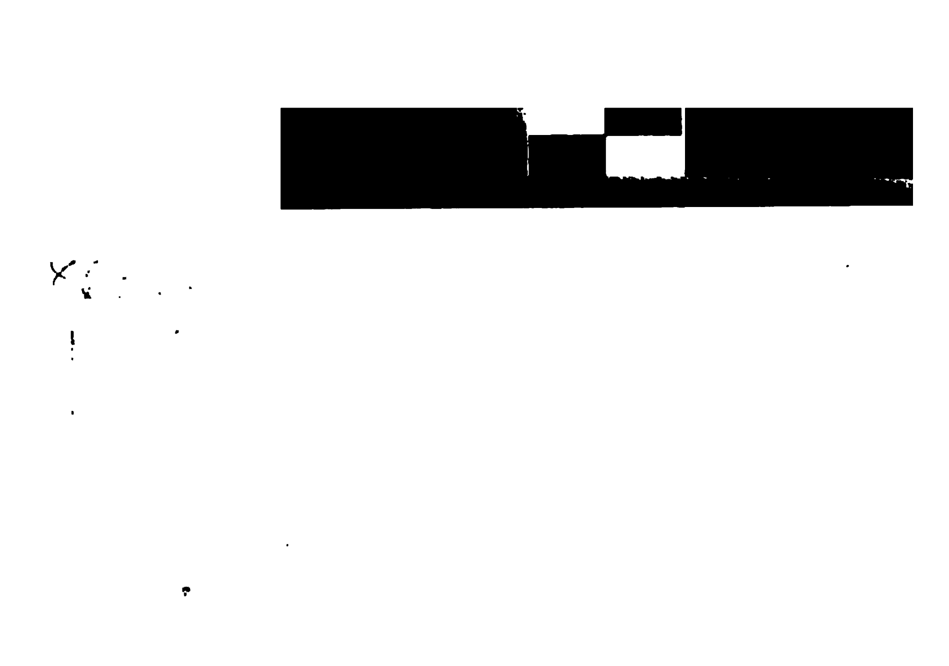


CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS



ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR





BIBLIOTECA DE ESCRITORES ARAGONESES

Publicada por la Excelentísima Diputación provincial de Zaragoza

SECCIÓN LITERARIA

TOMO VI.

CONQUISTA

DE LAS

ISLAS MALUCAS

AL REY FELIPE TERCERO

NUESTRO SEÑOR

ESCRITA POR EL LICENCIADO

Bartolomé Leonardo de Argensola

CAPELLÁN DE LA MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ

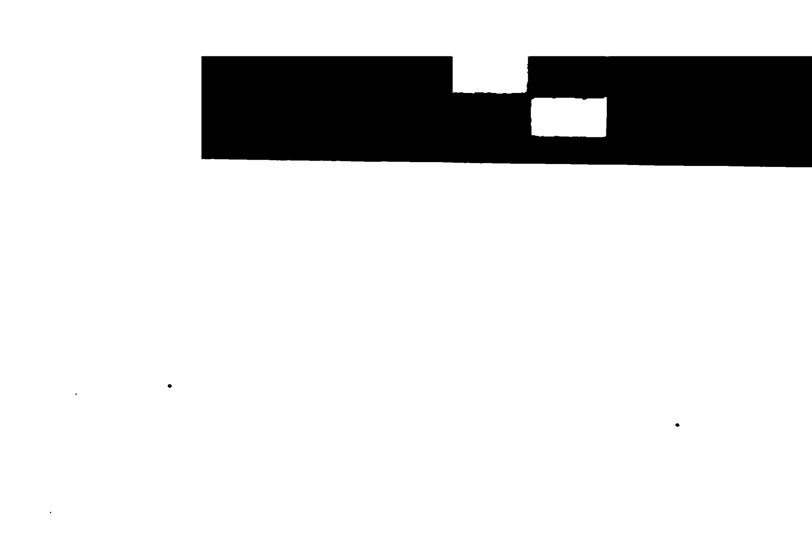
Y RECTOR DE VILLAHERMOSA.



ZARAGOZA

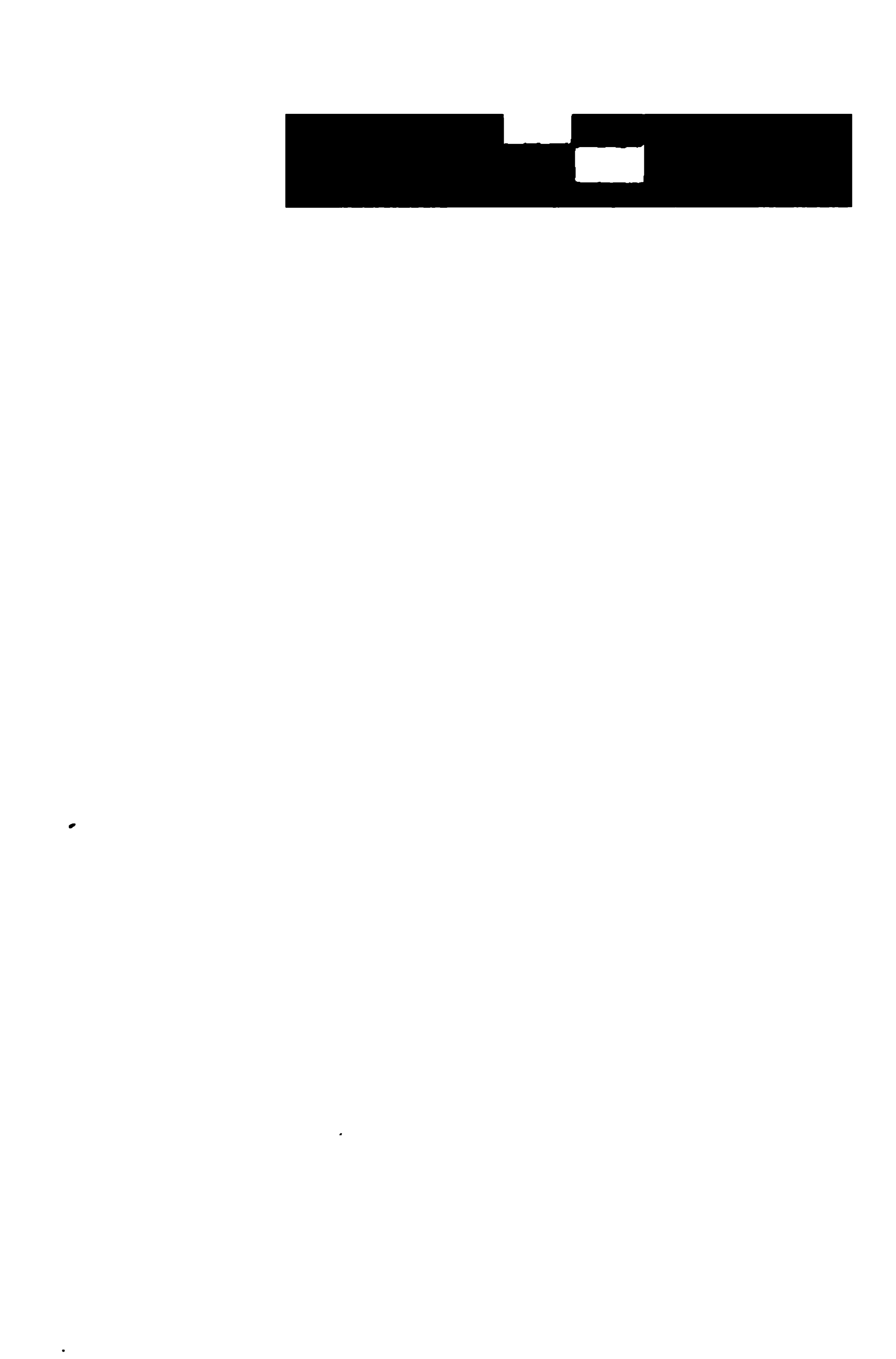
IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL

1891





CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS





CONQUISTA

DE LAS

ISLAS MALUCAS

AL REY FELIPE TERCERO

NUESTRO SEÑOR

ESCRITA POR EL LICENCIADO

Bartolomé Leonardo de Argensola,

CAPELLÁN DE LA MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ

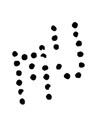
Y RECTOR DE VILLAHERMOSA



ZARAGOZA

IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL

1891





JUNTA LITERARIA

DE LA

Biblioteca de Escritores Aragoneses.

En sesión celebrada el día 9 de Mayo de 1890 se acordó por unanimidad reimprimir la Conquista de las Islas Malucas de D. Bartolomé Leonardo de Argensola; que el Sr. Presidente rogase al R. P. Miguel Mir, de la Real Academia Española, ornara con un Prólogo, escrito por su docta pluma, la edición proyectada, y que, si ésta obtuviera tal honor, se hiciese público el ruego de la Junta al sabio Académico y perfecto prosista, como testimonio de respeto al mismo.

V.° B.°
EL PRESIDENTE
Faustino Sancho y Gil

EL SECRETARIO
MANUEL LASCORZ

[redacted]

La Junta literaria que tengo la honra de presidir, ha acordado por unanimidad de votos la reimpresión de la Conquista de las Islas Malucas, *del mejor de los prosistas aragoneses, y que la ilustre con un Prólogo el mejor de los prosistas contemporaneos. El mejor de los prosistas contemporaneos es, por veredicto de la crítica más ilustrada y pura, el autor eximio de la* Harmonía.

Si V. S. accede á poner el pórtico que se le pide en tan clásico monumento, la memoria de Argensola recibirá honor altísimo y la «Biblioteca de Escritores Aragoneses» estimará, como su trofeo más insigne, los rasgos de la péñola del hombre, conocedor de todas las ciencias, de muchos idiomas y de varias literaturas, que dispone del habla de Castilla con el señorío que Fray Luís de León dispuso, que construye el período clásico con ritmo que agrada más aún que

el de la poesía, y que ha dedicado á ensalzar á los ascéticos del Siglo de oro páginas hermanas de las del P. Granada.

Esta Junta literaria prométese que será atendida su súplica, porque conoce la nativa bondad de la persona á quien la dirige.

Dios guarde á V. S. muchos años.— Palacio de la Diputación provincial de Zaragoza á 10 de Mayo de 1890.

EL PRESIDENTE
FAUSTINO SANCHO Y GIL

Reverendo Padre Miguel Mir

[redacted]

Señor Don Faustino Sancho y Gil

Mi querido amigo:

Hace tiempo, mucho tiempo que debí contestar al oficio que fué V. servido de enviarme, comunicándome el acuerdo de la Junta literaria de la Biblioteca de Escritores Aragoneses sobre escribir yo un Prólogo á la nueva edición de la «Conquista de las Islas Malucas» del Doctor Bartolomé Leonardo de Argensola. *No lo hice inmediatamente porque creyendo que el tal Prólogo sería cosa fácil y que podría despacharse en pocos días, me pareció que la mejor contestación sería enviarle á V. el trabajo que la Junta había tenido á bien encomendarme. Mas al ir á desenvolver mis ideas fuéronse éstas trabando unas de otras y empeñando mi curiosidad de manera, que lo que pensé ser estudio de pocos días lo fué de largos meses, y lo que creí poderse comprender en unas cuantas páginas ha resultado lo que V. verá por el original que le envío. Con esto dejé de cumplir con V. no respondiendo á tiempo á su invitación, y también traspasé por ventura el deseo de la Junta, escribiendo un ensayo excesivamente minucioso y prolijo; pero ambos daños están ya hechos, y por lo que á mí toca no veo el modo de remediarlos.*

Tal cual es este ensayo sobre la fisonomía literaria de Bartolomé Leonardo de Argensola tiene sin duda gran-

[redacted]

des defectos. Algunos conozco yo y otros me los ocultará seguramente el afecto de padre; pero, ó yo me engaño mucho, ó tiene un mérito que le redime de no pocas de sus faltas, y es que, nacido al calor del entusiasmo que tengo por las cosas de Aragón, me parece que este entusiasmo se refleja ó trasparenta bastante bien en sus líneas. De este mérito es claro que no me cabe á mí parte alguna, siendo todo él debido á la causa grandiosa que lo ha ocasionado, al trato y buena conversación de los excelentes sujetos que he hallado en este nobilísimo país y al dulce afecto de amistad que en mí han engendrado. Tome, pues, cada cual lo que le toca en este punto; y sea únicamente para mí la satisfacción de haber hecho algo por enaltecer los timbres de la nación aragonesa y de haber dejado en mi paso por la ciudad de Zaragoza un rastro del afecto entrañable que me une con muchos de sus ilustres ciudadanos y del íntimo agradecimiento que les debo por las muestras de respeto, honor y consideración que de ellos he recibido.

Al comunicar este mi estudio á la Junta literaria de la Biblioteca de Escritores Aragoneses desearía, mi querido Don Faustino, que le hiciese V. presente mi gratitud por el honor que me dispensó al encargármelo; y ya que la dirección ó presidencia de esta Junta corresponde á la Excelentísima Diputación provincial de Zaragoza, y puesto que ésta ha tomado también parte eficacísima en el buen éxito de mi ensayo, proporcionándome datos, noticias y documentos que solamente podía facilitarme su valiosa cooperación, ruégole asimismo que sea V. el intérprete de

mi más cordial agradecimiento á esa Excma. Diputación, que celosa de cuanto puede interesar á la gloria de Aragón, tanto empeño ha mostrado por el merecido enaltecimiento de uno de sus hijos más ilustres.

No quiero cerrar esta carta sin protestar contra los elogios á todas luces exagerados que V. me dedica. Yo no soy sabio, ni buen escritor, ni nada de todo eso que V. dice de mí. Tengo solamente grande entusiasmo por las letras, y en virtud de este entusiasmo voy haciendo lo que puedo y saliendo del paso como Dios me da á entender. Mero aficionado á la literatura, llevo adelante mis ensayos con mucho trabajo y estudio, muy descontento y mal satisfecho de mi, y sintiendo tan grande como honesta y bien intencionada envidia hacia los hombres que saben, escritores de verdad, y á quienes veo encumbrarse por las fuerzas de sus ingenios á las más altas regiones del arte y de la gloria; mas este mi entusiasmo y estudio deseo aplicarlos al bien de los que acertaren á leer mis pobres escritos, y este es el único mérito á que en ellos aspiro.

Tiene el gusto de repetirse de V. afectísimo amigo

Miguel Mir

Zaragoza 12 de Setiembre de 1891

[redacted]



ESTUDIO LITERARIO

SOBRE EL DOCTOR

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

ADVERTENCIA

Los datos y documentos que han servido principalmente para este estudio, demás de las obras del propio Bartolomé Leonardo de Argensola, fueron recogidos por el Doctor Juan Francisco Andrés de Ustarroz en los *Progresos de la Historia en el Reino de Aragón y elogios de sus Cronistas*, cuya primera parte, relativa á Zurita, está publicada en la *Colección de Escritores Aragoneses*, quedando la segunda inédita aún en la Real Academia de la Historia. De la parte del manuscrito referente á los Argensolas debemos copia al Excmo. Sr. Conde de la Viñaza. Es notorio que D. Juan Antonio Pellicer, al publicar en el *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles* las *Noticias literarias sobre las vidas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola*, no hizo sino extractar y aun copiar en gran parte el manuscrito de Ustarroz. De estas *Noticias* de Pellicer se han aprovechado casi todos los que han escrito sobre los dos ingenios aragoneses, y particularmente el Excmo. Sr. Duque de Villahermosa para su Discurso de entrada en la Real Academia española, si bien las exornó y adicionó con juicios muy nuevos y acertados acerca de las obras de los Argensolas. Además de los datos que ofrece el manuscrito del Doctor Andrés de Ustarroz, hemos utilizado los muchos que hay esparcidos en libros sobre las cosas de Aragón, como por ejemplo, la *Biblioteca* de Latassa, las *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón* del Doctor Vicencio Blasco de La Nuza, las *Historias de la Universidad de*

2

Zaragoza de Camón y Borao, la biografía del Doctor Bartolomé Argensola del Brigadier de Artillería Don Mario de La Sala, los estudios sobre el mismo Doctor Bartolomé del Conde de la Viñaza, publicados al frente de varias de sus obras, y otros libros y papeles que se citan en el texto. También debemos noticias muy curiosas sobre los acontecimientos de la vida de Argensola á algunos literatos de Zaragoza, singularmente conocedores de la historia de Aragón, y á cuya discreción y sabiduría no acude jamás en vano el menesteroso de sus luces. Por último, cumple manifestar nuestro agradecimiento á la Excelentísima Diputación provincial de Zaragoza, la cual, vivamente interesada por cuanto puede contribuir á la gloria de Aragón, ha prestado su cooperación eficacísima al buen éxito del trabajo que fué servida de encomendarnos, debiéndose á su celo y actividad el hallazgo de los importantes documentos que lo avaloran, y que son sin duda su más preciado ornamento.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

En aquel período gloriosísimo de nuestra historia que por universal consentimiento suele apellidarse con el nombre de *Siglo de oro*, florecieron en España dos varones insignes, no menos hermanos en la sangre que en las dotes del entendimiento, los cuales entre la muchedumbre innumerable de ingenios que ilustraron entonces nuestra patria alcanzaron lugar preeminente, y que aún ahora, á pesar de la acción del tiempo que todo lo gasta y consume, campean llenos de gloria en el cielo esplendente de las letras españolas.

Nacidos en Barbastro en la segunda mitad del siglo décimo sexto[1], fueron fruto del enlace ó mezcla de la sangre española con la extranjera, de la cual han solido resultar en nuestra patria ejemplos singulares de intelectual y moral grandeza. Llevaba su padre el apellido de Leonardo, ilustre en la ciudad de Ravena en Italia, y su madre el de Argensola, esclarecido también en la antigua nobleza de Cataluña; y fieles sus hijos al respetuoso cariño que debían á sus progenitores quisieron conservar en sus escritos

1 Entre los historiadores de las vidas de los Argensolas hay gran variedad en señalar las fechas de sus nacimientos; pero está ya demostrado con toda evidencia, pues así consta de las partidas de bautismo que se conservan en la Iglesia parroquial de Barbastro y cuya copia legalizada puede verse en los *Documentos justificativos* de este Ensayo, que Lupercio Leonardo fué bautizado el 14 de Diciembre de 1559 y Bartolomé el 26 de Agosto de 1562.

el recuerdo de entrambos, firmándose siempre *Leonardo de Argensola*. Lupercio, el mayor, siguió la carrera de la Jurisprudencia y con ella sirvió al Estado en graves y difíciles empresas; el menor, Bartolomé, se afilió al Sacerdocio y desempeñó en la Iglesia cargos muy importantes. Pero aunque tan desemejantes el uno del otro por las ocupaciones de sus vidas, uniéronse ambos en el amor que profesaron á las letras y en la gloria que con ellas alcanzaron. Escribieron poco; pero en todo lo que salió de sus plumas se admiran vivamente reflejados los destellos de la eterna hermosura que resplandece en las regiones más elevadas del arte y del buen gusto. La investigación erudita les debe notables aumentos; cuéntalos la historia entre sus intérpretes más eximios, y el arte de la poesía logró en ellos cultivadores tan felices, que en aquella dichosa edad en que florecieron los poetas más ilustres que jamás tuvo nuestra patria, fueron juzgados por los más doctos, elegantes y únicos en su línea, habiendo alcanzado de la opinión general el honroso nombre de los *Horacios españoles*, apellido que les mereció la pureza inmaculada de su estilo, la gracia y urbana elegancia de su frase y aquella maravillosa tersura y sobriedad de conceptos que brilla en las obras del poeta de Venusa, y que ellos supieron felicísimamente reproducir en sus inmortales escritos.

A diferencia de lo que aconteció á gran parte de los ingenios de su tiempo, los hermanos Argensolas no tuvieron que luchar con las estrecheces de la pobreza ni con el desvío ó malevolencia de sus contemporaneos. La fortuna les fué siempre favorable. Si no vivieron en aquella abundancia de riquezas que excita la envidia y la maledicencia, alcanzaron la dorada medianía tan apetecida de los buenos ingenios, la cual, alejando de sus ánimos los míseros cuidados de la vida, les dió la paz y serenidad que necesitaban para poderse emplear libremente en las especulaciones del espíritu. Sus obras y sus personas fueron objeto de los elo-

gios más entusiastas y del aprecio universal. La opinión de sus contemporaneos los colmó de todos los honores á que puede aspirar una honesta ambición. Sus talentos y cualidades morales los hicieron intervenir en los acontecimientos más importantes que pasaron en su patria. Mientras vivieron ni un momento se interrumpió esta hermosa alianza del mérito y de la fortuna; y al desamparar la baja región de este mundo dejaron tras de sí larga muchedumbre de admiradores, la cual, reproduciéndose de generación en generación, ha perpetuado su memoria tributando á la excelencia de sus ingenios el homenaje de la estimación más respetuosa y del aplauso más vivo y sincero.

El haber sido los hermanos Argensolas tan semejantes en sus aficiones literarias y en los triunfos que con ellas alcanzaron, fué causa de que sus contemporaneos, confundiéndolos en una admiración común, no deslindasen con bastante exactitud el mérito de cada uno de ellos. Esta confusión perjudicó evidentemente á su gloria, ya que mezclados sus nombres en los aplausos de unas mismas alabanzas, no bien discernidas sus obras, antes atribuídas á uno las que indudablemente pertenecían al otro, y aun barajados á veces sus nombres de una manera inverosímil[2], perdió cada cual lo que más tenía que realzarle, que es aquella nota propia, peculiar y característica que distinguiéndole de los demás le había de constituir en personalidad singular é independiente.

En medio de esta confusión en que envolvió á los Argensolas el entusiasmo de su tiempo, es hoy muy difícil reconstruir sus fisonomías literarias, haciéndolas revivir en la mente con sus rasgos propios y distintivos; y se dificulta aún más esta representación por la distancia no menos que

2 Cervantes en su *Viaje al Parnaso*, cap. III, llama á los Argensolas *los Lupercios*, dando á los dos el nombre del mayor. En igual error incurrió el autor del *Panegyrico por la poesia*, impreso en Sevilla el año de 1627, y dado recientemente á la estampa por el Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán, Marqués de Xerez de los Caballeros (Sevilla, 1886).

de tres siglos que de ellos nos separa, por la escasez de sus escritos y por la falta de noticias sobre sus vidas que han llegado hasta nosotros; y con todo esto, es tal la simpatía que engendra la contemplación de estas figuras, siquiera borrosas y mal determinadas, que á poco que se fije en ellas la atención, siéntese el ánimo vivamente movido á acometerla, esperanzado de que en llevarla á cabo ha de encontrar no menos dulce deleite que sana y provechosa enseñanza.

Noble en verdad y en gran manera útil y agradable sería estudiar cada una de estas figuras por sí, y después de analizar las cualidades extrínsecas que se vienen á los ojos, penetrar en las interioridades de su sér y buscar en él la raíz de aquellas perfecciones que tanto nos agradan cuando las miramos por de fuera. Hermoso sería distinguir y particularizar las dotes que constituyen la esencia de cada uno de los dos ingenios, y habiendo estudiado en Lupercio al poeta insigne, al grave historiador, al repúblico eximio, poner á su lado la figura de su hermano Bartolomé, también poeta, también historiador y también repúblico, á pesar de su pacífica condición de Sacerdote, y ver á uno y á otro moverse en el ambiente social que los rodea, y considerar las muestras que dan de su gallarda actividad, y tantear y aquilatar los méritos y excelencias de cada cual, para fallar el litigio todavía pendiente sobre á quién de los dos es debida la preferencia. Y pondría el colmo á este estudio, investigados ya los méritos y las excelencias de uno y otro escritor, buscar el origen y las condiciones de su crecimiento, y ver cómo se formaron y desarrollaron á vueltas de las circunstancias en que ambos vivieron, y qué parte debe atribuirse en esta formación á las nativas cualidades de sus entendimientos, y cuál á las condiciones extrínsecas de sus vidas, para venir á apreciar las razones de estas diferencias y los elementos de aquellos delicadísimos matices que los distinguen y singularizan.

[redacted]

Mas este estudio tan bello y provechoso es evidentemente inoportuno en la ocasión presente, ya que habiendo tomado la pluma para introducir al lector al examen de una de las obras puramente literarias de Bartolomé Leonardo, huelga sin duda todo cuanto se refiera á su hermano Lupercio; y aun lo que se diga de Bartolomé ha de ir ceñido á la parte literaria de su fisonomía, que es la única que puede interesar al que quiera formar juicio exacto del mérito del escritor. Así, dando de mano, no sin cierto disgusto, á este estudio, y dejando también en la sombra los merecimientos del mismo Bartolomé en lo que concierne á su cualidad de Sacerdote, Rector de Villahermosa y Canónigo zaragozano, y á la más ruidosa de hombre político que intervino en los asuntos públicos en tiempos de los más turbados de su patria, nos concretaremos al examen de sus merecimientos literarios, investigando los elementos intelectuales y morales que contribuyeron á la formación de su ingenio y á darle aquella cultura amplia y generosa que le granjeó el prestigio y reputación que tuvo entre sus coetaneos, y que le preparó á la producción de unas obras que han sido juzgadas en todo tiempo como gloria del humano entendimiento y honor de las letras castellanas.

Al representarnos la figura literaria del menor de los Argensolas, y cuando estudiamos las cualidades que la formaron, así las espontaneas y naturales como las adquiridas con el esfuerzo y estudio, se nos ofrece cual uno de los más bellos ejemplares del literato ó humanista, tal como lo produjo en España la memorable edad llamada del Renacimiento. Habíale prevenido el cielo con las dotes y condiciones más excelentes para brillar en esta clase de estudios. Su inteligencia era clara y perspicaz, viva y variada su fantasía, su manera de sentir noble y levantada, enlazándose estas facultades con tal concierto en su alma, que de ellas resultó un conjunto rico y harmonioso cual raras veces se ve en el humano ingenio. Inclinado desde su niñez á cosas y acciones generosas, no tuvo dichas facultades estériles y baldías, ni menos las empleó en objetos indignos y envilecedores, sino que las cultivó con esmero, las ennobleció con el trabajo y el estudio, y cuando llegó la ocasión de hacer de ellas la aplicación oportuna, las ocupó en asuntos que al par que perfeccionaron su inteligencia y engrandecieron su corazón, colmaron de provecho á sus semejantes y de honor y gloria á su patria.

Objeto especial de sus estudios y trabajos fué la investigación de las leyes y preceptos de la eterna hermosura que reluce en las cosas, así las del orden material y sensible como las del inmaterial é invisible, y la aplicación de estas leyes á la realización de las obras ó concepciones de la mente, habiendo puesto tanto empeño en esta aplicación, que de ella formó la ocupación principal de su vida. Cuán felizmente estuvo ésta empleada y los frutos que resultaron de su actividad, dícenlo la excelencia de sus escritos y la diferencia que los separa de la mayor parte de los que se publicaron en su tiempo. Porque si en medio de la muchedumbre de escritores de que fué tan fecunda la España del siglo décimo sexto, hubo muchos que alcanzaron

noticia más profunda de la clásica antigüedad de la que poseyó Bartolomé Argensola, si otros penetraron más adentro en los arcanos de la filosofía y de la historia, si conocieron más de cerca la realidad de las cosas, y vieron más gentes y naciones y descifraron mejor los enigmas que propone el Universo á nuestra contemplación, pocos hubo que enlazasen con más hermosa harmonía en su mente esta variedad de conocimientos y que traspasasen con más acierto á sus escritos las enseñanzas que de ellos se derivan. Otros escritores produjeron más, fuese por ceder á la irrefrenable exuberancia de sus ingenios, ó por halagar el gusto del vulgo que exigía esa continua, afanosa y desordenada producción; nuestro Argensola se contentó con escribir poco, pero bueno, atento á agradar no á los más, sino á los mejores, si consultando por una parte su propia inspiración, no desviando nunca los ojos de los ejemplares de la perfección artística, cuyas bellezas procuraba imitar, y señaladamente aquella sobriedad en el uso de sus facultades, que es el colmo de su perfección y su más acabado complemento. Fué esto efecto de la nativa correspondencia de estas mismas cualidades, de la educación literaria que recibió, de la bien entendida imitación de los mejores modelos, del trato y conversación que tuvo con los varones más doctos de su tiempo y aun de las vicisitudes de su vida, las cuales, al par que le alejaron de las sacudidas violentas que trastornan y esterilizan á veces las mejores disposiciones del ánimo, le ofrecieron las ocasiones más favorables que pudo desear para el cultivo de las dotes de su entendimiento, y para engendrar y perfeccionar en su alma aquellos hábitos de paz y de serenidad de espíritu, que son las condiciones necesarias para la producción de las obras artísticas.

La época en que tocó vivir á Bartolomé Leonardo fué la más á propósito para el logro de estas dichosas disposiciones. En la segunda mitad del siglo décimo sexto había llegado nuestra nación al grado de cultura literaria más

brillante y fecundo que hasta entonces había alcanzado. La semilla sembrada en el campo de las letras españolas por Antonio de Nebrija, Vergara, Ginés de Sepúlveda y otros varones insignes, no sólo había germinado vigorosa y pujante, sino que estaba ya dando los frutos más sazonados de sabiduría y de buen gusto. Los preceptos clásicos aprendidos en los monumentos de Grecia y de Roma, después de haber sido estudiados según los mejores métodos, eran felicísimamente aplicados á las obras del ingenio, tales como podía producirlas la gallardísima espontaneidad de los españoles. La estudiosa juventud, puesta bajo la dirección de profesores doctísimos, era amaestrada no sólo en las leyes y reglas morales que forman y ennoblecen el carácter del hombre, sino también en aquellos dogmas de eterna sabiduría que engrandecen la mente y la adiestran y le franquean el camino para la resolución de los arcanos que nos presenta el estudio de la naturaleza. Grandes centros de educación se creaban en todas partes, reformábanse los antiguos, y la más noble emulación y competencia por el fomento de los buenos estudios reinaba en las clases más granadas de la sociedad española.

Al par de las Universidades de Alcalá, Salamanca, Valencia y otras cien que fomentaban con empeño la difusión de la enseñanza, brillaba en aquellos días la de la retirada ciudad de Huesca, si no de tan ruidosa celebridad como aquéllas, no menos celosa de comunicar á la juventud que á ella acudía el caudal de doctrina que formaba entonces la mejor instrucción y cultura literaria. A esta Universidad fué enviado Bartolomé por su padre Juan Leonardo, que estaba á la sazón en Alemania[1], donde servía como Secretario al Emperador Maximiliano II, Gobernador que fué varias veces de España durante la ausencia de Carlos V y del Príncipe Don Felipe. En sus aulas, en compañía de su hermano mayor Lupercio, de quien ya es hecha mención, y de otro menor Pedro que falleció en lo mejor de

su edad, abrió su entendimiento á la investigación de las verdades que la luz de la sabiduría descubre á la mente de la estudiosa juventud; allí, bajo la dirección de doctos profesores, estudió con ahinco los modelos de la clásica antigüedad, los cuales, mostrándole los rastros de la hermosura que en ellos resplandece, depositaron en su alma las semillas de una educación que tan buenos frutos había de rendir más adelante; el estudio de la Filosofía manifestó á su inteligencia las razones y causas supremas de las cosas, afianzándola en las bases indestructibles del orden intelectual y moral; la ciencia del Derecho le imbuyó en los principios de rectitud que mantienen unidos los elementos de la humana sociedad, y la sagrada Teología, levantándole á una esfera de conocimientos inaccesibles á las fuerzas de la razón humana, le hizo entrever los arcanos de una Providencia sobrenatural, que se ha dignado manifestarse á los hombres para hacerlos partícipes de los tesoros más preciados de su misericordia. Cuánto hubiese de aprovecharse Bartolomé Leonardo de esta enseñanza acredítalo el hecho de que habiéndose inclinado á la carrera del Sacerdocio, aun antes de cumplir la edad canónica, á los veintidós años, fué acreedor á que le fuese conferida aquella altísima dignidad, mediante las necesarias dispensas.

Pero si la enseñanza recibida en la Universidad de Huesca echó los cimientos de la educación y formación intelectual de Bartolomé Leonardo, el ambiente social en que creció y que dió á estos elementos su mayor lustre y perfección, fué el que se cernía entonces sobre la ciudad de Zaragoza. En aquel tiempo estaba la capital del antiguo reino de Aragón en el principio de un período de cultura literaria, que había de extender su gloria no sólo por los límites de la región aragonesa, sino por los de toda la patria española. La Universidad cesaraugustana que hasta entonces había respirado en una atmósfera lánguida y desalen-

tada, lograba notabilísimas creces y aun alientos de nueva vida, gracias á la munificencia del famoso Prior de La Seo Don Pedro Cerbuna. Deseoso este varón esclarecido de dotar á la capital aragonesa de un establecimiento de enseñanza donde pudiera la juventud recibir una educación literaria tan completa como la que recibía en las más famosas Universidades de España, había aumentado al antiguo claustro con cátedras nuevas, llamando para desempeñarlas á varones que, con la fama de su nombre y con el brillo de su doctrina, acreditasen la reciente fundación y fuesen el sólido fundamento de la gloria á que la destinaba.

Todas las ciencias entonces cultivadas lograban en la renovada Universidad eximios profesores. La sagrada Teología estaba dignamente representada por el P. Fray Jerónimo Xavierre, Prior del convento de Predicadores de Santo Domingo en Zaragoza, varón de los más insignes de su tiempo, que fué llamado más tarde á dirigir la conciencia del Rey Don Felipe III y condecorado con la altísima dignidad cardenalicia, y de quien dice uno de los antiguos historiadores de esta escuela[3] haber sido «la piedra fundamental de la Universidad de Zaragoza, no sólo de la Facultad teológica, sino de toda la enseñanza de la sana doctrina». Dignísimos compañeros de este esclarecido profesor en la enseñanza teológica fueron el agustino Fray Pedro Malón de Chaide, predicador ilustre, autor del célebre libro de la *Conversión de la Magdalena*, y uno de los escritores de más brillante imaginación y florido lenguaje que ha habido en España, Fray Juan Granada, dominico, teólogo insigne y orador elocuente, y Francisco Gayán, Francisco Maldonado y Felipe Monreal, no menos doctos y experimentados. La ciencia de los Cánones tenía afamados intérpretes en el Doctor Martín Miravete de Blancas, que joven aún era ya famoso

3 Don Inocencio de Camón en sus *Memorias literarias de Zaragoza*, parte 1.ª, p. 27.

como catedrático de la Universidad de Lérida, de donde fué llamado á Zaragoza por el benemérito Cerbuna; Juan de Rivas, Lugarteniente que fué del Justicia de Aragón y el Doctor Juan Francisco Torralva. La doctrina del Derecho, enaltecida siempre en Aragón, gozábase con ilustradores insignes en el Doctor Juan Costa, á quien habían ya admirado Barcelona y Salamanca como orador elocuentísimo, y Mícer Carlos Montesa, igualmente versado en la ciencia del Derecho que en la de la Filosofía, y traductor de los famosos *Diálogos de amor* de León Hebreo. En el ameno cultivo de las letras humanas continuaban las gloriosas tradiciones dejadas en los viejos estudios de Zaragoza por el célebre helenista Lorenzo Palmireno, prez de Alcañiz, y por Pedro Juan Núñez, maestro de Juan Costa, de Miguel Belenguer y otros humanistas aragoneses, el sabio manchego Pedro Simón Abril, uno de los profesores que más fiel y gloriosamente seguían en España las huellas de Antonio de Nebrija, no menos docto en la lengua latina que en la griega, y traductor benemérito de Aristóteles, Cicerón, Terencio y otros autores clásicos, el Licenciado Jusepe de Salinas, gramático excelente, los latinistas Martín Sevín y Juan Lobera, y en fin, el doctísimo flamenco Andrés Schotto, ilustrador de nuestra historia, cuyo discípulo se preciaba de haber sido Lupercio Leonardo de Argensola, y que después de enseñar la lengua latina y griega en Alcalá y otros puntos, fué llamado por Cerbuna á Zaragoza para que la esclareciese con su doctrina. Finalmente, en otras Facultades de la Universidad le granjeaban crédito altísimo los doctos Jaime Lisbòna, Juan Sancho, Pedro López, Jerónimo Borja, Jerónimo Jiménez, Juan Valero Tobar, Juan Sanz, Pedro Jerónimo Portolés y otros que sería largo referir. Tales eran los adiestrados profesores á quienes el gran Cerbuna confiaba el desempeño de las cátedras de la nueva Universidad y la gloria y los adelantos del Instituto por él restaurado.

A participar de los bienes que tan á manos llenas les eran ofrecidos, habían acudido de todas las provincias que formaban el antiguo reino de Aragón, y en especial de su capital, los jóvenes de mejores esperanzas, muchos de los cuales habían de ennoblecer la patria aragonesa con sus talentos y virtudes. Entre ellos vemos figurar el famoso Luís Aliaga, catedrático más tarde de San Vicente de Paúl, y más conocido en la edad moderna como émulo de Cervantes y autor presunto del *Quijote* llamado *de Avellaneda,* que por los cargos honoríficos por él desempeñados; al futuro Arzobispo de Zaragoza Pedro Apaolaza, á Marco Guadalajara Xavierre, á Luís Saravia y á otros ciento que fueron honor de su patria y de la Universidad de Zaragoza.

Entre estos varones insignes, profesores unos y discípulos otros, entrados aquéllos en la madurez de la edad y célebres ya en la república de las letras, y notables éstos por las esperanzas que hacían concebir de sí, se deslizaron los mejores años de los hermanos Argensolas; entre ellos se distinguieron por la excelencia de su talento y por la gravedad de su carácter, contrayendo amistades que fueron en adelante apoyo y estímulo de su gloria, y siendo tan bien quistos de la parte más ilustre de la sociedad zaragozana, que muy pronto se granjearon la opinión que tan bien supieron conservar en adelante de «bien hablados, y buenos entendimientos y grandes conceptos[4]».

La amistad que tenía el padre de los Argensolas con los Duques de Villahermosa Don Fernando de Aragón y Doña Juana de Ubernstain y Manrique, dama que vino de Alemania con la Emperatriz María, así como había introducido al servicio de aquella noble familia al hijo mayor Lupercio con el cargo de Secretario del Duque, así había

4 *Comentarios de los sucesos de Aragón en los años* 1591 *y* 1592, escritos por Don Francisco Gurrea y Aragón, Conde de Luna. Madrid, año 1888; pág. 82.

dado ocasión á que el menor Bartolomé fuese propuesto para regentar como Rector la parroquia del pueblo de donde derivaba su título la ilustre casa. Este fué el primer cargo que desempeñó en su carrera, y por él fué conocido generalmente de sus contemporaneos, quienes á una voz le suelen apellidar en sus escritos con el nombre de *Rector de Villahermosa*. Ignórase cuántos años pasó en aquella oculta y retirada villa, situada entre montes asperísimos y en los confines del reino de Valencia. Su hermano Lupercio en carta escrita desde la Corte por los años de 1592[5], nos le representa

Entre esas peñas ásperas y yertas,
Con las nubes cubiertas, cuyas cumbres
De escuras nubes siempre están cubiertas,
Ya reprehendiendo al pueblo sus costumbres,
Ya por él ofreciendo sacrificios
Junto á las aras entre sacras lumbres:

noble y santo empleo de la vida, en verdad, que había de conformarse á maravilla con la disposición de ánimo de Bartolomé, y fomentar en él los sentimientos de paz y de tranquilidad de espíritu, que fueron la cualidad más distintiva de su carácter. Allí, retirado del tráfago de las gentes, recogido en sí y á solas con sus amados libros, aprendería á amar la soledad, á buscar solaz en el trabajo y estudio, á complacerse en la contemplación de los nunca marchitos espectáculos de la naturaleza, y á preferir la sencillez y sinceridad de las costumbres tan connatural á la vida de los campos, á la tumultuosa y agitada que se lleva generalmente en las populosas ciudades. Profunda huella hubieron de dejar tales sentimientos en su alma, ya que á vueltas de las vicisitudes de los acontecimientos en que más adelante se vió envuelto, suspiró siempre por

5 Publicada por primera vez por Pellicer en las *Noticias para la vida de Lupercio Leonardo de Argensola*, p. 8, y reproducida por el Conde de la Viñaza en las *Obras sueltas* de Lupercio, tomo I, p. 17.

aquella su antigua tranquilidad, recordándola con cariño y dejando de ella rastro perdurable en sus escritos.

Mas á pesar de esta afición y amor á la vida retirada, pasóle á Bartolomé Leonardo lo que á gran parte de los ingenios más famosos de su edad, aun los que por su profesión y manera de vivir estuvieron más alejados del ruido del siglo, los cuales forzados por las circunstancias de los tiempos tuvieron que salir á la luz del mundo, y correr por diversas tierras y provincias, y mezclarse en los acontecimientos que agitaban entonces á la generalidad de los españoles. Así, impulsado por el torbellino que arrastraba á todos, le vemos llegarse de vez en cuando á Zaragoza, y en ella alternar con los personajes de más viso é influencia, y tomar parte activísima en los sucesos que allí se desenvuelven, en especial en los tan ruidosos de los años 1591 y 1592 con ocasión de la ida del famoso Secretario de Estado Antonio Pérez á la capital de Aragón. Las playas de Valencia viéronle también gozar del espectáculo hermosísimo que en aquellos amenos sitios ofrece la naturaleza á la vista y contemplación del viajero. Las aulas de Salamanca pusiéronle en comunicación con los célebres maestros que en aquellos memorables días hormigueaban en su Universidad; Valladolid le abrió sus puertas á tiempo que se había trasladado allí la Corte, y finalmente Madrid le contó algunos años, no ya como huésped pasajero y casual, sino cual morador constante, que formó parte de su sociedad y aun de la porción más culta de la Monarquía española.

En estos viajes el espíritu de Bartolomé Leonardo se abrió á nuevos y más dilatados horizontes, se templó y vigorizó su carácter, se enriqueció su inteligencia con grandes y nobles ideas, y con el contraste de las costumbres y hábitos de las gentes y con la infinita diversidad de fases y aspectos que ofrece la humanidad en sus múltiples formas, tomaron crecimiento maravilloso su inteligencia

y su corazón, y su alma noble, generosa y poética halló campo vastísimo donde desenvolver su virtud y su fecundidad inagotable.

La estancia de Bartolomé Leonardo en Madrid coincidió con el período más brillante de la grandeza española. Eran los años en que se gozaban los bienes de la pasada prosperidad y buena andanza, y no se sentían aún los comienzos de la próxima decadencia. La paz del mundo permitía á España gozar de los beneficios de sus conquistas y de los triunfos y trofeos de sus victorias. La corte de Madrid era el trasunto de todas las glorias de la patria española, el símbolo de su poder, el emporio de sus riquezas, y también el centro de todas las pasiones, así las más nobles y relevantes como las más ruines y abatidas, y el teatro de las acciones y virtudes más generosas y la sima y el naufragio de las ambiciones más insensatas.

La cultura del ingenio estaba en el punto más hermoso de su esplendor y florecimiento. Dejando á un lado las ciencias ó artes que fueron ajenas al estudio de nuestro escritor, y ciñéndonos á las que él escogió por campo de sus investigaciones y trabajos, la literatura patria ostentaba una vitalidad, rara vez ó nunca vista en tiempo y nación alguna.

En todas las regiones del arte daban nuestros escritores muestras prodigiosas de su talento y bizarra inventiva. Lope de Vega, el monstruo de la naturaleza y la más exacta representación que tuvo jamás el ingenio español, así en sus perfecciones admirables como en sus innatos defectos, asombraba al mundo con la estupenda fecundidad y brillantez de sus producciones. El manco sano, el escritor alegre, el regocijo de las musas, el inmortal Miguel de Cervantes, sacaba á luz *El Ingenioso Hidalgo*, la fábula más genial de los tiempos modernos. Tirso de Molina, Vélez de Guevara, Mira de Mescua y otros insignes dramáticos enriquecían la escena con invenciones inmor-

tales; escritores peregrinos cultivaban la historia, la novela, el cuento ó sainete gracioso con maravillosa felicidad é imponderable riqueza y galanura de estilo. Movidos de igual afición á las artes del ingenio, uníanse en consorcio amigable el teólogo y el humanista, el noble y el plebeyo, el que ejercía por oficio la profesión de las letras y el que las cultivaba por mera afición y pasatiempo. El buen sermón, la comedia famosa, el epigrama picante eran igualmente discutidos en los salones de los nobles y adinerados como en las estancias de los humildes y de escasa fortuna. En las juntas ó academias literarias lozaneaban así los ingenios maduros, cuyo mérito ya había sancionado la fama, como los noveles que aspiraban á sus favores. A todas horas codeábase el elocuente predicador con el escritor afamado, el repúblico insigne con el asendereado arbitrista, el docto y erudito investigador con el crítico mordaz y petulante. En los patios de Palacio, en las famosas gradas de San Felipe, en los públicos mentideros se encontraban á cada paso teólogos y moralistas, filósofos é historiadores, novelistas y autores dramáticos

Y en cada esquina cuatro mil poetas[6].

La entrada de Bartolomé Leonardo en esta sociedad no fué la de un huésped oscuro ni la de un aventurero advenedizo. Aunque no se sabe puntualmente el año de su llegada á Madrid, es seguro que hubo de vivir en ella por lo menos desde el de 1601 hasta el de 1610, tiempo más que suficiente para contraer amistades y relaciones y entrar de lleno en las corrientes artísticas y literarias en que conforme á sus inclinaciones había de moverse.

Las circunstancias de su oficio y residencia le brindaron con la mejor coyuntura que podía desear para el logro de este fin. Habiendo ido á Madrid para desempeñar el cargo

6 Lope de Vega en uno de sus sonetos.

de Capellán de la Emperatriz María, viuda de Maximiliano, y de quien era Secretario su hermano Lupercio, hallóse de pronto en el centro del movimiento que arrastraba á los personajes más influyentes de la Corte y á los innumerables ingenios que alrededor de estos personajes bullían y se agitaban. Sin salir de las habitaciones que ocupaba en el Real Monasterio, desde sus mismos balcones podía presenciar como en un trasunto todo el espectáculo de la Corte y de la Monarquía española. A todas horas podía ver ir y venir del regio Alcázar á los Príncipes de la Familia Real, en quienes estaban representados la gloria y el poderío de España y de sus inmensurables dominios; á los individuos de la nobleza que, abandonando sus antiguas moradas solariegas, habían acudido á Madrid á gozar de los beneficios de los triunfos y conquistas de la patria española, y á acrecer con su esplendor el del Monarca más poderoso de la tierra; á los miembros de los Consejos de Castilla, Aragón, Italia, Indias y demás, en donde se ventilaban los negocios más importantes que entonces conmovían el mundo; á los hidalgos y sujetos de cuenta, unos que marchaban, otros que venían de los gobiernos y virreinatos de Nápoles y de Milán, de Méjico y del Perú, de las Indias é islas Filipinas y de todas las posesiones del Imperio más vasto que se ha conocido en la historia; á los Embajadores de los reinos extraños que se llegaban á la Corte española á tratar los asuntos que les habían confiado sus Soberanos; á gran parte, en fin, de los hombres más famosos por su ciencia, riquezas y poder que en aquel tiempo brillaban en nuestra Península, los cuales se acercaban al centro de la vida y de la gloria nacional á apacentarse con su luz y á engrandecerse con su grandeza; allí, por último, podía admirar la representación de lo mejor y más granado que influía en los destinos del mundo, efecto y parte integrante del imperio español ó que le rendía humilde vasallaje; y juntamente con esto,

todo el esplendor, todo el lujo, todo el boato de estas magnificencias desplegándose en las fiestas, saraos, torneos, y toda suerte de esplendideces que eran consecuencia natural del maravilloso y no disputado poderío de España.

La vista continua de tantas grandezas y prosperidades era sin duda ocasión para que el hombre más apocado se sintiese movido á lanzarse en el río revuelto de las ambiciones y vanidades humanas, donde tan fácilmente pudiera ver satisfechos sus deseos; pero el ánimo de Bartolomé Argensola no sólo no fué seducido por el brillo de estas magnificencias, sino antes bien todo lo que se le venía á los ojos le era motivo de reducir sus pensamientos, de refrenar sus deseos y de contenerse en los límites de la moderación y honesta medianía que tan bien sentaba con la índole de su profesión y con las inclinaciones de su alma.

Evidentemente su carácter é ingenio no se amoldaban al bullicio y vanidad que se desenvolvían en su contorno.

> Yo soy muy torpe para el artificio
> De nuestra Corte; y cuanto más la sigo
> Estoy más impedido y más novicio:

Esto confesaba de sí Bartolomé Leonardo[7], y bien se le podía creer. Acostumbrado al retiro de la soledad, hecho á vivir consigo mismo ó con los hombres pasados más que con los presentes, inclinado al estudio y á la meditación filosófica, no estaba bien hallado con la agitación y tumulto de las ciudades populosas; enfadábale y le daba enojo el ruido de la vida pública y exterior, y mil veces se preguntaba á sí mismo:

> Podrá la Corte gusto alguno darme,
> No habiendo en ella toda un rincón mudo
> Donde conmigo pueda retirarme?

7 En la epístola que empieza: «Hoy, Fabio, de la Corte me retiro.» Hay dos textos de esta epístola que trae Estala (tomo I, pág. 104, y tomo II, página 169, de su edición de las *Rimas de Bartolomé Argensola*). Entre uno y otro se advierten bastantes variantes; pero bien examinados ambos textos, el segundo parece mejor que el primero, y por esto lo hemos seguido.

A buena dicha tenía en la Augusta Señora, á quien servía, ejemplo clarísimo de este despego de la gloria y vanidad mundana. La Emperatriz María, hija del Emperador Carlos V, hermana del Rey Don Felipe II, esposa del Emperador Maximiliano II, madre de los Emperadores Rodolfo II y Matías I, y de las Reinas Doña Ana de España, Doña Isabel de Francia, y de otros Príncipes y Princesas que eran el honor de la Realeza, vivía con una de sus hijas, Doña Margarita de la Cruz, religiosa de las Descalzas Reales, retirada en este convento, y en él daba ejemplo de vida tan virtuosa y celestial, que el Papa San Pío V no temió decir alguna vez, «tener en ella grande abogada con Dios sobre la tierra é informaciones bastantes para canonizarla en vida, si fuera lícito». La atmósfera de virtud que se respiraba en torno de tan alta y virtuosa Señora no podía menos de engendrar en cuantos la rodeaban hábitos de gravedad y rectitud moral, y con especialidad en los que la servían en los oficios del más santo ministerio; y no hay duda que aprovechándose el Doctor Leonardo de Argensola de la luz de este ejemplo, sería deudor á su influencia de no pequeños medros en la bondad y honestidad de costumbres.

Mas á pesar de este amor á la soledad del Capellán de la Emperatriz, la excelencia de sus talentos no pudo permanecer oscurecida ni oculta. Hasta entonces muy pocas obras suyas habían salido á la pública luz, algunos versos no más hechos de ocasión y por compromiso; á pesar de esto, las cualidades aventajadas de su ingenio eran pregonadas en todas partes, corrían de mano en mano sus composiciones poéticas y su nombre era citado con aplauso de los doctos entre los más famosos de la Corte. Y como la opinión de los que saben, cuando está bien fundada, no tarda en pasar de la esfera de los entendidos á la del vulgo que la aprueba con su sanción, el modesto Rector de Villahermosa, que tanto ansiaba por la soledad y el retiro,

vióse de pronto saludado por la fama como uno de los hombres más preclaros de España, gloria de su nación y lustre de su siglo; y en aquellos días en que vivían en Madrid Lope de Vega, Góngora, Cervantes y otros mil, todas las miradas se fijaban en el ilustre aragonés, señalándole con el dedo y saludándole como el primer ingenio de su tiempo. Tal sabemos por el poeta de Nájera Don Esteban Manuel de Villegas, que siendo joven había conocido á Bartolomé Leonardo en la Corte, y que testifica el caso por estas palabras[8]:

Vílo, Bartolomé, no una vez sola
Que el dedo de Madrid te señalaba
Diciendo: «Esta es la Fénix española.»

Teatros de estos aplausos fueron principalmente las juntas ó academias literarias, muy en uso en aquel tiempo, y á las cuales solían concurrir los poetas de la Corte á leer sus composiciones, ya en prosa, ya en verso, asistiendo también á escucharlas gran concurso de gente de la más noble y calificada, grandes títulos y aun ministros del Rey. Entre ellas era una de las más famosas la *Imitatoria,* frecuentada de escritores tan insignes como Lope y Cervantes, y de personajes tan ilustres como los Ferias, los Pastranas, los Dávilas y otros de menor jerarquía. En ella desempeñó por algún tiempo nuestro Argensola no menos que el cargo de Fiscal, á cuya cuenta corría guiar por el buen camino las discusiones y trabajos literarios que se entablaban. Fuéle esto ocasión de hacer alarde de su mucha discreción, entendimiento y doctrina, y asimismo de conocer y tratar familiarmente á los ingenios y sujetos de mayor representación que había entonces en Madrid; el cargo que desempeñaba cerca de la Emperatriz María le ponía también en contacto continuo con los varones más ilustres de la aris-

8 En carta escrita á Bartolomé Leonardo, de la cual copia extractos el Doctor Ustarroz.

tocracia; de todo lo cual resultó que el nombre del Rector de Villahermosa viniese á ser uno de los más conocidos y populares de la Corte, y de los que allegaron en torno suyo mayor número de relaciones de amistad íntima y cordial.

Una de las más entrañables que contrajo por este tiempo fué la que tuvo con el Marqués de Sarria, más tarde Conde de Lemos, Don Pedro Fernández de Castro. Entre los innumerables personajes que figuraron en los primeros años del siglo décimo séptimo, es éste uno de los que han dejado más dulce y simpático recuerdo. De ánimo levantado y espléndido y de costumbres honestas é ingenuas, brillaba con los títulos más excelsos de la aristocracia española, pues á su heredada nobleza, de la más acrisolada del reino de Galicia, había unido la de su mujer, hija del omnipotente valido del Rey Don Felipe III, Duque de Lerma, esmaltando además lo ilustre de sus timbres con las acciones y virtudes más generosas. Ya desde los años juveniles había sido empleado en oficios preeminentes, y en ellos, como dice un escritor de aquel tiempo[9], «había sacado milagroso fruto á su reputación, siendo muy grato á su Rey, muy amado de las gentes subordinadas á su gobierno y muy loado de las naciones extranjeras». Durante la estancia de Argensola en Madrid vino á desempeñar el cargo de Presidente del Consejo de Indias, sin que lo elevado del puesto ni la multitud de sus ocupaciones le impidiesen el trato con las gentes cultivadoras de las letras y la amistad con los ingenios más floridos de la Corte, de quienes era el Mecenas y espléndido protector. Entre estos ingenios es notorio por las historias de aquel tiempo que los más distinguidos con el aprecio del Conde de Lemos fueron los hermanos Lupercio y Bartolomé Argensola, con quienes llegó á tener tan estrecha amistad, que

9 Vicente Espinel en las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*. Rel. 1.ª Desc. 23.

más que protector y amigo pudo apellidarse su hermano[10].

Mas ni este favor de los poderosos ni el aplauso del vulgo, tan halagüeño y tentador para muchos, pudieron hacer olvidar á Bartolomé la soledad y quietud de su amada aldea de Villahermosa. Así en medio del ruido de tantas alabanzas y del estrépito que producían en torno de él las fiestas y los saraos de la Corte, no veía la hora de volver á aquel retiro, donde tan dulce satisfacción había encontrado. Hablando de la muerte de la Emperatriz, acaecida en 26 de Febrero del año 1603, á los 74 de su edad, el mismo Argensola afirma[11] que

Antes que Dios entre las almas justas
Premiase la grande alma de María,
Augusta la mayor de las augustas,

10 El Doctor Bartolomé Argensola en su *Conquista de las Islas Malucas* hace del Conde de Lemos un elogio, que por ser de tal pluma y por la importancia que en sí tiene conviene registrar en este sitio. Dice así:

«En este año á los primeros de Abril fué electo Presidente del Supremo Consejo de las Indias Don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos y de Andrade, Marqués de Sarria, cabeza de su familia (cuya real antigüedad es tan conocida), sobrino y yerno del Duque de Lerma. En su primera edad le acreditaron esperanzas, desempeñadas después por sus obras. Era entonces Gentilhombre de la Cámara del Rey nuestro señor. Con las opiniones y discursos del mundo le acaeció lo mismo que en sus tiempos á Cipión, después Africano, con el Senado de Roma, que dudó de cometerle obras árduas por verle de poca edad; mas presto mostró la experiencia en el Conde, como en Cipión, que la prudencia, sazonadora de las otras virtudes, se suele anticipar á las canas. El descender de prosapias nobles ó plebeyas no cae sobre méritos algunos del descendiente; mas la fuerza del ánimo y del ingenio de este Príncipe creció favorecida de tantos dotes naturales, que nacido en cualquier parte pudiera él por sus manos fabricarse su misma fortuna. Ninguna noticia pública ni privada juzgará alguno que le falta. Resplandece en la magnanimidad constante, en sinceridad urbana, pero mezclada con la justicia que alabamos en la severa aspereza de algunos varones antiguos. Sobre estas virtudes carga, mas antes se entraña en ellas, la Religión, el celo de su aumento y de la consonancia universal que resulta del sosiego público. Y en éste ejecuta el servicio de su Rey, con atención, con ansia, sin intermisión, sin fines ni respetos propios. Conviene abreviar esta parte, porque su rara modestia lleva mal los halagos de las alabanzas; antes bien se siente tan lejos de la adulación como de haberla menester.»

11 En la epístola que empieza: «Hoy, Fabio, de la Corte me retiro.»

Su licencia para esto pretendía;
Y el ver después su muerte pudo tanto,
Que quisiera partirme el mismo día.

Habríalo ejecutado sin duda á no estorbarlo un grave personaje de los más poderosos de la Corte. No dice Bartolomé quién era este personaje; pero parece no puede caber duda en que sería el mismo Conde de Lemos, el cual tuvo siempre grande empeño en tener cerca de sí á ingenio tan ilustre y que tanto podía ennoblecer la república de las letras.

Hasta entonces, á pesar del aplauso del público y de los elogios que tributaban á sus obras, había esquivado darlas á luz. Dotado de admirable facilidad y acierto en la producción, fué siempre Bartolomé Leonardo muy premioso para divulgar lo que tan felizmente había concebido, resistiéndose con tenacidad al afán y entusiasmo de sus admiradores. Mas un acontecimiento independiente de su voluntad vino de pronto á vencer esta resistencia. Corría el año de 1606[12] cuando llegaron á la Corte nuevas de que en las partes más remotas del Oriente, Don Pedro de Acuña, Gobernador de las islas Filipinas, había acrecentado los dominios españoles con la conquista de la isla de Ternate, una del grupo ó archipiélago de las Malucas, muy codiciadas entonces por las riquezas que de ellas se sacaban con la cosecha del clavo. Esta conquista, aunque no definitiva según lo probaron sucesos posteriores, fué considerada por el Conde de Lemos, Presidente, según es dicho, del Consejo de Indias, como el título más honroso de su administración. Por lo cual, valiéndose del lazo de amistad que le unía con el Rector de Villahermosa, le persuadió á que ejercitase su pluma sobre aquel hecho de armas, escribiendo larga y menudamente la historia de la conquista. No pudo oponerse Argensola á las instancias de

12 Véanse las *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España*, por Don Luis Cabrera de Córdoba, apéndice, p. 589.

su favorecedor, y así habiéndole éste enviado todos los papeles y relaciones que obraban en los archivos del Consejo, puso manos á la obra, tejiendo la historia, no ya de la conquista solamente, sino de cuanto se sabía sobre las islas Malucas, sin alzar mano de ella hasta dejarla concluída y en brazos de la estampa en el mes de Mayo de 1609.

Á lo que parece, antes de que saliera el libro á la pública luz hubieron de tener rastro de él algunos de los escritores que bullían á la sazón en la Corte; y como en esta tierra de España han abundado siempre más los críticos y mordedores de las obras ajenas que sus justos estimadores, no faltaron quienes se entretuviesen en poner tachas á un libro del cual no tenían más que noticias vagas é incompletas. Argüíanle de pecaminoso contra la gravedad de la historia, ya que en ella se referían cuentos y accidentes amorosos indignos de un escritor discreto y que además era Sacerdote; reprendíanle de prolijo y difuso en demasía, como quiera que vagueaba y se entretenía en mil impertinencias, empleando no menos de diez libros en referir lo que, según ellos, pudiera contenerse en un pliego de papel; el estilo del escritor á los ojos de aquellos severísimos aristarcos estaba lleno de metáforas y figuras, y era más de poeta que de historiador; finalmente, aun los que se vendían por amigos no se recataban de decir que esperaban de Bartolomé Leonardo obra más conforme á las grandes esperanzas que de él tenían concebidas. Así creían los envidiosos detractores del ajeno honrado trabajo vengarse del triunfo que iba á conseguir en la república de las letras una de las obras de más dulce y apacible estilo que posee nuestra literatura.

A los reparos y mal intencionadas censuras de aquellos zoilos satisfizo muy cumplidamente Lupercio Leonardo en el hermoso prólogo que encabeza el libro de la *Conquista de las Islas Malucas*, alegando tan buenas razones en favor del método y forma de escribir de su hermano, que

cierto no dejan lugar á dificultad. Bartolomé de su parte, desdeñando con altísimo desprecio los ladridos de los destemplados mordedores de su obra, estampó por toda respuesta en la portada la imagen de un león dormido, sobre el cual campea la palabra LIVORI, empresa figurativa del autor, el cual conociendo su fuerza y poderío dormía insensible á los tiros miserables de la envidia. Esta indirecta y tácita contestación á los criticadores de su historia no era aliento ó despecho del orgullo, sino ingenua confesión del desprecio que deben inspirar á todo escritor laborioso las censuras de sus malignos adversarios.

Impreso el libro y cumplidos los deberes con que Bartolomé Leonardo se consideraba obligado con su protector y amigo, no pensó ya sino en retirarse á su codiciada soledad. Así lograda la licencia del Conde de Lemos escribía[13]:

Hoy, Fabio, de la Corte me retiro
Á dilatar, si puedo, en una aldea
Algunos años mi postrer suspiro.

Y lleno de alborozo al ver como iban á cumplirse sus deseos, exclamaba:

Ó cuán alegre estoy desde el instante
Que comencé á romper con este oficio,
Á mis inclinaciones repugnante!

Libre ya y alegre partió, en efecto, para Zaragoza. Vivían aún por este tiempo en la capital aragonesa su madre y una hermana, y con esta dulce compañía y con la de los buenos amigos que allí tenía, pensaba Bartolomé Leonardo pasar los años que le restaban de vida, retirado y oculto, dedicado á sí y á sus amados estudios. Mas duróle poco esta quietud; porque habiendo sido el Conde de Lemos nombrado Virrey de Nápoles en el mismo año de 1610, formó

13 En la epístola que empieza: «Hoy, Fabio, de la Corte me retiro.»

empeño en llevarse consigo á los dos hermanos Lupercio y Bartolomé de Argensola, aquél como Secretario de Estado y éste como comensal suyo, y para que ayudase á su hermano á levantar las cargas del oficio. Algo hubo de contrariar á Bartolomé aquel proyecto que venía á deshacer los planes de retiro y tranquilidad en que por tanto tiempo había soñado; pero ya por no desairar á su noble amigo, ya para acompañar á su hermano Lupercio, fué preciso acceder á los empeños del Conde y, puestas á un lado sus comodidades, desamparar su patria y trasladarse á las hermosas playas de Italia.

Es famoso en nuestra historia literaria este viaje á Nápoles del Conde de Lemos. Era el ilustre magnate, como es dicho, amigo de literatos y poetas y poeta él también, y así determinó llevar consigo buen número de ellos, y aun darles los cargos más valiosos del gobierno. Esta noticia no bien se divulgó entre los escritores de Madrid, fueron innumerables, en especial de los más desvalidos y alcanzados de dinero, los que quisieron tener algún puesto ó cargo en la corte del nuevo Virrey. Había dado comisión de escogerlos al que debía ser su Secretario, Don Juan Ramírez de Arellano; mas habiendo fallecido éste de improviso, fué cometida la elección al que le sustituyó en el oficio, Lupercio Leonardo de Argensola. Es posible que muchos que habían sido amigos del primer Secretario no lo fuesen del segundo, y por consiguiente algunos que habían concebido esperanzas de medrar al lado de aquél, las vieron defraudadas con éste. Lograron al fin sus pretensiones el Doctor Mira de Mescua, Barrionuevo, Laredo y Coronel y algunos otros; pero, como era natural, más que los favorecidos fueron los desairados, pregonando aquéllos su gratitud y no ocultando éstos su desabrimiento contra los que creían causadores de su desgracia. Es notorio que entre los desdeñados por la fortuna se contó el insigne Cervantes Saavedra, y es notorio también que no

dejó de exhalar delicadamente sus quejas contra *estos dos famosos*, como llama á los Argensolas, publicando[14] de tener para con él

La voluntad, como la vista, corta.

Tal vez en estas quejas del príncipe de nuestros ingenios tendría más parte la imaginación que la realidad; pero aun cuando fuese cierto que los Argensolas desaconsejaran al Virrey llevarse consigo á Cervantes, qué extraño fuera tratándose de un hombre ya entrado en años, no mal acomodado además en bienes de fortuna, y sin duda más á propósito para la vida tranquila del hogar doméstico que para correr el mundo tras nuevas aventuras?

Este viaje no había de ser desaprovechado para la instrucción de Argensola y para el desenvolvimiento y perfección de las cualidades de su ingenio. Bien conocía el maduro entendimiento de nuestro escritor que no basta para el desarrollo del talento la nativa espontaneidad, por vigorosa que sea, ni el estudio que se hace con los libros, sino que es necesario salir de sí, excitar su actividad con el espectáculo de la naturaleza, ver dilatarse nuevos y variados horizontes, recorrer la anchurosa tierra y contemplar las diferencias de séres que la pueblan y observar la desemejanza de gentes y naciones que la habitan; y con el contraste de las costumbres y caracteres, con la diversidad de las lenguas y literaturas, con el continuo cambiar de los fenómenos, tanto morales como físicos, adquirir aquella amplitud, variedad y riqueza de ideas y afectos, con los cuales se dilata y ennoblece la mente, levántase y perfecciónase la voluntad y todo el humano sér se engrandece y dignifica. El viaje á Italia sobre todo había de ofrecerse á los ojos de Bartolomé Leonardo como el objeto más tentador de su generosa ambición. La visita á aquella

14 En el *Viaje al Parnaso*, lib. III.

hermosa península, madre de las artes, era para la mayor parte de los ingenios españoles de nuestro siglo de oro, lo que á los romanos del Imperio la visita á las costas de Grecia, manantial de purísimos placeres y origen de la más noble y elevada enseñanza[15]. El asistir á sus academias, el conversar con sus hombres más ilustres, el estudiar los monumentos de su antigua grandeza era considerado por los insignes humanistas de aquella edad como el colmo de su instrucción y la sanción de sus doctrinas sobre el arte y la literatura; así había de considerarlo también hombre de tan buenas letras y de gusto tan delicado como el Doctor Argensola.

Para éste había de tener además el anhelado viaje especial aliciente. La sangre italiana que corría por sus venas debía sin duda de atraerle hacia la tierra que había sido ennoblecida con los hechos de los antepasados de su padre, y la aragonesa heredada de su madre no podía menos de encenderle en el deseo de visitar aquellas dichosas provincias, ilustradas con las inauditas proezas de los Reyes de Aragón, teatro de las hazañas de Alfonso el *Magnánimo* y de Fernando el *Católico*, enaltecidas con el gobierno de sus primeros Virreyes, todos ellos aragoneses, y que aunque sometidas actualmente al gobierno general de España, fueron siempre y con justicia miradas como conquista del reino de Aragón, parte de sus dominios, y dependientes inmediatamente de su Corona. Al acercarse, pues, Argensola á las costas de Nápoles podía imaginar que no sólo no desamparaba, sino que se aproximaba aún más á las orillas de su patria.

La entrada del Conde de Lemos en la capital de su virreinato fué una de las más magníficas de que dan cuenta las historias de aquel Reino. En su séquito y compañía

15 Vése esto en muchos libros de aquel tiempo; en particular puede leerse el *Elogio del Maestro Francisco de Medina* en el famoso *Libro de Retratos* de Pacheco.

iban los Argensolas, y en ellos se fijaban las miradas de todos como á quienes incumbía la parte más principal del nuevo Gobierno, y de quienes se esperaba la dispensa de las mercedes, honores y agasajos que cada cual se prometía del Virrey. La responsabilidad que tuvo en esto Lupercio Leonardo fué sin duda muy grande, y á él corresponde de justicia no escasa porción de la gloria que va unida al virreinato de Don Pedro Fernández de Castro, uno de los más prósperos, felices y bienhadados que tuvo aquel Reino, por confesión de los mismos historiadores de Italia. Bartolomé, por su parte, si bien no dejó de ayudar á su hermano en su fatigosa tarea, hubo de inclinarse á ocupaciones más tranquilas y emplear sus ocios en obras y acciones más apacibles.

La nobilísima ciudad de Nápoles, «jardín de suavidades» como la llamó uno de los escritores de aquel tiempo, el Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa[16], ofrecía á su vista y á su entendimiento el espectáculo más grato que podía desear para su instrucción y recreo. Asentada en las orillas de aquel golfo bellísimo, todo él sembrado de islas, senos y promontorios, guarnecida con los preciosísimos joyeles que se llaman Capri, Ischia, Prócita, Bosco Real, quinta deliciosa de los Virreyes, Posilipo, famoso por sus palacios y jardines, «los cuales, al decir del citado escritor[17], excedían á los antiguos pensiles en disposición, cultura, frutos y flores», Puzzol «con tantas maravillas que parece haya epilogado allí la naturaleza toda su hermosura», y otros mil sitios llenos de amenidad y belleza increible, presentaba en aquellos días un cuadro encantador, que era perdurable deleite á los sentidos y embeleso y alimento

16 En su obra manuscrita *Pausilippo*, de la cual cita largos extractos Don Eustaquio Fernández Navarrete en las *Notas al Libro donde se trata de los Virreyes, Lugartenientes del Reino de Nápoles*, compilado por José Raneo y publicado en el tomo XXIII de la *Colección de Documentos inéditos para la historia de España*.

17 En el *Passagero*.

inagotable á la fantasía y al discurso. La muchedumbre y variedad infinita de gentes que la poblaban, la cortesía y urbanidad de su nobleza, la magnificencia y esplendor de sus institutos, ora científicos y literarios, ora benéficos y religiosos, eran para un hombre bien educado, como lo era Bartolomé Argensola, motivo continuo de instruir y enriquecer su inteligencia. El florecimiento de las artes y el esplendor de las ciencias, tan fomentadas por nuestros Virreyes, dábanle mil ocasiones de acrecer el caudal de doctrina que en tantos años de viajes, lecturas y estudios había atesorado. El trato con los hombres doctos, con los literatos y poetas, la lección de los libros que diariamente salían á la pública luz, la asistencia á las juntas ó reuniones de las personas más entendidas, abrían á su inteligencia horizontes vastísimos que le ponían en posesión de nuevas verdades con que de continuo se ilustraba y ennoblecía.

Entre estas juntas merecen particular mención las academias muy florecientes á la sazón en la ciudad de Nápoles. Aficionado el Virrey Don Pedro Fernández de Castro al progreso de las letras, docto en la poesía y patrocinador decidido de los ingenios, había restaurado el instituto de aquellas reuniones literarias, que tan alto habían puesto los timbres de la cultura general en tiempo del famoso Virrey Don Pedro de Toledo, frecuentadas por los principales literatos del Reino napolitano, y aun por damas de la más alta alcurnia, como las famosísimas Victoria Colonna y Julia Gonzaga, y en las cuales habían ejercido no menos brillante que desastrosa influencia los célebres heterodoxos españoles Alfonso y Juan de Valdés. A las que se establecieron en Nápoles, durante el gobierno del Conde de Lemos, solían asistir los personajes más encopetados de la Corte, no sólo por sus títulos y riquezas, sino por los puestos que ocupaban[18]. Entre ellos figuraban los literatos que

18 Giannone en su *Historia civile del regno di Napoli* al tratar del virreinato del Conde de Lemos habla de estas academias en un párrafo que, por

el Virrey había traído de España, y en especial los Argensolas, sus amigos y comensales, y que por su doctrina é ingenio bien podían alternar con los más doctos de la sociedad napolitana. A estas academias asistía también de vez en cuando el Virrey, ya para descansar de las fatigas y sinsabores del mando y esparcir su ánimo con los ensa-

las noticias curiosas que contiene, viene muy bien citar aquí:—«Los príncipes y los depositarios de su autoridad inspiran casi siempre á los otros hombres los sentimientos buenos ó malos de que les dan ejemplo con su conducta. La afición que el Conde tenía á las buenas letras y la protección que les dispensó, promovieron en Nápoles la misma afición en gran número de personas que las cultivaron con buen éxito; y se renovó el instituto de las academias establecido en tiempo de Don Pedro de Toledo. La que se tituló de *Los Ociosos* se distinguió sobre todas; nació bajo los auspicios del Cardenal Brancaccio y tuvo sus sesiones en el claustro del convento de Santa María de las Gracias. Juan Bautista Manso, Marqués de Villa, era su Príncipe ó Presidente; y algunas veces se reunía también en Santo Domingo el Mayor, en la sala en que se conservaba en pie la cátedra desde donde Santo Tomás explicaba sus lecciones. No fueron sólo los literatos los que quisieron ser miembros de la Academia de *Los Ociosos;* la nobleza y los señores que tenían algún rastro de buen gusto pretendieron también tomar parte en ella, y entre otros Don Luís Caraffa, Príncipe de Stigliano; Don Luís da Capua, Príncipe de la Riccia; Don Felipe Gaetano, Duque de Sermoneta; Don Carlos Spinelli, Príncipe de Cariati; Don Francisco María Caraffa, Duque de Nocera; Don Juan Tomás de Capua, Príncipe de Rocca Romana; Don Juan de Capua, Don Francisco Brancaccio, Don Juan Bautista Caracciolo, Don César Pappacoda, el Padre Tomás Caraffa, dominicano; Don Hector Pignatelli, Don Fabricio Caraffa y Don Diego de Mendoza. Aun contando en su seno todos estos personajes, su mayor lustre lo sacó la Academia del Conde de Lemos, que honraba á menudo sus sesiones con su persona y leía en ella sus composiciones, recitando en cierta ocasión una comedia que fué extremadamente aplaudida. Cuantos sabios se habían adquirido la más notable reputación aspiraban por este motivo al mismo honor, de cuyo número fueron el Caballero Juan Bautista Marini, Juan Bautista de la Porta, Pedro Lassena, Francisco de Petris, el Consejero Scipión Teodoro, Julio César Capaccio, Ascanio Colelli, Tibero del Pozzo, Antonio María Palumbo, Juan Andrés de Paolo, Pablo Marqués, Juan Camilo Cacace que después fué Regente, Nicolás Antonio Mamigliola, Octaviano Sbarra y otros. Al mismo tiempo hubo otra Academia que también se hizo célebre, cuyo Presidente era Don Francisco Caraffa, Marqués de Anzi, y tenía sus sesiones en el Claustro de San Pedro de Majella, y por socios á Tiberio Caraffa, Príncipe de Bisignano; á Monseñor Pedro Luís Caraffa, á Juan Mateo Ranieri, á Octavio Caputi, á Scipión Milano y á algunos otros.»

yos que en ellas se leían, ya para tomar parte en sus tareas, leyendo él mismo sus composiciones poéticas, entre ellas una comedia, por título *La casa confusa*, que fué por todos muy aplaudida.

Más de ordinario tenía el Virrey sus reuniones literarias en su propio palacio, donde depuesta la molesta severidad de su cargo y rodeado de los ingenios españoles que formaban su corte, solía pasar ratos muy entretenidos, igualmente deleitosos al espíritu que beneficiosos é instructivos al entendimiento. Era aquel el tiempo en que estaba en su mayor auge el cultivo de la literatura dramática, y siendo el Conde aficionado á escribir este linaje de composiciones, gustaba mucho de verlas representadas. A este fin «cuéntase, dice un grave historiador[19], que solía el Conde repartir entre los poetas de su corte asuntos de comedias, que después hacía que las improvisasen en su presencia, riéndose con los donosos disparates que resultaban; y que para una de estas representaciones, en que dió por argumento el *Rapto de Proserpina*, dispuso que el Canónigo Argensola, hombre grave, aunque gracioso, grueso y ya no joven, hiciese, á pesar de su formalidad, el papel de la hermosa Reina del Averno, lo que dió lugar á un chiste del Canónigo, que hizo que el drama improvisado acabase en algazara estrepitosa». Así solía prestarse el grave Argensola á las burlas honestas y sazonadas. «Sí; que, como advertía muy acertadamente Cervantes[20], no siempre se está en los templos; no siempre se ocupan los oratorios; no siempre se asiste á los negocios por calificados que sean: horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descanse; para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines»; y para este efecto también, habría podido aña-

19 Don Eustaquio Fernández Navarrete en las notas al citado libro de Raneo y en el párrafo en que trata del virreinato del Conde de Lemos.

20 En el Prólogo á las *Novelas ejemplares*.

dir, sirven á maravilla las artes é invenciones de la amena literatura.

Con estos entretenimientos y ocupaciones, la estancia de Bartolomé Leonardo en Nápoles hubo de hacérsele en extremo instructiva y agradable. Seis años moró en aquella hermosa ciudad, «la mejor de Europa y aun de todo el mundo», como decía Cervantes[21], tratando con los varones más doctos de su sociedad, frecuentando sus academias, estudiando su literatura y bebiendo á todo su placer de los raudales de divina belleza que brotaban donde quiera que tendía la vista. Mucho debió de aprovecharse de la contemplación y estudio de tantas maravillas, y muy grande y eficaz hubo de ser la influencia que el conocimiento de las letras y artes italianas tuvo en la educación de su inteligencia, en el enriquecimiento de su fantasía y en la cultura general de su ingenio, como la tuvo en Hurtado de Mendoza, en Cervantes, en Suárez de Figueroa, en el Maestro Francisco de Medina y otros escritores de los más aventajados de España, y como la tuvo también en Céspedes, en Velázquez y en gran parte de nuestros pintores, escultores y artistas más excelentes.

Acabado el tiempo del virreinato del Conde de Lemos, fué necesario á Bartolomé Leonardo dejar las placenteras costas de Nápoles para restituirse á su amada patria. Mas ¡ay! que al volver á ésta no venía con la dulce compañía con quien había salido. Su hermano mayor Lupercio, el Secretario del Virrey, que fué la causa principal de su ida á Nápoles, había fallecido allí en el mes de Marzo del año 1613, dejando triste soledad en el corazón de sus amigos, y en especial en el de su hermano que lloró inconsolable la pérdida de persona tan querida. El día en que sucedió aquella desgracia se le nublaron todos los consuelos de la vida, y á haber estado en su mano aquel mismo

21 En la novela *El Licenciado Vidriera*.

día habría abandonado las playas de Nápoles, antes tan agradables, y ahora tan tristes y solitarias; pero la obligación que tenía con el Virrey y el deseo de ayudar al hijo de Lupercio, Don Gabriel Leonardo de Albión, en el cargo de Secretario que había heredado de su padre, le hicieron retardar algún tiempo su viaje.

A poco de suceder esta desgracia había su ilustre protector intercedido con los Diputados del Reino de Aragón para que diesen á su favorecido el cargo de Cronista que había desempeñado Lupercio. No logró entonces su pretensión, pues los Diputados prefirieron para este oficio al Doctor Bartolomé Llorente, insigne anticuario y doctísimo en la historia, y que, como Prior y Canónigo del Pilar, tenía sobre Argensola la ventaja de residir en Zaragoza; pero en muriendo éste, que fué al siguiente año, dióse cumplimiento á la recomendación del Conde, siendo nombrado Cronista el Doctor Leonardo, con la obligación de presentarse en Zaragoza á los seis meses del nombramiento. Por otra parte, el hermano del Virrey, Don Francisco de Castro, Embajador ordinario de Su Majestad Católica en Roma, le había recomendado en Mayo de 1615 á Su Santidad para una canonjía vacante en la Iglesia Metropolitana de La Seo[22], prebenda que le fué graciosamente

22 A propósito de esta provisión cuenta el Doctor Ustarroz en sus *Memorias* un lance que vamos á trasladar aquí con sus mismas palabras, para que se vea el humor que gastaban aquellos personajes de nuestro siglo de oro, á vueltas de la gravedad de sus costumbres:

«A tres de Mayo se embarcó en Nápoles Bartolomé Leonardo en las galeras de Sicilia, donde fué muy regalado de su general hasta el río Tíber; y luégo dióle la faluca de la capitana, y con ella navegó hasta dos millas de Roma, y por haber anochecido no pasó adelante, que la navegación de aquel gran río pide atención en los marineros por los peligros que en sus aguas suelen correr. Saltó en tierra y se albergó en una casina, y adelantóse un criado para avisar de su llegada en casa del Conde de Castro, Embajador ordinario en aquella santa ciudad. Luégo vinieron en su carroza algunos amigos y entre ellos Fernando de Soria y Galvarro, caballero de Sevilla, que fué ayo de los hijos del mismo Embajador, después Chantre de Córdoba y Capellán de honor de S. M., á quien escribió aquella epístola magistral ó por decirlo mejor, arte poética española. Llegaron á la

otorgada. Así, apremiado por las obligaciones que le imponían estos dos cargos, y «guiado de esas dos cadenas» co-

casina, y dijo uno de ellos: Sea v. m. muy bien venido; Dios se lo perdone, que si llegase un día antes era Canónigo de Zaragoza. ¿Pues qué, ya no lo es? añadió el Secretario del Embajador. El Rector de Villahermosa estuvo un poco suspenso, porque no sabía nada, y dijo: Canónigo soy! ¿es posible? Salió á esto su íntimo amigo Fernando de Soria y dijo con mucho donaire: Bueno, bueno; por vida mía, bravamente ha tragado la gazpa. Replicó entonces Bartolomé: Señores, díganme vs. m. á quién he de creer. Y en oyendo esto le abrazaron todos y le dieron la norabuena y le leyeron un epitafio que el Embajador había hecho, dando ocasión su tardanza, y decía así:

Siste el grado, caminante;
Porque derrienga esta losa
Al Rector de Villahermosa
Ancho de tripa y semblante.
De Zaragoza un instante
Fué Canónigo, y más fuera
Si caminara en litera;
Mas del agua se fió
Y el Tíber le zabulló
Por dar nombre á su ribera.

Amábalo el Conde de Castro, después Conde de Lemos por muerte de su hermano Don Pedro, Virrey de Nápoles y Presidente del Consejo Supremo de las Indias; y ambos hermanos parece que se conformaban en quererle. Conocióse en esta ocasión, pues por su diligencia había conseguido con el Pontífice Paulo V el canonicato de Zaragoza que vacaba por muerte de Andrés Martínez, doctor teólogo, natural de Albarracín, colegial que fué en Salamanca en el colegio de Santa María, Secretario de Don Pablo de Laguna, Obispo de Córdoba, y Visitador general de su obispado, persona de mucha virtud y grandes letras; y por no saberse entonces más de que estaba en el extremo de su vida, respondió, con mucha gracia, de esta suerte:

No repares, caminante,
En lo que dice esta losa,
Que el Rector de Villahermosa
Navega el Tibre adelante.
Dale tú que la vacante
Le salga tan verdadera
Como él andaba en litera:
Mas pienso que no vacó,
Que no muere nadie, no,
Cuando conviene que muera.

Pasado esto, que sería ya después de media noche, llegaron á casa del Embajador, donde le hospedó nueve días con gran regalo, y le dijo que deseaba que se estuviese en Roma y que sacaría Breve del Pontífice para que

mo decía Argensola[25], tomó la vuelta de España con el fin de fijar definitivamente su morada en la capital aragonesa.

Al entrar Bartolomé Leonardo en Zaragoza la halló en estado muy diferente de como la había encontrado en otras ocasiones. Apaciguados los tumultos populares que en los años precedentes habían alborotado al reino de Aragón, perturbando á todas las clases de la sociedad y dividiéndolas en bandos y opiniones, había todo vuelto á su antiguo sosiego. Las artes, amigas de la paz, eran cultivadas con empeño; la industria, la agricultura y las profesiones liberales lograban grandes creces y aumentos; las casas de los nobles, los templos y los monasterios se llenaban y guarnecían á porfía con preseas y objetos artísticos; el estudio de las ciencias, sobre todo, se adelantaba y florecía como en la provincia ó reino más favorecido: era el tiempo de más lustre y gloria literaria de Zaragoza, como lo era en general de las demás provincias de España.

Todas las clases de la sociedad tomaban la parte que

le hiciesen presente en su Iglesia, porque le quería tener por su camarada para la correspondencia de Estado del Rey. A 9 de Mayo de 1615 fué con el Embajador á Frascati, lugar de recreación distante de Roma tres leguas: allí besó el pie del Papa, el cual le recibió benignamente. Dijo el Conde de Castro: «Santísimo Padre, esta es la persona á quien Vuestra Santidad ha hecho merced de un canonicato en la iglesia metropolitana de Zaragoza.» Y entonces el Doctor Bartolomé Leonardo, postrándose de rodillas, le besó el pie. Su Beatitud respondió estas palabras: «Questo del canonicato non é niente por quello che V. S. merita, che io sono informato benissimo di sue qualitá e ingegno, et non mancaranno occasioni di poterlo impiegare meglio assai.» A esto respondió el Canónigo Leonardo: «Santísimo Padre, este es favor que V. S. me hace.» Y añadió el Pontífice estas palabras de gran estimación y calificación: «Non certo, che io só bene che questo é lo vero;» y con esto cesó la plática porque era hora de comer. Pidió á Su Santidad que le concediese indulgencias y se las concedió muy grandes.»—Este Don Francisco de Castro, Embajador de España en Roma era varón de grandes dotes de ingenio; cuando muy joven había sido Virrey de Nápoles, dejando perdurable memoria de sus talentos, y cuando estaba en la cumbre de su poder é influencia lo dejó todo, entrando en la Religión de San Benito, donde vivió muy religiosa y santamente.

25 En la carta en que aceptaba y agradecía el nombramiento de Cronista; publícala Pellicer en sus *Noticias sobre los Argensolas*.

les correspondía en este hermoso movimiento. Había entre ellas una competencia generosa para promover el desarrollo de los varios ramos del saber. Los nobles y linajudos no sólo amparaban á los ingenios desvalidos, sino que daban ellos mismos ejemplo público de amor y aplicación al estudio, cultivando las ciencias y logrando en ellas notables triunfos y adelantos. El Conde de Guimerá, D. Gaspar Galcerán de Castro y Aragón, juntaba en los salones de su casa nobilísima á los hombres más doctos de Zaragoza, y poseedor de copiosa librería y de muy selecto museo, donde había recogido raras medallas, antiguas inscripciones y mil curiosidades históricas, entre ellas las que habían servido á los insignes Jerónimo de Zurita y Antonio Agustín para sus obras inmortales, franqueaba los tesoros por él allegados á cuantos querían aprovecharse de ellos, y siendo él mismo «docto historiador y anticuario y ornamento nobilísimo de Cesaraugusta», como le llama el Doctor Andrés Ustarroz[24], presentaba en más de cuarenta obras debidas á su pluma los frutos de su aplicación y buenos estudios. Lo propio hacía el noble Don Francisco Ximénez de Urrea, abriendo su librería de más de ocho mil volúmenes, muchos de ellos manuscritos, y su gran museo, donde había logrado reunir más de seis mil medallas púnicas, griegas y romanas, y acreditándose además de agudo investigador y arqueólogo eminente, digno de ser propuesto más adelante para el codiciado cargo de Cronista del Reino. Igual ejemplo seguía el benemérito prebendado de La Seo y Rector tres veces de la Universidad, Don Gabriel Sora, con su célebre librería, de la que dice Latassa[25] que «no se sabía la tuviese mayor, mejor ó de más escogidos libros hombre particular de España».

24 En la *Defensa de la patria de San Lorenzo*, p. 3.

25 En su *Biblioteca de Escritores aragoneses* (art. Sora y Aguerri, Don Gabriel), tomándolo del Maestro Cenedo en su *Libro de la Pobreza religiosa*, duda 50, impreso en 1618.

La Universidad de Zaragoza, á cuyo nacimiento ó restauración había asistido Bartolomé Leonardo en los años de su mocedad, estaba en el colmo de la gloria y en el mayor esplendor de la enseñanza. Aquellos jóvenes que por los años de 1582 habían sido sus émulos y compañeros, crecidos ya y hechos hombres maduros, ocupaban altos puestos y ofrecían á su patria los frutos más sazonados de su carrera literaria.

El claustro de profesores se envanecía con nombres tan respetados como el de los insignes jurisconsultos Mícer Juan Miguel de Bordalva, Agustín Morlanes, Agustín Santa Cruz y Baltasar Andrés Ustarroz, con los de los Doctores Jerónimo Valero y Manuel de Valderrama, con el del teólogo y humanista Don Jerónimo Basilio de Bengoechea y con los de otros catedráticos de fama.

Los monasterios religiosos, asilo de la virtud y de toda clase de erudición, contaban con gran número de varones notables por la gravedad de sus costumbres y por la copia y solidez de su doctrina. En ellos vivían hombres tan doctos como los franciscanos Fray Diego Murillo, historiador de Zaragoza, predicador elocuente y poeta elegantísimo, Fray Juan García y Fray Juan Gazo, ilustres teólogos y moralistas; los dominicos Fray Juan Cenedo, catedrático de la Universidad, Fray Jacinto Fabián Escriche, predicador distinguido, y Fray Juan de España, cosmógrafo y geógrafo; los carmelitas Fray Miguel de Artieda, gran teólogo, y Fray Marco Guadalajara Xavierre, insigne historiador de los moriscos; los trinitarios Fray Marco Antonio Miraval, notable predicador, y Fray Jerónimo Deza, catedrático de la Universidad y otros innumerables.

Entre los hombres civiles brillaban en distintos géneros de erudición el Regente de la Real Chancillería de Aragón Don José Sessé, el abogado y escritor de arte militar Mícer Jerónimo Martínez de la Jubera, el sabio ju-

risconsulto, gran político y literato y Decano de la Sala criminal del Reino Don Pedro Calixto Ramírez, y los poetas Martín Miguel Navarro, Juan Ripol, Luís Díez de Aux y otros que sería imposible referir. Finalmente no dejaban de contribuir al brillo y cultura de la capital aragonesa algunas damas como Doña Luisa de Padilla, escritora ilustre, y sor Ana de Casanate y Espés, una de las fundadoras del convento de Religiosas Carmelitas de Zaragoza y que al estilo de su Santa Madre cultivó con acierto el arte de la poesía.

Era costumbre de muchos de estos ingenios el congregarse en juntas ó academias formadas al estilo de las de Italia y de la Corte española, entre las cuales fueron las más famosas la *Pítima de la Ociosidad*, fundada y dotada de estatutos por las Condesas de Guimerá y de Eril, y la de *Los Anhelantes*, á la que perteneció lo más granado y selecto de la sociedad zaragozana. Admitíanse en ellas personas de uno y otro sexo, así aficionados á las letras como á las armas, lo mismo graves sacerdotes que altos magistrados. Su fin era enseñar deleitando, mezclar lo útil con lo dulce, honrar y reverenciar á los que lo mereciesen, tener correspondencia con los iguales y no menospreciar á los inferiores. «El intento de esta academia, decía algunos años antes Lupercio Argensola[26], es hacer una confección ó masa de diversas profesiones, no ruda ni indigesta, como la que dice Ovidio, sino odorífera, cual los médicos suelen aconsejar que se use en tiempo de peste. Peste es la ociosidad, y más rigorosa peste es la ignorancia. Ninguna noche el que aquí se ajunta deja de llevar algún fruto para el gobierno de sus pasiones, de su repú-

26 En el primero de los dos discursos pronunciados en una de las varias academias que hubo en Zaragoza á principios del siglo XVII. Estos discursos que constaban manuscritos en la Biblioteca Nacional, fueron publicados en la *Revista de Archivos* y en la de *Aragón*, y últimamente entre las *Obras sueltas* de los Argensolas, t. I., p. 309 y siguientes.

blica ó de su familia...» «En estas juntas y conversaciones, añadía, todos somos maestros y discípulos; todos mandamos y todos obedecemos, comunicando las profesiones diversas y tomando cada uno lo que ha menester para la suya. El que profesa letras ayuda al que profesa armas, y éste al otro. Aquí el que lee historia refiere lo que halla en ella digno de reprensión y de alabanza, así en el ejemplo como en el estilo. Lo mismo hace el que gusta de los poetas. Consúltanse las dudas, mézclanse cuentos, motes, risas, y finalmente, no poniendo cuidado en aprender se halla uno enseñado en lo que le conviene, como el que navega durmiendo y despierta en el puerto sin haber padecido el trabajo de la navegación.» Con tales palabras manifestaba Lupercio el fin que habían de tener los asistentes á estas academias; los cuales no sólo lo cumplieron á satisfacción de su docto Secretario, sino que siguiendo sus acertados consejos, al ejercicio de la inteligencia añadieron el del cuerpo, estableciendo justas, torneos y otros juegos de lanzas de los que se usaban entonces, conservando así en su punto aquella hermosa unión de las letras y de las armas que tanta gloria granjeó en todo tiempo al nobilísimo reino de Aragón.

Con menos frecuencia, pero con mayor aparato y solemnidad, celebrábanse por aquellos días en Zaragoza certámenes literarios, en los cuales los doctos é ingeniosos lucían las excelencias de sus talentos y las galas y primores de su buena educación. Eco ó reminiscencia de aquellas famosas solemnidades que con el nombre de *juegos florales* se celebraron en los pasados siglos en el suntuoso Palacio de la Aljafería, en cuyos alicatados techos tantas veces habían resonado los cantos de los humildes vagabundos trovadores confundidos con los de los nobles y aun Príncipes de la sangre real, cultivadores apasionados de la *ciencia gaya*, estas fiestas eran el palenque adonde acudían presurosos los ingenios aragoneses, no ya á ganar el premio

propuesto á los vencedores, bien pobre y mezquino generalmente, sino á competir en las honrosas lides de la doctrina y del talento, viniendo á veces en tanto número que, según observa un moderno escritor[27], «hubo ocasión en que para uno solo de los grupos de un certamen se presentaron más de ochenta poetas, ninguno del todo indigno de este nombre». Era comunmente la Universidad quien censuraba las obras presentadas, como también la que presidía la fiesta, si bien asistía á veces con ella algún ciudadano ilustre, el Zalmedina ó el Jurado en Cap con lucido acompañamiento de caballeros y cortesanos. Hermosas tapicerías en las cuales campeaban elegantes inscripciones, símbolos, jeroglíficos y otros adornos embellecían el local donde había de celebrarse la festividad literaria. Solían acudir á ésta las convenientes representaciones de la Real Chancillería, de la Diputación del Reino, de los Gremios tan influyentes entonces y de las demás Corporaciones, así civiles como eclesiásticas de la capital aragonesa. Y para que no faltase á aquellos alardes públicos del ingenio ninguna clase de realce, no dejaban de asistir damas de la principal nobleza, ya en alguna tribuna ó retirado balconcillo, ya detrás de traidoras celosías, desde donde curioseaban lo que pasaba en el salón, y acompañaban con sus aplausos los triunfos de los escritores premiados. El pueblo de su parte, oportunamente convocado por los directores del certamen, agolpábase en apretada muchedumbre, ya en los claustros universitarios, ya en los espaciosos locales que le ofrecían los conventos de Zaragoza, que para tales casos franqueaban gustosamente sus puertas, á presenciar tan hermoso espectáculo, tomando

27 Don Jerónimo Borao en el Discurso que pronunció como Presidente del Certamen poético celebrado el 19 de Octubre de 1872 para solemnizar la conclusión de las obras y consagración del Templo del Pilar. Sobre los poetas que florecieron en Aragón, y particularmente en Zaragoza á principios del siglo XVII puede verse lo que dice el Doctor Andrés de Ustarroz en su *Aganipe de los cisnes aragoneses.*

discretos y experimentados. La Corte de España le había franqueado el espectáculo de sus grandezas, las ciudades de Italia, Nápoles, Roma, Venecia, Milán, Génova y otras los tesoros que la naturaleza y el arte reunieron en ellas, la sociedad á quien en una y en otra nación había tratado, lo mejor y más lucido que florecía en aquel siglo. Lleno de esta experiencia y doctrina, aplaudido por la fama, gozando del favor de nobles personajes, colmado de méritos y de honores volvía á su patria á pasar los últimos días de su vida, y beneficiar para sí y para los demás la copia de enseñanza que en los años precedentes había atesorado.

El acogimiento que la sociedad zaragozana hizo á Bartolomé Leonardo de Argensola no pudo ser más honroso y cordial. Aun antes de arribar á las costas de España, los Diputados del Reino le habían otorgado por conformidad de votos el cargo de Cronista de Aragón, el más distinguido y de mayor confianza que estaba en su mano conceder; llegado ya, el Cabildo de La Seo le recibía como uno de sus Prebendados más insignes, y los varones más respetables por su autoridad y doctrina tenían á honra trabar con él cariñosa amistad, considerándole como lustre de su patria, honra de su sociedad y prez la más alta de su gloria literaria.

Á tantos honores y prendas de estimación y respeto procuró Bartolomé Leonardo corresponder en la medida de sus fuerzas. Instalado en Zaragoza y reunido con los que habían sido sus compañeros de estudios, gozando de la tranquila situación que tanto había deseado, y disfrutando del puesto literario más eminente que podía apetecer, formó empeño en no defraudar la confianza que en él había depositado su patria; y ya que la Diputación del Reino le había elegido por sucesor del gran Zurita y narrador y vindicador de sus glorias, no tuvo más ambición que la de desempeñar cumplidamente este oficio, sirviendo con sus doctos afanes á causa tan noble y patriótica.

En verdad, nunca había estado ocioso. Él mismo decía de sí[30], que «de la cuna al altar no había habido tiempo de por medio sin estudio ni trabajo». En sus viajes y andanzas, en medio del trato y comunicación con los hombres y á vueltas de los honores con que le habían distinguido los personajes más encumbrados de la sociedad española, nunca había dado de mano al cultivo de las letras, antes se había valido de aquellas circunstancias para fomentarlo y perfeccionarlo. Pero libre ya de las distracciones que le ocasionaron los cargos que había ocupado, retirado al dulce hogar doméstico, rodeado de todas las ventajas y comodidades, el estudio fué el principal, el único, el absorbente empleo de su vida; y puesto que este estudio había de encaminarse al servicio y á la gloria de su patria, en estos fines nobilísimos halló Argensola el estímulo más eficaz de su actividad y el premio más apetecible de sus estudios y trabajos.

La docta antigüedad, los monumentos que dejó de su saber y buen gusto, las maravillas y esplendores del arte que habían recreado tantas veces su ánimo, hoy lo llenaban de todo punto. Hermosa es la confesión que hace él de esta su ocupación y empleo[31]:

Hallo en las naturales disciplinas
Gran dulzura, y mayor si de ellas paso
Con la especulación á las divinas.
Todo mi gusto es irme paso á paso
Á la antigua Academia del Liceo
Y disputar algún difícil paso.
Tal vez sentado al grave Platón veo
Que con divina suavidad explica
Los puntos de su Fedro y su Timeo;
Y tál su grande oyente le replica
Hasta vencer en la verdad desnuda
Á la elocuencia de figuras rica.

Con estas palabras explicaba Bartolomé Leonardo la

30 *Discurso sobre las cualidades que ha de tener un perfecto Cronista.*
31 En la *Sátira del incógnito.* (*Obras sueltas*, p. 60.)

[redacted]

inclinación de su inteligencia al estudio de la Filosofía. Dulcemente atraído por el placer que engendra en el ánimo la investigación de la verdad, hubo de pasar muy buenos ratos asistiendo en espíritu á aquellas controversias en que los príncipes de la Filosofía ventilan entre sí los problemas que ofrece el estudio de la sabiduría, proponiéndose sus dudas y dificultades y

Afilando entimemas, que volando
Salen de las dialécticas aljabas,

según decía hermosamente el mismo Argensola[32]. Mas como la meditación filosófica abstrae y reconcentra demasiadamente el ánimo, con peligro de cansarle y aridecerle, para desenfadarse de sus rigores solía acudir nuestro autor á los libros de los cultivadores del arte de la poesía, que le descansasen de aquella meditación y aflojasen el arco tirante de su ingenio. Así lo confesaba él mismo diciendo[33]:

Yo cuando siento fatigado el genio
De estudios serios, á esparcirme salgo
Por los jardines de Virgilio y Ennio;
Y veces hay que con antojo hidalgo
Por divertirme más y entretenerme,
De Ovidio, Horacio y Marcial me valgo.

En esta forma, mezclando lo útil con lo dulce y cultivando á la par la inteligencia y la imaginación, proveía á todas las necesidades de su mente y mantenía en el desenvolvimiento de sus facultades aquel equilibrio y harmoniosa correspondencia, que son prendas de su acertada cultura y aprovechamiento.

Mas no basta la investigación filosófica, ni la contemplación de la belleza artística, á satisfacer el ansia de saber que fatiga á la humana inteligencia. Desea ésta levantarse á la región serena de la divina verdad, apacentarse en su

32 En la epístola que empieza: «Yo quiero, mi Fernando, obedecerte.»
33 En la misma Sátira, p. 61.

luz, bañarse y transformarse en sus esplendores. Dios, centro del alma, la atrae irresistiblemente hacia sí y la inunda con goces inefables. Tendiendo el alma de Argensola hacia Dios, en Él, en su verdad, en su sabiduría hallaba su completo descanso; sus maravillas le asombraban; sus misterios le suspendían. Y conocedor su ánimo cristiano de que estos misterios son inapeables al humano entendimiento, abatía ante ellos las alas de su ingenio, postrándose en el acatamiento de la Esencia Soberana y confesando su flaqueza é impotencia con estas hermosas palabras[34]:

Porque en el golfo donde el más velero
Bajel amaina velas á su estima,
Y de medroso lerdo va y zorrero,
Y en alteza que el verlo pone grima,
De donde resurgido para el suelo
Baja cobarde el pájaro más prima,
Fuera temeridad que mi torzuelo
Desplegase las alas, ó las velas
Mi desarmado y roto barquichuelo.
Y donde Tomás vuela con pihuelas
Y Escoto haciendo puntas se entretiene,
Luces ambos á dos de las Escuelas,
La pretensión es justo que cercene
El que más altaneras alas cría
Y agotar piensa el agua de Hipocrene.

Y después de asentar estos principios, que deben ser normas generales de toda vida cristiana y aun racional, añadía:

Esta es la inclinación natural mía;
Si llaman esto mercurial, confieso
Que anduvo bien allí la astrología.

Bien anduvo, en verdad, la astrología, y acertado estuvo el Doctor Argensola en contentarse con esta sobriedad en el saber y hacer de ella la base de su ciencia y su mejor corona y ornamento; bien hizo en humillar su frente ante

34 En la *Sátira del incógnito*, p. 63.

los grandes arcanos de las obras de Dios; hermosamente procedió al rendir su entendimiento á la Verdad infinita, no queriendo penetrar con la débil luz de su mente lo que trasciende sus límites y proporciones. Así gozó de la paz que sólo es concedida á los humildes de corazón; así resolvió el gran problema del humano vivir, que no se resuelve con los inquietos afanes de la curiosidad, ni con las altaneras osadías de la ciencia, sino con los rendimientos humildes de la virtud y con aquella feliz disposición del ánimo que, harmonizando las exigencias de la inteligencia con las de la voluntad, acata la soberanía de Dios sobre toda potencia y soberanía humana.

Enriquecido de doctrina y de experiencia, segura y tranquila el alma respecto de las grandes verdades que interesan las condiciones fundamentales del trato humano, tenía Bartolomé Leonardo la más apropiada disposición para divulgar sus ideas en libros ó escritos, que fueran enseñanza de las gentes y honor y gloria de su patria; bañada su inteligencia en rayos de luz podía esparcirla sobre las demás y hacerlas partícipes de la claridad en que ella misma se gozaba. Así, como sintiese bullir en su alma la fecunda agitación de las ideas, no queriendo que esta agitación se quedase encerrada en los límites de su propia conciencia, determinó sacarla á lo exterior para que á la luz del sol diese frutos de vida, que se perpetuasen en obras y monumentos que habían de ser imperecederos.

Mas resuelto á dar forma á sus pensamientos por el arte de la escritura, podía surgir la duda sobre el medio de que había de valerse para lograr este fin; y en la elección de este medio resplandeció la discreción, el buen juicio y el acierto de Bartolomé Leonardo. Porque á pesar de los muchos ejemplos que tenía de lo contrario, no fué de aquellos literatos españoles que al tratar de dar forma y expresión á sus ideas en las obras del ingenio que se proponían escribir elegían la lengua latina, desdeñando la nativa

española, sino que amante genuino de lo más fundamental que hay en una nación y enteramente compenetrado con su espíritu, persuadióse muy pronto de que sólo en la lengua que se aprendió en la primera edad pueden recibir su forma más adecuada y hermosa los conceptos y sentimientos del alma.

Hay, en verdad, tan estrecha relación entre las ideas y las palabras, que cuales son las formas que aquéllas afectan en el entendimiento, tales son las que toman al encarnarse en el lenguaje. La palabra exterior y sensible es reflejo de la interior é insensible; media entre ambas correspondencia y simpatía misteriosa, en virtud de la cual la una llama necesariamente á la otra, y la perfección de la primera supone la perfección de la segunda, logrando únicamente la idea toda su claridad y hermosura cuando es reproducida con aquellas palabras que le son instintivas y connaturales. Por esto, para hablar bien en una lengua es necesario, en cierto modo, pensar en ella; y por esto también el que piensa habitualmente según un sistema determinado de formas y expresiones, y habla y escribe en otro, no puede menos de hallar en este procedimiento dificultades infinitas, poniendo su inteligencia en una tortura continua que por necesidad ha de reflejarse en lo violento, artificial y amanerado del estilo. La costumbre ó el capricho pueden, si no excusar, explicar á veces esta voluntaria contradicción y violencia; pero la naturaleza, la discreción y el buen gusto protestarán siempre contra ella.

Guiado Bartolomé Leonardo por tan doctos consejos, repugnó con toda su alma aquel prurito absurdo que extravió á tantos de sus contemporaneos, hombres doctos sin duda, pero no tan discretos ni bien aconsejados, que eligieron la lengua latina para expresar y divulgar sus conceptos, despreciando la propia nativa castellana. Tal costumbre ó empeño túvola por delito contra la naturaleza, atentado contra la gloria de su nación y vestido ex-

traño y extranjerizo de que se cubría la vanidad, ya para hacer ostentación de doctrina peregrina, ya para cubrir y solapar defectos que en el nativo ropaje se vendrían á los ojos y pondrían al descubierto la ignorancia y escasez de ingenio de sus autores. «La lengua latina, afirmaba con singular desenfado[35], há mucho que no sirve más que de cubrir imperfecciones, que si parecieran en el lenguaje materno fueran insufribles.» Y no decía esto ciertamente por ignorar las elegancias del habla del Lacio, ó ser inhábil en aplicarlas, que cuando se le ofreció la ocasión bien mostró conocerlas á maravilla, manejándolas con tanta destreza que pudo competir no menos que con el famoso Justo Lipsio, el primer latinista de su época, el émulo é imitador de Tácito, y con quien se carteaba en elegantes epístolas latinas el Canónigo zaragozano[36]; pero escribiendo á españoles y para españoles, juzgaba muy acertadamente que preferir á la lengua propia castellana la exótica y aprendidiza era pecado monstruoso, como el de quien antepone, según frase de Fray Luís de León, á la honesta propia mujer la amiga extraña y deshonesta. Así, lleno de noble indignación á la idea de tal extravío, concluía expresando sus firmísimas convicciones en estos versos magníficos:[37]

Nuestra patria no quiere ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De lenguaje y espíritu extranjero;
Pues cuando me quisiera dar propicio
Marón para su fábrica centones,
Quién sabe cuál surgiera el edificio?
Con mármoles de nobles inscripciones,
Teatro un tiempo y aras, en Sagunto
Fabrican hoy tabernas y mesones.

35 En carta á Fray Jerónimo de San José. (*Obras sueltas*, t. II, p.ª 327.)

36 Estas cartas fueron publicadas por Pellicer y son ellas tan elegantes que cierto no las escribieron mejores Manucio, Sadoleto ni ninguno de los más famosos latinistas del Renacimiento.

37 En la epístola que empieza: «Yo quiero, mi Fernando, obedecerte.»

Y á tales en verdad se podían comparar las fábricas y composiciones literarias que levantaban muchos de los latinistas del Renacimiento; fábricas construídas con grande afán y trabajo, pero que si argüían la ingeniatura, laboriosidad y erudición de sus autores, llevaban en sí el principio de su ruina inevitable, al fin como fundadas sobre una base falsa y artificiosa.

Era tanto más reprensible este proceder de los despreciadores de la lengua castellana cuanto por aquel tiempo había ésta llegado al punto de perfección, que ha sido considerado con justicia como el colmo de su crecimiento y desarrollo. Su primera formación había sido áspera y difícil; pero pasados sus primitivos tanteos y ensayos, había adquirido maravillosa flexibilidad y soltura de movimiento, luciendo toda la copiosidad, gentileza y gallardía que podía prestarle la cultura intelectual más consumada y perfecta. Atraídos por esta hermosa lozanía de nuestra lengua, ingenios innumerables la cultivaban, enriqueciéndola con una abundancia de frases y formas de decir, que asombran al que lee hoy aquellas producciones soberanas. Y cuánto más rico habría sido aún este tesoro, si el tiempo y el talento que gastaron muchos de los doctos varones de nuestro siglo de oro en rebuscar elegancias latinas con que pulir y matizar sus escritos, los hubiesen empleado en hermosear su propio lenguaje castellano!

Persuadido Bartolomé Leonardo de lo antipatriótico del proceder de tales escritores, dedicóse con empeño á enaltecer los timbres de su lengua, escribiendo en ella libros que, al par que fuesen útiles á la generalidad de las gentes, ofreciesen alarde magnífico de sus riquezas y pompa gloriosa de su majestad y hermosura. Estas obras cuando salieron á la pública luz fueron tenidas como honor de nuestra literatura y uno de sus más estimados ornamentos, y en tal opinión se han conservado desde entonces, á pesar de la acción de los años que tantos estragos han ocasiona-

do y tantas reputaciones deshecho: prueba evidente de la perfección que en ellas resplandece y que las ha hecho acreedoras á ser propuestas en todo tiempo como ejemplares á cuantos han aspirado á la gloria que se consigue en el arte difícil de escribir.

Este mérito no hay duda que lo comparte Argensola con muchísimos otros escritores de su siglo. Más aún; es posible que en la riqueza de las ideas, en la vivacidad de las imágenes y figuras, en la copia y novedad de las palabras y en la harmonía y sonora cadencia de las cláusulas, tenga no sólo quien se le iguale ó asemeje, sino quien le haga notable ventaja. No así en otra cualidad que particularmente le distingue, es á saber, en habernos dejado en estas obras juntamente con el ejemplo y la realización de las condiciones de la belleza ideal, las reglas de esta misma realización, ó sea el procedimiento que hay que seguir para llegar al colmo de la perfección en el lenguaje y estilo. Y como este procedimiento, tal como lo indica Argensola, fué efecto de la excelencia de su educación, de las cualidades egregias de su ingenio y de lo que constituyó el fundamento de su naturaleza artística, cumple examinarlo de cerca y por menor, ya que en él hemos de hallar no sólo la parte más interesante de su fisonomía literaria, sino también gran suma de erudición y de provechosa enseñanza.

Para empezar á desenvolver las leyes de este procedimiento hay que advertir en primer lugar que jamás entró en la mente de nuestro sabio escritor la peregrina idea, tan general en muchos, de que para la creación de las obras artísticas basta el instinto de la naturaleza, dándonoslo ésta hecho todo con tal que sigamos sus movimientos ó impulsos.

Este que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano,

decía muy hermosamente Argensola[38], precaviendo desde luégo al que intentaba entrar en la carrera ó profesión de las letras que no se dejase engañar de la aparente llaneza de estilo que veía en los buenos escritores, creyendo ser fácil de conseguir, sino que se persuadiese de que lo que parecía llano era muy difícil, y que lo que semejaba producto espontaneo del ingenio no era sino resultado de grandes trabajos y esfuerzos. Máxima fué de nuestro escritor, que el instinto de la naturaleza debe ser el principio de toda obra artística, como lo debe ser de cualquier operación de nuestra alma; pero sostuvo también que si los movimientos de este instinto han de ser útiles y bien encaminados, es necesario que se ayuden del arte, esto es, de los preceptos asentados por varones doctos y experimentados y de los ejemplos que estos mismos varones, «príncipes en su facultad», como los llamaba, han dejado en sus obras inmortales.

Estos príncipes eran para Argensola los modelos de la clásica antigüedad de Grecia y de Roma. La admiración que profesaba á tales escritores era sincera y entusiasta: era la admiración que provenía del profundo estudio que había hecho de ellos, del clarísimo conocimiento que tenía del mérito de sus escritos, y de su íntima persuasión de que en estas obras admirables están mejor que en ningunas otras realizados los principios de eterna belleza que deben guiar la mente humana en la ejecución de los ideales del arte.

Hablando de los ingenios griegos y latinos, los llamaba á boca llena[39] «gigantes monstruosos en cualquiera facultad», y refiriéndose particularmente á la historia, decía[40]: «yo siempre pienso que la antigüedad es la que *omne tu-*

38 En la epístola que empieza; «Yo quiero, mi Fernando, obedecerte.»

39 *Discurso sobre las cualidades que ha de tener un perfecto Cronista.* (*Obras sueltas*, p. 257.)

40 En carta á Fray Jerónimo de San José. (*Obras sueltas*, p. 327.)

lit punctum, y muy pocos han salido después que no sean arrendajos». Este mismo juicio hacía de los demás géneros ó formas literarias cultivados por aquellos ingenios, y que han sido imitados después por los que les han sucedido en las literaturas modernas. Y por esto no cesaba de recomendar muy eficazmente la continua lectura é imitación de estos autores, y más especialmente en la poesía, diciendo[41]:

Si aspiras al laurel, noble poeta,
La docta antigüedad tienes escrita,
La de Virgilio y la de Horacio imita,
Que jugar del vocablo es triste seta.

Mas si Argensola recomendaba el estudio y la imitación de la docta antigüedad, no en tal manera que esta imitación hubiese de parar en servilismo, ahogando la espontaneidad del entendimiento y humillando la gentileza del natural con la copia de los preceptos. Sobre los modelos antiguos había para Bartolomé Leonardo otro modelo más bello y primitivo, que era el de la naturaleza. Á ésta había que mirar y respetar ante todo; ella había de ser la verdadera inspiradora de la mente; sólo á ella había ésta de rendirse como á su reina y soberana. Los preceptos y ejemplos de los antiguos buenos son y aun necesarios, pero no como dechados absolutos, sino relativos; hay que estudiarlos é imitarlos, mas no para seguirlos ciegamente, sino para que estudiándolos é imitándolos y mirando en ellos de hito en hito, nos ayuden á copiar mejor el ejemplar de eterna hermosura que estampó en la naturaleza la mano divina de su Hacedor. Conforme á lo cual advertía muy acertadamente nuestro escritor que las leyes y consejos han de ser ayuda, no rémora ó cadena del ingenio. Este tiene que ser siempre dueño y señor de sí mismo, y como tál obrar y desenvolverse. «Sirvan, decía[42], sirvan

41 En el soneto que así empieza.
42 En carta al Conde de Lemos. (*Obras sueltas*, p. 301.)

estos preceptos y no aspiren á mandar á su dueño.» Y atento á tales principios, escribiendo á un varón ilustre, á quien deseaba encaminar por la senda de la educación y aprovechamiento literario, después de exhortarle á educar y adiestrar la mente con los preceptos de la clásica antigüedad, le persuadía á que no se ciñese á imitarla servilmente, sino que, bien pertrechado de doctrina, tendiese las velas vagarosas de su ingenio y se echase á navegar por el alto mar de su propia inspiración, sin miedo á tempestades ni bajíos[43]:

> Por esta docta antigüedad escrita
> Deja correr tu ingenio, y sin recelo
> Conforme á su elección roba ó imita;
> Suelta después al voluntario vuelo
> Pomposa vela en golfo tan remoto
> Que no descubra sino mar y cielo,
> No navegante ya, sino piloto
> Intrépido á las olas insolentes
> Tanto como á los ímpetus del Noto.

Estos consejos y preceptos tan generosos los justificaba Argensola con la misma enseñanza de los antiguos: «V. E., escribía al Conde de Lemos[44], crea á Platón, á Aristóteles, á Cicerón, á Horacio, á Séneca, á Quintiliano y á todo el concurso de los sabios, que expresamente en mil partes aconsejan que la naturaleza se ayude del arte, pero no se sujete á ella.» Y por lo que tocaba á sí mismo confesaba [45]: «toda la vida he respetado estas leyes, por ser justas y por la autoridad de sus autores; pero he procurado que este mi respeto no llegue á superstición; porque por una parte, es cierto que el sumo derecho es suma injuria, y por otra, el buen escritor debe contravenir á la ley ó subirse sobre ella.» Y respondiendo á los que pudieran reprenderle ó acusarle por ello, añadía[46]:

43 En la epístola que empieza: «Yo quiero, mi Fernando, obedecerte.»
44 En carta al Conde de Lemos. (*Obras sueltas*, p. 301.)
45 Ibid. p. 296.
46 En la epístola que empieza: «Yo quiero, mi Fernando, obedecerte.»

No guardaré el rigor de los precetos
En muchas partes, sin buscar excusa
Ni perdón por justísimos respetos;
Y si algún Aristarco nos acusa,
Sepa que los preceptos no guardados
Cantarán alabanzas á mi Musa.

Con tal franqueza justificaba su proceder y manera de pensar respecto de los preceptos que se coligen de la sabia antigüedad, afirmando como conclusión de lo que le había enseñado la experiencia[47] que los tales preceptos «son esencialmente necesarios; pero como carga sobre ellos nuestra fábrica, levántase más y alcanza más, como el niño puesto en hombros de gigante»: hermosa imagen, que declara muy bien y por manera sensible la ley suprema de la genuina realización de la hermosura ideal, la ventaja y la desventaja en que mutuamente se colocan el imitador y el modelo, y la parte que debe darse á la imitación y la que ha de concederse á la inspiración espontanea y nativa.

Firme en estos principios, que son sin duda los más sanos y como la flor y quinta esencia del arte verdadero, procedía Bartolomé Leonardo á la ejecución de la obra artística. Todas las facultades de su alma intervenían en ella; su trabajo era incesante y tenaz; la enmienda y corrección continua, atento de una parte á la propia inspiración y de otra al ejemplar de los autores que se proponía imitar. Siempre dudoso y mal satisfecho de sí, no acababa de contentarse de lo que había escrito. «Tengo por indómita, decía[48], y aun por indomable mi desconfianza», gozando en describirse á sí mismo[49] puesto al trabajo, con la pluma en la mano y con el papel delante

47 *Discurso sobre las cualidades que ha de tener un perfecto Cronista.* (*Obras sueltas*, p. 257.)

48 En carta á Fray Jerónimo de San José. (*Obras sueltas*, p. 337.)

49 En la epístola que empieza: «El título me das tú de Maestro.»

Quitando ó con primor sustituyendo,
Á ejemplo del pintor que se retira
Del cuadro que formó, y no bien enjuto
Con amoroso desamor lo mira,
Cuyo pincel, por reprehendido, astuto
Socorre á la gran arte, que recibe
Del segundo cuidado mejor fruto,

según bellísima comparación del mismo Argensola.

Esta corrección é incesante atildamiento era una de las cosas que más encargaba á los que querían sobresalir en el arte del estilo. Lo bello es difícil, decía Platón, y por esto el Doctor Argensola, apoyándose por un lado en la *observancia* de la naturaleza, como decía, y por otro en la *imitación* de los buenos modelos, creía que sólo al trabajo asiduo y perseverante estaba destinada la perfección de las obras del ingenio. A este trabajo fiaba la grande empresa de hacer subir de punto el arte y «llegarle como con fuego hasta sus últimos quilates, usando de la más aguda diligencia que puede haber, haciendo debido uso y censura de los escritores pasados y modernos y huir animosamente los inconvenientes de todos»[50]. Y bien afirmado en esta sabia persuasión aconsejaba de esta manera á un amigo[51]:

Es la lima el más noble requisito;
Y así, no peligrando la sustancia
Del verso deliciosamente escrito,
Refórmale su pródiga elegancia,
Como el gran Venusino lo dispuso,
Por más que á sus secuaces la ignorancia,
Cuando ciñes lo ocioso y lo difuso
Para dejarlo adelgazado y breve,
Diga que formas de una lanza un huso.

50 *Discurso sobre las cualidades que ha de tener un perfecto Cronista.* (*Obras sueltas*, pág. 257.)

51 En la epístola que empieza: «Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo.»

De esta manera instruía y amaestraba Argensola al deseoso de acertar en el arte de escribir; y como la pereza, el amor propio y el afán de inmediata publicidad inducen á veces al escritor á que perdone al trabajo de la lima, dejando incorrecto lo que debiera enmendarse, persuadíale con vehemencia á que no se dejase llevar de tales consejeros, antes haciéndole ver los bienes que habían de resultar de la corrección, le increpaba así[52]:

Bórralo con crueldad; no te perdones,
Pues con gozo has de ver cuánto más vale
Lo que durmió en los próvidos borrones;
Saldrá de ellos tan puro, que se iguale
Con el rayo solar que el aire dora
Cuando más limpio de las nubes sale.

Y no valía contra esta regla que se había prefijado el maestro ilustre el fuero de la amistad ni la satisfacción del amor propio. Para él lo malo y lo incorrecto no dejaban de serlo, de cualquier ropaje que se vistiesen. Mirando á la pura verdad y fiel á las estrechas leyes del arte, al cual consideraba como cosa hasta cierto punto religiosa, decía con desenfadada libertad[53]:

Yo aborrezco el mentir; soneto malo
A su autor no lo alabo ni lo pido,
Aunque consista en ello mi regalo.

Y por esto reprendía severísimamente la temeridad y precipitación de aquellos que, sin la preparación conveniente, se abalanzaban á escribir ló que les venía en capricho, dando inmediatamente á luz los frutos mal maduros de sus ingenios. Si no nueve años, como aconsejaba Horacio, quería Argensola que las obras literarias descansasen largo espacio en el pupitre del escritor, para que

52 En la epístola que empieza: «Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo.»

53 En la epístola que empieza: «Con tu licencia, hoy Fabio me retiro.»

éste, pasado el ardor de la composición, pudiera corregirlas con tranquilidad y darles la perfección que sólo la acción del tiempo era capaz de comunicarles. Así, hablando con el autor novel, le advertía[54]:

> Pero ningún poema tuyo intente,
> Luégo como se copie ó se concluya,
> Á la pública luz salir reciente.
>
> No le diste tú el sér? No es obra tuya?
> Pues espera á que en tí aquel amor tierno
> De la propia invención se disminuya.
>
> Severa ley: mas hízola el gobierno
> Sagaz para entibiar el apetito
> Del anciano Parnaso y del moderno.[55]

Finalmente, á tan nobles y acertados consejos ponía Bartolomé Leonardo el sello, encargando que al estudio y trabajo propio se añadiese el consejo de persona erudita y experimentada. Conocía que el amor de padre ciega, y más en las cosas del entendimiento, las cuales por ser de más alto origen pueden extraviar la pasión con pretextos más nobles y levantados; sabía que la palabra del amigo tiene eficacia particular para desvanecer prejuicios y caprichosas veleidades; y no ignoraba, en fin, que la amigable comunicación con personas doctas es una escuela continua,

> Ya porque un sabio todo lo mejora,

54 En la epístola que empieza: «Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo.»

55 Fray Jerónimo de San José en el *Genio de la Historia* (parte 3.ª, c. I.) pondera la morosidad de Bartolomé Leonardo en dar á luz sus escritos, atribuyéndola á la perfección de éstos y á la ventaja que hacían á los demás. Probablemente se refiere al mismo Argensola en lo que cuenta en la parte 3.ª del capítulo III de la dicha obra por estas palabras: «Preguntado en una de estas obras su autor, á quien yo conocí, el tiempo que había gastado en ella, respondió que se avergonzaba de decirlo; y creyendo el que hacía la pregunta que por ser mucho, le respondió que antes por ser tan poco, porque él no tenía por grande ni buena la obra que se hacía en poco tiempo.»

como decía hermosamente [56],

> Ya porque aunque la regla nos agrade
> Siempre queda en los ánimos más firme
> Lo que la viva voz nos persuade.

Así entendía Bartolomé Leonardo el oficio del escritor. En esta severidad y rigor de crítica fundaba la educación de la mente y el logro de sus buenas cualidades. De esta manera concebía el respeto al arte y la consecución del fin altísimo á que está destinado. El descuido, la incorrección y la medianía eran, según él, del todo incompatibles con las obras del ingenio; y al contrario la lima, el pulimento, la trabajosa y atildada curiosidad, eran no sólo cualidades que accidentalmente pueden realzarlas, sino perfecciones tan necesarias, que en ellas cifraba las condiciones de su subsistencia y vitalidad, á la manera que la naturaleza prodiga vida tanto más vigorosa y duradera á los séres cuya formación ha costado más trabajo y cuya gestación ha sido más larga en el seno materno [57].

Al que se atenga á estos preceptos, como sea ayudado de la naturaleza, promete Argensola [58] grandes triunfos literarios, haciéndole entrever que á él está destinada la palma del vencimiento y la gloria de la fama y del aplauso,

> Mientras que con la ciencia se levanta
> Apolínea su espíritu fecundo
> Por doctrina y modestia á gloria tanta,

56 En la epístola que empieza: «Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo.»

57 Que Bartolomé Argensola era el primero en practicar lo que aconsejaba á otros, pruébanlo las correcciones innumerables de que están llenos los varios manuscritos que se conservan de sus obras. Entre otros pueden verse los dos textos que presenta Estala de la epístola: «Hoy, Fabio, de la Corte me retiro;» donde se advierte, no sin admiración, cómo un texto que parece incapaz de mejora, puede recibirla muy grande, gracias á la delicadeza exquisita de un agudo y amaestrado ingenio.

58 En la epístola que empieza: «Don Juan, ya se me ha puesto en el cerbelo.»

Que sus leyes mejore y docto el mundo
Le ofrezca el primer lauro, pues no cabe
Ya el gran principio en el honor segundo,
Y en la Academia fiel que probar sabe,
Como el águila el parto á luz más viva,
Sócrates fervoroso las alabe
Y admirado Aristarco las reciba.

Todo esto y aun mucho más era necesario para contrarrestar los estragos que estaba haciendo á la sazón una manera de peste que, nacida en cerebros enfermizos y descarriados, invadía con funesta rapidez los dominios de nuestra literatura, arrasándolos con desastrosa influencia. El ingenio español, fuese por los excesos de su propia audacia y bizarría, fuese por cansancio de andar por sendas de todos trilladas, se había dado á discurrir un estilo raro y extravagante, que rompiendo con todas las tradiciones y leyes del buen gusto, pretendía abrir caminos y horizontes antes desconocidos al humano entendimiento. Como el valor de los españoles había descubierto nuevos mundos y dominado los imperios de la tierra y ensanchado los términos de la ciencia en todos los géneros de doctrina, así pretendía su ingenio gloriarse de haber inventado un linaje de estilo peregrino, con el cual arrumbados los usos antiguos se introducían otros nuevos, y leyes y preceptos jamás imaginados venían á dominar en las regiones del arte. Invención tan audaz contaba con muchos y poderosísimos sostenedores. Góngora en la poesía y Paravicino en la prosa eran los corifeos y portaestandartes de la secta. Discípulos innumerables los seguían, que imitadores de sus descarríos sacaban de un modelo malo una copia peor, convirtiendo lo que en los maestros era exceso de ingeniatura, en engendros monstruosos de imponderable sandez, y haciendo del vicioso ramaje que brotaba de la excesiva feracidad del ingenio, vana hojarasca propia de plantas bravías y estériles.

El abuso de las metáforas, la pompa de las imágenes, la afición á términos generales y abstractos, el amontonamiento de vocablos peregrinos, conceptuosos y rebuscados eran los caracteres distintivos de este estilo. La afectación y la oscuridad eran la gala mejor del lenguaje; lo peregrino y estrafalario su más exquisito ornamento. «No se tiene ya por cláusula elegante, decía Fray Jerónimo de San José[59], sino la que se dice de manera que en muchas horas el más atento no la puede entender. Una metáfora sobre otra metáfora, y en cada palabra diez figuras, y en cada figura quince alegorías y alusiones, que el mismo á quien esta oscuridad afectada costó muchísimo estudio y desvelo, después de escrito no lo entiende ni sabe lo que quiso decir.»

Esta peste había nacido en la Corte, centro de la actividad literaria de España y teatro donde mostraban y lucían sus galas los ingenios más ilustres. Y como todo lo malo priva y cunde muy pronto, el daño originado en regiones tan autorizadas se propagó inmediatamente á las provincias con deplorable rapidez, desatinando á los mejores entendimientos y despeñándolos en los abismos de la más desaforada pedantería. Eran en Aragón los corifeos y propagadores de este estilo el famoso Pellicer de Ossau, Felices de Cáceres y Juan Moncayo, á quienes seguían una turbamulta de escritores, á cual más atrevidos y disparatados.

Á mal tan grave era necesario remedio pronto y eficaz. En el mismo centro donde había nacido la nueva secta se habían apresurado á ahogar sus malaventurados engendros escritores tan doctos como Lope de Vega, Quevedo, y en general los más acreditados en la república literaria. En Aragón nadie era sin duda más á propósito para combatir los desaciertos de los desatentados novadores, que el escritor insigne que tenía la autoridad suficiente para

59 *Genio de la Historia*, parte 2.ª, c. VI.

imponérseles, el que podía presentar juntamente con los preceptos que salían á la defensa de las leyes y fueros del buen gusto la luz de los ejemplos que los afianzaban en la práctica, el ilustre Bartolomé Leonardo de Argensola. Aun antes de que se mostrasen en toda su horrible desnudez los desaciertos de tal estilo decía de sus desvanecidos cultivadores[60]:

Aquellos metafísicos concetos,
Cómo podrá alcanzallos quien tropieza
Entre los que al sentido están sujetos?
Yo te confieso que cuando uno empieza
Zelos, glorias, desdenes y esperanzas
Que se me desvanece la cabeza.

Y esta repugnancia instintiva á todo lo malo y desacertado, formó de él, al mostrarse al mundo triunfante y avasalladora la nueva disparatada jerigonza, su enemigo más tenaz é irreconciliable, el que nunca pudo no sólo pactar, pero ni disimular ó contemporizar con sus temeridades y audacias.

Animados por el valor de tan glorioso adalid vinieron pronto á pelear á su lado los ingenios más gallardos de Aragón, tales como el Canónigo Miguel Navarro, el Arcediano Campi, el P. Tomás Ramón, y señaladamente el insigne autor del *Genio de la Historia*, Fray Jerónimo de San José, el cual, gozoso con tal guía y sintiendo crecer á par de él sus bríos y renovarse sus aceros para combatir á los depravadores del buen gusto, animaba á la gloriosa pelea al primero de estos escritores y poeta eximio Doctor Navarro con estas ardorosas palabras, que á la vez que su ánimo esforzado muestran el respeto y la confianza que les merecía su valeroso adalid[61]:

60 En la epístola que empieza: «Don Francisco, aunque llames carta en seso.»

61 En las *Poesías Selectas* de Fray Jerónimo de San José, publicadas en Zaragoza, año 1876, n. LXVIII.

Esforzando los ritos de la escuela
Y armado de su espíritu gallardo
Contra la escuadra que entre enigmas vuela,
Del apolíneo cielo, oh gran Micardo,
Oscuros monstruos vuestro brío expela,
Clamando horrible: Quién como Leonardo?

Mas, por desgracia, los trabajos de hueste tan aguerrida habían de estrellarse contra el mal gusto del público, que ansioso de novedades patrocinaba lo extraordinario y absurdo y dejaba en el olvido á las obras en que resplandece la hermosa sencillez de la naturaleza y los castizos y no rebuscados adornos del arte. Contra tendencias tan desatentadas eran inútiles todos los esfuerzos. Para quien absolutamente quiere perecer no hay remedio ni salvación posible. Voluntaria y deliberadamente admitida tan monstruosa depravación del gusto, era evidente que la corrupción había llegado á lo más íntimo de la inteligencia, y nadie, por consiguiente, debía maravillarse de que extendida esta corrupción á todas las esferas, á la brillantísima luz que hasta entonces había esclarecido á los ingenios españoles sucediese noche oscurísima, producidora de las tinieblas de la más desesperada y horrenda barbarie.

Mas volviendo al ingenio de nuestro Argensola, no hay duda en que la multiplicidad de cualidades de que estaba adornado le disponía á cultivar con ventaja la mayor parte de los géneros literarios que privaban en su tiempo entre los aficionados y eruditos. La naturaleza le había enriquecido de inteligencia viva y penetrante, de imaginación fecunda, de grande afición al trabajo y al estudio; á cualquier orden ó género de literatura que se hubiese aplicado, habría sobresalido en él y hecho raya entre los mejores; pero el arte á que instintivamente se sintió llamado fué el arte de la poesía; los demás géneros literarios fueron cultivados por él por casualidad ó por compromiso, éste lo cultivó espontaneamente y por instinto, y no ya en al-

gún tiempo ú ocasión, sino en todo el curso de su vida. Y si bien á semejanza de Fray Luís de León y otros escritores insignes de nuestro siglo de oro, miró sus ensayos poéticos como cosa de diversión y entretenimiento, á escribirlos se inclinó con toda la fuerza de su natural, y en pulirlos y acicalarlos empleó la tarea más gustosa de su vida.

Muy joven era cuando amaneció en él la luz de este arte, inspirándole muchos y hermosos versos, con los cuales quisieron honrar sus libros personajes de cuenta; esta luz fué en adelante abrillantándose más y más, llegando á iluminar su alma de manera, que en medio de los negocios en que se empleó, y á vuelta de los honores de que estuvo colmado y de los muchos viajes que le ocuparon y distrajeron, jamás dejó de volver á ella las ansias de su mente, ni de encontrar en su contemplación el más suave deleite. Su facilidad en versificar debió de ser grande en extremo. En carta escrita á Fray Jerónimo de San José[62] habla de remitirle unos versos que «sin quererlo yo, dice, se me han nacido en la mente». «No es burla, añade, y digo otra vez sin quererlo yo, y aun alguna vez durmiendo los he hallado recién nacidos.» Llevado de esta facilidad escribió composiciones sinnúmero, que muy pronto le granjearon crédito de gran poeta, no sólo entre los doctos y eruditos, sino también entre el vulgo, y aun antes de que saliesen á la luz del público. Argumento de esto es lo que se ha indicado más arriba, es á saber, que en la temporada de su estancia en Madrid era saludado y señalado con el dedo como el primer ingenio de su tiempo. Además, en libros publicados antes de la impresión de las poesías de Argensola son muchos los testimonios que se leen sobre el mérito de dichas poesías. Por no citar más que algunos, Fray Diego Murillo[63] llama á los dos hermanos

62 *Obras sueltas*, p. 334.

63 En la *Fundación de la Capilla de la Virgen del Pilar y excelencias de la ciudad de Zaragoza.*

Argensolas «ingenios verdaderamente felicísimos y nacidos para las buenas letras en que siempre se ejercitaron, y que en poesía igualaron á muchos de los antiguos más famosos». Miguel de Cervantes Saavedra cuenta entre los poetas mejores de su tiempo á los hermanos Argensolas[64],

Dos luceros, dos soles de poesía,
Á quien el cielo con abiertas manos
Dió cuanto ingenio y arte dar podía.

Y celebrando en particular á Bartolomé[65] por

Su ingenio, gala, estilo y bizarría,

dice de una canción suya haber sido puesta por Apolo

En el lugar más noble y levantado.

Pero aún es más excelente el elogio que hace de él Lope de Vega[66] en estas palabras:

En fin, en una edad muchos escriben;
Pero si en ésta no ha de haber más de uno,
(O cuántos á escucharme se aperciben!)
Dijera yo que no llegó ninguno
Adonde Bartolomé Leonardo llega,
Aunque se enoje la opinión de alguno;
Que tener á ninguno se le niega
La que quisiere, pues es suyo el gusto,
Y la amistad como la patria ciega.
Á nadie la verdad cause disgusto:
Divino aragonés, ciñe las sienes
Del árbol victorioso y siempre augusto.

64 En el *Canto de Calíope* del lib. VI de *La Galatea.*

65 En el *Viaje del Parnaso*, lib. VII. No deja de parecer extraña esta ventaja que Cervantes concede á Bartolomé sobre Lupercio, aun en tiempo en que estaban inéditas las poesías de los dos hermanos. Lo mismo vemos en otros escritos, en especial en el curioso *Panegyrico por la poesía*, de autor incierto é impreso en Sevilla por los años de 1627 (antes, por consiguiente, de la edición de las poesías de los Argensolas), donde se leen estas palabras: «Los Lupercios, en especial el Rector, son los que justamente aspiran á la primacía» en el arte de la poesía.

66 En su *Filomena*, ep. 9.

Tú sólo el cetro del ingenio tienes
En esta edad por natural, por arte,
Con que á mezclar lo dulce y útil vienes.

Después de estos elogios de las composiciones poéticas de Argensola, publicados, como es dicho, antes de darse éstas á la estampa, á nadie podía maravillar que hubiese muchísimos, aun entre los más nobles y encumbrados personajes, que solicitasen su impresión. Contáronse entre ellos el Duque de Alba, el Conde de Humanes y el Infante de España Don Fernando de Austria, hermano de Felipe IV y Cardenal Arzobispo de Toledo, del cual refiere Andrés Ustarroz[67], que cuando pasó á Zaragoza el año de 1627, dijo á Bartolomé Leonardo que dos causas le habían llevado á esta ciudad: la una venerar el santuario de Nuestra Señora del Pilar, la otra conocer y tratar al Rector de Villahermosa, á quien significó que se agradaría no sólo de que diese á luz sus versos, sino de que se los dedicase. Fuera de esto, el mismo Bartolomé Argensola escribía al P. Fray Jerónimo de San José[68], que siendo el Marqués de Bedmar, más tarde Cardenal de la Cueva, Embajador en Venecia, había querido imprimir un buen número de sus versos con anotaciones suyas propias; y lo mismo habían pretendido ciertos caballeros de Sevilla. Mas entre los deseosos de ver publicadas las obras poéticas de Argensola se señalaron, como era natural, los aficionados al arte de la poesía, los cuales podían juzgar con mayor conocimiento de causa sobre el mérito de los escritos de nuestro autor. Entre estos aficionados no debe omitirse al poeta najerano, Don Manuel de Villegas, el cual, escribiendo á Leonardo una epístola y apremiándole á que sacase á luz sus versos, le decía[69]:

67 En las *Memorias* mss., cap. III, donde constan todas estas noticias.
68 En carta de 27 de Julio de 1627. (*Obras sueltas*, pág. 325.)
69 Trae fragmentos de esta epístola el Doctor Ustarroz en sus *Memorias*, c. III.

Que calle así Bartolomé Leonardo
Y que escribamos hoy tanto idiota,
Mucho tiene este siglo de bastardo;
Mucho, pues trueca de ambos la derrota,
Debiendo hacer callar los que escribimos
Y escribir al que así callando nota.

Estas instancias y elogios, si satisfacían y alegraban á Bartolomé Leonardo de Argensola, porque al fin «las aprobaciones, según frase suya[70], crían buena sangre en el aprobado», ofrecíanle también ocasión de humillarse, poniéndole en necesidad de acordarse de que era ceniza, como escribía á su amigo Fray Jerónimo. Pero al fin, menudeando más y más las súplicas de las personas doctas y autorizadas, tuvo que ceder la modestia de Argensola, dándoles esperanza de cumplirles lo que pedían, después de haber visto y enmendado las que él llamaba[71] «fantasías y diversiones del ocio» y aun *delicta juventutis*, y que jueces tan competentes consideraban joya de la literatura española; «y no es fingida esta promesa, añadía, porque realmente las ando mirando con sobrecejo y castigándolas». Desgraciadamente la muerte, sucedida á 4 de Febrero del año 1631[72], vino á sorprenderle antes de ejecutar sus propósitos, y si bien en 1634 los cumplió su sobrino Don Gabriel de Argensola y Albión, ni divulgó todas las composiciones poéticas de Bartolomé Leonardo, ni las que dió á luz juntamente con las de su padre Lupercio las publicó con aquella corrección y atildamiento que hubieran tenido á haber sido dadas á la estampa por sus autores[73].

70 En carta á Fray Jerónimo de San José. (*Obras sueltas*, p. 329.)

71 Ibid.

72 Sobre la fecha de la muerte, así como sobre la del nacimiento de Argensola, habían andado equivocados sus historiadores. De la primera se ha hablado en otra parte; la segunda consta por su partida de óbito, que publicada años atrás por D. Mario de La Sala se reproduce, debidamente autenticada, en el Apéndice de documentos justificativos, n. III.

73 Esta edición, ya muy rara, lleva este título: RIMAS | DE LVPERCIO, |

Pero aun tales como salieron deben ser consideradas como uno de los tesoros más preciosos con que se ha enriquecido jamás la literatura española. En tal concepto fueron juzgadas por cuantos las leyeron entonces, mereciendo á sus autores los elogios más grandes. Al leerlas Lope de Vega decía[74] que los hermanos Argensolas «habían venido de Aragón á reformar en nuestros poetas la lengua castellana». El Doctor Don Lorenzo Van der Hammen afirma en su aprobación[75], «que Aragón les debe su nuevo lustre, nuestra Castilla grandes honras, la poesía su esplendor, y nuestra lengua, en prosa y verso, lo erudito, lo puro, lo acendrado y perfecto que se halla en ella»; y finalmente Saavedra Fajardo llama á Bartolomé Leonardo[76] «gloria de Aragón y oráculo de Apolo, cuya facundia, erudición y gravedad, con tan puro y levantado espíritu y tan buena elección y juicio en la disposición, en las palabras y sentencias, serán eternamente admiradas de todos y de pocos imitadas».

Estos elogios, que el aplauso de los contemporaneos tributó á las composiciones poéticas de Bartolomé Leonardo, están plenamente justificados. No ha habido crítico discreto é imparcial que no haya visto en ellas las perfecciones que les atribuyeron escritores tan doctos como Lope de Vega, Van der Hammen y Saavedra Fajardo, habiendo descubierto además otra cualidad en que ellos no repararon y que las realza y encarece aún más á los ojos del filosófico contemplador de sus excelencias, que es la de

i DEL DOTOR | BARTOLOMÉ | LEONARDO | DE ARGENSOLA. | CON LICENCIA, i PREVILEGIO | DE LA CORONA DE CASTILLA, i ARAGON. | EN ZARAGOZA, | EN EL HOSPITAL REAL, i GENERAL DE NUESTRA SEÑORA DE GRACIA. AÑO 1634. —En el siglo pasado, año 1786, publicó otra edición en Madrid algo aumentada el célebre literato Don Pedro Estala, con el seudónimo de *Don Ramón Fernández*.

74 En la Aprobación que figura al principio de la primera edición de las *Rimas de Lupercio y del Doctor Bartolomé Leonardo de Argensola.*

75 En la misma edición de las *Rimas*.

76 En su *República literaria*.

presentar el tipo más perfecto de la genialidad poética aragonesa, no ya ruda y deseducada, sino enriquecida con toda la perfección que pudo darle la educación más cumplida, aunque conservando siempre el sabor del terruño y el ademán de enérgica fortaleza, característica del pueblo del cual fueron los dos hermanos nobilísimo ornamento.

Es cosa notoria y advertida por muchos que nacida la nación aragonesa para entender y practicar las grandes realidades de la vida, amadora entusiasta de la verdadera independencia, madre de ilustres conquistadores y de heróicos ciudadanos, y sabia gobernadora y legisladora de pueblos, había de tener naturalmente un arte rígido y severo, corregidor de costumbres, amador de la genuina libertad, protector de los débiles y moderador de encumbrados poderíos. Este arte es, en efecto, el que inspiró generalmente á los poetas de esta región, y éste es el que resplandece en su mayor grado de expresión y hermosura en Bartolomé Leonardo de Argensola.

Gózase el alma en verdad y se recrea y engrandece al contemplar el genio poético de este escritor, aragonés de pura cepa, enérgico y brioso en sus conceptos, pero noble y contenido en sus afectos, y que mirando la realidad del humano vivir en su rígida severidad y grandeza, tuvo el mérito de reflejarla en sus escritos graves, austeros y maduros, tan sanos y varoniles como su vida. Levantándose y sobreponiéndose á la atmósfera de miserias en que se agita el común de los mortales, su ánimo se conservó siempre puro, sin quemar incienso al poderoso ni adular la licencia de la plebe. Dado Argensola á ahondar en las profundidades del pensamiento, su genio poético «no juega entre flores[77], según frase de uno de sus biógrafos más ilustres, no halaga los sentidos, no busca las pompas del color ni los hechizos de la luz, no deslumbra los ojos; pero

77 El Excmo. Sr. Duque de Villahermosa en su *Discurso leido ante la Real Academia española* el día 10 de Febrero de 1884, p. 54.

á veces penetra en lo más escondido del alma y ahonda mucho en la contemplación de los misterios interiores; no materializa el pensamiento, no se enamora del arte puro, no vive entre imágenes y alucinaciones; es un magisterio severo, una cátedra continua de educación robusta y cristiana».

Siendo Argensola inclinado de suyo á la meditación filosófica, y recreándose y moviéndose en ella como en su atmósfera natural, adoptó aquellos géneros literarios que son más apropiados á la expresión de los pensamientos del alma en sus formas individuales y subjetivas: la canción, la epístola moral, la sátira, el soneto. En estas composiciones en que el pensamiento del escritor puede desenvolverse en toda su libertad y holgura, deléitase el ingenio de Leonardo en profundizar en las entrañas de las cosas para sacar de ellas conceptos nuevos, extraordinarios y admirables, con que ennoblece todos los asuntos, aun los más humildes y vulgares. En este campo es donde lozanea su vena fecundísima; aquí resplandece su fantasía rica y variada, su lenguaje puro, castizo, elegante, adornado de todas las galas de la poesía y enriquecido con todas las preseas del arte. Un tino y discreción maravillosa guía siempre su mente. La divina Euritmia es la constante inspiradora de su Musa. El orden de las ideas, la elección de las palabras, la misma estructura material de la frase no pueden ser más acertadas. Por esto, sin duda, los contemporaneos de Argensola, maravillados de la clásica corrección y corte elegantísimo de su estilo, le compararon á él y su hermano Lupercio, con quien tiene en este punto rara semejanza, con el famoso poeta venusino, designándolos generalmente con el apellido de los *Horacios españoles*. Y si bien es cierto que considerado el genio de Bartolomé Leonardo en el conjunto de sus cualidades dista mucho del incomparable lírico latino, cuya vivacidad, concisión y exquisita galanura de estilo serán eternamente la desesperación de

cuantos le tomen por modelo, no hay duda en que si hay autor español que se llegue y parezca al poeta de Venusa es el de nuestro Argensola, y si hay obras poéticas en la literatura castellana que puedan no ya competir, que esto es imposible, sino ser comparadas con las de aquel ejemplar, el más perfecto en su género que posee alguna literatura, son las de los vates de Barbastro.

Á este propósito es grato citar el juicio que formó de ellas un crítico del siglo pasado: «El carácter de las poesías de Bartolomé Leonardo, dice Don Pedro Estala[78], es enteramente horaciano; es sublime sin hinchazón, dulce sin bajeza ni frialdad, elegante sin superfluidad ni afectación, artificioso y profundo sin oscuridad ni exceso.» «No es ciertamente la suya una imaginación vasta, viva y ardiente que suministra abundancia de imágenes fantásticas, pinturas amenas muy particularizadas, que arrebata al poeta en vuelos fogosos y forma los grandes cuadros y pinturas animadas: nada de esto se advierte en Argensola; pero sí una imaginación fuerte y fecunda, semejante á la de Virgilio, que pinta por mayor y sabe representar noblemente lo más escogido de la naturaleza.» «Su dicción es pura, elegante y muy poética; sus epítetos muy propios y expresivos; su versificación llana, harmoniosa y corriente, con una facilidad extraordinaria; sus sentencias frecuentes, sin afectación y como nacidas en el discurso; su erudición vasta y muy escogida; es más sólido y juicioso que florido y ameno; ama más la Filosofía que los juguetes sonoros; habla más al entendimiento y corazón que á la imaginación.»

Á tres géneros pueden reducirse las obras poéticas de Argensola, es á saber: las composiciones de forma extensa y vagarosa, como son las sátiras ó epístolas, las canciones ó poesías líricas; y las cortas, como sonetos, epigra-

78 En el Prólogo á las *Rimas del Doctor Bartolomé Leonardo de Argensola*, por Don Ramón Fernández. Madrid. MDCCLXXXVI.

mas y otras de este estilo. La suma facilidad que tenía Argensola para versificar, la amenidad de su fantasía y la pureza y elegancia de su frase le disponían á sobresalir en aquellas composiciones, cuya amplia y generosa estructura presta al ingenio ancho espacio para campear libremente y lucir sus dotes y perfecciones naturales. Así es que las epístolas y las sátiras de Argensola son de lo más perfecto que posee la literatura castellana del siglo de oro, no teniendo quien le haga competencia en las primeras más que Lope de Vega, y en las segundas el gran Quevedo. No es tan feliz en las canciones, donde á veces el pensamiento se pierde y desvanece con la excesiva prolongación de las estrofas, si bien en ellas centellean de vez en cuando destellos de luz, que fijan vivamente la fantasía y la entretienen y deleitan con las más placenteras imágenes. Pero donde Bartolomé Leonardo brilla con ventaja insuperable es en el soneto. Haylos entre los suyos, que por el arte con que están conducidos, por la concisión de su frase y por la naturalidad de su desenvolvimiento son una verdadera maravilla. Aquel, sobre todo, que empieza:

Dime, Padre común, pues eres justo,

«es la cosa más grande que en esta línea se ha escrito, según frase del crítico citado, pues recopilados en los cuartetos y primer terceto todos los sofismas de los impíos contra la Providencia, con la majestad y grandeza propia del argumento, el último verso los deshace todos con una belleza incomparable[79].»

Hase dicho más arriba que las múltiples cualidades del ingenio de Argensola le disponían á brillar y aventajarse en muchos géneros de literatura. En muy diversos se ejercitó en verdad, alcanzando en ellos gloria y aplauso merecido;

79 Acerca del mérito poético de Argensola pueden verse más pormenores, ya en el Prólogo citado de Estala, ya principalmente en el Discurso del Duque de Villahermosa, que en este punto nada deja que desear.

uno de los más excelentes y singulares, y desconocido hasta hace poco por haber permanecido inéditos los documentos que podían atestiguar esta excelencia[80], fué el arte del diálogo filosófico y político, género difícil de suyo y por esto tal vez escasamente cultivado por nuestros escritores, mas llevado á tal perfección por Bartolomé Leonardo, que desde hoy debe ser contado entre sus cultivadores más eximios, digno de alternar con el griego Luciano y con el español Juan de Valdés. Como ensayo sin duda puso en castellano el Diálogo del primero de estos escritores entre *Mercurio y la Virtud*, traduciéndolo con notable fidelidad y elegancia; mas resuelto á sacar algo de su propia invención, escribió otros con arte tan admirable, con tal conocimiento de la antigüedad y con tal gracia y sabor satírico, que si no fuese por las alusiones que contienen á sucesos políticos de aquel tiempo, nadie los creería de autor moderno, sino del mismo griego Luciano, traducidos á nuestra lengua por alguno de nuestros humanistas más insignes.

Mas esta clase de estudios, y los que ya se han referido sobre el arte de la poesía, si bien se conformaban á maravilla con las aficiones de Leonardo de Argensola y le ocasionaban triunfos tan grandes como merecidos, no ocuparon tanto la actividad de su mente como los de investigación y escritura de cosas de historia. Porque habiendo sido nombrado Cronista del Reino de Aragón, y constituído ilustrador de sus hazañas y mantenedor de sus glorias, creyó, y muy justamente en verdad, que no correspondería en manera alguna á la confianza que en él habían depositado los Diputados del Reino si no consagraba todas las fuerzas de su ingenio al honroso empeño que sobre sí había tomado: y tal como lo entendió así lo cumplió, empleando en tan arduo trabajo los mejores años de su vida y los aceros más eficaces de su inteligencia.

80 El Conde de la Viñaza ha publicado recientemente algunos de estos diálogos en el tomo II de las *Obras sueltas* de los Argensolas.

Cuáles fuesen los deberes á que se creía obligado por este oficio, los declaró Bartolomé Leonardo en un *Discurso acerca de las cualidades que ha de tener un perfecto Cronista*[81], presentado á los Diputados del Reino antes que éstos le confiriesen el honroso cargo, discurso lleno de discreción y sabiduría y digno de figurar al lado de los tratados que por aquel tiempo escribieron sobre este punto el historiador de Felipe II Luis Cabrera de Córdoba, el Doctor Juan Costa, catedrático de la Universidad zaragozana, y Fray Jerónimo de San José, autor del hermoso libro *Genio de la Historia*.

En él, después de asentar la diferencia que hay entre el poeta y el historiador, en cuanto aquél escoge el asunto que ha de tratar, y lo adorna y embellece á su capricho, y á éste se lo da formado la Divina Providencia en los sucesos que han de ser materia de su historia, afirma que «el oficio del perfecto cronista es luchar contra el olvido, sacándole de las manos todo lo digno de memoria y haciendo dello un ejemplar lleno de verdad y doctrina». La verdad debe ser, según Argensola, la base de la historia, y que esta verdad luzca y resplandezca é instruya al que la lea ha de ser el intento del historiador. Para conseguirlo es necesario que narre bien los hechos, que no se entretenga en digresiones inútiles, que no se enrede en pequeñeces y menudencias, sobre todo que no se deje llevar nunca de la pasión por santa y legítima que parezca, si puede resultar en mengua ó descrédito de la verdad. Á fin de averiguarla y referirla bien, el historiador ha de ayudarse de todo, estudiando las cosas de que ha de tratar, ilustrándolas y ennobleciéndolas con la luz de otras muchas y recogiendo de ellas todo cuanto pueda servir á su intento. Sumo cuidado ha de poner en no dejarse arrastrar del excesivo amor de la patria que á tantos ha despeñado y desacre-

81 Léese este Discurso en las *Obras sueltas*, p. 255 y siguientes.

ditado. «No olvide á su patria con ingratitud, dice Argensola; pero sepa que porque lo es ha de gustar de que sus hijos sean cuerdos y considerados; y si no gusta de esto, al fin es madre y no sabe lo que se pide, porque el amor la engaña como á sus hijos.» El fin á que ha de tirar la historia es la enseñanza del lector, pero esta enseñanza desea Bartolomé Leonardo que resulte de la historia misma, sin que el historiador insista demasiado en ella, entremetiendo á cada paso los consejos ó advertimientos que pueden colegirse de lo que refiere. El buen escritor de cosas de historia ha de traer ésta para ejemplo y confirmación de la doctrina, mas sin que parezca que tál es su intento; «oigamos, dice con frase pintoresca, el reloj, pero sin ver cada vez la rueda que le hace andar regulado».

Fuera de estas dotes que ha de tener el historiador, en lo que toca á su persona debe ser, según nuestro autor, atentado en sus costumbres, modesto en su hablar, importando mucho que su conversación privada sea con gente grave, de ciencia y calidad «y que haga profesión decente á la verdad que busca, ayudándose del trato apacible, sin desorden que le descomponga, porque desta manera salga la materia de su historia de más digna boca que la del vulgo, habiendo de ser su escritura la pública verdad del Reino». «Desta manera, dice Argensola, escribirá bien y con autoridad, y con menor disposición de ingenio allanará lo que parece áspero; tratará de nuestras guerras y mezclarálas con las de otras naciones con debida estimación de nuestra honra, y aquellas cosas que mostraban no ser dignas de historia las sabrá ennoblecer, llevándolas del sentido al entendimiento, para que medrando de posada salgan mejor aderezadas, imitando en este punto al diestro pintor, que hace un hermoso retrato de un original feo, y con todo se le parece al retrato, sin discrepancia ninguna, por oculta virtud del arte.» En suma, «ver-

dad en la pluma, neutralidad en el ánimo, lenguaje libre, pero modesto, han de ser, según Argensola[82], miembros del todo integral de la historia». «Destas dotes naturales y adquiridas, concluye, ha de estar adornado el ingenio del cronista. Con tal tiento ha de proceder; esta edad y profesión ha de ser la suya; tal la conversación, la cordura y recato del juicio, la templanza en cosas propias, la diligencia en todas; con tal espíritu y viveza lo ha de gobernar todo para merecer el renombre de perfecto historiador y cronista, no defraudando á sí mismo y al cargo tan honroso y á quien lo escoge para él; y desta manera saldrá de sus manos la historia pura, limpia, neutral y maestra de las gentes, que alabe y castigue sin adulación y sin injuria y de toda ella resulte el provecho que se pretende.»

Tal era la idea que Bartolomé Argensola se había formado de los deberes que incumben al escritor de cosas de historia. ¿Los cumplió él al ponerse á escribirla? Sí y no, según se miren las cosas, y aun conforme se entiendan las mismas palabras en que se expresa nuestro autor.

La historia ha de ser, según Bartolomé Leonardo, imagen de la realidad, espejo donde reverbere por modo clarísimo la vida que palpita en el sér de las cosas, cuerpo hermosísimo lleno de acción é interés compuesto de muchas y muy diversas partes, correspondientes á las que forman el conjunto real de los hechos, y en el cual «se recoja de todas las cosas algo para hacer una sola de todas, así como un número se forma de muchas unidades». Esta imagen debe ser delineada con las palabras y estilo del escritor, el cual para dibujarla y colorirla ha de servirse de cuantos medios pueden prestarle la naturaleza y el arte, puestas á contribución por las dotes intelectuales

82 En carta á Fray Jerónimo de San José. (*Obras sueltas*, p. 329.) Las otras citas del contexto están tomadas del *Discurso sobre las cualidades que ha de tener un perfecto Cronista.*

de que él mismo está adornado. Hermosa y agradable tiene que ser esta imagen, y tan llena de luz y de vida, que embelese el entendimiento del contemplador y excite su corazón á empresas generosas; mas con ser tan bella en sí, debe tenerse siempre en cuenta que no posee más sér que el que le es reflejado de otra que lleva el historiador en su mente, y en la cual ha conseguido éste reproducir por manera ideal la serie de acontecimientos que refiere, y darles calor, acción é interés tanto más grande y eficaz cuantas más partes ó elementos representa de la realidad, y con cuanta mayor viveza y perfección los representa. En procurar que estas dos imágenes, la escrita y la ideal, se correspondan lo más perfectamente que sea posible con la verdad de las cosas, ha de estar el esfuerzo supremo del historiador, y en conseguirlo se cifra el mérito de su obra; por manera que si hubiese ingenio de hombre capaz de formar en sí una copia exactísima de los acontecimientos que contempla, ora actualmente presentes, ora trasmitidos de palabra ó por escrito, y pudiese traspasar esta copia á sus palabras con tanto acierto y fidelidad que en ellas reviviese el mismo conjunto de los sucesos con su enlace y vida propia, con la fidelísima representación de los personajes que intervienen en ellos, y con todos los matices, accidentes y variedades del cuadro en que se desenvuelven, este tál podría darnos una historia verdadera, auténtica y fidedigna de los acontecimientos que deseásemos conocer.

Mas, ¿cuál es el ingenio capaz de llevar á cabo esta empresa? Ninguno sin duda. El entendimiento del hombre es una facultad tosca é imperfecta. Aseméjase á uno de aquellos cristales que suele producir la industria primitiva y rudimentaria, á trechos claros y trasparentes, á trechos borrosos y oscuros, por los cuales si traslucen partes del objeto que está delante, nunca todas ellas, y menos con la claridad y perfección que sería menester. Puede

este cristal pulirse más y más y recibir mayor claridad, limpidez y trasparencia con los esfuerzos del estudio, con el trabajo de la aplicación, y sobre todo con la purificación del ánimo de las pasiones que más suelen deslucirlo y empañarlo; pero nunca llegará á tenerla completa y perfecta, nunca se conseguirá con él lo que la industria moderna ha conseguido con las grandes piezas de cristal que acierta á fabricar, tan limpias, lúcidas y trasparentes, que por ellas pasan las imágenes de las cosas con tanta pureza é integridad, que cree el espectador que, desaparecido el mismo cristal, no media entre él y el objeto sino el vago ambiente del aire. Tal es la suerte á que está sujeto el entendimiento del hombre; tales son las condiciones de flaqueza, imperfección y defectuosidad á que están ligadas sus ideas y más especialmente las que versan acerca del conocer y trasmitir las que son propias de la historia; y tal es también la raíz de la imperfección de las obras históricas de Bartolomé Leonardo, como lo es de todos los historiadores que ha habido hasta ahora, como lo será de cuantos puedan venir en adelante.

Varias obras escribió en este género, que son: la *Conquista de las Islas Malucas*, los *Anales de Aragón*, continuadores de los de Zurita, y que abrazan los sucesos del Reino aragonés desde el año 1516 hasta el de 1520[83], las *Alteraciones populares* sucedidas en Zaragoza en el año de 1591, las *Advertencias á la Historia de Felipe II* de Luís Cabrera de Córdoba, los *Comentarios* de las cosas sucedidas en su tiempo y algunas otras de menos impor-

83 La edición de 1630 lleva este título: PRIMERA PARTE | DE LOS | ANALES DE ARAGÓN, | QUE PROSIGUE | LOS DEL SECRETARIO GERÓ- | NIMO ZURITA, DESDE EL AÑO | M.D.XVI. DEL NACIMIENTO | DE N.º REDENTOR, | POR EL DR. BARTHOLO- | MÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, | RECTOR DE VILLAHERMOSA, CA- | NÓNIGO DE LA S.ª IGLESIA METRO- | POLITANA DE ZARAGOZA, CHRO- | NISTA DEL REY N.º SR. DE LA CO- | RONA Y REYNO DE ARAGÓN | EN ZARAGOZA POR JUAN DE LANAJA, | IMPRESOR, AÑO 1630.—Es un tomo en folio mayor de 1128 páginas, sin los índices y preliminares.

tancia[84]. En las que gozamos impresas admírase estilo clarísimo y elegante, modelo de corrección y de pureza. La narración está hecha con sumo interés; una vida prodigiosa palpita en sus páginas. Que en ellas se refleje la verdad pura y sincera, y que ni la pasión ni el miramiento personal bastardearon el juicio, ni movieron ó torcieron la pluma de Bartolomé Leonardo, no puede ponerse en duda. Fué nuestro escritor amigo de la verdad sencilla, llano en sus palabras, aborrecedor de la falsedad y preciado de poseer aquella soberana libertad de espíritu que, sobreponiéndose á los impulsos de la aviesa pasión, sólo rinde vasallaje á los dictámenes de una recta conciencia. «Yo aborrezco el mentir[85]», exclamaba una y otra vez, y aunque se quejase en el seno de la confianza[86] de tener mal siglo, «y la adulación tan poderosa en él que se entremete en la más fundada amistad», así procedió en su vida pública y privada que con entereza verdaderamente aragonesa pudo dejar escrito[87]:

84 Sobre el libro de las *Alteraciones de Zaragoza*, leemos en las *Memorias manuscritas* de Ustarroz: «En el año 1626 entregó á los Diputados un tratado con esta inscripción: *Alteraciones populares de Zaragoza en el año* 1591. Dividió este asunto en dos partes: en la primera propone la materia, y para dar corriente á los sucesos empieza con la pretensión fiscal sobre las leyes de Teruel, las prisiones que allí hubo y otros accidentes en menoscabo de los fueros con la llegada del Duque de Segorbe y del Doctor Soto de Calderón, Inquisidor de Palencia. Describe los solevamientos de la Baronía de Monclús del Condado de Ribagorza en tiempo de los Duques Don Martín y Don Fernando de Aragón, el pleito de Ariza, el de la Baronía de Ayerbe, las Cortes generales celebradas en Monzón año 1585 y el asiento que en ellas mandó el Rey tomar sobre los negocios referidos. Estas materias las escribe con tanta claridad y elegancia, que á mi entender entre sus escritos tiene éste eminente lugar. Su original tiene el Reino en el Archivo de la Diputación.» Este manuscrito de Argensola se ha perdido, como también el de los *Comentarios* sobre las cosas de su tiempo. Las *Advertencias á la Historia de Felipe II* fueron publicadas hace algunos años en la magnífica edición de la obra de Don Luis Cabrera de Córdoba, hacia el fin del tomo III.

85 En la epístola que empieza: «Hoy, Fabio, de la Corte me retiro.»

86 En carta á Don Luis Bavia. (*Obras sueltas*, p. 345.)

87 En la epístola que empieza: «Hoy, Fabio, de la Corte me retiro.»

En tanto que en el mundo haya cebada
Y en mi cerebro lúcido intervalo,
No me ha de dar la adulación posada.

Y sin embargo de tanta libertad é independencia, y á pesar de tanto amor á la verdad, á cualquier lector que repase hoy los libros históricos de Bartolomé Argensola no puede menos de asaltarle la sospecha de que en ellos campea la verdad sí, pero no entera, ni tampoco adornada de todos los accidentes y requisitos que son necesarios para hacerla llegar limpia é inmaculada al entendimiento del lector.

Tal vez sea demasiada exigencia; pero lo cierto es que al escritor de cosas de historia se le pide hoy mucho más de lo que se le exigía en otros tiempos. La esfera de nuestros conocimientos se ha ensanchado prodigiosamente. En cualquier fenómeno ú objeto vemos infinitas más cosas de las que antes se veían. La misma distancia á que los miramos nos permite verlos más en grande y vislumbrar en ellos accidentes y relaciones que nunca sospecharon los que los vieron más de cerca. De donde resulta que la historia que cuenta una serie de acontecimientos, si ha de responder á este ideal, tiene que ser hoy más vasta, más minuciosa y circunstanciada de lo que antes fué, reproduciendo y resucitando la época en que tales hechos pasaron y haciendo revivir las costumbres, los caracteres y la vida entera de los personajes que intervinieron en ellos. En verdad, si ya en su tiempo advertía Argensola[88] que «no satisface á lo que debe el que cuenta los sucesos desnudos», sino que es necesario que los vista y aderece con los requisitos del arte, y que nos cuente no sólo los casos y hazañas de los hombres, pero aun los «pensamientos de las gentes», ¿cuánto más no ha de exigirse esto hoy que esos pensamientos es visto que no pueden enteramente cono-

88 *Discurso sobre las cualidades que ha de tener un perfecto Cronista.* (*Obras sueltas*, p. 257.)

cerse sin conocer también el estado de la sociedad en cuyo ambiente se desenvolvieron los hechos, las influencias á que estuvo sometida, los caracteres morales que la singularizaron y aun los mismos accidentes físicos del terreno con sus múltiples aspectos, con las infinitas variedades y evoluciones de la naturaleza; hoy que la historia tiende no tanto á referir sucesos, genealogías y contiendas de reyes, sino hazañas y costumbres de pueblos; hoy, en fin, que se quiere conocer no ya los actos y empresas de los hombres, sino la naturaleza infinitamente rica, variada y movediza del hombre mismo? Que á realizar este ideal del arte de la historia no haya llegado ninguna de las obras escritas por Argensola, como no llegó ninguna de las escritas en su tiempo, como apenas llegue alguna de las escritas en el nuestro, á nadie debe causar extrañeza: lo extraño hubiera sido que hubiesen llegado. En este sentido, pues, cabe decir que Bartolomé Leonardo no desempeñó el oficio de historiador tal como puede colegirse de sus palabras y preceptos.

Pero si no en esta forma suprema y absoluta, en la accidental, hipotética y relativa, y tal cual entonces podía exigirse de él, no hay duda que lo desempeñó y por alta y maravillosa manera. Las perfecciones artísticas que realzan sus historias, son, como es dicho, de las más relevantes de que puede envanecerse ninguna obra literaria. Fluye en ellas la narración con suavidad y sencillez admirable. La verdad aparece entre esplendores de luz que dulcemente recrean y embelesan la mente. Todo en estos libros es agrado, dulzura, suavidad grave y deleitable. De los *Anales del Reino de Aragón* decía uno de sus biógrafos, el Doctor Andrés Ustarroz[89], que eran «como la imagen de Venus, que por muerte de Apeles quedó imperfecta sin haber pintor que se atreviese á proseguirla»; y así ha suce-

89 *Noticias* de Pellicer, p. 110.

dido en verdad, quedando aquel precioso fragmento de la historia del Emperador Carlos V cual monumento de prodigiosa hermosura que nadie se ha atrevido á continuar. De las *Alteraciones populares* dice el mismo Ustarroz[90], que á su entender «entre sus escritos tiene éste eminente lugar», calificación que hace más sensible su pérdida; y en la *Historia de las Islas Malucas* poseemos, como ya es dicho, uno de los libros de más sabroso y apacible estilo que hay en nuestra lengua, cual lo muestra el juicio que se ha formado siempre de él y el aprecio que mereció de los entendidos, como lo prueba el haber sido traducido por lo menos al francés y al alemán, fortuna rara vez alcanzada por ninguno de nuestros libros de su clase[91].

En todas estas obras resplandece la verdad pura y es-

90 En las *Memorias mss.*, cap. V.

91 La edición española de la *Conquista de las Islas Malucas* lleva esta portada:

Conquista | de las | Islas Malucas | al Rey Felipe III N.° Sor. | escrita por el Licend.° Bartolomé | Leonardo de Argensola capellan | de la Majestad de la Emperatriz | y Rector de Villahermosa. | (Aquí la empresa de Argensola figurada por un león dormido, sobre el cual campea la palabra livori.) | En Madrid por Alonso Martin, año M.DC.IX.

La portada de la versión francesa dice así:

Histoire de la conquete des isles Moluques par les Espagnols, par les Portugues, et par les Hollandais. Par Barth. Leonardo de Argensola. Traduite de l' espagnol. Amsterdam, J. Desbordes, 1706. 3 vols. en 8.°—Atribúyese la traducción á Jacques Desbordes. Está dedicada al Conde de Kniphusen, cuyo retrato grabado va en el primer tomo. El tercero es una adición del traductor, en la cual refiere las conquistas de los Holandeses en la India.

El título de la traducción alemana es:

Beschreibung der Molukischen Insuln, und derer zwischen den Spaniern, Portugiesen un Hollaendern darum gefuhrten kriege, Woben zugleich allerhand in Europa und Indien vorgefallene Begebenheiten wozu die Molucken Gelegenheit gegeben ausfuhrlich erzehlet werden. Erstlich von Hn. Bartholomæo Leonardo d' Argensola, in Spanischer Sprache beschrieben, nachgehends in die franzosische und numehr in die hochdeutsche ubersetzet. Franckfurth und Leipzig, Bey Michael Kohrlachs seel. Wittib und Erben von Liegnitz, 1710.—8.°-760 págs. y 23 hojas de tabla alfabética.

cueta, ajena de pasión, exenta de interés y presentada al lector de una manera singularmente bella y atractiva; y en este punto cumplió Bartolomé Leonardo los preceptos que él mismo se había impuesto. Qué importa que á esta verdad tan hermosamente dibujada le falten algunas luces ó adornos que hoy se creen indispensables? Qué importa, por ejemplo, que en la historia de la *Conquista de las Islas Malucas* se eche de menos mayor esmero en la descripción geográfica de aquellas islas, más amplia noticia de los usos, costumbres é ideas de sus habitadores, más vivo y profundo sentimiento de la naturaleza que tan pujante se ostenta en aquellas privilegiadas regiones? Qué importa que aun en la misma serie de los hechos de su *Conquista* no encuentre el lector aquella lucha de pasiones é intereses y aquel orden y transparente claridad que hoy se requiere, y que es efecto y resultado de la mayor educación y perfeccionamiento que han logrado en general las facultades del alma? Ni á Argensola pudo pasarle jamás por el pensamiento que fueran necesarios tales requisitos para sus escritos de historia, ni su falta mengua en manera alguna el valor de las otras cualidades que campean en ellos. Juzgar las ideas de los pasados por las de los presentes es temeridad imperdonable. Hay en el mundo un progreso continuo, que lo mismo afecta al orden de la naturaleza que al de la inteligencia y al del arte. El ideal de hoy (en lo que toca á las partes ó elementos accidentales de las obras artísticas) no es el de ayer, como tampoco será el de mañana. Lo que en este siglo creemos el colmo de la perfección, tal vez aparecerá en el que venga muy pobre y menguado. Moderemos, pues, nuestros juicios; juzguemos con benignidad las cosas pasadas, como quisiéramos que se juzgasen en adelante las presentes. Las obras históricas de Argensola fueron tenidas como de mérito altísimo cuando aparecieron en la república de las letras, y aun hoy lo son si nos ponemos en el verdadero punto de

mira. «La historia, decía un antiguo, de cualquier manera que se escriba deleita.» La historia escrita por la pluma áurea de Bartolomé Leonardo, embellecida con las galas de su imaginación y realzada con las gracias imponderables de su estilo, agradará siempre al discreto lector, y le producirá uno de los deleites más puros, más tranquilos y apacibles de que es dado á la humana inteligencia disfrutar en la esfera del arte y del pensamiento.

Mas si en las obras históricas de Bartolomé Leonardo, como en las poéticas ó políticas (pues lo que se ha dicho de aquéllas puede en su tanto aplicarse á éstas), echa de menos el gusto ó ideal moderno algo que cumpla con los requisitos del arte tal como hoy es entendido, y si la imagen de la realidad no brilla en ellas con los esplendores con que pudiera iluminarlas el progreso presente, en cambio campea en todas otra imagen viva y hermosísima, que Argensola jamás tuvo empeño ni siquiera intención de dibujar, pero que resultó pintada y como nacida por sí misma, cual prueba elocuentísima de la ventaja que hace á las veces la naturaleza al arte y el instinto nativo y espontaneo al movimiento reflexivo de la voluntad. Esta imagen es la imagen del mismo Argensola, de su carácter, de su corazón, de su alma.

Es notorio que entre las cualidades y excelencias que pueden realzar las obras del humano ingenio, una de las más singulares y peregrinas es la virtud que tienen de reflejar, juntamente con el asunto que desempeñan, las dotes intelectuales de sus autores, la índole de sus pasiones y afectos y las prendas que constituyen y especifican su carácter. Pocas son las obras artísticas que á esto llegan, como quiera que sólo han podido alcanzarlo las de aquellos rarísimos escritores á quienes dotó el cielo de tal flexibilidad de facultades, que les permitió expresar sus pensamientos con toda su natural energía y viveza, sin que nada los deslustrase ó desfigurase, antes conservando entero el

sello y sabor personal que en sí tenían. En estos ingenios singulares el hombre se confunde con el escritor, y en sus obras á la vez que la imagen ó representación de las cosas que se dicen ó escriben, vemos la imagen ó efigie del que las dice. Uno de estos ingenios fué Bartolomé Leonardo de Argensola.

Alma ingenua y veraz expresó sus ideas sin velos ni rebozos, y en esta expresión salió envuelto algo de lo que palpitaba en lo más íntimo de su sér, algo de lo que formaba la parte más sustancial de su alma. No hay obra alguna de Argensola que no contenga algún elemento de esta su íntima naturaleza, ni linea de sus escritos que no ofrezca algún rasgo de su carácter; y estos rasgos y elementos son de tal manera vivos y expresivos que quien los recoja puede formar con ellos el trasunto más acabado de sus inclinaciones y costumbres y el retrato más auténtico de su fisonomía moral.

Hermosa y por extremo simpática se presenta esta fisonomía. Si el estilo es el hombre, como se ha dicho con razón, el alma de Argensola quedó fidelísimamente retratada en aquel estilo suyo, dulce, apacible, todo orden y grata harmonía. En él la inteligencia y la fantasía andan en admirable concierto. Los resplandores de la idea están realzados de continuo por los suaves ardores del corazón. Una correspondencia maravillosa reina en todas sus partes ó elementos. Nada hay en este estilo extraño ó violento, nada que choque ó sorprenda, sino una dulce serenidad que atrae y agrada, y que cuanto más se analiza y estudia más sincera y profunda simpatía engendra en el alma. Imagen ó más bien original fidelísimo de este estilo era el alma de Argensola, alma recta y sincera, esclava de la ley moral que de lleno la iluminaba y absorbía, y que tomando por norma de sus acciones la sinceridad y honradez y cuidándose poco de los respetos y dichos de los hombres, apreciaba en su justo valor el que llamaba

Envejecido error de los mortales,
Que dan á la opinión más que á la ciencia,
Aun en las cosas mismas naturales[92].

Al que contemple esta fisonomía desde el punto ó instante actual y la coteje con las que se mueven en torno suyo, no podrá menos de sorprenderle la diferencia que entre aquélla y éstas ha de observar. El mundo, así físico como el moral, ha cambiado mucho desde los tiempos de Argensola. Los caracteres de los hombres se han transformado; las inteligencias se han agrandado y enriquecido. En nuestros cerebros bulle hoy mayor número de ideas que las que se agitaron en los de Argensola y sus contemporaneos. Donde quiera que volvamos los ojos vemos más y más lejos, y de cualquier parte adonde dirijamos nuestra actividad científica ó moral parecen surgir ideas innumerables de que no tuvieron ni sospecha siquiera aquellos hombres. Pero si hemos ganado en número, hemos perdido en orden y calidad; y si nuestro fondo científico y moral se ha enriquecido inmensamente, no ha sido sino á costa de perder mucho de aquella gravedad, asiento, discreción, y, sobre todo, de aquel hermoso concierto y correspondencia que embellecía en otros tiempos las inteligencias y las voluntades. De parte de quién está la ventaja no es difícil averiguarlo; porque si á pesar de las debilidades y miserias de que está rodeado el humano vivir, no ha de ser éste un conjunto de fenómenos sin orden ni paz; si el hombre no ha de caminar al azar, no sabiendo de dónde viene ni adónde va; si no hemos de pasar el tiempo en perpetuos ensayos, deshaciendo hoy lo que hicimos ayer; si nuestras facultades, en fin, no se han de destruir en irremediable divorcio, no hay duda que logra mejor este fin quien experimentando en sus ideas y afectos la hermosura del orden que realza y ennoblece las obras más espléndidas de

92 En la epístola que empieza: «Hoy, Fabio, de la Corte me retiro.» (*Rimas*, t. II, p. 169 de la edición de Estala.)

la naturaleza, lo realiza en la medida y alcance de sus fuerzas, y da á cada cosa su precio y valor, y respeta lo que merece respeto, y sujetando la voluntad á la razón y ésta á la regla de moralidad que le es impuesta de lo alto, perfecciona de esta manera la hermosa síntesis en que se concentra todo el fin de la vida humana, que no quien lleva en su cabeza un mundo revuelto de ideas disparatadas é inconexas, que en lugar de paz no ocasionan sino desorden y perturbación á su espíritu.

Refiere Argensola[93] de un personaje de la corte romana «muy grave y muy docto, y aún más que esto» según le llama, que habiendo leído un papel en que se defendían con notable tesón ante el Tribunal de la Sede Apostólica los derechos del reino de Aragón á ciertos privilegios y preeminencias, decía de los aragoneses: *¡estos son hombres!* Esta misma expresión, aunque en sentido algo diferente, se viene á los labios al estudiar muchas de las almas de nuestros antiguos, al ver la alteza de las ideas que las mueven é impulsan y al advertir la nobleza de sus afectos, la tranquilidad de sus pensamientos y la paz que reina en todo su sér. Hombres eran de verdad aquellos varones que poniendo la mira en los altos destinos de la humana personalidad los ejecutaban por manera nobilísima; hombres eran los que daban á cada cosa su mérito y valor, y guardando el orden que ha de haber en las ideas de nuestra mente sujetaban sus acciones á la regla moral que brillaba en el fondo de sus conciencias y libraban en esto la paz y la tranquilidad de sus almas; hombres eran los que, alzándose sobre la esfera de ruines afecciones que se disputan el corazón humano, lo encaminaban hacia Dios y en Él colocaban el fundamento de sus pensamientos y afectos.

Tal fué, en verdad, Argensola, y tal se nos presenta en

93 En carta escrita al Justicia de Nápoles á 8 de Septiembre de 1611, que extracta Don Adolfo de Castro. (Biblioteca de Rivadeneira, t. 38, página XCVII.)

su vida y en sus escritos. Gózase él mismo en muchas de sus composiciones en pintar la paz y tranquilidad de su alma, explicando los efectos que causaban en ella, y aun dándonos la clave del misterio que por su dicha había logrado descifrar. Todo este misterio está encerrado en aquellos hermosos versos de uno de sus contemporaneos, el insigne Lope de Vega:

Con mis pensamientos voy,
Con mis pensamientos vengo,
Que para vivir conmigo
Me bastan mis pensamientos.

Esta sentencia, que Lope de Vega parece haber puesto empeño en desmentir con su vida tumultuosa y agitada, fué la norma constante de Argensola.

Vive dentro de tí, porque te advierto
Que jámás hallarás lo que deseas
Si lo buscares fuera de tí mismo:

Este consejo daba[94] á quien desease encontrar la paz y la quietud de su alma, y en seguirlo la halló él perfecta y cumplida. Confiésalo de buen grado, pero advirtiendo[95] deber esta paz á haber mirado

Su pensamiento, no ya como preso,
Sino como consorte y grato amigo,

en lo cual está el punto de la dificultad, y de ahí provino la diferencia entre nuestro filósofo escritor y Lope de Vega.

Y la razón de haber logrado esta quietud de espíritu la indicaba Argensola[96] al advertir que el pensamiento

En la continuación de estar conmigo
No es fácil de creer cuán de su grado
Sigue el mismo dictamen que yo sigo.

94 En el soneto que empieza: «Carlos, ni pretensión ni gloria fundo.» (*Obras sueltas*, p. 27.)
95 En la epístola que empieza: «Para ver acosar toros valientes.» (*Rimas*, t. I, p. 62, de la edición de Estala.)
96 Ibid.

Por lo cual, viendo en sí el efecto de esta buena compañía, muy discretamente preguntaba[97]:

> De qué sirve picarle á que irritado
> Aperciba las velas y los remos
> Para buscar sosiego á nuestro estado
> Si entre nosotros mismos le tenemos?

Y aun por esto también al contemplar cuán diferente era en este punto el proceder de los mortales, escribía[98]:

> Ó execrable ambición que nos encantas
> Para que ni él parezca ni le hallemos!

Mas aunque Argensola había hallado el sosiego de su alma en el trato con su propio pensamiento, no podía menos de conocer que los grandes bienes que trae consigo este trato difícilmente se logran con la vida alborotada que se lleva generalmente en las populosas ciudades. Así es que la estancia en la soledad del campo, que tan dulces entretenimientos le había ocasionado en los días de su juventud, fué también su gusto mayor en los postreros años de su vida. Llevado de este gusto, aunque muy ocupado en sus tareas literarias, gozábase de entreverarlas con las distracciones que le ofrecía la contemplación de los espectáculos de la naturaleza, hallando en éstos más halago que el que encuentran los amadores del mundo en sus bastardos placeres. El sitio escogido para vacar á esta soledad era una casa ó torre que la familia de Argensola poseía en la anchurosa vega regada por el Ebro y en el pueblo de Mozalbarba, no lejos de Zaragoza. En ella había vivido largas temporadas el hermano mayor Lupercio, hallando grato alivio á sus enfermedades, y á ella se retiraba también alguna vez Bartolomé, dando de mano á sus

97 En la epístola que empieza: «Para ver acosar toros valientes.» (*Rimas*, t. I, p. 62, de la edición de Estala.)
98 Ibid.

estudios y deseoso de vivir para sí y para sus solitarios pensamientos.

De esta vivienda habla en una de sus composiciones poéticas[99], describiéndola tan vivamente y derramando en su descripción tanta luz y riqueza de colores y tal paz y suavidad de sentimientos, que al leerla no parece sino que respiramos la misma paz y suavidad y aun que contemplamos el mismo corazón de Argensola, y vemos en él la tranquilidad de su espíritu y la amable sencillez de sus costumbres. Y como al par de esta cualidad moral, que realza tan hermoso fragmento, es muy apropiado para dar idea del estilo de nuestro autor, de su admirable facilidad de versificar y de la manera cómo sentía y expresaba las bellezas de la naturaleza, no podemos resistir al deseo de trasladarla á este sitio. Dice así:

Es la capacidad de la posada
Angosta, pero, gracias á Dios, nuestra,
Humilde, pero bien acomodada;
En cuyo alegre patio, á mano diestra,
Un cuarto fresco para el tiempo estivo
Sobre el antiguo sótano se muestra:
El sótano en que siempre licor vivo
De Baco en los toneles envejece
Y cuanto más anciano es más activo.
Todo este cuarto en un jardín fenece
No trasquilado, que su verde greña
Para apetito en la ensalada crece.
Á la otra parte entre robusta leña
De parto cacarean cien gallinas
Junto de una cocina no pequeña;
Donde extendida entre las dos esquinas
Blanquea una vajilla que se iguala,
Si ya no excede, á porcelanas finas.
Un entresuelo en medio de la escala,
Para si viene un huésped dedicado.
Luégo se sube al comedor y sala;

99 En la epístola que empieza: «Hoy, Fabio, de la Corte me retiro.» (*Rimas*, t. II, p. 169, de la edición de Estala.)

En el cual hay un cuarto á cada lado,
Según el tiempo, habitación distinta,
Y de ambas partes se descubre el prado,
Y tál, que cuando en lienzos ves la quinta
Entre los sauces y ribera amena,
Dirás que desta amenidad se pinta.
La torrecilla de palomas llena
De sus roncos arrullos, semejante
Á los aplausos del teatro, suena.
Y abiertas las ventanas no distante
Al aposento, muestran de la fruta,
Mas cubiertas con redes de bramante,
Porque el oreo que la tiene enjuta
Éntre á darle sazón y á las traviesas
Aves estorbe la defensa astuta.
El generoso olor de las camuesas
Se esparce, que del techo bien colgadas
Forman racimos de sus hilos presas.
Pende también la sarta de granadas
Que una en el seno sus rubíes encubre,
Y algunas te los muestran confiadas.
Las uvas cuyo lustre nos descubre
Que el néctar guardan, sólidas y enteras,
Todos los meses como en el Octubre.
Y de juncia y de esparto en las groseras
Fajas se ven pendientes los melones,
Acomodados dentro en sus esferas;
Las servas semejantes á varones
Que en sus patrias son ásperos y rudos
Hasta que á luengas tierras los traspones;
Los nísperos que dejan de ser crudos,
Aunque maduros son pellejo y cuescos,
Y los membrillos lisos ó lanudos;
Los higos pasos con más miel que frescos,
Al fin, cuanto esculpe y se colora
Sobre las cornucopias y grutescos.

. . . .

En esta copia fácil considera
Que un asado y cocido, poco y bueno,
Sobre manteles cándidos me espera,
Y que á mis horas ciertas cómo y ceno

Con la resolución que lo ejercita
Un sano escarmentado de Galeno,
  Y con puntualidad tan exquisita
É indispensable como el sol la tiene
Al entrar en los signos que visita.
  Mas componer la sala me conviene
Y mi cama en su alcoba y ver el modo
Que el tercer aposento se previene,
  Que es grande, blanco y lleno de luz todo.
En éste, de mis bienes lo más rico,
Mis carísimos libros, acomodo.
  Este, suaves Musas, os dedico
Al ocio docto y las vigilias santas
Que me han de segregar del siglo inico.
  Aceptadlo, bellísimas infantas
De Jove, así no estampe la ignorancia
En vuestro monte sus profanas plantas.
  Y mientras usa Codro de arrogancia
Por ciencia, y á su voz los lleva asidos
Cual suele el otro Hércules de Francia,
  Y juzgan con tan rústicos oídos
Que lo tienen por cisne, siendo ganso,
Y por canto sonoro sus graznidos,

. . . .

  Y mientras anda entre Caribdi y Scila
La verdad por causídicos maldito,
Cuya fidelidad y voz se alquila,
  Hasta que al fin interesados gritos
De los confusos tribunales vuela
Ó se ahoga en los pérfidos escritos,
  Y mientras la ambición y la cautela
Apresuran la vida de Palacio
Batiendo el tiempo volador la espuela,
  Pasaré yo la mía muy despacio
Con Jerónimo, Ambrosio y Agustino
Y alguna vez con Píndaro y Horacio.
  Deste puerto seguro determino
Mirar, si puedo, como ajeno el daño
Que en otros hace el ímpetu marino,
  Y en el de jaspe catalán ó extraño,
Para colgar mis cepos y cadenas,
Levantar un altar al desengaño;

Con letras de oro de misterio llenas,
Mas inferior en harto al buen sentido
Con que las declaró Pablo en Atenas,
Ansí dirán: *¡Al Dios no conocido!*

Mas este silencio y soledad, como todas las cosas del mundo cuando no se toman con discreción, tienen sus inconvenientes. El ánimo hecho para la sociedad no puede menos de enrudecerse con el apartamiento del trato humano. El ingenio enriquecido con los conocimientos que le prestó una cultura generosa, gózase en comunicarlos á los demás y en acrecentar el caudal de su propia instrucción con la que naturalmente recibe de sus semejantes. Habiendo Bartolomé Leonardo vivido en la sociedad más culta y bien educada que había en su tiempo, y poseyendo gran copia de doctrina y de experiencia lograda á costa de muchos estudios y viajes, había de complacerse en participarla á otros y en aprovecharse de la conversación ajena para la instrucción propia, y en sacar del trato amigable, luz, experiencia y solaz para su espíritu. Por esto al que creyese que su amor al retiro le había de infundir desprecio á la humana sociedad, le decía[100]:

No infieras desto que amaré el reposo
Estrechado á la aldea, huyendo el trato
Á la vida política forzoso.
Amarélo picando el gusto un rato
Para volverme á la ciudad con gana
De jamás retirarme al sitio ingrato;
Que quien vive en la aldea una semana,
Ó vive un siglo ó reducir desea
Á desesperación la fuerza humana.
Quién sufrirá el silencio de la aldea
Desde que el sol su agreste plebe envía
Á sudar á los campos la tarea?
Queda entonces tan sorda y tan vacía,
Que ni una voz ni á veces un ruido
Suena en las horas útiles del día,

100 En la epístola que empieza: «Para ver acosar toros valientes.» (*Rimas*, t. I, p. 72, de la edición de Estala.)

Y si sueltas la lengua á grito herido
Por ver si hay gente, el eco lo repite
Y responde en el barrio algún ladrido.
La ardiente condición no me permite
Por ahora que en parte tan ajena
De comercio el espíritu ejercite;
Nuestra ciudad gentil de ingenios llena
Lo retira, lo ocupa y lo divierte,
Alternando el alivio con la pena.

Esta ciudad tan gentil y tan llena de ingenios no podía menos de tener para Argensola irresistible atractivo. Ya se ha ponderado en otra parte el colmo de general cultura en que estaba Zaragoza á la venida de Nápoles de nuestro escritor. Los años adelante mejoró aún más, ofreciendo al amante de las buenas letras cuantas ocasiones podía apetecer para aventajarse en ellas y presentando una sociedad de hombres doctísimos, que eran honor de su patria y ornamento de las ciencias que cultivaban.

Sucedió esto principalmente durante el virreinato de Don Fernando de Borja, Comendador mayor de Montesa, amigo y aun pariente muy cercano del Conde de Lemos. De él decía éste en carta á Argensola[101] que «hacía tiempo que los corazones de ambos andaban muy conformes», y decíalo sin duda no solamente por lo que tocaba al afecto que los dos profesaban al insigne poeta aragonés, sino por la semejanza que tenían en sus gustos y aficiones. Era muy joven cuando vino de Virrey á Zaragoza; pero lleno de ideas grandes y de pensamientos generosos, desempeñó su oficio admirablemente no menos que por espacio de doce años, cautivándose las voluntades de todas las clases

101 Esta carta lleva la fecha de 9 de Agosto de 1621. Que Don Fernando de Borja fuese singularmente aficionado á las letras puede colegirse ya de lo que dice Argensola en las dos composiciones poéticas que le dedicó: la epístola que empieza, «Para ver acosar toros valientes», y el soneto que principia: «Pues tu gobierno imita, mi Fernando», ya de las palabras del Conde de Lemos á Argensola (*Obras sueltas*, p. 384), en que se remite al juicio del Virrey en materias literarias.

8

de la sociedad y mostrándose celoso protector de las artes y de las letras. A este fin solía celebrar en su morada, el hermoso palacio que tenían en el Coso los Marqueses de Osera, hoy casa del Conde de Aranda, tertulias ó veladas literarias, en las cuales, unidos por los lazos de la más noble amistad y presididos por el espléndido Mecenas, juntábanse los ingenios más ilustres de Zaragoza, teniendo por guía y adalid á aquel á quien nadie podía disputar la preeminencia en la república literaria de Aragón, al Doctor Bartolomé Leonardo de Argensola. Ratos de muy apacible esparcimiento hubo de pasar nuestro escritor en aquella casa. El vínculo de dulce amistad que le unía con el Virrey y la ventaja que todos reconocían á su mérito no podían menos de granjearle el respeto universal y el derecho á intervenir y dar su autorizado parecer en todas las discusiones literarias. Su mucha experiencia y doctrina, la gravedad de su carácter y la mansedumbre de su condición habían de ser también medios eficacísimos para atraer voluntades, suavizar asperezas y derramar aquellos destellos de bondad y benevolencia que esparce en su contorno la amistad noble y sincera. Frecuentadas dichas tertulias por los varones más doctos que había á la sazón en la capital aragonesa, fueron su más bello ornato y atractivo, fomento singular de la buena enseñanza y estímulo eficacísimo de las virtudes políticas y sociales, que son el lazo más firme del trato humano.

En esta atmósfera pacífica y serena, avivada por el calor de la amistad y esclarecida por la luz del ejemplo común, trascurrieron los años postreros de la vida de Argensola, muy tranquilos, en verdad, y muy fecundos por los frutos que dieron de su actividad literaria. En estos años, á más de enmendar sus obras poéticas, escribió, como ya es dicho, el volumen en folio de los *Anales de Aragón*, la *Relación del torneo* con que esta imperial ciudad solemnizó la venida de la Infanta Doña María, hija de Felipe III,

cuando salió de España á desposarse con el Archiduque Don Fernando de Austria, Rey de Hungría y Bohemia, y otras obras, así originales como traducidas, de género muy diverso, pero todas de grande utilidad y enseñanza.

Motivo de escribir estos libros fué el acrecentamiento de la gloria y bienestar de su nación. El entusiasmo que tenía Argensola por las cosas de Aragón era vivo y concienzudo, y fundado en algo más que en los hermosos pero irreflexivos ardimientos que excita el dulce nombre de la patria. El pueblo que á fuerza de tenacidad inquebrantable había logrado arrancar pedazo á pedazo el terruño arrebatado por manos enemigas; el que no teniendo ya en el continente tierras que conquistar, ni enemigos con quien combatir, se lanzó á través de los mares en busca de nuevas victorias y conquistas, y se apoderó de las Baleares y de Cerdeña, de Nápoles y de Sicilia, y penetró con sus armas en el remoto Oriente, y dominó en Grecia, y tremoló sus triunfadores estandartes en el Acrópolis de Atenas, é invadiendo el Asia llevó hasta el monte Tauro el estruendo de sus victorias; el pueblo que de tal manera señoreó en el Mediterraneo, que, según frase arrogantísima de uno de sus Almirantes, los mismos peces no habían de atreverse á asomar sobre las aguas sin llevar en sus cabezas un escudo con las armas de Aragón; el que en las postrimerías de su independencia tenía aún en sus arcas bastante dinero para equipar las naves que al mando de Cristóbal Colón, aragonés de verdad[102], iban á descubrir un Nuevo Mundo; el pueblo, en fin, que maravillosamente unido

102 Según grandes probabilidades Cristóbal Colón no nació en Génova ni en ningún punto del continente italiano, sino en Córcega y en la pequeña ciudad de Calvi, conforme se colige de las investigaciones del presbitero Don Martín Casanova en su interesante libro *La Vérité sur la patrie et l'origine de Christophe Colomb*. Ahora bien, según ha demostrado recientemente el Barón de Mora, por los años de 1430, en que se supone el nacimiento de Colón, Córcega pertenecía al reino de Aragón y en ella ejercían jurisdicción sus Reyes por donación que de ella habia hecho el Papa Bonifacio VIII al Rey Don Jaime II en compensación de la isla de Sicilia. Y si

con sus egregios Monarcas cimentó su constitución en la más pura y generosa encarnación del derecho, legislación elogiada por muchos, imitada por algunos, deseada por todos, y que aún hoy es la admiración de los juristas más eminentes; este pueblo, tan heróicamente noble y batallador, simbolizaba á los ojos de Argensola el trasunto de las virtudes sociales más sublimes y el padrón de los hechos más gloriosos que jamás ha llevado á cabo pueblo alguno en la tierra. Al recordar empresas tan hazañosas enardecíase

bien Calvi resistió, á lo que parece, al dominio de los Reyes aragoneses, ni esta resistencia pudo alterar la fuerza del derecho, ni aparece claro que debiera ser considerado el territorio calvense como parte de la República de Génova, á cuyo favor acudía. El llamarse Cristóbal Colón en algunos documentos ciudadano genovés, no prueba que lo fuera de verdad, según ha demostrado el dicho escritor Casanova. Sobre que de las arcas del reino de Aragón se sacaron los caudales con que se equiparon las naves, á las cuales se debió el descubrimiento del Nuevo Mundo, no puede haber la menor duda, estando plenamente demostrado que lo que se dice de que la Reina Isabel empeñara sus joyas para tal efecto, es una de tantas fábulas que corren en la historia con más crédito y aplauso que la misma verdad. Acerca de este punto es del todo concluyente lo que refiere Bartolomé Argensola en el libro 1.°, cap. X, de sus *Anales* por estas palabras:— «Se sabe ya, que la America (ansi llamada por Americo Vespucio, y después con impropiedad, Indias Occidentales, y nuevo Mundo) fue descubierta por Christoval Colon Genoves, armado, y pertrechado por nuestro Catolico Rey D. Fernando. Mucho ayudó á ello la Magnanima Reyna D.ª Isabel su mujer, que honró, y favoreció al Colon. Y fué notorio, que como por gastar entonces con excesso en la recuperacion del Reyno de Granada, se hallassen los Reyes faltos de dinero, ofreció la Reyna sus Joyas, para que se empeñassen, y á Colon se le diese lo que para el descubrimiento pedía. Y las memorias de aquel tiempo dan testimonio, de que Luis de Santangel, Escrivano de Raciones de Aragón, que juntamente con Alonso de Quintanilla, favoreció al Colon, es quien animó á la Reina, y con razones de grave ponderacion persuadió también al Rey, á que no consintiesse, que aquel animoso, y celoso Genoves ocurriesse á otro Rey, en cuyas manos librase un descubrimiento tan estupendo, y la estensión del Evangelio, en cuyo impedimento, ó en cuya execución la Gentilidad interessava tanto. Y el Rey con aquella increíble capacidad donde pudiera caber muchos mundos, abraçó la Empresa del que llaman nuevo, y á Christoval Colon su Descubridor, á quien despues dió titulo de Almirante, hizo las honras que oy viven en su Descendencia. Consideróle en los principios el Rey con madurez: y (por su mandamiento) el primer dinero, con que los Reyes alentaron aquel insigne varon para la Empresa, fue llevado de estos Reinos. Ansi consta de los papeles guardados en la Tesoreria General de Aragon, y la cantidad, por la

su imaginación y henchíase su pecho del más legítimo orgullo. De estas hazañas hablaba en sus conversaciones; ellas eran el tema que ocurría con más frecuencia en sus cartas familiares, la idea que bullía de continuo en su mente, la pasión que señoreaba avasalladora en su espíritu. En toda su vida fué la gloria del reino aragonés el objeto preferente de sus afanes y el estímulo que le aguijó en sus trabajos y estudios; pero al ser nombrado Cronista de este reino nobilísimo, creyó que nadie estaba más obligado que

librança, y por los demás recados de aquel efeto, en cuyos Registros originales quedó notado en esta forma: «En el mes de Abril M.CCCC.LXXXXII, »estando los Reyes Catolicos en la Villa de Santa Fé, cerca de Granada capitularon con D. Christoval Colon, para el primer viaje de las Indias: y »por los Reyes lo trató su Secretario Juan de Coloma. Y para el gasto de la »Armada prestó Luis de Santangel, Escrivano de Raciones de Aragon, diez »y siete mil florines, etc.» Para memoria desto mandó, algunos años despues el Rey, que con una parte del oro primero que Colon truxo de las Indias, se dorasen en Zaragoza los techos, y artesones de la Sala Real, en el gran Palacio, que (desde los Arabes, que en ella reynaron) se llamó Aljaferia. Y assi, como no deve ser agraviada Castilla, permitiendo que los Escritores callen lo que su Nacion ha obrado en aquel Mundo, tampoco se ha de consentir, que alguno defraude al Rey Catolico la gloria de aver dado principio á la mayor obra de la Tierra, de muchos Siglos á esta parte. Como ni á los Naturales de la Corona de Aragon, que han passado á las Indias, peleado, descubierto, y governado, fundado, y poblado Ciudades, y servido á la Religion Catolica, de manera, que (siguiendo á su Rey en su estandarte) por aquel nuevo Mundo, no se han señalado menos, que cuando le hizieron Señor: de lo que tuvo en Levante, y tiene oy en Italia, en las Islas, y en lo demás que se sabe en Europa, en Africa, y en Asia.»—Sean estas hermosas palabras de Argensola (concorde en esto con Zurita, según el cual el Rey Don Fernando fué quien mandó armar para Colón las naves con las cuales habia de hacer el viaje á las Indias), refutación completa de las calumnias con que algunos historiadores modernos han intentado mancillar el nombre del Rey Católico, á propósito del descubrimiento de América; sean testimonio elocuente de la parte eficacísima tomada por el reino de Aragón en aquella hazaña para siempre memorable; y ya que el mundo entero se prepara á celebrar en el año próximo el cuarto aniversario del maravilloso descubrimiento, dése por todos el honor debido á cuantos intervinieron en su ejecución, y al lado de los nombres de Castilla, Isabel la Católica, Deza y Marchena, brillen los de Aragón, Fernando el Católico, Cabrero, Santángel y Coloma, y entre los títulos con que el reino aragonés se presenta á la admiración del género humano, ostente el del cooperador más eficaz que tuvo Cristóbal Colón en la empresa más grande y hazañosa que se ha realizado en la tierra.

él á mantener inmaculada la fama de Aragón, á depurar é ilustrar su historia y á embellecerla con las galas de su ingenio; y tal como lo pensó así lo cumplió, dejando en sus obras un monumento, que al par que las gloriosas empresas del reino de Aragón había de trasmitir perdurablemente á la posteridad el amor y entusiasmo inquebrantable que se abrigaba en el pecho de Argensola por los usos, costumbres y libertades de la patria aragonesa.

Mientras estaba ocupado en tan loables y patrióticas tareas, vino la muerte á herir á nuestro escritor en una de sus fibras más delicadas y sensibles. El gran Conde de Lemos, su protector y amigo entrañable, aquel que en los días de su estancia en Madrid y Nápoles le había dispensado más que el favor de su protección el premio de su noble y sincera amistad, aquel á quien había servido Argensola con tanto celo y buena voluntad, que, como afirmó en su testamento, «ninguna persona más de corazon ni con mayor deseo de acertar había servido á otra que él á su Excelencia», falleció en Monforte el día 19 de Octubre de 1622, á los 46 años de su edad, joven aun por consiguiente y cuando podían esperarse de sus eximios talentos los frutos más sazonados. No mucho tiempo antes había escrito á su docto amigo una carta llena de donaire y de erudición[103], en que le hacía observaciones muy ingeniosas sobre unos versos que el Rector de Villahermosa le había enviado; en ella mostraba vivir muy á su placer en el retiro á que le tenía arrinconado la envidia de sus enemigos, pasándose «muy lindos ratos, como decía, con los libros y con encomendarse á Dios»; y terminaba su epístola diciendo: «Todo es risa, *mihi crede*, *nisi vivere jucunde et severe mori.*» Nadie podía esperar que tan pronto hubiese de verificarse en el prócer ilustre tan tremenda verdad. Grande fué la perdida que tuvieron en su muerte las letras y la pa-

103 Léese esta carta en las *Obras sueltas* de Argensola, página 381 y siguientes.

tria; gran duelo ocasionó el fallecimiento de aquel varón insigne á sus muchos amigos que habían cifrado tantas esperanzas en su virtud é ingenio; pero á pocos debió de afectar más viva y entrañablemente que al ilustre poeta aragonés, á quien el Conde de Lemos había distinguido siempre con su afecto y que tan dulces ratos había pasado en su noble compañía.

Á vueltas de estos azares, tristes unos, alegres y placenteros otros, se deslizaron los últimos años de la vida de Argensola, siendo respetado de sus compatricios, venerado por su ciencia y considerado como el honor más alto de las letras en Aragón. Los que estaban al frente de los negocios del Reino le consultaban sus dudas, fiando en su ingenio y lealtad la defensa de los intereses más graves del público bienestar; los varones más respetables por su autoridad y saber se honraban con apellidarse sus amigos, y todos á una se gozaban en contarle entre los hijos más esclarecidos que tuvo jamás el reino de Aragón y particularmente la ciudad de Zaragoza. Á conciliarle este respeto contribuyeron sin duda no sólo su erudición y talento, sino también la suavidad de su condición y la apacibilidad de su carácter. Fué siempre nuestro escritor grave en sus costumbres, respetuoso para con los demás y enemigo de ocasionar á nadie el más leve disgusto ó enojo. «Jamás, decía en carta á Fray Jerónimo de San José[104], he dado desabrimiento á nadie por escrito ni de palabra.» Y en este juicio tiene que conformarse quien estudie bien su fisonomía moral, tal como resulta de las acciones de su vida y de las ideas y revelaciones de sus escritos.

Notables, en efecto, hubieron de ser las cualidades que adornaron el ánimo de Argensola para formar en su contorno la atmósfera de respetuoso cariño de que estuvo rodeado toda su vida. Son muchos los testimonios que se

104 *Obras sueltas*, tomo II, p. 323.

conservan de ello en los escritores de aquel tiempo, no habiendo faltado tampoco quien se lo dijese al mismo Doctor Leonardo por estas hermosas palabras[105]:

Mientras gozamos con igual contento,
Señor Rector, los días ya perdidos,
En el gusto los ojos detenidos
No descubrían lo que agora siento.
En esta soledad mi pensamiento
De espacio os mira libres los sentidos;
De esta fuerza secreta que rendidos
Os da mil pechos ved el fundamento.
Mi fe os alabe con silencio cuerdo:
Si todo el mundo tanto amor os tiene,
Grande es la causa de tan grande efeto.
No penséis que os conozco porque os pierdo,
Que alguna vez para juzgar conviene
Apartar de los ojos el objeto.

Pero donde mejor se revela el gran número é intimidad de estas amistades es en las mismas obras de Bartolomé de Argensola. Fuera de los Condes de Lemos, Duque de Villahermosa, Don Francisco de Castro, Don Fernando de Borja y demás ya citados, tuvo nuestro escritor gracia y cabida muy particular con Don Nuño de Mendoza, Conde de Val de Reyes, con Don Rodrigo Pacheco, Marqués de Cerralvo, con Don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, con Don Diego Sarmiento Carvajal, Don Jerónimo de Eraso, Don Luís Ferrer, Don Martín Lamberto Iñíguez, Don Fernando de Soria Galvarro y otros personajes no menos ilustres de aquel tiempo. Con todos estos grandes señores cumplió Argensola aquellos oficios y deberes que exige la cortesía, dedicando á unos hermosas y bien escritas poesías y recibiendo de otros igual paga ó muestra de ingenio. Además al hacer su testamento dejó para algunos mandas especiales que fuesen testimonio de

105 En el soneto que así empieza.

su buen afecto. Así sucedió con Don Martín Lamberto, Don Enrique de Castro, Canónigo de La Seo, y Don Juan Bautista de La Nuza, Obispo de Barbastro, siendo más señaladamente de notar la que dejó para su primer protector el Duque de Villahermosa, por cuya alma ordenó se aplicasen no menos que mil misas, como ofrenda del buen recuerdo y agradecimiento que por él conservaba[106].

Mas entre todas estas amistades de Argensola, ninguna fué tan hermosa ni memorable como la que le unió con aquel insigne varón, uno de los más esclarecidos que hubo en su tiempo é igualmente ilustre por su virtud que por su ingenio, el tantas veces citado Fray Jerónimo de San José. Había nacido en Mallén por los años de 1587, y tenía por consiguiente veinticinco menos que Bartolomé Argensola. Llamábase en el siglo Don Jerónimo Ezquerra de Rozas, y por la nobleza de su sangre estaba emparentado con lo más lucido de Aragón; pero hallándose en el mayor florecimiento de su edad, y cuando más le tentaban los halagos del mundo abriendo á su vista brillantísimo porvenir, renunció á todo profesando en 1615 en la religión del Carmen Descalzo, la cual estaba entonces en los fervores en que la había dejado su esclarecida Fundadora. La grandeza de su ingenio y la excelencia de su virtud le dieron pronto á conocer entre sus hermanos y compañeros de Instituto, señalándole para los puestos más altos y distinguidos; mas aborrecedor de la honra y ambición, y atento solamente al bien de su alma, prefirió la humilde y tranquila soledad, que tan bien se acomodaba al cultivo de las letras, á la cual le llevaba irresistible propensión de su natural.

Muchos años vivió en la capital de Aragón dedicado al ejercicio de la virtud, al aprovechamiento de sus prójimos y á escribir libros excelentes, en especial la historia de su

106 Este testamento, de suma importancia para la vida de Argensola, se publica en el apéndice de este ensayo entre los *Documentos justificativos*.

Instituto, á la que consagró las fuerzas más activas de su ingenio. Su residencia en Zaragoza fué el honor de esta ciudad y el consuelo y solaz del gran número de amigos que logró granjearse con su virtud y literatura; pero entre las varias personas á quienes trató y edificó con su religiosa conversación, quien alcanzó la parte mejor fué sin duda Bartolomé Argensola, cuya amistad con el santo carmelita llegó á ser tan estrecha que, á pesar de la diferencia de los años, fué ésta entre las muchas que tuvo la más íntima y cordial y la que más placer le ocasionó en los postreros años de su vida. Evidentemente más que la semejanza de los estudios y aficiones literarias había unido á Leonardo de Argensola y á Fray Jerónimo de San José la identidad de sentimientos é instintos. Almas nobles y desinteresadas habíanse encontrado en la región serena de los afectos hidalgos y generosos, en el amor de la virtud y en el cultivo de la belleza artística. Á poco de conocerse y tratarse, sus gustos y sus ideas se habían compenetrado de todo punto, sus corazones se habían entendido, y teniendo el uno en el otro la más sincera confianza, consultábanse sus dudas, comunicábanse sus penas y sus alegrías y ayudábanse mutuamente en sus trabajos y en los azares y desengaños de la vida.

Bellísimas y sobremanera interesantes debieron de ser las efusiones de esta nobilísima amistad. Llevado en alas de la fantasía gózase el espíritu en asistir á las conversaciones que tenían estos dos varones insignes, tan desemejantes por el sesgo que habían seguido en sus vidas, como estrechamente unidos por iguales gustos y aficiones, el uno ya en el ocaso de su edad, el otro en el vigor de sus años, aquél lleno de la experiencia y enseñanza que le había comunicado el trato con los personajes más insignes de su tiempo, éste no menos enriquecido de doctrina y realzado además con el suave esmalte que da la virtud á todo lo que embellece con su influencia. Hermoso es con-

templarlos, ya sentados uno en frente del otro en la celda de Fray Jerónimo, ya paseando en la huerta del convento en aquellas horas en que al declinar del día la luz del sol se va atenuando por momentos, y las fuerzas de la naturaleza parecen agotarse y desfallecer, y un ambiente de vaga melancolía se derrama por el horizonte y de todas partes semejan desprenderse hálitos de paz y de serenidad que invaden el alma y la reconcentran en su propio pensamiento, ya departiendo amigablemente sobre las cosas y sucesos ordinarios de la vida, ya en aquellas ocasiones en que llena la mente de Argensola de la idea del enaltecimiento de la gloria de Aragón que va á quedar vinculada en sus *Anales*, y absorbida la de Fray Jerónimo por el plan de la historia de su santísimo Instituto, discurren uno y otro sobre estos asuntos y ventilan entre sí la mejor manera de realizar los proyectos que bullen en sus cerebros y se animan á llevar adelante sus nobles empresas. Dulcemente interesa oirlos discutir sobre alguno de los puntos infinitos que les sugiere su mucha doctrina, y ver cómo al calor de la sabia conversación brilla y «campea el ingenio capacísimo, sufrido, vencedor» de Fray Jerónimo, según le llamaba Argensola[107], y cómo éste arrebatado

> Del vuelo de su espíritu gallardo,

al decir de su buen amigo[108], bebe en aquellas pláticas sabrosísimas la alteza de conceptos que tanto han de enriquecer

> Á su divina pluma que briosa
> En la media región florea el vuelo
> Con morales discursos provechosa.

Grandes sin duda fueron los provechos que resultaron en uno y en otro ingenio de esta dulce amigable conver-

107 En carta escrita al mismo Fray Jerónimo. (*Obras sueltas*, p. 335).

108 En el soneto de Fray Jerónimo de San José que empieza: «Oh quién pudiera, superior Leonardo.»

sación. Entre otros á ella debió Fray Jerónimo muchas luces para su precioso libro *Genio de la Historia*, y el formar de él una obra por sí y más cumplida y dilatada de la que había preparado como prólogo ó introducción á la historia de su Orden, según le aconsejó Argensola; y éste á su vez debió no pocos aciertos á la conversación de su amigo para sus *Anales de Aragón*, sobre cuya composición solía discurrir con él y pedirle á menudo su parecer y aviso. Pero otros provechos más altos sacaron además aquellos dos varones ilustres de sus amables conferencias: en ellas hubieron de encontrar sus almas generosas estímulos eficacísimos para levantarse sobre la esfera de ruines pasiones en que se revuelve la generalidad de los mortales, para engrandecer sus inteligencias y para templarse y rejuvenecerse los bríos de su virtud; aquellas dulces expansiones de la amistad hubieron de ser para ambos el consuelo más agradable de su vida, rayo hermoso de luz que á la vez que embellecía el ocaso de su existencia en este mundo, les hacía vislumbrar la de otro mejor, donde amándose las almas con amor más puro, habían de juntarse y enlazarse eternamente con unión más bienaventurada y perfecta.

Queda indicado hace poco que la apacibilidad del carácter del Doctor Bartolomé Leonardo fué el motivo principal de las durables amistades que ennoblecieron su vida. A la verdad, quien era tan afable en sus costumbres, tan recto en su intención y tan honrado en su trato, parece que tenía que encontrar en todas partes igual correspondencia de afecto ó por lo menos aquella indiferencia que, si no ayuda, no molesta ni hace enojoso el humano vivir. Y sin embargo de esto no fué así; antes, y aun á causa tal vez de la misma apacibilidad de su condición, no faltaron á Bartolomé Argensola quienes le molestasen y mordiesen en vida y quienes ajasen su reputación después de su muerte. «A las ovejas, decía muy hermosamente nuestro

autor[109], repitiendo el dicho de un sabio antiguo, les hacen daño su blancura y su mansedumbre: por la primera las descubre el lobo de lejos; por la segunda se les atreve.» Y tal pasó con Argensola: el resplandor de su ingenio no pudo menos de excitar el encono de los envidiosos, y la mansedumbre de su condición dar alas á la osadía de los murmuradores y malsines. Así, con ser tan universalmente reconocido el mérito del tomo de sus *Anales*, y aun después de ser aprobado por los Diputados del Reino y desear su impresión no sólo éstos, pero también el mismo Monarca Don Felipe IV, no faltó un Doctor Carrillo, que, como declaraba Argensola[110], «hacía libros cada semana», que procurase estorbarla. Otros pedantes quisieron ver malignas alusiones á los maestros de armas Don Jerónimo de Carranza y Don Luís Pacheco Narváez, en un soneto, por cierto lleno de gracia y donosura, escrito por Leonardo en ocasión en que ni por sueño podía acordarse de tales hombres[111]; y algunos escritores, en fin, no dejaron de zaherir con frases mortificativas el carácter así de Bartolomé Leonardo como de su hermano Lupercio[112].

109 En carta á Fray Jerónimo de San José. (*Obras sueltas*, p. 323.)

110 *Obras sueltas*, tomo II, p. 330.

111 Cuenta Argensola este lance en carta escrita á Fray Jerónimo. (*Obras sueltas*, p. 315.)

112 El mordacísimo Suárez de Figueroa en su *Passajero*, libro lleno de picantes alusiones á la mayor parte de los escritores de su tiempo, nota á Lupercio, muy embozadamente según su costumbre, de altivo y desdeñoso. Más recientemente Don José Quintana en la Introducción á su *Parnaso español*, concluye su juicio acerca de los Argensolas con estas palabras: «Elige uno á sus amigos entre los autores que lee como entre los hombres que trata; yo confieso que no lo soy de estos poetas, que á juzgar por sus versos parece que nunca amaron ni estimaron á nadie.» Ninguno que conozca las cualidades morales de Quintana, tales como aparecen en sus escritos, le concederá buena mano en esto de elegir amigos; más bien desconfiará de su acierto, y aun tal vez crea que pueda verificarse en él lo que refiere Argensola de Séneca (*Obras sueltas*, pág. 342), es á saber, que «estaba contento desde que supo que desagradaba á no sé quién», que es lo que decía Moratín:

Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.

Entre estos escritores no cabe pasar por alto al insigne Lope de Vega. Es notorio que en el *monstruo de la naturaleza*, como con fidelísima é inolvidable expresión le definió Cervantes, no anduvieron al igual las facultades de la mente y de la fantasía, de las más asombrosas con que se ha visto adornado hombre alguno, con las morales y políticas, y con aquellas, sobre todo, que teniendo su fundamento en el corazón son las que más nos relevan y ennoblecen. «Dios, al decir de un escritor ilustre[113], no lo da todo á uno. Hizo de Lope un sér privilegiado, un misterio que en vano pretenderemos comprender y explicar. Pero á la manera que al pavón, en cuyas plumas puso los colores del iris y el tornasol de los cielos, dotándole de feos pies para que al considerarlos pueda abatir la rueda de su soberbia, entregó á Lope en manos de la envidiosa pasión de los celos, que al más cuerdo desatina. Quitábanle el sueño los ajenos aplausos, mortificábale el ajeno elogio y reservaba el suyo para lo trivial y mediano, aguzando la sagacidad é ingeniatura en deslucir lo admirable.» Una de sus manías era creerse blanco de la envidia universal, él que envidiaba á todo el mundo y que no podía sufrir que nadie medrase y luciese á su lado. Todos, según él, tiraban á deslucir su gloria y á ajar el mérito de sus escritos. En cualquier expresión, aun la más inocente, veía alusiones depresivas á su persona; y quisquilloso y enojadizo cerraba contra el primero que se le ponía delante, ya con solapadas alusiones, ya con sangrientas invectivas. Sobre esto tuvo mil desazones y trabacuentas con Góngora, Cervantes, Ruíz de Alarcón y otros. Los últimos llevaron con nobleza de ánimo las debilidades del príncipe de nuestros dramáticos; no así el primero que, maldiciente y procaz y terriblemente despeñado en la sátira, le respondió por los consonantes, disparándole unos sonetos que

113 Don Luis Fernández Guerra y Orbe, en su admirable libro *Don Juan Luis de Alarcón y Mendoza*, p. II, c. III, p. 166.

son de lo más atroz que ha inspirado jamás la Musa de Persio y Juvenal.

Quien vivía en continua pelamesa literaria con los escritores más famosos de su tiempo, no podía menos de tener algo que decir del pacífico Rector de Villahermosa y aguardar de él ocasión de ruido. En carta divulgada recientemente, si bien nunca destinada por Lope á la pública luz, le nota (á pesar de los elogios que de ordinario le daba, cosa muy conforme con su condición equívoca y voltaria) de querelloso y mal intencionado[114]. Ignoramos lo que hubiera respondido el Doctor Leonardo á esta acusación; pero sí nos consta su respuesta al rumor que llegó á sus oídos sobre el recelo que abrigaba Lope, y que éste no se recataba de manifestar, de sus sospechas de que el Rector de Villahermosa le tomase por puntería en sus versos, sacando á relucir los defectos de su persona ó las aventuras de su vida. Esta contestación en forma de soneto la publicó el sobrino de Argensola, pero sin decir á quién iba dirigida, sin duda por respeto á Lope de Vega vivo todavía; por copias manuscritas se ha sabido de nuevo su dirección, y ella es tan hermosa y manifiesta tan bellamente el ánimo pacífico y nada batallador de Argensola, que no podemos menos de trascribirla[115].

Codro, ¿mis versos temes? Yo concedo
Que un limpio afecto arroje turbio indicio;

114 En carta de 30 de Noviembre de 1611 decía Lope de Vega: «La Academia del Sábado fué razonable...... En ella estuvieron Feria, Pastrana, Don Antonio de Avila y otros de menor jerarquía. No se disputó nada porque fué fiscal el de Saldaña y es más bien intencionado que el Rector de Villahermosa.» «El Doctor Bartolomé Leonardo, dice Don Alberto de la Barrera, autor de la *Nueva Biografía* de Lope de Vega, había marchado á Nápoles con el Conde de Lemos á principios de este año de 1611, y por lo tanto no asistía á la Academia (*Imitatoria*); la observación de Lope es, al parecer, *más que literaria*.» (*Nueva Biografía* de Lope de Vega, tomo I, pág. 177.)

115 *Obras sueltas*, p. 40. Este soneto hállase en la edición de las *Rimas* con este principio: «No temas tú mis versos, Citaredo», con notables variantes, y sin indicar á quién va dirigido.

mente con su sello augusto, que los distingue por manera especialísima de todos los demás, y que en medio de la muchedumbre inmensa que se agolpa en el templo del arte los levanta por encima de todos, señalándolos á la admiración universal del género humano. Á pesar de sus méritos literarios que nadie debe desconocer, hay que convenir en que Bartolomé Argensola fué un escritor castizo, elegante y atildado, pero no muy creador ni original; fué un gran humanista, en la acepción más amplia y generosa de la palabra, no un genio.

Pero si el más célebre entre los escritores de Aragón no resplandeció con la más alta de las dotes intelectuales con que place á Dios enaltecer á algunos rarísimos entendimientos, brilló en él un conjunto de cualidades realmente maravillosas, fruto á la vez de la naturaleza y del estudio, y que por ser más accesible y humano es también más provechoso y simpático al común de los hombres.

En este conjunto adviértese una perfección ó excelencia que singularmente lo realza y engrandece y lo recomienda á nuestra particular admiración y estima. Esta perfección es el carácter de unidad que ofrece su vida. Destinada á realizar los grandes fines intelectuales y morales de la humanidad, la mente de Argensola no se desvió un punto de este fin, antes encaminó todas sus facultades á su más perfecta realización y cumplimiento. «En el Rector de Villahermosa, diremos con uno de sus historiadores [120], nunca se rompió la harmonía entre el sacerdote, el poeta y el historiador; á la gravedad del eclesiástico, á la rectitud y diligencia del cronista, debía corresponder el poeta moral, honesto y erudito, que pone todo su empeño en enseñar la virtud práctica, corrigiendo antes en sí mismo que en los demás todos los extravíos, abusos y desaciertos tan gratos á nuestra genialidad meridional. Vació sus compo-

120 El Brigadier de Artillería Don Mario de La Sala en la biografía que publicó de Argensola en el *Almanaque del Diario de Avisos* del año 1882.

siciones en el molde horaciano; retórico de buena ley, huyó constantemente las transposiciones y retorceduras de los cultos; manejó la lengua castellana con tanta pureza, elegancia, naturalidad y harmonía que se hizo notable aun en aquella edad del buen decir, y será en todo tiempo modelo de estilo sobrio, castizo y majestuoso. En todas sus composiciones, lo mismo en las amorosas que en las satíricas, lo mismo en las religiosas que en las epístolas morales y filosóficas á que fué tan aficionado, lo mismo en las traducciones de los latinos que en sus magníficos sonetos, que con justicia figuran en primera linea entre los mejores de nuestro Parnaso, se ve siempre al pensador profundo, que no se contenta con la estéril realización de la belleza, sino que aspira á que el arte llene misión más útil y elevada, prestando sus galas al triunfo de la moral, á la enseñanza del bien y al desprecio de todas las concupiscencias.»

Fiel, pues, el Doctor Leonardo de Argensola á los grandes fines que sentía haber impuesto Dios como término de sus facultades, fué un gran literato, y juntamente un gran patricio y un buen sacerdote. Honró no solamente las letras, sino la Iglesia y la patria. La gravedad y honestidad de su vida, su laboriosidad infatigable, el estudio continuo de los modelos clásicos, su afán y acierto en imitarlos, la aplicación de todas sus facultades al provecho común y al enaltecimiento de su patria serán títulos que honrarán eternamente la memoria de Argensola. Su inteligencia y su acción anduvieron en nobilísimo concierto. Dotado de grandes talentos, hizo buen uso de ellos, ennobleciendo el arte que cultivó y siendo útil para sí no menos que para los demás. Habiendo desempeñado cargos de suma gravedad y compromiso y tomado la parte que le competía en los acontecimientos sociales de su tiempo, dió en todos ellos ejemplos de virtud, de pureza y honestidad de costumbres y de bien entendido amor á la patria.

Por esto fué en su vida tan estimado y enaltecido; por esto ha sido considerado siempre como uno de los ingenios más sanos y vigorosos de nuestra patria, y de los que han dejado tras de sí huella más luminosa, más benéfica y fecunda[121].

La gloria de los pasados es honor de los presentes. Los talentos, las virtudes, las nobles y grandiosas hazañas de los que habitaron en otro tiempo la tierra que nos vió nacer y cuyo aire respiramos, han dejado en su ambiente rastros de luz que han de iluminarla y enaltecerla para siempre. Sus recuerdos, á la vez que prendas de nuestro honor, son estímulo á nuestra virtud y porción la más preciada de nuestro patriotismo. Entre todas las partes ó provincias que componen la patria española, una de las más privilegiadas en este punto es la tierra aragonesa. En ella quiso Dios que hiciese asiento todo linaje de virtud y grandeza. La gloria de las conquistas y de las armas, la de los grandes Reyes y sapientísimos Legisladores, la de la abnegación y heroismo popular han dejado en su historia páginas tan brillantes cuales no las puede presentar ninguna de las provincias españolas. Nombres ilustres resplandecen en el cielo aragonés que difícilmente se encuen-

121 El Doctor Andrés de Ustarroz en sus *Memorias mss.*, c. IV, hablando de la disposición corporal de Argensola, á quien trató familiarmente, dice: «Su estatura fué mediana, el rostro lleno y abultado, la tez blanca, los ojos pequeños, la frente ancha, la nariz en buena proporción, la cabeza calva sin fealdad.» Habla también de un retrato «hecho por Juan Galván, excelente pintor aragonés, en que llevaba colorida una corona real, entretejida en ella otra de espinas, con este mote: OH SERTUM DILECTIONIS, SI ME DILIGIS, PARITER ET ORNA.» Este retrato lo posee el señor Conde de Torre-Florida como recuerdo de familia. Hace poco tiempo que sacó de él una buena fotografía el Sr. Conde de la Viñaza. En la *Galería de Españoles ilustres*, publicada á últimos del siglo pasado por la Calcografía Nacional, hay otro retrato de Argensola admirablemente grabado en acero por el célebre Carmona. No se dice dónde paraba el original; pero entre él y el del Sr. Conde de Torre-Florida adviértense bastantes diferencias. El grabado de Carmona, que exorna también la *Colección de poesías de Argensola* hecha por Sedano, sirvió para el retrato que años atrás pintó el Sr. Unceta para el Casino principal de Zaragoza.

tran tan ilustres en todo el firmamento de España. Pero hay glorias que no se consiguen sino á costa de muchas lágrimas; hay nombres que no brillan sino porque están esmaltados con sangre. Triste condición la de la humanidad, no poder á veces hacer el bien sin ocasionar el mal, ni labrar la dicha y felicidad de unos sin la infelicidad y desgracia de otros!

Feliz aquel á quien es concedido practicar la virtud sin dar motivo á nadie de molestia ó pesadumbre! Dichoso quien al salir de este mundo logra dejar un nombre puro é inmaculado, cuyo recuerdo no entristezca la mente ni amargue el corazón! Tal sucedió á Argensola; tal brilla su nombre en el cielo esplendente de la patria aragonesa. En este cielo hay nombres que resplandecen con luz más viva y con colores más brillantes y deslumbradores; pocos hay que despidan rayos más suaves y apacibles que el del Doctor Bartolomé Leonardo. Levantado en la región más alta del arte y del pensamiento, campea allí con un resplandor tranquilo y sereno, que deleita el alma y embelesa el corazón. Habiendo sido enriquecido por Dios con los dones más altos de la inteligencia, y pudiendo aplicarlos en las diversas esferas en que se ejercita la actividad del hombre, eligió la parte mejor, aplicándolos á aquellos objetos que, siendo de suyo los más simpáticos al alma humana, son los únicos que verdaderamente la ennoblecen y subliman. El ideal de la eterna hermosura, la ley moral de la conciencia humana, el bien encaminado amor de la humanidad y de la patria, fueron los objetos en que se emplearon las energías más poderosas de su ingenio y los afectos más vivos de su corazón. Glorioso empleo de su actividad; hermoso uso de su inteligencia y de su vida!

Solamente lo que se inspira en estas grandes y sublimes ideas vive puro y sin marchitarse en la memoria de las generaciones humanas; únicamente la gloria que se alcanza con el desinteresado amor de tan nobles objetos hace eter-



na la fama y la nombradía de los hombres. Por esto mientras mil celebridades que brillaron un día han caído en la sima del olvido, la de Bartolomé Leonardo de Argensola no sólo no ha decrecido ni se ha menoscabado con los años, sino que se ha apurado y aquilatado más, resplandeciendo cada día más viva en los fastos de nuestra historia. Con razón se ha creído siempre enaltecida con su gloria la patria aragonesa. Bien ha hecho en perpetuar la memoria de este hijo insigne, celoso entusiasta de su honor, vindicador de sus derechos, glorificador de su nombre. Noble y patrióticamente procede hoy al enaltecer los blasones de este ilustre varón, que por su vida pura y honrada, por los monumentos que dejó de su saber, por su memoria de todos bendecida, fué ejemplar de buenos ciudadanos, aliento de los estudiosos, emulación de los sabios, honor de la literatura, ornamento de Aragón, gloria de España.

APÉNDICE

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

I

Fe de bautismo de Lupercio Leonardo de Argensola[1].

Mossen Pancrazio Lafita, Benefiziado-Penitenziario de la Santa Iglesia Catedral de Barbastro, como Regente de la Vicaría perpetua de San Hipólito de la única Parroquia de esta ciudad, etc.

Certifico: Que en el tomo 2.° de los de esta Parroquia, al folio 90 vuelto, se halla la partida siguiente: Al margen.—«*Lupercio Leonardo.*» A la cabeza: «1559.»—En el cuerpo: «*Juebes a xiiij de nobienbre*» (debe ser diciembre según las partidas inmediatas,) «*fué batizado Lupercio Leonar*-»*do, hijo de jua*» (Juan) «*Leonardo y de su mujer Aldonza tudela, fueron* »*conpadres de puerta mos. Jeronimo lasiera, prior canó* (Canónigo) *y jua* »(Juan) *de la Siera de fuente Comadre juana Leonardo.*»—Para que conste, á petizión del Síndico del Iltre. Ayuntam.° Constl. libro la presente en Barbastro, á veinte, Febrero, mil ochozientos cincuenta i siete.—*Mn. Pancrazio Lafita.*—Rúbrica.—Sigue el sello de la Parroquia pegado en papel blanco.

Legalización.—Los infrascritos Escribanos de S. M., «Dios guarde» por todos los dominios de España, residentes y naturales de la ciudad de Barbastro en Aragón, que abajo signamos y firmamos, certificamos: Que Mn. Pancracio Lafita, Presbítero, por quien se halla extraída la anterior Partida de Bautismo, es Regente de la Vicaría perpetua de San Hipólito de la única Parroquia de dicha ciudad, fiel, legal y de toda confianza. Damos éste en Barbastro á los veinte y ocho días del mes de Febrero del año mil ochocientos cincuenta y siete.—Hay una rúbrica.—En testim.° † de verdad, *Crescencio Muela*-rúbrica-sin dros.—En testim.° † de verdad, *Eusebio Olivera*-rúbrica-sin dros.—En testim.° † de verdad *Mariano Lacambra*: rubricado.—Gratis seis rs. vn.

Es copia fiel y exacta de la que obra puesta en cuadro en la Sala Capitular del Excmo. Ayuntamiento de esta población.

Barbastro 28 de Agosto de 1891.—El Alcalde ejerciente, *Gregorio Sahún.*

1 Este documento y el siguiente han sido remitidos por el Ayuntamiento de Barbastro á petición de la Excma. Diputación provincial de Zaragoza.

II

Fe de bautismo de Bartolomé-Juan Leonardo de Argensola.

Mossen Pancrazio Lafita Andréu, Bdo.-Penitenciario de Ntra. Sra. del Pueyo en la Sta. Iglesia Catedral de Barbastro, como Regente la Vicaría perpetua de S. Hipólito de la única Parroquia de la misma ciudad:

CERTIFICO: Que en el tomo 2.º de los de esta Parroquia, al folio 127 vuelto, se halla la partida siguiente: A la cabeza de la pág.ª: «1562» (año de); al margen:—«*bartolome*° *jua* (Juan) *leonrdo*»;—en el cuerpo:—«*miércoles á xxvi de agosto fue baptizado bartolomeo jua* (Juan), *hijo de* »*juan de leonardo y su mujer aldonza*[1] *tudela fueron conpadres de puerta* »*baltasar berdeguer de fuente micer jerónimo leonardo, comadre la hija de* »*migel trillo mayor, batizabit dominicus segura.*»—A petición del Síndico (Don Hipólito Panillo) del Ilustre Ayuntamiento Constitucional, doi esta copia á la letra del original, que sello i firmo en Barbastro, veintiséis febrero, mil ochozientos zincuenta i siete.—*Mn. Pancrazio Lafita*:—rúbrica. (Sigue el sello de la Parroquia.)

LEGALIZACIÓN.—Los infrascritos Escribanos de S. M. (Dios guarde) por todos los dominios de España, residentes y naturales de la ciudad de Barbastro, en Aragón, que abajo signamos y firmamos, certificamos: Que Mn. Pancracio Lafita, Pbro., por quien se halla extraída la anterior partida de bautismo, es Regente la Vicaría perpetua de San Hypólito de la única Parroquia de dicha ciudad, fiel, legal y de toda confianza. Damos éste en Barbastro á los veinte y ocho días del mes de Febrero del año mil ochocientos cincuenta y siete:-rúbrica.—En testim.° † de verdad, *Crescencio Muela*, sin dros.-rúbrica.—En testim.° † de verdad, *Eusebio Olivera*, sin dros.-rúbrica.—En testim.° † de verdad, *Mariano Lacambra*.—Gratis seis rs. vn.-rúbrica.

Es copia fiel y exacta de la que obra en la Sala Capitular del Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad.

Barbastro 12 de Agosto de 1891.—El Alcalde ejerciente, *Gregorio Sahún*.

1 En lugar de *Aldonza* se puso primero *Leonor* y se barreó después, y así barreado está en el original.

III

Fe de defunción de Bartolomé Leonardo de Argensola[1].

Don Antonio Jiménez de Bagüés, Presbítero, Misionero apostólico, Cura ecónomo de la Santa Iglesia parroquial del Templo Metropolitano de La Seo de Zaragoza:

CERTIFICO: Que en el tomo tercero de muertos de la misma, correspondiente al año mil seiscientos treinta y uno, página seiscientas cincuenta y una, se halla la partida siguiente:—«*Can.° Bartolome Leonardo recibidos los sacram.os, murió á 4 de Febrero, enterrose ẽ su capilla de Sn. Martin, testam.° ẽ poder de Diego fecet not.°, exect.s su herm.° y sobrino D. Gabriel Leonardo.*»

Es copia de su original á que me refiero.

Zaragoza 7 de Agosto de 1891.

Antonio Jiménez de Bagüés,
Cura Ecónomo.

(Aquí el sello de la Parroquia de la Iglesia Mayor de San Salvador de Zaragoza.)

1 Esta fe de defunción, publicada ya en 1882 por Don Mario de La Sala, ha sido remitida por el Reverendo Cura Ecónomo de la Parroquia de La Seo, Don Antonio Jiménez de Bagüés, á petición de la Excelentísima Diputación provincial de Zaragoza.

IV

Testamento de Bartolomé Leonardo de Argensola[1].

En el Archivo notarial del distrito de Zaragoza, antes del antiguo Colegio del Número y Caja de dicha ciudad, título de D. Juan Jerónimo Navarro, sucesor de D. Diego Fecet, fundador del Convento de monjas conocido por Las Fecetas, próximo á la Puerta de Sancho, en el protocolo de dicho Navarro, estante 19, ligamen 35, perteneciente al año 1631, folios 549 vuelto al 573, se halla el acto de fe de muerte y aperción del testamento de D. Bartolomé Leonardo de Argensola, que por muerte de ambos fué abierto por el nombrado Navarro, el que copiado de su matriz su tenor literal, con la misma ortografía, dice así:

«CARTA PÚBLICA DE MUERTE (eodem die et anno).–Die quarto menssis februarij Anno MDCXXXJ etc.—Dentro de las cassas de la propia havitación del q.º el Dor. Bartholome Leonardo de Argensola Canonigo que fue de la Asseo Iglessia Metropolitana de dha Ciudad de Çaragoça y Coronista | del presente Reyno de Aragon, que estan sittiadas en La presente ciudad en la Plaça de San Bartholome Parroquia de la Asseo que confrentan con cassas... y con callizo que sale á la Calle del Sepulcro y dicha plaza en una quadra del quarto baxo de dhas cassas ante la presencia de mi Juan Geronymo Nabarro y de los testigos inffros parecio personalmente Don Gabriel Leonardo de Albion caballero domiciliado en La dha ciudad executor que se dixo ser del ultimo Test.º alma y conciencia del dicho q.º Dor. Bartholome Leonardo de Argensola su tio, el cual dixo que por quanto Le conbenia probar en diuersas partes y Lugares del dicho y presente Reyno de Aragon como de otros el dicho q.º Dor. Bartholome Leonardo de Argensola era muerto que por tanto me | hacia y hizo ostension á mi dho Nott.º Y los testigos inffros del cuerpo o si quiere cadaber del dicho q.º Dor. Bartholome Leonardo de Argensola el qual estaba encima de una tarima rebestido con el habito sacerdotal de decir Missa con el rostro descubierto al qual yo dho nott.º Y los tes-

1 Siguiendo el rastro que indica la fe de defunción del Doctor Bartolomé Argensola acerca del paradero de su testamento, se han practicado las diligencias convenientes para el fin de hallar documento tan precioso. La buena suerte ha favorecido estas investigaciones, pues examinando el archivo de protocolos de Zaragoza, que está en poder de su Excmo. Ayuntamiento, se ha dado con lo que se buscaba entre los testamentos otorgados por el Notario Diego Fecet. Tenemos gusto en consignar que nos han ayudado mucho en esta investigación el celo y buena diligencia del Notario Don Angel María Pozas, encargado del citado Archivo.

tigos inffros bien conocimos en el tiempo que vivia el qual estaba ya difunto y sin alma De las quales dhas cossas ett el dho Don Gabriel Leonardo de Albion en dicho nombre por conserbacion del derecho ett requirio por mi dicho e inffro nott.° ser como fue hecho y testificado el presente acto publico ett large.»

Ts. Pedro de Sissamon y Franc.° Anthonio de Fuertes escribientes habt.es en çaragoza.

Atesto que en el pnte. acto no hay sobrepuestos rassos enmendados Borrados ni interlineados. |

Aperción de test.°—«Eodem die et loco, Incontinenti actu quassi continuo Ante La presencia de mi dicho Juan Geronymo Nabarro y de los dhos testigos inffros parecio el dho Don Gabriel Leonardo de Albion como executor que se dixo ser sobredicho del dho ultimo testo del dho q.° Dor. Bartholome Leonardo de Argensola que a su noticia habia llegado que el dho q.° Dor. Bartholome Leonardo de Argensola habia hecho y ordenado su ultimo testo ultima voluntad ordinacion y disposicion de todos sus bienes assi mobles como sittios habidos y por haber donde qre el qual habia dado y librado en poder y manos del q.° Diego Fecet nott.° publico y del numero que fue de la dha Ciudad en una plica de Papel | cerrada cossida y sellada mediante acto hecho en La Ciudad de Çaragoça à diez y siete dias del mes de Agosto del año mil seiscientos diez y seis y por el dho q.° Diego Fecet nott.° recebido y testificado. En el qual dho Testo pretendia que el dho q.° Dor. Bartholome Leonardo y de Argensola Lo dexaba executor et por quanto aquel era muerto segun que por thenor del supra proxe. continuado acto publico de su muerte constaba *Por tanto* que requeria y requirio a mi dicho e Inffro nott.° como comiss.° que soy de las notas del dho q.° Diego Fecet que abriese y publicasse dho Testam.° a fin y efecto de poner en execución La voluntad del dho testador et *Incontinenti* Yo dicho Nott.° satisfaciendo a lo que era tenido y obligado | hize hostension de La dicha plica del dho testamento al dicho Don Gabriel Leonardo de Albion y a Los testigos infros. La qual dicha plica por ellos vista y reconocida clara y manifiestamente Les consto estar y que estaba cerrada cossida y sellada assi et segun que al dho q.° Diego Fecet le hauia sido dado y entregada por dicho q.° Dor. Bartholome Leonardo de Argensola et assi vista y reconocida yo dho notario | abri y de palabra apalabra Ley La dicha plica cuyo thenor es el siguiente: |

«Die decimo septimo mensis Augusti anno M°DCXVJ° Cesaraugte.

«Texto.—Eisdem die et loco. Ante la precia de mi Diego Fecet not.° «y de los testigos infros parecio personalmente constituydo el Dor. «Bartholome Leonardo de Argensola canonigo de la Seo Iglesia metro-

»politana de la Ciudad de Çaragoça y Coronista del reyno de Aragon »domiciliado en la dicha ciudad el qual estando enfermo et y por la »gracia de nuestro Sr. Dios en su buen seso ett. de grado ett. dixo que »habia hecho y ordenado su ultimo testamento ett. el qual estaba es- »crito y se contenia dentro de la pnte plica la qual dio y libro en poder »y manos de mi dicho e Infrato Notario presentes los testigos infrascri- »tos cerrada y al derredor con hilo blanco cosida y con un sello sobre »hostia colorada sobre papel impresso en el dorso de la dicha y pnte »plica sellada segun que yo dicho Notario y los testigos infrascritos »ocularmente vimos et que Revocando ett. todos y qualesquiere testa- »mentos ett queria y quiso que la escritura dentro de la dha y presente »plica escrita y contenida fuesse y sea | su ultimo testamento ett Y me »Requeria y Requirio que aquella no fuesse ni pudiesse ser abierta en »su vida del y que si el en su vida La pidiesse ami dicho Notario (o) a »mis successores en mis notas que yo y ellos se lo ayamos de restituyr »cerrada y sellada ett. Y que si el en su vida no nos La pidiese que »despues de su muerte yo dicho Notario y dichos mis successores fues- »semos tenidos y obligados de abrir leer y publicar y en publica forma »sacar La dicha y presente plica ett de las cuales cosas ett Large= »**Ts. Estevā Catalā y Juā perez escri.tes habt.es en ça- »rag.a=yo el D.or Bart.e Leonardo de Argensola otorgo »lo sobredicho=yo Estevan Catalan soy testigo de lo so- »bredicho=yo Juan Perez soy testigo de los obredicho |**

»EN EL NOMBRE DE NUESTRO Señor Dios y de la gloriosissima »Virgen Maria madre suya y señora Nuestra, como persona alguna en »carne puesta de la muerte corporal escapar no pueda y no aya en el »mundo cosa alguna mas cierta que la muerte ni mas incierta que su »hora la qual en el animo de todo fiel Xptiano debe estar presente, Por »tanto sea atodos manifiesto Que yo el Licenciado Bartholome Leonardo »de Argensola Canonigo de la Seo Iglesia Metropolitana de la Ciudad de »Çaragoça y en ella domiciliado y coronista que soy del presente Reyno »de Aragon, estando con alguna indisposicion de mi persona y por la »gracia de nuestro señor Dios en mi buen seso firme memoria y | pala- »bra manifiesta Revocando y annullando como por tenor del presente »Revoco y annullo y por Revocados y nullos doy he y hauer quiero to- »dos y qualesquiere testamentos codicillos y otras ultimas voluntades »y disposiciones de mis bienes que yo antes de agora aya hecho y orde- »nado, Agora de nueuo de grado y de mi cierta sciencia en aquellas me- »jores via modo forma y manera que conforme afuero drecho seu alias »hacerlo puedo y deuo hago y ordeno el presente mi ultimo testamento »ultima voluntad ordinacion y disposicion de todos mis bies muebles y »sitios donde quiere hauidos y por hauer en la manera siguiente:

»Et Primeramente encomiendo mi Al | ma a Nro Señor Dios criador »de aquella aquien humildemente suplico que pues la redimio con su »sacratissima sangre la quiera collocar con sus sanctos en su Gloria

»Item Quiero ordeno y mando que siempre que yo muriere mi cuer- »po sea enterrado en la dicha Iglesia de la seo en la parte y lugar que »se acostumbran enterrar los demas canonigos della mis charissimos »hermanos, endonde quiero se hagan mis defuncion Nouena y cauo de »año bien y honrradamente aunque con toda llaneça y sin pompa algu- »na, Para lo qual quiero se tome de mis bienes y que en ello se gaste lo »que fuere necesario y amis executores infrascritos bien visto |

»Item Quiero ordeno y mando que luego como yo fuere muerto con »la mayor breuedad que fuere possible me sean dichas y celebradas por »sufragio de mi Alma y en Remissión de mis peccados Mil Misas reça- »das en capillas priuilegiadas á Voluntad y election de mis executores »infrascritos, pagandose de mis bienes por la caridad de la celebracion »dellas la cantidad acostumbrada

»Item Quiero ordeno y mando que luego como yo fuere muerto mis »executores infrascritos funden en la Iglesia parte y lugar que les pa- »reciere quatro Aniversarios perpetuos celebraderos cada un año per- »petuamente, el Uno por sufragio del Alma | y en Remissión de los pec- »cados del q.º Lupercio Leonardo de Argensola mi hermano secret.º que »fue de la Magd. Cessarea de la Emperatriz que aya gloria, y los tres »restantes por sufragio de mi Alma y en remission de mis peccados y »por sufragio de las Almas y en Remission de los peccados de mis pa- »dres y hermanos q' ayan gloria, Dandose por la charidad de la perpe- »tua celebracion de los dichos aniversarios la cantidad necessaria

»Item Por el amor que tuue al q.º Illmo. Sr. Don Fernando de Ara- »gon Duque de Villahermosa quiero le digan por sufragio de su Alma »Mil Missas reçadas en las Iglesias y partes que pareciere a mis execu- »tores infrascritos y la charidad dellas se pague de mis bienes

»Item Dexo de gracia especial alos pobres del Hospital Real y Ge- »neral de Nuestra S.ª | de Gracia de la presente ciudad dos mil slos Ja- »queses, Y alos Hospitalicos de Niños y Niñas huerfanos della cada Du- »cientos sueldos, Y a la Capilla de la Madre de Dios del Pilar de la dicha »y presente Ciudad otros docientos sueldos, y al Monasterio de Nuestra »S.ª de Monserrate otros docientos sueldos

»Item Quiero que luego como yo muriese mis executores infrascritos »repartan Quatro mil sueldos de limosnas en los pobres q' les pareciere

»Item Quiero ordeno y mando sea' pagadas y satisfechas todas mis »deudas aquellas q' por buena verdad constara q' yo devre aqualesqre. »persona (o) personas en qualqre. maña. y porqualqre. causa (o) raçon

»Item Dexo por parte y derecho de legitima herencia de todos los »dhos mis bies assi muebles como sitios donde qre. haui | dos y por ha- »ver aqualesquiere persona (o) personas que parte y derecho de legiti- »ma herencia en los dichos mis bienes puedan pretender hauer y alcan- »çar cada cinco sueldos por bienes muebles y sendas arrobas de tierra »en los montes comunes de la dicha y presente ciudad por bienes sitios »con lo cual quiero y mando se ayan de tener y tengan por contentos »satishechos y pagados de toda y qualquiere parte y derecho de legiti- »ma herencia que en los dichos mis bienes puedan pretender hauer y al- »cançar y que tan solamente alcancen lo que por mi en virtud del pre- »sente les fuere dexado, Y amayor cautela Dexo por drecho de legitima »al Illmo. Sr. Arçobispo de Çaragoça mi Prelado mi Brebriario con | »que reço

»Item Digo y Declaro que todas las mantas que se hallaren sueltas »entre mi ropa son de Anna Maria Leonardo mi hermana Y assi quiero »se le den luego

»Item Dexo de gracia especial aladicha Anna Maria Leonardo mi »hermana veynte mil sueldos Jaqueses los cuales mis executores infras- »critos le ayan de assignar y dar en uno de los mejores censales que yo »tuuiere, y porque no se como capitulo quando caso con el Dor. Jusepe »Trillo su marido quiero que cuando se le assigne el dicho censal sea »con condicion que ella en su caso y sus herederos y successores en el »suyo quando se disoluiere el dicho matrimonio lo ayan de | sacar en- »teramente y sin diminucion alguna, loqual eldicho su marido aya de »consentir assi haziendose en raçon dello los actos que conuinieren para »seguridad dela dicha mi hermana y a voluntad de mis executores in- »frascritos

»Item Dexo de gracia especial á Miguel de Pilares Nott.° y ciuda- »dano de la ciudad de Barbastro veynte mil sueldos Jaqueses los quales »mis executores infratos le ayan de pagar consignandole la dicha can- »tidad en uno (o) en mas de los censales que al tiempo de mi muerte yo »tuuiere y a ellos pareciere consignarle, los quales dichos veynte mil »sueldos dexo al dcho | Miguel de Pilares con expressa condicion y pac- »to que el aya de disponer dellos en sus hijos legitimos como le pare- »ciere y no en otras personas algunas

»Item Dexo de gracia especial á los hijos y descendientes de Fran- »cisco Guerguete y Isabel Tudela su mujer y hermana de mi madre que »aya gloria vezinos de la dicha ciudad de Barbastro veynte mil sueldos »Jaqueses los quales mis executores infrascritos ayan de repartir y dis- »tribuyr entre los sobredichos por el orden y de la manera que les pa- »reciere Attendiendo ala necesidad y virtud que cada uno dellos huuie- »re ya la Repartición y distribu | cion que los dichos mis executores

»hiciere« se aya de estar y este sin recurso alguno y ellos puedan pa-
»gar y paguen los dchos veynte mil sueldos en dinero de contado (o) en
»uno (o) en mas de los censales que yo tuviere

»Item En señal de Amor dexo de gracia especial al muy Ilte. y Rmo.
»Sr. D. Fray Geronimo Baptista de la Nuça electo Obispo de Balbastro
»una Medalla que tengo de oro con el Retrato hecho de Relieue de Nues-
»tro muy Sto. Padre Paulo Papa Quinto con una empresa que allude a
»la coronacion de su santd. la qual Medalla dexo al dicho señor Obispo
»por las muchas indulgencias qᵗ aquella tiene, y suplico á su | señoria
»sea seruido de encomendar a Dios mi Alma

»Item Dexo de gracia especial y en señal de Amor á Don Henrrique
»de Castro canonigo de la dicha Iglesia de la seo Dos brebriarios prime-
»ro y segundo muy curiosos y buenos que vienen entre mis libros, Y
»por la misma causa dexo de gracia especial al licenciado Juan Perez
»de Artieda Canonigo de la dha Iglesia de la seo un Tertuliano que
»tengo con comento de Pamelio por ser libro tan curioso y docto

»Item Dexo de gracia especial y en señal de amor a Martin Lamber-
»to Iñiguez ciudadano de la dicha Ciudad todas las obras que tengo del
»Marin y las bulgares Italianas que uienen en las Gauetas de mi escri-
»torio | grande de ebano

»Item Digo y declaro que el Sr. Don Geronimo de Pimentel hijo del
»Sr. Conde de Benauente me ha de embiar de Milan en Pliego del Sr.
»Marques de Gelues Quatro viriles de christal los dos de los quales dexo
»ala dicha Iglesia de la seo para que siruan al sanctissimo sacramento
»Y los otros dos dexo ala dicha Iglesia de nuestra señora del Pilar para
»el mismo effecto

»Item Dexo de gracia especial y en señal de amor á la señora Doña
»Geronima Çaporta un Relicario que tengo dentro de una bolsa Açul
»y vna cadenilla de oro de que aquel esta pendiente y quince piedras |
»de Puçol para hacerse unas Manillas

»Item En señal de amor Dexo de gracia especial á Diego Fecet No-
»tario puc.ᵒ del Numero de la dicha ciudad una ropa que tengo de Da-
»masco aforrada en Martas

»Item Dexo de gracia especial a Angela de Requesens hauitante en
»la dicha ciudad Dos mil sueldos y de las pieças de Cambray que yo he
»traydo quiero que mis executores infrascritos le den la parte que les
»pareciere

»Item Dexo de gracia especial a Geronimo Requesens Notario Real
»habitante en la dicha ciudad Mil sueldos

»Item Dexo de gracia especial a Pedro Monrroy criado mio por lo bien
»que me ha seruido Dos mil sueldos Jaqueses

»Item Quiero que las Reliquias balsamos Rosarios cosas de olores y »otras algunas que yo he traydo de Italia y son mas de curiosidad que »de Valor se distribuyan de la manera que pareciere amis heredero y »executores infrascritos tomandose dello el dicho mi heredero lo que »tuuiere por bien y fuere de su gusto

»Item Quiero que luego como yo fuere muerto se embie ala Exma. »Señora Doña Juana de Pernestan Duquesa de Villahermosa aquien yo »sumamente | he desseado y deseo seruir vn Brebriario que tengo afo- »rrado en terciopelo carmesi y me lo dio La Sra. Princesa de Caserta su »hermana y fue de la Sra. Doña Maria Manrrique su madre, para que »su Ex.ª lo de a su Alteça de la Serma. Infanta Margarita (o) a la Sra. »Sor Luysa de las llagas hija de la dicha Sra. Doña Maria Manrrique

»Item Quiero que la Sra. Doña Marianna de Albion mi hermana y »Don Grabriel Leonardo de Albion su hijo y sobrino mio no obstante lo »que yo abaxo dispongo Tomen á sus manos un Relogico que tengo de »Milan labrado de cristal y muy curio | so y Un librico de oro esmal- »tado que me dio la dicha Sra. Princesa de Caserta y una cadena de »broches que tiene sesenta pieças y Un Relicario de oro esmaltado que »en la vna de las puertas del esta el Glorioso Sn. Geronimo y quatro sor- »tijas que tengo de esmeraldas muy lindas y una de un diamante que »tengo que aunque es pequeño es muy lindo y rico y otra que tengo de »un camafeo que se huuo de la Almoneda del Rey nto. Sr. y tiene el »Retrato de la Magd. del Rey Don Phelippe segundo, todo lo qual quie- »ro que se guarde por los dichos mi hermana y sobrino y que quando »aquella secasare lo den en señal de amormio ala muger con quien se »casare que yo quisiera | Regalarla y seruirla con cosa de mas conside- »racion Pero por ser todo esto muy bueno y curioso me ha parecido »que para que tuuiesse memoria de mi y se acordase de Rogar a Dios »por mi Alma acceptaria este seruicio por muestra de mi voluntad

»Item Quiero que mis executores infrascritos repartan como les pa- »reciere entre los infantes sacristanes y otros ministros de la sacristia »de la dicha Iglesia de la seo unos ceñidores que he traydo de Italia

»Item Quiero que si a la dicha Doña Marianna de Albion pareciere »q' se deuen a Doña Isabel del Campo de Napoles cin | quenta Ducados »de aquella moneda se le paguen luego de mis bienes

»Item Por quanto he entendido que el Dor. Juan Berbegal Canonigo »de la dha Iglesia de la seo pretende que se le deuen Dos mil sueldos »que el dio en la presente ciudad para que yo los diesse en Madrid al »Capitan Berbegal su hermano y q' no se le dieron De lo qual yo por »agora no tengo ninguna noticia acuerdo ni memoria, Pero tampoco »quiero que por raçon dello me quede ningun genero de escrupulo, Por

»tanto quiero que enraçon de los dichos Dos mil sueldos se aya de estar »y este aloque el dicho Dor. Juan Berbegal dixere, De manera que si el »dixere que tiene satisfaccion que los dhos | Dos mil sueldos no fueron »pagados al dicho Capitan Berbegal su hermano sele paguen luego ael

»Item Digo y Declaro que vienen dos cofres de libros mios que me »trahen de Italia y que entre ellos viene el segundo bolumen de los »consejos del Marques de Alarcon entrelos quales viene uno muy per- »judicial al presente Reyno de Aragon y que si el dicho Marques em- »biase otro consejo para que se ponga en el dicho libro en lugar del di- »cho consejo tocante a Aragon queen tal caso del dicho bolumen se »quite el dicho consejo tocante a Aragon y otro que ay tocante a Judice »y otro que ay tocante al Abbad Lamana | y otro que ay tocante al »Principe destillano que la causa que ay para hacerse esto ya yo la he »dicho al dicho Diego Fecet confiriendo con el el presente mi testa- »mento

»Item Por quanto tengo un quadro de la Adoracion de los Reyes que »lo estimo y precio mucho, Por tanto quiero que el dicho Don Grabiel »Leonardo mi sobrino tenga conseruey guarde el dicho quadro como »cosa por mi muy preciada y estimada y si Dios le diere hijos lo dexe »Vinculado al que fuese señor de su casa ya los que le succedieren en »ella

»Item Quiero ordeno y mando qe. | luego como yo fuere muerto mis »herederos y executores infrascritos vendan todas las cadenas, Plata, »Colgaduras, Quadros, escritorios Ropa blanca y otros alhajas y mue- »bles de casa que tengo exceptado delo que arriua he dispuesto y lo que »a la dicha Doña Marianna de Aluion mi hermana y al dicho Don Gra- »biel Leonardo de Albion mi sobrino les pareciere ser de su gusto y »por esa causa se quisieren quedar con ello Y todo lo que procediere y »se sacare de lo que assi se vendiere quiero que se cargue acensal sobre »lugar Realenco (o) de Iglesia del dicho y presente Reyno a tuto y se- »guro a | nombre y en fauor del dicho Don Grabiel Leonardo de Albion »como heredero mio para que assi lo que delosobredicho resultare y »conforme aellose cargare quede sujeto a los Pactos Condiciones y Vin- »culos aque conforme a lo infrascrito han de quedar los bienes compre- »hendidos en mi vniuersal herencia infrascrita

»Item Por quanto yo amo mucho ala dicha Anna Maria Leonardo mi »hermana y deseo que tenga muy competente comodidad y se que lo »mismo quiere y desea el dicho Don Grabiel Leonardo mi sobrino y que »la estima y ama | como si fuesse su propia madre y no teniendo como »no tiene hijos me ha parecido que para disponer por su Alma (o) otras »cosas en que quisiere le bastan los Veynte mil sueldos que le dexo, »Pero pareceme quees necessario que se le acuda con alguna renta para

»q^t yo asus Exas. Y aunque de la gran mrd y fauor q^t sus Exas. han »hecho al dicho mi sobrino podia yo estar assegurado de q^t se la han de »hacer en todo lo que conuenga para su mayor honrra y acrecenta- »miento Pero por la gran ternura conque le amo yporlo mucho que me »tiene obligado por su virtud y buenas partes no he podido en este ul- »timo trance escusar el suplicar esto asus Exas. ni de dexarles prenda »tan propria y cara mia para q^t en mi lugar les sirua y supla mis fal- »tas

»Item Suplico muy encarecidamte. ala dha Exma. Sra Duquesa Do- »ña Juana de Pernestan ya los Exmos. Sres. Duques de Villahermosa »sus hijos que | en consideracio^t de lo qe. mi hermano y yo nos haue- »mos siempre preciado de criados de sus Exas. y deseado de todo cora- »çon y sin respetos algunos seruirles sean servidos de amparar al dicho »Don Grabiel Leonardo de Albion mi sobrino haciendole officio de seño- »res y fauoreciendole y haciendole mrd. en todo lo que para su acre- »centamiento se le offreciere Pues el qe. el tuuiere y todo lo que el fue- »re lo ha de emplear en seruicio de sus Exas. Reconociendo siempre qe. »su padre y el y yo somos hechuras de las manos de sus Exas.

»Item Quiero que mis ejecutores arriba nombrados a mas de los qua- »tro mil sueldos que conforme alosobredicho han de repartir de limos- »nas repartan otros seys mil sueldos mas de manera qe. en todo sean »diez | mil sueldos, Yassimismo quiero queentre los criados y criadas de »la dicha mi hermana qe. me siruen en esta mi enfermedad por el tra- »bajo qe. en ella tienen les repartan seyscientos sueldos Jaqueses como »les pareciere

»Este es mi ultimo testamento vltima voluntad ordinacion y dispo- »sicion de todos los dhos mis bienes assi muebles como sitios donde »quiere hauidos y por hauer el qual quiero balga por drecho de testa- »mento, y si por tal no valiere (o) pudiere valer quiero valga por drecho »de codicillo (o) deotra qualquiere vltima voluntad ordinacion y dispo- »sicio^t de bienes qe. conforme afuero drecho seu alias mejor puede y »deue valer.» |

Et assi abierta leyda y publicada La dicha plica siquiere Testamt.° por mi dicho Nott.° como dicho que incontinenti el dho Don Gabriel Leonardo de Albion requirio por mi dicho e inffro nott.° ser como fue hecho y testificado el pnte accto ett. Large. Ts. Qui supra Prox. nomi- nantr.

Atesto que cuando se abrio dicho test.° se allaron los sobrepuestos siguientes en aquel, terciopelo; ne: infantes; y que no se le dieron; y Les pareciere ser mas conuiniente para el serbicio de Dios y descargo de mi conciencia; arriua nombrados; y de enmendado donde se le al.

[redacted]



EL REY

Por cuanto por parte de vos el Licenciado Bartolomé Leonardo de Argensola, Capellán de la Emperatriz mi Señora y Abuela, que está en gloria, Nos fué hecha relación, que por orden del Presidente y Consejo de Indias habíais escrito un libro intitulado: CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS, por Nós, de que hacíais presentación, y Nos pedísteis y suplicásteis os diésemos licencia para imprimirle, y privilegio por veinte años, ó como la Nuestra merced fuese: lo cual, visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la pragmática por Nós últimamente hecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra Cédula para vos en la dicha razón, y Nós tuvímoslo por bien. Por lo cual os damos licencia y facultad, para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta nuestra Cédula, vos, ó la persona que vuestro poder tuviere, y no otra alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro, de que de su uso se ha hecho mención por su original, que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin, de Pedro Zapata del Mármol, nuestro Escribano de Cámara, de los que en el nuestro Consejo residen. Y con que antes que se venda lo traigáis ante ellos con su original, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traigáis fe en pública forma, como por Corrector por Nós nombrado se vió y corrigió la dicha impresión por su original. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue

más de un solo libro con su original al autor ó persona á cuya costa lo imprimiere, y no á otra persona alguna, para efecto de la dicha corrección y falta, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera, podáis imprimir el dicho principio y primer pliego, y seguidamente ponga esta nuestra Cédula, y la aprobación que del dicho libro se hizo por nuestro mandado, y la tasa y erratas, so pena de caer en las penas contenidas en las leyes y pragmáticas de nuestros Reinos, que sobre ello disponen. Y mandamos que durante el tiempo de los dichos diez años, persona alguna, sin la dicha vuestra licencia, no pueda imprimir ni vender el dicho libro, so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere; y más, incurra en pena de cincuenta mil maravedís, la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra parte para el Juez que lo sentenciare, y la otra tercera parte para la persona que lo denuciare. Y mandamos á los del nuestro Consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa, Corte y Cancillerías, y á todos los Corregidores, Asistente, Gobernadores, Alcaldes mayores y Ordinarios, y otros Jueces y Justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y Señoríos, así á los que ahora son, como á los que serán de aquí adelante, que guarden y cumplan esta nuestra Cédula, y contra su tenor y forma no vayan ni pasen en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara.

Dada en Madrid á veinticuatro del mes de Enero de mil seiscientos y nueve años.—YO EL REY.—*Por mandado del Rey nuestro señor*, **Jorge de Tovar.**

LICENCIA Y APROBACION DEL ORDINARIO.

Por mandado del Consejo de Su Majestad y su Comisario, he visto este libro de la Conquista de las Islas Malucas. Es muy importante y apacible la historia, y muy digna de saberse é imprimirse. No contiene cosa contra la Fe ni buenas costumbres, antes de muy buen ejemplo; y así, siendo Su Majestad servido, la puede mandar imprimir.

Fecho en Madrid á 30 de Diciembre de 1608.—**Pedro de Cetina.**

Muy poderoso señor:

He visto por mandato de Vuestra Alteza el libro de la Conquista de las Malucas, que escribió el Licenciado Bartolomé Leonardo de Argensola, Capellán de la Majestad de la Emperatriz y Rector de Villahermosa, y me parece muy digno de que se le dé la licencia y privilegio que pide para imprimirlo, porque además de la utilidad y gusto de la historia, honra la Nación española, no solamente con la celebración debida á los hechos de los que, entre tan grandes peligros, en regiones tan lejanas y bárbaras, cercados de innumerables enemigos, á solas como leones en medio de ganados menores, mostraron ilustremente su valor en exaltación de la Fe Católica y servicio de su Rey, sino con su elocuencia, erudición y juicio: confirmando que no es menor el ingenio de los Españoles en el campo de las letras que el valor en el de las armas.

En Madrid á 14 de Enero de 1609.—**Pedro de Valencia.**



AL REY FELIPE III

SEÑOR NUESTRO

SEÑOR:

Esta relación de los sucesos que Dios ha dado á V. M. en sus Reinos, distantes cinco mil leguas del centro de su Monarquía, dedico al Real nombre de V. M. Pudiera yo, sin faltar á las leyes de la modestia, suplicar á V. M. que los lea por contener victorias de la Iglesia, á quien V. M. reina tan atento á su exaltación; mas advertido de otros respetos recojo este deseo, porque culpa sería contra el bien público quitar algún tiempo á las ocupaciones en que V. M., como en otros polos, afirma el estado de la mayor parte del Mundo. Por esta gran causa, en V. M. todas las

horas son preciosas. Bastante calidad y premio habrán alcanzado estos escritos si mostraren cómo infunde V. M. valor y celo en sus Ministros, y cómo, por estas virtudes derivadas de su pecho, castigan los Capitanes de V. M. los tiranos y usurpadores, idólatras ó sectarios, y si publicare esta historia alguna breve parte de las diligencias arduas con que introduce ó restituye V. M. el Evangelio en provincias tan remotas.

Nuestro Señor, que hizo á V. M. instrumento de su gloria, nos guarde y prospere su Real persona para el sosiego universal.—En Madrid á 4 de Mayo de 1609.

BARTOLOMÉ LEONARDO
DE ARGENSOLA

À LOS LECTORES

De Hércules fingieron los poetas, que sien do recién nacido ahogó dos culebras que le acometieron en la cuna; con que dió testimonio de la parte que tenía de la Divinidad. Lo mismo podemos decir que le acaeció á este libro, porque en saliendo de las manos de su autor se le opusieron dificultades para quitarle la vida; pero la autoridad de quien le mandó escribir le dió fuerza para vencerlas. Sale al fin á luz, mas no libre de reprensiones. Y porque su autor, como león dormido, no las oye, quiero yo responder á las que han llegado á mi noticia, que como dice un adagio griego sacado de Platón: *Bueno es tener al lado un hermano*. Dicen que siendo el título de este libro: Conquista de las Islas Malucas, y habiéndose hecho con solo un asalto, de manera que pudiera un pliego contener todo lo que pertenece al título, ocupó diez libros, y sólo en el útimo trató de la conquista ó recuperación de las Malucas, y que en los demás escribe relaciones

ajenas de la historia: como el descubrimiento del Estrecho de Magallanes por Pedro Sarmiento, las cosas del Reino de Camboja, y las navegaciones y descubrimiento de los Holandeses. Á esto respondo, que no debe el título precisamente contener toda la materia del libro; basta que en él se declare la parte principal, y que todas las demás cosas, que en orden á ésta se escriben, deben ser admitidas como pompa de este triunfo. Cuanto más, que son muy necesarias para entera y sabrosa noticia de la historia, porque siendo esta conquista, no descubrimiento nuevo, sino recuperación, con las armas de Castilla, de aquellas Islas que se perdieron estando en la Corona de Portugal, necesario fué dar razón de todas las cosas desde su principio; y siendo el fin principal de esta empresa oponerse á la herejía de los Holandeses, con celo de la Religión, convino decir el principio y ocasiones de su navegación: y cómo Francisco Draque penetró aquellos mares por el Estrecho de Magallanes, y la exploración de Pedro Sarmiento que le siguió. Demás, que guardando la orden de los tiempos, en ningún libro deja de tratar de las Malucas, siguiendo el progreso de esta conquista; y así como Quinto

Fabio Máximo dijo graciosamente: *No pudiera ganarse Taranto si primero no se hubiera perdido*, así tampoco no pudiera entenderse cómo se ganaron las Malucas si no se escribiera primero cómo se perdieron. Dicen también que en estas digresiones se alarga mi hermano á cuentos, fuera del primer propósito, y algunos amorosos, no dignos de un autor grave y sacerdote, particularmente los amores y casamiento de aquel Alférez que refiere en el Libro tercero. Á esta objeción se satisface en la primera; y el casamiento del Alférez se escribe con tan honestas palabras, que aunque no fuera sino porque nos enseña cómo se deben escribir tales cosas, debiera ser mi hermano, no excusado, sino alabado; cuanto más que el mismo caso es muy digno de ser escrito, por ejemplo de la fuerza que tienen las pasiones humanas, y del cuidado de un prudente Capitán. No le faltaba materia á Tito Livio para hacer larga la Historia romana, pero no dejó de escribir otro suceso semejante al de este Alférez; contento quedará mi hermano, si fué yerro, en tener por compañero á Livio. Ni perdonan al estilo, diciendo, que está lleno de translaciones y metáforas, más de poeta que de historiador.

No consideran que estos términos son confines, y no distantes: y que el pasar por los unos y por los otros con modestia, es virtud, y no vicio. En Tucídides, en Salustio y en Tácito, con los cuales pretenden argüirnos y espantarnos, podríamos hallar nuestra defensa. Pero busquémosla donde está manifiesta en Herodoto, Jenofonte y Tito Livio, á quien acusan, acusando á mi hermano,

Quos hic noster auctores habet,
Quorum æmulari exoptat negligentiam
Potius quam istorum obscuram diligentiam.

Últimamente dicen los que quieren ser tenidos por amigos, que esperaban obra más conforme á las grandes esperanzas que de mi hermano tenían, y que debiera no encerrarse en tan angostos términos. Mi hermano, claro está que no está privado de libertad para escribir mayores historias. Fácilmente les concederé, que si él hubiera elegido el sujeto, no careciera de culpa; pero es honra suya poder decir con Virgilio,

Non iniussa cano.

La acción fué digna de quedar escrita; y bastantemente se satisface á esta parte en el principio de la historia. Fué digna, por la

consecuencia, por la sazón y aun por la facilidad con que se acabó: para que se vea que el celo de la Religión y la prudencia vencerán siempre, y que se debe gloria á los que fielmente se ejercitan en sus ministerios. Pues ser escogido para escribir esta empresa por los mismos que la dirigieron y asistieron con el consejo, no es pequeña alabanza. De buena gana diré esto con las mismas palabras de aquel gran amigo mío, mas antes de Cicerón y de Horacio, y mucho tiempo antes, de los famosos Cipión y Lelio, que hablando de ellos al pueblo romano dijo,

Eam laudem hic ducit maxumam, cum illis placet,
Qui vobis universis et populo placent;
Quorum opera, in bello, in otio, in negotio,
Suo quisque tempore usus est sine superbia.

Bien sé que para aplacar á la envidia no es manjar éste suficiente, como lo era el que fingen para el Cerbero; antes cobrará fuerzas con él; pero yo no hablo sino con los que, como jueces desapasionados, esperan respuesta á estas leves objeciones. Á cuyo juicio, de buena gana mi hermano y yo nos sujetamos.

Lupercio Leonardo
de Argensola





CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO PRIMERO

A Yo escribo la reducción de las Islas Malucas á la obe-
diencia de Felipe III, Rey de España, y la de los Reyes
de ellas al vasallaje antiguo, que reconocieron sus pre-
decesores, introducido de nuevo por D. Pedro de Acu-
ña, Gobernador de las Filipinas, y General de la Arma-
da Española: victoria digna de la providencia de tan
pío Monarca, del cuidado de los Ministros graves de su
Consejo Supremo, y del valor de nuestra Nación, no
tanto por la rara fertilidad de aquellas provincias, como
por haber quitado con ella á las armadas septentrionales
B una gran causa de navegar nuestros mares, porque no
inficionen con herejía la pureza de la fe reciente de los
indios asiáticos y de los habitadores de nuestras colo-
nias que tratan con ellos. Y no disminuye la brevedad
del suceso la alabanza de él; antes pudiera, por eso mis-
mo, ocupar lugar decente entre más copiosas narracio-
nes. Bien veo los peligros á que me aventuro, pero tam-
bién confío que no me ha de faltar defensa. Los esta-
tuarios ó pintores insignes suelen tener en gran precio
las cabezas, brazos y otros miembros, trasladados con

perfección de cuerpos vivos, á cuya imitación cuando A
quieren labrar alguna figura, van formando todas sus
partes; los indoctos en el arte desprecian aquel apara-
to, y solo gustan de la estatua ó pintura que consta de
todos sus miembros, sin examinar las imperfecciones
que puede haber en ellos. Por esta estimación y por
este desprecio ha de pasar la relación que escribo, de la
recuperación de aquellos reinos; porque los prudentes,
que saben cómo se forma la Historia, estimarán esta
parte sacada al vivo; los otros que sólo leen, como ellos
dicen, para engañar el tiempo, tendránla en poco, que-
riendo más alguna fábula llena de monstruosidades, ó B
una larga escritura con nombre de Historia, que con-
tenga admirable número, y muertes de gente, dándole
los sucesos, no como Dios los dió, sino como ellos los
desean. De aquí viene, que muchas cosas dignas de ser
sabidas, quedan sepultadas: porque remitiéndolas para
las Historias generales, no se escriben cuando suceden,
sino de paso, por los que militaron en ellas, y cuando
son menester sus escritos no parecen, ú obligan al es-
critor á las leyes que le pusieron los que con amor pro-
pio, ú otra pasión, quisieron dejar aquella memoria sin
poder hacer examen de la verdad. A mí, pues, por librar C
de este peligro suceso tan importante como el de Ter-
nate, cabeza de todo el Maluco, me le mandaron es-
cribir, á tiempo que viven los que intervinieron en él
con las manos y con el consejo; y estoy informado de
lo que para esto es menester, tanto que espero suplir
con la verdad la falta del ingenio. De esto sólo me ha
parecido advertir al lector, y no de la utilidad que de
leer esta relación sacará; porque si la deseare, supérfluo
vendrá á ser mi apercibimiento: y si no, aunque dere-
chamente le guíe, será imposible topar con ella.

Reyes de Ternate.

De los catorce Príncipes más poderosos que, con nom- D
bre de Reyes, ocupan la tiranía del Archipiélago Ma-
luco, los de Ternate y Tidore se precian de origen divi-
no: tanta licencia usurpan los hombres, ó la atribuyen
á la oscura antigüedad. Es tradición de aquellas gen-
tes, venerada por Religión, que las gobernó un tiem-
po cierto antiquísimo Príncipe, llamado Bicocigara: el

Fábula astuta del Rey Bicocigara.

A cual navegando un día en la costa de Bacham, vió que
entre lo fragoso de los peñascos habían crecido muchas
rotas; así llaman á ciertas cañas macizas, que cuando *Rotas son ciertas cañas.*
son delgadas sirven de cordeles. Agradóle la lozanía de
ellas, y mandó que las cortasen y se las trajesen al batel.
Obedecieron los súbditos; pero llegados al lugar,
reconociéndole todo, volvieron á su señor, y le dijeron,
que mirase si le había engañado la vista, porque no hallaban
tales cañas. Bicocigara, que desde su barquilla
las descubría distintas, porfió con los incrédulos, y
mandó de nuevo que se las trajesen. Para averiguar la
duda, saltó en tierra, donde luégo parecieron á ojos de
B todos. Mandólas cortar; y comenzando la obra, comenzó
también á correr sangre de las cañas cortadas. Admirado
del prodigio, descubrió junto á las raices cuatro *Prodigio.*
huevos, que parecían de culebra, y oyó al mismo tiempo
una voz salida por lo hueco de las cañas heridas, que
decía: guarda estos huevos, porque de ellos han de nacer
cuatro Gobernadores excelentes. Levantó con religión
aquellos huevos fatales, y llevólos á su casa, y
guardólos en lo mejor de ella. Nacieron en breve tiempo *Nacimiento fabuloso de los Reyes Malucos*
de las cuatro yemas los cuatro pollos racionales, tres
C varones, y una mujer. Los cuales reinaron, el primero
en Bacham, el segundo en Butam, el último en las islas
Papúas, que yacen al Oriente del Maluco; la mujer
casó con el Príncipe Loloda, que dió nombre á la
tierra en Batochina, no lejos de la gran Boconora. Ha
cobrado esta fábula tanta autoridad, que honran como
á héroe á Bicocigara, veneran los peñascos, y adoran
los cuatro huevos. La verdad es, que aquel hombre
prudente consagró su linaje con esta prodigiosa superstición,
y adquirió reinos y veneración á sus cuatro
D hijos. Así fingió, ó creyó Grecia, haber parido Leda
del cisne adúltero los huevos de que nacieron Castor,
Polúx y Elena. En todos los principios de soberbia
Fortuna, persuade á los que quiere coronar que para
introducir en los ánimos opinión divina funden la majestad
en fábulas, que imiten á los misterios verdaderos,
para diferenciar la prosapia Real, aun en las comunes
leyes del nacer. De esta generación sucedieron en Maluco
trece Reyes idólatras, hasta Sultán Tidore Bongue, *Entra el Alcorán en las Malucas.*
el primero que admitió el Alcorán, bien que mez-

clado con idolatría, la cual duró más de ochenta años, y confundida entre los preceptos de aquella abominable secta, traía los ánimos divisos y dudosos. Y cuando después aportó, como luégo veremos, en aquellas islas Brito, Capitán mayor, halló que un Caciz ó sacerdote les enseñaba la nueva superstición, y que muchos le resistían con la memoria de la antigua fábula de los huevos, la cual el Morabito persa nunca pudo desacreditar, ni divertir: tanta fuerza cobra el error heredado. A

Al Rey Tidore Bongue sucedió su hijo Cachil Boleise, no menos superticioso, aunque en otro género de vanidad. Este, preciándose de espíritu profético, ó por los discursos y experiencias que en su edad madura recogió, vino á ser respetado de sus vasallos como profeta: y de los que más modesta credulidad le daban, por un varón de excelente prudencia, y era de todos escuchado como oráculo vivo. Hinchado con esta estimación, se atrevía á decir sucesos venideros, que no señalando en ellos personas ni tiempos ciertos, es adivinación sin riesgo de ser convencida, ó aconteciendo acaso por curso de tiempo cosa á que se pueda acomodar la predicción, ó esperándose para siempre lo que nunca ha de acontecer. Por esto y porque casi en todas las tierras suelen correr algunas opiniones de esperanzas futuras, las más veces concebidas de livianos principios, más que por observación de estrellas, solía Boleise decir á los suyos que habían de llegar tiempos en que de las más remotas partes del Orbe aportarían á Ternate unos hombres de hierro, y serían habitadores de su distrito, con cuyas fuerzas se había de extender el dominio y la gloria del Maluco. B C

Falsa profecía de los Malucos.

En el tiempo del Rey D. Juan, el primero de Portugal, descubrió el Infante D. Enrique, su hijo, las islas de la Madera, la de los Azores y la de Caboverde, con mucha parte de la tierra de Guinea y Africa. Reinando después D. Duarte y Alfonso el Quinto, se prosiguió aquella valerosa navegación, hasta los tiempos del Rey D. Juan el Segundo, en que fué descubierto el Promontorio Buenaesperanza, y cien leguas adelante, por la costa llamada el río del Infante. Débese el honor de este descubrimiento al piloto Bartolomé Díaz, si se ha de creer á las advertencias manuscritas de Duarte Re- D

El Infante Don Enrique descubre las islas de la Madera y otras.

A sendi para el cronista Barros. De esto nació emulación y deseo á la Nación castellana, empeñada ya en este viaje, por haber descubierto las islas Occidentales, que llamaron Antillas. Al descubrimiento se siguió luégo la duda sobre el derecho de ellas, deseándolas Portugal, y defendiéndolas Castilla. Después de largas contiendas se concordó la diferencia por medio de Ruy de Sousa, y de D. Juan su hijo, y de Arias la Almada. Estos, por contrato público con los Embajadores castellanos en el año 1494, ordenaron que pues el orbe, ó globo de la habitación humana, que consta de mar y tierra, corres-

Diferencia entre Castilla y Portugal sobre las islas Antillas.

Concuérdanse por cierta línea, por la cual partieron el mundo.

B ponde á los grados de la Esfera celeste, se partiese entre los dos Reyes por medio, lanzando una línea ó meridiano por ambos polos Norte y Sur, la cual prosiguiese rodeando tierra y mar, y dividiendo el globo en dos mitades. Ordenóse que la parte hácia el Oriente quedase para Portugal, y la Occidental para Castilla, y que así lo señalasen las cartas de marear; que la línea tocase un cierto término, y señal en la tierra en que cada una de las partes fundase su principio: éste, por consentimiento de ambas, se asentó á trescientas sesenta leguas de Caboverde para Occidente, y así cayó la línea

C y Meridiano sobre la tierra que llamamos del Brasil, hácia lo más Occidental de la boca del río Marañón, que corre por allí en la parte del Norte. Esta línea corta la misma tierra, y de la del Sur más adelante del río de la Plata: desde donde Portugal para el Oriente, y Castilla para el Occidente comenzaron á contar los grados de latitud; y cupieron á cada parte ciento ochenta, por ser toda la redondez de trescientos sesenta grados.

Continuó esta empresa Vasco de Gama en tiempo del Rey D. Manuel, enviado por él á descubrir y conquistar la India, descubrimiento, á opinión de Ptolo-

Vasco de Gama.

D meo, fabuloso ó imposible. Entró Gama por el Océano en la demarcación portuguesa, donde halló, y sucesivamente han después conquistado sus Capitanes tantos reinos, islas y gentes tan diversas en costumbres, leyes, lenguajes y colores. Volvieron admirados, pintando en mapas lo que habían visto, alongando la longitud, que es la distancia del Leste al Este, más de la verdad, apercibiéndose, con cautela, para el debate que sobre esto podía suceder, como luégo le hubo por el error de las cartas.

Pretensión de Portugal sobre el derecho de las Malucas

No obstante esta diligencia, mas antes por virtud de A ella y por la autòridad con que después el Papa la autorizó, pretende Portugal que las islas de Banda, Amboino y Malucas, son de su demarcación, por la suerte que le fué adjudicada, considerado por pilotos expertos el término de aquel meridiano, y que se extiende quince grados más adelante. Quéjase Resendi de que Magallanes aumentase la opinión de los mares Orientales, cuando en el año 1519 pasó despechado á Castilla. Crióse Magallanes en servicio de la Reina D.ª Leonor, después sirvió al Rey D. Manuel. Pasó á la India con aquel Alfonso de Alburquerque, de cuyo gobierno y esfuerzo, B además de las tradiciones, tenemos historias escritas. Éste, no contento con las primeras conquistas, envió desde Malaca á Antonio Dabreo, Francisco Serrano y Hernando de Magallanes, en tres bajeles á descubrir las Malucas. Todos estos tres Capitanes tomaron diferentes viajes. De Magallanes volveremos luégo á tratar. Dabreo arribó á Banda, y volviendo á Malaca con abundancia de las drogas preciosas de la tierra, se apartó de él Francisco Serrano, cediendo á un recio temporal, y padeció su junco naufragio en las islas de Lucopino, que significa islas de tortugas, cuya abundan- C cia y grandeza les dieron el nombre.

Hernando de Magallanes.

Envia Alburquerque á descubrir las Malucas.

Francisco Serrano llega á Lucopino.

Lucopino significa islas de tortugas.

Navio llamado junco.

La tempestad arrojó allí los Portugueses, salvas las personas y las armas, pero hecho pedazos el junco; son juncos ciertos navíos ligeros. Eran las islas Lucopinas horribles, por la sequedad y soledad inculta, por sus peñascos encubiertos en el agua, y por la muchedumbre de ladrones marítimos que las frecuentaban, los cuales, puestas centinelas, en descubriendo navegantes, acudían á prenderlos y robarlos. Cuando la sed y la hambre no tuviera los Portugueses cercanos á la muerte, la pudieran esperar de las manos de estos cosarios; D pero en lo que había sido para otros muchos desgracia, hallaron ellos esta vez socorro. Habían mirado el naufragio, y remando en una carcoa, llegaron como á presa cierta sobre los que apenas estaban libres de él. Pero no se les escondió su intento á los pilotos y marineros de Malaca. Advierten de presto á su Capitán del peligro, y que prevenga á su salud y á la de todos: Serrano, como cauto y valeroso, habiendo reconocido la pla-

Prende Serrano los piratas.

A ya, escondió sus compañeros en un lugar oculto. Des-
embarcaron los piratas para darles caza: pero no tan
presto se desviaron de la ribera, cuando salieron los ex-
tranjeros y con diligencia se apoderaron de la carcoa.
Los bárbaros turbados, cayendo en su mal gobierno, y *Vence Serrano los piratas en Lucopino.*
conociendo que estaban perdidos, desistieron del robo
y acudieron á los ruegos, y arrojadas las flechas y los
arcos, postrándose, le pidieron que no los desamparase
en aquella isla, y por lo hecho les otorgase perdón y
clemencia. Ambas cosas alcanzaron de Serrano. Pro-
metiéronle que si los sacase de allí, admitiéndolos en
B su navío, le guiarían á otra tierra que recibe huéspe-
des y comercios. Serrano los admitió y creyó: y repa-
rando el junco quebrantado, embarcados todos, ende-
rezaron su curso á la isla Amboino, donde fueron bien *Llegan á Amboino.*
recibidos de los naturales de Recutelo; los cuales te-
nían enemistades antiguas con los de Veranula, ciudad
finítima de Batochina, y viniendo á las armas los Ru-
cutelanos, alcanzaron victoria con el favor de los recién
llegados. La fama de este suceso llevó la nueva de él á
las Malucas, reinando en Ternate Boleise, y en Tidore
Almanzor, no muchos años antes idólatras y entonces
C mahometanos. Contendían sobre los confines de sus
reinos, y sabiendo que los Portugueses estaban en Am-
boino, cada cual con designio de acrecentar sus fuer-
zas contra el enemigo vecino, por emulación envió sus
Embajadores y navíos para convidar y atraer aquella
milicia peregrina, juzgando también por conveniente
para otros casos, unirse con aquellos hombres, cuyas
hazañas estaban tan recientes. Puso Boleise mayor di-
ligencia que Almanzor y envió por Serrano con diez na-
víos y mil soldados bien armados para su defensa, y por
cabeza de ellos á Cachil Coliba, su deudo. Los Embaja-
D dores de Tidore se volvieron de Rucutelo mal despa-
chados. La navegación de Amboino á Ternate es bre- *Llega Serrano con los suyos á Ternate.*
ve: y así llegaron presto los navíos de Boleise, trayendo
los Portugueses. Salió aquel Rey acompañado de sus
vasallos á recibir los huéspedes, persuadidos todos que
iban á ver el esperado cumplimiento de su profecía.
Desembarcó Serrano armado todo de armas blancas y
resplandecientes, y sus compañeros de la misma forma.
Cuando el Rey los vió, abrazándolos, mezclando la risa

con la admiración, no sin tiernas lágrimas, levantó al cielo ambas manos, dando loores y gracias á Dios porque le había dejado ver lo que tantos años antes previno por vaticinio ó por astrología. Estos son, decía, mis amigos, los guerreros que tantas veces por mi divinación habeis deseado; estimadlos y atendamos todos con emulación á su hospedaje, pues en estas armas está librada la grandeza de nuestra patria. Los Portugueses, no sin gusto de verse juzgados por dignos de profecía (credulidad, por razón de estado, conveniente para su reputación), estimaron el acogimiento correspondiendo con iguales muestras de amor. Asentaron el trato y amistad en el Maluco, desde donde le extendieron á otras Provincias vecinas y apartadas, las cuales ya será forzoso describir con brevedad, para distinción de la historia.

Describe el gran Archipiélago Maluco.

El Archipiélago Oriental (dejando ahora la división de aquel Oriente, en las dos partes, Boreal y Austral) abraza tantas islas, que carecen de número cierto hasta nuestros tiempos. De esto sacan autores modernos cinco divisiones con otros tantos Archipiélagos, Maluco, Moro, Papúas, Celebes, Amboino. El nombre del primero,

Porque se dijo Maluco.

en aquella lengua, es Moloc. Denota lo mismo que cabeza, porque lo es de todo lo adyacente. Según otros Maluco, que en arábigo significa, como por excelencia, el Reino,

Cinco islas son propiamente el Maluco.

redúcese á cinco islas principales, todas debajo de un Meridiano, á vista las unas de las otras, en distancia de veinticinco leguas; la cual atraviesa la Equinoccial, teniendo de latitud la más Septentrional medio

Describense las Malucas.

grado de la parte del Norte, y la más Austral un grado de la del Sur. Quedan arrimadas por el Poniente á la isla Xilolo, llamada de los Portugueses Batochina de

Nombres de las Malucas, nuevos y antiguos.

Moro, y de los Malucos Alemaera. De las muchas que yacen en torno, que también se dicen Malucas, como solemos decir, las Canarias, las Terceras y las Orcadas, son éstas las admirables por la abundancia de la especería. Sus nombres comenzando por la primera de la parte del Norte, Ternate, Tidore, Motiel, Maquien y Bacham. En tiempo de sus antiguos Gentiles, Cape, Duco, Moutil, Mara y Seque. Esta última, que es Ba-

A cham, se divide en muchas cortadas por brazos de mar, navegables sólo para ligeras embarcaciones, por lo cual y por ser de un señor se comprende en un nombre, y todas las Malucas obedecen á tres Reyes. Senos pequeños de mar y algunas isletas despobladas las dividen, y sus antiguos odios. Su marítimo lleno de bajíos peligrosos, así los confines del agua como los de la tierra, entre los cuales hay algunas calas en que se recogen los navíos. El terreno generalmente en todas es esponjoso y seco, donde por mucho que llueva se embebe el agua, y los arroyos que bajan de las sierras no llegan muchas
B veces á la mar. Según Juan de Barros, historiador grave, estas islas son mal asombradas y poco graciosas, porque como tienen siempre tan vecino al sol, ora pasando al solsticio boreal, ora al austral, la nativa humedad de la tierra las cubre de tan espesas arboledas y yerbas, que las hace cargadas en el aire, y en la vista de ellas: porque las exhalaciones de los vapores terrestres, que andan por encima, no consienten que á los árboles falte jamás la hoja: y cuando mudan la una ya les ha sucedido la otra, y lo mismo hacen las yerbas. Otros afirman que son agradables á la vista, pero no sanas, y
C menos para los extraños; todos los cuales están sujetos á la enfermedad berber, común en aquella tierra. Hincha los cuerpos, inhabilita los miembros; pero con el clavo y vino de las Filipinas bebido con jenjibre, ó con el uso de cierta yerba, conocida de los naturales, se preservan y se curan; y los Holandeses con zumo de limones, remedio hallado por el temor y por la experiencia. Vistió el cielo estas islas aromáticas de bonanas, cocos, naranjas, limones, lignaloe, sándalos, cinamomos, macias, almástigas, y sobre todo gran copia de clavos y otras plantas: y todas fertilizan y alegran con
D fruto ó con ornato. Carecen de trigo y de arroz, pero no les negó Naturaleza materia ni industria con que suplir esta falta. Sacuden con martillos de ciertas cañas robustas un árbol parecido á la palma silvestre, cuyos troncos secos dan, á golpes, del meollo molido, harina blanquísima, la cual se amasa en cazuelas cuadradas, y este es el sagú ó landán, en panes también cuadrados, como los del jabón de España. Tiene esta planta como veinte palmos de alto, y arroja en la cima ramas

Tres Reyes poseen las Malucas.

Berber, enfermedad de aquellas provincias. Su calidad y efectos.

La medicina contra ella.

Fertilidad de Maluco.

Pan de las Malucas y su nombre.

semejantes á las que producen tamaras. Estas imitan á las piñas del ciprés, dentro nacen ciertos pelos sutiles que llegando á nuestra carne la abrasan. De los ramos tiernos de la misma planta, cortados, destila el licor que les sirve de bebida; poniéndolos en vasos de estrecha boca por espacio de una noche quedan llenos, y el humor destilado parece en el color leche batida y espumosa: llámanle tuac. Bebido fresco es dulce; engorda mucho. Cociéndole como al mosto, le dan el gusto del vino y la acedía del vinagre. El mismo beneficio reciben de dos plantas, nipa y coco. De esta última, aceite, tablas y madera para fabricar las casas. Beben también otro licor más suave, que la Naturaleza encerró en lo hueco de las cañas llamadas bambuces, tan grandes que dista un nudo más de una vara del otro. Abundan de carnes: son más aficionados al pescado, aunque Hugo Holandés afirme que les faltan ambas cosas. No les concedió el cielo minas de oro ni de plata; ó fué castigo ó piedad. De los metales inferiores tampoco han descubierto alguno: pero no lejos tienen á Lambuco, isla fértil de hierro y acero, de la cual, y de sus minas de Sula y Botua, le traen los Malucos para forjar sus campilanes (son alfanjes pesados y agudos) y sus crices (dagas pequeñas). Y á los Portugueses, y los rebeldes de Holanda y Zelanda han armado aquellas provincias de mosquetes y arcabuces, y de artillería, con la variedad conocida en todas las nuestras. Es Ternate la ciudad y Corte de aquel Rey, junto á la cual arde un volcán espantoso en los Equinoccios, porque en aquellos tiempos soplan aires que encienden aquel fuego natural en la materia, que lo alimenta tantos años há. La cumbre del monte que lo exhala es fría, y no cenicienta, sino de cierta tierra ligada y liviana, poco diferente de la pómez que se tuesta en nuestros volcanes. Desde la cual, bajando á las raíces de la montaña, que como chapitel en forma de pirámide se extiende hasta lo llano, es todo fragoso de espesos árboles, á cuya verdura guardan las llamas fidelidad; y el mismo fuego las riega y humedece con arroyos, que reconcentrado en lo hueco del monte lo fuerza á sudar y destilar aquellas aguas. La gente se diferencia entre sí, al parecer, por milagrosa benignidad de la Naturaleza: las mujeres formó blancas y

Bebida de los Malucos.

Beneficios de dos plantas.

Otra bebida de las cañas bambuces.

Sus mantenimientos.

No tienen minas.

Campilanes, alfanjes. Crices, dagas.

Volcán de Ternate, y su descripción.

La forma de los naturales de las Malucas.

A B C D

A hermosas, y los hombres de color algo más ofuscado
que el membrillo; el cabello llano, y muchos lo ungen
con aceites olorosos; tienen ojos grandes, largas pesta-
ñas, las cuales y las cejas traen alcoholadas; cuerpos
robustos, muy dados á la guerra, y para cualquier otro
ejercicio perezosos; viven mucho tiempo, encanecen
temprano, y siempre ligeros por mar, no menos que en
la tierra. Oficiosos y benignos con los huéspedes, y en- *Sus condiciones é inclinaciones.*
trando en familiaridad, importunos y pesados en sus
ruegos. Su trato interesal, hierve de recelos, fraudes y
mentiras. Son pobres y por esto soberbios: y por juntar
B muchos vicios en solo uno, ingratos. Ocuparon estas *Su origen más antiguo.*
islas los Chinas, cuando sojuzgaron todo aquel Oriente;
después los Yaos y Malayos, últimamente los Persas y
Arabes, los cuales, por medio del comercio, introduje- *De la idolatría pasaron á la vanidad de Mahoma.*
ron la superstición de Mahoma, entre la adoración de
sus Dioses, de los cuales se preciaron algunas familias
como de progenitores. Sus leyes son bárbaras. No po- *Sus leyes.*
nen número á los matrimonios. La esposa superior del
Rey, llamada Putriz en su lengua, da nobleza y dere- *Putriz se llama la Reina.*
cho á la sucesión. En ella son preferidos sus hijos, aun-
que de menor edad que los de otras madres. El hurto
C no por mínimo se perdona. El adulterio fácilmente.
Cuando apunta el alba, ministros de este oficio tocan
en los poblados (por ley) panderos grandes por las ca-
lles para despertar los lechos conyugales, que por la
propagación humana los juzgan dignos de cuidado po-
lítico. La mayor parte de los delitos se castigan con
muerte. En lo demás obedecen á la tiranía ó arbitrio
del vencedor. Los tocados de los varones, turbantes tur- *Trajes de los Malucos.*
quescos de colores y muchas plumas en ellos. El del
Rey tiene forma de mitra en el remate: corresponde á
corona. Lo demás del traje, en todos, almillas, que lla-
D man cheninas, y calzones de damascos, azules, carme-
síes, verdes y morados De lo mismo traen los mantos,
cortos y militares, terciados ó anudados sobre el hom-
bro, al modo del traje antiguo romano, conocido por
los escritos, estátuas y otros vestigios de aquellos tiem-
pos. Las mujeres hacen ostentación del cabello: ya lo
extienden, ya lo enlazan, poniendo diversas flores entre
las cintas que lo prenden; de forma que en la compos-
tura de sus tocados no las estorban los volantes, ni las

Adornos femeniles ricos.

garzotas y plumas. Toda aquella variedad, aun sin arte A
las adorna. Usan brazaletes, arracadas, y gargantillas
de diamantes y rubíes, y grandes sartas de perlas, atavíos no prohibidos ni al vulgo, como ni las sedas de que
particularmente las mujeres se visten al uso de Persianas y Turcas, riquezas todas de los mares y tierras vecinas. Hombres y mujeres muestran en los trajes la na-

Diversos lenguajes.

tural arrogancia de su inclinación. La variedad de sus
lenguas no es poca. Acaece que un lugar no entiende el
lenguaje del otro. El Malayo, como más fácil de pronunciar, es el más común. De esta variedad se colige

Varios pobladores de las Malucas.

haber sido estas islas pobladas de diferentes naciones. B
A los Chinas se atribuye la antigüedad y el arte de navegar en aquellas partes. Afirman otros, que los Malucos descienden de los Yaos, que atraidos de la suavidad
de los olores que arrojan los aromas se quedaron en

Hase comunicado la especería, por diferentes viajes en diferentes tiempos.

Maluco. Cargaron de clavo, hasta entonces no conocido, y continuando el trato de él lo llevaron en sus navíos á los estrechos Pérsico y Arábico. Dieron vuelta
por aquellas provincias llevando también sedas y lozas,
obras de la fertilidad y del ingenio de los Chinas. Los
clavos por manos de los Persas y Arabes pasaron á los
Griegos y Romanos. Trataron algunos Emperadores C
latinos de la conquista del Oriente, hasta topar con la
especería: tanto la codiciaron. Y creyendo que todas
eran de China, les dieron nombres chinos. Los Españoles antiguamente las trajeron entre otras mercancías del
mar Bermejo ó Erithreo. Los Reyes de Egipto se apoderaron un tiempo de los aromas, y de las manos de los
Asiáticos las pasaron á Europa. Prosiguieron los Romanos cuando hicieron á Egipto provincia suya. Genoveses
mucho después, trasladando el comercio á Theodosia,
hoy Cafa, las esparcieron, y allí Venecia y otras naciones tratantes pusieron sus Cónsules y factorías. Por el D
mar Caspio y Trapisonda navegaron después: pero cayó
el trato cuando el Imperio, y los Turcos las cargaron en
caravanas de camellos y dromedarios á Barito, Lepo
y Damasco y á diversos puertos del Mediterráneo. Los
Soldanes del Cairo las restituyeron al mar Bermejo, y
á Alejandría por el Nilo. Los Portugueses las quitaron
á los Soldanes, habiendo conquistado las Indias Orientales, y por el cabo de Buena Esperanza las traen en

A sus armadas. Y con las que navegan las costas de Arabia y Persia, y en el cabo de Guardafún, defienden el pasaje de las drogas al Cairo, y asondan el navío que lo intenta ó lo sujetan. Por este miedo, y seguridad introducida, se extinguió la navegación del Soldán y vienen todas por cuenta de la Corona Real á la India por increibles rodeos, hasta llegar á Lisboa. De esta deliciosa riqueza será dueño el que lo fuere de las navegaciones, y en ella, como en las demás que se transportan, vemos confirmado los que escriben, que solía decir Themístocles: Todas las cosas posee quien posee los mares.

Piden los Reyes Malucos una fortaleza.

B Los reyes Boleise de Ternate y Almanzor de Tidore, contendían sobre el hospedaje de Serrano, y cada uno le pedía que edificase fortaleza en su reino. Digno es de consideración ver las ansias con que estos Reyes deseaban y pedían lo que luégo habían de aborrecer. Sobre esto escribieron al Rey de Portugal; pero llegado al Maluco Antonio de Miranda, además de un fuerte ó casa de madera que hizo en Talangame, edificó otro en Maquien, isla Maluca de los dos Reyes, con que satisfizo á la petición de entrambos. Poco después Cachil Laudín, Rey de Bacham, hizo la misma diligencia con D. Tris-
C tán de Meneses por la misma pretensión. Había llegado al Maluco D. Tristán para cargar de especería, y con designio de sacar de él á Francisco Serrano, y para que Boleise lo consintiese, le dió á entender que convenía que Serrano llegase á Portugal para persuadir al Rey D. Manuel que mandase edificar la fortaleza que deseaba en Ternate, y no en otra parte. Boleise aprobó este consejo, y remitió para este fin con Serrano á Cachilato su Embajador. Partió Serrano, y por una tormenta que esparció los navíos, hubo de volver al Maluco, é invernar en la casa de madera que dijimos; pero en so-
D plando la moción volvió á su viaje, y pasando por Bacham, halló que en aquella isla habían dado muerte á ciertos Portugueses del junco de Simón Correa. Tuvo alguna pesadumbre, mas disimulando pasó adelante, y por Amboino se volvió á Malaca.

Serrano se parte de Ternate á Portugal.

Viene Antonio de Brito á Ternate en lugar de Serrano.

Para que sucediese en el cargo á Serrano, Antonio de Brito, enviado por el Gobernador de la India, partió del cabo de Singapura, por el estrecho de Sabam, con 300 hombres y algunos Capitanes expertos. Tomó puer-

to en Tuban, ciudad de la isla de Java, y pasó á otra A
llamada Agazim, escala de aquellas partes, frontero de
la isla Madura. Convidado de su vecindad, y para informarse del viaje, envió á ella un navío de remo. Desembarcaron en la costa 17 hombres que iban en él, y subieron por la ribera de un río llena de hermosos árboles, cuyos frutos divertieron á los navegantes; porque dejándose llevar de la hermosura, y del gusto presente y no esperado, se olvidaron de guardar el bajel. Los moradores, atentos á la ocasión, salieron á la mar, prendieron primero el navío y luégo todos los soldados, cu-
yo rescate fué después dificultoso, aunque el Señor de B
aquella ciudad ayudó á él. Partióse Brito derecho al Maluco, y tocando en Bacham, envío á Simón Dabreo con alguna gente, para que á toda furia quemase una aldea y matase á los vecinos de ella, en venganza de los compañeros de Simón Correa, muertos allí poco antes, porque viese el Rey Laudín que no había de quedar sin castigo quien ofendiese á los Portugueses. Y que pues su isla había sido la primera que sacó las armas contra ellos, también lo había de ser en sentir la venganza. Hizo el castigo á su salvo, aunque aquel Rey no olvidó

Castigo contra una aldea del Rey de Bachain.

Castiga Brito en Bacham una aldea por la muerte de los Portugueses.

la obligación en que le puso. Pasó Brito á Tidore, y C
supo de Almanzor la turbación de las cosas de Ternate, porque era ya muerto Boleise, y según se creyó, de veneno; el cual hallándose vecino á la muerte ordenó que en la menor edad de Cachil Bohat, ó Boyano, su primogénito, gobernase la Reina su mujer, que era hija del Rey Almanzor de Tidore, y que Cachil Daroes, hijo no legítimo de Boleise, participase del gobierno. La Reina que era sagaz, recelando que Almanzor, su padre, con este título querría sacar algún provecho en detrimento de su hijo, llamando á sus vasallos les dijo,
que á ella le bastaba el cuidado de la crianza del niño: D
y libró el mayor peso en Cachil Daroes.

Al Capitán Antonio Brito esperaban la Reina y el Gobernador Daroes, como á defensor del reino y del Rey niño. Salieron á recibirle en armada de carcoas con el estruendo de aquella música bárbara de bacías de bronce y tamboriles. Desembarcó mostrándose ufano y digno de todo aquel aplauso; visitó á la Reina, al Rey y sus hermanos, y después de haber cumplido con el

A sentimiento de la muerte de Boleise, trazando las cosas en compañía de Daroes aprobó aquella forma de gobierno, y en todas las ocasiones defendió su provincia contra la de Tidore. Para poderlo hacer con mayor seguridad, habiendo escogido el sitio, según las reglas de fortificación, que entonces no eran muy perfectas, como ni la disciplina militar; abiertas las zanjas y fundamentos, presentes los Reyes y todo el pueblo, asentó Brito de su mano la primera piedra: este acto fué en el día de San Juan Bautista, y por esto puso á la fortaleza el nombre del mismo santo; y aunque se edificó
B para la defensa de Ternate, todavía en el ánimo de Brito se dedicó al ministerio del Evangelio y de sus ministros. Procuró que el Caciz que halló sembrando las blasfemias de Mahoma, como estorbador de la verdad, saliese del reino; pero la guerra que allí siempre es interior y doméstica contra Tidore, se oponía á estos fines; si bien la inquietud de aquellas dos naciones vengativas con la contribución de la especería aumentaron las rentas de Portugal, y la codicia de quedar superior, cargó sobre sí la sujeción. Con todo esto dieron en Portugal sucesor á Brito, y él supo cómo ya
C navegaba la vuelta del Maluco, y ambos fueran bien menester, y aun doblar las fuerzas, porque Castilla siempre insistía en aprehender aquellas tierras por su derecho, y él comenzó á ser aborrecido por la violencia que á las personas Reales hizo.

Edifica Brito en Ternate el fuerte San Juan Bautista.

En este mismo tiempo, habiendo Magallanes pasado seiscientas leguas adelante hácia Malaca, se hallaba en unas islas, desde donde se correspondía con Serrano; el cual, como le había sucedido también en Ternate con Boleise, escribió á su amigo los favores y riquezas que de él había recibido, y que se volviese
D á su compañía. Magallanes dejándose persuadir propuso la ida al Maluco; pero en caso que en Portugal no premiasen sus servicios, como pretendía, desde donde luégo tomaría la derrota de Ternate, con cuyo Rey en nueve años enriqueció Serrano tanto. Hizo discurso, que pues el Maluco distaba seiscientas leguas de Malaca para Oeste, que son poco más ó menos treinta y seis grados, y hácia fuera del límite portugués, según las cartas antiguas. Vuelto á Portugal no le hicieron

Escribe Serrano á Magallanes que venga á Ternate.

Opinión y discurso de Magallanes, cerca de la demarcación.

merced, antes se juzgó por agraviado, y sintiendo el A disfavor pasó á Castilla, trayendo un Planisferio dibujado por Pedro Reine; por el cual, y por conferencias que por cartas había tenido con Serrano, persuadió al Emperador Carlos V que las Malucas eran de su derecho. Dicen que confirmaba su opinión con escritos y autoridad de Ruy Faleiro Portugués, astrólogo judiciario, y más con la de Serrano. El Emperador, para este efecto, le entregó una armada, con la cual partió de San Lúcar á veintiuno de Septiembre de mil quinientos diez y nueve. Llegó á las Canarias, donde se detuvo cuatro días; en ellos le alcanzó una cara- B bela con aviso secreto, de que sus Capitanes le seguían con intento de no obedecerle, particularmente Juan Cartajena, que llevaba los mismos poderes que Magallanes. El disimuló con valor, y saliendo en buen tiempo, pasado el río de Janeiro en la provincia de Santa Cruz, vulgarmente llamada el Brasil, hallando los mares fríos, y más el río de la Plata, que está en treinta y cinco grados, los Capitanes le pidieron razón y cuenta del viaje, visto que no topaban el cabo ni el estrecho que buscaban. Respondióles como á personas que dependían de solo de su consejo y superioridad, que C prosiguiesen, que él se entendía, que en mayor altura estaban las costas de Noruega y de Irlanda, y se navegaba por ellas. Estas contiendas duraron casi todo el viaje, y crecieron con los fríos y vientos intolerables, y con el horror de las sierras de hielo y nieve envejecida, que en cincuenta y dos y en cincuenta y tres grados se les ofrecían. Ponderaban estas dificultades diciendo que para partir de Castilla, pasar la equinoccial y correr la costa de todo el Brasil, eran menester seis ó siete meses de navegación en tan divertidos climas, que en cada uno se mudaban los tiempos; que era perdición de navíos D y de gente: que importaba más que todo el clavo y especería de las Malucas. El astrólogo Faleiro, perdido el juicio, quedó en la casa de locos en Sevilla; venía en su lugar Andrés de San Martín, á quien Magallanes escuchaba en lo que decía de los temporales, no en otras materias, como algunos le acumulan, sino con la moderación y entereza que ordena la piedad cristiana. Y no es creible que Magallanes consultase tan árduos

Persuade Magallanes al Emperador, que las Malucas son de su demarcación.

A sucesos con una facultad tan falaz como la judiciaria;
y en medio de tan horribles peligros prefiriese la Astrología á la Astronomía. Las incomodidades excedían al sufrimiento. Las discordias engendraron tanta impaciencia en los Capitanes Juan de Cartajena, Gaspar Quesada y Luis de Mendoza, que determinaron de matar ó prender á Magallanes. Esta conjuración llegó á sus oídos; y hallándose en la boca del río San Julián, teniendo prevenida la traza, según escribe Juan de Barros, mandó matar á puñaladas á Luis de Mendoza, y ejecutóla Gonzalo de Espinosa. Luégo hicieron cuartos

Rebélanse contra Magallanes tres Capitanes.

Castiga Magallanes á los conjurados.

B á Gaspar Quesada vivo, y perdonó á un criado suyo cómplice. A Cartajena dió muerte civil, dejándole en aquel yermo, con un Clérigo comprendido en la misma culpa, que fué de traidores á su Rey. Así lo dicen historias portuguesas: pero en las de los Castellanos se ve que les fulminó proceso secreto, y se les leyó la sentencia. Después justificó el hecho en algunos razonamientos, y consoló á sus compañeros. Cartajena y el Clérigo, que quedaron con algunos mantenimientos, se salvaron de allí á pocos días en un navío de la misma armada, que se volvió á Castilla. Magallanes venciendo

C dificultades no creibles, halló el estrecho y canal por donde se comunican los dos mares, el cual guarda hasta hoy el nombre de Magallanes. Habiendo prendido ciertos gigantes, de más de quince palmos de alto, que faltándoles carne cruda, de que se solían sustentar, murieron luégo, le pasó felizmente; pero con haberse puesto debajo de la Equinoccial, ó por causa de las corrientes, ó por defecto de las cartas, andando en torno, y casi á vista de las Malucas, no pudo aportar en ellas. Tocó en otras que le obligaron á pelear y pasó á las de Zebú ó Manilas. En este mismo tiempo navega-

Halla Magallanes el Estrecho.

No atinó las Malucas Magallanes.

D ba su amigo Serrano á la India, y aunque en diversas partes, los dos navegantes murieron en un día, casi con sucesos conformes.

Mueren Magallanes y Serrano en un mismo día.

Supérfluo sería extender ahora la historia de Magallanes, sus largos viajes y dificultades, antes y después que por su estrecho pasó al mar Pacífico: su llegada á las islas de Zebú y cómo persuadió al Rey idólatra que recibiese nuestra Fe, y las batallas que por su causa dió á sus enemigos; porque además de estar referidas por

excelentes escritores, de aquella parte que pertenece al descubrimiento de las Malucas, que fué el primer objeto de su temeraria navegación, debemos renovar con brevedad, para que se vea el ansia general de diversos Príncipes y naciones por estas islas y la opinión que de la importancia de ellas se prometían. A

Cuán deseadas fueron las Malucas.

Bautizóse el Rey de Zebú.

El Rey de Zebú se bautizó, más por valerse de las armas españolas, que por celo ni conocimiento de la Fe que recibía. Llamóse Hernando en el Bautismo, por adular al padrino, que fué el mismo Hernando de Magallanes. Y después de haber alcanzado con su favor diversas victorias, pareciéndole que podía sacudir de la cerviz el segundo yugo, que esperaba de aquellos extranjeros, revolvió contra ellos. Ordenó un convite á honor de Magallanes, y celebrándole con treinta y cinco españoles, embistió á cierto punto muchedumbre de bárbaros, y turbando la fiesta, degolló los convidados; los cuales acudieron á tomar las armas para defenderse, pero sirvieron sólo de honrar sus muertes Los demás Españoles, que por haberse quedado en la mar se libraron, para acertar á gobernarse en aquel trabajo, eligieron luégo por General á Duarte Barbosa, deudo de Magallanes, y por Capitán de la nave Victoria á Luis Alfonso, Portugués. El Rey alevoso, como si su traición fuera secreta, creyendo poder encubrirla, y su apostasía, envió á convidar á Barbosa, diciendo que le quería entregar la joya que había prometido para el Rey de España. Juan Serrano, reputando por temeridad el fiarse otra vez de un hombre, que aun mostraba las manos sangrientas de lo que acabó de ejecutar, disuadió á Barbosa el convite: pero no fué creido ni escuchado. Salió Barbosa con los otros convidados y con él el mismo Serrano, que para que se viese que no le movía temor á dar aquel cortejo, se puso el primero en el batel. Entraron en un bosque de palmas, donde puestas las mesas entre las sombras, y la música de gaitas, les esperaba el Rey con poca gente. Sentados ya, y empezando á comer, salió con ímpetu grande tropa de flecheros emboscados, y asaetearon á los nuestros. Reservaron á Serrano, aunque le amaban, no porque le amaban, que maniatado le mostraron á los de la mar, pidiéndoles por su rescate dos tiros de bronce, y entonces

Mata el Rey de Zebú á Magallanes y á treinta y cinco españoles con él.

Duarte Barbosa, General.

Matan á Barbosa.

B C D

A les dijo á voces el estrago pasado. Los nuestros, no fián-
dose más, se hicieron á la vela, y no solamente vieron
como volvían los Indios á Serrano á su villa, pero oye-
ron poco después grandes gritos dentro de ellas, y se
supo que les dieron al tiempo que degollaban á Serrano
y arremetían á derribar una cruz enarbolada delante de
la nueva Iglesia, y que no pudieron salir con su inten-
to. Los nuestros faltos de gente quemaron la nave Con-
cepción, y eligieron por General á Juan Caraballo, y
Capitán del navío Victoria á Gonzalo Gómez de Espi-
nosa. Llegaron á Borney, en cuya costa toparon su flota
B de carcoas pintadas con las proas en forma de cabe-
zas de sierpes doradas.

Matan á Serrano y procurando los bárbaros derribar una cruz, no salen con ello.

Llegan los Españoles á Borney.

Veíanse los soldados bien armados, los cuales reco-
nociendo á los nuestros, dieron la nueva á su Rey: él
entonces mandó, que dos mil de su guarda les saliesen
á recibir antes de llegar á la ciudad. Venían vibrando
sus arcos y flechas con yerba, cebratanas, alfanjes y
paveses, traían corazas de conchas de tortugas. Rodea-
ban un elefante armado, y sobre él un castillo de ma-
dera. Llegados los Españoles se inclinó el elefante, y
saliendo de él seis hombres armados, metieron dentro
C á Gonzalo Gómez de Espinosa, que ya era General.
Con este acompañamiento llegó á visitar al Rey, en
cuya presencia le habló su secretario por una cebrata-
na, y Espinosa le dió cuenta de la traición del Rey de
Zebú. Todos se dolieron del caso, y pidiendo los nues-
tros licencia, socorridos y con buenos pilotos se partie-
ron á las Malucas.

Va Gonzalo Gómez de Espinosa á visitar al Rey de Borney en un elefante.

No lejos de Borney toparon ciento cincuenta velas,
de las cuales prendieron dos juncos, en que hallaron
más de cien hombres, cinco mujeres, y un hijo del Rey
de Luzón y un niño de dos meses. Parecióles que sería
D suficiente rescate para recobrar los compañeros. Envia-
ron libre á este Príncipe sobre su fe, y prometió que les
restituiría los españoles cautivos. Padecieron algunas
tormentas, pero á 8 de Noviembre de 1521 aportaron en
Tidore. Cuando Almanzor oyó la salva de artillería,
envió á saber de qué gente era, y de allí á poco rato
llegó el mismo á nuestras naves en un barquillo; mos-
traba la camisa tejida de oro y seda, ceñido sobre ella
un paño blanco que arrastraba; tocado por ambas sie-

Prenden los Españoles en unos juncos á los Isleños de Zebú y á un hijo del Rey.

Aportan Castellanos á Tidore.

Viene el Rey de Tidore á los navíos de los Castellanos.

nes un velo de varios colores, no desemejante á las mi- A
tras persianas. Entrado en la Capitana, refieren las re-
laciones de aquel viaje, que se tapó las narices con los
dedos, al olor de nuestras viandas ó al del navío. Era
reciente en su tierra el Mahometismo, y la mayor par-
te de sus vasallos, en particular los que habitaban las

Da licencia el Rey de Tidore á los Castellanos para cargar de clavo.

montañas, adoraban ídolos. Dijo á los nuestros, que
fuesen bien venidos, y acariciólos de palabra y después
con buenas obras; y enterándose de los trabajos pasa-
dos, les dió licencia para cargar de clavo. Presentáronle

Presentan los Castellanos algunos dones de España al Rey de Tidore.

una silla de terciopelo carmesí, una ropa de terciopelo
amarillo, un sayo grande de tela de oro falso, una pieza B
de damasco amarillo, y cuatro varas de escarlata, lien-
zos y toallas labradas de seda y oro, copas de vidrio,
sartales de lo mismo, espejos, cuchillos, tijeras y pei-
nes. Dieron á su hijo otra parte de los dones y una go-
rra, y casi lo mismo hicieron con sus Cachiles y San-
gajes. Pidiéndole licencia de parte del Emperador, para
contratar; se la dió añadiendo que matasen á quien la
estorbase. Contempló el retrato y armas de Su Majes-
tad en nuestros estandartes; quiso ver nuestras mone-

Préciosee l Rey de Tidore de sabio y astrólogo

das; y porque también se preciaba de astrólogo y adi-
vino, ó porque como otros escriben lo soñó ó lo halló C
por conjeturas, ó se lo dijeron sacerdotes chinas, dijo:
que sabía que Cristianos habían de ir á sus tierras por
especería: y pidióles que no lo dejasen. Tratóse de pac-
tos y alianzas; y estando de acuerdo trajeron dos Tido-
res á las naos un bulto en las manos: súpose que era el
libro de Alcorán, aunque por venir cubierto en las sedas
y cordones no pudieron los nuestros entonces saber lo

Jura el Rey de Tidore vasallaje á la Corona de Castilla.

que era. Puso Almanzor las manos sobre él, y después
sobre su cabeza y en el pecho; y con esta ceremonia
juró amistad y vasallaje á los Reyes de Castilla, y que
les daría clavo y todo comercio para siempre. Después D

Jura Gonzalo Gomez de Espinosa en nombre de su Rey.

de esto el General Espinosa, en nombre del Emperador
ante una imagen de Nuestra Señora, juró la protección
en paz y en guerra, y presentó al Rey Almanzor trein-
ta Indios que traía presos. Luégo llegó á Tidore, según

Juran el mismo vasallaie los otros Reyes vecinos.

algunos escritores afirman, Corala, Príncipe de Terna-
te, sobrino de Almanzor, á jurar el mismo vasallaje, y
Lucuf, Rey de Xilolo, de quien se escribe que tenía
seiscientos hijos, y de Almanzor, que doscientas muje-

A res. Estos Reyes escribieron al Emperador ratificando el vasallaje, y con los despachos partió para España Sebastián del Cano en la nao Victoria por el viaje de Portugueses, y el General Espinosa la vuelta del Panamá, por Castilla del oro, á España.

La nao Victoria por Cabo de Buena Esperanza, y Espinosa por Panamá, traen la ratificación de los Malucos al Emperador Carlos Quinto.

Navegaba ya el nuevo Capitán Mayor D. García Henriquez para suceder á Antonio Brito, y llegado á Banda esperó la moción para pasar á Ternate; mozón ó mauzaón llaman los Portugueses á la moción del viento favorable que mueve los navíos, con que se navegaba seis meses para la partida y otros seis para la
B vuelta de la India. Allí, pues, se pertrechó de lo necesario para armar la fortaleza edificada por Brito. Fué bien menester, porque le llegó aviso de que por los senos, y aun por lo más ancho del Archipiélago discurrían navíos castellanos. Exploróles por industria de sus soldados, y recibido en Ternate reconoció luégo la fortaleza y el estado de aquel Gobierno. Puso en plática las paces con Cachil Almanzor, Rey de Tidore. Muchas veces repetiremos estas voces Cachil y Sangaje. Cachil, por ventura, se deriva de Katil, que es en arábigo lo mismo que entre nosotros soldado valiente. En
C las Malucas honran con este título á los Nobles, como en Francia con el Mosiur, que suena algo más que el Don en España. El título de Sangaje, que corresponde al de Duque ó Conde, pudo descender de Senchaq, que en lengua turca quiere decir Capitán. Para la conclusión de estas paces, juzgó que convenía apoderarse de las Personas Reales. Púsolo por obra, y aunque le dió color y pretexto honesto, bien conocieron en ella principios de opresión y desconfianza. Podemos afirmar que fueron estos los primeros disgustos de que (como de injuria conocida) quedó aquella nación altera-
D da; y que desde entonces se entibiaron y se recelaron, obligados á la venganza, y tuvo origen en esta acción todo el estrago venidero, como de pequeña centella habemos visto crecer grandes incendios.

Don Garcia Henriquez Capitán de Ternate en lugar de Brito.

Qué significa Mocion.

Qué quiere decir Cachil.

Qué quiere decir Sangaje.

Apoderase Don Enrique del Rey é Infante de Ternate niños.

Estas paces procuraba estorbar Cachil Daroes, como tutor y Gobernador, recelando que se había de pasar á Tidore el comercio del clavo, en detrimento del estado del Rey Pupilo; pero contra esta repugnancia se asentaron con algunas condiciones: que entregaría el Ti-

dore cierta nave que había tomado la artillería y algu- A
nos portugueses fugitivos. Almanzor, á quien más con-
venía la paz y amistad con los Portugueses, para ganar
la voluntad de Cachil Daroes, trató de casarlo con una
hija suya. Pareciéndole á D. García que de esta unión

Estorba Don García las paces entre Tidore y Ternate.

resultaría la de las fuerzas y menor obediencia al Im-
perio portugués, para estorbar estas dañosas alianzas
envió á pedir prestada al Tidore la artillería. Excusóse
aquel Rey, respondiendo que algunos días antes la ha-
bía prestado al de Bacham. Cachil Daroes, conforme
con él, vino en todos los pactos. D. García, mal con-
tento, aguardaba ocasión para deshacer aquella tela y B
vengarse. Adoleció Almanzor, y enviándole á pedir
un Médico, le envió D. García un Boticario diestro, el
cual en breve tiempo, por ignorar la medicina, ó se-

Muere el Rey Almanzor de veneno.

gún se creyó por trato de D. García dió la muerte al
enfermo. Pareció después el veneno en manifiestas se-
ñales. Ordenóse el entierro, y al mismo tiempo embar-
cado el Capitán en algunas carcoas, amaneció sobre
Tidore. Envió á pedir la artillería con Baldaya, Escri-
bano mayor de la fuerza, con amenazas de guerra: y
como los Regidores se excusasen por entonces, con
causas justas, y en particular con las exequias, cuando C

Asaltan Portugueses á Tidore.

más ocupados se hallaban en la sepultura de su Rey,
sintieron las voces del asalto de D. García. Entraron
los Portugueses en la ciudad abrasando los edificios,

Abrasan á Tidore.

robando y matando, y la alteración obligó á los Tido-
res á desamparar el cuerpo de su Rey, huyendo á las

Ocupa Don García la artillería de Tidore.

montañas. En esta ausencia ocupó D. García la arti-
llería y la trajo á Ternate. Volvieron los que habían
huido, no bien asegurados, y hallaron la ciudad arrui-
nada y fea, y casi vuelta en cenizas, aunque recobran-

Alzan los Tidores por Rey á Rajamira.

do el ánimo, alzaron por Rey á Cachil Rajamira, hijo
de Almanzor. Encomendaron su crianza á Cachil Ra- D
de, su deudo, quedando la guerra declarada contra Ter-
nate; y el nuevo Rey Tidore socorrido á tiempo de los
Castellanos recién llegados á su tierra. Habiendo vuelto
á España la nave Victoria con las cartas de los Reyes
Malucos que el Emperador recibió, quedó más persua-
dido de que el Maluco yacía en su demarcación; y en-

La nave Victoria en España.

careciéronle tanto sus riquezas, y el derecho que á ellas
tenía, que mandó juntar en la Coruña otra armada

A de cuatro naves, dos galeones y un pataje, y que la condujese el Comendador Frey García de Loaisa, Caballero Vizcaino, y por Teniente suyo Sebastián del Cano, y los Capitanes D. Rodrigo de Acuña, Diego de Vera y algunos otros. Partieron víspera de Santiago de mil quinientos veinticinco. Tomaron la Gomera: y corriendo la costa de Guinea, por falta del viento no pudieron doblar el cabo San Agustín. Por esta calma y por consejo de todos mudó la derrota por el de Buena Esperanza. Un navío portugués los guió á la Isla Mateo, inculta y espesa de altos naranjos: vie-
B ron gallinas y vestigios de jabalíes, y en troncos de árboles, esculpidas en la corteza, palabras portuguesas, indicios de sus pasajes. Alargándose el navío, pasaron el cabo de San Agustín, buscando el estrecho de Magallanes. En esta derrota padecieron tormentas y errores de navegación. Sebastián del Cano dió en seco, y al fin fué socorrido. Los galeones y el pataje llegaron á Nueva España. El General por consejo del Cano pasó la Equinoccial, con noticia de que en doce grados hallaría ciertas Islas ricas de oro y plata. Adolecieron todos, murieron el General y Sebastián Cano,
C y algunos otros. Las reliquias de esta armada, eligiendo por General á Toribio de Salazar, volvieron á ponerse debajo de la línea; mas falleció en las islas de las Velas, llamadas ahora de los Ladrones. Sucediéronle, no sin contienda, Martín Iñiguez y Fernando de Bustamante, y por concierto gobernaron alternadamente. Llegaron con esta discordia á vista de Mindanao; de allí á las Malucas, y en Cope, lugar de Moratay, tomado refresco, pasaron á Camaso, que es de Morotoja, cuyo Sangaje es vasallo del Rey de Tidore. Prosiguieron por el golfo de Camaso, donde su-
D pieron de la nave de D. Jorge de Meneses, arrojado allí por las corrientes cómo Portugueses tenían la fuerza de Ternate, y la guerra que D. García había movido á los Tidores. Iñiguez y Bustamante ofrecieron en su favor las armas de Castilla; por lo cual, como llegados en oportunidad, ganaron la gracia de todos, y se pertrecharon de lo necesario. D. García, prevenido ya contra el nuevo enemigo, juntó algunas carcoas, y aunque no pudo persuadir al Tutor Daroes que le si-

Arma el Emperador de nuevo para las Malucas, contra Portugal.

Pártese la armada.

Mueren el General y Sebastián Cano, y algunos otros de la armada.

Toribio de Salazar, General, muere.

Martín Iñiguez, Bustamente, Generales juntos.

Llega la armada á las Malucas.

D. Jorge de Meneses arruinado de la tormenta.

Ofrecen los Castellanos la ayuda contra los Portugueses de Ternate.

guiese en ellas, se opuso á los Castellanos. Precedió cierto requerimiento, en el cual los convidaba el Portugués con hospedaje y paz, como á vasallos del César, que tan grande parentesco tenía con el Rey de Portugal; y protestando que el Maluco era de su demarcación, no aprovechó esta diligencia; antes embarcado el Daroes en doce carcoas, en compañía de Manuel Falcón, le envió el protesto escrito, y no le obedeciendo, á denunciar la batalla. Recibió el Capitán Castellano en su navío al Oidor que había de protestar con grande cortesía y respeto, y respondió: que el Maluco pertenecía á la demarcación de Castilla, y por esto de parte del Emperador protestaba él á Don García, y le requería que no rompiese las paces asentadas entre sus Reyes: al fin fué forzoso llegar á las armas. Iñiguez tomó puerto en Tidore, ordenó los baluartes, fortaleció los de artillería. Siguióle el Portugués y disparando ambas se hicieron grandes estragos; pero los Ternates se retiraron con tanta desorden que se declaró la victoria por los Tidores. Con todo eso no cesaron los protestos, ni la guerra, alegando el Castellano el descubrimiento de Magallanes, y la otra parte el de Serrano y de Brito. Tomaron los Tidores y Castellanos unas carcoas de Xilolo, en que mataron un Portugués y algunos Ternates, y una champana cargada de bastimentos para Talangame.

Protestos antes de librar la batalla entre Castellanos y Portugueses, sobre cuyas eran los Malucas.

Llegan á las armas.

A

B

C

Carcoas llaman en las Filipinas á ciertos navíos de remos, rasos y descubiertos, mayores que nuestras barcas: gobiérnanse por dos timones, uno por popa y otra por proa. Los Ternates los llamaron janguas: sólo se diferencian de las carcoas, en dos medias lunas de madera doradas ó pintadas, que se levantan sobre la quilla en popa y proa; bogan en cada una hasta cien hombres, al son de tamboril y de campana; llevan veinte soldados y seis arcabuceros; los demás se ocupan en los tiros de cuatro ó cinco versos de bronce; remeros y soldados se arman de campilanes y paveses y de gran número de calabais y sagús, que son ciertas varas de cañas tostadas, las cuales tiran sin barloar, como los moros sus dardos. El modo de pelear es ponerse á tiro de verso, y en disparando huir con ligereza de entrambas partes hasta volver á cargar otra vez, y

Qué género de navíos son las carcoas.

Carcoas y janguas difieren poco.

Calabais y sagús son varas de cañas tostadas.

D

A con la misma vuelven al puesto; ponen tres hombres para cada verso: el uno lo apunta, el otro lo ceba, el tercero le pega el fuego; esto pasa en los acometimientos entre isleños: porque contra nuestros soldados, nuestro mismo ejemplo ha mejorado su milicia; bien que siempre en sus carcoas van expuestos á que nuestra artillería los mate, porque no se cubren con pavesadas: lo mismo en las champanas, embarcación poco diferente.

Modo de pelear de los Malucos de aquel tiempo.

Champana, navío poco diferente de carcoa.

Con esta victoria se animaron los Tidores, y con la ayuda de los Castellanos se armaron, y dando sobre B Gaca, lugar del Ternate lo robaron y abrasaron: aunque volviendo á su tierra encontraron con Martín Correa, y barloando las carcoas, pelearon, quedando la victoria neutral. Al tiempo que más ardían estas guerras, llegó de los Papúas D. Jorge de Meneses á Ternate, á quien luégo cedió el cargo D. García, aunque duraban con incendios y muertes de ambas partes, y se esperaban mayores, en llegando los socorros de Malaca para los Portugueses y para los Castellanos de España. El nuevo Capitán mayor y Martín Iñiguez vinieron á pláticas, y con grande cortesía y deseo de paz asenta-
C ron treguas, aunque no duraron mucho.

Llega D. Jorge de Meneses á Ternate.

Las batallas que entre las naciones Castellana y Portuguesa, desde Xilolo y otras islas vecinas, hubo sobre la posesión del Maluco, fueron muchas y por diversos caudillos, tuvieron el asiento que á su tiempo veremos. Por esto, y porque están escritas largamente, quedarán suspendidas, por volver á los sucesos de estos Reyes, que en estos principios conviene declarar con distinción, desde que reconocieron la Corona de España, para que se entiendan las causas por qué se perdieron.

D Quedó el Rey de Tidore menos favorecido de Castilla que hasta entonces, y así hubo de pedir paz, imponiéndose algunos tributos en las cosechas de los clavos de su renta; prometió también que jamás admitiría socorros de Castilla y algunas otras condiciones, con las cuales cesaron por algún tiempo las guerras.

El Rey de Ternate, Cachil Boleise, como habemos visto, dejó tres hijos legítimos, Cachil Cayano, Cachil

La sucesión del Rey Boleise.

Dayalo y Cachil Tabarija: el mayor no pasaba de seis A
años. Quedaron otros siete bastardos, de los cuales era
el mayor Cachil Daroes, Gobernador del reino, junta-
mente con la Reina. Cuando en el año mil quinientos
veintiuno edificó Brito la fortaleza para mayor seguri-
dad de la obediencia, aunque procuró darle otra causa,
Sentimiento de la Reina, porque Brito recoge la Familia Real en el fuerte.
recogió al Rey niño en ella y á la Reina su madre. La
cual, sintiendo esta violencia generosamente, como
quien no podía sufrir que se le opusiesen al curso del
gobierno, que en compañía de su alnado ejercitaba,
quejóse, amenazó, como Reina, como madre. Todas
las comodidades para la crianza de los niños le sobra- B
ban; pero como venía la injuria disimulada entre los
regalos, ni la familia, ni las amas, ni persuasiones ma-
yores le pudieron moderar el enojo. Los naturales no-
taron la diferencia del dominio Portugués, y como des-
de que edificaron aquel fuerte usaban de insufrible se-
veridad, comenzaron á entibiarse en el amor y luégo
en el respeto: y más cuando vieron que el sucesor de
Brito continuaba la opresión de los Reyes. El mozo se
crió en el fuerte hasta edad suficiente para entregarle su
Muere el Rey Bayano.
Reino: y siendo ya de 18 años, falleció en pocos días,
con la ordinaria sospecha de veneno; pero afirmaban C
que le fué dado por mandamiento secreto de Cachil
Daroes. Oh efectos de la dulzura del reinar!

Sucede á Bayano en el Reino su hermano Cachil Dayalo, á quien don Jorge recoge luego al fuerte.
Muerto Sultán Bayano, procuróse que luégo el pueblo
jurase á Cachil Dayalo; pero también D. Jorge tuvo mo-
do para recogerle en la fortaleza, requiriéndole la madre
que se lo restituyese, temiendo justamente su muerte
con el ejemplo del mayor. Condescendió D. Jorge, no
tanto movido por sus lágrimas, como por obligar á Ca-
chil Daroes, de cuyo gobierno estaba satisfecho, y era el
que había aconsejado, y terciado en aquella crianza de
los Príncipes. Sucedió tras esto un accidente que apartó D
Daroes se recela de Don Jorge, y tûrbase el gobierno.
aquellas dos voluntades; porque Daroes concibió celos
del trato del Capitán mayor, viéndole favorecer exce-
sivamente á Cachil Bayaco, hombre principal, cuya
amistad era sospechosa, y recelaba, con razón, que el
Capitán vendría á apreciar á Bayaco más que al Daroes.
Este no vano temor creció en su pecho hasta que se con-
Trata Daroes de matar á Don Jorge.
virtió en odio y trató de dar la muerta á D. Jorge. No
pudo ser el trato tan oculto, que se le escondiese; y para

A desvanecerlo, recogióse á la fortaleza. Luégo Daroes, soberbio con el aplauso del Reino, envió á requerir al Capitán que le entregase al Vayaco, para examinar judicialmente algunas quejas que contra él tenía, y era su juez como Gobernador, y obligado á hacer justicia. D. Jorge deseó salvar á Cachil Vayaco, y para esto juntó al Alcaide mayor y á otros Capitanes; unos le aconsejaban que le debía entregar, otros que moderar con buenos modos el enojo de Daroes; pero el Vayaco, que le aborrecía tanto, que sintiera cualquier género de muerte menos que venir á sus manos, desde
B un aposento del fuerte en que estaba encerrado, porque la consulta se trató sin recato, entendió que su causa se ponía en duda: esto le bastó para deliberar lo que había de hacer, y asomándose á una ventana muy alta se arrojó por ella tan furiosamente que llegó al suelo hecho pedazos. Sintió D. Jorge el suceso, y juzgóse obligado á la venganza, á la cual dió principio el haber hallado muerta una puerca, que, ó por enojar á D. Jorge, ó por ser Mahometanos los vecinos, la mataron paciendo ella, ó andando por los patios de la fortaleza; causa ridícula, mas para aquella gente de gran impor-
C tancia. Hízose averiguación del matador, y hallóse que tenía culpa, ó quiso D. Jorge que la tuviese, Cachil Vaidua, pariente cercano de Cachil Daroes, muy docto y celoso de la ley de Mahoma, Caciz y Sacerdote en ella, y de grande autoridad en el Reino. Fué preso por D. Jorge y traido á la fortaleza, pospuesta la consideración del sosiego universal. El Daroes turbado, en compañía de los Magnates del Reino, acudió á rogarle que diese libertad á aquel varón sagrado. Entre tanto que esto se negociaba, en presencia de todos, habiendo primero venido al mismo Vaidua, Pedro Fernández,
D hombre bajo, criado del Capitán mayor, por mandamiento de su amo, ó de su motivo, arremetió á Cachil, y con un torrezno de la misma puerca le untó la boca y la cara, sin que le valiese la resistencia, llantos y quejas á Dios y al Capitán; antes sonaron altas risadas de los Portugueses, aprobando aquel acto con aplauso. Daroes le acompañó en ellos, echóse en el suelo, y llorando alcanzó que le restituyesen al Vayaco, al cual D. Jorge contentándose ó aplacándose, recibien-

Cachil Vayaco se arroja por una ventana de la fortaleza y murió por no venir á manos de Cachil Daroes.

Búrlanse en presencia de Don Jorge de Cachil Vaidua. Tómanlo por agravio los Ternates Vaidua.

do fiadores, le remitió á su casa; acompañóle Daroes A
con todos los demás principales. Vaidua, por ser entre ellos abominable el contacto del puerco, hizo luégo sus purificaciones; y por dar mayores muestras de sentimiento se salió por algunos años voluntariamente de la Isla, y en las vecinas discurrió, predicando y ponderando la injuria de un Sacerdote de Mahoma, conjurando los ciudadanos, y persuadiéndoles que se ajuntasen para volver por su honra.

Motin de los soldados Portugueses, que hizo notable daño á su imperio.

A este caso, que como adversidad de su religión alteró los ánimos, sobrevino otro peor que acabó de hacer aborrecibles los Portugueses. Tardaba, por los tem- B
porales, el galeón del viaje, que suele traer la paga de los soldados, y creciendo la necesidad, comenzaron á buscar el remedio de ella y á entrar por violencia en las tiendas y repuestos de los naturales, y á tomar sus provisiones sin pagarlas. Daroes indignado, mandó con pregones que no admitiesen en la ciudad ningún bastimento para vender, y que se cerrasen las tiendas de ellos. Obedecióse esta ley, la cual redujo los de la fortaleza á tanta necesidad, que amotinados los soldados, á voces abominaban de su Capitán y del Gobernador de la India; requiriendo armados en los umbrales que los C
socorriesen. D. Jorge apremiado, dando la culpa á la avaricia de los suyos, envió algunas carcoas con soldados, y por su caudillo á Gómez Arias, á rescatar en las Islas vecinas mantenimientos por ropa. No lejos des-

Saquean Portugueses en otra Isla el lugar Tobana, donde los tratan mal.

embarcaron en una Isla, donde por la hambre insolentes, saquearon el lugar de Tobana, cuyos vecinos, no pudiendo ya sufrir tales robos y afrentas, tomando las armas dieron sobre ellos y mataron la mayor parte, y mal heridos casi todos, los despojaron de las armas. Embarcáronse para Ternate, y con sus heridas y destrozo dieron cuenta del caso, tanto como de palabra. D
D. Jorge, que sobre la ira natural estaba rendido á la pasión, amenazó al Daroes, que si no le entregaba los autores de aquel daño, tomaría por otros medios la venganza. Fué obedecido, y con saber Cachil Daroes que toda la culpa era de los Portugueses, entregó en poder de D. Jorge al Gobernador de Tobana, y á otros dos hombres principales de ella, creyendo que con tenerlos algunos días presos se aplacaría. En viéndolos

A en su presencia mandó cortar las manos á los dos y librarlos. El suplicio del Gobernador igualó con la ira del juez: atáronle los brazos por las espaldas, y destituido en la ribera, animando los ministros dos lebreles carniceros, los echaron al maniatado; el cual, no pudiendo contra el ímpetu con que arremetieron para él, declinó el cuerpo como pudo con diversos vanos esfuerzos, é intentó defenderse con aquella débil libertad que dejaron en los miembros sueltos: miraba el espectáculo, con horror, la multitud del pueblo, admirado y lastimado de la ferocidad inhumana del castigo.
B Probó el miserable á huir, pero viendo que los soldados armados cercaban y ocupaban todos los pasos por la parte de la tierra, se arrojó en la mar (sólo aquel difugio le dejaron acaso) para buscar en él alguna incierta esperanza de salud. No por esto los canes, cebados ya en sangre humana, y teñidos en ella, se apartaron; antes con horribles altos ladridos le mordían y tiraban de él, aunque nadaba con los pies todavía. Acosado al fin, y entregado á las agonías postreras, se convirtió contra aquellas feroces bestias (horrenda determinación) también con los dientes: tanto pudo el dolor y la de-
C sesperación. En esta lucha mordió el cuitado á uno de los lebreles de la oreja, y teniéndole reciamente asido se zambulló con él en lo profundo. No se había visto hasta entonces en aquellas provincias del gobierno de Portugueses igual inhumanidad, y así con ella perdieron la opinión que tanta alabanza les había ganado, de que ejercitaban los castigos, como forzados y á pura obligación, con modos piadosos y mansos, en argumento de la grandeza de sus ánimos. De este hecho incurrieron en odio general, y solicitados todos los Malucos por Cachil Daroes, trataron de matar á D. Jorge
D y á los Portugueses y Castellanos, y eximirse del yugo de España. Tomó á su cargo Daroes el convocar todos los Reyes de aquellas islas en liga universal, contra Cristianos: despachó familiares y confidentes para incitar á los coligados, y en particular á Cachil Catabruno, Gobernador de Xilolo, en la menor edad del Rey, pidiéndole, que á cierto tiempo tomase las armas contra los Castellanos que habitaban en su Reino, y al mismo, matase también al Rey niño, y se alzase

Trata Daroes de matar á Don Jorge de Meneses, y de coligar á los Reyes Malucos contra Portugueses y Castellanos.

Pide Daroes á Catabruno, curador del Rey niño de Xilolo, que le mate, y tiranice su Reino.

con su estado: para lo cual le prometía sus armas y favor, y que había de ser para entrambos aquella causa común, porque también él trazaba el mismo estrago á todos los Portugueses y á Sultán Dayalo, Rey también niño, y sucederle en el Reino, y no consentir jamás tiranías españolas. En este tiempo sonaba ya la voz del Evangelio en los oidos bárbaros de las gentes del Archipiélago, por la predicación de los religiosos Agustinos, Dominicos y Franciscos, y por la del Padre Francisco Javier, Jesuita, y de sus compañeros; edificábanse Iglesias, y así á honor del que se predicaba no permitió que se extirpasen los ministros de la verdad. Supo D. Jorge la conjuración y el aparato de todos para la ejecución de ella, y detúvola en su pecho con alto silencio. Daroes para disimular nunca se ausentó, antes frecuentaba la fortaleza, y visitaba al Capellán: unas veces llamado por él, otras de su voluntad. Un día le envió á pedir que llegase á hablarle, y que trajese consigo á Cachil Tamarano, Capitán mayor de la mar, y á Cachil Boío, Justicia mayor del Reino, para tratar algunos negocios. Cachil Daroes, no entendiendo el intento de D. Jorge, juntó aquellos dos Cachiles, y fuese para la fortaleza con ellos. Recogiólos D. Jorge con alegría y benignidad; y entrando todos en un aposento, donde estaba apercibido lo que para la obra convenía, los arrebataron y les dieron trato, con que descubrieron la conjuración; luégo los sentenció judicialmente, y al mismo tiempo mandó edificar un cadalso arrimado á la fortaleza por la parte de afuera, adonde se había ya amontonado la gente, y sacando á Cachil Daroes, y puesto sobre el tablado en lugar eminente, publicó un pregonero sus culpas y la pena de ellas, y le cortó la cabeza, y después murieron sus compañeros de menos honrosas muertes, que ninguna historia ni relación dice cuáles fueron. La Reina y todos los naturales quedaron tan atemorizados de este acto, que huyeron de la ciudad, hasta una sierra áspera y fuerte del lugar de Toruto; desde allí envió la Reina á pedir su hijo, que le tenía el Capitán como preso; mas no respondiendo á su carta, injuriada la Reina y sospechosa de este silencio, mandó pregonar, que so pena de muerte ninguno de la Isla vendiese á Portugueses mantenimiento ni cosa alguna

Predicaban el Evangelio en las Malucas.

Descubre Don Jorge la conjuración por el tormento que hizo dar á ciertos Cachiles.

Don Jorge corta la cabeza á Cachil Daroes.

Manda la Reina que nadie venda á Portugueses mantenimiento.

A de comodidad. Obedecióse de buena gana el mandamiento, y los Portugueses oprimidos de la hambre juzgaban por más flaco enemigo al injuriado que á ella: arrugábanseles las manos y las frentes, y andaban macilentos y flacos, y murieran si en aquel conflicto no llegara Gonzalo Pereira en el galeón del viaje. Salió de Malaca Gonzalo Pereira para suceder á D. Jorge de Meneses en el cargo de Ternate, y valiéndose del tiempo, quiso llegar á Borneo, donde visitó al Rey, con quien, sin que lo estorbasen los Castellanos, asentó paz y hospedaje para siempre; luégo se partió para Ter-
B nate, á donde arribó con bonanza: en llegando tomó posesión de la fortaleza, pagó los soldados debilitados. La Reina le envió á visitar y á quejarse de D. Jorge, y á pedir su hijo Cachil Dayalo, que era lo que más la apremiaba. Gonzalo Pereira, respondiéndole generosamente, le prometió que le haría justicia, y comenzándola prendió á D. Jorge y púsole en la torre del homenaje para apaciguar á la Reina, á la cual dió su palabra que le restituiría su hijo en poniendo la fortaleza en perfección. Envióle á suplicar que volviese á la ciudad y á la amistad antigua, para que con sosie-
C go se administrase la justicia. Ella viendo ya principios de esta promesa en la prisión de su enemigo, y libertad del Rey su hijo, convirtiendo en alegría las memorias pasadas, volvió á la Corte, y Gonzalo Pereira reformó los abusos, reparó la fortaleza, edificóle baluartes de piedra labrada, que entonces eran de toscas, para lo cual ayudó la Reina con artífices y con materiales; pero todavía Cachil Dayalo estaba detenido en la fortaleza, no acabando de ser libre, y la Reina y los Ternates ayudaban al edificio del fuerte, como al medio seguro de la libertad de su Rey. Gonzalo Pe-
D reira, cuando le pareció sazón acomodada, acordó de ejecutar algunas órdenes que traía de Goa, que fueron las que otra vez pusieron á peligro de revolver aquellos Reinos. Algunos Gobernadores, dice el Cronista Couto, Portugués, atienden á su riqueza privada, empobreciendo las Provincias y á su Rey, porque ningún Príncipe es rico si estriba su grandeza en vasallos pobres. Viéndose, pues, el Capitán mayor quieto y sin necesidad, ó con menos, de aquellos hombres,

Gonzalo Pereira llega á Borney, y después á Ternate.

Prende Pereira á Don Jorge de Meneses. Vuelve la Reina de Ternate á la Corte.

Pereira reforma los abusos y el gobierno.

Ejecuta Pereira los poderes y órdenes que trae.

Pregón con que Pereira alborotó los ánimos de los Portugueses y Ternates.

Aspera ejecución del Pereira.

mandó pregonar que nadie comprase clavo en todas las islas, sino los Factores del Rey su señor. Con esto ordenó que sus oficiales entrasen por las casas de los casados, que son las más caudalosas, y les arrebatasen todo el clavo, no solamente de los Ternates, sino en las poblaciones y colonias de Portugueses, pagándolo al precio de la tierra; que les quebrasen todos los pesos, balanzas y medidas, y los instrumentos de esta calidad, todos los cuales mandó quemar públicamente. Alteróse de nuevo Ternate; quisiéronla desamparar, porque quitándoles aquel trato, para qué habían de vivir en la tierra? Acudieron á casa de Fernan López, Sacerdote, que por el Obispo era Vicario en la fortaleza, la mayor parte de los Portugueses, á quien debiera dar ejemplo de modestia: donde haciéndose cabeza de la conjuración un Vicente de Fonseca, sedicioso, determinaron de requerir al Capitán, que les permitiese vivir en la primera libertad, y que no viniendo en ello, saliesen de la fortaleza y de la tierra y se pasasen á los Castellanos ó á la población de los Moros é idólatras. Algunos hubo que repararon en el delito de desamparar con la fortaleza el servicio de su Rey, y votaron que sería menos malo solicitar la muerte del Capitán por medio de los naturales. En esta indeterminación envió el Capitán mayor á prender á Vicente de Fonseca por ciertas palabras descompuestas que sobre este caso dijo á otro soldado que visitaba las guardas. El pueblo, que ya se había entregado al Consejo del Fonseca, sintió su prisión como si á cada uno de ellos le cargaran los mismos grillos y cadenas, y como en tales motines nunca falta, aunque sea fingida, alguna causa justa, confiados y rabiosos muchos de los amotinados acudieron al palacio de la Reina, donde fueron introducidos fácilmente, y algunos á mayor secreto, con ciertos Consejeros suyos. Allí discurrieron del rigor con que se les quitaba el trato sin deméritos; mas quítennos, decían, este aire común y esta luz, el respirar y el uso de los sentidos: no lo mandan esto nuestros Reyes, sino el interés de los Gobernadores y Capitanes, que son tiranos, y éste más que sus predecesores, que vino á destruir lo que mandan conservar; no piensa restituir á vuestra Alteza su hijo, antes sabemos que traza

Los Portugueses se amotínan en casa del Vicario Fernando López, y elígen por su cabeza á Vicente de Fonseca.

Acuden á Palacio los Portugueses sediciosos, y pónense de parte de la Reina con quejas vehementes.

A B C D

A la muerte del hijo y de la madre; á la cual prenderá
en habiendo puesto el edificio en defensa más segura,
para que no le podais otra vez privar de mantenimien-
tos. Si quereis volver por vuestro estado y matar al
Capitán, no lo impediremos nosotros, antes con el mis-
mo fervor que lo prometemos, nos hallaremos en su
ofensa. La Reina y los Regidores quedaron contentos,
esperando por aquel camino librarse, como decían, de
tiranos. No quisieron perder tan proporcionada ocasión
para su intento. Juntó la Reina los principales de su
Isla; propúsoles el estado de ella; trájoles á la memo-
B ria cómo el Rey Boleise, su marido, amparó los Portu-
gueses que llegaron á ella perdidos; la amistad jurada,
y las diestras recíprocamente dadas con solemnidad, las
honras y comodidades que de él recibieron, y cómo
por amor de ellos perdió las amistades de los Príncipes
vecinos; cómo después de recogidos, por defenderlos
sustentó diversas guerras, pérdidas y daños, aventu-
rando la vida, y que los trató con más amor que á sus
hijos; y cómo ellos en recompensa del hospedaje y be-
neficios, cerrando al Rey su marido los ojos, se atre-
vieron, decía, á echar mano de mí: de cuya tiranía y
C fuerza me libré huyendo mucho tiempo entre peñascos
y breñas. Mis hijos, niños, de la leche y de los pechos
de sus amas los arrebataron á las prisiones, en su Rei-
no, entre sus súbditos. Cuando Cachil Bayano entraba
en edad de reinar, le dieron veneno. Tratan de dar el
mismo fin á su hermano, Rey legítimo, como si fuera
siervo fugitivo. Mirad cómo respetan vuestras hacien-
das y casas, vuestras hijas, vuestras mujeres, en vues-
tra patria, en mi presencia, unos extraños advenedizos.
Cualquiera de estas cosas bastara para librar las cervi-
ces del peso que por nuestra credulidad nos cargamos;
D todas juntas, á qué nos obligan? Sobre todo esto, á
qué nos llama la afrenta de nuestra Religión, el des-
precio de nuestros templos, nuestros Sacerdotes arras-
trados, el vituperio general? Quereis más aprobación
de la causa que ver de nuestra parte á los mismos Por-
tugueses? No huya, amigos, la ocasión, ayudadles al
socorro que nos prometen: libertad por sus manos á
vuestro Rey, á vuestra Patria y á vuestra Religión,
para que todas estas cosas se libren después de ellos, y

La Reina y Regidores, usando de la ocasión, animan los Portugueses alborotados contra su Capitán.

Plática de la Reina para mover al pueblo á venganza.

cerremos la puerta á huéspedes tan ingratos. Todas estas exhortaciones de la Reina y otras que escribe Mafeo en su historia latina, fueron oidas con lágrimas, y con ellas se le ofrecieron para dar ejecución al concierto, y quedó asentado el día y la hora. Estatuyóse la disimulación, y la Reina daba prisa á la obra de la fortaleza sin perdonar gasto, diciendo, para que el Capitán mayor lo entendiese, que en la perfección del edificio consistía la libertad del Rey su hijo. Quién negara esto al afecto materno? Llegado el día del plazo, en la fuerza del calor del mediodía acudieron los Ternates armados: una parte de ellos se escondió en cierta mezquita, detrás de la fortaleza; otros en un bosque no lejos, y todos con orden de arremeter á ella en dándoles la seña, y que la entrasen por un portillo que aun estaba quebrado. Algunos Ternates armados se metieron disimuladamente entre los albañiles y peones, y entre los criados del Rey que iban y venían con recados y ternuras de madre é hijo, entre los cuales con sutil recato le llevaron sus armas; y como le hablaban otras veces, le pudieron entonces advertir del trato, y que estuviese apercibido para osar y acometer á su tiempo. De allí fueron á los aposentos del Capitán mayor, donde dormía la siesta seguro y descuidado, por estar todos los suyos recogidos. Los Ternates, impeliendo las puertas con los hombros, las derribaron y arremetieron al Capitán, á quien ya el estruendo había recordado: defendióse con su espada y rodela buen rato, pero como los enemigos eran muchos, cargando sobre él todos le hicieron pedazos Una esclava suya que oyó el alboroto, dió gritos; á los cuales y al ruido salieron los Ternates de la mezquita, sin aguardar la seña, y asieron de un Portugués que se les ofreció; el cual, huyendo, se libró de su furor. Perseveró la esclava dando voces: Moros! Moros! Con esto acudieron los criados del Capitán mayor, con sus armas; y subiendo á la torre del homenaje, donde su señor solía entretenerse, hallaron dentro á los matadores y abrazándose con ellos los despeñaron, y cerraron las puertas de la fortaleza. Tañeron luégo la campana, cuyo sonido y el no haber dado la seña, desanimó á los Ternates emboscados: y así á la deshilada se vol-

Conjuran los sediciosos Ternates, y la Reina contra el Capitán con disimulación.

Escóndense los conjurados para asaltar la fortaleza.

Embisten los Ternates al Capitán mayor en sus aposentos, estando él durmiendo.

Matan á Gonzalo Pereira, Capitán mayor.

Los criados del Capitán despeñan á los matadores.

A B C D

A vieron á la ciudad. Los Portugueses conjurados entra-
ron disimulados en el fuerte, y hallando muerto al Ca-
pitán requirieron á los demás que reconociesen todos
en su lugar al Alcalde mayor, porque así estaba dis-
puesto por el Rey de Portugal. No le admitieron y

El Vicario hace elegir por caudillo á Vicente de Fonseca, en lugar del Capitán muerto.

mucho menos el Vicario. Hízose caudillo de todos,
y pudo tanto que eligieron Capitán á Vicente de Fon-
seca, el cual tomó luégo posesión de la fuerza, y co-
menzando á proseguir en la tiranía el intento de Gon-
zalo Pereira, alargó el trato del clavo en la forma que
antes. Echó también mano al Rey Dayalo. De la muer-

Prende Vicente de Fonseca al Rey Cachil Dayalo.

B te del Capitán no se hizo caso, como ejecutada por
consentimiento de todos. La Reina insistió en pedir
su hijo, pues había dado todo lo necesario para aque-
lla obra. Vicente de Fonseca remitió la respuesta á los
casados. Presumen todas aquellas Repúblicas, que los
más prudentes de ellas son los hombres casados, por
su edad y por ser más fieles consejeros, como más in-
teresados en el bien común: y así las deliberaciones y
respuestas en negocios árduos se suelen remitir á ellos.
Todos votaron que no se le diese á la Reina su hijo,

Niegan á la Reina la libertad de su hijo, y no á los demás.

porque convenía detenerle en rehenes, recelándose de
C la segunda parte del trato, y que solamente hasta lo
hecho había de durar la unión de las voluntades: y
para disimular la verdadera causa de su retención le
respondieron, que primero habían de dar cuenta al
Gobernador de la India: entre tanto no dejaba la madre
de llorar y rogar. Con estas esperanzas pasaba, fun-
dándolas en el odio, que en los Portugueses estaba vi-
vo, contra el Pereira, y en la liberalidad que con ellos
había usado en la restitución del trato y comercio del
clavo y en otros medios. El más eficaz pareció granjear
á los Portugueses casados, á quien estaba remitido el
D negocio, y en secreto al mismo Vicente de Fonseca,
con preciosos presentes y dones extraordinarios: pero
luégo tuvo desengaño, porque el Fonseca le mostró con
razones, mas antes con excusas en que se manifestaba
su violencia, que habiendo ya consultado la libertad
del Rey con el Gobernador de la India, no estaba el
negocio entero, ni la disposición de él en su voluntad,
hasta que viniese la resolución de Goa, y que le corta-
rían la cabeza si ejecutase ó intentase alguna otra orden.

Ni por dádivas, ni por ruegos otorga Fonseca su hijo á la Reina.

Viendo la Reina que sus dádivas y ruegos eran inútiles para alcanzar á su hijo, determinó de valerse por la fuerza. Conmovió todos los Reyes vecinos contra los Portugueses: mandó retirar los mantenimientos, para que ninguno llegase á la fortaleza por mar ni por tierra. Comenzaron los que estaban en ella á sentir la falta de todo lo necesario en tanto extremo, que se asentó la paz y la pidieron á la Reina, y le concedieron su hijo, que era lo que sólo pretendía, sin juzgar por inconveniente que se perdiese la fortaleza. Con la libertad del Rey otorgó la Reina todas las condiciones que Portugueses le pidieron, y quedó tan apaciguada, que continuaron las poblaciones y colonias de los Cristianos, y á correr los mantenimientos y comercios. A B

Usando la Reina de rigor, le entregan el hijo, y se alcanza paz y abundancia en los comercios.

Comienza á gobernar el Rey Cachil Dayalo.

Entregó la Reina el gobierno á su hijo, el cual mostró al principio severidad y aspereza con los principales, y á descubrir liviandades, que hasta entonces había la prisión encubierto ó suspendido: hízose con ellas tan aborrecible, que trocaran los tiempos y holgaran de verle preso. No pudo la madre templar su inclinación, porque no lo sufría la naturaleza del mozo, entregado á desórdenes. En este tiempo tres hombres de baja suerte de la colonia portuguesa pasaron á las de los naturales á robar; á vueltas de esto forzaron algunas mujeres. No sufrieron los Ternates el atrevimiento, y acudiendo los ofendidos á la venganza mataron á los insolentes. Vicente de Fonseca cuando lo supo encareció el hecho, sin afear la culpa, y mandó hacer diligente pesquisa de los matadores. Oh cuánto deben procurar los Príncipes asegurarse en el amor de los súbditos! Era el Rey tan aborrecido que llegaron ciertos Ternates al Capitán mayor, y en lo secreto de la fortaleza introducidos, por ser personas principales, le aseguraron que el Rey había sido autor de las muertes de aquellos Portugueses, fundando la acusación en sus sospechas y agravando el caso con otras culpas, de manera que aunque Fonseca amara al Rey, las creyera todas. Trató luégo de haberlo á las manos. El Capitán impaciente, y desconfiado de poderse vengar por maña, acudió á la fuerza; lo mismo intentó el Rey, aunque sabía el poco favor que hallaría en los suyos, con todo eso C D

Tres Portugueses atrevidos muertos á manos de los Ternates.

Trata Fonseca de prender al Rey Dayalo.

El Rey Dayalo asalta las colonias de Cristianos.

Hace lo mismo Fonseca en las de los Ternates.

Dayalo se pasa á Tidore.

Envia Fonseca por Cachil Tabarija para que reine.

A armó algunas embarcaciones y asaltó ciertos lugares de Cristianos, cautivó muchos. El Capitán, por otra parte, sin perdonar á Ternate, dió en las villas que pudo, y la cruedad y la rapiña se volvieron á ejercitar, hasta asaltarle las ciudades, no sin aprobación de los mismos ofendidos, que holgaban de sus daños por vengarse del Rey; el cual, recelando que del odio que le mostraban podía resultar el prenderle y entregarle á Vicente Fonseca, se pasó á Tidore, donde aquel Rey le hospedó y ayudó, por entonces, como deudo y amigo. El Capitán mayor, con diligencia, envió á llamar al hermano me-
B nor del Rey, llamado Cachil Tabarija, que andaba huido con algunos mal satisfechos, y por voluntad de todos los demás que ya lo estaban, le alzó por Rey del Maluco, haciendo para este acto las ceremonias y ritos que acostumbran. Aprobáronlo muchos; escandalizáronse algunos: esta misma división había entre los Portugueses, acordándose de la injusta elección de Vicente de Fonseca, y de que era el primero y mayor inducidor de la muerte de Gonzalo Pereira: y el mismo Fonseca andaba mal compuesto con su conciencia, y tan peligroso y poco seguro, que nunca desamparaba las
C armas, triste, melancólico, y con todos los accidentes que cría en lo interior la memoria del delito, y deseara verse descargado de la obligación en que se puso. El nuevo Rey Tabarija comenzó á gobernar con suavidad con todos, y acariciar á los Portugueses, cosa de que se ofendió el hermano ausente, y de donde sacó ocasión para indignar al Rey de Tidore contra él y contra Ternate tan apriesa, que luégo quebrantó la paz y se declaró enemigo.

Buenos principios del gobierno de Sultán Tabarija.

Tristán de Ataide, Capitán mayor, llega á Ternate.

Fonseca preso, pero no castigado.

En esta sazón llegó á Ternate Tristán de Ataide, con cuya presencia tomaron las cosas mejor forma; aplacó
D á la Reina, y alabando el gobierno del Rey Tabarija le ganó la voluntad: ejercitábase el comercio con entera licencia. Vicente de Fonseca se embarcó para la India, y llegado á Goa fué preso por el Gobernador, y por las graves culpas y delitos que cometió en el Maluco, donde se recibió larga información de ellos; pero no lo castigó, antes vivió después con descanso. Con la blandura de este gobierno florecía Ternate, unidos el Rey, los suyos y el Magistrado Portugués; pero como todos

aquellos presidios, tan distantes del superior, son acogi- A
da de sediciosos, y solicitan novedades para revolver el
sosiego y medrar en la inquietud, no faltaron ministros
para tales mudanzas, y pervirtieron á Tristán de Ataide
y le desnudaron de la primera suavidad. En los princi-
pios, pues, de su gobierno en la Isla Moro, dos carcoas
de bárbaros saquearon la ciudad Momoya, cuyos na-
turales eran idólatras, destruyéndola casi toda. Esca-
póse el Señor de ella, Sangaje poderoso, gentil, pero
moralmente virtuoso. No lejos de su ciudad se hallaba
Gonzalo Velloso, Portugués, empleando sus mercan-
cías, y llegando á ella, visitando al Sangaje, le contó el B
estrago y se quejó de la vecindad dañosa de los otros
isleños, y pidióle consejo para vengarse y asegurarse
en lo venidero. Velloso entonces, moviéndole Dios la
lengua, le dijo que el verdadero remedio para todo era
pedir paces al Capitán mayor de Maluco, y concurrir
en amistad con Portugueses, porque si le veían sus ene-
migos, amparado con aquellas fuerzas, ningún Rey
ni Sangaje se atrevería. Aseguróle que para este fin
los envía el Rey de Porfugal, á quien tocaba el des-
hacer tiranías y fuerzas; mas que para conseguir ente-
ramente aquel provecho, era necesario hacerse cristia- C
no, y que con ésto aseguraría su alma y su estado, que
era lo que menos importaba. Alargóse Velloso tanto
en esta materia, y el espíritu que se la comunicaba le
descubrió tan altas verdades, que el Sangaje, primero
admirado de oirlas, quedó aficionado y rendido á ellas,
y con ansias fervorosas de recibir bautismo rogó á Gon-
zalo Velloso que para esto le acompañase, y juntando
algunos de su familia y ciertos amigos, partieron para
Ternate, quedando el Sangaje esperando la respuesta.
Llegaron los Gentiles con Velloso á Ternate, donde fue-
ron de Tristán de Ataide recibidos y acariciados genero- D
samente: oida su embajada, los vistió á todos del traje
cristiano, y para su instrucción los entregó á ministros
eclesiásticos que los catequizaron: hecha esta preven-
ción recibieron el bautismo con extraordinario regocijo,
siendo padrino el mismo Capitán mayor; después alabó
la resolución del Sangaje, y dijo lo mucho que había de
ganar en hacerse hijo de la Iglesia, y desechar las cere-
monias abominables y feas de la idolatría en que ha-

Saquean ciertos isleños bárbaros á Momoya en la Isla Moro.

Gonzalo Velloso persuade á un Sangaje que se bautice.

Llega Velloso á Ternate con los Gentiles que recibieron bautismo.

A bía vivido; envióle á decir que eligiese el día y la orden para bautizarse, que á todo acudiría como él lo ordenase, y así lo remitía á su elección. Vueltos á Momoya los Embajadores, no sólo se mostraron ufanos de haber profesado nuestra Fe, sino también del buen trato del Capitán y de los Cristianos, refiriendo al Sangaje lo que había pasado y la respuesta que le traían. Movido ya de su espíritu, y alentado por la relación, se embarcó el Sangaje en algunas carcoas con las mayores demostraciones de música y de galas que pudo. Llegado á la vista de Ternate, le salió á recibir Tris-

Embárcase el Sangaje para ir á recibir el bautismo en Ternate.

B tán de Ataide con igual solemnidad; hospedóle con la misma, y luégo ordenó que un Padre docto y religioso lo catequizase é instruyese. Pasados algunos días, que fueron necesarios para esta obra, cuando los catecúmenos estuvieron dispuestos recibieron el bautismo con alegrías públicas y las mayores que jamás hizo Ternate. No quedó cristiano que no viniese levantando palmas y flores de aquel natural jardín de la Isla; músicas y danzas, estruendo de artillería, y hasta los mismos bárbaros se regocijaron. Llamóse el Sangaje en el bautismo D. Juan; detúvose algunos días en fies-

Bautízanse los Gentiles.

Llámase el Sangaje en el bautismo Don Juan.

C tas y convites con los Portugueses, y luégo se partió para su estado, llevando consigo para proseguir su instrucción en la Fe al Sacerdote que se la enseñó, llamado Simón Vaz, el cual vivió algunos años con él en la ciudad ejemplarmente, ejercitando la caridad oficiosa y pura, por cuyo medio convirtió infinitos Gentiles, particularmente los moradores de Momoya; y porque se hallaba solo, y era grande y frecuente el número de los que Dios le ponía en las manos para su gloria, envió á pedir á Tristán de Ataide otro Sacerdote que le ayudase en aquel ministerio, y él le envió al Padre

El Sacerdote Simón Vaz convierte mucha gente á nuestra Fe en Momoya; y después el Padre Francisco Alvarez.

D Francisco Alvarez: ambos hicieron en breve tiempo cristianos los gentiles de aquella parte, derribando en ella, y en los lugares todos, los pagodes (así llamaban á sus ídolos); purificando el sitio con expiaciones sagradas y convirtiendo en templos las casas, antes de abominación y ceguedad. Favoreció tanto Tristán de Ataide al nuevo D. Juan, que envió con él algunos soldados portugueses para la guarda de su persona y fortaleza, y se correspondió este Príncipe con él en gran confor-

midad, cuyo fin en el progreso de esta historia veremos presto con admiración. A

Los Ternates maquinan contra Sultán Tabarija, Rey suyo.

Diferente vía tomaron los Ternates en el mismo tiempo, porque aborreciendo á Sultán Tabarija, y deseosos de su muerte, hablaron en secreto con el Capitán y le dieron á entender que estaba su vida en peligro, porque Tabarija solicitaba su perdición, como la de Gonzalo Pereira, para alzarse con la fortaleza, lanzando los Portugueses de ella. El Capitán que oyó el peligro de su vida y de la fortaleza, con el ejemplo reciente de su predecesor, creyó fácilmente el trato, pero disimuló con arte. Trazó que algunos Portugueses por B
diferencias fingidas ó verdaderas, se valiesen del favor del Rey, como algunas veces lo hacían, y para que les ayudase le obligasen á venir á la fortaleza. Fué llamado de algunos, y como inocente, no receloso, llegó á interceder por ellos al fuerte. Fué luégo preso y cargado de hierros, y puesta la causa en orden judicial, testificaron en ella los mismos enemigos que trazaron su prisión. Después de largo examen, ó apariencias de él, salió remitido ó condenado á ir á la India, para defender su causa. Embarcóse con seguridad de conciencia, y llegado á Goa y examinada su acusación por el C
Virey Antonio Barreto, fué dado por libre, y con sumo regocijo, reconociendo la senda por donde le trajo el Espíritu Santo para sí, recibió el bautismo en Goa y se llamó D. Manuel. Volviendo luégo para su Reino, esperando en Malaca la moción para navegar, murió con notorias muestras de verdadero Cristiano, y por no tener sucesor legítimo instituyó por su heredero universal de todos sus Reinos al Rey D. Juan el Tercero de Portugal. Después fué llevado el testamento á Ternate y recibido del pueblo y principales de él, reconociendo al Rey D. Juan por su señor. Este acto D
se celebró con aclamaciones por las plazas y calles en los lugares judiciales, aprehendiendo la posesión, extendida y venerada la bandera Real de Portugal, con las solemnidades y ceremonias necesarias. Y en el año de mil quinientos cuarenta y nueve, trajo los actos de la posesión á Lisboa Jordán de Freitas. Volviendo á cobrar el hilo de la historia digo: Que en habiendo Tristán de Ataide embarcado al Rey Tabarija para

Prende Don Tristán de Ataide al Rey Tabarija.

Tabarija parte para Goa á defenderse.

Muere Tabarija Cristiano en Malaca.

Deja Tabarija por heredero de su Reino al Rey de Portugal Don Juan III.

Jordán de Freitas trae la escritura y los actos de posesión á Portugal.

A la India, buscó á un hermano suyo bastardo, llamado Sultán Aerio, hijo de otra madre, Java de nación. Era el mozo entonces de 18 años, criábale su madre retirado en una casa de recreación de perpetua verdura, donde á la disposición agreste añadía bellezas el arte, y pudo tanto, que aquella flor admirable por su fragancia y por su nacimiento, que vulgarmente llaman triste, y nace en Malabar y Malaca solamente, abundaba en los jardines de esta señora. Adoraba ella al sol, y criaba á su hijo en esta vanidad, para que olvidase los principios que en Goa aprendió, siendo niño, en los colegios B de la Compañía de Jesuitas. Fingen los Idólatras, ó creen, que en tiempos antiguos una hija de singular hermosura que tuvo Parizataco Sátrapa se enamoró del sol, y que habiéndole correspondido y obligado, puso su amor en otra, y no pudiendo sufrir la primera amante que la otra le fuese preferida, se mató. De sus cenizas (porque en aquellas partes no ha caido aun el uso de quemar los cuerpos muertos) nació aquel árbol, cuyas flores, conservando la memoria del dueño, aborrecen al sol tanto, que no sostienen su luz. Esta planta se llama en Canarín parizataco, por el padre de la India C transformado, como Dafne, aunque por diferente sentimiento, en Malayo singadi, en Arabia guar, en Persia y Turquía gul, en Decanín pul: los Portugueses la llaman árbol tristre; arroja innumerables ramos delgados, y por orden divididos en nudos: de cada nudo dos hojas, una para cada parte, parecen á las del ciruelo, pero blandas como las de la salvia, cubiertas de vello blanco: en cada hoja brota un pezón, que arroja cinco cabezuelas pequeñas en la punta, adornada cada cual de cuatro hojitas redondas menores: de cada cabezuela salen cinco flores, y las cuatro tienen en medio á la quin- D ta: entre ellas nacen con visible parto las flores blancas, mayores que las del naranjo, y tan aprisa en anocheciendo, que por movimiento comprensible suceden unas á otras: toda la noche dura esta fecundidad, hasta que la presencia del sol la esteriliza y se cae con ella toda la flor y las hojas, y quedan los ramos lánguidos: cesa súbitamente aquella fragancia, que ennoblecía el aire de todos los olores de Asia, comprendidos en solo éste, hasta que huyendo el sol del horizonte vuelve la planta

Sultán Aerio, Rey de Ternate.

La madre de Sultán Aerio era gentil.

Fábula de la flor triste.

Nombres de la flor triste y su descripción

Llevan los Portugueses á Sultán Aerio niño por fuerza de los brazos de su madre.

Laméntase á los Portugueses la madre de Aerio recurriendo á su violencia.

á florecer en sus tinieblas amadas, como descansando A
con ellas del agravio que recibió de la luz. Son los Asiáticos perdidos por los olores, en argumento de su lascivia: tributos grandes están impuestos en muchas provincias sobre todas las materias del olor. Llegaron, pues, los Portugueses armados á esta casa, donde aquella Princesa criaba su hijo, y pidiéronselo de parte de Tristán de Ataide: ella quisiera esconderle, pero no pudo: comenzó á excusarse y á rogarles que se lo dejasen: no aprovechó, porque los Embajadores llevaban orden de no volver sin él; y para persuadirla, le juraron que
lo querían llevar para que reinase en lugar de Tabarija, B
y que en llegando á la fortaleza le reconocerían por Rey Ternates y Portugueses. Dicen algunas relaciones, que la madre entonces, no sin grandes lágrimas y apretando al Infante entre sus brazos, alzó las voces, diciendo: cuando yo estuviera cierta de que le llevais para que reine en sosegada fortuna, sin contradicción, sin recelos, en suma obediencia y amor á los súbditos, y en prosperidad no asaltada de temores, quisiera más verle crecer y durar en vida privada, sin cargarle de ningún cuidado público, que verle reinar por vuestro antojo:
con este intento le retiré, y quisiera esconderle de todo C
comercio humano. Según esto, qué puedo sentir de lo que ahora me prometeis? Será justo que os entregue mi hijo para recibir la corona, y juntamente le destineis á las cadenas y hierros, de los cuales puedan y vengan á librarle sólo el veneno y las acusaciones falsas con que han fenecido sus hermanos y sus padres? Qué prendas me tiene dadas la fortuna, de que en este niño se ha de aplacar con aquella familia, á quien en correspondencia del hospedaje con que recibió las gentes de Europa, condenó á sostener inmortales enemistades? Y por la
protección que pensó hallar en vuestras armas, ordenó D
que le cargásedes yugo intolerable? Dejadnos, pues, á la madre y al hijo ocupar los ánimos en las obras de la Naturaleza; pues las de la fortuna nos han desengañado con tan costosas experiencias; permitid que nos divertamos de ellas con el culto y mansedumbre de estos jardines: séanos, siquiera, lícito carecer de lo que tantos desean. Este hecho, y los llantos y razones de la madre cuenta Diego de Couto en sus Décadas. No pudieron los

A Portugueses oír aquellas consideraciones trágicas y no de mujer bárbara, y arremetiendo á ella le arrebataron al hijo, que forcejeando se les defendía; el cual, según dice, notando ya el llanto de su madre y las razones que daba para no le dejar, ya con anticipado conocimiento de la dulzura no probada del Reino, confuso los miraba á ellos y á ella. Todo lo tropelló la violencia ó insolencia de aquellos soldados, porque sin orden de su Capitán, sordos ya, y cansados de las quejas de una mujer afligida, al mismo tiempo se apoderaron del hijo, asieron de la madre y arrojándola por las ventanas la B despeñaron. Fué llevado el nuevo Rey á la fortaleza, y al mismo tiempo que le juraban obediencia los vasallos celebraban con generales lágrimas las exequias de su madre, que fueron más solemnes que solían con Reinas Putrices. Esta inhumanidad indigna de Caribes, cuanto más de la hidalguía portuguesa, divulgada por aquellas Provincias, engendró el odio justísimo que pudo ligar, y de hecho confederó todos los Reyes del Archipiélago contra los Portugueses. Juntaron sus Consejos y en las vistas concluyeron el trato, resolviendo que era intolerable sujeción la que los oprimía: el qui-C tar los Portugueses Reyes, y ponerlos á su modo y á su antojo, burlando de los cetros que les habían á ellos dado, el favor de que abusaban contra todas las leyes de humanidad, sin que en las elecciones tuviesen los naturales algún voto. Convenidos en el designio, lo acabaron de poner en perfección, hasta que llegó el plazo, procurando con diligencia y esperando con disimulación.

Arrebatan los soldados al Rey Aerio, y despeñan á su madre.

Conjuran algunos Reyes contra Portugueses.

Las Armadas de Castilla y de Portugal continuaban en estos tiempos sus navegaciones, por las derrotas sabidas para el Archipiélago. Castilla por Nueva España D á Filipinas, y Portugal costeando el Africa, hasta la punta de Malaca. Por ambas partes se ejercitaba el dominio, el trato con ambición, y las relaciones todas dicen que con crueldad; pero el teatro más sangriento de perpetuas tragedias era Ternate y todo el Maluco: en él peleaban ambas naciones Españolas con armas, y sus Reyes en Europa con sutilezas de derecho y de Cosmografía. Entonces ya el negocio no estaba tan entero como cuando los Cosmógrafos y Arbitros de am-

Resúmense los derechos de Castilla y de Portugal.

bas partes extendieron el Meridiano para adjudicarle A
la mitad del mundo, cada cual para su Rey; porque habiendo vuelto el Almirante Cristobal Colón del primer descubrimiento de las Indias, en el año de 1493 de nuestra salud, Alejandro VI, Sumo Pontífice, concedió la investidura de ellas, para la Corona de Castilla, á los Reyes Católicos Fernando é Isabel; y para evitar las diferencias que entre las dos Coronas podían nacer en detrimento de la predicación del Evangelio, con el mismo Imperio Apostólico (cuyo distrito no se limita en su orden, por la redondez de la tierra), la adjudicó para aquellas dos Coronas, mandando extender B
por el cielo la línea, que tocase ambos Polos, distante en la tierra, espacio de cien leguas de las Islas de los Azores y Caboverde.

Alejandro VI, Sumo Pontífice, parte el mundo con una linea, y adjudicale á la Corona de Castilla y Portugal.

Derecho de Castilla sobre las Malucas.

En virtud de esta división, pretendía el Emperador Carlos V que las Malucas eran de su demarcación, desde que Gonzalo Gómez de Espinosa, su Capitán mayor Sebastián del Cano y sus compañeros que lo fueron ó Magallanes, las aprehendieron para su Corona, pretendiendo con esto, que ellos eran los primeros Cristianos que aportaron en Maluco, y que entonces se hicieron vasallos suyos Sultán Corala, Rey de Ternate, que reinó antes que Sultán Bongue: C
y Sultán Almanzor, Rey de Tidore, y Luzuf, Rey de Xilolo y otros Príncipes, jurando el vasallaje en ídolos y alcoranes, y que Gonzalo Gómez los recibió y juró la correspondencia de los pactos en nombre de su Rey, ante una imagen de Nuestra Señora. Decía que por los instrumentos matemáticos y varones sabios, en aquella facultad, confiaba que las Malucas se contenían en la demarcación de Castilla y todas las que se ofrecen hasta Malaca y más adentro; y que no era repugnancia fácil la de Portugal en redargüir de falsos los escritos de tantos cosmógrafos y grandes marineros, y par- D
ticularmente la opinión de Magallanes que era Portugués; y que cuando éste fuera sospechoso por los desabrimientos que en Portugal había recibido, no podían alegar esta excepción contra Francisco Serrano, Portugués también, premiado y favorecido; que el decir que las cartas de marear se habían pintado con malicia, era objeción apasionada y no probable; además que para el artículo de la posesión, sobre que se litigaba,

A no era necesario sino pasar por lo que estaba recibido y
escrito por los cosmógrafos.

Pretensión de Portugal.

El Rey D. Juan de Portugal, contradiciendo, negaba
el hecho del descubrimiento cuanto á la anterioridad
de él: porque la de Serrano fué el año de mil quinien-
tos once, y la de los compañeros de Magallanes diez
años después, en el de mil quinientos veinte: daba por
sospechosos los globos, astrolabios y cartas de marear,
y que enmendando semejantes instrumentos, y tirado
el meridiano, según el arte astróloga, no sólo compren-
día su demarcación al Maluco, sino mucho más ade-
B lante de las Filipinas: presentaba el testamento del Rey
Tabarija en su favor, y decía, que tirándose la línea con
rectitud, por observaciones de eclipses, como alguna
vez se había hecho, se vería confirmada su justicia:
añadían á esto los papeles del geógrafo y astrólogo An-
drés de San Martín, de los cuales parecía que acom-
pañando á Magallanes, por su no tentada navegación,
había observado eclipses y oposiciones diversas: entre
otras, á diez y siete de Diciembre de mil quinientos diez
y nueve, tomó en el Río de Janeiro una conjunción de
Júpiter con la Luna: á primero de Febrero de mil qui-
C nientos veinte; otra de la Luna y Venus; algo después,
otra del Sol y de la Luna: pasado el estrecho, otra opo-
sición del Sol y de la Luna, y otras en otros tiempos;
todas las cuales, aunque las calculaba sobre el meridia-
no de Sevilla, no aprovecharon para el intento que lle-
vaba de probar que las Malucas tocaban á Portugal,
por lo cual notó de falsas las tablas y almanaques de
Juan de Monteregio: todos estos papeles guardó Duar-
te Resendi, que fué Factor de las Malucas, hombre
docto y de gran curiosidad. Decían, que puesto que
entonces se trataba de la posesión de aquellas islas,
D pero que en negocio tan árduo, y entre dos Reyes tan
grandes, no se debía excusar el interponer y examinar
fundamentos de propiedad para que cesasen las armas,
que era el juicio y tribunal en que se fulminaba aque-
lla causa: y que llegando á este punto, forzoso era no
pasar por escritos especulativos, que no siendo compro-
bados por experiencias, por lo menos eran dudosos.

La retención de las Malucas era para el Rey de Por-
tugal de grande importancia para continuar el trato de

la especería, y sabiendo las guerras que sus vasallos y A
los del Emperador continuaban en aquellas provincias, solicitaba cada día con nuevas diligencias la conclusión de algún asiento con que se acabasen las guerras. El Emperador no tenía tanta noticia de lo que sus Capitanes hacían en Asia, porque por el cabo de Buena Esperanza no dejaban Portugueses pasar otros navíos que los suyos; y por Nueva España no estaba la navegación frecuentada, y por eso, ni tan sabida: además de esto tenía necesidad de una gran suma de dinero. En el año de mil quinientos veinticinco se trató en Segovia, por
orden de Su Majestad, de componer esta diferencia, y B
en el de veintiseis en Sevilla, donde con el Embajador de Portugal y el Licenciado Acebedo, de su Consejo, se juntaron, por parte del Emperador, el Obispo de Osma, Presidente del Consejo de las Indias, el Doctor Lorenzo Galindez, del mismo Consejo, D. García de Padilla, Comendador mayor de Calatrava, árbitros y comisarios, con intervención del gran Canciller y Nuncio apostólico Mercurio Gatinara: después de largas pláticas y juntas, en que también intervinieron juristas, geógrafos y marineros; todos los cuales acrecentaban
dudas al caso, y de ellas resultaron en España pleitos, C
compromisos y tratos sin efecto, y en Asia guerras entre las armadas de ambos Reyes: se sosegaron ó suspendieron por un empeño que el Emperador hizo de las mismas islas litigiosas al Rey de Portugal, por precio de trescientos cincuenta mil ducados, que se concluyó en Zaragoza el año de mil quinientos veintinueve, en veintidos de Abril. Pasando Su Majestad Cesárea á coronarse en Italia, consideróse otra vez la línea de la división y los términos que ha de tocar en la tierra. Asentáronse los plazos de las pagas, y otras condiciones y
salvedades del derecho de las partes, para que ni el olvido ni los estrechos parentescos entre los dos Reyes D
pudiesen confundirse.

Empeña el Emperador las Malucas al Rey D. Juan Tercero de Portugal.

Parece por relaciones de aquel tiempo, que habiendo el Emperador consultado este empeño con Pedro Ruiz de Villegas, persona docta y grave, respondió reprobándole, y que hubiera sido más seguro empeñar Su Majestad cualquier otro reino de los suyos que el de Malucos, Trapobana ó Malaca, ó cualquier otro de

No aprueba el empeño Pedro Ruiz de Villegas.

A aquel Oriente, que en su opinión todos eran del Emperador. Fundábase en el largo olvido á que suele el tiempo condenar los tratos y la variedad de los accidentes de estado. Otros muchos aconsejaron al Emperador que restituyese aquella gran suma al Rey de Portugal: y lo que es más, los Procuradores de Cortes de Castilla propusieron que el Emperador le entregase las Malucas por seis años, por vía de arrendamiento, y que pagarían al Rey D. Juan el precio del empeño y traerían el trato de la especería á la Coruña; y que pasados los seis años llevase Su Majestad adelante aquella contratación. El B Emperador, entendiendo esta novedad, mandó que se atajase y que no se pasase adelante el juntar la nueva armada que para las Malucas había de llevar Simón de Alcazova Sotomayor, y la solicitaba el Obispo de Ciudad Rodrigo.

Procuradores de Cortes de Castilla de que sean las Malucas por seis años.

Despacháronse cédulas y letras patentes, para que en Asia ambas las naciones retirasen las armas, pero jamás les llegaron mandamientos del Emperador para que los suyos desviasen las fuerzas á otra empresa, ni supieron lo que en España se había asentado, sino por relación de los mismos Portugueses, por la orden que de su Rey C tuvieron, para dar y recibir la paz y embarcar en sus navíos, y por el viaje de la India á la nación Castellana. Este concierto fué el último término de las disensiones militares y judiciales. Después la mudanza de los tiempos ha envestido en el Rey nuestro señor todo este cúmulo de derechos y títulos; de manera que, según graves Jurisconsultos, podría, como ellos dicen, invertir los derechos ó poseer por todos, sin confundir las acciones, por haberle destinado el cielo para dueño de tan extendida Monarquía: y puesto en su Real pecho el celo hereditario, con que ofrece todo su poder contra las ido-D latrías y sectas, introduciendo la Fe y su perfecta policía en infinito número de almas, que en tantas provincias bárbaras han recibido; por esto mismo sería supérfluo examinar las demarcaciones de aquella línea no averiguada. Hecho este concierto, las armadas de Portugal, sin oposición de las de Castilla, poseyeron las Islas de Ternate, Tidore, Bachá y sus adyacentes en paz. De la primera, como de su cabeza en lo espiritual, salían nuestros Sacerdotes á predicar la verdad. Reci-

El Rey nuestro señor dueño de todos estos derechos.

Cesa la guerra entre Castellanos y Portugueses.

Cristiandad de Maluca, se extiende á otros Reinos.

biéronla diversos Reyes y naciones, quedando pocas ó A débiles reliquias de gentilidad y de sectas; ciudades, cuyos señores quedaron en sus tinieblas, despreciando el ejemplo del Príncipe, que suele ser Rey, derribaron ídolos y consagraron la profanidad, dedicando sus templos al verdadero Dios. Los Reyes de Portugal edificaron presidios y factorías, poblaciones para los Cristianos. Enviaban á sus Capitanes y ministros, que ponían freno á los Reyes y Sangajes vasallos. Hubo algunos Gobernadores que, á vueltas del cuidado que aplicaban á la propagación de Evangelio y al sosiego de aquellas Repúblicas, atraían los bárbaros al amor de nuestros B trajes, al modo de nuestros convites, conversación y afabilidad de Europa, y los aficionaban con sutileza á nuestras costumbres; las cuales en algunas partes les vinieron á parecer trato de igualdad lo que era también género de servidumbre. Prevalecía sobre todo el poderoso vínculo, por el cual andan juntas Justicia y Religión: pero de estas dos virtudes, en que consiste la felicidad interior y la política, no conservando los ministros la primera, faltó en los súbditos la segunda, y volviendo á su antigua ceguedad, como parece en lo que se ha visto hasta aquí, y más por extenso en lo que se C sigue, pues habemos ya llegado á la elección de Sultán Aeiro, en cuyo tiempo se perdió Ternate del todo, sin que por diligencias ni tratos se haya cobrado hasta el tiempo del Rey nuestro señor, premio de su celo y piedad. La Reina legítima Putriz sintió la muerte de la madre de Aerio de la misma forma que la de sus propios hijos. Hallóse presente á su sepultura, y con llantos inmoderados maldecía el dominio de los Portugueses, llamándole tiranía. Con su noticia, y aun con su consejo, pasaban las inteligencias de los que maquinaban la venganza; porque ya, como ellos decían, no ha- D bía quedado rastro de la piedad antigua, ni de la opinión y respeto con que antes estimaban á los Gobernadores que iban de Europa.

Suave trato de los ministros Portugueses.



CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO SEGUNDO

A A la confederación que se estableció entre los Reyes
del Archipiélago, particularmente entre Vaigamano,
Vaigeo, Quibibio y Mincimbio, que reinaban en las is-
las Papúas, sobrevino un accidente de fortuna, tál, que
dado caso que hallara los ánimos de los coligados bien
dispuestos y no estuviera fresca la sangre vertida de
aquellos Reyes inocentes, acabaran de cumplir el odio
que contra la nación Portuguesa tenían concebido. Es- *Aprietan los Reyes coligados á los de Ternate.*
taban tomados todos los puertos de las Malucas, y ce-
rrado el paso de los mantenimientos, con tanta vigilan-
B cia, que Tristán de Ataide, sin esperanza del remedio,
envió al Capitán Pinto á Mindanao y á las islas vecinas
para proveerse de las cosas precisamente necesarias para
la vida, porque ningunas corrían en su distrito. Partido
Pinto en un buen navío, aportó en la isla Mindanao;
visitó al Rey, de quien fué recibido, y vistos los des-
pachos y conferida su demanda con los Sangajes de su
Consejo, asentó paces y amistad; vendió las mercan-
cías que llevaba y al precio que quiso; rescatando y pa-
gando, cargó de bastimentos á su voluntad. De allí pasó

El Capitán Pinto contrae estrecha amistad con el Rey de Seriago, á la usanza de la isla.

Ceremonia del pacto.

á la isla de Seriago, con cuyo Rey tuvo la misma favorable suerte; y en esta isla, para perpetuar la amistad, celebraron la paz con cierta ceremonia bárbara, que donde ella en semejantes actos intervino, jamás hubo quiebra en la confederación; júntanse los que contraen la amistad, y ciertos ministros sacan á entrambos de los brazos buena parte de sangre: bebe el uno la del otro por prendas de amor, creyendo que la meten y pasan á sus almas en aquella bebida horrible. De este pacto, así establecido, resultó tan estrecha fidelidad, que acudían sus navíos á nuestras partes y los nuestros á las de su Reino, con seguridad, sin prohibición, sin diferencia. A B

Trato inicuo de Pinto.

Pinto, viendo la muchedumbre de los naturales que llegaba á su nave, dióle codicia de hacer una buena presa en ellos, y el último día fueron cuarenta los tratantes, á los cuales hizo bajar á lo secreto de ella, como para mostrarles la capacidad y piezas del vaso, y teniéndolos bajo de cubierta los dejó cautivos y encerrados. Estas prisiones hizo diversas veces. Una de ellas, aunque solía no retirarse de la entrada, pudo uno de los cautivos de un empellón salirse afuera y lanzarse ligeramente á la mar y con la misma llegarse á la tierra.

Toma el Rey de Seriago venganza de Pinto.

Fuese al Rey, contóle el engaño. El Rey, alterado y C ofendido de ver quebrada por los Portugueses una amistad tan reciente, celebrada con vínculo tan sacrosanto á su opinión, como en causa de Religión injuriada, mandó apriesa que se juntasen todos los navíos que nadaban y los nuevamente acabados en las Atarazanas; los cuales armados y artillados, llenos de aquellos furiosos bárbaros, cercaron la nave portuguesa, acometiéndola por todas partes con rabia. El Capitán Pinto comenzaba ya á levar las áncoras, porque había previsto los navíos y gente que se entraba en ellos apriesa;

Pinto se defiende, y luégo se hace á la vela.

defendióse con solos veinticinco soldados, que apenas D pudieron tomar las armas, porque ya los Seriagos entraban en la nave por algunas partes, y los que en ella quedaron, aherrojados, la sujetaran si los oficiales no largaran las velas. En esto sobrevino un aguacero impetuoso, descargando rayos y truenos tan horribles, que parecía rasgarse el cielo. Dejaron los Seriagos la nave portuguesa, y en las suyas, con velas destrozadas, arruinados ya cascos y jarcias, quisieron volver á su

A tierra, y para poder llegar arrojaron en la mar hasta la artillería y armas, porque se vieron casi sorbidos de las ondas. Duró esta furia dos días, en los cuales no fué reservada la nave de Pinto, porque él y sus compañeros quedaron tan quebrantados, que no tuvieron fuerzas ni ánimo para gobernarse. Dejaron el navío al arbitrio de la fortuna: entregaron al mar los bastimentos, las mercancías, la artillería, las armas, los vestidos y todo lo demás que perdonó el destrozo; y reconociendo el castigo, y cuán merecido era por haber faltado á la fe y obligaciones que habían prometido, llegaron á Ter-

Castiga Dios á Pinto con tormenta.

B nate atónitos, mudos y avergonzados, juzgándose todavía en la misma tormenta: tanto maltrata la conciencia del pecado, que llama siempre á la ira de Dios! Supieron luégo los Reyes de todas aquellas islas la maldad de aquellos Portugueses, cómo violaron la santa ley del hospedaje, y cómo usaban siempre perjudicialmente de los beneficios. Concluyeron luégo la liga, para ejecutarla como desesperados. Promulgóse un edicto entre ellos, mandando que en todos sus puertos, en los comercios de mar y tierra se prohibiesen, so gravísimas penas, los mantenimientos para los Portugueses, porque se redu-

Edicto de los Reyes conjurados, contra los Portugueses.

C jesen á tan miserable estado, que dejasen las provincias y huyesen á la India; y pues por falta de artillería no podían batir la fortaleza, que la oprimiesen por hambre, y que todos, de toda edad y sexo, atendiesen á la ejecución de este mortal aprieto, porque no pudiese alegrarles ni con esperanzas el socorro del galeón del viaje. Y considerando que la causa principal de su tiranía era la especería y droga del clavo de que Ternate y todo el Maluco abunda, se determinaron los naturales á poner fuego á todas las plantas de él, procurando que fuese con tan general incendio, que dejasen las Malu-

Espantosa desesperación.

D cas estériles para siempre. Bien sabían que en esto maquinaban su misma perdición; pero juzgaban por agradable y provechosa esta ruina por vengarse de tan ingrato enemigo. Es la cosecha del clavo la riqueza de los Reyes Malucos, más cierta que los tributos de sus vasallos: y aunque la desesperación y rabia de la ofensa les ponía el fuego en las manos para abrasar la patria, pudiera ser que de la manera que suelen salir provechos de algún error, fertilizaran sus campos con lo

Especería del clavo: es la mayor riqueza de las Malucas.

Discurso en razón de lo que podía resultar de quemar las plantas de los clavos.

que pensaban hacerlos estériles. La ceniza bruta y mezclada, quién no sabe que esparcida en la tierra le suele añadir fecundidad? En Europa remedio común para el terreno inútil suele ser el encender los restrojos y levantar hogueras en ellos, aunque sean con pajas livianas; porque ó las tierras quemadas adquieren fuerzas secretas y pastos abundantes, ó por el incendio se recuece todo su vicio y suda el humor inútil. Por ventura el calor intenso abre muchas vías y relaja los poros ciegos y respiraderos ocultos, y por ellos acude la sustancia y la recibe la tierra en los senos para concebir nuevos partos, ó se endurecen y aprietan más las venas que se abrieron para que las aguas sutiles ó el poderío continuado del sol, ó el frío del cierzo que la suele traspasar no la injurien. Además que habiendo elegido la Naturaleza aquella parte del mundo, única para solos estos frutos, sin que se haya jamás notado intermisión, ni falta de ellos, no es creíble que se aniquilaran por una violencia momentánea.

Sólo el Maluco produce los clavos.

Mas la intención de estos pueblos no era renovar las selvas aromáticas, sino destruirlas. Aquí se entiende para cuán notable daño, contra sí mismos y contra todas las gentes, se armaban; por esto será necesario poner en este lugar extendida la historia y noticia del clavo.

Naturaleza y nombres de los garyofilos ó clavos.

Los primeros que lo estimaron fueron los Chinas, que atraidos del olor lo comenzaron á cargar en sus juncos por los senos Pérsicos y Arábicos. Plinio tuvo conocimiento de él y le define diciendo, que es pimienta prolongada, y le llama garyofilo; los Persas después calafur: cuál de estas dos voces se derivase de la otra, no es de esta especulación. Los Españoles antiguamente lo llamaron girofe y después clavos, porque lo parecen en la figura. La cabeza de los garyofilos, atravesada de cuatro pequeños dientes, muestra forma de estrella. Los Malucos llaman al árbol siger, á la hoja varacua, al fruto chamque. Es la planta semejante al laurel, pero de mayor copa; cuando comienza á florecer arroja suavidad eficacísima en el olor, produce en lo más levantado, á imitación del mirto de solo un pie, innumerables racimos como los del sauco y de madreselva; nacen blancos, mas crecidos son verdes; la ter-

Planta de los clavos.

Nacimiento de los clavos.

A cera sazón, que los madura, los pone colorados, mostrando su virtud interior, en la variedad aparente de los colores, los términos que la van perfeccionando. Los que suelen quedar en sus racimos, que llaman madre, permanecen en ellos un año: crecen más robustos y sustanciales. Varean las ramas para cogerlos, ó menéanlos, tirando desde abajo de ciertas cuerdas con que las enlazaron; habiendo limpiado el suelo, aunque ya naturalmente permanece limpio de malezas, porque este poderoso árbol no admite ningún género de yerba en torno: tanta es la fuerza con que atrae para sí todo B el jugo y humor, que no consiente ó empobrece las raíces vecinas. De ocho años fructifica. Dura ciento. Dicen algunos que permaneciera más, si no lo despojaran con tanta violencia, y que toma venganza de este rigor la esterilidad. Pero engáñanse, porque en las islas de Bacham cortan los racimos para que produzcan más clavos y los ramos bajos son menos fértiles; de los cuales se coge el garyofilo á manos y atentadamente, y no producen sino al soplo de la moción. Responden con el fruto desde Septiembre á Febrero de dos en dos años: otros escriben que de tres en tres; porque cuando se C coge, además de quedar la planta atormentada, quiébranle aquellos pimpollos que forman las flores de los clavos; pero producen entonces esperanzas seguras. La verdad es, que les da Naturaleza tregua de un año y descansan en él como los olivos de Europa. Cógenlos cuando llegan á estar maduros, y muestran la madurez cuando rojos. Tendidos al sol, en tres días quedan secos, y de color entre cenicienta y prieta Engañóse con su buena licencia Avicena cuando dijo, que la goma del garyofilo era semejante á la trementina en su virtud; porque la experiencia ha mostrado lo contrario. Ade- D más que los árboles muy calientes ó muy fríos no crían goma, sino los que tienen medio en éstas calidades. Agua marina los entretiene; dañaríales la dulce. Un historiador escribe, que se disfrutan dos veces al año: y si lo dice por la cosecha intermedia, que es débil, no lo negamos; pero si por la fertilísima, como la trienal, que con ordinario espanto produce para todas las naciones, la fe de lo que afirma quedará en la autoridad del autor. Recompensan estas plantas con su abundancia la

Cómo se cogen

Produce de dos en dos años.

Libro II, *capitulo* 318.

Dos millones de renta en los derechos de los clavos para el Rey.

suspensión de la tardanza: de manera, que habiendo A
enriquecido de ella todas las gentes, anualmente llegan los derechos de la Corona Real á dos millones poco más ó menos. Dícese ordinariamente que las cinco Malucas solas dan el clavo, por la excesiva cantidad con que corresponden. Siempre llegan á cuatro mil bares, de cuatro quintales y medio y veinticuatro arrates cada bar, de los bares de Ternate. Y por esta cuenta, del tercio que les quitan por el bastón, dan seis mil bares.

Cuántos bares son, y qué quiere decir bar.

Cada bar ordinario es de cinco quintales y más de los nuestros. Y por ventura se dijo bar, de la voz baros, griega, que quiere decir carga. También producen es- B
tos garyofilos ó clavos, los Isleos de Ires, Meitarana, circunstantes á Ternate: Pulo y Cavali á Tidore; en Xilolo, Sabugo y Gamoconota, lugares de la Batochina; en las islas Amboino y Veranula: en ésta más que en todas; pero son los débiles y menos granados.

Las plantas del clavo nacen sin beneficio.

Nacen las claveras sin beneficio alguno, como todos los árboles de peñascos: y éstos son los bosques de estas islas, los cuales, porque chupan en sí todo el favor del cielo, es milagro cuando permiten otra planta. Si alguna vez quieren disponer un clavero, le plantan donde nacen yerbas, para que con el humor y virtud de C
ellas, que luégo se la roba, crezca de presto: y al paso

Atraen los clavos para sí el agua, ó cualquier licor de las tinajas ó vasos que tienen cerca.

que él medra, se secan ellas. Por esto mismo son los clavos infieles vecinos de las pipas y tinajas llenas. De aquellos clavos que envejecen en el árbol comen los palomos torcazos de que abunda Xilolo; vuelan luégo y en el aire purgan con el movimiento. De aque-

De lo que purgan los palomos nacen claveras.

llos excrementos arrojados, que cayeron en la tierra, nacen plantas del clavo. La liberalidad con que las concedió el cielo, fué para solas estas islas negada á todo el espacio del orbe: en sus principios no conocida ni estimada de sus naturales. Esto quisieron asolar con fuego D
con deseo de aniquilarlo, porque los incendios cobran más fuerzas en la materia combustible, que otras violencias á que todo lo elemental está expuesto. Y pues ya nos empeñamos en la descripción del Maluco, y por ser tan remotas de nuestras tierras sus hermosas provincias,

Algunas cosas notables de las Malucas y sus formas.

proseguiremos la relación de las cosas memorables de ella, para que se vea el furor de los suyos que las tienen condenadas al incendio. Todas las cinco Malucas son

A casi redondas y de una forma. No pasa el circuito de la mayor de siete leguas. Levántanse en todas altísimos peñascos cubiertos de la silvestre fragancia de sus clavos. Pobladas de ciudades, villas y fortalezas, su redondez las priva de puertos capaces para gozar de las dos mociones Noroeste y Sur: sola Ternate forma el puerto que llaman Talangame, y una legua distante el de Toloco, en que reposan los navíos, y pegados á tierra con lanchas. Las fortalezas no se fundaron en ninguno de ellos, por no alejarlas de donde los Reyes tienen su Corte: ambos puertos miran al Leste; tienen arrecifes de B piedra, que acomodan los bajeles: el de Ternate, frontero de la fortaleza antigua, recibe caravelas de plena mar, de aguas vivas: descargadas están surtas á su voluntad. Es también este arrecife de piedra, que se transforma en coral, el cual después de viejo se endurece, y con extender muchos ramos se juntan y convierten otra vez en piedra, de que se cría admirable cal: está edificado con tal orden, que á los que por mar llegan á él les parece y se les presentan edificios hermosos, fabricados para defender el puerto. El monte que se levanta en medio de Ternate, altura de dos leguas, lleno de C palmares y de otras raras arboledas, forma en la cumbre una profunda cueva, cuya boca parece que llega hasta el centro: apenas se divisa un hombre de una parte á otra: contiene una plaza, como era de piedra y tierra movediza. Algunos curiosos la han visto, y entre ellos un Gabriel Rebelo, factor y Alcaide mayor; el cual, habiéndola medido, anudando larguísimos sedales de pescar, halló que tenía de fondo quinientas brazas: brota en el suelo una hermosa fuente, aunque nadie ha osado probar de ella, ni averiguar si es agua ágria ó dulce: la era movediza hierve del fuego del vol- D cán que al principio dijimos, del cual dió primero cuenta Antonio Galván, que le notó en el año de 1538, siendo Capitán de estas islas: subió aquél á ver aquel misterio de Naturaleza en tiempo seguro, y no pudiera en Abril ni en Septiembre, cuando el sol se muda de una parte á otra, y pasa la línea Equinoccial, que corta medio grado de Ternate, por los aires que entonces encienden las llamas. Si Plinio cuando quiso (por satisfacer á su curiosidad) ver el otro fuego del monte Vesu-

Talangame, Toloco, puertos de Ternate.

Piedra del arrecife, vuelta en coral, y al contrario.

El gran monte de Ternate, y las extrañezas del hueco de él.

El volcán de Ternate.

bio en Italia, buscara otra ocasión, como Galván, no quedara abrasado, como lo dejó escrito su sobrino á Cornelio Tácito; huele, y arroja el azufre humo y piedras bermejas, como por bocas de bombardas: da muestras de estar el monte en los fundamentos hueco; causa terremotos y estruendos, y las llamas y guijarros abrasados han llegado sobre la fortaleza y ciudad, aun hasta las islas de los Meaos y Casures, veinte leguas de Ternate: el humo es de diversos colores, porque el humor y corrupción de la tierra los exhala espesos y variados, y el aire ayuda con su mala calidad; el cual, y al caer los excrementos del incendio vomitados sobre las fuentes de donde beben, corrompe las aguas é inficiona la salud. Subiendo este monte hasta dos tercios de su distancia, se halla todo verde y fértil: en lo más alto frío excesivo, sin aves, sin pájaros y con muchas moscas. Descúbrese de allí espacioso mar, innumerables islas; porque la pureza del aire, libre de exhalaciones, como dicen de la cumbre del monte Olimpo, representa excelentes objetos á la vista, y la favorecen sin estorbos casi todo el año: donde remata la espesura de los árboles sale una fuente de agua dulce, tan fría que no es posible beberla sino á tragos: en lo más alto, apartado de la boca que arroja las llamas, arrebató en este tiempo un pedazo de ella al monte, el cual dos días manó copia de agua: rodaron grandes peñascos, que formaron concavidades, la sierra abajo, hasta la mar, llevando consigo árboles y ruinas: el mismo monte sustenta en lo alto una abundante laguna, dulce, rodeada de árboles; nadan en ella lagartos azules y dorados, más de una braza de largos, que en sintiendo gente se zambullen. No conocen estas islas diferencia de verano ni de invierno, ni las lluvias tiempo cierto, aunque más generalmente llueve con Noroeste que con el Sur. Crían las Malucas culebras largas, de más de treinta pies; lo grueso se proporciona con lo largo; no son ligeras ni venenosas: afirman los que las han visto, que cuando les falta mantenimiento mascan cierta hierba, conocida por su instinto, y trepando por los árboles, orilla de la mar, arrojan en ella lo que mascaron; acuden á comerlo muchos peces, y habiéndose emborrachado, quedan desvalidos sobre el agua; lánzanse las culebras sobre

Varios colores del humo.

Verdura y frialdad de la cumbre junto al fuego.

Laguna en lo más alto: sus lagartos azules y dorados.

Culebras largas de las Malucas.

Sustento de las culebras.

A ellos y satisfacen á la hambre, hasta que se hartan de aquellos peces entorpecidos. Los cocodrilos en la tierra son fieras indomables; casi lo contrario escriben los antiguos de los del Nilo: éstos en la mar se muestran tan cobardes, que se dejan amarrar debajo del agua: se ha cogido cocodrilo que tenía cuatro ojos y muy pequeño corazón. Producen también ciertos gusanos que llaman cuzos; habitan en árboles, de cuyo fruto se mantienen; parecen conejos: su pelo espeso, crespo y áspero, entre pardo y rubio; los ojos redondos y vivos, pequeños los pies y las manos, la cola cumplidísima, de la B cual se cuelgan para poder alcanzar mejor el fruto: hieden á raposos. En los desiertos vuelan aves bravas; de las domésticas algunas de Europa. Papagayos, llamados en su lengua nores, de varios y mezclados colores; gritan con exceso, pero hablan bien. Un Maluco afirma que en este tiempo que los naturales se conjuraban, gritó un papagayo en el aire: Muero! muero! y batiendo las alas cayó muerto. De otro dice alguna relación, que viniendo de Amboino, en el árbol de una fusta, queriéndolo coger gritó: Sebastián! Sebastián! que era quien lo guardaba; acudió y le socorrió. Vénse C grandes bandas de patos negros con pies de papagayos, guinchos, andorinas, zorzales, arveolas, gavianes; infinitos pescados. El pez Vaca, como el del Brasil. Cierto cangrejo que comiendo de una parte de él mata en veinticuatro horas. Orilla de la mar, debajo de ciertos árboles, cuya sombra no consiente yerba, y los que duermen á ella adolecen: seca y abrasa el suelo. Otros cangrejos hay, á modo de langostas, de menores piernas: son sus dientes blancos y firmes, con que quiebran las cáscaras para comer la almendra; críanse entre las peñas; cázanse de noche con fuego; el cuerpo, D las piernas y toda la carne es de langosta; tienen junto á la cola un bolsón lleno de cierta masa de extremado gusto, por la cual son estimados como una gallina En todas las Malucas nacen ciertos palos que tiran á bermejos; arden en el fuego, levantan llama y hacen áscuas sin gastarse: parecen de naturaleza de piedra; deshácense entre los dedos, y tratados entre los dientes se quiebran. No lejos de la fortaleza de Ternate se ve la planta llamada catopa; caen de ella hojas menores que

Cocodrilos cobardes y monstruosos.

Gusanos extraños.

Aves bravas y domésticas.

Papagayos Nores.

Prodigios de papagayos.

Patos y otras aves raras.

Pez Vaca.

Palos raros de las Malucas.

Planta catopa, rara.

las comunes, de cuyo pie verás formar súbitamente una A cabeza de gusano ó mariposa: el talle, cuerpo y las venas que de él proceden son pies y manos: las hojas alas con que luégo va siendo perfecta mariposa y juntamente hoja: renuévase este árbol cada año, lanza pimpollos como de castaños, de los cuales nacen estos gusanos, que trepan por hilos asidos en las hojas. Mostróse la Naturaleza pródiga con estas gentes, particularmente en los garyofilos ó clavos: llámolos así á diferencia de la pimienta prolongada, de que por ventura habló Plinio, cuando dijo garyofilo. Mas si el provecho de tan estimados frutos había de causar guerras tan horrendas; B navegaciones de todas las partes del universo, tan increibles, que excede la verdad de los peligros al crédito de los hombres, dudar se puede, cuál fuera más conveniente para el sosiego común, la noticia ó la ignorancia de esta droga; porque su abundancia y virtud, que despertó la codicia de la naciones más remotas, ha convertido aquellos piélagos en sepultura de armadas y ruinas navales; y llamado ejércitos rebeldes que pasan á ellos por estrechos no descubiertos antes, á vista de montañas cubiertas alguna vez de nieve y hielo azul por no herirlas jamás el rayo del sol, y á todo se abalanzan, no C por el celo de introducir Religión ó policía, sino por cargar de aquella droga causadora de las inobediencias y supersticiones. Este es aquel aroma precioso en que consiste el poder de aquellos Reyes, su riqueza y sus guerras. Milagro de la Naturaleza, donde se ve que no permite el abuso que ninguna sencillez natural deje de servir á la malicia humana; el fruto de discordia, más que la fabulosa manzana de las tres Diosas; pues por él se ha peleado, y pelea hoy, más que por minas de oro. Si fuera en tiempos de poetas griegos ó latinos, cuánto más dijeran de nuestras Malucas que de las islas Gor- D guides en el Océano Etiópico? Paremos un poco el juicio en la consideración de los peligros á que se aventuran los mortales, por ventura más por lascivia de sus manjares que para adquirir robusticidad en la salud.

El Rey de Tidore, cabeza de la liga.

Rabiando, pues, los Ternates, Tidores, Bachanes y todos los Príncipes vecinos, por dar principio á su desesperación, eligieron por cabeza de la liga al Rey de Tidore para acompañarse con el de Ternate, desposei-

do por la muerte de Gonzalo Pereira. Entre las relaciones, que la cristiana curiosidad de los Religiosos Jesuitas suele recoger, se halla, que en la isleta que divide á Ternate de Tidore se juntaron estos Reyes antes de ocupar sus puestos para la ejecución de esta confederación, y que el de Tidore, como cabeza de ella, les dijo:

Plática del Rey de Tidore á los coligados.

No puedo sin tiernas lágrimas hablar de la causa que nos obligó á esta concordia, porque la alegría del suceso, ya como presente hace los efectos que pudiera, si nos viéramos victoriosos: nuestras fuerzas se han juntado para librarnos del yugo español, castigando con riesgo de nuestra ruina general, unos hombres, á quien ni obligaron nuestros beneficios, ni enmendaron nuestras amenazas. Los ladrones del orbe, que le tienen usurpado, cubriendo su codicia con títulos magníficos y piadosos: en vano habemos probado siempre á aplacar su sorberbia por medio de nuestra obediencia y modestia: si hallan enemigos ricos, el español se muestra avaro; si pobres, ambicioso: sola esta nación es la que con igual deseo codicia las riquezas y las miserias ajenas: roban, matan, avasallan, y con falsos nombres nos privan de nuestro imperio; y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece que tienen introducida en ellas la paz. Nosotros nos hallamos poseedores de las más fértiles islas de Asia, sólo para que con los frutos de ellas compremos servidumbre y vasallaje infame, convirtiendo esta felicísima liberalidad del cielo en tributos de la ambición de tiranos advenedizos: experiencia tenemos de cuán odioso ha sido siempre nuestro valor á los Capitanes cristianos; los cuales, por esto mismo, no debemos esperar, ni más modestos, ni menos enemigos: tened, pues, en memoria, así los Reyes, como los súbditos, así los que os prometeis gloria, como los que salud, que ninguna de estas cosas se alcanza sin libertad, ni ésta sin guerra, ni la guerra sin bríos y sin conformidad. Las fuerzas de los españoles han crecido, y en ellas estriba su gloria: luego, descubierto una vez el misterio y causa de la tiranía, quién no se dispone á probar la última fortuna, por conseguir el último de los bienes humanos, la libertad? Las otras gentes que cuando sepan nuestra determinación, la llamarán desesperación y ferocidad, si la compararen con la causa de

ella, alabanzas nos atribuirán, y no perdón; además que cada cual sabe lo que conviene á su religión, á su honra y á su patria, mejor que los que juzgan estas cosas de lejos; y finalmente, sin libertad para qué es la vida? A

A estas y otras cosas respondieron aquellos furiosos Reyes con las mismas demostraciones, y habiendo puesto orden en los principios y duración de la guerra, se partieron en sus embarcaciones, no dando lugar al ocio ni á la tardanza; porque sabían bien, á cuán manifiesto peligro está puesto un designio grande, secreto y repartido en muchos corazones.

Desamparan los Ternates sus patrias.

El día del plazo salieron todos los Ternates de la ciudad con sus familias, no ordenadas, como en las transmigraciones, sino alborotados y furiosos, cargados de sus hijos y pocas alhajas, habiendo antes enviado sus haciendas á otras islas. Para que los Portugueses se asegurasen del designio, y que los de Ternate se desnaturalizaban, pusieron fuego á la ciudad por diversas calles: comenzaron las llamas á prender y extenderse hasta que se comunicaron, y de muchas y menores se formó un general incendio, con estruendos y gemidos; porque no solamente ardieron los edificios, que tantos años antes habían sido de sus abuelos y ascendientes, sino el amor de la patria, sus templos y todo el caudal humano y el de la Naturaleza; porque el campo sentía ya el estrago, y las cuevas, lagunas y fuentes, los arrecifes y hasta las ondas de la mar lucían y hervían con estallidos, y el fuego recibido en cavernas, que en las montañas están socavadas, penetraba á los huecos más profundos, lanzando bramidos y levantando peñascos y arboledas: entre tanto caminaban á los desiertos, volviendo á mirar los efectos de su venganza. Tristán de Ataide, confuso de ver tan horrenda ejecución, armando algunos soldados, envió embajadas á la Reina y Gobernadores para tentar el remedio y aplacar aquel furor inhumano. Prometió satisfacciones y mudanza en todas las cosas, pero ninguna aprovechó; antes se embravecieron más, y no escucharon concierto, ni admitió acuerdo que los pudiese entibiar. Llegados á ocupar los lugares, fuertes por naturaleza entre los riscos, se armaron, y en escuadrones asaltaban á los Cristianos; esperábanlos cuando salían á cortar leña y traer agua, y

Ponen fuego en la ciudad.

Ataide acude á los ruegos en vano.

Los Ternates ocupan los lugares fuertes, y asaltan á los Cristianos.

B C D

A dando sobre ellos los herían ó mataban. En todas las otras islas se ejecutó al mismo tiempo el edicto, dando muerte á cuantos Portugueses andaban en ellas. En la ciudad de Momoya la dieron á ocho que acompañaban al P. Francisco Alvarez, y él se pudo librar huyendo á una embarcación, pero habiendo recibido muchas heridas. En la isla de Chión, principal de Morotay, mataron también al Sacerdete Simón Vaz: entró en su aposento un infiel, donde hallando un retablo de la Vírgen Madre Nuestra Señora lo quebró en pedazos. No sufrió el cielo su desacato, y allí súbitamente se le cayeron al B sacrílego las manos, y murió de allí á pocos días: notóse más, que en el término de un año no quedó vivo ninguno de su linaje, de calamidades, guerras y sucesos adversos. Al último, estando pescando, saltó un pez aguja y le hirió con el hocico en un ojo y le quitó la vida. Todo el lugar se acabó en pocos años infelizmente. Tristán de Ataide tuvo con brevedad nuevas de este estrago y sucesivamente de los demás que en todas las islas hacían de la nación Portuguesa. Animaba los suyos, y él se esforzaba á encubrir el cuidado de verse en medio de tan general enemistad. Puso gran orden y tasa en los man-C tenimientos; despachó diversas espías para enterarse del hecho y del consejo del enemigo, y ordenó que siempre velasen en la guarda del Rey Aerio, que estaba en la fortaleza; reforzó la seguridad, no dejando más que las amas y dueñas que lo criaban. Volvió de nuevo, por medio de algunas otras personas, á intentar con blandura las paces con la Reina y con el Rey de Tidore, dando comisión para prometer partidos aventajados y que se habían de cumplir sin dilación alguna; pero todo se probó sin efecto, porque acrecentó la obstinación de los enemigos el caso que luégo sucedió.

Estragos y casos extraños en diversas partes de Cristianos.

D Catabruno, Gobernador de Xilolo, tutor del Rey niño, cuando por envejecida tiranía sintió buena disposición en los ánimos de los cómplices, dió veneno al Rey, y ocupando su Palacio y fortalezas, tomó el cetro y se hizo jurar á los vasallos; y aunque nadie esperaba diferente suceso, en todo aquel Oriente se tuvo por cierto que Tristán de Ataide consintió en el trato del veneno y en el consejo de alzarse. A los indicios con que lo probaban, se junta el ser notorio que Ataide en-

Catabruno, tirano de Xilolo, mata al Rey niño.

Sospechas contra Tristan de Ataide en la maldad de Catabruno.

vió á Catabruno una vestidura de terciopelo azul, de A que salió adornado el día que se levantó y le juraron con ella por Rey. Permitió Dios que en hallándose apoderado de aquel Reino, faltase á la fe que había dado á Tristán de Ataide y que se coligase con los otros tiranos confederados, y fué el mayor enemigo que tuvieron los Portugueses. Juntó gruesas armadas, con que hizo guerra á todos los Cristianos de aquellas islas: amenazaba y martirizaba para que renegasen.

Antonio Galván, sucesor de D. Trintan de Ataide en Ternate.

En este tiempo el Gobernador de la India, aunque tenía en desasosiego las cosas de Goa y de otras plazas, envió socorro á los de Ternate, porque era el fin del ve- B rano, y forzoso el despacho del sucesor. Este fué Antonio Galván, el cual para restaurar los pueblos abrasados, acudió con más de diez mil ducados de su hacienda, con los cuales se puede afirmar que rescató las Malucas. Deseó no sólo poblar, sino engrandecer á Ternate, y con este intento trató con algunos casados pobres y familias desacomodadas, le acompañasen y se fuesen á las Malucas con sus hijos y mujeres. El mismo oficio hizo con mujeres y hombres, que vivían mal, para que en otra tierra enmendasen la vida, tomando estado permitido: prestóles dinero y las comodidades necesarias C para el viaje. Entre tanto el tirano Catabruno, juntando su poder, fué sobre la ciudad de Momoya, donde vivía el Sangaje de ella, antes idólatra ciego y después Don Juan, Príncipe Cristiano. Este, pues, viéndose inferior en fuerzas al enemigo, se recogió á una fortaleza con su mujer, hijos y familia. Algunos Portugueses que Tristán de Ataide le había enviado, no osando encerrarse con él, se retiraron en las montañas, donde luégo fueron muertos por el edicto de la liga. Catabruno entró en la ciudad sin resistencia, y ejercitó sus crueldades, porque los miserables vecinos no lo quisieron desamparar. Y D muchos recién cristianos retrocedieron por miedo ó por tormentos. Apoderado de la ciudad, puso cerco á la fortaleza, dándole grandes asaltos, á los cuales resistió D. Juan defendiéndose valerosamente, y saliendo algunas veces á provocar al tirano volvía con victoria. Pero no obró en los suyos el ejemplo lo que suele en pechos generosos, y sintió este Príncipe la falta de ánimo con que los más estaban. Receló que por aquel temor servil

Catabruno sobre la ciudad Momoya.

Suceso notable del Sangaje D. Juan ya Cristiano.

Asalta Catabruno el fuerte del Sangaie D. Juan.

A habían de declinar á tanta mengua, que lo entregarían
á su enemigo, y como valeroso puso luégo la atención
en prevenir la salud del alma. Sabía él que Catabru-
no se preciaba de celoso de la ley de Mahoma, y á este
título prometía y daba la vida á los Cristianos que apos-
tatasen, y la quitaba á los que estaban firmes y constan-
tes. Temió que su mujer é hijos, como flacos, desfalle-
cerían en la confesión de la Fe, y envestido de este es-
píritu, metiendo mano á su alfanje arremetió para ellos,
y llorando no cobardes lágrimas los mató uno á uno,
diciéndoles primero la causa de este hecho, y como aun-

El Sangaje mata á su mujer é hijos, furor de Cristiano mal instruido.

B que juzgado con afectos humanos era inhumano, pero
en consideración de la seguridad para las almas, traía
consigo piadosa magnanimidad (opinión engañada), y
que antes le debían agradecer lo que por ellos hacía.
Quiso últimamente, con el mismo error, matarse á sí
mismo, pero estorbáronselo sus mismos domésticos y
criados; los cuales para alcanzar perdón y paz del ti-
rano, le entregaron la persona de aquel Príncipe ya
Cristiano, pero mal aconsejado de sí mismo. Traído al
poder de Catabruno y á su presencia, y sabiendo la
crueldad con que había sido homicida de sus hijos y

Quiere matarse á sí mismo.

C mujer, le preguntó que por qué se determinó á tan in-
humana y bárbara ejecución. D. Juan con grande se-
guridad y entereza le respondió: en aquel tiempo, y en
mi consejo interior, más atendí á la salud de las almas
que á la restauración de las vidas. Recelé de la flaqueza
del sexo, de la edad, de tus tormentos, y no quise poner
en duda su perseverancia en la verdadera Fe. Son las
almas inmortales y no les quité yo á mis hijos cosa que
les haga falta y que el tiempo ó tu cuchillo no se la qui-
tara. Y aun á éste todos le quedáramos agradecidos co-
mo á instrumento de la voluntad divina. Pero mucho

Respuesta del Sangaje Cristiano á Catabruno.

D más temí tu perdón y blandura con que hubieras per-
vertido los espíritus á los halagos de que se satisface la
frágil mortalidad. Yo como constante, expuesto á toda
tu furia, no sólo no temo los efectos de tus tormentos ni
de tus ruegos: antes te reconoceré por ministro de Dios.
Y si á él pluguiese que me quitases la vida, mayor bien
recibiría de tu cuchillo que de tu gracia. Catabruno fu-
rioso de oir tan libre respuesta, mandó que le matasen;
pero los mismos amigos del tirano, que amaban al San-

gaje D. Juan, le sacaron de la pieza y trataron de su restitución y libertad. A sus ruegos se alcanzó de Catabruno, y vivió muchos años en su señorío, con perseverancia cristiana, reconociendo el celo indiscreto con que, por su misma espada, se privó de sus hijos y mujer: ánimo verdaderamente digno de haber nacido en medio de Europa y no en la última barbaria, y excelente si alcanzara disciplina más atinada que pusiera en razón aquella fiereza, contra toda ley natural y divina, que juzga por piedad la ejecución de tan horribles homicidios.

Tristán de Ataide sentía estos daños, que casi los tenía presentes, aunque no le faltaban otros; porque los Ternates, señores ya de la isla, quemaron las poblaciones antiguas y nuevas, suyas y de los Cristianos, y entre otras la de Trutupalate, Calamata é Isico, aunque hallaron en todas valerosa resistencia y les costó mucha sangre. Dos veces salieron los nuestros á pelear con la armada de Tidore, que llegó hasta la vista de la fortaleza, y aunque ambas se retiraron heridos y desbaratados, no fué quedando los bárbaros ufanos de la victoria, porque murieron muchos y ninguno dejó de verter sangre propia. Lanzaron los de la liga otras numerosas armadas en el mar, con que estrecharon los Cristianos en la fortaleza hasta que llegó Antonio Galván que ya navegaba; pero antes fué socorrido, porque D. Esteban de Gama envió á Ternate un galeón cargado de mantenimientos y municiones y por su Capitán Simón Sodre. Llegó el galeón en salvamento y con él la restauración de aquellos afligidos. Cobraron bríos y esforzáronse á salir fuera, esparciéndose por la isla, y entrados en los bosques topaban edificios derribados y que las ruinas humeaban todavía, y divisaban particularmente entre las tinieblas las llamas altas sobre los montes. Con todo esto hacían saltos en los bárbaros, y en toda la isla se combatía todas las horas con los Cristianos avecindados ó con los soldados de las fortalezas, y en la mar sentían la música militar con que navegan y pelean valerosamente, la cual entonces causaba horror.

Socorros de Galván y de D. Esteban de Gama á los Portugueses.

Alvarado, Caballero Castellano, descubre las islas Papúas.

Entre tanto el Capitán Alvarado, Caballero Castellano, enviado por Hernando Cortés á Ternate por no conceder ocio al valor, que en aquellas partes había

A mostrado en servicio de Dios y del Rey, descubrió las islas de los Papúas; peleó con los bárbaros animosamente: bien que historias portuguesas atribuyen el honor de este descubrimiento á Don Jorge de Meneses, que arribó á ellas el año de veintisiete, como habemos visto; descubrió también el gran Alvarado otras islas llamadas Gelles en un grado de la banda del Norte, Leste Oeste con la de Ternate, ciento veinticinco leguas de la del Moro. Son los naturales de Gelles, en los colores, trajes y costumbres, semejantes á los Malucos, sino en el lenguaje que le hablan particular.

Antonio Galván, Capitán mayor.

B Antonio Galván partió de Malaca en la moción favorable con la gente y pertrechos necesarios para pelear y poblar; y habiendo pasado de Borneo y los arrecifes que por aquella costa se encubren (según escribe el padre Marta, Jesuita, al Gobernador Gómez Pérez, como parece por sus papeles), á vista de las Malucas descubrió una gruesa armada de carcoas y otros navíos chinas, con velas tejidas de cañas y de hojas de palmas. Entendió luégo que eran del socorro, que se habían juntado con las Yanguas del Tidore y Catabruno, los cuales, en compañía del Rey Ternate desposeido, salían
C á encontrar con los Portugueses ó Castellanos que pasasen por sus mares. Galván mandó que los suyos se pusiesen á punto, y reconocer la artillería, y disponerlo todo, haciendo oficio de Capitán y de soldado. Los enemigos se ordenaron en tres hileras de embarcaciones, cada cual de su nación, como si el Portugués trajera gran número de ellas. Venían en el galeón del viaje, y con él un pataje y un batel, en que á vueltas de los casados y familias impedidas, inútiles para aquel conflicto, pudieron tomar algunos las armas. Fuéronse llegando los infieles, faltos de artillería, y los flecheros Xilo-
D los y Chinas despidieron gran cantidad de tiros sobre los nuestros, y haciéndose á la mar una hilera, tiraba la otra, y el aire rechinaba, traspasado de los dardos y calabais; mas Galván, despreciando el peligro, aunque al principio se defendió con pavesadas y tablas, cuando juzgó que habían gastado la mayor parte de las armas arrojadizas, bien que entre ellas disparaban algunos mosquetes, comenzó á jugar su artillería, destrozando embarcaciones y gente: afondó buen número de ellas,

Batalla naval de Galván.

y sujetó muchas, porque pelearon sin arte, confiados, A
como en batallas de la tierra, en la muchedumbre de
los combatientes; y los nuestros en el esfuerzo y en la
experiencia quedaron heridos, aunque con victoria y
ánimo para seguir al enemigo que ya enderezaba para
Galván llega á Ternate.
sus islas; pero Galván que pretendía llegar á Ternate
prosiguió su derrota, y llegó como deseaba: desembar-
caron entre aquellas lastimosas soledades, ahumadas y
caidas. La alegría de los que estaban en la fortaleza, la
novedad del socorro, llegado contra toda esperanza, pu-
dieron acrecentar á todos el ánimo. Recibiéronle los
clérigos, los soldados con gritos de alegría, entre los B
cantares eclesiásticos, turbando la procesión y el con-
cepto de ellos: descansaban en verle, y mirábanle como
á libertador venido del cielo. No les mintió su opinión,
ni tardó él á dar muestras de su valor. Cedióle el cargo
Tristán de Ataide y aprehendió la posesión Antonio
Galván, y habiéndose informado del estado de las cosas
de la liga, extendida la fama del nuevo Capitán mayor,
se anduvieron mejorando; para lo cual prendió á Tris-
tán de Ataide y después lo remitió á Goa. Había envia-
do antes de esto Embajadores á la Reina representán-
dole su venida y los fines de ella, que era para servirla C
y restaurar los daños que el desenfrenado afecto de la
Frutos del gobierno de Serrano.
venganza había hecho. Entre tanto comenzó á reparar
la ciudad y las colonias, las Iglesias, arrecifes y casas,
y repartió aquellas familias; no se descuidó de la agri-
cultura: hizo plantar vides traidas de Portugal, de las
cuales vió pronto viñas formadas; entregó á los cléri-
gos las constituciones nuevamente ordenadas por el
Cardenal D. Enrique, después último Rey de la casa
de Portugal; ofreció la paz á todos los que se quisiesen
reducir, despachó Religiosos que persuadiesen á los fo-
ragidos el amor de la patria, su restauración, y cuán D
gran menoscabo era de su honor escoger la vida de las
fieras por un deleite furioso. La Reina, que además de
braveza natural, esperaba la restitución de su hijo, su
libertad y fuga de los Españoles, ningún concierto qui-
so escuchar. Cargaba entonces en Tidore el mayor peso
de la guerra, donde los Reyes conjurados con el despo-
seido Dayalo, hombre ferocísimo, juntaron más de cin-
cuenta mil combatientes: pero no habían ceñido aquella

A ciudad con murallas y foso, contentos con edificar sobre altas peñas una fortaleza[1], de donde se derramaban á cautivar los pescadores y otros Portugueses que salían de Ternate á buscar bastimentos, y desde allí ofendían aquella costa sospechosa. Temiendo Galván que la tardanza de la guerra le traería á las antiguas dificultades, envió segundos Embajadores para tentar la paz y persuadir á aquellos obstinados Reyes, sin recordarles el suceso pasado, un voluntario olvido de todas las ofensas, y á ofrecerles grandes dones y renovar, al precio de ellos, el comercio. Pero soberbios con algunos buenos B sucesos y con las fuerzas presentes, ninguna mención de paz escucharon, antes (según escribe Mafeo) dieron la respuesta llena de nombres afrentosos al crédito Portugués. Galván, encomendando el negocio á Dios, supo guiarlo con tal destreza que pareció portentoso, aun á los justos estimadores de las cosas; y no fuera creible si no lo confirmaran otras hazañas suyas que conforman con ésta. Hallábase con solas cuatro naves grandes en el puerto, y algunos navichuelos menores; juntó de presto una armada con ellos de cuatrocientos hombres, ciento setenta Portugueses, y los demás, hasta henchir C el número, esclavos, y del vulgo de Ternate, dejó con algunos á Tristán de Ataide en guarda de la fortaleza, y de Sultán Aerio; partióse á Tidore sin topar ninguna embarcación del enemigo (no se sabe la causa); hizo alto en parte segura, á un tiro de arcabuz. Echadas las áncoras, reconoció atentamente la muchedumbre de los que guardaban las riberas, la naturaleza de la región y el sitio de la ciudad. Llamó á su Consejo de guerra, y resolvió en él de embestir con ímpetu, y ganar la fuerza y peña eminente, despreciada entonces, por la seguridad que se prometían los coligados. Hablóles, mos- D trando valerosa sencillez, más que colores retóricos. Esta es, dijo, aquella misma gente que acabamos de vencer, á la cual de poca importancia sería restituir la libertad á que aspira, si con esto dejaran alguna á la predicación del Evangelio. Esta causa seguimos: ¿quién desconfiará de la victoria? ¿ó quién no desconfiará morir por ella? Así como este enemigo es el mismo que vencimos, también somos nosotros los mismos vencedores; de manera, que no tengo necesidad de buscar ejemplos

Diligencia y victoria de Galván.

Habla Galván á los suyos.

ajenos para exhortaros. Mucho tiempo ha que dura su A inquietud y desobediencia. A tantos años turbados, justo será que añadan nuestras armas un día victorioso, en que cortemos de raíz la rebelión. Llámannos tiranos: de esto ninguna pena recibo, porque después de la victoria habrá lugar para deshacer con trato moderado las sombras de esta calumnia.

No dejaron acabar á Galván su plática porque todos pedían la batalla, y deseando Galván ganar la peña, como lo había trazado, escogió para este hecho ciento veinte Portugueses y que los demás cumpliesen el número de trescientos, porque los restantes guardasen los B navíos y entretuviesen al enemigo si les acometiese: y que sin perder la armada de vista, fingiesen con mañas militares ser muchos más entrando por diversas partes y alzando las voces, cosa fácil, y más de creer para quien teme. Entre tanto Galván, habiendo prendido un Tidore y obligádole á guiarles, partió en la cuarta vigilia de la noche con los suyos por sendas, lejos de la ciudad, silvestres é incultas, y con el mayor silencio que pudo llegó á la cumbre del monte. Habían andado los Portugueses la mayor parte de su camino con la primera luz del alba, y descansando algo del trabajo, descubrieron C los morriones y plumas del enemigo que resplandecían. Galván entonces dando una voz y aclamando todos, dijeron: al arma! al arma! los coligados, con alaridos horrendos que herían en los peñascos y espesura de los bosques, venciendo su turbación se apercibieron: pero luégo conocieron que habían de ser presa de los nuestros. Comenzaron á pelear, y ante todos el Rey Dayalo, por la rabia de verse despojado, acudió con algunas compañías á ocupar los pasos y salió á encontrar á los Portugueses en un llano. No rehusaron ellos la pelea, y mezclándose los escuadrones se herían cruelmen- D

Fiereza de Dayalo.

te. Veíase Dayalo armada la cabeza con celada resplandeciente, adornada de varias y altas plumas, y el cuerpo de coraza escamada de acero, blandiendo y jugando á dos manos una lanza, como antena, cerrar con ímpetu desesperado; pero arrojándose entre nuestras picas y arcabuces, sin tiento, recibió algunas heridas por todas partes y cayó rabiando. Era dotado de robustísimas fuerzas y con ellas se levantó de presto: pudo disimu-

A lar las heridas y el dolor; y por no poner miedo á los suyos, proseguir la batalla delante de las primeras banderas. Peleó buen rato, pero como no lo curaron y el ejercicio hizo que la sangre manase más aprisa, faltándole ya la vista, volvió á caer segunda vez, y sólo habló con los de su guarda diciendo: Apartaos de aquí lo más presto que pudiéreis y llevadme con cuidado, porque los canes (este nombre daba á los Portugueses) no se gocen de despedazar mi cuerpo. Hiciéronlo así sus soldados, no sin notable peligro. Poco después él, escapado de la batalla, rindió aquella ánima soberbia. Los de su B ejército, atónitos del caso, volvieron las espaldas y se escondieron entre las breñas y peñascos, y por desvíos inaccesibles arrojadas las armas: otros volvieron á la ciudad y topando algunas compañías de socorro, las hicieron volver por otras sendas. Los Portugueses siguieron la victoria, y matando á los que huían, habiendo perdido Galván sólo un esclavo, llegó á la fortaleza. Esta victoria, que fué el día del Apóstol Santo Tomás, de mil quinientos treinta y siete, quebrantó el orgullo de la liga: fué atribuida á intercesión del Apóstol, y celebraron solemne hacimiento de gracias. Puso fuego á C la fortaleza con prudente consejo, porque los ciudadanos y negociantes, en viendo las llamas vecinas, desampararon sus casas y con la plebe que huía salieron fuera de la ciudad. Ya Galván descendía del monte, recogidos sus soldados y ordenados en escuadras, con trompetas y cantos para entrar victorioso en aquella ciudad vacía de sus defensores y llena de riquezas; y viendo que la codicia de los soldados vencedores se daba prisa para ocupar tan innumerables despojos (porque no hubo mercader que no trajese á Tidore sus mercancías como al lugar más guardado y seguro), mandó Galván D pegar también fuego á los edificios, los cuales, con toda aquella inocente opulencia, ardieron á vista de los que esperaban hacerse dueños de ella, salvos los bastimentos por notable prevención. De los Tidores fueron presos los que tardaron á huir, y en el puerto un junco y otros muchos navíos menores. Después en otras pequeñas facciones perecieron los enemigos. Los Reyes atemorizados acudieron á guardar sus tierras desatada la liga, y escarmentados escucharon y abrazaron me-

Dayalo muere soberbiamente

Victoria de Galván contra la liga de los Reyes.

[illegible] Desistiéronse [illegible] de Tidore y concertáronse con Galvan, [illegible] virtudes y cordura aficionaron [illegible] Cachil Rade, hermano de aquel Rey, que [illegible] hablarle [illegible] ciertas condiciones le concertó [illegible] Obligóse el Tidore á restituir la artillería á Galvan [illegible] favorecer á los enemigos de Portugal: á no consentir que el clavo viniese á poder ageno, sino de los ministros Portugueses: á venderle en la forma que en [illegible]. Pasó Galvan á la expugnacion de Xilolo y á [illegible] demas Reyes [illegible] todo lo acabó con felicidad. La Reina vino tambien á reducirse, ya fuese por la infidelidad del Rey de Tidore, porque [illegible] se cansaba de la guerra, como ella decia, ó por ver muerto al Rey [illegible] Catabruno se aplacó por el buen modo que Galvan tuvo asentando las condiciones: entre ellas fué la principal, que habia de poner Galvan en libertad á [illegible] Con esto se desató la confederacion y [illegible] á la obediencia los Malucos, depuestas las [illegible] los bastimentos como antes, y las co[illegible] trato de la especería.

[illegible] Aerio acompañado de los Cristianos y Gentiles, entre danzas y otras alegrías, salió de la fortaleza [illegible] donde quedó con los soldados de guarda C y los de su familia. Antes de casarse (aunque nunca le faltaron concubinas) visitó por su persona las plazas mas importantes de sus reinos, Ternate, Moutil y Maquien. Los de la fortaleza le asistieron y acompañaron junto con los Sangajes que rodearon aquel grande Archipiélago, primero en la parte que llaman del Moro, la cual dista del Maluco hácia el Norte sesenta leguas: y comienza de las islas de Doe, dos leguas hasta la punta de Bicoe. Son todas poblaciones de gentes silvestres.

Tiene Batochina de circuito doscientas cincuenta leguas, sujetas á dos Reyes, que son el de Xilolo y Loloda. Este es mas antiguo que todos los Malucos, y de D todo aquel mar, y en otro tiempo el mas poderoso: hoy el mas flaco. Los habitadores de Batochina de la banda del Norte, salvajes sin ley, sin Rey, sin poblaciones: viven en desiertos. Los de la del Este las habitan populosas orilla de la mar: y aunque todos se entienden hablan diferentes lenguages. A esta costa llamaron Morotia, que es lo mismo que Moro de tierra. Las otras islas

A de frente Morotay (suena Moro del mar) y todas las islas del Moro producen hombres falsos, brutos, pusilánimes. Sólo la ciudad de Momoya es belicosa: careció siempre de ley, peso, medida, moneda, oro, plata y de todo metal y de Rey; pero sobran en ella mantenimientos, armas, ídolos y el demonio que les habla en ellos; proveen al Maluco; las mujeres cultivan la tierra. Cada lugar de éstos se gobierna por un Superior elegido por ellos; no le dan tributo, aunque miran en su descendencia. Los Reyes de Maluco los conquistaron, y cada uno se quedó con lo que pudo; pero la mejor par-
B te es del de Ternate, y no tan buena la del Tidore, al cual extendieron el dominio las fuerzas de Castilla. Pasaron también á establecer lo que poseyeron en los Papúas al Este del Maluco, islas poco frecuentadas, por ser muchas, llenas de bajíos y restingas; cuyos naturales son negros como los cafres: usan el cabello revuelto en grandes y crespas greñas; los gestos magros y feos. Llamáronse Papúas, que en su lengua significa prietos; hombres rígidos, sufridores del trabajo, hábiles para cualquier traición. Todas sus islas obedecen á Reyes; en cada una abunda el oro: no lo trasponen á las otras,

Los Papúas quiere decir negros.

C porque nadie lo atesora más del que ha menester para sus joyas. En medio de tan negra gente hay algunos tan blancos y rubios como los Alemanes: éstos saliendo al sol, aunque no lo miren, quedan ciegos. En España los llamamos Albiños; bien que algunos nacen fuertes y hábiles para ver cualquier objeto. Hay entre los Papúas muchos sordos. En razón de la grandeza de la provincia, si creemos á los papeles de pilotos Castellanos que han navegado por allí, corren estas islas por lo largo de una grande tierra que remata en el estrecho de Magallanes. Estos Reyes tienen amistad con los Ter-

Grandeza de la isla de los Papúas.

D nates: enviáronle sus Embajadores, y lo que en estas islas obedece al Maluco estuvo intacto sin participar de la rabiosa desesperación de la liga. Lo mismo hicieron los que habitan los Celebes, hácia el Oeste, en muchas islas famosas, Mindanao y la misma Celebes, dividida en otros tantos Reyes; las de Bisaya fértiles del hierro; Mascagá y Masbate lo son de oro como Mindanao; la de Solobo y otras, de mantenimientos y drogas, sándalo, águila, canela, canfora, tartaruga, jenjibre, pimien-

la doncella, mandó que los matasen todos. Para este mandamiento, que fué excesivo, aunque sin efecto, no tuvo orden ni permisión del Rey Aerio; antes mostró después tan generoso sentimiento, que dió orden para que prendiesen al Príncipe, á quien castigara con severidad si no lo estorbaran los mismos ofendidos. No fué parte esta demostración para que, contra toda conjetura verosímil, el Capitán no aplicase al padre la culpa del hijo; y no habiendo medios prudentes de personas celosas para unir aquellos dos ánimos, Diego López, con la autoridad Real (que cuanto más lejos del Príncipe, de cuya cabeza mana, suele mostrarse más horrenda), se arrojó á poner en prisiones al Sultán, y fué llevado á ella desde una casa de recreación, donde pasaba la fiesta con sus mujeres. Amábanle los suyos, y á la medida de su afición sintieron el agravio: y los Portugueses no alabaron el hecho. Viendo el Capitán la repugnancia que en todos hallaba, y que de las pesquisas y averiguaciones salía la causa del Rey con mayor reputación, y su fidelidad se establecía más, le dió libertad con general contento de sus Reinos, que estaban atentos al suceso; pero con obligación de ir á Goa á defender su causa, donde creyó que con los recados que él enviaría le cortarían la cabeza. Púsose el Rey en camino, y antes que llegase á Malaca le escribió el Virrey, suplicándole que se volviese á su Reino, que él estaba satisfecho de su inocencia, y le prometía castigar al autor de aquellas novedades; y entonces, por respetos justos, se contentó con enviarle á reprender. Vuelto el Rey á Ternate, el Capitán fué llevado preso á Goa, y pasara adelante su castigo; pero guardóle la fortuna para instrumento de la pérdida que ha durado hasta nuestro tiempo. Dentro del año de su prisión fué restituido á su cargo en Ternate, donde maquinó de nuevo contra aquel Rey, porque hay ánimos en quien los recelos no entran para salir. Era Ternate como Metrópoli en las cosas de la Religión, y el Rey Aerio no le había perdido el respeto, ni á nuestros ritos espirituales y civiles, y así nunca faltaban en su corte personas graves. Estas con fervor los compusieron, al parecer, perfectamente; y para que durase la nueva gracia á que se reducían, prometió el Rey al Capitán mayor,

Prende el Capitán al Rey Aerio.

Libran al Rey.

Pasa el Rey á Goa.

Libertad del Rey y prisión del Capitán.

A con la solemnidad del juramento de su secta, que en ningún tiempo disimularía en el pecho ni un mínimo recelo: y que, sin admitirlo, se lo descubriría para recibir ó darle satisfacción, porque ningún accidente resucitase las sospechas. La misma promesa hizo el Capitán al Rey, quedando ambos recíprocamente sosegados y, á la opinión de los que intervinieron, tan conformes que nadie juzgara que tan perfecta amistad se podía desatar; pero como en los hombres no hay cosa que menos permanezca que la paz reconciliada, volviendo el Capitán al odio no pasado, y por ventura ni suspen-
B dido, se determinó á destruir á Sultán Aerio, habiendo intervenido solos cinco días después de las nuevas amistades celebradas con juramento por ambas partes. No pudo esto ser tan secreto que se le escondiese al Sultán: pero el ver que era Rey y la verdad de su fe sobre las amistades recientes le aseguraron. Mas si la condición humana no perdona cuando ofendió, qué cosa hay menos segura que la inocencia agraviada? Fíngese enfermo; envíale á suplicar que, pues él no puede acudir á su palacio, se sirva de verle en el fuerte para comunicar con su Alteza negocios tocantes al estado del Rey
C de Portugal su señor, que no los puede fiar á otros oídos. La respuesta fué acudir el Rey á visitar al enfermo, advertido más que por sospechas de como en entrando por la fortaleza, tenía orden Martín Antonio Pimentel, sobrino del Capitán, para quitarle la vida. No se pudo persuadir á dar crédito á la traición: tanto puede la inocencia en un ánimo noble; mas cuando vió que, llegado á la puerta, detenían á los soldados de su guarda, á los Sangajes y Cachiles que le acompañaban, comenzó á certificarse del daño: pero sin turbarse pasó adelante con semblante constantísimo; y bien que, al
D despedirse de sus hijos, no pudo contener las lágrimas; luégo cobró la severidad de manera que, echando de ver en el sobrino del Capitán indicios de la comisión de su tío, no se desanimó. Quiso quejarse de la descortesía de los que detuvieron su acompañamiento, al mismo Capitán, pero no le dejaron pasar. En esto, declarándose la verdad impetuosamente, que andaba reprimida, dió voces á los Sangajes, pero tampoco les fué concedida la puerta á ellos ni al Rey. Presentósele Pi-

Viene el Rey Aerio á visitar al Capitán que se fingió enfermo.

mentel con un puñal desnudo en la mano: pidióle perdón de aquella violencia; al cual el Rey, sin mostrar admiración ni alteración, le dijo que mirase lo que intentaba, porque de su muerte quedaban muchos vengadores; además de sus hijos y vasallos, todos los Reyes del Archipiélago, así los absolutos aliados como los que reconocen la Corona de Portugal. Porque este ejemplo, decía, les ha de poner temor de cualquier leve antojo de un Capitán mayor. Si duran siempre los recelos que tantas veces han sido fugados por vanos, yo me pondré en las manos del Rey de Portugal; y si tanto os va en que yo muera, suspended esta determinación, porque en mi edad no tardará el tiempo á ejecutar lo mismo que vuestros puñales. Ya en esto le comenzaban á herir: y viendo acaso un cañón de bronce, que mostraba el escudo de las armas de Portugal, abrazándose con él dijo: Cristianos venerad á lo menos estas armas. Por qué matais al Rey que más ha reconocido vuestra Corona? No le valió este último testimonio de su conciencia para aplacar aquellos homicidas, valiéndoles en Roma, un tiempo, á los siervos el abrazarse con las estátuas de los Emperadores para librarse del castigo de sus dueños. Podría ponerse en duda si se salvó el alma, porque afirman que rogó al matador que le dejase recibir bautismo, y que respondiéndole que ya era tarde, sin concedérselo ni aguardar más, se llegó fieramente á herir aquel Príncipe, ya anciano, que no se defendía, le clavó la daga por muchas partes. Llevaron el cuerpo á una bóveda. Sintieron el ruido los deudos y criados del Rey, y sospechando lo peor llegaron alterados á la ciudad, donde la nueva andaba ya confusa: y turbados, dando grandes alaridos, discurrían por las calles, en las cuales no se oían sino llantos, amenazas, quejas, confusión. La Reina Putríz y las demás esposas y siervas del Rey muerto, los hijos y hermanos, olvidados de su decoro, salieron descompuestos y desesperados de su palacio, que estaba ya cercado del tumulto del pueblo, y seguidos de la mayor parte de los Portugueses, que con el mismo horror afeaban el hecho, corrieron á la fortaleza pidiendo á voces que les mostrasen al Rey, no acababan de dar crédito al caso. Salió el Capitán mayor armado sobre el adarve del

Matan á puñaladas al Rey Aerio.

Quejas de Aerio.

Aerio pide bautismo.

A muro, y respondió que luégo se lo mostraría. Pareció
en esto allí mismo un soldado trayendo en las manos
la cabeza del Rey con el turbante real; tras éste otros
con los brazos, piernas y el cuerpo destroncado en pe-
dazos pequeños, y á vista de los suyos suspendieron to-
dos aquellos miembros por las almenas. Después lo sa-
laron, como si conviniera mucho la duración de la in-
juria. Fué ésta la que mayor sentimiento causó á los
agraviados, los cuales no pudieron ya sufrir tan cruel
espectáculo, y faltos de consejo, y temerosos de mayor
daño, se retiraron con los de su familia: y por el res-
B peto que guardaron al cuerpo de su padre, salieron de
Ternate á diversas islas, aunque verdaderamente salie-
ron para concitar los ánimos con su presencia, repre-
sentando con ella la atrocidad y lástima del caso y para
aprestar la venganza. Contentáronse entonces con en-
viar á quejarse del Capitán mayor. Llegó el Embajador
á Goa vestido de blanco (es el luto que se visten los Ma-
lucos) y en creencia de las cartas refirió al Virrey el su-
ceso. Probó cuán sin culpa había muerto el Sultán; re-
presentó el agravio y sentimiento de su familia y de sus
Reinos que tanto le amaban, y que de parte de todos
C le suplicaba que los desagraviase del que, con el poder
y autoridad de las armas portuguesas, había violado la
fe pública y los derechos naturales. El Virrey le oyó be-
nignamente, aunque ya en Goa, á lo menos entre la
nación Portuguesa, se refería el caso en otra forma.
Decían que habiendo llegado el Rey Aerio á visitar al
Capitán, entró con él Martín Antonio Pimentel, con el
cual porfió cierta cosa, y replicándole el Portugués con
ira llegaron á las armas y en la pendencia murió el Rey.
Añadían á esto habérselo aconsejado Religiosos nues-
tros, ofendidos de la persecución de los Cristianos y de
D que se perturbase el servicio del Rey de Portugal. Mos-
traba Pimentel su defensa en las cartas originales con
que fué inducido por los que después lo salvaron; pero
no por esto dejó el Virrey de admitir á los Malucos.
Prometió que los desagraviaría, y para que se viese
que libraba la satisfacción en más que el sonido de la
promesa, despachó para Ternate para el cargo de aque-
lla fuerza el socorro necesario y á Nuño Pereira de la
Cerda, Caballero del valor y sagacidad necesaria, en

Muestran desde el muro la cabeza del Rey Aerio, y cuélganla con los miembros de las almenas.

Salan los miembros del Rey.

Envían los hijos de Aerio á Goa á quejarse del Capitán mayor.

Martín Antonio Pimentel, matador del Rey Aerio.

Nuño Pereira sucede en Ternate á Diego López.

quien hubiese de suceder al pasado en Reinos conmovidos. Y escribió al Rey de Portugal D. Sebastián la muerte de Aerio: la violencia con que se la habían dado y cuán sin culpa: la alteración que por ello se temía: el sucesor que enviaba al Mezquita: la orden que llevaba para prenderle y si pudiese también á Pimentel. Nuño Pereira con el Embajador Maluco llegó á Malaca, y de allí, en el tiempo debido navegaron á Ternate, y aportados en ella pusieron orden en reformar las insolencias de los que habían quedado en los presidios que salteaban é impedían los comercios. Cuando los tuvo sosegados prendió al Capitán Diego López, pero no lo castigó luégo á los ojos de los ofendidos, acto con que se mitigaran. Remitióle á Goa con soldados de guarda, donde estuvo hasta que el Rey Sebastián tomó resolución sobre su castigo. Procuró el nuevo Capitán que los hijos del Rey volviesen á Ternate, á los cuales y al Reino dió satisfacción. Mostróles fácilmente cómo en la muerte de su padre no intervino culpa pública, sino de solo el Capitán Mezquita, y que sería castigada con rigor; que allí les entregaba el cuerpo del Rey para que lo sepultasen con los honores debidos; que tratasen de la sucesión del Reino, y ofrecióla á Cachil Guarate, primogénito de Aerio. Díjoles que el Rey de Portugal no enviaba sus Capitanes para enemigos, sino para protectores de la familia y estado Real de Ternate, y así que usasen de aquellas armas como propias. Agradecieron con grandes demostraciones lo que Pereira hizo y tibiamente contentos de lo que prometió, recibieron el cuerpo del Rey. De allí á pocos meses, en el día señalado para las exequias bárbaras, desembarcaron en la ciudad Embajadores de los Reinos y Reyes vecinos, los cuales y los hijos, hermanos, Sangajes y soldados, acudieron vestidos todos de blanco á palacio, y entrando los más principales al aposento del ataud, antes de comenzar los plantos y alaridos de los lamentadores, que por oficio son ministros de la sepultura, juraron sobre el cadáver de hacer la venganza que igualase con la ofensa; y porque esta deliberación pedía más acordado aparato, la suspendieron todo aquel año. Dícese que dentro de él se anticipó el cielo y castigó á Pimentel pene-

Prisión de Diego López.

Aplaca Pereira á los Ternates.

Exequias del Rey Aerio.

El luto de los Malucos es blanco.

Juran de vengarse sobre el difunto.

A trándole el corazón la enfermedad berber, de la cual
murió hinchado y rabiando.

Acabadas las honras funerales, se despidieron los in-
fantes de Nuño Pereira, para irse á la isla de Ires, don-
de tienen una hermosísima casa de recreación y la mez
quita mayor. Allí se juntaron con apariencia de diver-
tirse del sentimiento, aunque ya hacía casi dos años
que sucedió la causa de él, y con la misma voz acudie-
ron los Sangajes y Cachiles, los cuales, sin perder el
tiempo, trataron de unir las fuerzas de sus Reinos y
sacudir el yugo de Portugal. En qué estimaremos á los
B Portugueses, decían, si nosotros llegamos á conocer
nuestro poder? Qué temeremos ú osarán intentar? Pre-
cian los Portugueses al que más roba, y mayores vio-
lencias y lujurias comete. Causa de la guerra es para
ellos la rapiña de nuestros frutos, sus regalos deshones-
tos y nuestros agravios. Para nosotros la patria, la de-
fensa de nuestros padres, nuestras mujeres, nuestros hi-
jos y la libertad. Conviene acelerar la ejecución, porque
el secreto nunca envejece en los pechos, y en estos de-
signios, caso más peligroso es el deliberarlo que el mis-
mo efecto de ellos. Baste ya el tiempo que habemos an-
C dado turbados sin cabeza. Nadie contradijo; pero ni
Cachil Guarate, mayor de los hermanos, ni el segundo,
se atrevieron á cargarse de tan árduo hecho. Cachil Ba-
bú, que era el tercero, lo aceptó, con la ordinaria pro-
mesa de morir ó vencer. Luégo le alzaron en alto con
grande aplauso, y sabida su elección, el Rey no le obe-
deció fácilmente por el deseo de la venganza; y aun-
que por las costumbres de todas las Malucas en nacien-
do cualquier hijo, al Rey le juran por sucesor para su
tiempo, y no era menester otro juramento, dieron á Ca-
chil Babú nueva obediencia: á este acto se siguió el sa-
D lir á su mezquita en forma de procesión para sacrificar.
Guiábala un muchacho, que traía sobre el hombro una
espada desnuda, llevando de la otra mano un cabrito,
que había de ser la víctima con los pequeños cuernos
dorados. Prohibido está por el Alcorán el sacrificar;
pero tan indistintamente admiten estos isleños los ritos
del Mahometismo, que retienen con él los de su anti-
gua idolatría y confunden las ceremonias. Al que lleva
el sacrificio suele seguir, según su costumbre, una par-

Tratan los hijos y vasallos de Aerio de vengarse.

No osan los hijos mayores del Rey Aerio encargarse de la venganza.

Llevan á su nuevo Rey á la mezquita con pompa.

te de los soldados del Rey con picas enarboladas, á los A
cuales sucede otro que lleva en alto un braserillo de oro
con ascuas vivas, humeando del incienso con que lo ce-
ban: tras éste venía el nuevo Rey, sobre cuya cabeza
levantan siempre un quitasol, fabricado de plumas de
diversos colores, en forma de un semicírculo grande.
Traían al Rey en medio aquellos soldados que son tri-

Rito y lavatorio para entrar en la Mezquita.

butos. Llegaron con esta orden á la mezquita; á cu-
yas puertas, siempre que han de entrar en ellas, hallan
calderas y ollas llenas de agua, con que se lavan los
pies y las manos para entrar. En tocando el Rey los
umbrales sonaron los instrumentos, y tendieron, como B
suelen, alfombras blanquísimas: arrodillados sobre ellas
murmuran sus vanas oraciones, bajando las cabezas
hasta el suelo. Está puesto en medio de la mezquita un
púlpito, cubierto de paño blanco. En lugar de campana
se ve colgado el pandero grande sagrado, que golpean
con palos, bien que cada mezquita usa de una campana
sin lengua, la cual tocan con piedra ó hierro cuando el
caso lo pide: oyéndola, acuden todos de cualquier esta-
do al templo con picas, paveses, campilanes y mos-

Sale el nuevo Rey Babú con su acompañamiento al puerto.

quetes. Acabado el profano sacrificio, en hacimiento
de gracias, sacaron al nuevo sucesor al puerto: entró el C
Rey en su carcoa con los de su familia, y los demás
Sangajes y señores en otro gran número de ellas. La

La carcoa Real.

del Rey está fabricada con tal artificio, que se puede
toda rodear por paseos compuestos de cañas españolas;
dos esclavos menean cada remo; otros remeros sirven,
y junto á cada uno ponen cantidad de flechas; en lugar
de los remos ciertas cucharas grandes de madera, con
que también desaguan el navío; en la parte superior
tocan los panderos y bacías de metal sonoro, y reman
apriesa ó despacio, al compás de aquel sonido, como
nuestros soldados suelen mover los pasos al compás del D
tambor; allí mismo van siete piezas de bronce colado;
buen número de picas enarboladas, mayores que las

Lecho Real en la carcoa.

nuestras; en el mismo lugar un lecho aderezado de col-
chas tejidas de oro; juntó á él, colgada la celada, peto
y espaldar del Rey; el cual, sentado ó acostado sobre
este rico lecho, moviéndole el aire sobre la cabeza los
de su cámara, con una ala grande, compuesta de plu-
mas variadas de las aves que vuelan en sus islas, paseó

A aquella ribera, resonando por ella y por la mar la confusión de los tiros, gritos é instrumentos bárbaros.

En tanto que en Ires se ocupaban, al parecer, en fiestas y juegos, con la misma solemnidad que prometieron la obediencia, juraron enemistad irrevocable con la nación Portuguesa; y habiéndola guardado en increíble secreto, divulgó el nuevo sucesor, cuando le convino, este público voto por todo su Reino, el cual hoy se junta de setenta y dos islas, contenidas en el Archipiélago entre las de Mindanao, á la banda del Norte, Bima y Corea, de la del Sur, y la tierra firme de los Pa-

Juran enemistad contra Portugueses.

Setenta y dos islas posee el Rey de Ternate.

B púas, por otro nombre Nueva Guinea, hácia el Oriente; cuyos habitadores le pagan el tributo en oro, ámbar y pájaros celestes; provincias todas usurpadas á otros Reyes, de cuyas ruinas ha crecido tanto la soberbia de éste, que se intitulaba en su lengua Emperador del Archipiélago. Había casi en todas ellas poblaciones cristianas, templos y predicadores; y en las ocho principales naciones estaba recibido el Evangelio, y de todas vinieron Embajadores idólatras y Mahometanos para reconocer y jurar á Cachil Babú. De esta gran junta resultó el hacer causa de Religión la de la ven-

El Rey de Ternate se llama Emperador del Archipiélago.

C ganza, y dar principio á una de las continuadas persecuciones que en nuestros siglos ha tenido la verdad; por lo cual será necesario describir con distinción las tierras, y gentes remotas y vecinas que la ejercitaron, las fuerzas y milicia ordinaria que siempre tienen apercibida para cualquier suceso. Las diez y seis poblaciones mayores de Ternate acuden á su Rey con tres mil hombres de armas; la isla Moutil, que á la banda del Sur dista de ella seis leguas y produce clavo, con doscientos; la de Maquien, ocho leguas, con mil quinientos; la de Cayoa, á la misma parte, cuatro leguas de

Provincias, milicia y fuerzas de los Reyes de Ternate.

D Maquien, con trescientos; las islas de Gacea, doce leguas de Cayoa, con trescientos; las de Xula, cincuenta leguas de Ternate, con cuatro mil; las de Veranula, que son de Amboino ochenta leguas y tienen otras tantas de circuito, con cincuenta mil hombres; las de Buano y Manipa, entre las de Veranula y las del Burro, con tres mil; las de Oa, Noloa, Guinea, que son muchas y muy pobladas, cincuenta leguas de Ternate, á la banda de Este, acude con gente de guerra en núme-

ro incierto, pero copioso; la de Ires, donde entonces estaba el Rey, con cuatrocientos: ésta le da también tributo en ámbar y pájaros celestes; las de los Meaos y Tafure, doce leguas de Ternate, á la parte del Norte, con cuatrocientos; las del Dae, que distan treinta leguas, por la misma, con quinientos; las de Rao y Saquita, setenta leguas hácia el Norte, con mil; la gran Batochina, cuatro leguas de Ternate, con diez mil hombres; la extendida isla de Matheo, tiene diversos Reinos, treinta leguas hácia el Poniente, y sujetos cada uno á su Rey, y todos ellos al de Ternate, le presentan armados; Totole y Bool, seis mil soldados; Gaidupa, siete mil; Gorontano é Iliboto, diez mil; Tomine, doce mil; Manado, dos mil; Dondo, setecientos; Labague, mil; Pulo y Yacua, diez mil; también le obedecen los de Gape, Tobucuo y Butú, y no se puede reducir á número su gente de guerra; la de Sanguien, y su Rey, cuarenta leguas de Ternate, le sirve con tres mil hombres. Esta era la milicia cierta; la cual, sin aumentarla con los números inciertos, ni con la muchedumbre de esclavos, llega á ser de ciento veinte mil trescientos hombres. Al Gobernador Gómez Pérez lo escribió así el Padre Marta, cuya relación original me fué entregada. Después acá ha sido mayor, y más formidable el poder, por las amistades y ligas que trata con diversos Príncipes, conservándose con los unos y oprimiendo á los otros, y ejercitando con todos las reglas de la tiranía, con tanta sutileza como en otros tiempos la supieron introducir Grecia, Roma ó Cartago. La caza, pescado, arroz y sagú, con las demás abundancias de frutas, especería y minas, diremos cuando el argumento nos obligue. Sus armas de la misma manera; de las cuales quede sabido, que las arrojadizas son bañadas en el veneno de sus yerbas, y las de fuego no se diferencian de las nuestras. Para esta grave ejecución envió el Rey á sus hermanos y Sangajes con secreto; pero no pudo llamarse de tantas partes un ejército sin que llegase la voz á los Cristianos, particularmente al Capitán Nuño Pereira, el cual, recelándose de que siempre vivía en los ofendidos el deseo de la venganza y de que el primer ímpetu había de cargar sobre aquella plaza, aunque ya faltaba de ella el matador del Sultán, la per-

Amistades del Rey de Ternate con otros Principes.

Traza el Rey Babú la venganza.

Nuño Pereira se previene.

A trechó á medida del asedio que esperaba: usurpa la
prudencia sus veces á la profecía.

No estaba entonces hecha la fortaleza, que hoy se ve
en Ternate, en lugar alto, de difícil subida por la parte
de la mar, y de una laguna en que se asegura por las
espaldas del monte, tres millas distante de la antigua;
después la edificaron para defenderse de grandes arma-
das, no contentos con la que tenían en sitio llano ma-
rítimo de piedra suelta, sin mezcla; la cual, mejorada
en todo, es hoy de cal y canto, paredes de vara y me-
dia de ancho y quince de alto: tiene por la frente cua-
B renta hácia la parte de la mar, un cubo en cada esqui-
na, en la forma de las fortalezas antiguas de España.
Nuño Pereira procuró con suma diligencia encerrar en
ella toda la mayor parte que pudo de todas las familias
Cristianas, y estar á punto para sostener el cerco que
luégo sobrevino. Avisó á la India y á Portugal de las
inteligencias que de él tenía, pidiendo socorro como
para caso cierto; pero ya entonces no llegara oportuno,
porque habiéndose juntado en Ires una parte de estas
gentes, quedando la otra en Batochina, donde la isla se
llama propiamente Xilolo, remota de Portugueses, co-
C menzaron allí mismo á perseguir á nuestra ley con de-
creto público.

Fortalezas antiguas de Ternate.

Da principio Sultán Babú á la persecución de los Cristianos.

Las sospechas de este daño habían puesto en cuida-
do á los ministros de todas aquellas provincias, porque
se andaban confirmando con indicios de manifiesta re-
belión. En Goa estaba ya preso Diego López de Mez-
quita en la fortaleza de Benastirim, bien guardado, y
para disponer de él y de la gente de guerra esperaba el
Virrey la resolución de España, porque temían que se
habían de valer los Ternates de los grandes socorros
que les pudieran enviar los Chinas, y más si fuera cier-
D to lo que entonces se platicaba en Castilla. Decíase, que
habiendo notado el Consejo de Estado que las Filipinas
no solamente no acrecientan las rentas Reales, sino que
las menoscaban y son una ociosa materia de gastos el
ser tantas, y de tan difícil conservación, habían pro-
puesto al Rey Filipo, nuestro señor, que alzase la ma-
no de ellas y retirase la Audiencia y presidios con que
se sustentan: añadían á esto el ejemplo de los Reyes y
naciones Chinas, que también las desampararon, siendo

El Capitán Diego López preso en Goa.

Razones de Estado para que el Rey de España desamparase las Filipinas.

tan vecinas y pudiéndolas socorrer tan fácilmente, que A se pueden contar por unidas á su tierra firme: que de la manera que España las gobierna, es notable detrimento, sin esperanza de que en otros tiempos se pueda alcanzar enmiendas, porque es grande la cantidad de plata que pasa á ellas de Nueva España, así para los gastos ordinarios como mercaderías; y que por la misma causa y la misma vía se relanza aquel tesoro por manos de los Chinas al centro de aquellos Reinos, intratables por la severidad de sus leyes, de que, como de armas y pertrechos, están cercados contra todo el comercio de los extranjeros. Decían que la Monarquía B esparcida y cortada por tantos mares y climas apenas se puede reducir á unión, ni la providencia humana es poderosa para ligar, por vía de inteligencias, las provincias que la Naturaleza distinguió con fines tan distantes; y que estas razones no son partos del ingenio, sino de la experiencia, verdad probable al sentido; que todas las demás que contra ella se pueden alegar, son honoríficas y llenas de un sonido generoso, dificultoso en la ejecución, y que lo más conveniente era acrecentarse el Rey en Europa, donde las fuerzas pueden acudir á los peligros sin los accidentes que las impidan en los mares C y dominios ajenos. Alargábase cada uno de estos fundamentos tanto por los ministros de la Hacienda, que mereció esta proposición ser conferida y estudiada; y si Dios permitiera que el Rey excluyera las Filipinas de su Monarquía, y quedaran expuestas al poderío del que primero las ocupara, hubiera mejorado el Maluco tanto el estado de sus cosas, que fuera inexpugnable.

Resolución de los Reyes Felipe Segundo y Felipe Tercero sobre las Filipinas.

Esta misma deliberación se ha comunicado otras veces, y en tiempo del Rey Filipo Tercero, que hoy reina, el cual, conformándose con la respuesta de su padre, ha desechado siempre tanto dañoso consejo. Res- D pondió, pues, aquel prudentísimo Monarca, que las Filipinas se conservasen en la forma que estaban, y se autorizase aquella Audiencia para que la justicia cobrase mayor esfuerzo, porque en la entereza y vigor de ella fundó él la duración y el nérvio de la República; y que con el mismo se fomentase allí la milicia, á la cual sirviesen las rentas Reales de Nueva España y de cualquier otro de sus Reinos, pues todos los tesoros y

A los que están por descubrir en los senos de las minas se deben aplicar para la propagación del Evangelio. Y que, qué dirían los enemigos de él, si viesen que por no rendir las Filipinas metales y riquezas, como otras islas abundantes en Asia y América, quedaban privadas de luz y de ministros que la predican? Que todo el poderío de los Reyes debe ministrar á este fin superior, como de hijos de la Iglesia y ayudadores de la voz Apostólica, que se continúa en los sucesos de la predicación primera; y que si en los vasallos Septentrionales no había querido remitir un punto de severidad, ni
B otorgar libertad para las conciencias, porqué había de aflojar en los Gentiles y Mahometanos, que son la mies que Dios le había señalado para enriquecer á la Iglesia de aquellos hijos tan desviados? En esta substancia se puso silencio á la plática, y con este glorioso fin se ha resuelto siempre que el celo ó la conveniencia humana ha tratado de que aquellos estados se dejasen. Parece que fué particular permisión del cielo, que sabía cuán presto habían de ser todos de un solo dueño, y unirse en su persona los derechos y las conquistas, y recobrar los unos por medio de los otros como en nuestros tiem-
C pos lo habemos visto. Este religioso motivo pudo con Felipo; pero además de él discurrían los que tienen experiencia de aquellas riquezas de Asia, que las más abundantes son diamantes, rubíes, perlas aljofar, ámbar, almizcle, algalia, canfora de Borneo y de China, bermellón, coral, azogue, cobre, ropa blanca de Cambaya y Mengala, tapetes, alfombras y colchas finas, chamelotes de Persia y brocados, marfil, ruibarbo, cardamomo, cañafístula, incienso, menjuí, cera, porcelanas, lacre medicinal y de tintura, clavos, masia de Banda, oro, plata y perlas, los leños saludables, el aloes,

Otros discursos que conforman con la resolución de los dos Reyes Felipes.

Riquezas de aquel Oriente.

D águila, calambuco, ébanos y otras infinitas plantas raras, drogas, especerías y adornos. Decían que todo esto perdió Venecia cuando se pasó el comercio á Portugal; y que como quien sabe que ellas son las riquezas ciertas, incitó al Soldán de Egipto para que considerado con todos los Reyes de la India, atemorizados ya de las armadas Portuguesas, de tesoros comunes, armasen otra de embarcaciones de remo, y otras mayores, en el puerto de Sues, y la artillasen y embarcasen tres

Diligencias de Venecia, en razón de las riquezas de Asia.

mil soldados Mamelucos, además de la gran cantidad de A
los Venecianos y Genoveses renegados. Con estas fuerzas entró en la India en el año de mil quinientos ocho, y aunque el Rey de Cambaya le dió su favor, lo desbarataron Portugueses en el puerto de Chaul.

Portugueses vencen al Soldán.

Decían que ahora son estas riquezas de mayor estimación, y que si por Filipinas se encaminase el viaje y comercio de ellas, evitarían todos los peligros que en el de Amboino, Banda, Borneo, los arrecifes, las tormentas de aquellos golfos se padecen; porque particularmente el clavo le traen Portugueses en su galeón, del trato que pasa de Goa á Maluco, para socorrer y pagar la gente B
de los presidios. En esta embarcación se traen cada año, poco más ó menos, de veinticuatro mil quintales de clavo hasta Malaca y Goa: desde los puertos y plazas lo reparten navíos de Persas y Turcos, Chinas y Africanos, y á Europa llega apenas la tercera parte: muchas de las demás ocupa el Rey de Achem en la Sumatra, de donde lo embarcan para Alejandría. Todas estas mercaderías llegadas á Malaca, pagan ocho por ciento. De la droga que llega á España participan todos los Reyes de Europa, y que con mucha facilidad se podrá trazar que la mayor parte de ella viniese á España por C
Filipinas, y que sería uno de los más generosos arbitrios que en materia de hacienda se podía ofrecer, en evidente acrecentamiento de ella, considerando el grande precio que el clavo se vende en España y cuán bajo es el de las Malucas. Esto juzgaban en aquel tiempo que estas islas eran de otro dueño, y no fácil obra divertir el tráfago de la mercancía y cosechas aromáticas del viaje ordinario de la India. Además que las órdenes de San Agustín y Santo Domingo habían ya extendido la Fe en aquéllas y en otras islas, desde las cuales se fomentaba la mucha que florecía y crecía en Ternate y D
Tidore.

Pártese Sultán Babú con ejército de Ires á Ternate.

Cachil Babú con sus hermanos se partió de Ires en gran copia de navíos para Ternate, con alegría y pronósticos de victoria, al cual se le andaban juntando mayores fuerzas por el deseo envejecido de echar el imperio Portugués de todas aquellas partes. En llegando á las Malucas saltaron en tierra y á un mismo tiempo sobre la fortaleza, asiento (según proverbio suyo) de la servidumbre; asaltaron las casas de los Espa-

A ñoles, y fué tan súbitamente que, por advertidos ó te-
merosos que estaban, apenas se pusieron en defensa;
ejecutaron estrago más que bárbaro: iguales la ira y la
victoria; pusieron fuego á los techos con rabia, con des-
orden popular: pereció aquel día todo lo que estaba
excluido de muralla y foso. Los del fuerte intentaron
á dar socorro á los suyos; pero cargando mayor nú-
mero de Ternates, ya no solamente con lanzas de caña
maciza, que arrojan con destreza, con flechas, campi-
lanes y paveses, de que usan siendo idólatras, sino con
mosquetes y otras armas de fuego, mataron algunos de
B los que salieron, y los demás puestos en huida se reti-
raron á su fuerte: que á los que por tantas hazañas vi-
vían acreditados, aquel día la injusticia del caso en que
fueron cómplices les suspendió el valor. Enviaron de
nuevo á Goa á pedir socorro y á representar el aprieto
en que, no sola la fuerza de Ternate, sino todas las que
el Rey de Portugal poseía en aquel extendido Oriente,
se hallaban, porque en casi todas le negaron la obedien-
cia. La persecución de la Religión, la falta de armas y
bastimento, y cómo lo uno y lo otro les tenían los Ter-
nates quitado, por otros caminos habían volado estas
C nuevas á la India y á España, y por todo el espacio de
tiempo que duró el cerco remitió Goa socorros á las
Malucas en sus ordinarios galeones; mas la distancia
larguísima, la desigualdad de los bajíos, las tormentas
que en aquellos piélagos se padecen, despedazaron los
navíos ó los derrotaron ó sumergieron.

Invasión de los Ternates contra los Cristianos.

No estaban ociosos los Capitanes en las provincias y
Reinos de aquel Oriente, que seguían el ejemplo de los
Ternates; porque los de Portugal, aunque la reducción
de aquellos rebeldes tuvo por contrario al tiempo, no
carecieron de otras victorias, que si aquí las contásemos
D más parecería la nuestra historia de toda la India que
particular de sola una pequeña parte de ella. Además
que no le han faltado á la nación Portuguesa escritores
doctos que las han sacado á luz, en quien se podrán ver
largamente: los Castellanos también han hecho lo mis-
mo, con estilo harto superior al mío; así conviene reco-
gernos y volver á las Malucas, donde los cercados, co-
mo destituidos y olvidados de providencia de la tierra,
sufrirán la estrechura y peligros del asedio; de manera

Sufren los Portugueses el cerco y se defienden.

que todas las esperanzas pendían (después de la misericordia del cielo) de su propio esfuerzo y de la constante amistad con que el Rey de Tidore les alentaba; enemigo tan implacable del Ternate, que ni la vecindad de los Reinos, divididos por un pequeño brazo de mar, de legua y media de ancho, y en medio de él una isleta despoblada, que casi continuaba las tierras, ni los antiguos y reiterados parentescos, mitigan el odio que parece fatal, y por esto forzoso entre estas naciones y sus Reyes. A

Aunque como los Ternates están siempre tan atentos á la guerra, y ningún medio que prometa victoria les parece injusto, por una parte ejercitaban las armas, y por otra los tratos para concertarse con el Rey de Tidore, no tanto con deseo de componerse con él, como porque tentado con las esperanzas del sosiego se entibiase en la defensa y amparo de los cercados. Prometíanle la restitución de algunos lugares, que en las guerras pasadas le fueron asaltados; y que éstos y otros se los darían, como bienes dotales, con una Infanta, hija del Rey de Ternate, y otras comodidades, de las cuales y de todo este pacto era instrumento el Rey de Bacham. B A estas pláticas se juntaban amenazas; y como ambos Reyes y sus naciones convenían en la secta, y es cosa tan fácil vestir de honestos títulos cualquier causa de la guerra, resultó que, á lo menos al tiempo que se trataba esta astuta conveniencia de Estado, no acudían los Tidores con el primer fervor. Y aquel Rey, hasta entonces amigo perseverante, en consideración de otra particular ocasión, entretenía la respuesta: atendía juntamente con los cercados á la venida del socorro, y diversas carcoas suyas andaban arribando en las costas de las islas de Borneo para tomar lengua de las naves que venían de la India, de todas las demás se informaban, C y cualquier liviano aviso les ensoberbecía ó amortiguaba las esperanzas. Finalmente los unos y los otros pendían del tiempo, tan independientes de todo lo demás, que el esfuerzo y la fidelidad consistían en los accidentes de él. Tanto fué esto verdad, que estando el Rey de Tidore ya para aceptar el casamiento, y tierras que le ofrecía su enemigo, le retiró del intento una nueva de que parecía un galeón navegando la vuelta de las Ma- D

A lucas, y rehusó todos los partidos. Súpose después que pasaba á Filipinas, y no era de Portugueses ni de Españoles, sino de Venecianos particulares, que pasaba de Manila á la China con diversos rescates de sus Estados y de Levante; y así el Rey de Tidore, y aun los mismos cercados, como quien afila y adereza las armas, se comenzaron á prevenir de nuevo.

Con estos socorros se animaban á grandes osadías. Salieron á clavar la artillería del enemigo, y siendo pocos en número, embistieron diversas veces su campo, y volvieron, sin pérdida considerable, victoriosos. Des-
B de los muros le desbarataban sus tiros, sin que las trincheras lo estorbasen, por no estar hechas con la debida perfección.

Cinco años duró el cerco padecido por los Portugueses con notable constancia, y por los Indios apretado con igual obstinación; y no fueran sufribles la sed, hambre, desnudez, ni los rigores y faltas de los tiempos, si no comprendieran á los unos y á los otros. La extrema necesidad fué la causa de diversas señaladas hazañas, del esfuerzo con que sustentaron las vidas y la fortaleza, el cual causaba en el enemigo rabia y ad-
C miración, y aficionada piedad en las mujeres Isleñas, en quien hallaron entrada para sus consejos, secreto, inteligencias y declarado favor: tanto puede con su verdad la virtud perseguida, que los pechos enemigos, que guardaban la injuria, la convierten, primero en deseos de olvidarla, y sin prolijidad de plazos, en ansias de ayudar al valor que aborrecieron.

[illegible]



CONQUISTA DE TERNATE

LIBRO TERCERO

A En ambas partes respiraban con treguas breves, útiles al Ternate para el curso de los comercios, y á los Portugueses para que consumiese más términos su esperanza del socorro, que por haber tardado le juzgaban propincuo. Los sucesos no los desanimaban porque alternadamente eran favorables y adversos, y andaba la victoria sobre las olas de la guerra y aquella comunicación interrumpida confirmaba estrechas amistades. No pocos casos pudiéramos referir en esta materia, contenidos en cartas y relaciones Portuguesas y Castellanas
B de Religiosos que las escribían desde las Malucas á los Gobernadores de Filipinas, cuyos papeles se me han comunicado en esta ocasión para instruirme, y así de alguno echaremos mano sin perder de vista al sujeto mayor. Historiadores graves, Griegos y Latinos, como episodios para que descanse el lector, entremeten alguna vez los sucesos particulares. El ejemplo de los maestros licencia es para los que aprendemos, por lo cual no será injusto permitirme esta osadía.

Duarte, Alférez valiente, tuvo amistad con el Cachil

Suceso de un soldado enamorado de una isleña.

Tudura: y no se entibió por la opresión del cerco ni [A] fué impedimento para el trato. Solía Duarte con el silencio de las noches salir del fuerte, y con hábito y lengua de la tierra penetrar seguro la ciudad, donde era admitido clandestinamente en casa del amigo y en ella (por diferente causa de Tudurisa) su única hija, la cual, siendo instrumento el amor con que á Duarte correspondía, recibió nuestra ley. No ignoraba el padre la fe de entrambos; pero sabía también que los dos la acompañaban, Tudurisa de singular honestidad, y Duarte de verdadera cortesía. Solía volverse al fuerte, recogiendo en él, por secreta y peligrosa entrada, los mismos [B] que con la cuerda le ayudaban á salir. Traía inteligencias y alguna vez mantenimientos; pero no volvia todo ni entero, porque le tenía robados los bríos la india que había de ser su esposa.

Nuño Pereira remedia las ausencias de su Alferez.

Reconociendo Nuño Pereira las centinelas, supo que faltaba el Alférez de la compañía, y con sabia curiosidad las causas de su ausencia; y á honor de ellas (que tan poderosas suelen ser en grandes espíritus) disimuló el defecto militar, atribuyéndolo á la pasión, sin reprender al amante. Y ora fuese imitando el ejemplo que se lee de Quinto Fabio Máximo en otro caso semejante, ó que la experiencia haya enseñado [C] que para asegurar á quien ama bien ningunas prendas son eficaces como la presencia del objeto amado, habiendo puesto á todos ley de silencio, procuró, sin ofensa de Tudura, que su hija viniese con sumo secreto á la fortaleza. Acabáronlo con ella sin demasiadas exhortaciones; y una noche, llamando el Capitán mayor á su Alférez, le dijo: Yo he sabido que algunas veces (y son tiempos de mayor peligro) nos desamparas, y que no lo causa desamor ni ignorancia de la disciplina que profesas: aunque no estuviéramos reducidos á estas breves murallas, no castigara tu diversión, [D] porque en todos tiempos fué más saludable, para curar ánimos nobles, la blandura que el horror. No será razón que de aquí adelante quedemos sin tí y con ansias de lo que te puede suceder: aquí tienes á tu esposa (y pareció en esto Tudurisa), venida no por hurto ni resistiéndolo su padre; recíbela en paz y consiente que la honra de Portugal, estrechada en estos pocos soldados, no carezca del valor de tan grande caudillo. Admiróse

A Duarte y con generosa vergüenza, muy tierno y enmudecido, fué excusado de sus amigos y aun del mismo Nuño Pereira.

Llegó el año de mil quinientos setenta y cinco, en que los cercados cobraron alguna esperanza de remedio, porque los Sangajes y Cachiles del linaje del Rey de Ternate estaban repartidos en parcialidades, y hubo entre ellos quien procuró atraer á los Portugueses á la suya. Por estas divisiones peleaban con tibieza, y, á no haberse hecho la causa común, tuviera suceso el designio. En este estado, desesperados los Portugueses de
B todo socorro, los Ternates descubrieron por la otra parte de la isla, hácia la de los Meaos, un galeón que venía de Malaca, habiendo costeado á Borney. Entendieron que era el del socorro de Portugal, y certificados de esta sospecha, volvieron á la primera conformidad y estrecharon el cerco; pero no aprovechando la fuerza contra la dureza de los cercados, Cachil Tulo, sobreseguro de paz, propuso algunos medios, los cuales escuchaba ya el Capitán mayor mucho había desde la muralla. Un día, prosiguiendo la plática de conciertos, le dijo: que el Rey su hermano deseaba dar fin con cualquier suceso
C á un cerco tan prolijo. A este intento había concluido paces con el Rey de Tidore, para que de allí adelante no le socorriese; y que el de Bacham se había juntado con él para lo mismo; porque persuadidos todos de que la causa era universal, unidas las fuerzas probasen la última fortuna. Que las treguas de que hasta entonces habían gozado, aunque para dar lugar al comercio de los Javos y Rumes que venían á cargar de clavo, eran fructuosas para el Rey, habían de cesar por fuerza; que hasta cuándo, por conservar un nombre vano de fidelidad (que por ventura no llegaría á noticia de quien lo
D había de premiar) querían exponer las vidas á los últimos peligros? que considerasen la iniquidad de la muerte del Rey Aerio su padre, y que ahora con la obstinación hacían más injusta la causa del matador; que daban á entender que así aprobaban la traición ajena, cuyo castigo procurarían por otro camino; que estimasen mucho el no querer el Rey envolverlos en la culpa de aquel que contra la Religión de su juramento, contra la ley de amistad y contra el honor de la nación

Descubren Ternates el galeón del socorro, que venía para los cercados.

Trata de conciertos Cachil Tulo con el Capitán.

Portuguesa, más antes de la Naturaleza, dió muerte al A
Rey que con mayor constancia le guardó la fe que le prometió una vez. Además que ellos sabían cuán dificultosamente se alivia la necesidad con esperanzas desacreditadas, y cuán imposible era llegar el socorro desde tan lejos por mares tan airados, ejucutores de naufragios, y al parecer conjurados contra los autores del agravio y ofensa de Ternate.

Remató la plática requiriendo al Capitán mayor que saliese de la fuerza, so pena del último rigor, para el caso de no abrazar los medios de paz, y que determinados una vez no habían de perdonar ni á edad ni á B
sexo. Bien sospecharon los cercados que no se les proponía esto sin alguna fraude; pero viendo que ya lo estorbasen las guerras de Africa, en que el Rey de Portugal se andaba empeñando, ó que por la dificultad de tan peligrosa navegación nunca aportaron los socorros de la India, creyendo la amistad de los Reyes, porque le pareció que el de Tidore se había entibiado en la suya, sin cuya perseverancia no se podían sustentar, en nombre de todos se aceptó el concierto, habiendo Nuño Pereira primero respondido razones generosas, que correspondiesen á las de Cachil Tulo, en la parte C
que sonaban amenazas; dándole á entender cuán poco le movían á él ni á los suyos, y que no aceptaría condiciones en menoscabo del servicio de Dios, ni de su Rey, ni del valor particular de sus soldados que tan á costa de los Ternates estaba probado; pero que atento á diferentes consideraciones, rendiría la fortaleza saliendo todos los Portugueses armados, con banderas tendidas, en escuadrón, con sus mujeres, hijos y esclavos y toda la hacienda que pudiesen sacar; habiendo primero recibido rehenes, á satisfacción de que no se les daría molestia ni detrimento; que el Rey les asegurase D
pasaje para Amboino y los acomodase con embarcaciones, y que á los que por falta de ellas quedasen en su tierra, ni entonces ni al tiempo de su partida les pidiesen rescate; que se le entregaría al Rey Babú la fuerza y la artillería, con expresa condición que la tuviese por el Rey de Portugal y en su nombre; al cual la restituiría siempre que castigase con efecto la ofensa de Sultán Aerio. Todas estas condiciones aceptó y

Admite Pereira el medio que Cachil Tulo le propone.

A juró el Rey fácilmente con ansia de apoderarse de la
fuerza antes que aportase el socorro que ya llegaba. En
el día del plazo, que fué el de San Esteban, los Ter-
nates, ocupando lugares á propósito, como para espec-
táculo triunfal, se pusieron á mirar los Portugueses que
salieron como vencedores. Y apenas estuvieron fuera
de los umbrales de la fortaleza, cuando, arremetiendo
los enemigos á ella, ocuparon la artillería, con risa pú-
blica y vocería, burlando de los que la desampararon.

Rinden los cercados la fortaleza á los Ternates.

Porque á tercero día llegó el galeón bien artillado y po-
deroso, y Diego de Azambuja su Capitán mayor; in-

Llega el socorro tarde.

B tentaron de cobrarla, pero no fueron á tiempo porque
el enemigo se había hecho dueño de todo sin resisten-
cia. Cayó Pereira en la cuenta del daño que resulta de
la celeridad para escoger sanos consejos, y cuán cierto
es tras ella venir el arrepentimiento inútil; pues por
poco más que se entretuviera (siquiera para examinar
la proposición del enemigo, de quien nunca se debe
presumir que trata con sincera fe) se conservara y le
destruyera. Por esto, aunque no le faltaba honrosa dis-
culpa, acordó de no volver á Goa, porque tuvo secreto
aviso de que el Virrey le prendería con orden forzosa
C para cortarle la cabeza. Amparóle Azambuja en el ga-
león y con otros muchos pasó á Amboino. Los demás
se fueron y esparcieron por las islas vecinas en fragatas
mendigadas. Algunos volvieron á Malaca, y por falta

Diego de Azambuja que trajo el socorro, se va á Amboino.

de embarcaciones quedaron en Ternate diez y ocho fa-
milias de Portugueses, los cuales toleraron al principio
la mudanza de su fortuna, pero después no se pudieron
acomodar á la diferencia que va del dominio á la ser-
vidumbre. El Rey de Tidore, fidelísimo hospedaje de
Españoles, llegado el caso de la mayor aflicción, les
ofreció sus islas, habitación y contratación de la espe-

Ampara el Rey de Tidore los Portugueses de Ternate.

D cería. Envióles un buen número de carcoas, con que
los pasó á sus tierras, y sucesivamente les señaló sitio
acomodado para edificar sus casas y templos. Añadióse
nueva colonia, acrecentó el número de habitadores San-
cho de Vasconcelos, con los que remitió de Malaca sien-
do Capitán mayor de Goa, y después de Amboino, en
el año de mil quinientos setenta y ocho. Ultimamente
llegó el mismo, y edificó un fuerte, un cuarto de legua
de la ciudad de Tidore, la que dió nombre á la isla.

Tidore, fertilidad y hermosura suena en aquélla, ó en la más antigua lengua de aquellas partes. Llámanla vulgarmente los nuestros así; pero su Rey, como parece por sus firmas arábigas y persianas, Rey de Tudura escribe, y no de Tidore. No es menos fértil y apacible que Ternate, mas en su circunferencia y población mucho mayor. Produce los mismos frutos aromáticos: los del clavo ha probado en ella á cultivar la curiosidad, regando y podando el árbol á sus tiempos, y se ha visto que admite bien los beneficios del arte, naciendo más robusto y de más activa virtud, y olor más intenso. El sándalo blanco es en ella más perfecto que en todas las del Oriente. Hállanse en ésta como en las otras Malucas aquellos pájaros llamados en su lengua manucodiatas, que quiere decir aves del Paraiso, por la fábula de que bajaron del cielo, tan admitida de aquellos ánimos supersticiosos. Esta fortaleza acrecentó después Nuño Pereira, no lejos del puerto, y Diego de Azambuja. Este segundo con el ingenio, y con los brazos, en que cargaba los materiales, cuando convino dar ejemplo á los soldados y priesa al edificio, el cual reconocía el Rey á menudo, y se alegraba de ver su fortificación. Platicaba con los Capitanes, usaba en la guerra de sus consejos y consolaba los Cristianos; y fueron los más bien librados porque de allí adelante, hallándose Ternate sin ellos, y la fortaleza por los naturales, en todas aquellas provincias pareció que los Gentiles y Mahometanos quedaban vencedores: fortalecieron la tierra con reparos y prevenciones, armaron algunas fortalezas en partes eminentes, y revolviendo contra los Cristianos, ejecutaron martirios exquisitos, para que en ninguna parte del Orbe se deje de fundar con sangre fiel la unión y principio de nuestra Fe: desmembraban los cuerpos, abrasaban los brazos y piernas á vista del dueño que vivió en ellas; empalaban á las mujeres, arrancábanles las entrañas, y sobreviviendo á sí mismas, miraban sus carnes palpitando en manos de los verdugos: á los ojos de las madres despedazaban los hijos, y á las preñadas se los tiraban de los vientres, tal vez no acabados de formar. Averíguase que sólo en las provincias del Rey de Ternate murieron á cuchillo más de sesenta mil Cristianos: así lo afirman los Padres de la Compañía

Descripción de Tidore.

Manucodiatas, aves del Paraiso.

Fuerte de Tidore.

A B C D

A de Jesús, que predicaron en aquellas partes, en sus re-
laciones anuales. Cuentan esta persecución lastimosa
con las circunstancias de las atrocidades: cómo los per-
seguidos huían á los montes, buscando piedad entre las
fieras; arrojábanse á la mar, donde perecían tragados
de los monstruos de él, ó de las mismas ondas, no pu-
diendo arribar á las otras islas. Un buen número de es-
tos piadosos fugitivos, nadando, topó con un navío de
Portugueses, que venían á socorrer á los de Amboino,
y con gemidos lastimosos decía: Acudidnos, socorred-
nos, que somos Cristianos. Recibiéronlos con diligen-
B cia en los bateles, y reconocidos despacio, hallaron que
ninguno de ellos pasaba de doce años. Pero en este mis-
mo tiempo en que la crueldad servía á la gloria de Dios,
en las mismas ciudades y desiertos andaba contrapuesta
la Providencia: reducíanse Idólatras y Mahometanos,
y nuestros Religiosos predicaban y catequizaban sin
horror á los castigos: antes los deseaban y se juzgaban
indignos de ellos. Animábanse con los ejemplos que el
tirano á diversos fines ejercitaba; pero como todos juz-
gaban por propia obligación la venganza, á cuya som-
bra eran crueles con alabanza, y por las trágicas nove-
C dades de Europa la ejecutaban sin contradicción, cre-
ció en extremo la calamidad, que en espacio de treinta
años borraron ú oscurecieron el nombre Cristiano en
aquel Oriente. Destruyeron nuestros templos, y como
los que se aprestan para la caza de fieras, se armaban
contra los que vivían más seguros en la compañía de
ellas, ó en las soledades no pisadas de pie humano los
sustentaban las yerbas. Y con aquella ausencia permi-
tida por la verdad Evangélica, daban lugar á la ira del
cielo, cuyos ministros eran aquellos hombres. Más de *Niegan nuestra Fe en muchos pueblos.*
treinta y seis lugares, de á ochocientos vecinos Cristia-
D nos, de Xilolo; y en los Celebes, tierra espaciosa y po-
blada; y en las de otros dos Reyes, el de Siaon y de
Sanguil, que profesaban nuestra ley, con la mayor par-
te de sus vasallos; en el Reino de Cuaripana; en el de
Bacham, cuyo Rey y los suyos eran hijos de la Iglesia;
en las islas de Amboino, donde cuarenta lugares ado-
raban á Jesucristo en el gremio de su Fe; y en las de
Tidore, que no carecían de esta misma luz, le volvieron
las espaldas y se vinieron á perder: primero, por las in-

solencias de los Capitanes, y últimamente por la muerte A de Sultán Aerio, en quien, como se averiguó, no había precedido causa justa, ni aparente, de infidelidad que obligase á destruirle. Pero morían los Cristianos con tanta constancia, que no quitaron los tiranos vida sin acrecentar ejemplos de magnanimidad; y por ventura pretendió aumentar la gloria á su Iglesia la Providencia que permitió el suceso de Aerio.

Sultán Babú, haciendo de la victoria preferente instrumento para las que esperaba, embarcó la gente para cercar á Tidore y á Bacham; y aunque en ambas halló valerosa defensa y la compañía de los Portugueses recompensaba B el exceso del poderío, cedieron al tirano. Con esta venganza no rehusaba ninguna crueldad. Este año, en Noviembre, llegó á Malaca un galeón de la India, para llevar socorro al Maluco, y por Capitán de él á Agustín Núñez, el más antiguo y esforzado de aquellos tiempos, como lo mostró en la empresa de Chaul, cuando lo cercó el Niza Maluco, siendo Virrey de la India Don Luis de Ataide, en el año de mil quinientos setenta y ocho. Iba proveído el galeón de todos los pertrechos necesarios, y en él Diego López de Mezquita, matador de Aerio, destinado al castigo y satisfacción C de la injuria. Era tanta su braveza, y fuerzas, que para asegurarse de él, lo traían amarrado á una gruesa cadena, asida por otra parte, y presa de un comelete (es tiro de bronce) de marca mayor. Llevaba Agustín Núñez orden para entregarle al nuevo Rey de Ternate, presentándoselo en forma de reo aherrojado, para que le diese la sentencia de muerte como le pluguiese, y de ejecutarla en su presencia, en cumplimiento de lo que el Rey de Portugal había enviado á mandar. Dobláronle las prisiones, grillos y cadena, y pusiéronle debajo de la tolda del navío. Agustín Núñez iba pro- D veído en lugar de Sancho de Vasconcelos á la fuerza de Amboino, pero sobreviniéndole tormenta fué traído al puerto de Yapara, de Sunda, en Java mayor. Allí, por ir el galeón falto de agua y refresco, lo envió á buscar, y se lo trajeron en cuarenta embarcaciones de remo los Yaos naturales. Vinieron entre ellos ciento cincuenta soldados viejos en hábitos de villanos y de pescadores, los cuales alargando las pláticas ordinarias entre

Agustín Núñez, Capitán para Amboino

Diego López de Mezquita vá preso á Ternate.

A los que venden y compran, echaron mano á sus puñales, que los traían secretos, y viendo descuidados á los Portugueses los comenzaron á herir, con tanta diligencia y crueldad, que los mataron á todos. Murió también con ellos Diego López de Mezquita, mas peleando con gran ánimo y valor, asido á su cadena, impedido de los grillos y otras prisiones pesadas, y detenido por la pieza de artillería de donde estaba atada la cadena. Pudo con todo esto haber á las manos una espada y rodela, con las cuales derribó á sus piés diez Yaos. Vengó en ellos la muerte de los Portugueses; y ellos en él, B matándole, la del Rey Aerio de Ternate, que de tantas ha sido causa. Murieron también sesenta y tres Cristianos, y más de otros tantos Yaos; y sus embarcaciones se rindieran, á no llegar en el conflicto otras de la tierra en socorro de aquéllas, que traían gente con escopetas y lanzas de veinticinco palmos, con los cuentos venenados de yerba. Fué tomado el galeón, y no socorrido, ni la artillería de algún provecho.

Muerte del Capitán Diego López que mató al Rey Sultán Aerio.

Justo es que honre (como suele) toda la vida de este caballero una tan varonil y honrosa muerte; y que ella y sus prisiones y trabajos muevan compasión y afición C en los ánimos de los lectores, para borrar el odio que su crueldad en la muerte de Sultán Aerio les hubiere causado. Es de considerar, para su descargo, que no parece, ni se dice haber tomado indignación para moverse al hecho por intereses ó ambiciones, ni por otros encuentros particulares, sino por avisos que lo persuadieron de conveniencia, para la seguridad y progresos de la Religión y del estado público. También se les deben pasar en cuenta á los muy valientes algunos excesos de braveza, que proceden de fuerza extraordinaria en la parte del mismo que produce la ira, D y en que se sujeta la fortaleza. Cuando se hallan cercados de muchedumbre, y apretados con violencia injuriosa, si no se han de acobardar y rendir, viene á ser que la paciencia muchas veces ofendida se convierta en saña y furor, con que dan grandes estragos y ejemplos de crueldad, llevados no solamente de la pasión, sino también del juicio y consejo que les enseña á darse á temer con espanto, para evitar en sí en los suyos otras mayores crueldades, que suelen acome-

ter y ejecutar los ánimos viles contra los que mucho A temen.

Y sirva esta consideración para general excusa de otras demasías de este género, que ha descubierto ó acusado nuestra historia.

Este suceso, en razón de la muerte de Diego López de Mezquita, cayó en olvido, ó tardó en saberse muchos años, porque en el de mil quinientos tres el Rey de Ternate pidió justicia de este hombre al Rey nuestro señor, ignorando cómo Dios le había llevado á más recto juicio. La nueva llegó á Malaca, y luégo el Capitán Arias de Saldaña despachó otro galeón al Maluco, lla- B mado por él San Pedro y San Pablo, entregado á su Capitán Pero López de Sousa, y una galera con ciento cincuenta soldados para socorro en Amboino á Sancho de Vasconcelos, donde estaba falto de bastimentos y apretado. Partieron en Mayo de mil quinientos sesenta y nueve, con orden de pasar por Borneo á cargar de todo lo necesario para la ejecución de su designio. Aportó en Junio en esta isla y hallóla alborotada por la gente Castellana, que había venido con el Doctor Sandi, Gobernador de Filipinas, en treinta embarcaciones de remos, tomó la ciudad y ahuyentó al Rey, C que era amigo de Portugueses; y desde este tiempo se comenzó ya á estimar por plaza de armas Manila, para recobrar las Malucas; y si en él convirtiera Sandi á ellas los que llevó á esta otra empresa, hallara al tirano menos apoderado, y por esto menos difícil la venganza. Vasconcelos murió en Amboino: sucedióle Diego de Azambuja. Por esto, de la India no venían ya sino esperanzas; en las Felipinas no tenían orden, por ser Reinos entonces de otro dueño, para intervenir en aquellas guerras, y así estaban á vista de los martirios y revoluciones; y ocupados como solían en las de Cam- D boja, Mindanao, Japón y China, y entonces particularmente en las de Borneo ó Borney, no atendían á estas victorias. Está Borney puesta entre las Malucas y Malaca, y según piensa Gerardo Mercator, es la que Ptolomeo llamó de Buena Fortuna. La punta de ella nace debajo de la Equinoccial, y la mayor parte se extiende en seis grados de largueza hácia el Septentrión, ocupando los dos primeros paralelos. Estos ven que

Pero López de Sousa lleva socorro á las Malucas.

Acción del Doctor Sandi en Borney.

Descríbese Borneo.

A tiene más de cuatrocientas leguas de circunferencia; abunda de mantenimientos y de todas las comodidades para la vida; produce copiosamente canfora, agarico, diamantes; infinitos caballos, menores que los españoles; menos fértil en ganados lanudos y de vacas; recibe general comercio en sus puertos y ciudades populosas. La cabeza de ellas Borneo, de quien toma nombre toda la isla, edificada en espacioso lago marino, á imitación de Venecia: afirman que tiene veintitres mil casas. El Rey profesa la secta de Mahoma. Nadie le habla sino es por intérprete. Los naturales
B adoran ídolos; son blancos, de buen natural, de agudos ingenios; no visten traje cierto; usan muchos de camisas de algodón, y muchos de chamelote ordinario sencillo, con listas coloradas por la orilla. Llegó, pues, Sirelela, hermano de este Rey, á Manila, donde siendo el Doctor Sandi Gobernador, propúsole su pretensión y algunos medios que se ofrecían para el suceso de ella; pero en el que más le fundaba era en que le seguía en Borneo mayor parcialidad que al Rey su hermano. Prometió al Gobernador que si le ayudaba para que reinase (fácil empresa por el odio que los vasallos habían
C cobrado al Rey), haría tributario aquel Reino á los Reyes de España. El Gobernador, habiéndose asegurado, condescendió con su petición; y armando los Españoles y Filipinos que juzgó bastantes, con las prevenciones para una grande expugnación, los embarcó, y con próspera navegación llegó á Borneo. Asaltóla por diferentes partes: la mayor de la gente tomo luégo la voz del hermano. El Rey, juzgándose desigual por la mar, reservó las fuerzas para la tierra; y engañado en sus discursos hubo de huir, roto el campo, sin reliquias de él que le acompañasen en las soledades y des-
D víos de los montes, donde vivió miserablemente. Quedó introducido en el Reino Sirelela. Los Españoles victoriosos, volvieron á las Filipinas cargados de despojos, y entre ellos (si hemos de creer á las relaciones) trajeron más de seiscientas piezas de artillería; bien que, de allí á pocos meses, el Rey desposeído volvió por sí: conviene no desconfiar en los casos adversos, que la fortuna no es otra cosa sino la voluntad divina. Este, pues, se restituyó á su primer lugar con ayuda

Sirelela, hermano del Rey de Borneo, llega á Manila.

Socorro de Españoles, para que reine Sirelela en Borneo

de Portugueses, echando de él al hermano y vencién- A
dole hasta destruirle: no suele ser menor el odio que el
amor, entre los que Naturaleza ató con el más estre-
cho nudo. En las Malucas no cesaban las guerras ni la
ira general contra los Cristianos.

Prodigio en el cielo.

En Europa no se sabía la nueva de ellas, adonde y
en Africa se temían más altos peligros; de cuyos suce-
sos la Divina Providencia quiso instruir la libertad de
nuestros albedríos con admirables prodigios. A quince
de Junio del año mil quinientos ochenta, al declinar del
día, pareció á ciertos navegantes en medio del cuerpo
del sol un Crucifijo grande, plantada la Cruz en el Cal- B
vario, según la pintura ordinaria, y á su lado derecho
una imagen vestida de blanco, al siniestro otra de co-
lorado oscuro; el Crucifijo subía para arriba, y fué
siempre visto subir, hasta que el sol, escondiéndose,
cerró el día: esto vieron todos los que venían en una
carabela desde la isla de San Miguel, diez leguas antes
de llegar á la de San Jorge, cuyo Obispo, que reside en
la de Angla, envió el testimonio al Rey Felipe Segun-
do; recibido y solemnizado por el Oidor Freitas, per-
sona grave, firmáronle por testigos todos los de la cara-
bela, los cuales afirman que, compungidos, pidiendo C
con suspiros y lágrimas misericordia, se confesaron á
vista del prodigio. Admírense los entendimientos y
alaben al causador de lo natural y milagroso, que con
tantas advertencias nos muestra que reservó en sus ma-
nos los tiempos y los momentos.

Rey de Portugal, trata de la guerra de Africa.

Entonces trataba el Rey D. Sebastián de otras con-
quistas. A él sólo tocaban el daño y el remedio de Ter-
nate y de las otras Malucas vecinas; pero remitiólo al
Gobernador de la India, y el solicitado por Xarife Mu-
ley Mahamet, y para introducirle en el Reino de Ma-
rruecos (bien que con limpio celo) en compañía de un D
ejército africano, juntó otro católico poderoso, de to-
da la nobleza de los Portugueses, y de otros Españo-
les, Italianos y Alemanes; y (si habemos de creer á los
que escribieron aquella jornada) contra todos los dis-
cursos y consejos de prudencia militar (que miden las
fuerzas con la empresa para asegurar los sucesos, y pa-
ra cuando sucedan prósperos les previenen seguridad y
conservación) pasó á Africa, asegurado por el Xarife de

Pasa el Rey Sebastián á Africa, y mueren en la batalla

A que en viendo extender las banderas portuguesas le daría la obediencia; pero dispuso Dios que aquel Cristianísimo Príncipe muriese, pereciendo también el Xarife, y que se viese el estrago de sus ejércitos, quedando la victoria por el tercero, Muley Maluc, aunque murió juntamente en la batalla y fué sepultado con obsequias triunfales. Certificáronse los prodigios y el temor de los prudentes en el Rey de Portugal, y en particular el que precedió á su nacimiento. Fué caso cierto, que una noche vió la Princesa D.ª Juana, su madre, en el palacio de Lisboa, entrar en su aposento gran

Prodigio antes del nacimiento del Rey Sebastián.

B número de Moros, vestidos de diversos colores; creyó ó sospechó si serían los Monteros (guardas de los aposentos Reales); salieron á averiguarlo, y halláronlos pacíficos con el acostumbrado silencio; y como la Princesa volviese á ver entrar segunda vez los Moros fantásticos, cayó desmayada en los brazos de sus damas. De allí al plazo legítimo parió al Rey Sebastián, cuyas singulares virtudes, acompañadas con la fidelidad de sus vasallos, resplandecieran conformes á su natural magnanimidad, si ella misma no acelerara su fin. Causó general luto, y lágrimas á la Cristiandad, y turba-

C ción á todos los Príncipes de ella; los cuales, en determinados discursos, comenzaron á tratar del sucesor de la Corona de Portugal. Juraron luégo en ella al Infante Cardenal D. Enrique, tío del Rey muerto, de edad de ochenta años, último varón legítimo de aquella Real Casa, á la cual dió principio otro de su nombre. Pretendía sucederle D. Antonio, Prior del Crato, hijo del Infante D. Luis, y aunque fué juzgado no legítimo, hubo parcialidad que le siguió. Esta inquietud, y las ocupaciones de tan árduo negocio, fueron causa de que no se acudiese á socorrer á otras plazas más cercanas

El Infante Cardenal Don Enrique, Rey de Portugal.

D que la de Ternate; además que lástimas traidas de cinco mil leguas, aunque las meditara Demóstenes, salieran tibias de sus labios, y no movieran al Príncipe más desocupado y robusto; y el Rey D. Enrique, fuera del celo de la Religión, no tenía poder en Europa para oponerse á las tiranías del Archipiélago Maluco. Todas las fuerzas le parecían al Rey Cardenal menores, y necesarias para el extraordinario cuidado en que le había puesto el haberse declarado por pretensor de aquellos

Reinos el Rey Felipe Segundo, nuestro señor, y que había mandado que se avecinase á las fronteras de ellos un grueso ejército, prevenido ya en vida del mismo Rey Cardenal, cuyos Generales eran el Duque de Alba y el Marqués de Santa Cruz, aquél de la tierra y éste de la mar, entre tanto que en todas las escuelas y parlamentos los más graves teólogos y jurisconsultos de Europa escribían sobre sus derechos.

Ejército del Rey Felipe Segundo para la empresa de Portugal.

Primer viaje de Ingleses á las Malucas.

El año antes, que fué del Nacimiento de Nuestro Señor, de mil quinientos setenta y nueve, al principio de él, la Reina Isabel de Inglaterra, viendo á los Príncipes de Europa, particularmente á los del Poniente, divididos en opiniones, apercibir las armas, trazar ligas y enderezar todos sus designios á los Reinos de Portugal, por hacer al seguro alguna diversión, había armado de improviso cuatro navíos, y á cada uno de diez y ocho piezas de bronce, y en ellos doscientos hombres y diez caballeros mozos, que junto con ejercitar su valor en las obligaciones en que el mismo se pusiese, anduviesen con mucha atención á la navegación para mayores intentos. Dióles por General á Francisco Draque, natural de la provincia Devonia; el cual, á su costa ó á la de Juan Aquines, con un gran hurto de oro y plata que le hizo en San Juan de Ulúa el año de mil quinientos sesenta y ocho, acrecentó algunos navíos; partió del puerto de Plemua para pasar á la mar del Sur y buscar aquel Estrecho de Magallanes, no creído de la opinión ordinaria y afirmado de muchos Cosmógrafos, prometiendo de ponerse (en cuanto le fuese posible) debajo del Norte y de hacer grandes presas, infestando todos aquellos mares remotísimos, y de volver por el mismo Estrecho, victorioso, á Inglaterra. Fundando esta altiva esperanza en su valor y en el descuido de los Españoles, á cuyos cargos están las plazas, en la flaca prevención de nuestros navíos, y más en una sazón combatida de tan varios, tan diversos y grandes movimientos, llegó á la costa de Africa, y en el cabo de Bojador rehizo todos sus navíos; cautiváronle los Moros dos Ingleses; pagólo una nave portuguesa, á la cual en Caboblanco robó más de cien quintales de bizcocho, abundancia de pescado y de armas; tocó en las islas de Caboverde, y de otra fusta (también

Francisco Draque, General de Inglaterra.

Viaje de Francisco Draque.

A portuguesa) tomó todo el vino, paños y holandas, y otras muchas cosas que traía (que no era pequeña riqueza) y el mismo navío, y á Silva piloto de él, práctico en aquellos mares, y más en toda la costa del Brasil; bien que, si no fué sola su persona, de allí á seis ó siete días se hundió, sin poderse librar ninguna; pasó al río de la Plata, y en la bahía de San Julián, desabrigada y expuesta á vientos frigidísimos (está en cincuenta grados) se entretuvo algunos meses invernando, con pérdida de algunos soldados: uno de ellos (Tomás Auter) causó un motín, principios para tiranizar la armada; abrazóse Draque con él y cortóle la cabeza. Aquí parecieron ocho Indios gigantes que dejaban bajo al más alto Inglés: mostraban sus arcos y flechas. Uno de los Ingleses, que también se preciaba de aquellas armas, violando la paz de la comunicación, tiró á un Indio una saeta de que cayó atravesado. Flecharon de presto los otros, para vengar al compañero, y mataron dos Ingleses; todos los cuales, ya en descubierta guerra, embistieron á los Indios: pero ellos huyeron con tanta ligereza, que á los ojos de los Ingleses que esto escribieron, no estampaban las plantas. Salieron de aquí, en sintiendo soplar los Nortes que esperaban, y caminando siempre al Sur llegaron á la entrada del Estrecho en quince días; desde la cual, hasta la segunda angostura, tardaron cinco por causa de las corrientes y bajíos, y poco desviados no hallaron fondo. Padecieron calmas, tormentas, y entrados en la mar del Sur una de cuarenta días que les anegó los navíos. El Almirante, por el mismo Estrecho, se volvió á Inglaterra, donde lo mandó la Reina ahorcar por haber desamparado á su General: reservólo para cuando él volviese, y á instancia del mismo fué perdonado. Pasó, pues, con la Capitana sola, pero no le faltaron gente, bastimento, municiones ni navíos. Prendió algunos de particulares, y los del Rey cargados de plata que traían á España: robo de grande importancia, no tanto por la cantidad del tesoro, cuanto por el uso á que en nuestra Monarquía se aplica del aumento de la Iglesia Católica que con esto cesaba, y lamentable por los inícuos abusos á que había de servir en los Reinos cismáticos. Vagando por diferentes derrotas, de que sus pilotos hacían observa-

Mata Draque á un amotinador en su armada.

Gigantes Indios.

Huye el Almirante inglés para su tierra.

Draque roba la plata del Rey nuestro señor.

ción con la sonda y las cartas, tocó en seis islas, y dió A
apellidos á algunas de ellas, imitando á los héroes fabulosos, y á los Católicos y verdaderos, en poner los nombres conformes á particular devoción.

Pone Draque nombre á ciertas islas.

Dió á la una el de San Bartolomé, á la otra de San Jaime, y á la que le pareció mayor y más fértil, la Nueva Albión, antiguo nombre de Inglaterra. Mes y medio se detuvo en ella renovando sus navíos, y pasando á la que llaman de los Ladrones, que está en nueve grados, mató veinte Indios porque le acometieron con cien canoas.

Llega Francisco Draque á las Malucas.

En veinte días surgió en las Malucas, habiendo tocado antes en otras, con sucesos dignos de olvido. Sus crueldades y B
robos le pudieran dar entre aquellas provincias últimas el nombre del mayor de los corsarios, con que fué señalado en Europa. Llegó á Ternate, primero no con igual fortuna, por ser la tierra belicosa y entonces armada de su misma iniquidad y de un Rey implacable. Atrevióse á rescatar clavo sin su licencia. Fué advertido de cuán ásperamente trataba á los transgresores; y como despreciase el aviso, entendiéndolo el Rey le mandó quitar la vida. Faltó poco para la ejecución de esta ira; pero Draque, á cuyo ingenio experto en fraudes no eran nuevas las artes de la disimulación, acogióse á su C
armada para escaparse huyendo. Desde allí trató de aplacar al Rey, y no fué dificultosa la obra, con algunos presentes que le envió. Compró con ellos la voluntad y la audiencia de aquel astuto tirano; y saliendo diversas veces á visitarle, concertó que fuese amigo y confederado de la Reina y naciones de Inglaterra, y que desde luégo se asentasen factorías. El Rey vino en ello y Draque le prometió las armas y la protección de aquellas provincias; y llevando, entre otros dones, un anillo precioso, que el Ternate le dió para la Reina, se partió á su tierra con gran cantidad de clavo. Topóse D
con otra nave portuguesa que atravesaba el Canal angosto de Tidore; pero, ya sea que se hallase menor en fuerzas ó que el deseo de conservar las nuevas riquezas le acobardase, no la osó acometer ó no quiso.

Tormenta de Draque.

No hubo partido de Ternate, cuando lo levantaron los vientos, en aquella parte de mar, llena de arrecifes, de donde le sacaron para ponerle del todo en manos de la Fortuna. Hubo de aliviar sus naves y entre las cosas preciosas,

A arrojó á la mar cierto cañón de bronce de exquisita grandeza, el cual, sabida después la tempestad, el Rey de Ternate mandó sacar de lo profundo del mar y edificar una casa, frontero de su palacio, para ponerlo sobre el techo de ella, descubierto y asentado, ó por la magnitud de la máquina, ó para ostentación y memoria del primer Inglés que llegó á sus Reinos; al cual, y á la mar, usurpó aquel despojo tan nuevo y ofensivo. Pasó á la Java mayor, donde hizo provisión de bastimentos, cazabi, plátanos y gallinas, por paños. Aportó á otra isla, en cuatro grados de esta parte de la Equinoccial, B donde se detuvo mes y medio. Desamparó en ella una negra y dos negros, que le servían, dejándoles fuego, arroz y algunas semillas, para que la poblasen. Heróicos principios de ciudad. Prosiguió el viaje, torciéndole á diversas partes, con súbitos detrimentos de cuantas tocaba.

Tiro grande de bronce, que Draque alijó, y le sacó el Rey Babú.

Háse de advertir que como en España y en las Indias creían con firme opinión que nadie había pasado el Estrecho de Magallanes, después que él lo descubrió, sino Fray García de Loaisa y una de las naves que Don Gutierre de Vargas, Obispo de Plasencia, C envió á la especería, pareció caso increible haber entrado piratas en la mar del Sur, por el Estrecho á lo menos, y á las islas de Ternate y á todo aquel populoso piélago. Este fué el primero que abrió el paso á los Sectarios Hugonotes, Luteranos y Calvinistas que después pasaron á aquellos mares con navíos cargados de textos pervertidos, Biblias heréticas y otros libros de inficionada doctrina. Pero la Providencia superior ha dado indicios de que se ofende tanto de esta infernal novedad (y permite Idolatría y Alcorán), que no ha dado lugar para que beban su tósigo aquellas al- D mas que, por sus profundos juicios, yacen en la sombra y tinieblas de la ignorancia, hasta enviarles Evangelio limpio. Háse opuesto á estas recientes apostasías, tomando para instrumento los Religiosos Españoles, dando fuerzas al brazo de nuestros Reyes, que los ampara: cuyo más principal instituto es la causa de la Religión. Esta verdad consta por la muchedumbre de victorias de la Iglesia, adquiridas por ministerios suyos, y por los ejércitos que sustentan en los distantísimos

Draque el primer corsario por el Estrecho de Magallanes al Sur.

confines de su Monarquía, dedicados á la Fe que se anuncia á los últimos Indios. A

Don Francisco de Toledo, Virrey del Perú, despacha una armada contra la del Draque.

Sin embargo, para mostrar este verdadero cuidado, juzgo por digresión necesaria (tan ajena ésta de ser superflua) contar la prevención con que el Virrey Don Francisco de Toledo, dirigiendo sus acciones á este fin como ministro, unido á las de su Príncipe, procuró asegurarse de la súbita celeridad y osadía de Draque, pues la parte que de ella les cupo á las Malucas nos obligó á escribirla, y pasaremos volando por los acontecimientos.

Parecióle al Virrey del Perú, que para la conservación de las Indias, de su paz y Religión, para remover en sus principios todos los impedimentos de su exaltación con ejemplar escarmiento, que era la mayor importancia levantar fortalezas (prevenciones de Estado humanas y divinas), convenía armar contra este pirata, poniendo con su castigo freno al Septentrión; para lo cual habían de preceder su destrucción, demarcación de los pasos del mar del Sur, y con mayor cuidado de los que habían de navegar para volver á su patria. Instaba el temor ó fama ofendida por los navíos ingleses (parte de aquella armada) que discurrían las costas de Chile y Arica, y la obligaban á tomar las armas, temiendo que Draque habría levantado fortificaciones en seguridad del paso para el trato de la especería y pedrería, y para traer ministros pervertidores con el veneno de sus dogmas; eligió para tan grandes efectos á Pedro Sarmiento de Gamboa, Caballero de Galicia, que ya otras dos veces había peleado con este corsario: la primera en el puerto del Callao de Lima, donde le quitó una nave española, cargada de mercaderías de España; la segunda pocos días después, siguiendo hasta Panamá. Determinó que fuese á descubrir el Estrecho de Magallanes, empresa juzgada, por la mar del Sur, imposible, por las innumerables bocas y canales que impiden el llegar á él, donde se han perdido muchos descubridores, enviados por los Gobernadores del Perú y Chile. Otros la tentaron entrando en él por el mar del Norte: ninguno acertó con el Estrecho. Unos se anegaron ó volvieron deshechos de las tormentas, y en todos quedó asentada desconfianza de hallarlo. Pero ya quitado

Prevenciones del Virrey.

Pedro Sarmiento de Gamboa, General contra los Ingleses.

Sarmiento va á descubrir el Estrecho de Magallanes para demarcarle.

B C D

A de una vez el horror, se pueden poner en altura cierta, arrumbarse, y con derrota segura llegar al Estrecho, y cerrar el paso antes que el enemigo le ocupe. Escogió el Virrey dos navíos, viólos armar y adornar de jarcias, velas y bastimentos. Llamó Sarmiento al mayor Nuestra Señora de la Esperanza, y fué Capitana, y el segundo Almiranta tomó el nombre de San Francisco. Doscientos hombres de guerra y de mar fueron en ellas, y los Religiosos de virtud y ciencia concernientes á aquel gran ministerio. Nombró para Almirante al Capitán Juan de Villalobos, al cual, y á Hernando La-
B mero, piloto mayor, Hernando Alonso y Antón Pablo, pilotos de gran conocimiento en ambos mares, precediendo juramento de fidelidad, y al General particularmente, dió el Virrey instrucción, cuya suma era: mandarles seguir al corsario; pelear con él hasta matarle ó prenderle; cobrar la gran presa de que había despojado tierras y navíos del Rey, aunque fuese á cualquier riesgo, pues llevaban gente, municiones y armas bastantes á rendir las del enemigo; notar y descubrir sus derrotas; ponerse en cincuenta ó cincuenta y cuatro grados, como más conviniese en el paraje de la
C boca del Estrecho de Magallanes; que encendiesen faroles ambas las naves, para no perderse de vista en las noches, yendo siempre la una en conserva de la otra; encargóles la conformidad en los consejos entre el General y el Almirante: precepto menos guardado (culpa del Almirante) de lo que conviniera; que describiesen los puertos y mares en perfectas demarcaciones; que en saltando en cualquier tierra, tomasen posesión de ella por Su Majestad; que hallando poblaciones de Indios los acariciasen y domesticasen con prudente blandura, y sus ánimos con las preseas que para ellos se entrega-
D rían al General: tijeras, peines, cuchillos, anzuelos, botones de colores, espejos, cascabeles, cuentas de vidrio; que llevasen algunos Indios para intérpretes de la lengua: y en razón de los puntos más importantes discurrió con grande acuerdo. Después para animarlos hizo un razonamiento mezclando las esperanzas con las exhortaciones. Y habiendo conferido el General con el Almirante y pilotos el designio de su jornada, acordaron: que si algún caso forzoso del tiempo apartase

Armada española.

Juan de Villalobos, Almirante de la armada.

Pilotos escogidos.

Instrucción para la armada.

Dones para los Indios.

al un navío del otro, se buscasen con diligencia ó acudiesen á esperarse á la boca del Estrecho, en la parte de la mar del Sur del Poniente. Otro día Domingo, á once de Octubre de mil quinientos sesenta y nueve, habiendo todos confesado y recibido la Sacratísima Eucaristía, se embarcaron para introducirlos en aquellas partes ciegas á todo culto, en la Capitana el General Sarmiento, el Padre Fr. Antonio de Guadramiro, de la Orden de San Francisco, Vicario general de esta armada, el Alferez Juan Gutiérrez de Guevara, Antón Pablos y Hernando Alonso, pilotos, y cincuenta y cuatro soldados. En la Almiranta, con Juan de Villalobos, el Padre Fr. Cristóbal de Mérida, de la misma Orden Francisca, Hernando Lamero, piloto mayor de aquella nave, con los cuales, y los demás soldados y marineros, fueron cincuenta y cuatro: y todos ellos en ambas naves el número que habemos dicho.

Pártese la armada.

Partieron del puerto de Callao de la ciudad de Lima. Aquella noche surgieron en la isla, dos leguas de Callao en doce grados y medio. El primero de Noviembre pasaron á vista de las que llaman Desventuradas, puestas en veinticinco grados y un tercio, que acaso, en el año de mil quinientos sesenta y cuatro, descubrió Juan Fernández, piloto, yendo á Chile: segunda vez inmediata al descubrimiento de Magallanes, desde mil quinientos veinte. Llámanse ahora islas de San Félix y San Ambor. Aquí notó Sarmiento la diferencia entre esta derrota, que él llama verdadero y de la fantasía. Con increible curiosidad hizo lo mismo, usando de la atención y destreza de sus pilotos, y de la suya, que no era inferior, ni en ningún ministerio militar, como lo dirán (si salen á luz) sus «Tratados de las navegaciones, fundiciones de artillería y balas, fortificaciones y noticia de estrellas para seguir en todos los mares.» Jamás dejaron la sonda, ni los astrolabios y cartas, en los fondos, puertos, senos, montes y restingas; ni los escribanos las plumas, escribiendo y pintando. De que resultó una larga relación que él envió al Rey Filipo II., la cual nos dió esta suma. Allí cuenta las correspondencias del cielo con las tierras, los peligros, las islas, promontorios y golfos, geográfica y corográficamente. Continúa los rumbos que se

Diligencias y habilidades del General Sarmiento.

A han de seguir, los que se han de evitar; y con distinta variación nos guía y saca del Estrecho, dando señas visibles y las invisibles de los vientos para cada parte. En la primera incógnita, en que surgió con grande dificultad, tomaron la altura en cuarenta y nueve grados y medio. No hallaron gente, aunque sí algunas señales de ella: pisadas humanas, dardos, remos y redecillas. Encumbráronse sobre montes altísimos, de más de dos leguas de subida, por piedras, algunas veces de tal hechura, que les cortaban los alpargates y zapatos. Otros, por evitarlas, trepaban por las ramas B de los árboles. Desde la cumbre descubrieron diversas grandes canales, brazos, ríos y puertos: y toda la tierra que alcanzaron sus ojos les pareció despedazada. Juzgáronla por Archipiélago. Es de advertir que con el nombre de Archipiélago describen nuestros descubridores los mares del Nuevo Mundo, poblados, como de grandes losas, de islas á imitación del Archipiélago de Grecia, tan conocido de las naciones en el mar Egeo, que contiene en su seno las islas Cicladas, aunque el nombre no es antiguo. Contaron los nuestros ochenta y cinco islas grandes y menores, y vieron ir C la canal muy ancha, extendida, abierta y limpia. Certificáronse que por ella había salida al mar cerca del Estrecho; tomaron la altura con tres astrolabios en cincuenta grados; llamaron al puerto de Nuestra Señora del Rosario, y á la isla de la Santísima Trinidad. El Domingo siguiente, para tomar posesión de ella, mandó Sarmiento salir toda la gente del navío. Hizo lo que se contiene en el testimonio auténtico de lo que pasó aquel día, cuyas palabras suenan formalmente:

Síguese el viaje.

Llaman los nuestros Archipiélagos, á un espacio de mar lleno de islas.

D «En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, »Hijo y Espíritu Santo, tres Personas un solo Dios »verdadero; que es el Principio, Hacedor y Criador de »todas cosas, sin el cual ninguna buena se puede ha»cer, comenzar ni conservar. Y porque el principio »bueno ha de ser en Dios y por Dios, y en él conviene »comenzarlo para honra y gloria suya, en su santísimo »nombre sea notorio á todos los que este instrumento »vieren, como hoy Domingo, que se contaron veinti-

Posesión que toma Sarmiento de aquellas tierras por su Majestad y la forma y ceremonia de la posesión.

»dos días del mes de Noviembre de mil quinientos se»tenta y nueve años, habiendo llegado esta Armada »Real del muy poderoso, y muy esclarecido y Católico »Señor Don Felipe, Rey de las Españas y sus anejos, »mi Señor, que por mandado del Excelentísimo Señor »Don Francisco de Toledo, Virrey, Gobernador y Ca»pitán General de los Reinos y provincias del Perú, »para el descubrimiento del Estrecho que dicen de Ma»gallanes, de que vino por Capitán superior el General »Pedro Sarmiento á esta tierra, ahora de nuevo por él »nombrada Nuestra Señora del Rosario, y la Bahía de »la Santísima Trinidad, habiendo desembarcado en »tierra el dicho señor General, con la mayor parte de »la gente de mar y tierra de la Armada y Religiosos, »sacó en tierra una Cruz, la cual adoró de rodillas con »toda la gente devotamente; los Religiosos cantaron el »cántico *Te Deum laudamus*, y en alta voz dijo: Que »en nombre de Su Majestad el Rey Don Felipe Segun»do, nuestro Señor, Rey de Castilla y Aragón y sus »anejos, á quien Dios Nuestro Señor guarde muchos »años, con acrecentamiento de mayores Estados y Rei»nos, para servicio de Dios, bien y prosperidad de sus »vasallos, y de los muy poderosos señores Reyes, su»cesores y herederos suyos que por tiempo fueren, co»mo su Capitán superior y General de esta dicha Ar»mada, y en virtud del orden é instrucciones que en su »Real nombre le dió el dicho señor Virrey del Perú, »tomaba, y tomó, aprehendía, y aprehendió, la pose»sión de esta tierra, donde al presente está desembar»cado (la cual ha descubierto) para siempre jamás en »el dicho Real nombre y de la dicha Corona de Casti»lla y León (como dicho es), como cosa suya propia »que es, y que realmente le pertenece por razón de la »donación y Bula que el muy Santo Padre Alejandro »Sexto, Sumo Pontífice Romano, expidió *motu proprio* »en donación á los Católicos Reyes Don Fernando el »Quinto y Doña Isabel su mujer, Reyes de Castilla y »León, de gloriosa memoria, y á sus sucesores y here»deros, de la mitad del mundo, que son ciento y ochen»ta grados de longitud, como más largamente en dicha »Bula se contiene, dada en Roma á cuatro de Mayo »del año de mil cuatrocientos noventa y tres; en virtud

A »de la cual estas dichas tierras caen, son y se incluyen
»dentro de la demarcación y Meridiano de la partición
»de los ciento y ochenta grados de longitud, pertene-
»cientes á la dicha Real Corona de Castilla y de León;
»y como tál toma, y tomó la dicha posesión de estas
»dichas tierras, y sus comarcas, mares, ríos, ensena-
»das, puertos, bahías, golfos, archipiélagos, y de este
»dicho puerto del Rosario, donde al presente está sur-
»ta esta Armada. Y las subrogaba, y subrogó, debajo
»del poder, y posesión y dominio de la dicha Real Co-
»rona, como dicho es, como cosa propia suya que es;
B »y en señal de posesión, *vel quasi*, echando mano á su
»espada, que tenía en la cinta, con ella cortó árboles, y
»ramos y yerbas, y mudó piedras, y paseó los campos
»y playas sin contradicción alguna; pidiendo á los pre-
»sentes que de ello fuesen testigos, y á mí el Escribano
»infrascrito que se lo diese por testimonio en pública
»forma; y luégo *in continenti*, tomando una Cruz gran-
»de á cuestas, y puesta la gente de la Armada en orden
»de guerra, con arcabuces y otras armas, llevaron la
»Cruz en procesión, cantando los Religiosos, Fray An-
»tonio de Guadramiro, Vicario, y su compañero, una
C »Letanía, respondiéndoles todos; y acabada la dicha
»procesión, el dicho señor General plantó la Cruz en
»un peñasco recio, é hizo un mojón de piedra al pie de
»la Cruz, para memoria y señal de posesión de todas
»estas tierras, y mares, y sus términos, descubiertas,
»contínuas y contíguas. Y puso nombre á este puerto,
»Nuestra Señora del Rosario, como dicho es; y luégo
»que la Cruz fué plantada la adoraron segunda vez, é
»hicieron oración todos, pidiendo y suplicando á Nues-
»tro Señor Jesucristo fuese servido que aquello fuese
»para su santo servicio, y para que nuestra santa Fe
D »Católica fuese ensalzada, y aumentada, y anunciada,
»y sembrada la palabra del santo Evangelio entre es-
»tas bárbaras naciones, que hasta ahora han estado
»desviadas del verdadero conocimiento y doctrina, pa-
»ra que los libre y guarde de los engaños y peligros del
»demonio, y de la ceguedad en que están, para que
»sus ánimas se salven. Y luégo los Religiosos cantaron
»en alabanza de la Cruz el himno *Vexilla regis;* tras
»esto, en un altar que allí se había hecho, dijo misa el

»Padre Vicario, que fué la primera que en aquella tie- A
»rra se dijo, á honra y gloria de Nuestro Señor Dios »Todopoderoso, para la extirpación del demonio y de »toda la idolatría; y predicó al propósito, y confesaron »y comulgaron algunos. Y luégo que la misa fué di- »cha, el general (para más perfecta señal y memoria de »posesión) hizo mondar un árbol grande, y en él hizo »hacer una Cruz muy alta, y puso en ella el santísimo »nombre de Nuestro Senor Jesucristo, I. N. R. I., y »abajo: *Philippus Secundus, Rex Hispaniarum*. De »todo lo cual, yo Juan de Esquivel, Secretario Real de »esta Armada y nao Capitana, doy fe y verdadero tes- B
»timonio que pasó así, como dicho es.—Luégo se sigue »la firma de Esquivel.»

Nuevos descubrimientos.

De allí á cuatro días Sarmiento, en el batel de la Almiranta, con los pilotos Pablos y Lamero y diez marineros soldados con arcabuces, rodelas y espadas y comida para otros cuatro días, partió de este puerto para descubrir las canales que parecían, por no poner en peligro los navíos. Saliendo por los arrecifes siguió el golfo arrimado á la costa; reconocióla toda y

Pone Sarmiento nombres á los montes, puertos, islas y canales.

sondó los puertos, á los cuales y á los montes, según C
las formas de ellos, les puso nombres de panes de azúcar, bernales, pimientos y de cosas semejantes; notó los árboles, las yerbas, los pájaros. Halló en cierta playa varia huella de gente y dos puñales ó harpones de hueso, con sus presas en las empuñaduras. Junto un arroyo de agua dulce cuyas arenas son bermejas (y por ellas lo llamó Bermejo) que sale á un puerto, el cual también heredó el nombre, vieron abundancia de peces, y en el marisco que arrojan las olas, infinitos ostros ó mixillones (como la lengua portuguesa los llama), y en los que habían quedado sobre las peñas fuera del D

Halla perlas Sarmiento.

agua, perlas grandes y pequeñas, algunas pardas y otras blancas. Suelen, á cierto tiempo, estos pececillos abrir las bocas (abiertas primero las conchas) y recibir el rocío sutil y sustancial, de cuya fecundidad conciben las perlas, las cuales sacan el color proporcionado con la

Los colores en las perlas.

calidad del rocío: si le recibieron puro las engendran blancas, y si turbado, pardas y de otros turbios colores. Encarece Sarmiento la mohina con que él y sus com-

A pañeros se afligían, porque como deseaban aplacar la hambre con los ostros ó mixillones, y por hallarse en ellos estas perlas no los podían comer de duros, y era forzoso arrojarlos despreciando aquella riqueza marina, maldecían á quien inventó que fuesen preciosos aquellos partos ó callos de los peces, que la Naturaleza había tres veces escondido en los senos del mar, en los de las conchas y en el del mismo pez: decían que la verdadera riqueza era ganados mansos, frutos y mieses cultivadas como en España; porque como aquel rico impedimento (entonces no codiciado) los privó de la B comida del marisco, y les hubo de sustentar diez días lo que traían para cuatro, el ayuno los hizo filósofos. De este puerto Bermejo hubo de volver á los navíos, que quedaron en el del Rosario, sin pasar ningún día sin recias tempestades, habiendo andado, de ida y vuelta, más de sesenta leguas, saltando en islas, tomando la posesión de ellas, fértiles y habitables, pero condenadas hasta entonces á carecer de culto y uso de razón que las habite. Desde una cumbre altísima exploró la canal madre que sale á la mar brava, y tantas diversas canales, islas pequeñas, que no se pudieran C contar en largo tiempo: en el que se detuvo sondó puertos, fondos, canales, caletas, ancones, bajos, restingas y senos; pintábalos y dábales nombres; ponía la navegación en derrota, y altura cierta, á vista y censura de los pilotos, marineros y soldados para rectificar esta diversidad de sujetos con el examen de los que la veían.

Arrojan y desprecian las perlas por la hambre.

Sigue el viaje.

Aquí comenzó el Almirante á desavenirse, diciendo que estaban ensenados y que era imposible proseguir el viaje por aquella vía. Quiso desamparar al General, como lo hizo más adelante. De puerto Bermejo siguie-D ron su derrota tentando los de las otras islas. Llegó á una ensenada, que llamó de San Francisco, donde alojándose disparó un soldado su arcabuz á unas aves, y á la respuesta del tiro dieron disformes voces unos Indios junto á una montaña, de la otra parte de la ensenada. Al primer grito juzgaron los Españoles que los daban lobos marinos, hasta que los descubrieron desnudos y colorados los cuerpos. La causa vieron después: úntanse desde la cabeza á los piés con tierra co-

El Almirante se desaviene con Sarmiento

Indios cuyas voces parecían aullidos de lobos.

Pinturas de aquellos Indios.

tregan los hombres esperanzas soberbias! Prosiguió el A
descubrir flores y tomar posesiones sin resistencia. Observó un eclipse, en utilidad de la navegación, en el puerto de la Misericordia (este nombre le dió), donde no arribando la nave Almiranta, entendió que se había vuelto á Lima; sin embargo, la esperó diez días, y los que faltaban hasta quince en el otro recién descubierto, que llaman Nuestra Señora de la Candelaria, tres leguas distante, según el concierto que entre ellos había precedido, de que esperado este plazo, cada cual siguiese su camino á España; porque contra la opinión de los pilotos la tuvo Sarmiento firme de que era aquél B
el Estrecho de Magallanes.

Día de Santa Inés surgió en la isla, que admite este puerto en su seno, por lo cual le dió el nombre de la Santa. Desde un cerro que en forma de arco pende corvado sobre un río, vió cinco Indios naturales, que con señas y voces le pidieron que se llegase á ellos. Habiéndoles respondido los Españoles en la misma forma, los Indios levantaron una banda blanca, y los nuestros otra. Bajados á la costa mostraron pedirles que se les acercasen. Sarmiento les envió á su Alférez y al piloto Hernando Alonso, con solo cuatro hombres, para qui- C
tarles el temor. Con todo eso no osaban llegar al batel. Salió luégo uno de los nuestros á tierra, y tampoco se osaron fiar de él. Acercáronse por verle solo, el cual les dió chaquiras (son cuentas de vidrio), cascabeles, peines, zarcillos y cañamazo: considérese de cuán altos designios eran instrumentos aquellas dádivas pueriles. Luégo surgieron el Alférez y el piloto, y halagándolos y dándoles más preseas (los Españoles las llaman rescates) les mostraron por indicios de lo que cada una servía, poniéndolas en uso á vista de los Indios. Regocijáronse mucho con esto, y con unas banderillas D
de lienzo, que los nuestros traían, de ciertas tiras angostas de ruan, angeo y holandeta; de lo cual conjeturó Sarmiento que habían comunicado con gente de Europa; y ellos sin ser preguntados dieron á entender por señas patentes, que habían pasado por allí, ó estaban (y señalaron la parte del Sudeste) dos navíos como el nuestro, de gente con barbas, vestidos y armados de aquella misma manera. Este fué el primer rastro que

Señas de haber pasado por allí los Ingleses.

A hallaron de las naves inglesas de Draque. Los Indios
prometieron con risueños ademanes de volver; fuéron-
se la tierra adentro, y los nuestros á la nave, de la
cual, por estar no muy lejos, salió Sarmiento á tomar
posesión con su acostumbrada ceremonia cristiana y
civil.

El día siguiente amanecieron en el puerto el Alférez
y Hernando Alonso con seis soldados, y otro buen nú-
mero de rescates para comprar las voluntades de los
Indios; los cuales también llegaron, pero no se que-
rían acercar á los nuestros: hicieron las mismas señas
B que el día pasado. Los Españoles por saber más la de-
rrota del Inglés, arremetieron á los Indios y prendie-
ron tres, abrazándose cada dos soldados con uno de
ellos, y aunque forcejando reciamente por desasirse,
dieron á los nuestros muchos golpes y mojicones, no
salieron con ello, y alcanzaban robustas fuerzas: todo
lo sufrieron los Españoles por llevarlos al navío, don-
de Sarmiento los recibió y trató con afabilidad; comie-
ron y bebieron, y tanto pudo la mansedumbre que les
quitó el temor y se rieron. Mostrándoles las tiras de
lienzo señalaron con las manos una ensenada, donde
C habían surgido las naves y gente barbuda, y que traían
flechas y partesanas: uno de ellos mostró dos heridas,
otro una, que habían sacado peleando contra los de
aquella armada.

Prenden los Españoles á tres Indios.

Ya el Almirante se había vuelto á Chile, y entre los
acontecimientos de su vuelta solía él contar, que llega-
do al paraje de la isla Mocha, envió su batel á pedirle
algún socorro de bastimentos; y sabiendo cuán amiga-
blemente se hubieron con Draque, y porque el odio,
que en todas aquellas tierras muestran al nombre Es-
pañol, no lo estorbase, los mensajeros con acuerdo lo
D encubrieron, diciendo que eran Luteranos. Dieron los
Isleños crédito á la ficción, deseosos de ganar amigos
para conservar su libertad; enviáronles carnes, pan y
frutas, y una carta respondiendo á la suya, cuyo so-
brescrito en nuestra lengua decía: «A los muy magní-
ficos señores los Luteranos, en la mar del Sur.» Los
nuestros replicaron, que pues les habían proveído de
tan abundante comida, les rogaban que quisiesen par-
ticipar de ella. Aceptaron el convite hasta treinta prin-

El Almirante se vuelve á Chile.

Lo que le acaeció con ciertos Isleños volviendo.

cipales caciques, y llegaron en una canoa muy alegres á nuestro navío. Apenas estuvieron dentro, cuando el Almirante sin escuchar sus quejas mandó dar las velas al viento, que ya estaban á punto, y los trajo cautivos á Chile. Tuvo algunos sucesos que pudieran acreditar su retirada, pero quedarán reservados para los escritores de historia particular.

Ruegan los pilotos á Sarmiento que no pase adelante.

Volviendo á Sarmiento, en este puerto de la Candelaria le apretaron los pilotos con ruegos y protestaciones para que hiciese lo mismo que su Almirante, representándole cuán atormentada traía la gente y los navíos, y que había hecho más que todos los descubridores que le precedieron; que ya ni tenían anclas, cables ni jarcias; que los tiempos le resistían, á cuyo pesar no era posible proseguir. Este fué recio combate, porque entre la ira de las quejas y casi amenazas de los pilotos, venía envuelta la adulación, alabándole de que ningún otro descubridor había pasado tan adelante, y así Sarmiento no se sintió menos apremiado de las alabanzas que del enojo. Con todo se esforzó contra ambas cosas y aun reprendió á los pilotos ásperamente (quién sabe si encubriendo el mismo recelo que ellos le proponían?), y se mostró tan firme á estos combates que los redujo á su opinión. Partió de aquí siguiendo la canal, y á una legua al Sudeste le señalaron los Indios el paraje que habían atravesado los barbudos, de los cuales, matando muchos, reservaron, como

Ingleses dejados en los desiertos del Estrecho por Draque.

después se supo, á Catalina y un muchacho, ambos Ingleses, que vivían entre aquellas fieras, que más lo parecían que racionales. Algo más adelante, en otra isla que dijeron los Indios que se llamaba Puchachailgua, llena de altísimos peñascos pardos, pelearon otra vez los barbudos con los naturales, sin victoria. Prosiguieron hasta la otra isla Capitloilgua en la costa Cayrayxaxijlgua. No mudó Sarmiento los nombres antiguos á las tierras cuando los pudo saber. En la que luégo se les ofreció se entristecieron harto, porque se juzgaron ensenados; pero luégo dió bríos á este desmayo la vista de la canal que comienza de la boca llamada Xaultegua, y se les ensanchó sacándolos al mar espaciosísimo poblado de millares de islas. Pasaron á vista de una, vieron humos altos, y los Indios cautivos comenzaron

A á llorar y se entendió que era de temor de los naturales de la tierra; significaron que eran Gigantes y peleaban mucho. Los nuestros los aseguraron, haciéndolos capaces, para que entendiesen que podrían más que ellos. Saltaron en tierra: llámase Tinquichisgua. Sarmiento, á honor de la Cruz que levantó en ella, la mejoró llamándole isla de la Cruz. Vió en ella abundancia de ballenas, de lobos y otros monstruos del agua, y grandes pedazos de nieve sobre las olas. Apercibió la artillería y la arcabucería, pertrechándose contra corsarios y naturales, porque pensó hallar Ingleses apoderados en la B tierra; hizo guarda de allí adelante y nadie desamparó las armas. Pasaron á la tercera isla que es la mayor, oyéronse voces humanas y vieron algunas piraguas con la gente que daba las voces, que atravesaban de una isla á otra. Los nuestros llegaron con el batel á reconocerla y entraron los unos y los otros en un puerto limpio, desde el cual vieron una población no bárbara, sino ingeniosa y altiva, como las de Europa, y muchedumbre de gente, que habiendo anegado las piraguas, puestos sobre las montañas con sus armas, llamaban á los nuestros desde un bosque para que saliesen á tierra, C y los nuestros á ellos para que se acercasen á la mar.

Tierras de Gigantes, los que llamó cierto Capitán los Césares.

Entre aquellas mismas arboledas se descubrieron muchos más Isleños, con arcos y flechas, como queriendo acometer; por esto los nuestros les tiraron algunos arcabuzazos, cuyo estruendo casó tanto horror á las mujeres indias que dieron terribles voces, y así cesaron los tiros por no perder la esperanza de ganarles las voluntades. Entre tanto la nave, que andaba barloventeando, arribó al puerto. Aprestó Sarmiento una pieza y llegó también el batel trayendo una piragua amarrada por popa. Escrita la posesión, aunque no averiguada la D policía de los habitadores de aquel gran pueblo, salió á la playa, de la cual se ve un monte altísimo, blanco de envejecida nieve, cercado de sierras: relaciones antiguas lo llamaron la Campana de Roldán, que fué uno de los compañeros de Magallanes; prosiguió hasta ponerse en cincuenta y cuatro grados, en la punta que llamó de San Isidro, junto á la cual le dieron gritos los naturales, y llegados á los nuestros los abrazaron familiarmente. Envióles Sarmiento desde la nave, ade-

Otros Indios tratables.

más de los cascabeles y dádivas leves, bizcocho y carne. Sentáronse á conversar por señas con el Alférez piloto y los otros ocho Cristianos, y dieron á entender que les agradaba su amistad y aquellos preciosos dones, y los mismos confusos indicios del pasaje de los Ingleses. Volviéronse con esto á sus chozas; y el General, tomada la posesión y la altura en cincuenta y tres grados y dos tercios, partió á vista de la costa; la cual, ocho leguas de allí, se allana con la mar y forma una playa de arena blanca. Antes de llegar á ella descubrió un volcán altísimo, nevado, en que (al parecer) por natural modestia, la nieve y el fuego se respetan recíprocamente y encogen en sí mismo sus fuerzas y actividades; porque ni él se apaga, ni ella se derrite por la vecindad del otro. Llevóle la canal hasta la punta, que llamó de Santa Ana, en cincuenta y tres grados y medio; aprehendió la posesión, y al pie de la Cruz amontonó muchas piedras, entre las cuales, dentro de los cascos breados de una botija, y con polvos de carbón juzgándolos por incorruptibles, puso una carta; dió en ella aviso á todas las naciones, de cómo aquellas tierras y mares eran del Rey de España y declaró por qué derechos lo eran; dejó también mandado en la misma carta á su Almirante, que acudiese al Pirú á dar cuenta al Virrey de los sucesos hasta descubrir el Estrecho; volvió el navío de baja mar, donde en su ausencia llegaron los Indios con sus hijos y mujeres y un presente de grandes trozos de lobo marino, carne hedionda, pájaros miños de mar (son rubios y blancos) y murtina (fruta semejante á las cerezas) y pedazos de pedernal, agujerados y pintados, en cierta caja pequeña de oro y plata. Preguntados para qué servía todo aquello y respondiendo que para sacar fuego, uno de ellos tomó de las plumas que traía y como en yesca lo encendió en ellas. Poco antes, cuando los nuestros lo encendieron para derretir la brea y fortificar la vasija de la carta que al pie de la Cruz quedó muda, se extendió por el monte la llama y levantó humareda; los Indios, creyendo que eran los fuegos de aquellos tan temidos enemigos suyos, se fueron sin poderlos detener: y no fué vano su temor, porque en la isla que está en frente respondieron luégo con grandes humos. Al río que en-

Indicios del pasaje de Draque.

Volcán junto al Estrecho.

Deja Sarmiento una carta dentro de una botija.

Miños pájaros

A B C D

A tra en la mar por la punta llamó Sarmiento de San Juan; y al Estrecho que divide estas islas, que es el mismo antiguo de Magallanes, deseado y buscado con tantos peligros, le mudó el nombre, llamándole de la Madre de Dios; para que por esta devoción alcance de su Hijo la salud de aquellas no numerables provincias, extendiendo la voz de su Evangelio á ellas, hiriendo en los oidos de tantas almas, de las cuales la mayor parte ignora su misma inmortalidad, sin salir del rudo conocimiento que concede la común naturaleza.

Muda Sarmiento el nombre al Estrecho de Magallanes.

Quedó Sarmiento tan ufano de haber mostrado en B esto su devoción, que vuelto á España suplicó al Rey que mandase llamar así vulgarmente al Estrecho, y en la provisiones Reales. Fué aprehendida la posesión de esta parte tan señalada, con extraordinario regocijo, poniendo en el instrumento la cláusula de la Bula del Papa Alejandro Sexto; el derecho fundado en ellas para los Reyes de Castilla; los límites de la línea que tiró por ambos Polos como Vicario de Dios. Dijo misa el Padre Guadramiro, y todos la oyeron muy devotamente, en consideración de ser la primera que ha ofrecido en aquel lugar el género humano al Autor de él: C fué en hacimiento de gracias, y se animaron para cualquier árdua empresa. Vieron rastro de tigres y de leones, papagayos blancos y pardos, de cabezas coloradas; oyeron cantos suaves de sirgueros y de otros pájaros. Prosiguiendo por él con excesivo calor, aportaron en una ensenada cubierta de yerba blanca; surgieron en la punta, sobre la cual pareció luégo una compañía de Gigantes, que les dieron voces, levantando las manos desarmadas. Imitaron los nuestros sus mismas acciones, que de ambas partes significaban paz. Llegados al batel, guardado de diez arcabuceros, saltó lué- D go el Alférez en tierra con otros cuatro; los Gigantes le señalaron que dejase la jineta, y retiráronse adonde habían escondido ellos sus arcos y flechas. Dejó el Alférez la jineta, y mostróles los rescates y dádivas que les quería presentar; con esto se detuvieron, aunque mal seguros, por lo cual, pareciéndoles á los nuestros que aquel recelo presuponía escarmiento, sospechando que lo debió causar el daño que habían recibido del corsario Inglés, para saberlo enteramente, embistieron

Escuadrón de Gigantes.

Prenden los nuestros un Gigante.

diez de los nuestros con uno de los Gigantes, y le prendieron, mas con dificultad le conservaron; los demás, arremetiendo por sus armas, fueron sobre los Españoles tan presto, que apenas les dieron tiempo para volverse al batel; flecharon sus arcos, y con la lluvia de las saetas, y la priesa de librarse de ellas, se les cayeron á los nuestros dos arcabuces. Al tenedor de bastimentos clavaron una flecha en un ojo. El Indio preso era entre los Gigantes gigante, y dice la relación que les pareció Cíclope: consta por otras, que tiene cada uno de éstos más de tres varas de alto, y á esta proporción son anchos y robustos. Puesto en la nave quedó tristísimo, y aunque le ofrecieron regalos, aquel día no aceptó ninguno. Dieron velas, atravesando canales é islas, y en las más les saludaban con ahumadas. En el mayor estrecho, que llamaron de Nuestra Señora de Gracia, por donde se ha de pasar por fuerza, en veintitres grados y medio, juzgó Sarmiento que sobre los dos cabos de la punta se pueden fabricar fortalezas para defender la entrada. Atravesáronlo á priesa, y en otra punta más adelante parecieron otra vez los naturales de ella voceando y meneando las capas ó mantas lanudas. Acudió Sarmiento á ellos con diez y ocho soldados; mostráronse solos cuatro Indios con arcos y flechas, y precediendo señas de paz con las manos, dijeron: jijtote, que suena hermanos (súpose después). Tomaron un alto, y salidos los Españoles en tierra, señalaron los Indios que llegase adonde estaban ellos uno de los nuestros. Acudió sin armas, con algunos dones, cuentas cristalinas, cascabeles y peines: recibiéronlos, señalando que se bajase. Obedeció, y en lugar de él subió el Alférez, convidándoles con otras dádivas; aceptáronlas, sin que ellas ni los halagos los acabasen de asegurar. Sarmiento los dejó por no irritarlos, y subiendo á la montaña, por senda diferente, para explorar la loma, llanos y canales, se le presentaron los cuatro flecheros, y sin provocarlos con ofensa, antes habiendo recibido de los nuestros aquellos dones, comenzaron con ira súbita á herirlos: al General, de dos flechas en un lado y entre los dos ojos; á otro soldado le sacaron uno; los demás, defendiéndose con las rodelas, arremetieron á ellos; pero huyendo los Gigantes la tierra adentro, tan

Buena disposición para fortificar la boca del Estrecho de Magallanes.

Cuatro Gigantes embisten con flechas á los nuestros.

ligeros, que no los alcanzara la bala de un arcabuz. Según este acto, no parece impropia la cobardía que aplican á sus Gigantes los escritores de los libros fabulosos, que llaman vulgarmente de Caballería. Sarmiento reconoció la tierra: llamóla Nuestra Señora del Valle, y descubrió por entre dos lomas espaciosas, llanos apacibles, poblaciones numerosas, edificios altos, torres y chapiteles, y á su parecer, templos suntuosos, con tan soberbia apariencia, que apenas daba crédito á los ojos, y la juzgaba por ciudad fantástica.

Poblaciones grandes del Estrecho hasta la parte del Norte.





CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO CUARTO

A ESTAS diligencias con que España procuraba cerrar los pasos á los monstruos de la herejía, disminuyeron el temor que Draque y su ejemplo esparcieron en los mares del Sur y del Norte; y pues su llegada á Ternate nos obligó á escribirlas todas, no nos fué lícito, desde que comenzaron á ocupar esta relación, dejarla defectuosa en el suceso. La perfecta historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, y finalmente maestro de la vida; y para satisfacer á las obligaciones en que la ponen tan altos oficios, no debe
B perdonar á digresiones importantes, y más cuando se divierten poco del primer sujeto y tuvieron alguna dependencia de él. En ésta se guarda el decoro á una prudentísima acción del Rey Felipe Segundo y de sus ministros, y se declara su católica indignación contra los sectarios: el celo de conservar inviolados los Fieles de sus Indias, y de mejorar la disposición de las almas idólatras para aplicarlas á la Fe. Muéstrase cómo meneaba el mundo, por medio de sus Capitanes, para introducirla en todos los ángulos de él, el crédito de nuestra

[redacted]

vigilancia en servicio de este imperio místico, que aho- A
ra milita, para triunfar. Por esto es forzoso no callar la constancia de Sarmiento, ni desampararle en aquellos remotísimos mares, hasta volverle á España; y acudiremos luégo á las Malucas ocupadas entre tanto en su perdición.

No llegó Sarmiento á la gran ciudad, que se le ofreció de lejos, por no desamparar el navío. Volvió á la nave dejándonos hasta hoy con deseo de averiguar tan gran novedad. Halló en el camino dos capas larguísimas, ó mantas bárbaras, de pieles de ovejas lanudas y unas abarcas, que no les dió lugar á los Indios para co- B
brarlas la temerosa priesa de la huida. Siguieron el descubrimiento y el viento les obligó á atravesar á la costa de la tierra del Sur, distante cinco leguas de Nuestra Señora del Valle, y aunque soplaban vientos fríos, hallaron esta región más templada que las otras. Sufre población de gente bien dispuesta, ganados bravos y

Indio Felipe.

mansos y caza, según lo declaró Felipe (así llamaron, á devoción del Rey, al Indio que trajeron cautivo); produce algodón (cierto argumento de su templanza) y canela que ellos llaman cabea; es el cielo sereno; muéstranse las estrellas muy claras y se dejan distintamente C

Advertencia para navegar junto al Estrecho.

juzgar, demarcar y arrumbar. Dice Sarmiento que es provechosa en aquellas partes la observancia del Crucero, que está treinta grados sobre el Polo Antártico, y que se aprovechó de él para tomar las alturas, como en nuestros hemisferios de la estrella Norte al Septentrión, aunque con diferente cuenta; y porque el Crucero no sirve para todo el año, buscó otra estrella Polar más propíncua al Polo, de más breve cuenta, más general y perpétua, y que pudo tanto su diligencia, que la descubrió y verificó por investigaciones y experiencias de muchas noches claras. Ajustó las estrellas del D
Crucero y sus guardas, y otros dos Cruceros y otras dos estrellas Polares, de muy breve circunferencia, para común utilidad de pilotos curiosos. Con todas estas señas, y el halago de la curiosidad humana, no ha llegado nadie á estos pueblos que tantas apariencias ofrecieron de políticos; aunque aquellos descorteses Gigantes no confirmaron las muestras de lo poblado. Corrió Sarmiento el Estrecho, no cansando de sondar y describirle

A hasta que llegó á un cabo, llamado por él del Espíritu Santo, desde el cual, hasta el de la Virgen María, tiene ciento diez leguas del mar del Sur al del Norte. Desde aquí comenzaron á gobernar su navegación, con la debida diferencia; vieron ballenas y en las costas boscajes de diversas plantas incógnitas; padecieron tormentas y peligros extraordinarios, aun para navegantes de tanta experiencia en ellos. Todo fué ofrecer lámparas, limosnas, peregrinaciones á casas de veneración de España, y otros votos en que la temerosa mortalidad, devota y oprimida, libra y esfuerza sus esperanzas. Calmó la
B tempestad; y en veinticinco de Marzo vió Sarmiento á media noche el arco que los filósofos llaman Iris, blanco y bajo, en contraposición de la luna, que se le iba á oponer con movimiento: y se causó de la reciprocación de sus rayos, que por reverberación herían en las nubes opuestas. Dice que ni él ni persona alguna jamás le vió, oyó ni leyó; y con su buena licencia, en la relación de Alberico Vespuchio se lee haber sucedido lo mismo, en el año de mil quinientos uno, en aquel mismo paraje; donde, tomado por ambos el sol, le hallaron en veintitres grados largos, que son quince leguas.

El arco llamado Iris.

C Este día estuvieron dentro del trópico de Capricornio: prosiguiendo de aquí vinieron á perder el tino, y la esperanza de cobrarle por falta de instrumentos matemáticos; pero á primero de Abril de mil quinientos ochenta, á la noche, descubrieron y tomaron la estrella Polar del Triángulo en veintiún grados; y á diez del mismo les apareció, ocho leguas distante, la isla de la Ascensión: surgieron en ella, no hallaron agua y vieron diversas cruces; pusiéronlas unos Portugueses, que caminando á la India fueron arrojados de la tormenta, por piedad y memoria que mostraban los vivos sobre
D las sepulturas de los que morían; hallóse clavada en una de ellas cierta tabla, que decía: «Don Juan de Castel Rodrigo, Capitán Mor chegou aquí con cinco naos de India, en 13. de Mayo, 1576.» Junto á la cual puso Sarmiento otra, por memoria de haber llegado allí la primera nave del Perú, que desembocó por el estrecho de la mar del Sur á la del Norte, en servicio del Rey y la causa de su viaje. Abunda esta tierra de tiburones (fieras del agua), de peces y de pájaros, tan golosos é

Surge Sarmiento en la isla de la Ascensión y halla en ella diversas Cruces.

Tabla que pone Sarmiento en memoria de su viaje.

Pájaros importunos. importunos, que arremeten á cuanto ven. Por asir una carta que el Alférez llevaba en la toquilla del sombrero, se lo arrebataron de la cabeza; él lo defendió, acudiendo de presto con la mano, pero la carta no fué posible porque se la sacaron por fuerza; y después se vió la contienda que formaron en el aire por quitársela de las uñas á la arpía que la agarró primero. Está la isla en siete grados y medio; y es mucho de notar, que yendo los Españoles atentísimos á la aguja, asegurados con *Desatinan las corrientes á la cuenta de la navegación.* tantas demarciones, pudieron tanto las diversas corrientes, que cuando se juzgaron sesenta leguas de Pernambuco, Leste Oeste, en el río de las Virtudes de la costa del Brasil, se hallaron cuatrocientas leguas al Leste; de manera, que del punto que llevaron por la altura de latitud se engañaron y hurtaron las corrientes trescientas cuarenta leguas. Hace Sarmiento largo discurso sobre este efecto, acusando las cartas de falsas y pintadas con ignorancia. Sobrevinieron tormentas espantosas, hasta que en la costa de Guinea, en veintiocho de Abril, *Sierra Leona.* descubrió á Sierra Leona, abundante de oro y negros; luégo las islas que llaman Idolos; más adelante las de los Vixagaos, pobladas de negros, flecheros valientes: hieren con yerba tan ponzoñosa, que luégo muere el herido rabiando. A ocho de Mayo adolecieron todos en la costa de Guinea de calenturas, tullimientos, hinchazones, apostemas en las encías, que en aquella tierra son mortales por el excesivo calor, y entonces por la falta de agua; aunque les acudió el cielo con lluvia oportuna. Cuando para repararse porfiaban á llegar á *Islas de Caboverde.* las islas de Caboverde los desviaban los vientos. Contrastaron sin topar tierra ni navío, hasta que en veintidos de Mayo, hallándose en altura de quince grados y *Descubre Sarmiento dos navíos franceses de un corsario* cuarenta minutos, descubrieron dos velas: creyó Sarmiento que eran de Portugueses, y deseó llegárseles por hablarles; pero atendiendo más, vió que eran, la una nave grande, la otra lancha, ambas francesas, que le seguían con designio de ganarle el viento. Adelantóse la lancha á reconocer el navío de los nuestros, el cual conservó su ventaja. Llegado á vista de la isla de Santiago, los Franceses mostraron en alto una espada desnuda, y luégo tiraron algunas piezas. Respondieron los Españoles, jugando la arcabucería, y después de ambas

A partes: y sin morir de la nuestra ninguno, aunque hubo algunos heridos, cayeron hartos Franceses; y huyeron á mayor diligencia que seguían. Miraban la batalla los de la isla, y juzgándola por fingida, y ambos navíos por franceses, no salieron al socorro. Acabado de poner en huída el pirata, aportó una carabela de Algaravios (son gente de Algarve) que venía de Portugal; descubrió el nombre y fuerzas del corsario, declaró que traía ochenta y cinco hombres en la nave, y veinticinco en la lancha, y entre ellos un piloto Portugués, que en Caboblanco, costa de Africa, había robado á otros cua-
B tro navíos, y á ella; y en la isla de Mayo, no lejos de la de Santiago, echado á fondo otra carabela de armada que navegaba al Brasil, para poblar á Paraguay, donde Ingleses habían fundado poblaciones los años pasados, contrayendo matrimonios ligados ya del amor, y sucesión de las indias Tapuyes. Sarmiento desembarcó en Caboverde, ciudad cuya Aduana vale cada año al Rey cien mil ducados: hay siempre en ella veinte mil negros, por el ordinario trato de ellos. Antes que surgiese llegaron barcos de la tierra á reconocer su nave, y como les dijese que era del Perú, y que venía de allá
C por el Estrecho de Magallanes, enmudecían. Volvieron á informar al Gobernador Gaspar de Andrada: dijéronle que los que allí venían eran hombres de diversas formas, feos y mal agestados, otros con guedejas y cabellos largos y enhetrados. Eran éstos ciertos Indios del Perú y de Chile; cuanto á los demás, dice Sarmiento estas palabras: «En lo de mal carados, no nos »levantaban nada, porque además de no ser muy ada»mados de rostros, no nos había dejado muy afeitados »la pólvora y sudor de los arcabuzazos de poco antes; »y en efecto, veníamos más codiciosos de agua que de
D »parecer lindos.» Con todo eso no desembarcó hasta haber satisfecho á un juez de la salud, de que no venían él ni los suyos heridos de pestilencia. Al otro día salieron de la nave en procesión, á piés descalzos, con Cruces é Imágenes hasta la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, en la cual dieron gracias, limosnas y los otros efectos de sus votos con extraordinaria alegría, porque cualquier tormenta se convierte en gloria, referida en el puerto. Confesaron y recibieron la Eucaristía

Población de Ingleses en Paraguay.

Desembarca Sarmiento en Caboverde.

Negros de Caboverde.

Salen en procesión de la nave.



Hacimiento de gracias de Sarmiento y los suyos.

en una misa votiva. El Gobernador Don Bartolomé Lei- A
tón, aunque al principio estuvo incrédulo en el pasaje
del Estrecho, los hospedó y festejó; reparó los enfermos,
y el batel y navío que venían despedazados. No se ha-
bía conseguido en este viaje el primer intento de él, que
fué pelear con Draque, y contraponer á los designios
de los enemigos la defensa conveniente; y por esto, ha-
biendo peleado Sarmiento con la nave y lancha france-
sas que volvieron á aparecer inquietando aquella isla,
y vuelto entrambas á retirarse con ligerísima fuga, mal-
tratadas y vencidas, hasta la isla de Mayo, abrigo de
ladrones, avivó el cuidado y pasó adelante para tomar B
lengua de los Ingleses, así de los que pasaron por el
Estrecho con Draque, como de aquellos nuevos pobla-
dores del Brasil ó Paraguay; y juntamente de la dispo-
sición de los naturales de la Corona de Portugal, para

Otras señas oscuras de los Ingleses y de su pasaje.

obedecer al Rey Felipo ó á Don Antonio. Supo de un
piloto Algaravio, que en el año pasado, entre Ayamon-
te y Tabila, dos mercaderes Ingleses, tratando de las
Indias, le afirmaron que Draque había pasado al mar
del Sur; y en el tiempo conformó la nueva con la que
por las señas le dieron los Indios del Estrecho, y que

Llegada del Draque á Inglaterra.

llegó á Inglaterra con dos naves cargadas de la plata y C
oro de aquel famoso robo, y las presentó á su Reina,
la cual aprestó con bastimentos para tres años otras
cinco, para volver al Estrecho á buscar las que se ha-
bían perdido en él; y Draque ocho; y que las cinco pri-

Designios de Ingleses para nuestros mares.

meras habían ya partido en Diciembre: que á él le ha-
bían fiado los mercaderes este aviso juzgándole Portu-
gués y como tál no lo había de descubrir á Castellanos;
y entendió de los Franceses que, en revocando ciertos
navíos de negros en Castroverde, pasarían á la Marga-
rita y de allí á la banda del Norte, desde la isla Santo
Domingo á la Yaguana, de donde no hacía cuatro me- D
ses que vinieron cargados de cuero y azúcar; y que ma-
taron en la Margarita al Capitán Barbudo, en venganza
de los Ingleses que él había muerto; que preso el Go-
bernador del Brasil le dieron libertad; que son Portu-
gueses todos sus pilotos. Supo también de otros que
vinieron de allí mismo, y de Capitanes de crédito que
volvían á él, cómo en la bahía de Paraguay, junto al
Río Janeiro, que está en veintiún grados y doce al Sur,

A de ocho años atrás había diversas poblaciones de Ingleses entre los Papuyes, contra los cuales, de tres años hasta entonces, combatieron Portugueses y mataron gran parte de ellos; que se creía que los naturales que comen carne humana deben de haber consumido con los dientes á los que huyeron dentro de la tierra. Otras diligencias recogió de Inglaterra: de sus armadas, de sus poblaciones en aquellas comarcas, y designios de tiranizar con todas sus fuerzas las Malucas y hacerse dueños invencibles de la especería. Con aviso de todo esto despacharon barco al Virrey del Perú, pues él no B pudo volver por el Brasil ni Paraguay, por haberle sacado la fuerza de las corrientes al golfo, la vuelta del Leste. Antes de partirse mandó dar garrote á su Alférez, por traidor á la Corona con deshonor de la Real seña y estorbador del descubrimiento; desterró á otros dos soldados, al uno de las Indias, y con algunos de la compañía mostró rigor por el mismo delito, no averiguado, según se creyó, tanto como lo requiere la pena ordinaria. Partió de este puerto al Oeste, hasta la canal, entre la isla del Fuego y la de Santiago, donde se quedó uno de los navíos que salieron con él. Gobernan- C do al Noroeste, una cuarta más ó menos (porque así se corre la isla de Santo Antón), despachó de aquí el barco de aviso, para el Virrey del Perú, con ocho soldados, cuyo caudillo era Hernando Alonso. En trece días pasó por entre la isla Graciosa (pequeña, pero fértil y poblada), y la de San Jorge, en la cual vió altísimos fuegos. Hallólos después averiguados por el Obispo, en la de Angla, donde reside: que el primero de Junio de aquel año, hubo en la de San Jorge horrendos terremotos; oyéronse voces de demonios, y entre otros espantosos efectos, se abrieron tres bocas, de las cuales D corrían arroyos de fuego hasta la mar; perseveraron reventando otras siete aberturas que lanzaban otros tantos de fuego líquido, de los cuales corrió uno en torno de una ermita, y acudiendo nueve hombres á librar del incendio algunas colmenas, se abrió otra boca que tragó los siete y chamuscó á los dos; y llovió tanta ceniza sobre la tierra, que la cubrió un palmo en alto, y en efecto ardía toda la isla. Sarmiento siguió su camino, y á diez y ocho de Junio arribó á la ciudad de An-

Otras poblaciones de Ingleses.

Intento de Ingleses de señorear las Malucas.

Da Sarmiento garrote á su Alférez y hace otras justicias

Barco de aviso al Pirú.

Incendios grandes en la isla de San Jorge.

Bocas de fuego

Lluvia de ceniza.

Ingleses en Pernambuco.

gla, en la Tercera, que es la principal de los Azores, en A
la cual aportó un navío de la villa Pernambuco y otro
de la bahía Todos Santos, en el Brasil; los cuales, pre-
guntados de lo que sabían de los Ingleses, le afirmaron:
que el Noviembre pasado llegaron cinco hombres blan-
cos con quince Indios para ir á los Isleos y pueblos de
Portugueses por tierra; y pasando por la playa dieron
súbitamente en el río de las Cuentas con una lancha de
Ingleses: los siete de ellos estaban enjugando sus velas
en tierra y en viendo á los caminantes huyeron. Los

Otro Inglés pasó por el Estrecho para poblar las costas de él.

Portugueses porfiaron en su alcance; pero flechando
los Ingleses continuaron la fuga, los dos por el monte B
y los cinco por la playa, hasta recogerse en su lancha:
cortaron las amarras de presto; dejaron dos cámaras
grandes de bombardas. Los caminantes les rogaron que
saliesen á tierra y convidáronles con la comida y con
todo lo necesario, asegurando que no intentarían gue-
rra con ellos; pero respondiendo que no querían, mos-
traron arcabuces, ballestas y picas, y bornearon un
verso para tirarles; y que á este tiempo vaciaba la
marea, y salieron seis leguas de allí á tender junto al
río de las Cuentas; y que en la isla Cupe, frontero de
Camamú, otro navío portugués (sin saber de esta lan- C
cha) dió en ella: hallóla con solos tres Ingleses, y los
demás muertos en tierra de flechazos recibidos de los
Isleños de las Cuentas; finalmente se perdió aquella
lancha, y presos los cinco declararon que habían ve-
nido en una armada de diez navíos, en que cierto gran-
de señor Inglés pasó el Estrecho de Magallanes, y que
de allí volvieron corriendo la costa, para poblar en la
parte más concerniente á sus intentos; y para esto lle-
vaba en la Capitana quinientos hombres de guerra:
eran los cuatrocientos soldados, los otros marineros y
de diversos oficios mecánicos; que toda esta armada D

Caribes comen carne humana.

surgió en cierta isla de Caribes (son los que comen
carne humana), y que se levantó una tempestad con
la cual se hicieron las nueve á la vela, y no pudien-
do la Capitana, con la prisa que convenía, levar las
amarras, se perdió, trabucando en la costa, sin librar-
se más de los que traía la lancha. Y su salud consistió
en haber entonces salido para hacer (como los mari-
neros dicen) aguaje. Era uno de estos cinco, de edad

A de treinta años, gran matemático, afirmaba que los que escaparon de la tormenta volverían presto á las costas del Brasil con numerosa armada; y entre particularidades contó, que en aquella parte de la isla Cananca hallaron un padrón con las armas del Rey de España, y su Capitán mayor lo quitó, sustituyendo otro en su lugar con las de Inglaterra. Además de esto, el Capitán del Río de Janeiro, habiendo llegado á su población de Portugueses tres navíos, de aquellos nueve que perdonó la tormenta, en busca del cabo por hallar las otras seis, las envió á reconocer con cuatro canoas; y B los caminantes súbitamente toparon con otra lancha de Ingleses, los cuales, en viendo las canoas, se retiraron, pero no pudieron con tanta diligencia que huyesen todos; prendieron á tres y el Capitán los remitió á la bahía, y las naves á velas llenas volaron. Contestaron los presos cómo no hallando en el cabo sus naves, determinaban pasar á la Paraiba de Fernambuco: en lo demás convinieron con la relación de los cinco de la lancha. La llegada de los Ingleses al Brasil fué por Noviembre del año mil quinientos setenta y nueve, el mismo tiempo en que Sarmiento buscaba el Estrecho, y C conforma con aquellas confusas señas que en las costas de él le dieron los Indios brutos de aquellos piélagos; y como era su estudio inquirir sobre este caso, supo también del Corregidor de Angla, que en dos de Noviembre, del mismo año, se perdió otra nave inglesa en la Gualva, pueblo dos leguas distante de aquella ciudad, con ocho hombres: libráronse los dos y un negro. Descubrióse que la nave traía trescientos soldados; grandes riquezas que fueron arrojadas á la mar en el aprieto del naufragio; que iban á poblar la India; que en la costa de Guinea murieron los más, y por ventura D era alguna de las nueve. Sacaron del fondo los de la Gualva quince piezas gruesas de artillería, de hierro colado, y no se pudieron sacar otras muchas: son las quince de extraordinaria grandeza, como para fortaleza de asiento. Supo finalmente (y después lo ha confirmado el tiempo) cómo en aquellas tierras Septentrionales se aperciben para pasar á usurparnos la riqueza de metales y aromas de aquellas partes, en trueco de la introducción de sus sectas. Los últimos sucesos de

Inglés matemático.

Escudo de las armas de España quitado, y el de las de Inglaterra puesto en su lugar.

Tres Ingleses presos.

Van Ingleses á poblar la India.

Llegan Sarmiento á España y Draque á Inglaterra. estos dos Generales, Inglés y Español, fueron llegar ambos á sus patrias desamparados de sus Almirantes. Draque á Londres, por el mismo Estrecho, con innumerable riqueza, de la cúal se apoderó la Reina, dando por causa á Don Bernardino de Mendoza, entonces Embajador de España en aquella Corte (que pedía la restitución de la presa, por ser de su Rey, y las demás robadas á vasallos suyos), que por los daños que recibió cuando Españoles socorrieron á sus rebeldes de Irlanda, la adjudicaba á sus cofres en recompensa de aquella pérdida. A Draque no le enriquecieron sus robos, ni le añadieron sus hazañas estimación; antes fué despreciado en Inglaterra, ya fuese conocimiento ó ingratitud de patria. Sarmiento, con prósperas navegaciones, salido de Angla, cargado de inteligencias y nuevas de tan inmensa parte del Orbe, y de los ánimos de las Provincias, Corona de Portugal, á tres de Agosto reconoció la costa de España y arribó á ella en el cabo de San Vicente. De su llegada y relación resultaron armadas, prevenciones nuevas en las Indias y en España, que le extendieron al socorro de las necesidadas más apartadas de ella. Fué una la reducción de Ternate, y el pasaje de cien familias Españolas, armadas y prevenidas, y examinadas en calidad y virtudes, para ser primeros pobladores de aquellas soledades del Estrecho. Llevaban instrumentos, armas, instrucciones y todo lo necesario para fortificar las angosturas de él. Iba Sarmiento por cabeza y Gobernador de aquellos Reinos. Tuvo este gran designio suceso poco feliz, y á juicio común por culpa del General Sancho Flores. Después fué Sarmiento preso, y libre en Inglaterra donde confirió con Draque y la Reina estos discursos, de que sacó documentos para la ejecución de otros superiores.

Muerte del Rey Cardenal en Portugal. En este año murió en Portugal el Rey Don Enrique, habiéndolo sido solos trece meses. Prosiguieron el gobierno del Interreino cinco Gobernadores, molestados de las armas interiores de Don Antonio y de las que sobrevenían del Rey Filipo, que entraban ya por los confines. Así en ninguno de estos tiempos pudieron más que deliberar del estado presente; el cual para aquellos Reinos, ni fué de perfecta paz ni de guerra abierta, por

A la esperanza de que, depuestas las armas, se unirían á su verdadero Príncipe, á quien la nación Portuguesa suele amar como á padre, más que como á Rey. Con todo esto hubo algunas inquietudes y movimientos. Accidente inseparable de todas las repúblicas, son las discordias privadas; éstas llevan tras sí la atención de los ingenios, y suelen ser los artífices del general detrimento, aunque las temple ó califique el limpio celo.

Entrada del Rey Filipe Segundo en Lisboa.

Entró Filipe en Lisboa, aplicando sus fuerzas á sus derechos; y entre tanto que venían á su obediencia las provincias que en España, Africa y Asia, con sus islas B Orientales, constituyen aquella Corona, hacía mercedes, daba leyes, confirmaba las antiguas, revalidaba privilegios, y con su presencia, y con la gracia general de que quiso que gozasen aun los que le habían ofendido, ganaba los ánimos. Particularmente juró en Lisboa, á quince de Noviembre de mil quinientos ochenta y dos, aquellas mismas leyes que establecieron sus Predecesores, el Rey Don Manuel, como futuro sucesor entonces en los Reinos de España, por sí, y por el Príncipe Don Miguel, su hijo (á quien en su infancia llevó Dios á mejores Reinos), juradas después por el Rey C Don Sebastián, pertenecientes todas á que los honores, oficios, prebendas y administraciones de las rentas Reales, y cualquier otro ministerio de jurisdicción, por mar y por tierra, en Portugal, Africa, India, islas, en todo lo conquistado y por conquistar en aquella Corona, no salga de la nación Portuguesa. Y en el capítulo veinticuatro de estas leyes se estableció, que en razón de las provisiones de las armadas de la India, y de las demás que se hiciesen para defensa del Reino, castigo de los corsarios, tomase el Rey con Portugal el asiento que pareciese más conveniente, aunque fuese con ayu-D da de los otros Estados de Su Majestad. Bien conocieron que en este favorable decreto se abrió la puerta, para que sin detrimento de las leyes antiguas se pudiesen aplicar las fuerzas de la Corona de Castilla á la recuperación ó conservación de los Reinos del Archipiélago Oriental, adonde entonces se ejercitaban los martirios sin resistencia; y particularmente para recuperar á Ternate puso el Rey los ojos en la comodidad que ofrecen todas las Filipinas, mayor que la de la India:

Jura el Rey sus leyes á los Portugueses.

Ley particular jurada por el Rey Filipo.

Virrey Fernán Téllez.

Escríbele el Rey.

consejo tan conveniente como lo ha confirmado el suceso. Gobernaba la India en estos tiempos el Virrey Fernán Téllez, á quien el Rey Filipe Segundo escribió, representándole la gran ocasión que se le ofrecía para el servicio de Dios, la quietud de la Cristiandad y el establecimiento de la paz, y cómo resultarían estos inestimables beneficios de su fidelidad y diligencia, si por ella uniesen aquellas provincias á la Monarquía, sin movimiento, continuando la obediencia, procurando también que perseverasen en ella los Reyes tributarios; advertíale que considerase, que en tanto son calificados los servicios, en cuanto vencen mayores dificultades; dábale no sencillas esperanzas del premio, y fueran ciertas si llegara á poder ver el cumplimiento de ellas y de sus servicios. Pero no fueron menester ningunas con Fernán Téllez, ni las persuasiones (que suelen ser preceptos) de las cartas de ministros que acompañaron el despacho Real, el cual, encaminado por tierra, llegó en seis meses á sus manos; y continuando ó ganando de nuevo las voluntades, sin tener noticia de él ni del acrecentamiento de Estados, de que con efecto el Rey le hacía merced, tuvo providencia para confirmar los Príncipes, Reyes y Sangajes que en tan apartados climas reconocen á la Corona de Portugal. Deshizo con su autoridad algunos principios de consideraciones que trataban para cobrar su antigua libertad, prometiéndose fruto de las revoluciones de Europa con el ejemplo del Rey de Ternate. Pero mal grado de estas contradiciones y mudanzas, fué poderoso Hernán Téllez para que los Religiosos mendicantes y Jesuitas continuasen la predicación del Evangelio tan fervorosamente que desafiaban á la tiranía. En los escritos y volúmenes de las Misiones de la Compañía y de otras historias eclesiásticas, están contados los bautismos de los Príncipes idólatras con elegancia y verdad, de manera que levantan llama y crian devoción en el pecho del que lee. Allí se verá la verdad, recibida con todos los afectos; la priesa y calor con que aprendían el catecismo de ella; las fiestas que los Catecúmenos hacían el día de sus bautismos; Reinas y Princesas que adoraban las imágenes de los Santos, y barrían por sus manos las nuevas iglesias y oratorios; la atención y puntualidad con

Conserva Fernán Téllez la India para el Rey.

Providencia de Fernán Téllez.

A que veneraban las ceremonias de la Iglesia; y últimamente, los Sacramentos, su frecuencia y su aprovechamiento. Todo esto persiguió y extirpó el Rey de Ternate, el cual, ya no sólo no sufría ningún imperio vecino, sino que ponía horror á los más apartados; tanto que, conociendo todos que por clarísimas conveniencias debieran salir á la defensa de los Reinos de Tidore y de Bacham, miraban, como en un teatro, los asaltos y crueldades del cerco; y así en este segundo, á tiempo que en toda la India se tendían estandartes en obediencia de España, entró el Rey de Ternate y lo apretó de B manera que á viva fuerza le asaltó las fortalezas y prendió los principales Sangajes; y en la entrada de Bacham fué muerto peleando el Rey de la isla con los Portugueses que le ayudaban, y cautivó al Príncipe que era Cristiano: bien que poco después, jurando vasallaje al vencedor y apostatando de la Religión verdadera, fué restituido en su Reino miserablemente, entregando las esperanzas de la salud del alma á las venenosas fábulas del Alcorán, en las cuales ha perseverado hasta hoy, aunque en lo temporal reconoce ya en este tiempo soberano dominio al Rey nuestro señor. Más duró la porfía C contra los Tidores, combatiendo las dos armadas con suceso indiferente, variando la victoria con los accidentes de la guerra. La de estos Reyes consiste en celadas y estratagemás, donde la astucia suple por la fuerza. Pocas veces queda ninguno de ellos enflaquecido, porque en sintiendo la ventaja huye el menos fuerte y se reserva para mejor fortuna; y no estiman por acto ignominioso el de la huida, porque es opinión inculta la que en aquellas partes da leyes al honor. El último trance en que no solamente habían sufrido el asedio con magnanimidad, sino salido del fuerte los Portugueses y Tido- D res, fué con grande concierto y disciplina, y embistieron el campo de los enemigos con tanto valor, que con ser superior en número no pudieron sostener el ímpetu del Rey de Tidore; y puestos los Ternates en huída se embarcaron con no pequeño estrago de los suyos, y la prosiguieron sin parar hasta el puerto de Talangame (así se llama el que tiene Ternate hácia aquella parte). Los Tidores siguieron el alcance, y con el ardor de la victoria desdeñaron el socorro que los Ternates tenían

La India por el Rey Filipe Segundo.

Muerte del Rey de Bacham.

Modo con que pelean los Malucos.

Talangame, puerto de Ternate.

apercibido en Talangame, por cuyo aumento comenzaron á pelear con fuerzas nuevas, y pudieron restaurar la victoria, ya inclinada á los Tidores; los cuales, sin faltar á la obligación militar, se retiraron hasta embarcarse, y volando en sus carcoas llegaron á Tidore, y se fortificaron contra cualquier suceso. El de Ternate se volvió á su ciudad triunfando, con ostentación de algunos prisioneros. A

Ya se sabía en todo aquel Oriente la unión de la Corona de Portugal con la de Castilla; y fué tan bien recibida la nueva, que no solamente no hubo repugnancia, antes se dispusieron á obedecer ufanos, esperando B para su defensa brazo más fuerte que el primero. Y no los engañó su confianza, porque en conformidad de lo que el Rey juró en Lisboa, en razón de las armadas, para castigar piratas y presidiar las costas de Africa, otorgó su Real cédula para que todos los Gobernadores de las Filipinas tuviesen orden para socorrer á las Malucas y á todos los Estados de la India de la Corona de Portugal, valiéndose de Nueva España y de los otros Reinos de la de Castilla, por ser mayor la comodidad para hacerlo desde allí que de la misma India. El Rey de Ternate, sintiendo la novedad de los tiempos, y C cuánto mayores fuerzas le amenazaban que hasta entonces, y que no se le había de permitir que reinase sin reconocer superior, con más sano consejo envió su Embajador á Lisboa; éste fué Cachil Naique, conocido por la antigüedad de la familia y por sus hazañas (Naique es lo mismo que Tribuno ó Capitán). Embarcóse con varias riquezas de la tierra, porcelanas, sedas chinas, piezas de algodón; y de la especería, frutas, troncos y cortezas aromáticas, y conservas de ellas. Y por entre las islas Pangicaz y Manado, vecina á la gran Celebes, desviándose de la Equinoccial, la costeó y vol- D vió á atravesar la línea hasta surgir en Borneo, donde visitó al Rey, que estaba en Tayaopura, y le dió cartas del Ternate; y de palabra intentó de ligarlo en conciertos contra la Corona de España con la nación Maluca. Pasó adelante, habiéndose contentado con las primeras esperanzas, entre Cremato y Surato, y á vista de la Java mayor atravesó las islas Pulo y Linga, y por el estrecho de Malaca en las principales de Banca y Bin-

Manda el Rey Filipe que de Filipinas y de Nueva España se socorra á las Malucas.

Embajador de Ternate viene á Lisboa.

Viaje de Cachil Naique el Embajador.

Llega á Borney.

A tán, en cuyo puerto estaban entonces las veinte naves que Samatra envía al Catayo, cada año, cargadas de pimienta. Rescató mucha parte de lo que llevaba en la suya, y con todas las naciones trataba de rebelión general. Hay dos Euripos ó estrechos en esta parte: es el uno de Sincapura, llamado así de la ciudad edificada en las riberas de Malaca; y el otro el de Sabaón, por una isla de su nombre, y éste camina hácia Samatra. Tomó Naique esta derrota, y brevemente el puerto en la salida del canal. Esta gran isla, contrapuesta á Malaca por un seno de mar, de arrecifes y peñascos y de

Dos estrechos, Sincapura y Sabahón.

B más de mil islas menores, fué otro tiempo península y continente á Malaca, como Sicilia dicen que lo fué de Italia: llamáronla los antiguos Trapobana, los modernos Samatra; fué también de los antiguos geógrafos llamada Aurea Chersoneso, y de los más curiosos investigadores Ophyr; de donde Salomón acumuló aquella grande opulencia de tesoros. Según los Portugueses tiene ochenta leguas de largo y treinta de ancho. Escritores Italianos afirman, que su circunferencia es de dos mil y ciento. Los Holandeses (que con armas y mercancías la frecuentan) no lo contradicen, y todos con-

Descripción de Samatra ó Trapobuna.

C forman en que es la mayor de todo el Oriente y la más fértil que se sabe; declina oblícuamente del Septentrión al Austro, debajo de Tórrida Zona, y la línea Equinoccial la corta por medio; de manera que una parte de ella cae en la Región Boreal, ocupando casi cincuenta grados, ó los dos primeros paralelos; y la otra siete grados en el Mediodía.

Divídese esta isla, según algunos, en cuatro Reinos; según otros en diez, y hay quien diga que en veintinueve; pero de los ocho se tiene noticia, Pedir, Pacém, Achein, Camper, y el opulento de minerales de oro,

D Menancabo y el Zaude. En lo interior de la tierra, los otros dos, Andragide y Aurú, cuyos habitadores son Idólatras y Antropófagos: comen no solamente á los extraños, sino á sus hermanos y padres naturales. Y en efecto, entre esta fiera nación, los mismos efectos obra la hambre que la ira. El más poderoso Rey es el de Azen ó Achein (como lo llaman algunos), y todos ellos reconocen superioridad á la Corona de Portugal. Entró Maique en la Corte de Achein, llevando tras sí la

turba de negociantes Chinas, Japones, Malayos, Persas y Turcos, acompañado de su gente: todos se prometían principios de nuevos movimientos. Adoró al Rey, primero en un templo donde se veían imágenes fieras de Idolos (si bien la isla sigue á Mahoma); después tuvo pláticas secretas en su palacio, y en pocos días con sus riquezas (como á pobre) le granjeó; descubrióle, habiéndole presentado las cartas de su señor, cómo antes de pasar á Europa, adonde le enviaban á explorar en su origen las fuerzas de la Monarquía de España, en sazón que tan grandes mudanzas la divertían, era justo que aquella opulentísima parte del Asia se restituyese á sus principios: esperanza no dificultosa si alguna firme concordia los juntase; y que nadie podría como los Reyes de Samatra, si reconociendo la importancia de la causa se uniesen para determinar el Imperio vecino, que desde Malaca tenía como asidas de gruesas cadenas tantas provincias; y que, pues había cercado con buena fortuna aquella odiosa ciudad y asaltado sus muros y fortalezas y se preciaba de enemigo de Portugueses, no dejase perder tan oportuna ocasión que le ofrecía la última victoria; que se acordase de las expediciones que los Virreyes habían hecho contra Samatra, y que siempre crian sus Adelantados y milicia pagada contra aquellos Reinos; y que puesto que hasta entonces no bastaban para dar cuidado, era indigna paciencia sufrir tan vecina aquella eterna amenaza sobre las cervices. El Rey de Achein le escuchó de buena gana, como quien con toda la nación aborrece la ufanía del trato portugués; aunque no prometió ni cumplió, más de solo estorbar los comercios de Malaca, hasta oprimirla con necesidad; ni guardó el secreto, pues no tardó á llegar á Malaca y á Goa la relación de estos tratos. Prometió además de esto, que siempre que el Rey de Ternate intentase mayor invasión ó quisiese alargarse y ampliarse hasta todo lo que pretendía que era suyo, en el mismo tiempo perseveraría en la diversión cuanto le conviniese y que hallaría en sus Reinos puertos y favor para sus embarcaciones. Naique se lo agradeció, y extendió el trato procurando que los otros tiranos de Samatra, como para el provecho común, lo esforzasen; y partiéndose por el

Naique trata de la rebelión contra España.

El de Achein condesciende con Naique.

A seno de Sunda, llamado así del nombre de una ciudad,
en lo último de la provincia, parte Austral de la línea,
paso á la Java mayor, fértil igualmente de los mismos
aromas odoríferos y medicinales, en tiempo que To-
más Candishe, Capitán Inglés, había arribado, vinien-
Tomás Candishe, cosario Inglés.
do de Nueva España por el mar Septentrional. Entró
el Cachil la tierra adentro, por visitarle, y hallóle en
una ciudad populosa, donde, con licencia del Rey, ya
entonces amigo de Ingleses, cuya factoría estaba asen-
tada, cargaba de pimienta (es excelente la de Java): ha-
Pimienta de Jaba es la mejor.
llóle orillas de un río, de tal naturaleza, que en arro-
Río notable.
B jando en sus aguas leños de cualquier madera, en breve
espacio los convierte en piedras no menos densas y ma-
cizas que nuestros guijarros. Acompañó al Inglés hasta
el puerto de Sunda Calapa; reconoció su armada y aca-
ricio su persona cuanto pudo; presentóle entre algunos
Presente de Naique.
dones un pabellón tejido artificiosamente, todo de cla-
vos olorosos y no negros; el cual, no solamente pudie-
ra resistir los excesivos fríos de Inglaterra, sino enjugar
los cuerpos húmedos que durmiesen debajo de él. Cada
Propiedad de los clavos y seda China.
día se experimenta en Ternate su virtud atractiva, po-
niendo grandes vasijas, llenas de agua, en medio de los
C aposentos donde se guarda el clavo, y en la mañana se
hallan los montones de él húmedos y los vasos vacíos
y enjutos. El mismo calor esencial tienen las madejas
de seda de la China, y los mercaderes la guardan á
poca distancia del agua, porque esto basta para reco-
gerla en sí, sin llegar á ella, y con esta fraude pesa mu-
cho más. Uno de estos pabellones de clavos trajo á
Nueva España el Capitán Juan López de Rivera y lo
Pabellón de clavos.
presentó al Conde de Coruña, entonces Virrey. Nai-
que, pues, como rayo que abrasa á cuanto resiste, pro-
curó de alterar los humores de los pacíficos antes, por
D el valor de Fernán Téllez, y de animar á los inquie-
tos; y no aguardando frutos de su diligencia, se enca-
minó derecho al cabo de Buena Esperanza, del cual
piensan algunos que es parte de la Java, aunque muy
creible (antes forzoso) fué, haber llegado á Malaca y
venido de allí á España en las naves de la India. Cuan-
do Naique proseguía su viaje, había el Marqués de
Victoria naval del Marqués de Santa Cruz contra Franceses.
Santa Cruz, en el Océano, peleado con la armada de
Felipe Strozzi, que vino en ayuda y compañía de Don

Antonio, Prior de Crato, y la destruyó. Y castigando á los Franceses que, con patentes falsas ó verdaderas de su Rey, se opusieron á la justa posesión de Filipo, arribó victorioso á la isla San Miguel; cortó las cabezas á los Franceses nobles; condenó los demás al remo; murió Strozzi de las heridas; salvóse Don Antonio en un esquife y volvió á las islas de Flandes á solicitar nuevos socorros, y en Inglaterra y en Francia. Entre

Reino de Achein en Sumatra.

tanto ejecutó el Rey de Achein su promesa. Yace su Reino junto al primer promontorio de la isla, cuatro grados y medio al Septentrión, y así con facilidad ocuparon sus navíos todo aquel estrecho, de entre Sumatra y Malaca, y tan absolutamente lo cercaron que no dejaban pasar á Malaca las embarcaciones que le traían mercancías y bastimento de la China, Japón, Camboja, ni aun de las mismas Malucas, obligándolas á costear muchas islas con notable detrimento de los tratantes; pero mayor le recibieron los Portugueses, que lo eran en la ciudad de Pedir, ocho leguas de la de Achein: huyeron los más á Malaca, y aunque Fernán Téllez estaba ya de partida, en Goa proveyó del remedio conveniente. Afondó algunos navíos del enemigo y

Presa de Yor, de la Reina y de la artillería

le prendió otro cargado de dagas crices, forjadas en C Menancabo, y gran cantidad de artillería, máquinas conocidas y fabricadas en Sumatra, muchos años antes que los de Europa les diesen noticia de ellas; como se ve por la victoria que los Portugueses alcanzaron de esta nación en este cerco de Malaca, que enviando el Rey de Achein una hija suya á casar con el Rey de Yor, no lejos de Malaca, en tierras de Siaón, entre otros dones preciosos, por riqueza dotal, le presentaba un tiro de bronce de la mayor grandeza que jamás se ha visto en Europa. Vino esta gran máquina á manos de los Portugueses y la Infanta que iba á ser Reina de D Yor: con esta presa, y algunas otras, se limpió la mar

Tiro de bronce lastre de un navío.

de aquella armada, y aquel tiro tan grande, puesto por lastre de un navío, lo trajeron para presentar al Rey de España por monstruoso, y padeciendo tormenta fué forzoso dejarlo en la isla Tercera, donde hoy se ve con admiración. Fué también la ciudad de Yor expugnada por los Portugueses, y hallados en ella mil y quinientos tiros admirablemente colados, con imágenes y flores

A de bulto no bárbaras. Llegado, pues, el Embajador Maluco á Lisboa alcanzó audiencia del Rey, y aunque tenía entera noticia de las dobleces del Embajador, y del trato de su nación, le oyó benignamente, precediendo el haber presentado su despacho á los ministros; repitió con largo razonamiento desde su origen la continuada fidelidad de los Reyes Malucos, y cuán señalada era la de Sultán Aerio, y cómo habiéndole muerto aquel Capitán mayor tan injusto, había ofendido igualmente á la Corona de Portugal; que no castigando al matador para la satisfacción de los hijos y Reinos del muerto, podía interpretarse que, aquella ejecución tan rigurosa y no merecida, había nacido de mayor acuerdo que de la pasión del Capitán Mezquita; y que, aun cuando la culpa hubiera sido pública, fuera prudente consejo reducirla á causa particular y darle autor privado; que el Rey Cachil Babú suplicaba á Su Majestad castigase al ofensor en forma que desagraviase, y del castigo resultase ejemplo y seguridad para todos los Reyes de Asia que reconocen á España. En consecuencia de la justicia y merced, prometía de restituir las fuerzas de Ternate y de los otros Reinos suyos, que estaban ajenadas y volverían á su antiguo vasallaje, como lo habían prometido al Capitán Pereira de la Cerda; y mejorarían sus acciones con tan notable diferencia, que se conociesen efectos de real y humilde agradecimiento, así en las ocasiones del servicio de Su Majestad y seguridad de las plazas, como en utilidad de las otras provincias vecinas de otros Reyes, también vasallos, por la parte de Malaca, por la de Filipinas y lo adyacente; la restitución de los templos y Religión Cristiana y mucho más de lo que se concertó con Pereira. Oida del Rey su petición, como si ignorara que no merecían los Ternates la satisfacción que pedían, por habérsela tomado ellos tan grande que excedieron los límites y el ejemplo de toda venganza, le mandó responder que se buscarían los cómplices de aquel hecho, pues se averiguó que era ya muerto el principal autor, y que ninguno quedaría sin castigo, como lo hubiera hecho (si viviera) el Serenísimo Rey Sebastián; que Cachil Babú se dispusiese á restituir todas las cosas en su antiguo estado, si quería gozar

Llega á Lisboa el Embajador Maluco.

Promete Naique la restitución de Ternate.

Respuesta del Rey Filipo Segundo.

de la general gracia con que en toda aquella Corona se remitían las injurias pasadas. Tuvo Naique algunas audiencias privadas, y algunos ministros del Estado platicaron con él, atentos á saber por su medio la disposición en que habían quedado los ánimos de la India. A

Don Gonzalo Ronquillo contra Ternate.

En este mismo tiempo Don Gonzalo Ronquillo, ejecutando la orden que le vino de España, envió desde las Filipinas, donde era Gobernador, al Alférez Francisco de Dueñas á las Malucas, para examinar en Ternate, Tidore y Bacham los ánimos de los Reyes y súbditos, Capitanes mayores y soldados Portugueses, en B razón de obedecer al Rey. Partióse en hábito de China, y ayudábale la noticia de las tierras y de sus lenguajes, y mucho más el ánimo fuerte y probado en aquellas guerras. Supo con disimulación qué esperanzas se podían tener de la recuperación de Ternate, y cuán firmes estaban los de Tidore. Primero averiguó las ligas que se platicaban en el Archipiélago, las inteligencias y socorros de las armadas del Septentrión, con quien ya trataban familiarmente. Paseó las islas como Sangley, en las yanguas de tratantes Malayos y Filipinos, y pudo explorarlas todas, hasta medir los lugares fuertes, C echar la cuenta de los bastimentos y municiones de los bárbaros; el humor é inclinaciones de los Españoles que contratan ó los gobiernan; y vuelto á Filipinas fué su resolución y relación la que comenzó á despertar los bríos y las esperanzas de hacer por aquella parte más fructuosas facciones que por la de Malaca, con alentar, á lo menos, á los Portugueses y Tidores, apretados entonces por el Ternate. Estas inteligencias tuvo el Rey Filipo en Lisboa, de donde había partido ya el Embajador Maluco, mal satisfecho de la respuesta que llevaba; pero mucho tiempo antes que llegase á la presencia D de su Rey, con quien por ventura obrara la palabra de tan gran Monarca y la autoridad de su promesa, murió Sultán Babú. Aquellas reliquias del nombre Cristiano que en sus Reinos quedaban se alentaron un poco, y si en la revolución de su muerte sonaran nuestras armas, con el estruendo de ellas se alcanzara victoria. Hay fama que murió aquel ciego Rey á la fuerza de amor, mas antes á la de su desordenado apetito, en los brazos

Francisco de Dueñas, Alférez, explorador del Maluco

Inteligencias del Alférez Dueñas.

Muerte de Sultán Babú, Rey de Ternate.

A de una de sus amigas: hay quien dice que le mató con hechizos ó con veneno, que es el tiranicida entre aquellas naciones impacientes de luengo dominio. Sucedióle su hermano ilegítimo, según lo dice Cachil Tulo en la carta que, como adelante se refiere, escribió al Gobernador de Filipinas: llamóse el nuevo Rey Cachil Sultán Xait Dini Baraca Xa, á quien debiera ser preferido Cachil Madraxa por ser hijo de la Reina Putriz. Luégo convidó con la paz á sus vecinos. Con esta seguridad y con la que su conciencia le prometía, le visitó el Rey de Tidore, Cachil Gava: fué recibido en una

Sultán Zaide, Rey de Ternate, sucede á Cachil Babú.

B de las mayores plazas de Ternate con regocijo público, y acompañado hasta una altísima enramada, fabricada para sacrificar (oratorio igual al sacerdocio), y también para librar pleitos y dar audiencia á sus vasallos. Acabadas las cortesías, cuando el Tidore estaba más descuidado oyendo los soldados Ternates de la guardia la seña que su Rey les tenía dada, metiendo mano á sus campilanes, sin conceder lugar al huésped para dar voces, arremetieron á él y le hicieron pedazos, siendo por cuyo medio le habían dado los Ternates el cetro, contra la opinión y designios de sus tíos; pero cuando al bene-

Rey de Tidore muerto á traición.

C ficio recibido se le debe grande reconocimiento, siempre el ánimo ingrato convierte su obligación en odio, y no se le ofrece objeto tan aborrecible como la presencia del bienhechor. Revolvió luégo la furia contra su familia, y los criados que no pudieron huir á Tidore quedaron en Ternate presos ó muertos, ó adonde quiso la fortuna y su turbación. Este acto cruelísimo, que algunos atribuyeron á Cachil Babú su padre, reconcilió al matador con sus tíos, mas proponiéndoles luégo las invasiones que esperaba por dos partes, y cuánto importaba que los vasallos reconociesen dueño, y fortificar

Traza del Rey bárbaro para asegurarse.

D sus islas, particularmente los lugares más eminentes de ellas; y que teniendo tíos de tanta autoridad, sería justa y universal conveniencia que viesen la unión que con el sobrino habían contraído; y ponderando su valor, al regalo de las alabanzas los turbó y cegó, para que no conociesen el profundo recelo que en ellas encubría. Dividiólos para que en distintos lugares asistiesen á las fortificaciones, y él por su persona prosiguió la guerra contra Tidores, donde luégo fué alzado por Rey un

hermano del muerto, el cual, aunque gobernó con valor y estuvo unido con los Portugueses, le quitó el Ternate algunos lugares fuertes, que después en nombre del Rey nuestro señor los restituyó Don Pedro de Acuña al que hoy reina. Vivió pocos años, y en ellos creció Cachil Mole, que era niño cuando mataron á su padre, y creció en la venganza de la injuria. No apartaba de ella los deseos ni las pláticas, hasta que llegó á ponerlas en ejecución. Entre tanto el nuevo Rey de Tidore, con ayuda de los Españoles de sus fortalezas, se apercibió para defender y acometer; y todos unánimes esperando socorro de la India, donde era cierto que para cobrar á Ternate habían de juzgar por consejo forzoso sustentar á Tidore. Mostraron tan grande esfuerzo, que con inferior aparato de armas y bastimentos se defendieron del que con abundancia de ambas cosas los combatía. Había llegado para este efecto de la India Hector Brito en un galeón; y como se supiese en Tidore que por la tempestad estaba detenido en la contracosta de Borneo, armó el Rey cuatro carcoas y salió á recibirle, pero vientos contrarios le volvieron á su isla. El de Ternate velaba sobre su enemigo natural. No defirió el lograr la ocasión, ni la remitió á otras manos. Embarcóse con la gente que pudieron llevar nueve carcoas, y saliendo al paso embistió con él; no faltó ánimo en los Tidores para la defensa; trabóse la guerra naval con aquella rabia que jamás se aplaca entre estas dos naciones, y aunque el de Tidore peleó animosamente, fué preso y los suyos muertos ó mal heridos. Entristeció este suceso á los Indios, y á los Portugueses igualmente por el amor que todos le tenían; y por el mismo respeto juntaron las reliquias del destrozo y todas las más fuerzas que pudieron, ofreciéndose á Cachil Alcacen, hermano del preso, mozo de grandes esperanzas. El lo agradeció y supo ganar las voluntades y confirmar la fidelidad de los súbditos, con tanto valor, que por su prevención no hubo ninguno que faltase al oficio. Fué muy necesaria esta diligencia, porque no luégo volvió el vencedor á Ternate, antes dió la vuelta por las islas de su enemigo, y en cada una procuró que le jurasen obediencia, mostrándoles su Rey preso, cuya vida dependía de su voluntad; pero los pueblos Tido-

Cachil Mole, niño Rey de Tidore.

Socorro de Tidore por Hector Brito.

Guerra naval entre los Ternates y Tidores.

Prende el Rey de Ternate al de Tidore.

A res, pertrechados de todo lo necesario, como á su pare-
cer podían sin peligro ejecutar el aborrecimiento ó ra-
bia que puso la Naturaleza en sus corazones, no escu-
charon la plática, aunque contenía ruegos y amenazas;
antes le despidieron con su acostumbrada ferocidad.
Viendo él que con la ostentación de la victoria, con el
espectáculo del Rey cautivo había hecho poco efecto,
dió las velas al viento para Ternate; llegó y fué recibi-
do con clarines, atabales y bacías, y con los cantares
que inventan para semejantes tiempos. En las carcoas,
particularmente en la del Rey, sobre las astas, que
B siempre están enarboladas en las proas y popas y to-
das las partes altas, venían clavadas las cabezas y miem-
bros de los Tidores muertos en la guerra: este es su or-
dinario trofeo. De sus calaveras forman vasos en que
beben, como los Scitas que, según Herodoto, tienen la
misma costumbre, ó como los Alemanes, según Táci-
to, de las testas de los uros que mataban, y era osten-
tación de nobleza. No quiso fiar la persona del Rey
preso de fortaleza alguna, y convirtió en cárcel una casa
fuerte poniéndole guarda de isleños Xilolos bien arma-
dos; daba unas veces muestras de rigor, otras de benig-
C nidad; pero todos, sabiendo su inclinación, esperaban
el último día del Rey cautivo; aunque también creían
que, por respeto de su hermana la Infanta de Tidore,
templaría su venganza. Hector Brito, Capitán de un
galeón, llegó á Tidore en esta ocasión; mas no por su
llegada se mejoró el estado presente, bien que los del
fuerte se animaron á la perseverancia, y por lo menos
pudo acrecentar los respetos á la causa y mover al Ter-
nate á que escuchase algunos pactos; mas lo que no pu-
dieron las armas, ni las inteligencias del trato, acabó la
osadía de un amigo amante.

Crueles espectáculos de los Malucos.

D La Infanta Quisaira, hermana del Rey Capabaguna
(que así se llamaba el preso), osó esperar en su her-
mosura (tanto se estimaba) el buen suceso, el cual en-
tonces para todos importaba por muchas causas. Es-
taba cierta de que era amada del Rey de Bacham, del
de Sian, mozo y valeroso, y del de Ternate su enemi-
go, y de otros principales Sangajes de su Reino, deu-
dos suyos; todos los cuales, en competencia pública, la
veneraban. Sabía ella, diestramente, sustentarlos á to-

Caso notable de la libertad del Rey de Tidore.

dos con aquellas esperanzas que no obligan á quien las A
da, y animan á quien las estima. Publicó que no se había de casar sino con el que pusiese en libertad al Rey su hermano, y se lo trajese vivo ó muerto: esto segundo pertenecía á sus intentos. A todos sus apasionados movió la promesa. Aunque era cierto que el haberse nombrado ella á sí misma por premio de la empresa. nació de la afición que tenía á Ruy Díaz de Acuña, Caballero Portugués, Capitán mayor en la fuerza de Tidore, creyó que él intentaría la libertad del Rey, y que del suceso naciera justicia para casar con él, aunque muchos sospechaban que ya concurrían B
igualmente deseo y obligación, porque se creyó que estaban ambos amantes de acuerdo. Sabíase que en casa de Quichana, gran señora y tía de Quisaira. adonde Ruy Díaz acudía, se habían hablado muchas veces, y que con su intervención pasó el trato á prometer la Infanta que recibiría la ley de los Cristianos para casar con él. No por esto se desanimaban los competidores: y el de Ternate, á la voz de esta esperanza, le ofreció libre al hermano; pero no fué escuchado porque Quisaira aborrecía el verse obligada de él, tanto como deseaba quedarlo á Ruy Díaz. Este poderoso C
afecto, los ánimos bárbaros hace sutiles. Desde este desdén resultó el doblar las prisiones al Rey de Tidore, y humillar su persona con una pesada cadena, y estar más atento que antes á la custodia del preso. Cachil Salama. vasallo suyo y deudo propincuo. de esfuerzo bien probado en las guerras ordinarias, amaba á Quisaira sobre todos, y escuchaba los rumores del cómo se disponían á darle satisfacción; y con recato y verdadero silencio (que no fué poco para el que ama poder acallar sin afectación) para desmentir las opiniones, una noche armó un baroto (así llaman á ciertos bar- D
quillos), poniendo en él por compañeros cinco soldados Tidores. de confianza; atravesó por sotovento el Estrecho y surgió en Ternate; quedó el baroto escondido y apercibido en la orilla; y entre tanto Cachil Salama en la ciudad. mezclado en la turba de negociantes, se fué á la mayor población. que llaman Limathao. y en el barrio que le pareció más á su propósito puso fuego á una casa; esforzándose las llamas, que prendieron en

Trasa de Quisaira, Infanta de Tidore, para casarse con un Caballero Portugués.

Esfuerzo de Cachil Salama, enamorado de Quisaira

A el techo, amenazaban mayor incendio. Hecho este daño, mientras la gente acudía, y con agua y con otras defensas lo procuraba atajar, volvió el Cachil á su baroto, por dentro del arrecife que tiene la isla, y fuese á la otra parte del fuerte donde comenzó á tocar al arma para causar mayor turbación; luégo volvió á la tierra, solo con su campilán, dando orden á tres de los suyos que le siguiesen algo desviados; halló la prisión del Rey casi desamparada, por haber acudido las guardas al socorro del edificio que se quemaba; entró en ella osadamente, quebrantando puertas y cerrojos, has-
B ta el aposento del preso, el cual, creyendo apenas lo que veía, le preguntó admirado que cómo había llegado allí, y si estaba perdida la fuerza de Tidore. El Cachil le respondió que abreviase y se saliese con él, que después sabría lo que le preguntaba, porque si lo rehusaba le cortaría la cabeza; y asiendo del otro cabo de la cadena, juntándose ya en esto los tres Tidores, salieron de la casa á fuerza de sus armas, abriendo con ellas camino y matando á los que les defendían la salida. Con el mismo esfuerzo y favor de la suerte, atravesaron las calles hasta el puerto; y lanzándose en su barquilla
C asieron los remos (sin que obligue á ello la necesidad, suelen remar los Reyes en aquellas islas; y como en España aprenden los nobles á correr y hacer mal á los caballos, suelen los Príncipes isleños, en todo aquel Oriente, preciarse del manejo de los remos y velas). Pasaron, pues, el seno de mar; y seguidos, bien que tarde, de las embarcaciones ligeras de Ternate, llegaron á Tidore de improviso. Extendióse luégo la voz de su llegada, y con la certeza de ella, jugó la artillería, sonaron los adufes de los templos, y aquellas campanas á cuyo sonido se congregan los Malucos, y sin descui-
D darse de las armas hicieron regocijo general. Todos ponían en el cielo el nombre de Cachil Salama, llamándole libertador de Tidore y Neza Maluco (Neza significa lanza, y Maluco Reino: y todo junto lanza del Reino). Sola Quisaira se afligía del suceso, porque la promesa de casar con quien lo concluyese, que fué general en el sonido, solamente llamaba á Ruy Díaz de Acuña. No pudo encubrir esta verdad, y más cuando el Cachil Salama, licenciosamente, instaba en la ejecu-

Libra Salama al Rey de Tidore preso.

ción de la promesa, ayudado del mismo Rey. Ella po- A
niendo en medio algunas treguas de aparente importan-
cia, la dilataba: deseara quejarse al mismo Ruy Díaz
para avergonzarle ú obligarle con la ira. Fué fácil el
verse con él en casa de la tía, donde, en comenzando
la plática, toda fué quejas, excusas, trazas de matar al
Salama, lágrimas y últimamente paz. Era medianero
de esta conversación Roque Piñeiro, sobrino del Capi-
tán mayor, soldado valiente y de opinión; y como Qui-
saira le fiase sus pensamientos con osadía, mañosamen-
te le dió á entender, que su tío estaba lento como antes,
y que pues lo había estado en la ocasión pasada, qué B
se podía esperar en lo que después le había prometido?
Que si ella podía acabar consigo el reconocer la ingra-
titud de Ruy Díaz y ponerlo á él en su lugar, no so-
lamente daría la muerte al Cachil, sino también á su
mismo tío; y que por su decoro, en que se encerraban
tantas obligaciones, no había hasta entonces osado des-
cubrirle cuán preso estaba de su belleza, pero que ya se
juzgaba desobligado de todas las consideraciones huma-
nas y se rendía á solo ésta. Piñeiro fué escuchado, ga-
nancia propincua á la del quedar admitido; y si no le
mandaron dar la muerte á su tío, el echó de ver que á C
lo menos no le dejaba en el ánimo de la Infanta en tan
buen lugar como antes tenía. Entre tanto Cachil Sala-
ma no paraba, negociando aprisa y oliendo ó recelando
las causas de la tardanza: como amante á quien raras
veces engaña este linaje de sospechas, infirió la verdad.
Tuvo atrevimiento para esconderse en el aposento don-
de dormía Quisaira (trazólo una camarera suya); y en
el silencio de la noche, rendida su fiereza á otra fuerza
superior, se le presentó súbitamente. Alteróse la Infan-
ta, pero disimuló y dispúsose para defenderse de cual-
quier violencia; amenazóle que daría voces; quejóse con D
lágrimas; lamentó la pérdida de su opinión; que cómo
creerían su limpieza los que le vieron entrar ó salir. Sa-
lama á todo esto, humilde y de rodillas, le aseguró de
su designio, que no era más de acordarle su obligación;
y que sabiéndose que había de ser su esposo, de poca
consideración era el ser visto; que mayor detrimento
padecía su fama, viendo todos que dilataba el casamien-
to; y que para que se satisficiese de su voluntad se sal-

Roque Piñeiro promete á Quisaira de matar á su tio.

A dría con la obediencia que siempre había profesado. Salióse luégo aliviado con agradecimiento y esperanzas, y la libró de su miedo. Quedó tan pagada de este cortés acto, que comenzando á ponderarlo en su ánimo, labró tanto que quedó prendado del Salama; de manera que casara con él, aunque no la tuviera obligada. En este medio Piñeiro, que ya estaba empeñado en su amor, ó por el premio de él, ó por la tibia correspondencia del tío ó por ambas causas, le maquinó la muerte. Viniendo un día á palacio para dar á Quisaira la nueva de cómo por su causa la dejaba ya ejecutada, B fué á tiempo que el Cachil llegaba de una fortaleza á ver á su dama; el cual, topando á Piñeiro que salía de los aposentos de ella, metió mano á su campilán, y aunque el mancebo peleó como valiente y amante, el Cachil, á quien también comprendían las mismas calidades y le sobraba la de sus celos, á los primeros golpes le abrió la cabeza con tal ferocidad que cayó muerto de la herida; luégo continuando la obra entró donde estaba Quisaira, á la cual, con levísima violencia, persuadió á que se saliese con él, y dejando el palacio lleno de voces se embarcaron en el baroto en que él había C venido. Casáronse en gracia del Rey y del Reino á pérdida de las vidas de aquellos dos caballeros; y pues del honor que se cobra ó pierde en los casos de amor, como de méritos árduos, se hace entre la Nación portuguesa tanta estimación, como la que otro tiempo se hizo en Grecia de las victorias alcanzadas en los juegos olímpicos, quedará reservada la defensa de estos amantes para la sutileza de los entendimientos que entiendan la materia, librando de ella nuestro discurso.

Piñeiro mata á Ruy Diaz su tío.

Cachil Salama da muerte á Roque Piñeiro.

Cásanse Salama y la Infanta Quisaira.

Los Portugueses sintieron esta tragedia como suceso público, y el Rey quedó tan indignado, que habiéndole D dole muerto uno de ellos acaso un caballo que preciaba mucho, lo ahorcó, sin que valiesen satisfacciones. De esto nació tan general favor á Cachil Mole, que con ser Cachil Cota mayor, y de madre Putriz, so color de que era amigo del Rey Ternate, y que concertaba de emparentar con él, tuvo mayor parcialidad, que le ayudó á la sucesión de Tidore, como veremos luégo.

Cachil Mole amado en Tidore.

Los galeones de Portugal llegaron á Malaca, y en ellos Cachil Naique de vuelta de España, donde se de-

Naique Embajador llega de España á Tidore. tuvo algunos meses esperando las mociones, y con ellas en próspera navegación tomó puerto en Ternate, habiendo procurado de camino que los Yaos, los de Achen y Borneo no admitiesen en sus tierras el dominio español. No trajo de Filipo grata respuesta. *Halla muerto al Rey Babú.* Además que ya halló muerto al Rey que lo había despachado, y en su lugar otro de tan diferente pecho, que no solamente no pensaba restituir las fuerzas á Portugueses, sino borrar la obediencia y el nombre. Para la ejecución de esto se confederó con la Nación inglesa, de *Ingleses en Maluco.* la cual, y de las otras septentrionales, halló señoreada la isla. Cinco leguas de ella estaba sobre las amarras un navío de Inglaterra, esperando otros dos que venían en conserva de él. Surgieron en el puerto, y como pudieran en Londres saltaron en tierra, y fueron bien recibidos del Sultán de Ternate, con cuya licencia asentaron factoría en la ciudad, y en ella dejaron ministros, los cuales con nombre de comercio quedaron más señores que los naturales. Repartiéronse para recoger el clavo con los rescates que trajeron, y en veintiuno de Agosto enviaron sus naves cargadas de él, y de los piñones que vulgarmente llaman del Maluco, excelentes conservas de lo uno y de lo otro. Fueron en estos navíos Embajadores con instrucciones, y cartas para la Reina Isabel y para el Príncipe de Orange, con un presente, conforme á cada uno, de los dones más preciosos de la India. Mandóles que ofreciesen su Reino á aquella Reina en vasallaje, para continuar el comercio, y al Príncipe su amistad. Vióse el fruto de las embajadas, pero no por ellas daba lugar á las esperanzas de restituir la Cristiandad; porque además que andaba embraveciéndose la persecusión, había traído aquellos días á su Reino *Predicadores Mahometanos en Ternate.* gran número de falsos profetas, Arabes y Persas, todos ministros y sacerdotes de Mahoma, para esforzar la secta. Y sabiendo por sus espías que en las Filipinas se divulgaba, que por aquella parte le harían guerra, y que en España prometió el Rey que de la unión de las dos Coronas resultaría unión del poder y armas de entre ambas, para el castigo de las desobediencias de tiranos ninguna amistad desechó, ni tuvo en poco al más flaco enemigo. Para el mismo fin concedió hospedajes y colonias á las naciones de Europa y se ligó con los

A Idólatras y Mahometanos que aborrecen á España como á enemigo común. Ya los navíos ingleses frecuentaban la India, facilitando el pasaje, y proponiendo ejemplo á los ojos de los de Holanda y de los Franceses, con el cual se animaron todos á desviarse de sus pátrias, y á buscar tesoros en las ajenas.

En Tidore gozó poco de su libertad Sultán Capabaguna. Adoleció en un convite. Creyeron algunos que le fué dado veneno lento, porque era recatado en las comidas: y aquellos movimientos de los brazos y el crujir los dientes, y perder los sentidos, con que embiste la epilepsia, y manifiestan su accidente los apopléticos, no pudieron nacer de su templanza, y siempre son causados de exordinaria demasía de que se causa esta veloz enfermedad. Volvió de aquel primer desmayo, pero el vigor se le anduvo consumiendo, y con tardanza mortal llegó al término de la vida. Hubiérale de suceder Cachil Cotta, pero fuéles sospechosa la inteligencia con Ternates; y con tan declarado favor acudieron todos á Cachil Mole su hermano, que ni aun en duda estuvo puesta la sucesión. Acordábasele á menudo la desdichada muerte de su padre, y como esta rabia de la venganza podía ser instrumento para la recuperación de Ternate, en muriendo el tío, que fué á veintinueve de Abril de mil quinientos noventa y nueve, entró en su palacio el Capitán mayor Ruy González de Secueira, y con las armas y autoridad de Portugal, pudo hacer jurar por Rey á Cachil Mole, constantísimo amigo de Portugueses y en igual grado enemigo de Ternates. Envió luégo esta nueva á Manila con el Capitán Palma, y con ella le dió cuenta del Maluco, de sus vecinos y pertrechos; porque ya se disponían en las Filipinas para esta guerra, para extirpar este receptáculo de sectas, donde tienen escuela todas las apostasías, y particularmente los torpes secuaces de Mahoma. Y desde el año de mil quinientos ochenta y cinco, en que los Holandeses tentaron aquellos mares, hasta este tiempo no han cesado de traer sectarios y capitanes piratas. Estos llevan las riquezas de Asia, y en su lugar dejan aquella falsa doctrina, con que hacen infructuosa la conversión de tantas almas.

Muerte del Rey de Tidore.

Cachil Mole, Rey de Tidore.

El olvido ó desprecio á que en Goa los Gobernadores

tenían condenadas las Malucas parecía fatal; pues como A si no estuvieran en el mundo, en tantos años, les negaban ó detenían los socorros ordinarios, desamparando los capitanes y las plazas. No se remedió por la unión de las Coronas de Castilla y Portugal: antes habiéndose sabido en España las victorias del Adelantado Legaspe, en las islas Luzones, que llamó Filipinas, pareció al Rey Filipo Segundo, como luégo veremos, que las Malucas y otras provincias, á quien era su celo enviar predicadores evangélicos, sintiesen los provechos del Imperio vecino. Esto se encaminó con brevedad: y aunque por accidentes, á que las obras grandes están B sujetas, fueron desiguales los efectos, el tiempo ha mostrado cuánto convino tomar aquella resolución. Para que se entiendan bien las causas en que se fundó, pues una de ellas fué la varia disposición, condiciones y grandes respetos de las naciones naturales de aquellos mares y tierras, será forzoso declararlas en este lugar, antes de llegar á las particularidades. Historias latinas y vulgares de diversas lenguas han tratado esto mismo; por eso, sirviendo á la brevedad, cumpliremos con nuestra obligación.

Descripción de la China.

Es la región de los Sinas, que llaman Chinas, última C de las tierras de Asia. Por el Oriente y Mediodía la cerca el Océano, que los antiguos llamaron Serico; por la parte de Occidente toca los fines de la India ulterior; por la Septentrional los de los Masagetas y Scitas. Haber dilatado los Chinas el Imperio á más augustos límites, sus anales, sus letras y tradiciones antiguas lo dicen; conforman con ellas los vestigios de ilustres edificios, no sólo las ruinas en que todavía se manifiesta su primera soberbia, sino ciudades que el tiempo ha conservado deshabitadas, y parecen ahora en las provincias que excluyeron de su distrito. Muchas son las D que se denominan y confiesan ser su origen de la China; porque como aquel inmenso Imperio se sintiese fatigado de sus mismas fuerzas y agravado de su magnitud (el mismo consejo se lee que tomaron los Cartagineses hallándose en igual estado y por las mismas causas), como prudente enfermo para evitar mayor daño, alivió las venas, castigó y reformó la lozanía del sujeto; estrechóse á más breves límites, proporcionados

A con el cuidado humano, para que la luz de su Príncipe pudiese alcanzar y comunicárseles (lo cual no se consigue cuando la esfera excede á la actividad). Promulgaron contra quien saliese de la China, sin permisión de sus Magistrados, edictos no dispensables; desampararon extensísimas provincias, las cuales, quedando expuestas á la tiranía y á la infidelidad, después de largas guerras cedieron á los más poderosos. De aquí comenzaron los Reyes de la India, obligados á no dejar las armas, á no guardar fe para sustentarse unos contra otros, hasta que otro mayor poderío los avasallase. En
B la China quinçe Reinos, ó provincias de suma grandeza, cuentan cada cual con su Metrópoli ó grandeza; los demás son mediterráneos. La tierra, porque la mayor parte se contiene en los términos de clima templado y recibe en el puro y abierto seno rayos vitales del sol, goza de saludable cielo y de la suavidad de aire sereno: de estos favores se le consigue tanta fertilidad, que responde cada año con dos y tres cosechas: ayuda á la fecundidad la suma industria de los cultores; es infinito el número de ellos, como gente que multiplica mucho cada día, y por serles prohibido el salir á provincias
C ajenas; ni entre tan copiosa turba de hombres es lícito á ninguno vivir ocioso, no solamente con privada afrenta y por denuestos de los vecinos, sino por costumbres y leyes públicas es castigada la ociosidad; así los labradores ni una mínima parte del campo consienten inculta; los valles y collados crían vides y pinos; los campos llanos arroz, cebada, trigo y las otras mieses necesarias; bien que no exprimen las uvas como nosotros para sacar el vino: guárdanlas para comer; y de la yerba llamada chía destila un saludable licor caliente: éste beben y también los Japones: éste los preserva de catarros,
D jaquecas y humores que corren á los ojos, y viven largas vidas sin enfermedades. Alguna de estas regiones carece de olivos, pero no les faltan plantas que les dan licor para ungirse; pastos, jardines, frutas, flores con perpetuidad abundan; ríos navegables que sufren grandes navíos, llenos de maravillosos peces; riberas vestidas de verduras, con puertos capacísimos y comercios de todas las cosas humanas; aves de vario plumaje y de pasto sustancial y apacible; venados grandes y mu-

chos; capacísimos lagos, bosques, montañas, metales A
de oro, plata, hierro y los demás de que sus mismas minas los arman; perlas y piedras; su barro no imitable (las porcelanas); pieles preciosas contra el frío; sedas, lanas, algodón, lino; su azúcar, su miel, ámbar, bermellón y lacre... quién los contará? El almizcle (de que no se halla mención entre escritores Griegos ni Latinos) abunda en China más que en otras partes. La gente son que más ama los regalos y lascivia de la vida; sólo ellos venden siempre todas las cosas; no compran ninguna de las que Naturaleza y el arte dan para el mantenimiento y vestidos, sino alguna materia olo- B
rosa para las ropas y pimienta de la India, ni hubiera lugar para admitir comercio ajeno si no predominara en los Chinos increible sed de plata y oro: el que sacan de las entrañas de las minas esconden como ellas mismas; el que traen de remotas provincias acumulan y sepultan. Narración infinita causarían sus edificios públicos y privados; doscientas ciudades de insigne grandeza cuentan; inferiores, en mucho mayor número, villas y castillos; aldeas de más de tres mil familias cada una, edificadas de ladrillos de barro ó masa de porcelanas; cercadas de selva continuada, fuentes y C
ríos, torres con soberbios chapiteles, casas de campo, templos, bien que de aquella informe pintura, pero costosos, y los simulacros feos y varios en que responden los demonios; esto no en todas las partes, porque muchas no conocen Dioses ni Religión. La vida dicen que fué siempre don común y uniforme á todos los vivientes; que los hombres sangre humana bebieron en sus principios, y comieron carnes crudas; después el uso de la razón proveyó á la necesidad y al gusto, inventando el guisar y perfeccionar la comida al fuego, en vasijas y otros instrumentos: lo mismo les acaeció en los D
socorros de la desnudez humana; de manera que á sí mismo y solo se debe el hombre lo que goza, y quien le cargó yugo de Religión y reconocimiento de causa superior á la Naturaleza, no pretendió más que entristecerle y tiranizar su libertad. Con esta impía credulidad y pestilente ateismo, resisten á la eterna salud con que nuestras armas y nuestros predicadores les convidan: sólo atienden á la generación, aunque no sin distinción;

A las madres de familias hacen el matrimonio legítimo;
précianse las matronas de suma honestidad; las concu-
binas en casas apartadas se sustentan; ni faltan come-
dias ni representaciones: sus tradiciones, fabulosas ó
verdaderas, huelgan de ver en los teatros; sus convites,
sus mesas, sus asientos de ébano y de otras materias
preciosas; sus navíos, sus espectáculos, carros, literas,
ejercicios de armas y caballos; y finalmente sus cos-
tumbres privadas, no sería dificultoso referir en este
lugar si todas fueran á su propósito. Diremos algo de
las públicas y políticas para inteligencia de algunos su-
B cesos de Filipinas, de donde comenzó en estos tiempos
la recuperación de nuestras Malucas. Llaman Loitias
á los Grandes: de éstos elige el Rey los Jueces y Conse-
jeros; de Magistrados inferiores que introducen la fuer-
za y autoridad Real, hasta en los casos mínimos, es el
número casi infinito. En cada pueblo son cinco los de
mayor poder, y extranjeros para que juzguen más li-
bres de toda pasión. El superior á todos se llama Tu-
tán, lo mismo que en Europa Virrey. El segundo lu-
gar en dignidad tiene el Poncasio; cuida de los tributos
Reales; guarda los tesoros, no sin gran número de es-
C cribanos y otros ministros: los salarios y mercedes pa-
san por su mano. Síguele el Ancasio: preside á cau-
sas criminales graves. El Aitán á todas las obras de la
guerra: escribe los ejércitos, fabrica los navíos y su pri-
mera ocupación es velar sobre las guardas para que
ningún extraño entre en los pueblos mediterráneos. Al
Aitán está propincuo en dignidad el Luitisio; ha de ser
hombre experto en la guerra, á cuyos ministerios les
suele el Aitán enviar. Bien sé que hay otros Magistra-
dos, sus nombres y dignidades, que de intento callo;
todos (sino el Luitisio) guardan grande majestad. Son
D del Consejo diez escogidos, bien que desiguales en la
autoridad; cinco se asientan á la diestra, los demás á
la otra parte. Muchas veces en hábito disimulado se
mezcla el Rey entre sus Jueces y litigantes, para infor-
marse de las causas y de los juicios y comprender am-
bas cosas á vista de la misma verdad; suele, cuando le
parece, darse á conocer, y en el punto que se manifiesta
quedan todos en silencio lleno de veneración y horror,
esperando lo que ordena; él luégo reprende ó alaba los

unos y los otros; premia ó castiga antes de salir del tri- A
bunal. Sus mandarines y ministros graves son tratados con tanto respeto que nadie osa mirarles á la cara; y ellos las muestran siempre tan severas, que sería suma descompostura quebrar la severidad ni con una modesta risa; esto hacen cuando pasan por las calles á vista del pueblo: entre ellos el mayor honor es traer ceñido alfanje guarnecido de oro y sombrero amarillo. Cuando el Presidente muere, le sucede el Juez más antiguo; éstos visitan las provincias y las reforman, y todos traen la insignia del Rey en los hombros, y en los pechos una sierpe tejida de oro. Cuando hacen estos viajes con li- B
mitar el aparato disminuyen ó evitan el gasto de ellos. Recién electos, cuando aprenden posesión del Magistrado, suelen salir en medio de escuadrones de infantería y caballería, todo género de músicas y de pompa; las calles y edificios la muestran en las colgaduras y otros adornos; todo el gasto de las lites, tribunales y los demás requisitos de ellas, se administra de los tesoros Reales. Los mandarines son Gobernadores ó Virreyes; no hay en China Duques, Marqueses ni Condes, ni reconocen dignidad que no sea participada de la de su Rey: y bien que por la parte que confina con Scitia, C
siguen las gentes á Mahoma; en todas las demás se idolatra, y se juzga y trata de Dios como de materia de risa; una creen que es la vida, una la muerte de los brutos y de los hombres. Con pretexto político de tener por sospechosa cualquier novedad, á ningún cuidado viven más atentos que á impedir toda religión peregrina; pero sobre todas resisten á la verdadera, aborreciendo lo que ignoran, y la temen como si los ministros de ella entraran á predicarla armados y al estruendo de atambores en ejércitos formados. Unos hombres descalzos y casi desnudos, que profesan pobreza y pre- D
dican virtudes morales y sobrenaturales, fundadas en humildad y paz, los espantan; cáusanles tal horror que si el intento que seguimos lo permitiera, ó no anduvieran ya relaciones de esta verdad, contáramos no pocos casos, en prueba de este odio ciego; de aquí se debe inferir cuánta mayor necesidad de socorro del cielo tienen estas naciones, y las que su vecindad las tiene puestas al contagio ó al peligro de su obstinación; debe

A también el lector considerar, que aunque en el minis-
terio de la predicación evangélica se mezclen alguna
vez la avaricia y otros excesos de nuestros Capitanes y
soldados, semejantes demasías no hacen menos justa
la causa; considere también, que, dado caso que por
excelente razón de Estado, quisiese Su Majestad, como
dijimos que se trató, desamparar aquellas partes de
Asia (como lo hicieron los Chinos) y estrechar el ám-
bito de su Monarquía, la causa de la Fe no lo permite.
Ministros son nuestros Reyes de ella, é hijos de la Igle-
sia Católica, y cualquier guerra que por introducción
B del Evangelio se haga, es importantísima y de suma
ganancia, aunque sea por adquirir ó cobrar provincias
desiertas; además que las Filipinas han mostrado cuán
dóciles son sus naturales y cuán bien se aprovechan
del ejemplo y compañía de los Españoles; las muestras
del afecto con que han recibido la Fe, y ayudan á los
Religiosos que la extienden y llevan á la China, al Ja-
pón, á Camboja, Mindanao, á las Malucas y á las de-
más en quien dura la idolatría ó amistad con los de-
monios, que les dejaron los dueños antiguos cuando
las excluyeron de su dominio, ó las ficciones de Maho-
C ma que después admitieron. Este es el fin primero de
conservar aquellas provincias; y las rentas y riquezas
que se disfrutan en ellas, y muchas más, se consu-
men en los socorros y aparatos que España sustenta
para la predicación y seguridad de los ministros Ecle-
siásticos; y también, porque con las mudanzas de los
tiempos, han mudado muchas veces en la China los
consejos y mostrado arrepentimiento de haber abre-
viado el Imperio con el distrito. No pasa ningún año
sin amenazas de ejércitos Chinas; de que se alistan las
naciones; que se fabrican navíos que los consagran y
D dedican con solemnidad á sus Dioses de escultura, ó
al Sol, Luna ó estrellas que en alguna parte adoran,
publicando y pidiendo en sus vanas oraciones victoria
contra los Españoles que ocupan aquellas tierras, que
ellos dejaron por imprudencia. Quede, pues, para pre-
vención de los sucesos que luégo veremos, puesta aquí
esta breve noticia de los Chinas ó Sangleyes; los cua-
les, no solamente resisten á la verdad, pero con ser in-
teresales y siervos de la ganancia, y tan forzoso para



conseguirla por medio de sus industrias y de sus mercancías, conservar la amistad de los vecinos, ninguna cosa hay menos segura que su fidelidad ó (por darle más propia voz) que su disimulación. Dichosos ellos si cuando la China les retiró el dominio retira también los errores de la adoración.



CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO QUINTO

A DESCUBIERTAS las islas Luzones ó Manilas (ambas vo-
ces antiguas) por Magallanes, después de su muerte y
sucesos de sus compañeros, volvió á España Sebastián
Cano en aquella venerable nave, á la cual (como signi-
ficando su viaje, que tiene más de verdadero que de ve-
rosimil) llamaron Victoria. Era Sebastián Cano Mon-
tañés, del lugar de Guetaria en los montes Pirineos, se-
gún lo dice Mapheo en su Historia latina, en la cual
encarece el gran ánimo de Cano y su destreza en las ar-
tes de la navegación. Cuenta el respeto y admiración
B con que todos le miraban, como al primero que rodeó
este Globo de la habitación de los mortales. Y á la ver-
dad, de qué estimación quedaran dignos los fabulosos
argonáutas Tiphis, Jason y los demás navegantes, que
la elegancia ó el atrevimiento de Grecia celebra, com-
parados con nuestro Cano? Testigo primero fué el co-
mercio de los mares, á cuyos ojos descubrió Naturale-
za lo que hasta entonces tenía reservado para ellos y
se dejó explorar toda, dando principio á tan arduos in-
tentos á la ley que salva y eterniza. Muerto Magalla-

Sebastián del Cano vino á España en la nave Victoria.

Las islas Luzones se llamaron Filipinas.

nes, las islas Luzones que debieran heredar su nombre por su sepulcro, como el Estrecho por su pasaje, A
en el año de mil quinientos sesenta y cinco le trocaron por el de Filipinas, aunque también se llaman así las de aquel Archipiélago Oriental. El Adelantado Miguel de Legaspe, enviado de Nueva España por el Virrey Don Luis de Velasco con armada española, aportó en estas islas. Conquistó primero la de Zebú y su comarca, donde estuvo seis años; la cual por otro nombre, que guardan hoy diversas partes de aquella costa, se llama Pintados, por traer entonces los Indios los cuerpos desnudos, labrados y pintados de varios colores. B
Dejóla con guarda y pasó á apoderarse de Luzón, ciento cincuenta leguas de Zebú; peleó contra los bárbaros, á quien después de entibiada la administración de nuestros navíos, armas y semblantes, dió ánimo la misma novedad. Metióse Legaspe por una bahía de cuatro leguas de ancho, que descubre una isla en medio de la boca, hoy llamada Marivelez. Boja la bahía treinta leguas hasta la ciudad de Manila, ocho de travesía entre el Norte y el Oriente. Resistiéronle los de esta ciudad con más bríos que los Pintados, porque tenían artillería y un fuerte: pero en viéndole rendido á los Españoles, C
se rindieron los defensores de él: esto fué con brevedad, y no dando lugar para que se juntasen los de la tierra, y así entró á Manila, sitio fuerte por naturaleza. En una punta de ella, que rodea la mar de la bahía, corre un río caudaloso, á quien da origen la gran laguna Vay, cinco leguas distante: esta punta, al principio angosta y delgada, se va ensanchando luégo, porque la ribera de la mar corre la vuelta del Sudoeste, y la del río la del Oeste, dejando capacísima anchura para la ciudad, la cual está cercada toda de agua, sino la parte que mira entre el Poniente y Mediodía. Fundóla Legaspe enton- D
ces de madera, que en abundancia producen aquellas partes; cubrió los techos de hojas de nipa, parecidas á nuestras espadañas: defensa bastante para las lluvias, pero materia combustible, y ocasión á los notables incendios que tantas veces han prendido. Es Luzón más poblada que ninguna de las muchas á que por honor del Rey Filipo Segundo llamaron Filipinas, las cuales hay quien afirma que llegan á once mil. El circuito de

A Luzón es de trescientas cincuenta leguas; corre de fuera de la bahía ciento al Septentrión hasta la Nueva Segovia; y de donde esta provincia empieza, que es el cabo del Bojador, á treinta leguas de él, vuelve al Oriente hasta el promontorio del Engaño, y de allí la costa adelante al Mediodía espacio de ochenta; y tornando otra vez al que llaman Embocadero, cuarenta, que es el estrecho contra la isla Tandaya, distante otras ochenta de la bahía; de manera que forma la figura de una escuadra, y en ella muchas ensenadas y pocos puertos capaces. Manila en latitud del polo Septentrional, poco más de catorce grados, y de longitud (contando desde las Canarias) ciento sesenta, y lo más Septentrional de ella en diez y nueve; tiene por aquella parte al gran Reino de la China, distante setenta leguas, la mar en medio; y las islas de Japón al Nordeste, doscientas cincuenta leguas; por la parte del Oriente el anchísimo Océano; por la del Mediodía el mayor de los Archipiélagos de él, dividido en cinco, rasgados en tantas islas, Reinos y provincias, que parece no quiso Naturaleza que los hombres averigüen el número de ellas: son conocidas ambas las Javas, nuestras Malucas, Borneo, Nueva Guinea; por Occidente, en distancia de trescientas leguas, Malaca, Sian, Patan, Camboja, Cochinchina y otras diversas provincias; Tierrafirme de Asia. Desampararon los Chinas la habitación de nuestras Filipinas, pero no el comercio; ni por esto cesó el culto, como ni la fertilidad de ellas. Producen en abundancia trigo y otras necesarias mieses; ciervos, vacas, búfalos, cabras y jabalíes, frutas y aromas; y si alguna falta, los Chinas Chincheos la traen, como las porcelanas y sedas. El vino de que usan y bebieron siempre, hacen de palmas, cortando los racimos del fruto que producen cuando verdes (son los que llaman cocos), de los cuales, cortados los pezones, recogen el agua que destila y la cuecen en tinajas, hasta que se pone en punto tan fuerte, que embriaga con los mismos efectos que el más recio vino español. De las frutas de la tierra, naranjas, limones y cidras suavísimas; de los frutales de España, higos y peros. Críanse gavilanes, martinetes, águilas reales, en grande número; diversidad de papagayos y de otros pájaros

Isla Luzón y su descripción.

Ciudad Manila.

Comercios y fertilidades de Filipinas.

Vino de palma.

Frutas y aves de Filipinas.

Cocodrilos ó caimanes. grandes y pequeños. En los ríos y lagunas, caimanes ó cocodrilos, horrendos y muchos: matan facilísimamente á los Indios, y más á los muchachos, que sin recato se llegan á donde ellos andan, y á los ganados cuando entran á beber. Sucedido ha no pocas veces, haciéndoles presa del hocico, meterlos debajo del agua y ahogarlos, sin poder resistir por grande que sea la res; después la sacan arrastrando á tierra y la tragan. Visto se *Caimán come un búfalo.* ha, matando un caimán, hallarle dentro del vientre una cabeza entera de un búfalo, siendo los de aquella tierra tan crecidos como el mayor buey español. Ponen los caimanes, como las tortugas, huevos de igual cantidad B y dureza que los de los gansos: no se quiebran dando con ellos en una piedra con gran fuerza; apóllanlos enterrados en la arena cerca del agua, con cuya humedad, y al calor del sol, se forman los pollos. Indios se *Pelea de los Indios con caimanes.* hallan tan animosos, que con ser estos animales tan fieros los matan con sus manos, de las cuales arman la izquierda hasta el brazo de un guante de cuero de búfalo, agarran con ella un palo ó estaquilla, algo más larga que de una tercia, como la muñeca gruesa, y hechas en ella dos puntas, entran en el río el agua hasta la cinta; el caimán se viene al Indio abierta la boca para C tragarle; el cual ofreciéndole el brazo armado, y la mano con la estaca para que haga presa en ella, se la atraviesa en la boca en forma que no le da lugar para cerrarla, ni para usar de sus fuertes dientes y ofender al matador; y sintiéndose lastimar del agudo palo, queda tan sujeto el cocodrilo, que ni resiste, ni acomete, ni osa moverse, porque le lastima cualquier fuerza: el bárbaro entonces, asida fuertemente la estaca, con un puñal, que en la mano derecha tiene, da muchas heridas á la fiera, por las agallas, hasta dejarla desangrada; después la saca con sogas y lazos á la orilla, juntándose D otros Indios para arrastrarla, que muchos son menester por la grandeza de los cuerpos de aquellos caimanes: son de la hechura de lagartos, pero armados de tan fuertes conchas, que con dificultad la mella un tiro de arcabuz, y no los ofende sino por las agallas y debajo *Cierta parte del caimán olorosa.* de los brazos, donde Naturaleza les puso cierto olor suave, de que los Indios se aprovechan. En estas islas, además de los ganados, se cría todo lo que en Africa,

A y más tigres, leones, osos, zorras, monos, micos, hardas, y en algunas muchos gatos de algalia, de que se ejercitan grandes cazas para llevarlos á diversas naciones con las demás mercaderías de la China, lienzos, sedas, lozas, hierro, cobre, acero, azogue y otras infinitas que cada año se transportan de aquellas provincias. La Religión y policía son las mismas que en España; y en las que no han venido aún al yugo, idolatría indiscreta. Inmortalidad atribuyen á las almas; pero hácenlas vagabundas de unos cuerpos en otros, en aquella ridícula transmigración que inventó ó declaró Pitágoras. La mercancía se usa mucho: ayúdanla los comercios de los Chinas; los Filipinos alcanzan más esfuerzo que los otros vecinos; los Españoles y criollos no desdicen de su buen origen. *Animales de Filipinas.* *Superstición de Filipinas.* B

De toda esta gente se formaba ya por orden del Rey Filipo un campo para tentar las fuerzas del Maluco. Era Gobernador Don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, y precediendo algunas inteligencias que el trato y las espías le habían traído, no se contentando con ellas, envió al Maluco otro soldado: éste mudó traje, con el cual y su semblante, que no le desemejaba de los naturales, y la lengua de ellos, que la hablaba con destreza, llegó á Tidore. Halló á los nuestros con gran deseo de la empresa, y aquel Rey prestó con sus fuerzas para darle calor. Pasó á Ternate entre mercaderes, y vió las fortalezas, los arrecifes de los puertos, y exploró las amistades que con Ingleses tenían, y vió cómo desembarcaban y contrataban con seguridad, antes con imperio. No se le escondió la muchedumbre de Cristianos secretos, que á su tiempo tomarían las armas, ni todo lo demás que como explorador práctico fué necesario traer sabido. Con esto aprestó Ronquillo hasta trescientos Españoles, y más de mil quinientos Filipinos; los pertrechos, bastimentos y gente de mar, y en tres navíos grandes, y buen número de otros menores, navegó la vuelta al Maluco en sazón. Iba por General Pedro Sarmiento, esforzado y de gran experiencia, que hoy vive en Manila. Partió con ánimo, y fuerzas para desbaratar á cualquier enemigo de los que entonces rodeaban aquellos mares. Había Su Majestad hecho algunos días antes merced á Pablo de Lima del cargo *Jornada contra el Maluco de Don Gonzalo Ronquillo.* C *Espía del Gobernador llega á Tidore.* D *Trescientos Españoles se embarcan contra Ternate.* *Pedro Sarmiento, General.* *Pablo de Lima.*

de Ternate, si se ganase; y á Francisco de Lima, su hermano, de dos viajes al Maluco, en remuneracion de sus servicios y de los de Enrique su padre. Era casado Pablo con una señora cristiana y pia, aunque pariente del Rey de Tidore, que no lo es: por esto, y porque poseyó en Ternate la herencia antigua de los lugares Guita, Mofaquía, Motaguína, Pabate, Pelveri, Samarma, Tabane, Mailoa y Soma; y en la isla Maquien á Sabele, Talapao, Talatoa, Mofaiboiba, Tabalola, Togono, Bobaba y Molapa, y el Ternate lo despojó de la mayor parte de ellos, y de Bitua, en Tidore, con otros, á título de despojado pasó á Manila, donde trató con el Gobernador el modo para facilitar la conquista, á víspera de ponerse en ejecucion. Aprovechó su consejo, y dábale como en causa propia, porque además de la herencia que el Ternate le usurpaba, esperaba cobrar la isla de Moutil, que fué de sus abuelos. Autorizóse también la jornada con la presencia de Don Juan Ronquillo, sobrino del Gobernador, que para mar y tierra llevaba igual autoridad con Sarmiento: si alguna falta habia, creyeron que con el valor de los soldados, con la celeridad del pasaje, con el descuido del enemigo, se supliera fácilmente: pero obstaba á esta esperanza la division del Gobierno. No navegaron con tiempo contrario: mas no le tuvieron tan favorable que pudiesen surgir derechamente en Ternate, como conviniera para privar al enemigo de su misma vigilancia. Fué á parar en Moutil, y á vista de los de la tierra peleó con algunas yanguas contrarias: rindiólas y puso en libertad á los Cristianos que halló en ellas: y como Pablo de Lima sabía las ensenadas, y en la isla no tienen las fuerzas que son menester para defenderse contra una armada, fácilmente siendo asaltada por los lados, se rindió. Llegaron los naturales con ramos de palmas, cidros, gariófilos ó clavos, en señal de paz y de pedir perdon: ambas cosas alcanzaron, y por dueño á Pablo de Lima, aunque el envestirle de este dominio fué de breve utilidad, porque de allí á pocos dias huyó á la desfilada toda la gente, teniéndose por más segura en Ternate, ó para ocurrir al enemigo, á quien era forzoso pasar la guerra á aquella isla, como sucedió. Sarmiento rehizo en ésta los navíos, y sin pérdida

Don Juan Ronquillo.

Llegan los nuestros á Moutil.

Ríndese la isla Moutil.

Rehace Sarmiento los navíos.

A B C D

A de un soldado, ufano con la primera victoria, llegó á Talangame, pasando por entre las carcoas enemigas, armadas tumultuariamente. El fuerte, y el Rey, con nuestra artillería, particularmente el baluarte, engrandecido, y llamado después Cachil Tulo, por el tío del Rey que lo edificó, esperaban mucho antes, y amenazaban cualquier gran caso. Nuestra gente saltó por aquella parte, cuya desembarcación resistieron los Ternates; pero la noche atajó la batalla, y recogiéndose cada parte al seguro, se acabó de sacar y plantar nuestra artillería en el sitio y forma que aconsejó Pablo

Llega al puerto de Talangame.

Los nuestros desembarcan.

B de Lima, y desde entonces hasta ahora es General de ella en el fuerte de Tidore. El Rey de esta isla deseaba unirse á nuestro campo, como por algunos efectos se había mostrado, y por sus promesas al Alférez Dueñas; pero dudaba de la fortuna de los Castellanos, como si no tuviera largas experiencias de ella. Ya le persuadía la ocasión, y le obligaba la fidelidad, y todavía se detuvo. Créese haber dañado al suceso la duda de este Rey. Sarmiento, asentada la artillería y bien atrincherado, habiendo prendido algunos cautivos, de quien supo los bastimentos y armas de los cercados,

C los comenzó á apretar y á batir con furia, aunque no á desanimarlos, porque respondían con denuedo. Fué necesario ocupar los lugares eminentes, desde los cuales, como de padrastros, que después se han arrasado, fatigaban los nuestros al enemigo, y si hubiera en esto alguna perseverancia, bastara para acabar la guerra. Pero las enfermedades de nuestro campo fueron tales, que no se les halló mejor medicina que la de ausentarse, reservándose para otro mejor tiempo. Los derechos de Tidore no eran de ninguna consideración; los amigos tibios, y todo lo demás flaco. El cielo sabe las

Bate la fortaleza.

Enfermedades de nuestro campo.

D otras causas. Debió de haber algunas más eficaces, pues en efecto se levantó el campo y se embarcó la vuelta de Manila, sin haber obrado efecto de más provecho que acrecentar la confianza al enemigo.

Levántase nuestro campo y vuelve á Manila.

Entonces solamente la Nación inglesa alteraba en aquel Oriente el imperio español; por esto deseaba el Rey Filipo, no sólo poner remedio con armas propincuas, sino también ejemplo con el castigo á todos los septentrionales para que no se extendieran á las inva-

siones que vemos. Dióse principio á esta obra el año de mil quinientos ochenta y ocho, precediendo el discurso siguiente. A

Estado de las cosas de Europa en aquel tiempo en Inglaterra, Escocia y España.

La Reina de Inglaterra, después de largas prisiones, cortó la cabeza á María Estuarda, Reina de Escocia, en consideración de las razones ó ficciones de Estado. El Rey de Escocia entonces, ahora también de Inglaterra, hijo de la mártir, armó sus Reinos, fortaleció sus guarniciones y asaltó las provincias del enemigo, por quien había quedado huérfano, particularmente la Marchia, cercana al río Tueda; las de Anandia y Valloru-

Conde de Lecestre, General de Inglaterra.

dia, que riegan el Chen y el Solver. Llamó la Reina al B Conde de Lecestre, que estaba en Holanda; hízole su General; y en todas aquellas provincias septentrionales comenzaron guerras, con temor de otras mayores. Des-

La Reina de Inglaterra se confedera con Holandeses.

pués de grandes sucesos, que no son de este lugar, la Reina Isabela confirmó amistades con las islas de Holanda y Zelanda, incitando á aquellos paises á perseverar en la desobediencia de la Iglesia y del Rey Filipo, diciéndoles que pues el Rey les había prohibido los comercios en todos los demás Reinos suyos, pasasen á la India y turbasen la antigua obediencia de ella y le usurpasen la especería. Para salir con todo á su salvo, dió C alientos á la obstinación de los Flamencos, prometiéndose una nueva Monarquía, para la cual habían de ser instrumentos las riquezas que de los mares del Sur y del Norte viniesen cada año á España, de cuyos robos se había ya comenzado á acrecentar, y las casas de factorías que en Malucas, Banda, Samatra, Zeylón y las Javas había edificado para el trato, las cuales presi-

Remedio magnánimo de Filipo Segundo contra las invasiones de la India.

diaba para convertir la amistad en imperio. Filipo, en cuyo grande ánimo tuvieron siempre lugar igual la paciencia y el consejo, determinó de cortar las cabezas de esta hidra, por la cerviz común á todas ellas. Juntó pa- D ra la expugnación de Inglaterra la más gruesa armada

Grande armada española contra Inglaterra.

que han visto nuestros siglos en el Océano. Embarcáronse en vasos escogidos veinte mil hombres de pelea, sin nueve mil de servicio; dos mil setecientas treinta piezas de artillería; municiones, lanzas y arcabuces para los Católicos, que se esperaba que en viendo las banderas de España habían de juntarse á nuestros ejércitos, de los cuales era cabeza Don Alonso Pérez de Guzmán,

A Duque de Medina Sidonia. Habíase de juntar con el Duque de Parma, General entonces de Flandes, al cual se le dió comisión para formar otro ejército de treinta mil soldados de á pie y de á caballo, con municiones y vituallas, y que en oportuna marea los pasase á la punta de Inglaterra, donde el Támesi entra en la mar, y para arribar á Londres, y allí entregar armas á los Católicos. Pero era menester vencer primero por mar á los Ingleses, que se hallaban poderosos en él, y diestros en saber los términos de sus destemplanzas para navegar ó abstenerse. Por lo menos convenía espantar-
B los, de manera que no osasen de impedir el paso á la gente que el de Parma tenía aprestada en Dunquerque y Neoporto, ni estorbar su embarcación al tiempo que llegase allí la armada española, á pasarla en sus navíos. Partió de Lisboa á veintinueve de Mayo de mil quinientos ochenta y ocho; desde entonces la maltrataron los vientos, y en la costa de Bayona perdió tres galeras: encendióse mucha parte de la pólvora. Hubo de volver el General á la Coruña á repararse, de donde no pudo salir hasta los dos de Julio. Llegando á cuarenta y ocho grados de altura, despachó con Don Luis de
C Guzmán á dar aviso al de Parma, y al último del mismo llegó á Cornualla, en cabo de Lizart. Amainadas las velas, y sabiendo por muy cierto que todos los navíos enemigos, que eran cincuenta, estaban en Plemua, cuyo General á la hora de amanecer descubrió al nuestro, y aunque no le faltaban fuerzas y destreza en la mar, determinó á toda priesa retirarse y rehuir el encuentro; aunque por ser sus navíos ligeros inquietaba la retaguardia de los nuestros. A la armada católica, en una nave grande de Guipúzcoa, se abrasó la pólvora, y en otra del Andalucía se quebró el árbol mayor; y vi-
D niendo sobre ella en este conflicto dos naves inglesas, y después otras, y Francisco Draque en una de ellas, la rindieron. Prendieron á Don Pedro de Valdés, Capitán español de conocido esfuerzo, Lugarteniente del General, con el cual remitieron á Plemua grande suma de escudos y cincuenta piezas de artillería; quedaron muertos y presos hasta cuatrocientos Españoles. A dos y á cuatro de Agosto juntaron el Havardo y el Draque sus navíos (hay quien escribe que fueron ciento) des-

Parte la armada de Lisboa.

Llega á Cornualla el Inglés.

Prenden Ingleses á Don Pedro Valdés.

Muerte de Españoles.

tros y ligeros, con que pudieron molestar á los nuestros, graves é impedidos, particularmente al galeón San Juan, de Portugal, que era el mayor de la armada, en que iban Juan Martínez de Recalde, el Conde de Paredes y el Marqués de la Fabara, y otros Capitanes de reputación; sin embargo, llegó á la isla de Ubiech, desde donde despachó el Duque dos mensajeros al de Parma, que entonces estaba en Brujas, pidiéndole que le proveyese de pólvora y balas para el socorro de la armada, y embarcase la gente que tenía aprestada; mas él, ó por estorbos imposibles de vencer, ó por otras causas que han dejado el crédito de aquel Príncipe pendiente de las opiniones, procedió con tan lento movimiento, que no tuvo efecto la traza que con tanto acuerdo estaba prevenida. Los enemigos, jactanciosos de que la mar y los vientos en aprobación de su causa (á su parecer) hubiesen peleado contra la nuestra, se regocijaron con salvas de artillería, y pocos días después promulgó la Reina un largo edicto de este mismo argumento, contra el cual escribió un docto libro cierto religioso Inglés Católico, con el nombre de «Andrés Philopatro».

No embarca el Príncipe de Parma la gente como estaba concertado.

Edicto jactancioso de la Reina Inglesa.

A

B

Animanse los Holandeses.

Los Holandeses y Zelandeses, confederados con la Reina Isabel, que fueron testigos de aquel suceso, quedaron animados para aspirar á mayores acrecentamientos, con desobediencia de su ley y de su señor, para tiranizar las riquezas orientales, minas, especería, drogas y sedas, como parece por sus temerarios viajes, en que han sido émulos de los ejemplos recientes de los Ingleses y de los más antiguos que nos dejaron Colón, Alburquerque, Magallanes, Gama y Cortés, como lo veremos adelante. Pero ellos y los Ingleses, si examinan la justicia de la causa que siguen por el suceso de esta jornada, obligados están á preferir las de los Gentiles, cuando por ocultos juicios permitía Dios que fuese su pueblo vencido. Más gloriosa es la ruina que la prosperidad: el ánimo pío escogerá el verse abatido, antes que victorioso; si ha de dar Dios airado la victoria.

C

D

Santiago de Vera, Gobernador de Filipinas.

Gobernó después las Filipinas Santiago de Vera, que con particular orden armó contra Ternate, donde los Ingleses, ya de allí adelante, trataban con toda seguri-

A dad. Tenían asentadas factorías todas las naciones, sino
la de los Javos y Lascares. Más de dos mil quinientos
Moros de Meca predicaban su abominación; no temían
de Portugal; todo el recelo causaban los Castellanos,
que de nuevo se hallaban empeñados en la venganza.
Sabía el Ternate que Sarmiento y Ronquillo la hubie-
ran hecho si no la estorbaran las enfermedades. Cuan-
do en Tidore se supo la nueva prevención, pasó la voz
por las espías á Ternate. Llamó luégo aquel Rey á sus
vasallos, particularmente á los isleños de Maquien y
Homero; los cuales, por ser aquellas islas tan pobladas,
B acudieron en cuarenta carcoas. Fuera mayor el nú-

El Rey de Ternate se previene contra nuestra nueva armada.

mero, pero no permitió el Rey que se armasen más de
las que él pidió, no pudiendo encubrir el temor de que
se rebelasen, por estar las tierras llenas de Cristianos y
ser tan excesivos los tributos que les tiene impuestos.
Santiago de Vera hizo General al Capitán Juan Moro-
nes, á quien no faltaba prudencia, como ni á los solda-
dos valor, ni á la armada municiones ni artillería. Pa-

Juan Morones, General Español.

blo de Lima sirvió para lo uno y para lo otro; pero ya
lo causase natural ambición, ó desconformidad por otro
accidente, estaban tan desunidos, que antes de salir de
C Manila hubo pronósticos desconfiados. Dieron vela fa-
vorablemente y pasaron los mayores peligros del mar;

Parte nuestra armada para Ternate.

y cuando se juzgaron seguros, revolvieron todos los
elementos contra la armada; quitóles la luz y el tino;
quebrantó las embarcaciones y hundió la más impor-
tante, donde se perdió toda la gente. Era el galeón lla-
mado Santa Elena, que llevaba las piezas para batir la

Húndese el galeón Santa Elena en tormenta.

fortaleza, y otras muchas municiones y aparatos. Con
todo esto porfiaron y el Rey de Bacham les acudió con
la gente que tenía levantada, á título de franquear el
mar de algunos enemigos; y como Cristiano bautizado
D lloraba el desvío, que por opresión había hecho, de la
gloriosa confesión de nuestra Fe, y prometía la restitu-
ción de su alma. Sosegado el tiempo á la vista de Ter-
nate, no osaron aguardar sus carcoas y recogiéronse á
los primeros tiros que lo pueden hacer sin daño; por
esto aconsejaban los dos Reyes y Pablo de Lima que
asaltasen por diversas partes; de la misma opinión fué
Fernando Boto Machado, Capitán de un galeón; pero
el General, recelándose del primero por la afinidad, y

del segundo por la amistad que había contraído con el Rey de Tidore, de quien tenía menos satisfacción, no quiso conformarse con su consejo, dando por causa que no convenía enflaquecer las fuerzas con desunirlas más que la tormenta. Puso cerco á la fortaleza; pero como á los cercados no se les escondía el estado de nuestro campo, á ningún asalto dejaron de resistir valerosamente, ni de levantar algazara y risa de la batería débil; pero los nuestros, que por las tempestades estaban faltos de ella, vengaron bien su rabia en los Javos: éstos se preciaban de salir á escaramuzar divididos y señalados en las armas y en el formar el escuadrón. Tratólos tan mal la furia española que acudieron con dificultad á las jornadas de la guerra venidera. Pasaron algunos meses en facciones sin fruto; y si la tierra se asaltara un tiro de culebrina, antes de la fortaleza, en la ensenada de Limathao, y de allí caminaran á dar por las espaldas á la misma fortaleza, como lo deseaban los prácticos, fuera de provecho; pero Morones, remitiéndose á la experiencia improvisa, se contentó con hacer frente por la parte de la mar algo desviado del fuerte; bien que todavía alcanzaba la artillería de él á los nuestros, con notable detrimento causado de este modo de pelear fijo y obstinado; el cual dió lugar al socorro de los bárbaros, por otros surgideros, que con pequeño desvío lo pudieran estorbar treinta soldados: así lo afirmaban ambos Reyes, cuyo valor en esta ocasión (y alábese en el enemigo) si nuestro General quisiera, bastara para la empresa. Además que bien ha mostrado la experiencia que cincuenta Españoles han hecho alguna vez lo que las legiones Romanas armadas y disciplinadas. Viendo, pues, Morones que ni las armas ni las pláticas eran de provecho contra los rebeldes, intentó de pasar alguna parte de su gente contra el fuerte; el cual, aunque en sitio áspero, parecía expugnable por haberse edificado apriesa, una legua del otro, sobre un monte de dificultosa subida: tiene por la parte de tierra el monte, por las espaldas una laguna, inútil porque no guarda la ciudad, que es abierta, y sólo le da opinión el estar arrimado á la fortaleza vieja. De buena gana acudieron los nuestros y con ella acometieron, y esperaron los que le guardaban, dispa-

Cerca Morones la fortaleza en Ternate.

Los Javos son destrozados por los Españoles.

Pasa Morones parte de la gente al otro fuerte.

Descripción de un fuerte viejo de Ternate.

A raron su artillería con que detuvieron el ímpetu español. Los de la otra fuerza, aunque usaban pocos artificios de fuego, osaron salir á la ribera obligados de la necesidad; para moverlos á esto, súbitamente algunos soldados nuestros pegaron fuego á los juncos en que habían navegado gran número de indios Javos; las embarciones que eran viejas, ardieron sin que lo estorbase la gente que las guardaba, y hubo de poner el socorro en las armas. Eran los unos y los otros hasta tres mil combatientes; los mil traían arcabuces, doscientos los manejaban con destreza; los demás no usaban de picas, B lanzas, ni de otras armas prolongadas, sino de las que ellos dicen toranas, largas poco más de una braza, semejantes á los dardos, y de algunas en forma de saetas que tiran á viva fuerza con cañas y cuerdas, con que ofenden inopinadamente á la gente desarmada cuando pelean, porque no van despedidas de arco, sino tiradas derechamente ó por encima de las cabezas; otros de solos sus campilanes y paveses; mucho peleaban más por estar confiados en sus cotas y capacetes comprados de los Portugueses, pero en mezclándose con los nuestros perdieron la orden y el brío. Fué este caso de notable C estorbo, porque divirtieron á un mismo tiempo á los nuestros de los dos designios, de apretar juntamente ambos los fuertes, y así convino pelear hasta los mismos caudillos. Morones lo supo ser en todas las ocurrencias, y los Españoles hicieron tal estrago, que casi todos los Javos quedaron en el campo; y los de los fuertes no tuvieron ardimiento para cargar por las espaldas, aunque rociaron á los Tidores y Bachanes con pequeño detrimento. No alcanzaron esta victoria sin verter sangre, pero animáronse á esperarla más cumplida con la llegada del galeón de la India, y á pensar que con D sus fuerzas restaurarían las que les había quitado la tormenta.

Los nuestros pegan fuego á los navíos de los Javos.

Los soldados saben cómo peleaban.

Victoria de los nuestros sangrienta.

Llegó, pues, el galeón á Tidore, más bien prevenido para la continuación del trato, que de la guerra. Por esto, y porque los nuestros estaban heridos y enfermos, hubo de levantar Morones el campo y despedir aquellos Reyes, á quien después envió presentes de cosas de España, algunos caballos y sedas. Súpose, que aunque los Ternates son sufridores de descomodidades,

Llega el galeón portugués á Tidore.

Levanta Morones el campo y vuelve á Manila.

se hallaban apretados de tantas, que los rindiera la A hambre si los nuestros se pudieran entretener algo más. Embarcáronse á vista del enemigo, el cual salió luégo á correr el campo, con alegrías, con músicas y demostraciones de victoria. Acudieron á los puertos los viandantes de Asia y de Europa, particularmente los nuevos amigos Ingleses, con quien comunicaron el regocijo del suceso.

Alegría de los Malucos por la partida de los nuestros.

Nunca en Ternate usaron loablemente del ocio. En viéndose restituídos á él, volvieron las emulaciones del Rey con sus tíos, de las cuales sacó la fortuna ocasión tal, que si ella misma no la turbara, aprovechara á B nuestros designios. Era Cachil Mandraja, de los hijos de Sultán Aerio, el más noble por haber nacido de Reina Putriz. Quisiera el padre que le sucediera en el Reino, pero desagradóle una osadía, que no suele desmerecer aun entre políticos. Amaba Cachil Mandraja á Filola su sobrina, hija del Rey su hermano, perdidamente, y la Infanta no rehusaba la conversación del tío. Hallólos un día el padre hablando en los aposentos reservados para sólo él; y aunque tuvo satisfacción de que el trato guardaba límites, le aborreció de manera que le privó de la sucesión. Reinó el sobrino ile- C gítimo, contradiciéndolo todos los tíos, y casi tratando de conspirar contra él y darle la muerte; pero el Rey astuto supo contraminar el designio, y aseguróse sin comunicar la traza: llamó á Cachil Mandraja, y, repitiendo las mohinas pasadas, le dijo, cuánto deseaba asentar los recelos con una segura paz, y que juzgaba que la podía dar la Infanta Filola; y que donde había tanta conformidad de voluntades, todo lo demás era fácil; mas que para casarle con ella, reparase que la tenía comprometida al Rey de Tidore, a quien no deseaba aumentar causas de mayores guerras, ni que por D su parte se turbase aquel breve sosiego que gozaban: que, pues, todo lo que allí se tratase había de quedar en los pechos de los dos solos, tomase su consejo. Mandraja estuvo fuera de sí de aquel contentamiento no esperado, y si tuviera libre el albedrío, fácilmente se le trasluciera el engaño de aquella dulce mudanza de su estado, en que hallaba tan en su favor al Rey, poco antes enemigo. Agradecióle la merced, y pendiendo

Caso notable del Rey, tío, é Infante de Ternate.

Cachil Mandraja ama á Filola, hija del Rey su tío.

Astucia del Rey de Ternate contra su tío.

A de sus labios, le suplicó que le diese el consejo que de-
cía; á lo cual el Rey, pensado he (le dice) una traza con
que tú quedarás satisfecho y el Rey de Tidore sin queja.
Para conseguir ambas cosas yo guardaré el secreto
conveniente, y una noche, por la parte que más apro-
bares, roba la Infanta, guardándome á mí el decoro,
y dando en todo lo demás tales apariencias, que todas
crean que ha sido pura violencia, y no traza á lo me-
nos comunicada conmigo; yo por acá fingiré enojo, y
me quejaré del agravio, con la propiedad que es me-
nester, para que resulte de las muestras una verdadera
B satisfacción; porque yo, tío, para qué he de desear los
bienes sino para que sean comunes de nuestra familia?
Yo me quedaré con los cuidados y tú goza del des-
canso del Reino. No pudo Mandraja dejar de llorar.
Echóse á los pies del sobrino y besóselos sin encubrir
el afecto, y moderando como pudo la gallardía de las
nuevas esperanzas, tuvo orden para comunicarlas á la
Infanta, y trazar la hora, el lugar y los confidentes con
quien se había de exponer para ser robada.

Escogieron para esto un jardín á propósito que mira
á la mar, vestido de sus naturales arboledas, de donde
C se descubren los navíos, entre los cuales, el día que es-
taba aplazado, vieron una carcoa con gallardos reme-
ros, los cuales, y los soldados con guirnaldas, mostra-
ban bien el fin de su navegación, aunque remaban sin
música como suelen. Con el mismo silencio desembar-
caron Cachil Mandraja y un valiente, pero breve nú-
mero de amigos, los cuales, imitando la violencia de
Talasión y los primeros Romanos en la presa de las
mujeres Sabinas, arrebataron á Filola y las demás, y
con suma diligencia las embarcaron, volando á un lu-
gar fuerte de la misma isla; en el cual, habiéndose
D pertrechado como guerrero, se entregó á sus amores.
La fama enemiga del secreto divulgó la voz del hecho,
y pásalo á los oídos del Rey de Tidore con las quejas
del de Ternate. Ponderó la ofensa y todos hablaban
del caso como lo entendían; mas el Rey que lo había
ordenado, y por cuyo secreto aliento respiraban todas
las figuras de la tragedia, juntó á los Magnates de su
Reino, la mayor parte enemigos del engañado Man-
draja, y con largas quejas, repitiendo las de su padre

Roba Cachil Mandraja á Filola su sobrina.

Sultán Babú, fingiendo grande aflicción, les pidió ayuda y consejo en violencia tan manifiesta. No le faltó voto, y todos convinieron en que convenía hacer un castigo con calidad de ejemplo. Acabadas las consultas el Rey envía mensajeros á su tío pidiéndole que llegue á la Corte, para atajar por buenos medios los juicios de ella y de los Príncipes vecinos que debían ser apaciguados. No desobedeció Cachil Mandraja, como quien sabía que en ninguna de sus acciones había salido de la orden del Rey. La Infanta sola le persuadía lo contrario, que aunque muchacha de pocos más de veinte años conocía mejor al hermano, y sabía que no guardó jamás fe, y menos á los suyos, y que no podía llevarlos en buena gracia como á celosos de reinar. Todo lo atropelló Mandraja. Entró en la Corte y en palacio con la guarda de los suyos y debajo del seguro del Rey, fundando, lo que es más, en el misterio oculto de todo el caso depositado entre tío y sobrino. Besando al Rey la mano, con severidad, cual pudiera mostrar si no fuera autor del robo de la Infanta, le dice que no sabe qué consejo debe seguir en medio de tan manifiesta injuria de su cetro, de sus reales aposentos, sino es quitarle la vida; y como Mandraja al principio creyese que era representación y obra de su concierto, y después traición declarada, quiso defender á voces su inocencia; mas no le dieron lugar, y haciendo señas á un valiente, negro suyo, cohechado para este caso, metiendo mano á su campilán le dió muchas cuchilladas con furia bárbara. Quedó tendido el pobre Infante sin que nadie le valiese, porque entonces no estaban en Ternate sus hermanos Cachil Tulo ni Cachil Sufur, Gobernador el primero y Capitán de la mar el segundo; ni entraron en mucho tiempo en Ternate, aunque atendieron á amparar á la Infanta, viuda, que quedó preñada, de cuyo parto nació Cachil Amida, que murió de tierna edad. Súpose luégo la verdad de todo este caso en su esencia y circunstancias; y comunicándolo entre filos Cachiles, determinó Tulo de reducirse al servicio del Rey Filipo, para lo cual, siendo Duarte Pereira Capitán mayor de Tidore, pasó Cachil Tulo á verse con él y con Antonio de Matos, y éste fué primero para el mismo efecto á Bacham, y porque lo que

Envía el Rey á llamar á su hermano amigablemente y asegurándole.

Mandraja se halla engañado del Rey.

Matan al Mandraja.

Trata Cachil Tulo de reducirse á la obediencia del Rey de España

A concertaron se verá mejor por la misma carta que Cachil Tulo escribió desde Tidore al Gobernador Santiago de Vera, la pondremos aquí trasladada de Malayo en Español por los Naguatatos Reales (que así llaman allá á los intérpretes).

Carta de Cachil Tulo para el Gobernador de Filipinas.

«Cachil Babú mi hermano, Rey que fué de Ternate, escribió á Portugal al Rey le hiciese justicia de un hombre que le mató á su padre y mío, con cuya satisfacción tornaría á entregar la fortaleza de Ternate á Su Majestad, de que estaba desposeído; y como Su Majestad sucedió en los Reinos de Portugal, respon-B dió á la carta de mi hermano con Cachil Naique su Embajador; pero al tiempo que llegó ya mi hermano era fallecido, por cuya causa no entregamos luégo la fortaleza por haberle sucedido un hijo bastardo, que con favor del Rey de Tidore le alzaron los Ternates por Rey no le perteneciendo de derecho; el cual no quiso cumplir lo que su padre había prometido, y era obligado, ni tomar mi consejo ni el de mi hermano Cachil Mandraja, derecho heredero del Reino: que era que entregase la fortaleza, como su padre lo había prometido á los Portugueses, no por no poderse defender C de ellos ni de Su Majestad, sino particularmente por haberlo dejado así mandado su padre y mi hermano; y no por entender se nos tomara por fuerza de armas, sino por saber de nosotros esta voluntad, que era de servir á Su Majestad entregándole la fortaleza. Visto estar nosotros de esta opinión, acordó matar á mi hermano y tío suyo, derecho heredero del Reino, á cuchilladas, por mano de un esclavo, debajo de su palabra y seguro suyo y mío; por lo cual, viendo yo la sinrazón que mi sobrino en esto usó, y no querer cumplir lo que su padre y yo y mis hermanos prometimos á Su Majestad, D he determinado, de hoy en adelante, hacerme verdadero vasallo y servidor de Su Majestad; y por ésta me obligo, y juro por mi ley, como juré, y no me aparto de ello, en las manos del Padre Vicario Antonio Ferreira, de dar todo el favor y ayuda á la entrada de la fortaleza, con mis parientes y amigos, hasta tomar la posesión de ella el Capitán de Su Majestad ó el que adelante fuere con los Portugueses y Castellanos, que en su compañía hubiere; con tal que el Capitán ó Ca-

pitanes, en nombre de Su Majestad, me cumplan lo A
que Duarte Pereira, Capitán mayor, me tiene prometido y firmado de su nombre, por haberle yo dado otro tal recado: que es levantarme por Rey de Ternate, en teniendo tomada la posesión de la fortaleza por Su Majestad, así por pertenecerme por mi padre, como por el servicio que hago y en adelante espero hacer á Su Majestad; por lo cual pido á V. S. por merced, y le requiero de parte de Su Majestad, acuda con enviar la mayor compañía de soldados que fuere posible y con brevedad, para que esta mi intención y voluntad, que tengo de servir en esto á Su Majestad, tenga el efecto que es- B
pero ha de ser sin muertes; sin embargo de que está la fortaleza bien fortificada, como V. S. habrá sabido. La orden y tiempo que esta gente será bien que guarden, escribirá el Capitán mayor á V. S. Fecha en Tidore, donde he venido para este efecto, de que testificarán el Padre Vicario Antonio Ferreira y el Oidor Antonio de Matos, que como personas tales les pedí firmasen por mí. A 23 de Mayo.»

Al fin de esta carta aseguran de su letra y firma el Vicario y Matos. Con ella vino otra muy larga en que Duarte Pereira cuenta al Gobernador más por extenso C
lo que aquí está abreviado, y con razones más que probables le representaba la ocasión. Dícele cómo el Mandraja, poco antes de su muerte, le había propuesto el mismo trato que ahora Tulo su hermano, y que deseaban cumplir lo que prometieron á Nuño Pereira; que la isla Maquien, la más fértil del clavo, seguía la parcialidad contra el Rey; que no pueden ya llevar sus agravios. Persuadíale que armase cuatrocientos Españoles, si hubiesen llegado ya de Méjico, y los embarcase para la empresa de Ternate, esparciendo fama de que salían para franquear de los Javos aquellos mares, cuya D
amistad precian los Ternates más que la nuestra; y que además del buen suceso que con esta gente esperaba, por lo menos se asegurarían de Ingleses aquellos puertos, por traer siempre el Ternate armada á punto; que con quince fragatas y un galeón se podía acabar la empresa, con tal que viniesen para quedar un año en Maluco y en su compañía algún número de Filipinos gastadores. Dice que los navíos de Javos son menores que

Isla Maquien, muy fértil de clavo.

Persuasiones de Nuño Pereira.

A las fragatas, y andan en ellos cuarenta soldados embarcados ocho meses y se sustentan un año con trescientas hanegas de arroz; que si no cupiese nuestra gente en las fragatas, viniesen juncos, vasos necesarios para traer bastimento de las islas del Burno y de Bacham; quéjase del ruin trato del Rey de Tidore y de su codicia; de Sancho de Vasconcelos y Diego de Azambuja que edificaron el fuerte de Tidore en mal sitio; alaba al Rey de Bacham, y de que en lo interior vive como Cristiano. A vueltas de estas cosas, discurre de muchas otras y todas paran en persuadir la empresa de Ternate para
B borrar el oprobio pasado, sin costa de la hacienda Real, mediante la trata de Cachil Tulo. Recibió el Gobernador este despacho y quisiera ponerlo luégo en ejecución; pero como hubo de ser á paso lento y en este medio se siguió la muerte de Cachil Tulo, fué forzoso amainar en la traza y atender á conservar las Filipinas contra las asechanzas de Japones y Chinas, de cuyos robos é incendios jamás están seguras.

Trata el Gobernador de Filipinas de la ejecución de este consejo.

Cada una de estas jornadas dejaba cansada la provincia en la hacienda y en las fuerzas, tanto que era forzoso respirar en lo uno y en lo otro. Juzgábase por
C conveniente consejo ajuntarse desde Filipinas y Malaca con igual poder, viniendo de ambas partes á parar en el Maluco, término de ambos distritos. Esto tuvo algunos años después efecto, viniendo de Malaca el Capitán Andrés Hurtado, de cuyas hazañas será bien comenzar á tratar para introducir el crédito de la persona. Pudiera Andrés Hurtado de Mendoza dar linaje cuando no la tuviera tan antigua. Es terror de aquel Oriente, donde sirve al Rey desde el año de mil quinientos setenta y seis domando naciones bárbaras; fué Capitán mayor en el de ochenta y siete de la fortaleza de Ra-
D chol, hasta llegar á serlo de la de Malaca. Estando en la primera se levantaron ciertas aldeas de Gentiles contra los ministros de la Iglesia, perturbando aquella Cristiandad con alborotos de guerra: Hurtado los apaciguó con castigos y con su autoridad. Ya en el de noventa y uno era Hurtado dueño de la soldadesca Portuguesa en aquel Archipiélago, la cual deseó sumamente emplear en la recuperación de Ternate; pero estorbáronlo otras guerras que concluyó victoriosamente.

Comienza á tratar de las hazañas del General Andrés Hurtado, Portugués.

Hurtado contra la fortaleza de Rachol.

La empresa del Cuñal por Hurtado. En Agosto de este mismo año supo que habían salido del Cuñal diez y ocho galeotas, y por Capitán de ellas Cutumuza, ayudado del Rajú, con designio de cercar la fuerza de Zeilán; el cual Cutumuza en el año pasado había quemado una nave nuestra que pasaba á la China, y hecho lloroso estrago en la costa de Charamandel. Salió Hurtado en demanda de la armada enemiga *Socorre á Zeilán.* y socorrió la fuerza de Zeilán, siguiendo su derrota, y en la costa de Malabar se encontró con tres naves que venían de Meca para el Cuñal. Peleó con ellas, echó á *Sujeta tres naves.* fondo las dos por andar el mar alterado, que no dió lugar para poderlas embestir con los navíos de remo; la otra se le rindió después de largo tiempo. Con esta victoria vengó el incendio de nuestra nave. En estas partes. que son vecinas á Malaca, se sustentan contínuas guerras, y la de Zeilán nunca cesa contra la opinión de personas que tienen experiencias de la India; porque como la más fértil cosecha de aquella isla sea la canela, especie que se sustenta menos que la macia ó clavos, ni pimienta, juzgan por gastos casi perdidos los que se emplean en Zeilán; además, que por atender á las contínuas rebeliones de aquella inconstantísima gente, se ocupan los mayores Capitanes, sin extenderse siquiera hasta el Maluco, dando con su ausencia licencia á sus tiranías y á las naciones enemigas para arraigarse en *Descripción de la isla Zeilán.* nuestras fortalezas. Es Zeilán una de las más raras islas del Orbe y la más fértil; yace frontero del cabo de Comorín, poblada y cultivada con magnificencia; nacen en ella todas la plantas conocidas en todas las otras partes de la tierra, nueces moscadas, pimienta, cinamomo ó canela, que todo es uno, y el más perfecto, llamado musilitio, se produce en esta isla; frutas montesinas y cultivadas, higos y uvas de España, y las más perfectas naranjas de la Asia; bosques de grandes palmas; la diversidad de las flores ocuparía larga descripción; la de nuestras semillas trigo, arroz y lino, del cual y de su algodón se ven admirables telas; todo género de pedrería, oro, plata, acero, estaño, hierro y aljójar. Riéganla diversos ríos y fuentes purísimas, con excelentes propiedades de aguas deleitosas y medicinales, entre las cuales nacen otras de betún líquido, más denso que nuestro aceite, y alguna de puro bálsamo. Volcanes de

A perpétuas llamas, que arrojan entre las asperezas de la montaña losas de azufre; y allí mismo altas arboledas, en cuyas ramas se suelen ver géneros de aves de cuantas vuelan en las otras partes del mundo: nuestros pavos, gallinas silvestres y palomas. Abunda de ciervos, jabalíes, tigres y leones: de elefantes tan nobles que les reconocen superioridad los demás, puestos en su presencia. Su instinto en los de esta isla, se puede afirmar lo que Aristóteles, Plutarco, Atheneo, Eliano, Plinio y otros que trataron de la Historia Natural, testifican, que ora sea por conocimiento ó por hábito, tienen so-

Elefantes de Zeilán.

B ciedad con el ingenio, sentidos y aun con la prudencia de los hombres. Aquel honor de no quererse embarcar, si entienden que son llevados para servir á Príncipes en tierras peregrinas, y que obedecen si les juran que los restituirán á su patria; afligirse de palabras afrentosas; guardar cierta especie de religión, reconociendo al Sol y á la Luna; tener memoria de lo que aprenden, y según Gillio nos persuade, podemos creer que lloran las noches su servidumbre con angustiosas murmuraciones; y si en medio del llanto sobreviene alguna persona, moderan los gemidos con vergonzoso movimiento;

C y en efecto parece que sienten el agravio de su suerte. En esta tierra les tocó el cargar y descargar los navíos, donde el peso del comercio, armas, metales, bastimentos y cualquier otra materia del trato pende de sus colmillos, ó les oprime la cerviz. De mejor gana sustentan armada sobre sus espaldas la gente de guerra y grandes castillos edificados en ellas; sirven á los Chingalas, no como en Roma en los espectáculos, sino en las batallas, como solían á los Cartagineses y después á los Romanos. Tienen creído en Zeilán que su tierra es el Paraíso terrenal. A la cumbre de cierta sierra llaman el pico

Persuasión de los de Zeilán.

D de Adán, y dicen que en ella se ve figurado su pie; y que en aquel lugar hizo penitencia. Con esta credulidad los Yogues (son peregrinos penitentes) visitan aquel pico, en el cual afirman que hay un árbol mediano y grueso, de hoja pequeña y crespa, color empolvorizado, y en la corteza ceniciento, que en las noches resplandece y ahuyenta las tinieblas. A vueltas de esta religión salen de esta isla todas las compañías de representantes, que con fábulas, y más con gesticulaciones y bailes,

Los Yogues peregrinos penitentes.

Arbol raro en Zeilán.

panderos, gaitas y sonajas, discurren por la India. Péscanse en ella perlas en abundancia. Las minas guardan el oro y otros metales intactos por la ley pública, y con todo este cuidado no se libran de guerras y tiranías. Llámanse sus naturales Chingalas; en las costumbres y semblantes parecidos á los de Malabar; tienen narices anchas y menos negros; andan desnudos, aunque no deshonestos. Un Rey sólo conocieron antiguamente; fué desposeído por armas engañosas, y dividido el Reino entre muchos. Enflaquecidas las fuerzas por la división, un barbero, llamado Rajú, con insigne tiranía, echó los Reyes de la isla: uno de los cuales, por magnificencia del Rey de Portugal, se criaba en Goa. Era Rajú guerrero astuto y receloso, aun de los mismos que le ayudaban. Había los años antes cercado el fuerte de Columbo con muchos escuadrones, elefantes y caballos. Prosiguiendo, pues, Andrés Hurtado la venganza de las naves, buscando la armada del enemigo para socorrer el fuerte de Columbo, atravesó el cabo de Comorín, por el golfo de Zeilán, en el tiempo que más dificultoso y peligroso se suele mostrar á los navíos altos, cuanto más á los de remo; llegó á la fortaleza á punto que si tardara se hubiera perdido, porque se había amotinado la mayor parte de los soldados de su guarnición contra su Capitán mayor Simón de Brito, herido por ellos de dos arcabuzazos. El Rajú venía á grandes jornadas por tierra sobre Columbo, por no perder la ocasión que se le ofrecía de apoderarse de ella. El Cutumuza con toda la armada estaba metido en el río de Cardiba, pero distante de la misma fortaleza, para dar en ella por mar cuando el Rajú embistiese por tierra. Anticipóse Hurtado, y entrando en ella dispuso las cosas á la defensa, sosegó el motín, castigó los causadores, satisfizo á los quejosos y á los agraviados, y con suma brevedad salió á topar la armada del Cuñale. Tuvo efecto este deseo porque el enemigo no huyó, antes le presentó con buena orden sus navíos, y disparando la artillería, abordaron y se trabó la batalla obstinada de ambas partes, hasta que la del Cuñale quedó desbaratada. Tomóle Hurtado catorce galeotas con toda la artillería, matando y cautivando mucha gente. Escapóse el Capitán General solamente, huyendo á tierras del

Atraviesa Hurtado el cabo de Comorín por el golfo.

Busca la armada del Cuñale.

Armada del Cuñale desbaratada por Hurtado.

A Rajú con cuatro navíos, de los diez y ocho que traía.
Bastante satisfacción nos dió esta victoria de los daños
recibidos de aquella rebelde armada, cuyo suceso des-
animó al Rajú de venir á cercar á Columbo, y desha-
ciendo su ejército se recogió.
No pasó mucho que supo Hurtado por sus espías,
que el Rey de Jafanapatán tenía hecha liga con Rajú,
insistiendo que volviese al cerco de Columbo, y que
él haría lo mismo en Maña. Y porque no quedase sin
castigo el atrevimiento, como convenía al decoro de la
Corona de Portugal, y á la reputación de su estado,
B que es la que en aquellas partes pelea más que el poder,
Hurtado recogiendo el que pudo, con la debida cele-
ridad sobresaltó al Rey, el cual no estaba desapercibi-
do; antes poniéndose en orden de batalla, se la presen-
tó fuera de los muros de su ciudad, cubriendo largos
campos sus escuadrones, caballos y elefantes. Hurtado
haciendo oficio de soldado y de Capitán, formó sus es-
cuadrones, hablóles brevemente, y cerrando las unas
con las otras sostuvieron las fuerzas y la ira; mas al fin
quedaran rotas y deshechas las del Rey, y el mismo
Rey muerto en la entrada de su ciudad, en la cual se
C halló mucha artillería de bronce, además del saco, que
no fué pequeño. Apoderóse de ella, y ocupando fuer-
tes y presidios, hizo en aquel Reino la guerra, de modo
que en pocos días viendo el estrago ejemplar, y sintién-
dole en sí mismo, se le vino á sujetar todo en nombre
del Rey de España; con cuya autoridad, sosegadas las
armas, hizo Rey de Jafanapatán á un pariente del
muerto, á quien por derecho pertenecía, el cual en la
última batalla fué nuestro cautivo. Tomóle juramento
y homenaje de ser perpétuo vasallo de Su Majestad,
imponiéndole que pagase cada año cierto tributo, como
D hoy le paga; remitió á España las escrituras del asiento,
adonde, y en Goa, por el Virrey fué todo este hecho
aprobado, y celebrado el vencedor que tan valerosa-
mente lo concluyó.
Luégo reforzó la fortaleza Columbo con cuatro na-
víos de su armada, y en ellos cien soldados; dió á Cos-
me de la Feta dos Capitanes de los de su compañía con
ochenta soldados, para proseguir la empresa de Candía
que estaba á cargo del mismo, de que se siguieron pro-

Asalta Hurtado al Rey de Jafanapatán.

Muerte del Rey y queda su campo vencido por Hurtado.

Sigue Hurtado la victoria y la guerra.

Sujétanse aquellas provincias al Rey de Estado.

vechosos efectos. Ninguna rebelión sucedía en aquellas A partes á que no diese causa Ternate con fuerzas ó con ejemplo; y era menester la celeridad de los Capitanes para reprimirla.

Quemaron unos bárbaros veinticinco Iglesias.

Al mismo tiempo se rebeló toda la costa de la Pesquería de las perlas; y entre los estragos súbitos que suelen hacer las armas sediciosas, los vasallos de Virapanaique abrasaron veinticinco Iglesias cristianas. Partió Hurtado á grandes jornadas para castigarlos, antes

Piden los incendiarios perdón á Hurtado y mándales edificar las Iglesias.

que el levantamiento creciese; y como los agresores no se habían apoderado bastantemente, le enviaron embajadores pidiéndole paces, dorando su culpa con algunas B excusas que, por servicio de Su Majestad, fueron admitidas por Hurtado, con condición que pagasen primero todas las pérdidas causadas por su desobediencia; mandóles edificar las Iglesias destruidas, y que á la Compañía de Jesuitas, que tenía á su cargo la Cristiandad de aquella tierra, otorgasen las libertades y favores que entonces pidieron los Padres que la administraban, teniendo para el cumplimiento de todo las seguridades necesarias.

Entrega Hurtado la armada á Nuño Bello Pereira y préndenle en Goa.

Estos sucesos, y otros de la misma calidad, obró en cuatro meses; pero como raras veces dejó la envidia de C oponerse al valor, habiendo llegado á Cochin y estando para partirse de allí á la expugnación de las Malucas, particularmente á Ternate, tuvo cartas del Virrey Matías de Alburquerque, en que le ordenaba que entregase la armada á Nuño Bello Pereira. Obedeció y llegado á Goa fué preso y molestado. Cuando pudo intentó de salir de la India y de la pasión de quien (á su parecer) no le era amigo; pero la ciudad de Goa le protestó que no los dejase y procuró la paz entre aquellos Capitanes en vano: esto sucedió en el año mil quinientos noventa y dos, en los cuales, y algunos después, si las pasiones D que andaban de por medio no divirtieran, se pudiera haber socorrido á Ternate, como Hurtado lo deseaba; pero no solamente no le admitieron, sino que en aquella grande necesidad de expugnar al Cuñale se ofreció Hurtado con sus navíos y hacienda, y diversas veces fué desdeñado, y le envidiaron la victoria que después le dió el cielo, como lo diremos á su tiempo.

En esto ya Santiago de Vera estaba sin el cargo de

A Filipinas, el cual, habiéndose comunicado con Andrés Hurtado, y tenido respuesta de él en que condescendía con su deseo, turbó la fortuna estos deseos embarazando á Hurtado en las pasiones de quien no le amaba, y sacando del cargo á Santiago de Vera. Sucedióle en él Gómez Pérez de las Mariñas, Caballero del Hábito de Santiago, persona de grande reputación, natural de Betanzos en el reino de Galicia. Llegó á Filipinas en el año de mil quinientos noventa. Trajo consigo á Don Luis, su hijo, Caballero del Hábito de Alcántara. Halló el nuevo Gobernador á Manila abierta y sin forma B de ciudad, y sin hacienda con que acrecentarla: eran menester más de doscientos mil pesos para ello; pero con arbitrios y trazas, sin menoscabo público ni particular, perfeccionó la obra. Puso estanco en los naipes, hizo condenaciones de juegos excesivos, castigó monipodios y fraudes de vivanderos y tiendas de este género; de todo lo cual resultaron los muros de Manila, de doce mil ochocientos cuarenta y nueve pies geométricos, de una tercia cada uno. A esto añadió grande cuidado propio y asistencia de los vecinos, los cuales, con los ruegos y con el ejemplo de su cabeza, ayudaron de C buena gana. Tenía la ciudad sola una fuerza mal fabricada; edificó otra á la entrada del río, á la cual dió el nombre de Santiago, y cercó la antigua; acabó la Iglesia Arzobispal, y desde los cimientos la de Santa Potenciana, Patrona de esta isla, para mujeres recogidas. Trató luégo de fundiciones, y trajo grandes artífices que la armaron de artillería gruesa y menuda. Fabricó galeras para la carrera y comercios de la mercancía, que es la sustancia de aquellas tierras; y en continuación de lo que en España había prometido, puso los ojos en Ternate y en todo el Maluco; en el oprobio vecino; en D los infelices sucesos de sus predecesores, que intentaron la conquista de aquel florido Reino, y el castigo de los tiranos de él. Estos pensamientos comunicó de palabra, y por cartas con personas celosas, y más estrechamente con Marta, Sacerdote de la Compañía de Jesús, varón grave y activo, cuya experiencia y doctrina había sido de mucho fruto en aquellas partes; éste le dió noticias, consejos y ministros para la prevención y para la obra, uno de los cuales fué el hermano Gaspar Gó-

Gómez Pérez Das Mariñas, Gobernador de Filipinas, en lugar de Santiago de Vera, en el año de 1590.

Fortifica Gómez Pérez á Manila y acrecienta grandes edificios sagrados y particulares.

Fábrica de artillería.

Comienza Gómez Pérez á tratar de la recuperación de las Malucas.

El Padre Antonio Marta, de la Compañía de Jesús.

El hermano Gaspar Gómez lego Jesuita.

mez, Español, Religioso lego de la misma Compañía. A Entre las muchas conferencias que sobre esto pasaron, hallo una exhortación del Padre Antonio Marta, en carta que le escribió de Tidore, que por ser original y conveniente para mayor inteligencia la pondré en este lugar, traducida de la lengua portuguesa. Súfrase esta licencia como se admiten los razonamientos (las más veces fabulosos) que hacen los Capitanes y Cónsules en las historias de Griegos y Latinos. Dice, pues, Antonio Marta: «En fin, V. S. determina hacer esta empresa? Tendrá un campo larguísimo para dilatar grandemente la honra de Dios é ilustrar su nombre con B perpetua fama. En ella ganará V. S. al Rey un Reino amplísimo y riquísimo, pues todo este Archipiélago del Maluco, y de Amboino hasta Banda, que tendrá de largo más de ciento treinta leguas, y de ancho setenta, es una mina perpetua de clavo, nuez y macia, que dará á Su Majestad de provecho cada año solamente en la India doscientos mil cruzados, sin el de las otras islas que no tienen clavo; y no será menester gastar nada, porque la misma tierra lo ofrecerá en sus mismos montes, y lo que es más que esto, ganará V. S. para Dios más de doscientas mil almas, las cuales, en C poco tiempo después de sujetado el Reino, serán Cristianos, sin ninguna ó poca resistencia, con que tendrá V. S. una antorcha ardiendo en este mundo para alumbrarle y llevarle al Reino del cielo; vendrá también á ilustrar y perpetuar su nombre con un título igual al de los Capitanes antiguos Romanos, como el de Germánico, Africano y de otros semejantes. La manera que V. S. ha de tener para salir con esta empresa con eterno loor no es necesario tocarla ahora, pues allá, como entendemos, no falta experiencia para las cosas de la guerra; pero si V. S. tuviere alguna duda, bastará Je- D rónimo de Acebedo para avisar de todas las cosas de que quisiere ser informado; tiene entendidas bien las fuerzas y las de los enemigos de estos Malucos, aunque todavía querría que V. S. juzgase esta guerra por importante y dificultosa, por lo mucho que conviene venir apercibido y determinado. No se ha de pelear con Ternates solos, sino con todos los Moros de este Archipiélago. Hasta ahora combatió la fortaleza de

Carta del Padre Antonio Marta, en que se ve el estado de las cosas de las Malucas contra Cristianos.

Historia desde Banda al Maluco y renta de la especería

A Amboino con los Ternates, que están en Veranula, y ésta de Tidore con los que en Ternate; pero ahora nuevamente habemos de pelear con los de las islas de Banda y de Seiraón. Todos los Moros de estas partes se juntaron el año pasado, y determinaron que de aquí adelante se hiciese la guerra con título de su ley; y para que en esto hubiese más seguridad y firmeza, escogieron á los de Banda por cabezas de la ley, y juraron de morir todos, hasta echar fuera á los Portugueses. Así con esto, el año pasado vinieron los Bandanos con los Ternates de Veranula, á poner cerco á la fortaleza B de Amboino con muchas carcoas, y en la pelea que tuvieron con nosotros nos prendieron una galeota de las dos que trajimos de Goa; bien que no fué su valor, sino nuestro descuido, la causa de la presa. Vióse con evidencia, que quiso Nuestro Señor castigar nuestra soberbia. Con esto cobraron tanto ánimo, que se atrevieron después á hacer cada día á vista de la fortaleza correrías, y pudieron prender los pescadores que salían de mañana á su ejercicio, y varar algunas carcoas en la playa. Frontero de la fortaleza asentaron una mezquita, como en lugar seguro, y de esta manera tuvieron C cercada y despreciada á la misma fortaleza, tiempo de un mes. Al cabo de él, saliendo una vez la galera con otra galeota que quedaba, las hizo huir, retirándose cada uno á su tierra, esparciendo fama y amenaza que tornaría el año siguiente, que será por Septiembre, con mayor armada. Y tenemos por cosa cierta que los Bandanos dejaron en Amboino cincuenta de los más principales, como en rehenes de la obligación que habían hecho. Esto se sabe también por un hombre nuestro que huyó de Banda, y desde Amboino lo llevaron cautivo. Y tenemos por nueva que partirían, echadas á la D mar veinticinco carcoas, y pasada su cuaresma, que es al fin de este mes de Julio, habían de salir con ellas y juntarse con los Seirues y con los demás confederados, para tornar otra vez sobre la fortaleza de Amboino. Y si ellos vienen con tanto poder, recélome mucho que se perderá la fortaleza, porque la traza de los enemigos es ir tomando todas las poblaciones sujetas, y quedando ésta sola, no tiene ayuda vecina y por esto se habrá de rendir. Porque Antonio Pérez, Capitan de aquella

Liga de todos los Mahometanos del Archipiélago.

La fortaleza de Amboino cercada.

Facciones de aquel cerco.

fortaleza, es hombre de valor y está bien fortificado. A
Todavía se consideran estas circunstancias, y algunas muy árduas: que los enemigos son muchos, y han de venir con ellos algunos confederados, y dispuestos para cualquiera traición; y que en cinco meses contínuos, que es hasta principio del Enero que viene, no pueden ser socorridos de ninguna parte. No podemos dejar de tener recelo de que ha de haber algún gran daño, porque dado caso que no nos ganen la fortaleza, todavía esta guerra es peligrosa, y la mayor que nunca se ha movido en estas partes, por ser universal de todos los Moros, procurada por medio de los Caciques, confirmada con juramentos solemnes y publicada á título de su ley y con indulgencia plenaria para el que muriese en ella. En Banda, en Amboino, Ternate y Tidore, no faltan atizadores, Caciques grandes y de grande autoridad con los Moros, los cuales ponen por delante su ley y la honra de Mahoma, y con esto acaban lo que quieren con ellos. Yo lo tengo esto experimentado este año y en esta guerra que tuvimos en Amboino, donde me hallé; porque en otro tiempo los Moros se cansaban presto de andar navegando, y cuando acontecía morir en la guerra algún principal, luégo se retiraban por tenerlo ellos por agüero. Ahora perseveran los meses enteros en la mar sin volver el pie atrás, aunque los Portugueses les mataron ciento cincuenta hombres, y entre ellos á su Capitán mayor de la mar y otros Capitanes de los mayores que venían en su armada. Acrecienta esto también ser esta conjuración universal de todos los Moros contra nosotros; y aunque dos que se nos mostraron amigos y que nos habían ayudado muchas veces con sus armadas contra los Ternates, que son los de la isla del Burro, los cuales siendo llamados del Capitán para ir de armada con él, como otras veces lo habían hecho, ahora no solamente no quisieron ir, mas ni oír el recado, ni dejar desembarcar á quien lo llevaba: y esto mismo hicieron los Tidores, pues siéndoles pedido socorro por el Capitán de Amboino, no quisieron acudir diciendo que el mismo riesgo corría su fortaleza; y como sabe el Rey de Tidore de la venida de V. S., por prevención (y quizá por concepto de su Rey), dicen ya los Tidores que no quieren Castellanos en estas partes;

Conjuración universal contra Cristianos.

También rehusaron los Tidores el dar socorro á los nuestros.

A y con esto nosotros estamos esperando de dónde han de levantar Moros para acabarnos; y así toda la tardanza que hubiere en este negocio ha de ser de mucho peligro, porque somos inferiores á los Moros, y forzosamente habemos de pelear con ellos; pues es por la ley y por la honra, y por ambas cosas se han hecho nuestros capitales enemigos. De esto entenderá V. S. cuánto sea necesario su favor y socorro, y contar cuántos le han de mover las armas, pues todos generalmente son nuestros enemigos y conjurados contra nosotros; aunque con todo esto será prudencia en los principios disimular con

Da el Padre Marta priesa á Gómez Pérez para que acuda á libertar las Malucas.

B los Tidores para que no se junten con los Ternates, y hagan la guerra más cumplida y dificultosa. Lo demás no lo trato en particular como lo siento, porque lo dejo todo á Jerónimo de Acevedo, que informará muy bien. Mas esta máxima se asiente: Que V. S. tiene una grande empresa en las manos, y confío en Nuestro Señor que le dará prudencia y fuerzas para acabarla con facilidad; pues viene á vengar las injurias que estos bárbaros le hicieron y hacen en este día á Dios y á sus Santos; pues sabemos que los Ternates beben todavía en los cálices sagrados, y usan de las patenas para dar y

Desacatos de los Ternates y Bandanos contra nuestra Religión.

C recibir en ellas como salvillas profanas, y de los ornamentos de los altares hacen vestidos y adornan con ellos sus casas; y los Bandanos traen los más preseas de la sangre de más de tres mil fieles, que en diversos tiempos mataron á traición en sus puertos, á donde acudieron para sus contrataciones con ellos; y en la isla ó ensenada de la mar, corren arroyos de sangre portuguesa y castellana. V. S. viene para dilatar la Fe Católica; y porque mejor entienda lo que dirá acerca de esto Jerónimo de Acevedo, le envío con él un dibujo de todo este Archipiélago, así del Maluco como de Amboino y Ban-

Dibujo y mapa del Archipiélago Maluco.

D da; en él verá V. S. el extendido Reino que perdemos, pudiéndolo cobrar á poca costa. Sólo resta que V. S. venga con la brevedad posible, porque el peligro mayor es de la tardanza; que llegado acá hallará Capitanes valerosos que le ayudarán con armas y consejo: entre ellos está Sancho de Vasconcelos, que fué Capitán de Amboino y ha peleado muchas veces con estos infieles y alcanzado de ellos victorias señaladas; también está aquí Tome de Sousa, Capitán mayor de Malaca y

de las más partes del Sur, hombre experimentado en la guerra; hallará en Tidore y Amboino soldados valientes, y no faltará de qué pagarles, pues para todo bastarán las riquezas de la tierra y para hartarlos de oro, piedras y otros varios despojos, hallará muchas suertes de armas. Los Religiosos ofrecemos cada día sacrificios y continuaremos en ellos fervorosamente; y aunque lo podría impedir la indignidad de los ministros, esperamos que han de ser de provecho.» A

Pone Gómez Pérez á punto el aparato para ir al Maluco.

Recibió el Gobernador esta carta, y con ella, y con lo que más largamente trató con Jerónimo de Acevedo, acabó de poner mano á la obra que tanto convenía al servicio de la República Cristiana, que en aquellas partes estaba defraudado. Ya mucho antes había conferido con el Gaspar Gómez, y por su medio, y de otras personas de experiencia, tenía tan sabidos el Gobernador los Reinos y mares, los tiempos y los peligros de la empresa, que no fué muy necesario el mapa del Padre Marta. Despachó á Gaspar Gómez por hombre diligente y secreto; confióle su designio por hallarle acreditado por diversos Padres graves de aquella Religión; dióle particulares instrucciones, con las cuales, y con su experiencia, vagando por el Archipiélago, supo hacerse capaz de lo que convenía; discurrió por Ternate, Tidore y Mindanao, en ambas Javas, y apenas le quedó hasta la punta de Malaca lugar que no explorase á la vista. B C

Despacha Gómez Pérez al hermano Gaspar Gómez á explorar á Ternate y las tierras rebeldes al Rey nuestro señor.

Don Pedro de Acuña, Gobernador de Cartagena.

En el año de mil quinientos noventa y tres proveyó el Rey Felipe Segundo el gobierno de Cartagena de América en Don Pedro Bravo de Acuña. Para este cargo dejó el de las galeras de España; era Capitán de la Capitana, y Teniente de todas por el Adelantado de Castilla su deudo; sirvió á Su Majestad muchos años antes, en la Milicia naval y de las tierras que baña el Mediterráneo. Ningún trance importante dejó de tocarle desde la jornada de Navarino contra el Turco y las que se siguieron en aquellas partes; en el Reino de Nápoles, en Portugal y en la facciones que precedieron para poner á Su Majestad en la posesión de aquella Corona; últimamente peleó gobernando las galeras de España contra las de los Moros y Turcos, galeotas y bergantines de Levante y navíos ingleses; sujetó y afondó D

Servicios de Don Pedro de Acuña.

A muchos de aquéllos y de éstos; prendió gran número de cautivos en Berbería, particularmente en Zangazán, Benegicar y Alcázar; defendió á Cádiz de la invasión y robos de Francisco Draque, Inglés, que la tentó con una gruesa armada. Esta defensa hicieron solas cuatro galeras: las dos despalmadas, pero suplió el esfuerzo del Capitán. De cuánta importancia fuese, y la reputación que de ella resultó á Don Pedro, se conoció después, cuando ocuparon Ingleses segunda vez á Cádiz, hallándose en su bahía todas las galeras de España, y la armada que se aprestaba para pasar á las Indias; en cada
B una de estas acciones, que las más fueron victoriosas, se contienen particularidades de consideración, y todas son dignas de un copioso elogio; pero no perteneciendo al sujeto de esta historia, reprensible sería escribirlas en ella.

Hizo, pues, el Rey á Don Pedro de Acuña su Capitán General de la provincia de Cartagena y Tierrafirme, y Cabo de las galeras de su costa; cargos que hasta entonces no se habían juntado en aquel gobierno. Dióle una galera, y orden para que cobrase los quintos Reales de las perlas en la isla Margarita; salió para esto *Viaje de Don Pedro.*
C de la barra de San Lúcar, á veintisiete de Septiembre, yendo su persona, doce soldados y algunos religiosos y criados en un pataje, siguiéndole la galera y otro navío. Alteróse luégo el mar y el viento, y esparcieron los navíos. En el uno venían veinte soldados y cuarenta forzados: éste se derrotó por tales desvíos que no le volvieron á ver hasta después de cinco días que llegaron á Cartagena. Sosegó la tormenta y aportó Don Pedro á la gran Canaria, aunque no quiso entrar en la ciudad: hizo doscientos barriles de agua. No estaba en la isla Don Luis de la Cueva, su Gobernador; pero sabiendo *Llega Don Pedro á las Canarias.*
D en su casa que había Don Pedro llegado, enviaron á darle la bienvenida; á la visita siguieron algunos camellos cargados de gran cantidad de aves y caza, carneros, vino, peras y membrillos hermosísimos, y otros bastimentos en abundancia. Partió de allí con favor del tiempo; revolvió luégo contra él, y aunque estaba léjos, volvió los navíos otra vez á vista de Tenerife. Habiendo fluctuado algunos días, sucedió entre dos islas una calma tan pesada y larga, que recompensó la vio-

lencia de las tormentas, y no por eso dejó de padecer A
otras no menores que las de hasta allí. Pasados muchos
Isla Matalinón. días perdió el tino, arribó á Matalinón, isla de Indios
de guerra, donde, sin ella, se proveyó de agua para todo el viaje; desde allí con bonanza llegó á la Margarita;
Don Juan Sarmiento de Villandrando, Gobernador de la Margarita. en saltando en el puerto acudió á recibirle Don Juan Sarmiento de Villandrando, Gobernador de la isla, el cual, desde que supo que venía, le esperó á todas horas: el regocijo y el hospedaje fué como de amigos (y tan honrados amigos). Treinta días hacía que en un
Nave inglesa en la Margarita. puerto, dos leguas de la Margarita, estaba un navío
inglés, de más de cuatrocientas toneladas, treinta pie- B
zas de artillería, de á cincuenta quintales cada una, y mucha gente armada. Diciéndole Don Juan Sarmiento á Don Pedro los atrevimientos de aquel navío, y con cuánta mengua de su reputación oprimía los Isleños de su gobierno, le pidió que con su galera le acometiesen
Aconseja Don Pedro que no acometan el navío inglés. hasta sujetarle. Don Pedro le persuadió que dejase aquella empresa, pues no le tocaba; que no teniendo fuerzas iguales, era error inexcusable embestirle. Porfió Don Juan tanto, que venció la opinión de Don Pedro; partieron á donde el navío estaba, pasando por peñascos
peligrosos, y llegando á vista de él le hallaron más C
fuerte y pertrechado de lo que les habían informado. Para pelear echaron fuera los nuestros todas las mujeres, que las más lo eran de los que venían en las galeras; de la Margarita llegaron, por orden de su Gobernador, cincuenta soldados, los cuales, embarcados, amanecieron á vista del navío. Como soplase viento favorable, Don Pedro, entrado en acuerdo con los naturales de Margarita y su Gobernador, les dijo que convenía aguardar alguna calma para rendir la nave á su salvo, pues la galera podía encubierta esperarla sin peligro.
Los Isleños irritados, y por adular á Don Juan Sar- D
miento, respondieron que ellos tenían presos en la ciudad dos personas de las más principales de aquel navío, y que de su relación se sabía la necesidad de él, y cuán forzoso era rendirse en acometiéndole. Esta opinión ventilada entre las porfías, se convirtió en obstinación de parte de Don Juan. Don Pedro sintiéndolo así, lastimado de ver á su amigo con aquellos hombres celosos, pero inexpertos, empeñado en aquel furor, les di-

A jo: Yo sé, por lo mucho que en diversos mares he na-
vegado, que es error conocido acometer á una nave
cuando le ayuda el viento; pero embistámosla, porque
no digan los de la Margarita que el suspender yo la
batalla fué temor y no prudencia. Diciendo esto, man-
dó zarpar su galera. Vistióse con diligencia sus armas,
y otras á Don Juan, y embistieron la nave á los prime-
ros rayos del sol con priesa, con ímpetu. No fueron
menos diligentes los Ingleses: cortaron de presto dos
gúmenas, de tres áncoras que tenían echadas, y que-
dando los hierros en la mar dieron velas. Erales favo-
B rable el viento y quedaron hinchadas. La gente tan ga-
llarda que acudió á la artillería, comenzó á jugarla sin
pararse; lo mismo hizo nuestra galera, la cual antes de
recibir daño alguno, le tiró cinco piezas; luégo llegó á
topar con el espolón de la popa de la nave, pero no pu-
do aferrar con ella ni saltar gente dentro; alguna bajó
á las barcas, que iban atadas al navío, y cortaron los
cabos. Tornó á disparar la galera y la nave sin cesar;
recibió Don Pedro un mosquetazo en la rodela que res-
balando hizo pedazos una tabla de la bancaza de popa
é hirió á los que pudo alcanzar; otro cañonazo llevó la
C cabeza á un forzado nuestro y roció con los sesos la cara
á Don Pedro; pero otra bala le lastimó más, que derri-
bó en la mar al Gobernador Don Juan Sarmiento, y
sumergido por el peso de las armas no pareció más. Ca-
torce soldados de la Margarita y nueve de los Españo-
les murieron. Quedaron muchos mal heridos, á los cua-
les socorría y curaba Don Pedro sin faltar á los otros
oficios de Capitán. Murieron también personas señala-
das: Alonso Andújar, del hábito de Cristo, mozo de
veinte años; Don Antonio Santiso, que fué Capitán en
Flandes. La nave, siguiendo su derrota, gozó del favor
D del viento y la vieron volar victoriosa; bien que, á vista
de los nuestros, arrojó á la mar gran número de cuer-
pos. Don Pedro, llorando la muerte de su amigo, la
viudez de su mujer, entre los llantos de otras viudas y
padres huérfanos, volvió á la Margarita donde todo era
lutos y lágrimas; consoló como pudo los afligidos; co-
bró las cajas de perlas del Rey, y pasó adelante, lasti-
mado del suceso y de ver cuán poco valió su preven-
ción.

Embiste nuestra galera al navío inglés.

Mata un balazo á Don Juan Sarmiento.

Huye la nave inglesa.

Sigue Don Pedro su navegación.

Siguió Don Pedro su navegación próspera, hasta la A
isla Corazao, al río de la Hacha, y de allí á vista de
Cartagena. Fué descubierto de la ciudad y salieron á
recibirle las galeras, las cuales y la fortaleza, juntándo-
se la música y la artillería, se mezclaba el estruendo
con la harmonía. Con ambas cosas, y acompañamiento

Desembarca en Cartagena.

del pueblo, fué, en desembarcando, llevado á la Iglesia
mayor y de allí á las casas Reales. Comenzó á tomar
sobre sí el gobierno; y porque es en aquella plaza tan

Visita las galeras.

necesario el de la guerra, visitó luégo las galeras; halló-
las deshechas y casi perdidas; reformó la una, alistó la
otra de todo lo necesario y de forzados; otra aderezó B
para poder traer en ella piedra para los edificios. An-
daba todo antes tan desordenado ó remiso, que apenas
se distinguían los galeotes de los soldados, porque tan
libres y tan galanes se veían aquéllos como éstos; re-
prendió esta licencia y mandó rapar las barbas y las
cabezas á los forzados y ponerlos en cadena. En la po-
licía, pleitos y costumbres de la ciudad puso la mano,
y luégo se remediaron las insolencias y los pecados pú-

Gobierna Don Pedro loablemente las cosas de la paz y de la guerra.

blicos. Ambas cosas reformaba Don Pedro con su va-
lor y con su ejemplo; hizo alarde también de la infan-
tería y caballería; dió priesa á las fortificaciones; en las C
cosas de la guerra se hallaba presente. Para librar plei-
tos á todos tiempos, convidaban las puertas de su casa
abiertas y patentes sin distinción para todos; y aunque
tuvo aquí grandes ocasiones y materia para mostrar la
capacidad y grandeza de su ánimo, todavía sentía él
en sí deseos y esperanzas mayores, que excedían á lo
presente y le incitaban á pasar adelante, y á publicar
aquella generosa inquietud, que después sirvió á la Igle-
sia restituyendo su antigua veneración en más remotas
provincias.



CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO SEXTO

A ENTRE TANTO Gómez Pérez, atendiendo al aparato, encubría el designio de él, sin perdonar á los gastos que pertenecían á los navíos, bastimentos y gente: entre otros pertrechos hizo cuatro galeras escogidas, y para armarlas (como allá dicen) de esquipazón, usó de un medio que fué juzgado por riguroso. Mandó que de los Indios, que eran esclavos de otros Indios principales, se comprase el número que bastase para equipar las galeras, y que los pagasen los Españoles Encomenderos de su misma hacienda, señalando el precio por cada B Indio dos taes de oro (es cada tae poco más de una onza), que era lo que en otros tiempos solían valer entre ellos los esclavos. Prometía que todo lo que en esto gastasen los Encomenderos lo cobrarían después de la hacienda Real. Con todo esto no pareció que se moderaba el rigor, porque aquellos Indios impropiamente los llamaba esclavos: sus señores los tratan y aman como á hijos, siéntanlos á sus mesas, cásanlos con sus hijas; y además que ya entonces los esclavos valían á mayor precio. Al sentimiento de los que habían de ser vendi-

Hace el Gobernador Gómez Pérez cuatro galeras contra las Malucas.

Medio riguroso.

Tae de oro, qué valor tiene?

dos se juntaba el de los Encomenderos, que de su hacienda habían de contribuir para gastos, á su parecer no muy necesarios, y disgustar á sus tributantes tomándolos por fuerza, y no cobrando jamás el precio que anticipaban, que era lo más cierto. El Gobernador publicaba que estas galeras habían de asegurar la tierra y defenderla del peligro en que estaba; porque sabía con certeza que el Emperador del Japón venía sobre ella con numerosa armada, y que sin galeras no se podía defender, y así era forzoso tripularlas con aquellos esclavos, pues faltaban otros remeros; que éstos no habían de andar errados en galera ni ser tratados como forzados, sino con tanta blandura que ellos mismos prefiriesen el tratamiento al de los dueños, á quien ya tenían por padres y suegros. Estas razones, y la precisa necesidad de la defensa, enmudeció á los unos y á los otros; pero no á la fama, porque ya se sabía cuán empeñado vino de España con el Rey, con los ministros, deudos y valedores en la empresa de Ternate, y cuanto él encubría lo divulgaban autores inciertos. Todavía le persuadían algunos que no fiase de los Chinos ó Sangleyes la defensa de Filipinas, porque ningún vínculo natural ni civil los había jamás obligado ni atraido al amor de ellas; que se le presentase el ejemplo reciente de lo que hicieron en la ocasión en que su predecesor los empleó y se guardase de ellos; que enviando un socorro de gente, municiones y bastimentos al fuerte y población de Cagayán (que es la costa de aquella isla de Luzón, ochenta leguas de la ciudad de Manila), no se hallando entonces navío en que remitirlo, constreñido de la necesidad presente, le pareció que se podría remediar, valiéndose para ello de un navío de los Chinos de los que en aquel puerto estaban surtos, despachado para volverse á la China. Mandó que aquel socorro se embarcase en él, y á los Chinos que lo llevasen y de camino lo dejasen donde lo enviaba, pues era todo un viaje, prometiéndoles de agradecer y gratificar este servicio; ellos se profirieron á él con grandes muestras de voluntad, aunque por el suceso se vió su artificio, y lo que enseña la ocasión al que la atiende. Hiciéronse los Chinos á la vela, y al segundo día, estando nuestros Españoles durmiendo, con la seguridad que

Publica el Gobernador otra causa de su aparato.

A entre amigos y fieles, al anochecer dieron los Chinos
en ellos con tanta presteza, que no se pudieron poner
en defensa: fueron todos degollados y echados á la mar.
Robaron todo lo que llevaban, y repartiendo la presa
navegaron la vuelta de su tierra; solamente reservaron,
llevándola consigo, una miserable mujer Española que
acompañaba á los nuestros: dejáronla con vida, pero
después de haberla atormentado con insolencia, llega-
dos á la primera tierra de la China, en un puerto la
desembarcaron. Ella ocurrió luégo á los Magistrados
que allí había y les dió cuenta de la traición que aque-
B lla gente había cometido y de las violencias que le ha-
bían hecho; mas aunque fué bien recibida de los Jue-
ces, no quedó satisfecha de los agravios ni pudo alcan-
zar justicia; antes mandaron que fuese llevada por al-
gunos ministros la tierra adentro, remitiéndola á otros
Jueces supremos. En esta peregrinación, que fué muy
larga y de muchas leguas, padeció mayores trabajos,
hasta que algunos Gobernadores, compadeciéndose de
ella y de sus lágrimas, la llevaron á la ciudad de Ma-
cao, donde los Portugueses residen, y la pusieron en
libertad. Y por esta vía se supo todo este hecho, y en
C Manila andaba en la boca de todos, y con la ocasión
de la jornada lo encarecían más.

Mujer española desamparada en la China.

Finalmente se hubieron de sacar estos esclavos que
pedía el Gobernador Gómez Pérez, con molestias y ve-
jaciones, y con ellas los metieron todos en las galeras
donde estuvieron algún tiempo antes de partir y mu-
rieron algunos por no estar acostumbrados á aquella
vida. Todos aquellos esclavos no bastaron para tripular
todas las galeras, y la Capitana quedó sin esquipazón.
De esto, y para perfeccionar la obra, resultó más rigu-
rosa traza que la primera. Ordenó que de los Chinos
D que vienen á Filipinas para la contratación, se sacasen
doscientos cincuenta para armar ó esquipar la Capita-
na, á los cuales se les pagase de la hacienda Real dos
pesos cada mes á cada uno de ellos. Aseguraba que no
habían de ir encadenados, sino sueltos y con sus armas
para servir de soldados, y que sólo habían de bogar
la galera en las calmas, si las hubiese, y para doblar
algunas puntas. Esta resolución, comunicada con los
Chinos por medio de su Gobernador Chino, rehusa-

Sangleyes puestos en las galeras.

Nueva y más aspera traza que la primera, para esquipar las galeras.

ron como carga intolerable; pero como nuestro Gober- A
nador apretaba por salir con su intento, el Chino juntó
á los suyos para conferir el negocio y dar orden como
se escogiesen entre todos los doscientos cincuenta, ame-

Altéranse los Sangleyes.

nazando que los diezmaría por sus casas. Esta voz los
alteró tanto que al otro día las cerraron hasta las ven-
tanas, y los mercaderes sus tiendas de comercio, y al-
zaron los bastimentos á la República, que por su mano

Prende Gómez Pérez algunos Sangleyes.

se traen á ella. Viendo esto nuestro Gobernador, dicien-
do que se habían amotinado, mandó prender hasta cin-
cuenta de los que se ofrecieron más á mano, los cuales
echaron en galera al remo. Con esto, los demás atemo- B
rizados se juntaron y sacaron de entre todos los dos-
cientos cincuenta; y porque ninguno quería ser de este
número, repartieron entre los que lo aceptaron veinte
mil pesos, y los dieron de ayuda de costa á los Chinos
que quisiesen ir en la galera, á cada uno ochenta pesos,
además del sueldo del Rey. Con esta buena ayuda no
faltaron Chinos que se asentaron por remeros (aunque
entre ellos, y más verdaderamente entre los ministros,
se consumieron los veinte mil pesos). Hiciéronse de es-
tos doscientos cincuenta Chinos cinco compañías, y
para ellas cinco Capitanes Chinos Cristianos, los cuales C
dieron sus muestras y reseñas con picas y catanes (son
poco diversas de alfanjes), con demostraciones de gente

El hermano Gaspar Gómez llega á Manila.

alegre y satisfecha. Entre estas ocupaciones sobrevino
á Manila el hermano Gaspar Gómez cargado de inteli-
gencias y refiriólas al Gobernador en diversas conferen-
cias secretas; dijo que el Rey de Ternate no tenía sus
cosas en mal estado, aunque algo le enflaquecía las fuer-
zas el no hallarse muy unido con todos los más princi-
pales de su Reino; y que muchos le amenazaban que
se habían de rebelar, por sus tiranías y llevarles excesi-
vos tributos; que ya entonces no frecuentaban á Ter- D
nate (como en los tiempos que llegó á ella el Capitán
Morones, en el Gobierno de Santiago de Vera) Javos,
Lascares ni Moros de Meca. Informaba con gran par-
ticularidad de las dos fortalezas de Talangame; que se
hallaba el Rey de Ternate con hasta tres mil soldados
ordinarios; mil arcabuceros, y de otros Reinos de su
Corona gran número; que peleaban con armas arroja-
dizas, campilanes y paveses; otros armados de cotas y

A capacetes que Portugueses les habían feriado por espe-
cería; que tenían cantidad de municiones, todas hechas
por sus manos, de los materiales que traían los Javos
para precio de clavos; que la parte principal era la ciu-
dad de Ternate, donde el Rey y toda su corte residen;
y por esto la más bien guardada y de donde las demás
cobran fuerzas, bríos y todo socorro; aconsejaba que
nuestro ejército la asaltase antes de amanecer, porque
siempre con aquella gente habían sucedido bien todos
los asaltos al cuarto del alba; y que si nuestra armada
llegase sin ser sentida, vencería sin falta; pero que aquel
B Rey tiene extendidas las espías y centinelas en casi to-
das aquellas sus islas, hasta la de la Canela, Sarrangán
y Mindanao; que de la fortaleza de Amboino, de los
Reyes de Sián y Tidore, podían venir buen número de
versos de bronce, y otra mucha artillería en las carcoas.
Los Amboinos los enviarían obedeciendo; de Sián y
Tidore á muy leves ruegos, porque además de recono-
cer la Corona de España, son enemigos de Ternate;
que el aparato que era menester para acabar la guerra,
aun en caso que faltase el Rey de Tidore (de quien se
podía sospechar que no querría ver destruido del todo
C á su enemigo), era la artillería y embarcaciones que es-
taban aprestadas, y más de mil doscientos soldados,
bien armados, con sus cotas y capacetes, hasta pasar á
la isla de Banda para que diesen allí los necesarios de
guarnición; que fuesen cantidad de navíos ligeros para
coger al enemigo cuando huyese, porque de esta mane-
ra se acabaría la guerra de todo punto y con brevedad,
sin verter sangre; que los mismos Ternates infieles lo
decían y publicaban así; y confesaban, que si llegase á
su tierra grande aparato de gente de pelea, sin pelear
vendrían todos á dar la obediencia. De lo cual se infe-
D ría que habitaban en Malucas Cristianos ocultos; que la
conquista de toda aquella isla de Banda era de grande
utilidad y provecho y de poco riesgo, y para sustentar-
la de grande importancia la vecindad de Amboino, que
es nuestra; y también afirmaba que los Portugueses fa-
cilitaban grandemente la empresa, y el interés y prove-
cho que á Su Majestad se seguiría, y que de esta opi-
nión era también el Padre Antonio Marta, á quien el
Gobernador Gómez Pérez daba tanto crédito. A estas

relaciones y noticias tan particulares, añadía el herma- A
no Gaspar Gómez tales circunstancias, que acabó de
abrasar el ánimo al Gobernador.

Embajada de Landara, Rey de Camboja, para el Gobernador Gómez Pérez de las Mariñas.

En este tiempo el Rey de Camboja, llamado Landa-
ra, le envió una embajada con dos Capitanes Españo-
les, acompañados de muchos Cambojas, con la autori-
dad que la causa de ella requería. Miró aquel Rey bár-
baro en que sus Embajadores no fuesen naturales de
su Reino por la desconfianza en que sus vasallos le ha-
bían puesto de su fidelidad. Escogiólos de diversas con-
diciones para que de ambas, y de la diversidad de los
ingenios y de la contradicción, naciese un buen efecto. B

Diego Veloso y Blas Ruiz.

Era el uno Portugués, llamado Diego Veloso, y el otro
Castellano, Blas Ruiz de Fernán González. Presentaron

Presente del Rey.

á Gómez Pérez un lucido presente, gran cantidad de
marfiles, de menjuí, porcelanas, piezas de seda y algo-
dón y un elefante de generosa condición, como después
se vió por experiencia. Propusieron su embajada, que
en suma era: pedirle socorro contra el Rey de Sián que
venía sobre el de Camboja con grueso ejército; que en
reconocimiento de esta ayuda se ofrecía por vasallo del
Rey de España y sería Cristiano; y que aquel Rey con-
fiaba, que un caballero tan valeroso y esforzado como C
Gómez Pérez, por ninguna diversión rehusaría un he-
cho en que tan notorio servicio recibía Dios y provecho
la Corona de España. Recibió el Gobernador el presente
y satisfizo con otro de algunas cosas de Europa, y res-
pondió dando gracias al Rey por la confianza con que

Excúsase Gómez Pérez con el Rey de Camboja.

había acudido á él, pero que por entonces no era posible
poner la mano en el socorro, ni divertir aquellas fuer-
zas que aprestaba para el castigo del Rey de Ternate, y
para cobrar aquel Reino y los demás del Maluco, que
con tanto oprobio y afrenta de la Nación española se
había rebelado; que confiase Su Alteza en Dios Nuestro D
Señor, y perseverase en el intento de servirle en la santa
y verdadera ley, que acabada la empresa de Ternate
convertiría su fuerza al socorro de Camboja. Con estas
esperanzas, las cuales cumplió Don Luis de las Mari-
ñas, su hijo, se partieron aquellos Embajadores, y para
darles verdadera satisfacción y justa causa de la tardan-
za, fué necesario publicar el designio cierto de aquella
armada, que hasta aquel punto había estado secreto.

A Determinó, pues, el Gobernador su partida, y procuró llevar consigo toda la gente que pudo. Fueron alistados por amor y violencia, y los rogados y apremiados igualmente. Los Encomenderos y soldados gastaron con prodigalidad en navíos, bastimentos y en galas, que por la grande comodidad que para todo ello se halla en Filipinas, excedió al poder y á la opinión. Despachó el Gobernador á Don Luis, su hijo, con todos los soldados de paga á la isla de Cebú, donde se había de recoger toda la armada, y allí estuvo seis meses aguardando nueva orden. Gómez Pérez se detuvo en B Manila, dando traza en cosas de importancia. Dos días antes que partiese, siendo huésped, y cenando en casa de Pedro de Rojas, Teniente suyo, donde en grandes juegos y regocijo se solía divertir, se alegró tanto, fuera de su costumbre y contra la aspereza de su condición, que muchos lo interpretaron á despedida última y por prodigio del suceso. Contó en conversación, con mucha risa, que el Padre fray Vicente, de la Orden de San Francisco, le había dicho que no le podía suceder bien la empresa, porque contaba el ejército de gente forzada, y que particularmente lo iban los casados. Salió de C Manila á diez y siete de Octubre con seis galeras Reales, un galeón, una fusta, un fragatín y otras muchas fragatas, carcoas y birreyes (que son diferentes géneros de navíos de los naturales de la tierra); y todos estos bajeles, parte de Su Majestad y parte de los vasallos, que se ofrecieron á servirle con sus personas y haciendas, llegaban á ciento; mil Españoles bien armados; más de cuatrocientos arcabuceros de la comarca de Manila; otros mil de los que llaman Visayas; gente de lanzas, paveses, arcos y flechas, y más de otros cuatrocientos Chinos de los que había en toda aquella isla, y D de los de la contratación otro buen número con sueldo: pero más forzados, que buenas boyas, en las galeras muchos bastimentos para la armada; de la cual hizo Teniente suyo á Don Luis Pérez, su hijo, y lo despachó (como dijimos) con orden que tomase la derrota á la isla Cebú; y él se embarcó en la Capitana, que era de veintiocho bancos, tripulada con los doscientos cincuenta Chinos. Embarcáronse en ella ochenta Españoles. Llegaron á Cabite. De allí salieron á diez y nueve y en

Pónese el Gobernador á punto para la guerra de los Malucos.

Don Luis de las Mariñas va á Cebú.

Gómez Pérez sale de Manila con la armada española contra Ternate á 17 de Octubre.

Llega nuestra armada á Cabite y pasa adelante.

su conserva algunos navíos, en que venían personas A particulares, que con sus gastos le siguieron costeando la isla de Manila hasta Balaján. Apartáronse porque las embarcaciones no perdían la vista de la tierra y el Gobernador se metió á la mar. En veinticinco llegó á hacer noche sólo en la punta de Azufre, de la isla de Manila, frontero de la de Caza, donde brama la corriente, y escarceó, y por ser el tiempo brisa no la pudo montar la galera. Dió fondo al abrigo de ella y por la fuerza de la corriente garró un poco. Para volverla al abrigo apretaron excesivamente á los Chinos en la boga. En efecto, ellos, ó por ser gente nueva en aquella obra y B violentada al remo, ó porque venían fatigados y hostigados de los que les mandaban, vogaban flojamente. Sobrevinieron otros vientos contrarios, que impedían de nuevo el viaje, y para doblar algunas puntas de la tierra era forzoso usar de los remos y fatigar la chusma con el rigor y castigo ordinario que en galeras se usa. Parecíales duro y contrario á lo que el Gobernador les aseguró, cuando les prometió que serían tratados con amor; pero ni el látigo, ni las amenazas, ni el vencer las corrientes á fuerza y sudor de sus miembros, les pareció tan intolerable é injurioso como el oir de boca del C Gobernador airado y severo, que bogasen varonilmente, porque no haciéndolo así los pondría en cadena y les cortaría los cabellos. Es esta para los Chinos injuria digna de muerte, porque tienen la honra pendiente de sus cabellos: críanlos curados y rubios, y précianse de ellos como las damas en Europa, y peinan en ellos su gusto y su reputación. Determinaron levantarse por no llegar á semejante afrenta y vituperio; y habiendo señalado para esta ejecución la noche siguiente, que fué á veinticinco de Octubre, cuando los Españoles se tendían fatigados sobre los bancos y otros lugares del vaso, D los Chinos hicieron lo mismo, pero dividiéndose con astuta disimulación, se acostó cada uno junto á otro Español fingiendo que dormían. A la hora de rendir la prima, que les pareció más á propósito y más segura de todas, viendo á los Españoles ocupados del mayor sueño, los Chinos, al sonido de un silbo sutil, que era la seña que estaba prevenida entre ellos, se levantaron á un mismo tiempo, y con suma diligencia se revistió

Amenaza Gómez Pérez á los Chinos.

Rebélanse los Chinos y degüellan á los nuestros.

A cada cual de una túnica ó camisa blanca, para que en medio del furor y de las tinieblas se conociesen entre sí y distinguiesen el estrago, aunque para mayor seguridad del efecto también encendieron gran número de velas de cera, que envueltas en las túnicas blancas habían escondido; luégo metieron mano á sus catanas, que son más cortantes y corvas que nuestros alfanjes, y comenzaron, sin turbar el silencio, á herir cada China á su vecino Español, y prosiguiendo la furia á degollar á todos los que dormían. Habíanse entrado en la Capitana más de sesenta, en que iban sus criados del
B Gobernador y otros soldados viejos, que por obligarle y entretenerle padecieron descomodidad. Habían jugado toda la noche, y cansados, y por el excesivo calor, dormían desnudos: unos en crujía, otros en las bancadas y los más validos, á quien se dió más lugar, en la popa; y para esto se entró el Gobernador en la cámara. Los Chinos prosiguieron el estrago en los que dormían sin recelo, y fué con tanta diligencia, que cuando recordaron algunos de los que dormían en la popa, ya los demás Españoles eran muertos. No lo sintió la guarda. El descuido no pudo allí valerse de alguna excusa, por-
C que hartos avisos y ejemplos precedieron; otros recordaron, pero hallándose heridos y turbabos, se echaron á la mar donde se ahogaron los más; otros (y fueron pocos) se arrojaron antes de recibir heridas y también se ahogaron, aunque era cerca de tierra, porque por ser grande la corriente no la pudieron tomar: escaparon doce, y en las playas se hallaron muchos cuerpos. Los Chinas, ya más osados, sacaron las picas que habían escondido en las bancadas, y acabaron la traición con estruendo. El Gobernador, que estaba debajo de escotilla durmiendo con linterna ó candela, despertó; y pa-
D ra que despertase movieron de propósito mayor ruido, y los mismos Chinos le daban voces, pidiéndole que saliese á sosegar la pendencia que tenían los Castillas (así llaman á los Españoles); y él, ó por esta causa, ó pareciéndole que garraba la galera como otras veces, levantado en camisa, abriendo la escotilla se asomó por ella y sacó el medio cuerpo; al mismo punto cargaron los Chinos sobre él con sus alfanjes y lo hirieron de muerte: abriéronle la cabeza, y con las picas lo alan-

Matan los Chinas al Gobernador Gómez Pérez.

cearon y atravesaron con ferocidad más que bárbara. A Viéndose así morir, se retiró y tomó el Rezado de su Orden que siempre traía consigo y una imagen de Nuestra Señora, y entre estos dos refugios, que después se vieron bañados de su sangre, acabó la vida: aunque no luégo, porque después le hallaron en su cama abrazado con la imagen, donde espiró desangrado; y tendidos los cuerpos de Daniel Gómez de León, su camarero, Pantaleón de Brito, Suero Díaz, Juan de Chaves, Pedro Maseda, Juan de Sanjuán, Carrión Ponce, Francisco Castillo, todos criados suyos, y los cuerpos de cuatro esclavos muy valientes que merecieron el mismo B fin. No se supo el suceso hasta que amaneció, porque ninguno de los Chinos se atrevió aquella noche á entrar donde el Gobernador estaba, temiendo que se hubiesen recogido en aquella parte algunos Españoles de los ochenta que en la galera iban: tantó atemoriza la culpa; sólo quedaron con vida en ella fray Francisco Montilla, Descalzo de San Francisco, y Juan de Cuéllar, Secretario del Gobernador, que dormían debajo de cubierta, donde los Chinos, como pusilánimes, no osaron bajar en tres días hasta pasada la furia del primer ímpetu. Entonces los echaron en la costa de Ilocos C de la misma isla de Luzón, porque los naturales de ella les dejasen tomar agua; y habiendo tratado el fraile y el Secretario algún partido, debajo de palabra que no los ofenderían, se entregaron. Certificados los Chinos de que no quedaban otros Cristianos viejos, comenzaron á dar voces y gritos de regocijo por haber acabado aquel hecho, y de que no tenían ya de quién recelarse.

Españoles muertos de la galera y familia de Gómez Pérez.

Fray Francisco de Montilla y Juan de Cuéllar, Secretario de Gómez Pérez, quedan vivos.

Los Españoles, que estaban en otras embarcaciones junto á la tierra, aunque vieron las lumbres y sintieron el ruido indistinto de la Capitana, creyeron que debía ser alguna obra tocante al caso de la galera ú otra se- D mejante. Cuando pasado gran rato, de los que se escaparon á nado supieron el caso, no pudiendo remediarlo se estuvieron quedos. Eran pocos, sin fuerzas bastantes, y la cosa perdida. Aguardaron á la mañana, y cuando rayaba vieron que ya la galera había hecho el bastardo, y navegaba con el viento á popa la vuelta de la China y no la pudieron seguir. Hizo su viaje, como el viento le servía, por toda la costa de la isla hasta sa-

A lir de toda ella, celebrando siempre los Sangleyes la victoria.

El Secretario y el fraile que entre ellos estaban, persuadidos á que sin duda los matarían luégo, temiendo que esto fuese con alguna de sus acostumbradas crueldades, les pedían juntando las manos les diesen algún tiempo y lugar para encomendarse á Dios, y que ya que les hubiesen de dar la muerte, fuese degollándolos y no por otro modo inhumano. A esto uno de los Chinos les dijo, que no temiesen, que no morirían. Soltaron todos aquellos infieles armas, y postrados, tañendo B atambores y campanas que llevaban á su usanza, dieron gracias al cielo con muchas humillaciones. Luégo aherrojando los dos Cristianos á un banco de la galera, estuvieron quince días que duró el cautiverio comiendo por tasa un poco de arroz cocido en agua, sin sal, teniendo presente siempre á los ojos la sangre vertida de sus compañeros, de que toda la cubierta se veía teñida; sobre la cual vertían copiosas lágrimas, además de las que cada hora derramaban con los tragos de muerte, intentando como gente sin fe ni palabra quitarles las vidas por extraños modos. Zarparon, dando vela por C entre la isla de Mindoro y Lubán, la vuelta de la China, costeando á Manila por Cagayán. Habiéndoles sobrevenido algunos tiempos contrarios y calmas se afligían, temiendo que si llegaba la nueva de su traición á Filipinas, saldrían en su demanda y los alcanzarían. Este miedo les obligaba á acudir á sus Dioses y llamarlos, ofreciéndoles diversos sacrificios de olores y oraciones, á las cuales el demonio muchas veces respondía en voz formada, dando la respuesta por la lengua de los endemoniados, en quien se entraba para ello: que el tiempo que aquellos Cristianos estuvieron en la galera D nunca faltaron dos y tres de éstos. Y lo que veían era, que cuando más descuidados estaban, y á deshora, empezaba el endemoniado á temblar de la cabeza á los pies. Los demás viéndole así, decían que venía algún Dios á hablarles. Llegándose á él, y con muestras de veneración, le soltaban y tendían el cabello, y desnudándole todo, lo levantaban en pie, con que luégo el endemoniado comenzaba á bailar al son de algún tambor ó campana que le tocaban. Dábanle en la mano un

Piden el fraile y el Secretario tiempo para apercibirse para morir, y muerte no cruel.

Suceso muy de notar entre los dos Cristianos y los dos Chinos.

Rodeo de la galera rendida.

Invocan los Chinas á sus Dioses y el demonio entra en el cuerpo de los mismos Chinos.

Visajes de los que se envestían del demonio.

alfanje ó lanza, y andando y bailando jugaba de ella A
sobre las cabezas de todos, con notable peligro de herirlos, de que ningún miedo ellos tenían, porque decían que su Dios, aunque hace aquello, nunca les hiere si no tienen pecado contra él. Primero que comenzase á haber endemoniados en la galera, andaban los Chinos tratando de matar los Cristianos, pareciéndoles ser ellos la causa de que Dios no les diese buen tiempo para su navegación.

Tratan de matar á los dos Cristianos.

Mas aquella vigilantísima Providencia superior, fuera de cuya disposición no sucede un mínimo accidente, tomando por medio é instrumento al mismo demonio, proveyó el remedio por las mismas manos B
que le extendían. Pidió el endemoniado tinta y papel, y habiéndosele traído luégo, escribió en él ciertos caracteres y rasgos confusos, que interpretados por los de la galera hallaron que decía: que aquellos dos hombres eran de buen corazón, que no los matasen; con que no poco aliento y ánimo recibieron los prisioneros.

Misericordia que usa Dios, siendo instruto el mismo demonio.

Mas esto no duró mucho, porque otros endemoniados que sucedieron al primero, los atormentaron terriblemente, en particular uno que fué el más furioso: este dió grandes muestras de quererlos matar. Dijo á todos los Chinos, que si esgrimiendo las armas que traía en la mano C
sobre aquellos hombres, dando grandes tajos y reveses, les hiriese, que luégo los matasen, porque sería señal de que era verdad que sus Dioses lo mandaban; y que el llevarlos en su navío era la causa por que no daban buenos tiempos.

Nuevos endemoniados.

Juntóse toda la gente de la galera á ver este espectáculo, y habiendo el endemoniado andado primero grande rato por la crujía de ella, haciendo grandes ademanes, se fué para la parte donde el Religioso y su compañero estaban, y con rabia infernal furioso, mandó que se desviasen todos, y quedando solos los dos, comenzó á bufar contra ellos y hacerles gestos D
y visajes espantosos; y habiéndose subido sobre la mesa del estanterol, desde allí les tiró el alfanje, con tanta fuerza, que le hincó entre sus pies. Viendo que no los había herido ni cortado, le volvió á pedir para herirles segunda vez y tercera, hincándolo todas las veces con tanta fuerza, que con dificultad lo podían arrancar de las tablas. Hecho esto mandó le diesen una partesana, con la cual, jugando tajos y reveses y puntas sobre ellos,

Prueba y espectáculo lleno de horror.

A tan peligrosas y terribles, que los mismos Chinos, que
lo miraban, estaban temblando espantados. Detúvolos
por más de una hora en aquella aflicción y tormento,
sin osarse menear ni pedir misericordia, pareciéndoles
que serían de ningún fruto, antes les podían dañar cua-
lesquiera razones que hablasen. Así, puesta toda la es-
peranza de su remedio en aquel Señor que aun en las
tardanzas del mismo remedio asiste, le llamaban y se
ofrecían á él en sus fervorosas oraciones, particular-
mente el Religioso, rezando algunos Salmos y Versos,
que su antigua devoción, incitada del aprieto presente,
B le traía á la boca á propósito de él, y de necesidades se-
mejantes, en que (como después decía) recibió notables
consuelos y fuerzas en el ánimo. Con este género mi-
serable de vida y tormentos pasaban todos ó los más
días que estuvieron cautivos. Viendo, pues, los Chi-
nos que de ninguna suerte podían hacer la navegación
que deseaban por serles contrario el tiempo, acordaron
tomar tierra en la isla de los Ilocos, no lejos de Luzón,
y en el puerto que llaman de Sinay; donde habiendo
saltado los Chinos á hacer agua, sabiendo que habían
muerto al Gobernador, les echaron una emboscada y
C les mataron veinte hombres; y pudieran más de ochen-
ta, que eran los que habían desembarcado, si tuvieran
ánimo para ejecutarlo; porque con solo el alarido que
la gente levantó cuando cargó sobre ellos, cobraron tal
miedo que desamparando las armas, cada uno por su
parte, sin orden se pusieron en huida y procuraron sal-
var las vidas echándose á la mar para escaparla en el
batel. Con este ruin suceso, pareciéndoles á los Chinos
que había sido causa de él uno de los mismos, por ha-
berles aconsejado que entrasen en aquel puerto, acor-
daron de prenderle y matarle: hiciéronlo como lo de-
D terminaron, y venida la noche lo lanzaron á la mar de
consentimiento de todos; y zarpando ferro la galera se
salieron del puerto y fueron á tomar otro tres leguas de
allí en la misma costa, en el cual, habiendo entrado el
demonio, como solía en el uno de ellos, les mandó que
al punto se volviesen al puerto donde les había sucedi-
do aquella pérdida de sus amigos y compañeros, y que
de allí no partiesen hasta que primero le sacrificasen
una persona, sin señalarles la que quería que fuese.

Desembarcan los Chinos en la isla de Ilocos.

Matan los isleños á veinte Chinos.

Huyen los otros Chinos.

Prenden los Chinos al Chino que aconsejó que desembarcasen en aquel puerto.

Otro Chino endemoniado.

[redacted]

Pusieron por obra el mandamiento con suma diligencia: eligió uno de los Chinos principales, para ser sacrificado, á un Indio Cristiano de las Filipinas, de los que llevaban cautivos; atáronle luégo de pies y manos tendido sobre una cruz, la cual levantaron en alto, y atado el Cristiano y arrimado al mástil de proa, á vista de todos llegó uno de los endemoniados, y haciendo oficio de sayón, con una daga de las que ellos usan le abrió el pecho, con herida capaz por la cual pudo entrar la mano á su voluntad y le arrancó de lo interior parte de la asadura; de la cual, con furia y braveza horrenda, dió un bocado arrojando por el aire lo demás, y habiendo comido lo que en la boca tenía, se lamió las manos saboreándose con las reliquias de la sangre que en ellas le quedaban. Hecho el homicidio tomaron la cruz y al que en ella estaba, y á ella y al mártir echaron en la mar, que recibió aquel cuerpo ofrecido por víctima al demonio, para ser vestido de gloria por el que la tiene guardada á los que padecen por la confesión de su Fe. Este espantoso espectáculo puso horror y envidia á los dos Cristianos que lo miraban y celaban, mas antes esperaban otro tanto. Acabado aquel inhumano sacrificio salieron del puerto, y habiendo costeado algunos días la isla con dificultad, uno de ellos, por mandamiento del endemoniado que había ordenado el sacrificio por consentimiento de todos, dió libertad al Religioso y al Secretario y á todos los Indios que llevaban presos, echándolos en tierra con el batel, y los Chinos se hicieron á lo largo. Procuraron atravesar á la China, y como no pudieron arribaron al Reino de la Conchinchina, donde el Rey de Tunquín les tomó lo que llevaban y dos piezas gruesas de artillería que iban embarcadas para la jornada del Maluco, el estandarte Real, todas las joyas, preseas y dinero. Dejó perder la galera en la costa, y los Chinos se derramaron huyendo por diferentes provincias. Otros afirman, que aquel Rey los prendió y castigó. Los Españoles que se escaparon acudieron á dar la nueva á Manila donde hubo sentimiento, y alegría en muchos que aborrecían la severidad del Gobernador; pero luégo se desvaneció la ira y le lloraban generalmente, y más cuando andaban trayendo algunos cuerpos de los que se hallaron: el del

Martirizan un Indio Cristiano.

Arráncanle la asadura estando vivo.

Salen de aquel puerto.

Dan los Chinos libertad al Religioso y al Secretario.

Castiga el Rey de Tunquín á los Chinos.

Entran en Manila los Españoles que se pudieron escapar.

A B C D

A Alférez Juan Díaz Guerrero, soldado viejo, Alcaide ma-
yor de Cebú, y el del Alférez Peñalosa, encomendero
de Pila, y del gran soldado Sahagún, cuya mujer anda-
ba dando voces por la ciudad; el del Capitán Castaño,
recién llegado de España poco había; el de Francisco
Rodríguez Perulero, el del Capitán Pedro Neila, de
Juan Sotomayor, Simón Fernández y el de su Sargen-
to, y el de Guzmán, y los de los Alférez y Sargento de
la compañía que trajo Don Felipe de Samano, que por
su enfermedad la pasó, el del Capitán Juan Juarez Ga-
llinato, Sebastián Ruiz y Luis Velez: estos dos merca-
B deres, todos los otros soldados viejos; cuyas exequias re-
novaron la lástima del caso. Sabida, pues, la nueva de
él en Manila, y no se hallando papeles del Gobernador
en que dejase nombrado sucesor, aunque se sabía que
tenía cédula Real para ello, creyendo que se habría
perdido en la galera á vueltas de mucha hacienda suya,
del Rey y de particulares, la ciudad nombró por Go-
bernador al Licenciado Rojas, y lo fué cuarenta días.
Pero volviendo á Manila miserablemente el Secretario
Juan de Cuéllar, en compañía de Fray Francisco de
Montilla, dió aviso de cómo Gómez Pérez antes de sa-
C lir había dejado el nombramiento hecho en su hijo Don
Luis, y que le hallarían en San Agustín en una caja,
juntamente con otros papeles, en poder de Fray Diego
Muñoz. Rojas había ya despachado á Cebú, con orden
para que toda la gente que hacía la jornada se volviese,
y así se hizo; con lo cual, venido Don Luis, en virtud
de la facultad de que usó su padre, sin embargo de al-
gunas protestaciones, le sucedió en el gobierno hasta
la venida de Don Francisco Tello.

Entra en el gobierno por Gómez Pérez, el Licenciado Rojas.

Llegan á Manila el Secretario y el fraile.

Sucede Don Luis das Mariñas á su padre Gómez Perez en el gobierno.

Tal fué el suceso de este caballero, cuyas obras en sí
mismas tienen calidad y la reciben por otra parte del
D celo con que las hacía. No le faltaron virtudes políticas
y militares, ni prudencia en ambas, pero cerró los ojos
á los ejemplos, y contra lo que ellos le enseñaron osó
prometerse los sucesos, quedando si no temerario, con-
fiado; pero todo lo suple la piedad cristiana.

Don Luis, sus deudos y amigos desearon continuar
la jornada del Maluco, y para esto acudió de Tidore el
Padre Antonio Fernández, pero no negoció. La arma-
da se deshizo y fué particular providencia para el re-

Deshácese la armada que iba contra las Malucas.

paro de las islas Filipinas, porque luégo, al principio A del año siguiente mil quinientos noventa y cuatro, vinieron á ellas gran número de navíos de China, cargados de gente y armas, sin traer mercadurías ningunas como lo acostumbran. Trajeron los navíos siete Mandarines de los mayores Virreyes ó Gobernadores de sus provincias. Entendióse, y fué cierto, que como supieron que Gómez Pérez hacía aquella gran jornada, á que llevaba consigo todos los Españoles, había de quedar la tierra desarmada, y traían ánimo de conquistarla ó saquearla, que les fuera muy fácil si la hallaran como pensaban. Salieron solas dos veces de sus navíos B á visitar á Don Luis con grande aparato y acompañamiento de los suyos, el cual los recibió benignamente, y dió á cada Mandarín una cadena de oro. Ellos le dijeron que venían por mandamiento de su Rey á recoger los Chinos que discurrían vagando por aquellas islas sin su licencia; pero éste se tuvo por color de la verdad, porque ni para aquello eran necesarios tantos Mandarines, ni tantos navíos armados y pertrechados. Eran los Chinos que mataron á Gómez Pérez Chincheos; y así Don Luis, como contra ofensor cierto, envió en un navío á dar cuenta de la traición al Rey Chino, á Don C Fernando de Castro, primo del mismo Don Luis, pero sucedióle mal el viaje y todo quedó interrumpido.

Viene á Manila mucha gente armada de la China.

Visitan los Mandarines Chinas á Don Luis.

Chincheos eran los Chinas que mataron á Gómez Pérez.

En este tiempo Langara, Rey de Camboja, hacía instancia por el socorro, y pedía á Don Luis la palabra que su padre le había dado poco antes; y así, en cumplimiento de ella, y para que aquellas fuerzas, ó alguna parte de ellas, continuasen el servicio de la Iglesia, para la cual se aprestaron en beneficio de Ternate, determinó de ayudar con ellas á aquel Rey.

PideLangara, Rey de Camboja, el socorro prometido.

Es Camboja fertilísima entre las regiones de la India: envía á las otras provincias abundancia de bastimen- D tos, por lo cual la frecuentan Españoles, Persas, Arabes y Armenios. El Rey sigue á Mahoma, pero sus vasallos los Gufarates y Banjanes viven á los preceptos de Pitágoras (por ventura sin noticia de él). Son todos de sutiles ingenios, reputados por los más agudos mercaderes de la India. Con todo esto se persuaden que después de la muerte, igualmente á los brutos y á los hombres, y á todas las cosas criadas, se les da premio y

Descripción de Camboja.

Varias gentes en Camboja.

El Rey de Camboja sigue á Mahoma.

A castigo: tan indistintamente creen la inmortalidad. La
ciudad Camboja, que da nombre á la isla, se llama tam-
bién Champa, fértil del odorífero leño Calambuco, cu-
yo árbol, llamado Calambá, nace en regiones no cono-
cidas, y así no se ha visto su planta. Traen troncos de
las crecientes de aquellos grandes ríos: es el Lignaloe
precioso; produce Camboja, trigo, arroz, arvejas, man-
teca y aceite; lábranse en ella varias piezas y aderezos
de sutilísimo algodón, caniquies, bofetá, jorines, chau-
tares, cotonías, y otras telas que pueden competir con
las más perfectas de Holanda. También adornan los
B aposentos con alcatifas, aunque no son tales como las
que traen de Persia á Ormuz. Tejen para la plebe otras
que llaman bancales, parecidos á los variados á listas
que solían venir de Escocia. No falta allí el artificio y
labor de la seda, porque al telar y á la aguja tejen y
componen colgaduras preciosas, adornos para las sillas
bajas de las mujeres principales, y para las literas in-
dianas; las cuales se labran de marfil y de conchas de
tortugas, y de lo mismo ajedreces y tablas para jugar,
sortijas de sello y otras obras portátiles. Hállase en las
montañas cierto cristal extraordinariamente transpa-
C rente: forman de él cuentas, idolillos, ajorcas y gargan-
tillas, y otros trabajos semejantes; abunda de amatis-
tes, garamanticos, jacintos, espinelos, robasos, crisóli-
tos, ojos de gato, por nombre propio Acates, piedras
todas preciosas; hermosos y diversos jaspes; las pie-
dras que llaman de leche y las de sangre; dulces y me-
dicinales frutos, ópio, canfora, bangua, sándalo, alum-
bre y azúcar; el añil se prepara admirablemente en
Camboja, y de allí se remite á varias provincias. Los
animales son los que produce Asia en aquéllas, elefan-
tes, leones, caballos, jabalíes y otras fieras. Dista de la
D Equinoccial hácia el Septentrión diez grados; baña to-
do aquel Reino el río Mecón, y en él se junta con el
mar; tiénenle por el mayor de la India, el cual en ve-
rano trae tanta agua que inunda y cubre los campos
como el Nilo en Egipto; júntase con otro menos cau-
daloso en el paraje llamado Chordemuco: éste seis me-
ses del año vuelve la corriente atrás; causas de esto son
la tierra por donde corre larga y llana, los vendavales
(vientos del Mediodía) cierran con arena la barra, las

Calambá es el Lignaloe.

Fertilidad de Camboja y sus oficios.

Río grande que corre hasta la otra parte seis meses del año.

crecientes represadas se acumulan después de haber contendido la una con la otra; mira la barra también al Mediodía: de ambas aguas se forma primero como un golfo profundo, y no hallando libre salida, impelidas de la violentísima fuerza de los vientos se rinden á los ímpetus y tuercen la corriente á la parte contraria, hasta que el tiempo más benigno las restituye á su orden natural. En España vemos algunos efectos semejantes, donde el Tejo en Portugal, y Guadalquivir en Andalucía, entran en la mar resistidos de la superior fuerza de las ondas marinas y de los vientos. A

Angón, ciudad antigua de Camboja, hallada de poco tiempo á esta parte.

Por este mismo tiempo se descubrió en el mayor desvío de esta isla, no lejos del Reino de los Laos, detrás de inaccesibles bosques, una ciudad de más de seis mil casas (hoy la llaman Angón). Sus edificios y calles, fábricas de losas de mármol labradas con arte, y tan enteras como si fueran obras modernas; la muralla fuerte, escarpada por lo interior en tal forma que se sube por cualquier parte hasta las almenas, las cuales son diversas y de figuras de varios animales: una muestra cabeza de león, otra de elefante ó tigre, continuando esta variedad. El solo labrado, también de piedra, admite navíos. Una puente soberbia en todo, porque sustentan los arcos de ella altísimos gigantes de piedra; los acueductos, bien que secos, no muestran magnificencia menor. Parécense vestigios de jardines y recreaciones en las partes donde rematan los acueductos. Pasa de treinta leguas el circúito de una laguna, vecina á un lado de la población. Hállanse epitafios, letras y caracteres no entendidos hasta ahora. Muchos edificios más suntuosos que los demás, la mayor parte de alabastros y jaspes. En toda esta gran ciudad, cuando la descubrieron los Isleños, no hallaron gente, animales ni cosa viva, sino las que la Naturaleza produce en las quiebras de las ruinas. Yo confieso que he rehusado escribir esto, y que me ha parecido ciudad fantástica del Atlántico de Platón, y aun de aquella su República; pero no hay cosa ni suceso admirable que no pase por grandes dudas. Hoy está habitada, y nuestros Religiosos Agustinos y Dominicos graves y fidedignos, que han predicado en aquellas partes, dan testimonio de la verdad. Un hombre grave en letras conjetura que son

A obra de Trajano; y aunque dilató el Imperio más que
sus predecesores, no he leido que llegase á Camboja.
Si las historias de los Chinos fuesen tan sabidas como
las nuestras, ellas nos dirían las causas por qué desam-
pararon tan grande parte del mundo; declararían los
edificios y todo lo demás que ignoran aun los mismos
naturales. Del olvido ó ignorancia de tan hermosa ciu-
dad no sé qué decir: más es materia de admiración que
de discurso.

Don Luis, con celo de reducir aquellas naciones al
gremio de la Iglesia, y sus riquezas y Reyes al vasalla-
B je de la Corona de España, armó tres navíos, y en ellos
al Capitán Juan Suarez Gallinato, natural de Tenerife,
una de las islas Canarias, con ciento veinte Españoles
y otros Filipinos. Partieron de Cebú, pero sobrevíno-
les luégo una tormenta deshecha que esparció los ba-
jeles. Gallinato, llevado del furor de los vientos, arribó
á Malaca, y los otros dos navíos á Camboja. Subiendo
el río arriba tuvieron nueva de que el Rey de Sian ha-
bía desbaratado al de Camboja, vecino suyo, el cual
con las miserables reliquias del campo huyó al Reino
de los Laos, nación vecina también, pero inhumana; y
C que entre tanto que andaban mendigando piedad de
aquellos durísimos pechos, el de Sian había introduci-
do por Rey de Camboja á Prauncar, llamado por mal
nombre Bocatuerta el Traidor, hermano del Rey ven-
cido. No estorbó este suceso el socorro que con nom-
bre de embajada llevaban los Españoles. Llegaron á la
ciudad Chordumulo, distante ochenta leguas de la ba-
rra, y dejando en los navíos cuarenta Españoles, otros
cuarenta fueron á asistir á la tierra donde el Rey esta-
ba. Hicieron luégo diligencias para visitarle, pero no
quiso dejarse ver aquel día, aunque mandó ponerlos
D en buen alojamiento, y decirles, que de allí á tres días
les daría audiencia; pero Diego Veloso y Blas Ruiz, ó
por el antiguo conocimiento de la tierra, ó por astucia
nueva que se les ofreció (nacida de haber interpretado
aquella sospechosa dilación), visitando á una hermosa
India de casa del Rey, les avisó con secreto, que como
admitida (y aun deseada) en los de aquel tirano, sabía
que trataba de matarlos á todos, y que en aquellos tres
días que les había dado, como para descansar del viaje,

Saben Veloso y Ruiz por medio de una India que el Rey de Camboja los quiere matar.

se había de prevenir la gente y modo para ejecutar su designio. Los Españoles le agradecieron el aviso, no sin promesas del premio; no desmayaron con la noticia del peligro, antes dando nuevas gracias á la India por él, tomaron un consejo magnánimo, si no temerario: acordaron de embestir aquella noche el palacio del Rey, y de resistir á todo un campo entero si fuese menester; pusiéronse en orden para acometer aquella empresa, desproporcionada á las fuerzas humanas; pegaron fuego á la casa de la pólvora, á cuyo socorro, ó por ver el daño, acudió el pueblo, y entre la alteración de él entraron los Españoles en palacio, y como quien sabía los aposentos Reales, los penetraron hasta topar con la persona del Rey, al cual, habiendo hecho pedazos los soldados de su guardia, dieron también muerte á puñaladas. Defendióse dando voces, mas ya los que llegaron con el favor le hallaron desangrado. La voz de este hecho alborotó á la guardia, y luégo á la ciudad que tiene más de treinta mil vecinos, donde tomando las armas, fueron tras los Españoles más de quince mil hombres con las armas que el furor les puso en las manos, y como en milicia no desapercibida, con muchos y armados elefantes. Nuestros dos Capitanes formaron su escuadrón, y con gran concierto se fueron retirando, peleando siempre, y dando la muerte á no pocos enemigos. Duró la pelea toda la noche, hasta que al otro día con increible esfuerzo llegaron á los navíos: embarcáronse, dejando aquel Reino lleno de nuevas disensiones. Al segundo día llegó Gallinato en su navío: desembarcó sabiendo ya el suceso, pareciéndole que no cumplía con su oficio si oyendo los atambores y campanas, y viendo las calles y el puerto llenas antes de gentes de comercio, y ahora de escuadrones, no llegase al socorro de los Españoles. Dió orden expresa á los que le acompañaban, que guardasen toda modestia, de manera que encubriesen el cuidado y asegurasen á los Cambojas, tanto con los semblantes como en el sosiego de las razones. Visitáronle de paz los más principales de Camboja, con los cuales usó de gran cortesía. Pudiera hacer alguna grande facción; mas viéndose con flacas fuerzas para la empresa, y ya que las cosas habían tomado otra forma y diferente estado, acordó de

Hazaña temeraria de los Españoles.

Matan al Rey de Camboja.

Pelean unos pocos Españoles contra un grueso ejército de Camboja.

Gallinato llega á Camboja.

A B C D

A partirse. Contradíjolo la mayor parte de aquellos magnates, prometiéndole la Corona del Reino como aficionados á Españoles y á dominio extranjero. De aquí nació aquella fama liviana, de que Gallinato era Rey de Camboja, que fué creída de muchos en España, y en los teatros de ella se representó con aplauso; y fueron de parecer personas expertas de aquellas provincias, que si Gallinato abrazara la ocasión, pudiera en ella apoderarse de Camboja y agregarla á la Corona de España. Cartas he visto de Veloso y de Blas Ruiz para la Audiencia de Manila, después de este suceso, en que B señalan esto mismo, y se quejan de que Gallinato hubiese reprendido lo que hicieron; pero Gallinato cuya prudencia y valor (probada en los mayores trances de aquel Oriente, y muchos años antes en las guerras de Flandes) no se dejaba llevar con facilidad del favor popular, dando honroso desvío á la ocasión, navegó la vuelta de Manila. Tomó refresco en la Conchinchina. Habían allí mismo desembarcado antes Blas Ruiz y Diego Veloso, y fueron solos por tierra al Reino de los Laos, que yace al Occidente de la Conchinchina, para buscar al Rey Langara desposeido, y restituirle á su C silla. Hallaron que era ya muerto, pero vivía su hijo, el cual, diciéndole como habían dado muerte al tirano, tío y enemigo suyo, se partió luégo á su Reino con Veloso y Ruiz, y con diez mil hombres que contra toda esperanza le dió el Rey de los Laos. Asaltó á Camboja, donde en la guerra, y después en el gobierno, le acompañaron siempre fielmente Ruiz y Veloso. Tras esto envió otra embajada á Filipinas pidiendo gente para allanar las alteraciones del Reino, y para recibir él y sus vasallos la Fe de Jesucristo, prometiendo una gran parte de él á los Españoles, para que con los tributos D se sustentasen. Llegó esta embajada á Manila, habiendo ya Don Luis dejado el gobierno y entregádole á Don Francisco Tello, que fué causa que Ternate se arraigase más en sus tiranías.

Fortifica Don Pedro de Acuña á Cartagena en las Indias.

Don Pedro de Acuña en este año mil quinientos noventa y cinco gobernaba á Cartagena de las Indias, y por natural condición, ó por necesidad de los tiempos la fortificó y puso en defensa con fagina, tablas y troncos de ceibas (son palos gruesos y fofos), trabajando

por su persona. Obligó con esto al Obispo, clero y Religiones á poner las suyas al mismo trabajo. No rehusaron la invitación las mismas señoras principales, sus hijas, sus criadas. Admiraba la priesa y el celo con que se levantó la obra á perfección: tan poderoso es un notable ejemplo. Luégo arribó á Puerto Rico la nave llamada Pandorga ó Forgoña, Capitana de Tierrafirme y de Nueva España, con tres millones: lo uno y lo otro á cargo del General Sancho Pardo. En este tiempo vino á las Indias una armada de cincuenta y seis velas, enviada por la Reina de Inglaterra para robarlas, de la cual eran Generales Juan Aquinés y Francisco Draque. B

Salva el Capitán Pedro Tello los tres millones del Rey, de las manos de los Ingleses.

El Capitán Pedro Tello defendió los millones con las fragatas de España, tan valerosamente que salvó la presa. Fué herido Juan Aquinés, y de la herida murió antes de llegar á Tierrafirme. Tomó Draque con esta armada al río de la Hacha y Santa Marta; pero hallándose una noche á vista de Cartagena, prendió una fragata de aquella costa. Informóse de cuán fortificada la tenía su Gobernador, y convirtiendo la necesidad en cortesía envió un recado á Don Pedro con los de la fragata, á quien dió libertad para que se le llevasen, diciendo que por tenerle respeto y estimar su valor no embestía sus reparos y ciudad; pero la verdad es que el Inglés juntó sus Capitanes para consultar lo que haría, y todos le aconsejaron que acometiese la ciudad, prometiéndole sus fuerzas y la victoria, y que convenía por ser plaza

Opinión de Draque tocante al valor de Don Pedro Bravo de Acuña.

tan rica y de tanta importancia. Solo Draque lo contradijo, añadiendo á su voto que no le daba el ánimo que podía tener la empresa el suceso que le aseguraban, porque habían de pelear con un Caballero del Hábito de San Juan, soltero, no enflaquecido de los afectos de mujer ni de hijos, vigilante y atento á defender la tierra, y tan determinado, que primero que se la ganasen había de quedar en la playa. Esta opinión prevaleció, y vencidos los Ingleses del crédito de Don Pedro,

Toman Ingleses á Nombre de Dios.

pasaron á la ciudad Nombre de Dios y se apoderaron de ella; y queriendo después Draque hacer lo mismo de Panamá, no pudo porque halló defensa en el camino, por los avisos que Don Pedro les había enviado de que iba el Inglés sobre aquella ciudad.

Pero volvamos á Asia. Todavía porfiaban los Cam-

A bojas en pedir socorro á Filipinas, con la ordinaria promesa de la conversión y del vasallaje. Aceptó la jornada Don Luis de las Mariñas, para hacerla por su persona y á su costa. Partió de Manila con Don Diego Jordán, Italiano, Don Pedro de Figueroa, Pedro Villestil, y Hernando de los Ríos Coronel, Capitanes Españoles, y el último, Sacerdote ahora, que también se halló en la primera guerra de Camboja. Embistiólos en el golfo una tormenta furiosa que duró tres días, con el horror que suele. Fué lastimoso el naufragio: dos navíos se hicieron pedazos, y el mar tragó toda la gente, los bastimentos y pertrechos; de cuantos soldados y marineros se embarcaron en la Almiranta se salvaron á nado cinco en la costa de la China; de la nave Capitana salieron también, quedando ella rota debajo de las ondas, algunos soldados, y entre ellos el Capitán Hernando de los Ríos; el otro navío casi deshecho llegó á Camboja después de grandes contrastes. Halló en el río de Camboja ocho juncos de Malayos, y viendo los Españoles que llevaban ciertos esclavos hurtados del Rey de Camboja, en cuyo socorro venían, con poca consideración abordaron con los Malayos, los cuales, que traían muchos y no ordinarios instrumentos de fuego, con brevedad, acudiendo á ellos, más que al esfuerzo y á las armas, quemaron nuestro navío, y al fuego y al humo murió la mayor parte de los Españoles. En aquella sazón no estaba allí Blas Ruiz ni Diego Veloso; pero poco después en la tierra donde trataban con el Rey de ella, fueron cercados en la casa, en que posaban, del furor popular y muertos bárbaramente. Aquellos pocos Españoles que se pudieron librar, llegaron al Reino de Sian y de allí á Manila. Este fin permitió el cielo que tuviese todo aquel aparato que se previno para cobrar á Ternate y las otras Malucas, cuyo tirano triunfó con la nueva, y atribuyó los sucesos á su dicha, interpretándolos por aprobación de su causa, y se coligó de nuevo con nuestros enemigos.

Jornada de Don Luis de las Mariñas á Camboja.

Naufragio de Don Luis.

Pelean los Malayos con los Españoles.

B

C

D

En el gobierno de Filipinas sucedió á Gomez Pérez Don Francisco Tello, caballero Andaluz: llegó á Manila en el año mil quinientos noventa y seis. Atendió luégo á enterarse del estado en que sus predecesores la dejaron, y al socorro de las plazas de guerra, porque como

Sucede en el gobierno de Filipinas Don Francisco Tello á Gómez Pérez das Mariñas.

el año de mil quinientos noventa y cinco había el Emperador del Japón ejecutado aquellos gloriosos martirios en los Religiosos de la Orden de San Francisco, de que tan reciente noticia vive, recelóse que había de amenazar á Filipinas. A

Arma Don Francisco Tello contra el Rey de Mindanao y Ternate.

Los de las islas de Mindanao aborrecen nuestra nación como los Ternates, y en cualquier facción toman las armas contra ella, como lo hicieron en esta última en Ternate. Por esto trató Esteban Rodríguez de Figueroa ciertas capitulaciones con Don Francisco Tello, por virtud de las cuales hizo la guerra á los Mindanaos y Ternates con gastos propios. Era Esteban Rodríguez B tan rico, que pudo con seguridad emprender esta hazaña. Habitaba en Arévalo, villa de la isla Panay de Filipinas. Embarcóse en algunas galeras, fragatas y champanas, y en una nave con gente Española, y más de mil quinientos naturales de Pintados para gastadores. Llegó al río de Mindanao á veinte de Abril de mil quinientos noventa y seis, y en viendo los naturales del lugar, que particularmente se llama Mindanao, tan lucida gente, huyeron por la orilla del río, desamparando la población á la furia de la guerra. Arribó la mayor parte á la villa de Buyahén, donde entonces estaba Ra- C jamura, Rey de los Mindanaos, el cual por su poca edad no entendía aun en el gobierno, y todo él pendía de Silonga, soldado y Capitán estimado. Los nuestros siguiendo el río arriba llegaron á Tampacán, cinco leguas del primero. Gobernábale el Príncipe Dinguilibor, tío de Monao, verdadero señor, también mozo. Estos por su inclinación eran amigos de Españoles, y por esto, en reconociendo las armas, salieron de paz á ellos y les ofrecieron su favor. Diéronles cuenta de cómo los enemigos (que ellos también lo eran de los de Buyahén) se habían recogido en la fortaleza que allí D tenían. Esteban Rodríguez, sabida la nueva y congratulándose con estos Príncipes, mandó levar la armada y proseguir en su seguimiento cuatro leguas, siempre ribera del río hasta Buyahén. Llegado echó en tierra la gente, día de San Marcos; y sacóla el Maestre de campo Juan de Xara, aunque saltaron con poca orden porque no habían peleado con Mindanao, y confiaron que sería fácil de rendir, como si por este ú otro respe-

El Capitán Esteban Rodríguez.

Rajamura, Rey de Mindanao.

Monao y Dinguilibor amigos de Españoles.

A to se permitiese faltar á la disciplina militar. Esteban
Rodríguez, para enmendar con su presencia el desorden, quiso saltar en tierra. Salió armado de tan fuertes
piezas que no las pasara un tiro de esmeril. La cabeza
sola traía desarmada, pero cubierta con una montera y
plumas, llevándole el morrión un negro y acompañándole cinco soldados bien armados. No habría caminado
cincuenta pasos cuando de unas matas copadas y espesas salió súbitamente un Indio llamado Ubal, y arremetiendo á él con su campilán le abrió la cabeza. Era
Ubal hermano de Silonga, y dueño de una vaca que se

Mata Ubal Indio al Capitán Esteban Rodríguez.

B hallaba en toda la tierra. Matóla tres días antes de este
caso, y convidando á ella á sus amigos, prometió de
matar en aquella guerra la persona más señalada de los
Españoles. Cumplió su palabra, porque Esteban Rodríguez cayó de la herida, y murió de allí á tres días
sin haber respondido ni una palabra á las preguntas
que le hicieron, aunque se declaró por señas. Los cinco Españoles, en viendo herido á su Capitán tan subitamente, que á un punto pareció el homicida y sonó el
golpe, cargaron sobre Ubal y le hicieron pedazos. Dieron aviso de la muerte del General al Maestro de cam-

Hacen pedazos los Españoles al matador Ubal.

C po Xara, el cual cobrándose contra el sentimiento retiró la gente, y en la parte más acomodada levantó junto
al río una fortificación, y fundó en buena proporción
su colonia para que la poblasen los nuestros. Nombró
Regidores y ministros de justicia, y llamóla Nueva
Murcia, á honor de la de España, patria suya. Después
con intento de casar con Doña Ana de Oseguera, viuda de Esteban Rodríguez, dejó las cosas imperfectas.
Llegó á Filipinas á los primeros de Junio, y teniendo
el Gobernador Don Francisco Tello aviso del suceso en
el embocadero, cien leguas de Manila, y advertido del

Fuerte en Mindanao hecho por el Maestre de campo Xara

Llámala Nueva Murcia.

D designio con que Xara venía, en llegando le prendió,
enviando á la guerra de Mindanao al Capitán Toribio
de Miranda. Este halló la gente retirada en el puerto
de la Caldera, que es en la misma Isla, pero distante
treinta y seis leguas de la boca del río; allí se entretuvo, hasta que por Agosto Don Francisco Tello proveyó
en Manila por Capitan á Don Juan Ronquillo, que lo
era de las galeras; hizo también Capitanes para acompañarle á Pedro Arceo, Covarrubias y á otros; Maes-

Toribio de Miranda va á Mindanao.

Don Juan Ronquillo sucede á Toribio de Miranda.

tre de campo Diego Ehaves Cañizares, Sargento mayor García Guerrero, y Capitanes de infantería á Cristobal Villagra y Cervan Gutierrez. Llegó Don Juan Ronquillo con este refresco á apretar al enemigo, y dióle tanta priesa que viéndose apurado pidió favor al Rey de Ternate, á quien los Mindanaos reconocen con ciertas parias, poco menos ó lo mismo que tributos. Con esta embajada fué á Ternate Buizán, hermano de Silonga, y negoció tan á su propósito, que el Rey Ternate envió con el mismo siete carcoas, seis piezas de artillería, y dos medianas, algunos falcones con seiscientos hombres. Estos navegando por el río de Mindanao, intentaron subir por él hasta Buyahén, pero hallaron en las bocas grandes dificultades para pasar, porque en el brazo de la una les amenazaba la fortaleza mayor de los Españoles, las galeras y otras embarcaciones, y en la otra un paso estrecho que formaba una punta, sobre la cual estaba levantado un baluarte guardado por cuarenta hombres; desde allí hasta la otra parte del río habían los nuestros fabricado á manos una puente de madera bien firme, arrimada á la cual discurría una galeota. Viendo los Ternates tanta defensa en ambos lados, se determinaron á fortificar en la boca principal del río, levantaron un pequeño fuerte, y con otros tantos soldados Mindanaos se metieron dentro. Esta nueva movió al General Ronquillo á desalojarlos; bajó á ponerlo por obra con las galeras y otras embarcaciones, y ciento cuarenta hombres á punto; saltó en tierra con los ciento diez y seis, y con los Capitanes Ruy Gomez Arellano, García Guerrero, Cristobal Villagra y Alonso de Palma; presentóse al enemigo á distancia de ochenta pasos orilla del río. Habían los Ternates y Mindanaos limpiado á manos la frente de su fuerte, y dejado de industria un matorral á un lado, donde se emboscaron trescientos Ternates, y puéstose los demás dentro de la fortaleza; y como los unos y los otros vieron cuán pocos de los nuestros iban sobre ellos, hubieron vergüenza de encerrarse y de emboscarse, y haciendo arrogantes amenazas se descubrieron y buscaron á los Españoles. Hallaron en ellos tanta defensa, que sin saber por cuál estratagema ni otra causa más del esfuerzo natural, á los primeros encuentros de la batalla ma-

Buizán va á pedir socorro al Rey de Ternate, el cual se le da de gente y navíos.

Fortifican los Ternates junto al río de Mindanao.

Ronquillo sale á tierra con los Españoles.

A taron casi á todos los Ternates y los demás huyeron. Siguieron los nuestros el alcance, hasta que los acabaron á todos. Los de Tampaca, que hasta entonces habían estado neutrales, atentos á lo que dispondría la Fortuna, viéndola declarada por nosotros, tomaron las armas en nuestro favor. Escaparon solos setenta y siete Ternates mal heridos, de los cuales se ahogaron cincuenta en el río, donde se arrojaron desesperados; de los veintisiete quedaron vivos solos tres, que dieron la nueva á su Rey. Los Españoles ocuparon las embarcaciones, artillería y despojos de los vencidos, y quedaron
B animados á continuar la guerra contra infieles.

Matan los Españoles á los Ternates.

Escapan solos setenta y siete Ternates heridos.

No se descuidaba Don Francisco Tello de otras ocurrencias semejantes. Supo por sus espías, y corrió la voz que el Emperador del Japón juntaba gran ejército y prevenía embarcaciones para él, muchas armas y bastimentos; sabíase además de esto, que se aseguraba por trato de los Chinas, de quien por la natural enemistad viven celosos los Japones: de aquí inferían que se armaba para llevar la guerra fuera de sus Reinos. Había tratado confederaciones, y concluídolas, con el Rey de Ternate y otros vecinos, enemigos de la Corona de Es-
C paña: de todo lo cual resultaban vehementes conjeturas de que toda aquella tempestad amenazaba á las Filipinas, y particularmente á Manila, cabeza de ellas. El Gobernador previno sus fuerzas, y á título de saludar con un presente á aquel Emperador bárbaro, envió al Capitán Alderete para que se satisficiese de la verdad. Partió el Embajador por Julio para Japón, y al mismo tiempo despachó Don Francisco el galeón San Felipe á Nueva España con el aviso de estos rumores. Estos dos navíos, el de Alderete y San Felipe, se vieron juntos en Japón, de que los naturales no concibieron sanos inten-
D tos. Alderete supo bien las fuerzas y designios de los Japones, y aprovechó su diligencia para llevar en Manila acertados los cuidados y no temer fuera de razón. Trajo otro presente soberbio al Gobernador, y de entrambas partes avivaron para cualquier suceso.

Embajada de Don Francisco al Japón.

Aviso de Don Francisco para Nueva España.

Alderete, Embajador en Japón.

En el año de mil quinientos noventa y ocho se volvió á poner la Audiencia en Manila, porque el Rey Filipo con su prudencia andaba autorizando aquella Provincia. Formáronla los Oidores, Licenciados Zam-

Audiencia en Manila.

brano, Mezcoa, Tellez de Almazán y el Fiscal Jerónimo Salazar y Salcedo. Nunca aquel gran Rey puso treguas á la variedad de sus cuidados, comprendiendo con ellos todo lo descubierto del mundo, y velando sobre los consejos de los otros Príncipes, bien ó mal afectos á la extensión del Evangelio, que era su principal intento. Así por este tiempo se dió priesa á desembarazarse de los enemigos vecinos, para acudir á domar los más apartados rebeldes á la Iglesia y á su Monarquía; y porque con la edad le andaban agravando las enfermedades de ella, concluyó paces con Francia. Pregonáronse en Madrid con solemnidad militar, habiéndose ya retirado al convento de San Lorenzo del Escorial (obra de su piedad y magnificencia), donde á trece de Septiembre murió con ejemplares muestras de santidad. Frecuentó el Sacramento de la Confesión, recibió el santísimo Viático y la sagrada Unción, remedio extremo para las saludes eterna y temporal. En todo correspondió la muerte al admirable curso de la vida. Sucedióle Filipo, nuestro señor, Tercero de este nombre entre los Reyes de Castilla, jurado ya en todos sus Reinos; el cual luégo entre las lágrimas y oficios funerales mandó abrir los testamentos y ejecutar la disposición de su padre, de cuyas advertencias, y de los misterios del gobierno, en que fué tan excelente artífice (los cuales de palabra le comunicó hasta en el último artículo), resultó la paz con que se recibió la felicísima sustitución de su persona, que por derecho de la Naturaleza, de las gentes y de sus propias virtudes le era debida; y la perseverancia general de los súbditos, la quietud de los ejércitos, que militaban en los Estados Septentrionales, en Italia, Africa, Asia, Indias, y en los presidios, freno de otras provincias, y muchas de ellas previnieron al nuevo Rey con homenajes de fidelidad antes de recibir las cartas y avisos de que reinaba. La misma conformidad hubo en las armadas y fuerzas navales en que se transportan las riquezas y comercios (paz rara en mudanzas de Príncipe). No guardaron tanto respeto á Tiberio, después de la muerte de Augusto, las legiones Romanas de Germania y las de Ilirico; y con ser tan extendida la Monarquía de España, que confina con el Orbe ignorado, y nunca anochece en toda, por-

Paz entre España y Francia.

Muerte del Rey Felipe Segundo.

Sucede el Rey Felipe Tercero nuestro señor en la Monarquía de España.

A que la rodea siempre el Sol con luz continuada, obedeció sin movimientos, antes con ufanía, como echando de ver y sintiendo la nueva mano que tomaba las riendas de su gobierno; y porque raras veces los Príncipes excelentes han dejado de llegar á sí grandes Ministros para el ejercicio y peso de su fortuna, como Alejandro á Efestión, los dos Cipiones á los dos Lelios, y Octaviano César á Marco Agripa, los Príncipes de la augusta Casa de Austria á otros varones de insigne virtud; pues toda doctrina moral, y la experiencia misma enseña, que la grandeza de los negocios arduos no se puede administrar debidamente, sino por sujetos de capacidad, B superior á la suficiente (porque á ninguna obra dejó Naturaleza sin ministerio proporcionado); considerando también, que á las Repúblicas trae suma importancia el ordenar, que lo necesario para el uso y comercio de los hombres resplandezca en dignidad, para que el provecho común con autoridad se fortifique, fundado el nuevo Rey en estos antiguos ejemplos, eligió á Don Francisco de Rojas y Sandoval, entonces Marqués de Denia, y ahora primer Duque de Lerma, Ministro superior para conferir con él privadamente los C consejos y cuidados fundamentales, prevenido con largo amor para ellos en estos tiempos; el cual, además del origen antiquísimo, con que abraza todas las más nobles familias de los grandes de España, reconocen todos en su persona las virtudes necesarias en quien ha de ocupar tan alto lugar; las cuales son manifestadas por su severidad alegre en el semblante, con aquella alegría antigua que acredita la capacidad, y al mismo tiempo que atrae los ánimos les induce reverencia. Hízole primero de su Consejo de Estado, y por su medio se comenzaron á derivar órdenes y decretos para la mili- D cia y para la paz. Todas las consultas que halló cerradas, para que el Rey Felipo Segundo las determinase, restituyó sin abrirlas á los Presidentes de los Consejos, de donde salieron (como hechas, por ventura, respetuosamente) para que de nuevo las acordasen con libertad, y las remitiesen reformadas ó ampliadas. Ya en este tiempo el Cielo apresuraba la reducción de las Malucas, y el castigo de la persecución de los fieles, aunque más orgullosos se mostrasen los tiranos; mas por-

Don Francisco de Sandoval, Duque primero de Lerma.

Principios del gobierno de Filipo Tercero.

que habiéndose de aprestar y ejecutar la empresa en A
las islas Filipinas, y decretarse y fomentarse en el Consejo supremo de las Indias, convenía que el Presidente

Olvido de las cosas de las Malucas, en España.

y Consejeros pusiesen amor en la causa (la cual por los infelices sucesos, como desconfiada, nadie la animaba, y los papeles de discursos y advertimientos pertenecientes á ella estaban olvidados y amontonados) hubo de cesar algún tiempo la plática, hasta que la Providencia Divina abrió camino, para que un negocio, por tantas consecuencias arduo, recayese en dueño aficionado que con celo particular lo trajese á la debida perfección. B

Nadie molestaba al Rey de Ternate. Poblaron Ingleses en sus tierras, y el comercio enriquecía al Señor y

Amores de una Reina de Ternate, con el Príncipe su alnado.

á los súbditos; el cual, aunque tenía diversos hijos, y el Príncipe sucesor edad que pudiera tomar armas, acrecentaba igualmente el número de esposas y de concubinas. Jamás guardó leyes la lascivia en aquella gente. Cuentan las relaciones de los curiosos, que entre las esposas de este Rey, tenía una dotada de particular hermosura en pocos años, de la cual se enamoró el Príncipe su alnado (llámase Gariolano) y, ella, no por ser mujer de su padre rehusó los ruegos del hijo. Asegura- C
ba el trato un vínculo tan estrecho, y á la seguridad y

El Sangaje de Sabubú, suegro del Rey de Ternate.

sombra de él admitía al padre y al hijo. Era esta Reina hija del Sangaje de Sabubú, Príncipe poderoso en la gran Batochina, el cual con pequeña ocasión llegó á Ternate. Aposentado en Palacio, y admitido como padre y suegro, fácilmente pudo oler el incesto de su hija. Quiso averiguarlo bien: escondiendo sus sospechas de ambos amantes, vió la verdad; supo quién eran los Ministros, abominó de la traición y condenó su misma sangre. Finge un día que quiere comer retirado y llama solamente á la hija, la cual, descuidada y desaper- D

Mata á la Reina su mismo padre.

cibida, en el manjar que más gusto le solía dar comió el veneno, que no con tardos efectos le quitó la vida. Quisieron socorrer á la triste Reina y á la alteración del padre; mas él con ira, estorbando aquella última piedad, desvió los médicos y las dueñas; y quedando solo con el Rey, que con la nueva había llegado al socorro, le dijo: Esta que la Naturaleza me dió por hija, y yo á ti por esposa, ha pagado con la vida una deuda,

A en que sus desordenados deseos la tenía obligada. No
la llores, ni creas que murió por accidente natural; yo
la maté, desobligándote de la venganza. El Príncipe tu
hijo trataba amores con ella. Llegado á tu casa los ave-
rigüé, y no pudiendo sufrir que mi sangre te ofendiese,
pude endurecer el tierno afecto de padre, y quitar el
oprobio que por mi parte ha recibido la ley natural y tu
decoro; con lo cual he dado honroso fin á la primera
parte de este ejemplo. Ahora si te sientes ofendido de tu
hijo, en tu poder le tienes, y yo ningún derecho para en-
tregártelo en la forma que este aleve cuerpo. A tu cargo
B queda acabar esta obra en el otro ofensor, que yo con
darte esta noticia, y privarme de la hija que más amé,
he cumplido con todas las obligaciones.

Quedó el Rey turbado, sin saber agradecer ni hacer
otro acto de Rey; y habiendo llorado un rato el caso,
mandó prender al Príncipe Gariolano; mas él, que no
era menos amado de los de su guarda que su mismo
padre, previniendo el suceso, que sin duda se pudo in-
ferir de la violenta muerte de la Reina, matando caba-
llos llegó al puerto, donde con algunos deudos suyos se
retiró de la ira y presencia de su padre, hasta que, co-
C mo tál, amainase. Sucedió de la misma manera, porque
antes de un año se aplacó, y volvió el Príncipe á su
gracia, llevando ya el Rey en donaire las desdichas de
la honra, diciendo, que ya él sabía su infelicidad en
matrimonios y concubinas. Pero qué leyes guarda el
que se rindió á su apetito? Y cómo podrá ponderar las
obligaciones del honor, el que solo piensa que tienen
consistencia las obras comunes del sentido?



CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO SÉPTIMO

A EL Gobernador Don Francisco Tello, por acudir á otras provincias vecinas que amenazaban mayores movimientos, convirtió á ellas las armas. Una parte limitada remitió en diversas veces al Maluco; porque ó por peligros temidos ó advertidos, con que amenaza la soberbia de los Japones, Mindanaos y Chinas, ó por no seguir las pisadas de los que se perdieron en las empresas de Ternate, nunca trató de veras de restaurarla; aunque en otras provincias pelearon los nuestros con aquella nación, que como la más belicosa y enemiga del nombre español, jamás faltaba en las ofensas de él.

B Ya referimos la primera venida de Ingleses, y la diligencia con que se procuró borrar el ejemplo de su navegación, fortificando aquellos senos de Magallanes. No se pudo salir con ello, ni después con el castigo que nuestra armada hubiera dado á los agresores de tan inopinado pasaje. Después acá los Holandeses y Zelandeses, en fuerzas de su rebelión y desobediencia han pasado á la India, ocupado las plazas, edificado factorías, transportando las drogas, piedras y sedas de Asia, y lo que peor es, el veneno de Calvino y de los otros

Venidas de Holandeses á las Malucas.

sectarios, que dividen la túnica inconsútil de Cristo, su A
santa Iglesia sin mácula ni arruga. Han sido diversos
sus viajes. Qué isla no han explorado? A qué nación
bárbara han dejado de animar á rebeliones y tiranías?
Y más desde que con nombre de Gobernador posee
aquellos paises Mauricio de Nasau. Las Filipinas esta-
ban ya destinadas para plaza de armas, supuesta la ex-
periencia de las tardanzas desde Malaca para cobrar
Hinchanse las Filipinas de Sangleyes. las Malucas. Entre tanto con estar advertido Don Fran-
cisco Tello, de cuán perniciosos habitadores eran los
Sangleyes ó Chinos, de que apriesa se andaban poblan-
do las islas de aquella su provincia, les dió más licen- B
cia de lo que conviniera, y olvidando ó despreciando
las leyes municipales, que prevenían á esta desorden,
en breve término crecieron poblaciones de Sangleyes,
Chincheos y otros monstruos semejantes, piratas ó in-
cendiarios de la tierra, que tan escarmentada y preve-
nida debiera quedar de los sucesos pasados para cerrar
las puertas á naciones tan enemigas. Excusaba Don
Francisco la entrada de ellas, diciendo: que traían bas-
timentos y mercancías en abundancia, que era lo que
suele conservar la opulencia de los pueblos: que nadie
tiene tan consumados ingenios mecánicos como ellos, C
que trabajaban en las obras y edificios más contínuos y
perseverantes que Filipinos; decía que todos los recelos
que contra ellos vulgarmente se conciben, quedan des-
hechos administrando el Gobernador justicia sin respe-
tos, y no consintiéndoles ayuntamientos privados. To-
das son ó parecieron razones ineficaces y sin fuerza, y
de tanto peligro el haber admitido las inundaciones de
ellos, como se verá en el progreso de este tratado, me-
jor que en el del Gobernador Gómez Pérez. Fué tam-
bién favor particular de la Providencia Divina que no
intentasen otras naciones de tratar liga con ésta ó la D
Holandesa, que tan hondas raices ha echado en el Ar-
chipiélago, porque con pequeña dificultad pudiera ha-
bernos puesto en mayores cuidados que los que causan
las rebeliones de los Reyes Malucos; á cuya tierra y á
las de la India, desde el año de mil quinientos ochenta
y cinco, vienen y van armadas poderosas, de las cua-
les tratan autores Holandeses, y describen en estampa
hasta las menudas yerbas de ellas.

A No se extiende nuestra obligación á contar de Ingle-
ses, Holandeses, ni de las otras naciones Indias ó Asiá-
ticas, sus empresas y navegaciones, sino las pertene-
cientes á la conquista de Ternate y Malucas, ó reduci-
bles á este sujeto; pero quede advertido desde ahora,
que todos los años, ó por senos de los mares, aun aho-
ra ignotos á nuestros descubridores, ó por los navega-
dos y demarcados, parecían armadas septentrionales.
Mas antes de esta narración parece necesario decir algo
de Holanda, cabeza de las islas que se le avecinan, co-
mo de la que más se ha embravecido en la India, y
B con particular codicia en las Malucas. Es la provincia *Descríbese Ho-*
Holanda casi por todas partes cercada de mar; y de *landa.*
los puertos de Mosa y Rin por sesenta leguas de ám-
bito. Contiene en él veintinueve ciudades muradas, cu-
yos sitios y nombres no son para este lugar, como ni
las de Zelanda, ni de las provincias que señorean. Lea
el curioso á Lamberto, Hortensio, Monteforcio. Los
naturales descienden de los antiguos Cathos; y porque
Erasmo de Roterdam (que es en Holanda) la describe
en sus Chiliades, resumiremos lo que él en ellas ex-
tiende, llevado del amor de su patria. Concuerdan, di- *Tacit. lib. 20.*
C ce, los doctos, y no repugnan las conjeturas, en que la
isla, desde el Rin hasta el Océano, de que habla Táci-
to, es la que llamamos Holanda; la cual he de honrar
yo, como á la que debo el principio de la vida; y plu-
guiese á Dios que la pudiésemos honrar como ella me-
rece serlo! Marcial la nota de rústica y Lucano de cruel.
Estas cosas, ó no pertenecen á nosotros, sino á nues-
tros mayores, ó nos podemos alabar de ambas á dos.
Qué gente se conoce, cuyos primeros no fuesen más
crudos que sus descendientes? O cuándo fué más ala-
bada Roma, que cuando los suyos no sabían otras ar-
D tes que la de la agricultura y la militar? Detiénese Eras-
mo en probar que es calidad de Holanda no gustar de
las agudezas de Marcial; y que ésta no es rusticidad,
sino severidad digna de imitación; y exclamando, dice
que ojalá todos los Cristianos tuviesen las orejas holan-
desas; y que todavía porfiare alguno que es injuria el
haberlas atapado esta nación á las burlas y blanduras
poéticas, y armándose contra ellas los Holandeses se
preciaban de ser comprendidos en la injuria, que no

gunda Ambstelredam, en la cual iba el Vicealmirante Vibrant Darbik. Las demás Holandia, Zelandia, Geldria, Utrech. El bergantín mayor Urieslandia, el menor Overisell. Embarcáronse en ellas ciento sesenta hombres. Partieron en Nosterdam á trece de Marzo. Frontero de la inclusa, á cuatro de Abril, padecieron tal tormenta, que pudiera desanimarlas, y la Holandia quedó casi deshecha; pero siguiendo la fortuna llegaron á Texelia á vientidos del mismo, y á Deveren, y brevemente se hallaron en nuestro Océano. Toparon otro navío que volvía á Flandes, el cual les presentó diez mil naranjas, y repartiéndolas entre todos, celebraron el regocijo de veinticinco hombres que bautizaron en la nave Geldria á diez del mes de Mayo; á once surgieron en Barrels, y á quince en la isla de la Madera, y á diez y siete en las Canarias Gomera y Palma. Pasando por las de la Sal y Santiago, doblaron las velas acosados de la tormenta en veintinueve grados de altura. El primero de Junio prendieron una tortuga marina que pesó ciento cuarenta y tres libras; á cinco del mismo Gerrit Yans, ó incitado del vino ó de peor espíritu, desde lo alto del bergatín mayor se arrojó en la mar. Al otro día en la nave Geldria, donde venían los recien bautizados, vieron venir un pez grande volando por el aire, que encogiendo las alas con nuevo espectáculo se bajó á ella; aunque otras veces después vieron estos peces volátiles caer de lo alto del aire en sus navíos. A ocho pasaron la línea septentrional, y comenzaron á repartir de seis en seis un cántaro de vino; pero á veinticinco del mismo, por alegría de haber pasado los arrecifes del Brasil, que declinan hácia el Austro, diez y ocho grados del Septentrión, repartieron cada tres cántaros entre siete hombres. Sobrevínoles tan oscura niebla que perdieron el bergatín menor. Hallóle luégo Gelandia, y buscándole, vieron sobre las puntas de las cañas que salían fuera del agua iguales y altas muchas cigüeñas. A veinticuatro de Julio surgieron en el Cabo de Buenaesperanza, de donde con algunas tormentas salieron á quince de Agosto todos los ocho navíos por un golfo donde hervían las aguas con el ruido y prisa que suelen en ollas sobre las ascuas. Este hervor y la apariencia de él se vió en largo de un tiro de

Bautizan los Holandeses á veinticinco catecúmenos suyos.

Arrójase á la mar Gerrit Yans.

Pez que vuela

Llegan al Cabo de Buenaesperanza.

A B C D

A arcabúz, de la anchura de una nave, y en todo aquel espacio espesas yerbas: pasáronlas á fuerza, sin peligro. Llegaron á veinticuatro á la isla de Madagascar, ó de San Lorenzo: vieron cantidad de ballenas. Aquí cesó la liberalidad del vino, y se repartió con más escasez, por lamentar con esta abstinencia la muerte de Juan Pomer, diestro en el arte de navegar. Pasaron á veintisiete el Cabo de San Sebastián, y á treinta el de San Julián; á cuatro de Septiembre dudaron si irían á la isla de Banda, ó amainarían las velas en el seno de Antón Gil. No tomaron entonces resolución, aunque B después llegaron á Banda divididas, y en diversos tiempos; á diez y siete muy lejos se les ofreció á la vista la isla de Cerne, dicha por otros de los Cisnes ó Cignea, alta y montuosa, y con la alegría del agua que en ella esperaban hallar, dieron á cada soldado tres vasos de vino; aunque primero saltó el Vicealmirante con cinco en otra isleta, y reconociéndola halló un hermoso puerto abrigado y espacioso, donde entraba un arroyo dulce; reparáronse en él, y sus navíos quebrantados: sondaron catorce brazas. No habían tomado tierra en cuatro meses, y por hacimiento de gracias, y porque era C entonces tiempo de ferias en Holanda, fabricaron sobre troncos un templo, y cubriéndolo de hojas predicaron á honor de las ferias dos veces cada día; comieron grande copia de aves, que casi se les venían á las manos, y bebióse mayor de vino. A la doctrina de estos sermones recibió la religión y el bautismo un Indio de Madagascar que venía con ellos desde otra navegación, y se llamó Lorenzo: no hallaron gente en la isla con ser apacible. A veintiocho y á veintinueve, notaron que se hallaban sobre agua cristalina y limpia, sin concurrir otros indicios de estar vecinos á alguna tierra; y en es- D tos mismos días en la mitad de ellos tuvieron el Sol derechamente por zenit sobre sus cabezas, bien que lo mismo les acaeció otras veces. En este paraje, por una tormenta se apartaron las naves Mauricio y Almiranta (á quien ellos con voz latina llaman Pretoria), Holandia y Overisel, las cuales procurando llegar á la Java, las llevó la fortuna á Banda; y entre tanto las otras cinco á la isla Cisne ó Cerne, dejadas á mano derecha otras seis menores: tomaron el puerto en fondo de diez

Isla Madagascar es de San Lorenzo.

Isla Cignea ó de los Cisnes.

Cuatro navíos holandeses llegan á la isla de Banda.

Los otros cinco aportan en Cerne.

brazas por entre dos montes que estrechan la boca de él. A Está puesta en veintiún grados del Septentrión, hácia la parte Austral: tiene cinco leguas de ámbito; su puerto seguro, capaz para cincuenta naves, guardado de todos vientos. Agradóles tanto la isla, que le mudaron el nombre, convirtiendo el de Cerne ó Cisnes, antiguo, en el de Mauricio, por el Conde Mauricio de Nasau, bastardo del Príncipe de Orange, tan conocido en nuestros tiempos por la herejía y rebelión; esparciéronse por ella exploradores, y volvieron sin haber hallado pisadas humanas ni señales de habitación. Dudosa prueba de esto eran las aves y las fieras, porque con la misma seguri- B dad se les ponían entre las manos y se les asentaban sobre las cabezas, como pudieran en las ramas de los árboles, ó estando ya domesticadas; y este atrevimiento ó nacía de no haber visto hombres, ó de tenerlos muy tratados. Vuelan murciélagos entre ellos, de cabezas tales y tan grandes como las de los gimios, y duermen juntándose en número y colgándose de las ramas, los brazos y las alas extendidas. Son el aire y la tierra tan sanos y habitables que en sacando á los enfermos á ella cobraron salud. Es eminente, montuosa y fertilísima de arboledas, y como inculta, sin vestigios ni sendas por C donde se penetre. Crecen innumerables ébanos, semejantes en color á la pez, y en lo liso al marfil; vestidos los troncos de corteza áspera guardan el interior macizo. Otras plantas nacen que tienen troncos bermejos, otras pálidos como la cera; cocos suavísimos, infinitas palmas, y algunas de tal calidad, que con una hoja sola cubre un hombre todo el cuerpo y lo defiende de la lluvia. Echaron las redes, y entre la muchedumbre de los peces prendieron uno llamado Raya, tan grande que comieron de solo él dos veces todos los que venían en la armada. Vieron tortugas terrestres, de tan- D ta grandeza, que una caminaba llevando cuatro soldados sentados sobre su concha; y en la cabeza de otra, como sobre un bufete redondo, comieron diez; cazaron en breve tiempo muchas tórtolas y otras aves blancas, mayores que nuestros cisnes, pero redondas como globos, y solo tienen dos ó tres plumas crespas y largas en las colas; papagayos azules de que pudieran cargar los navíos; cuervos indios, dos veces mayores que los de

Mudan Holandeses el nombre á la isla Cerne en el de Mauricio.

Aves y fieras mansas en Cerne.

Arboleda varia.

Pez Raya grandísimo.

Tortugas mansas grandes.

Aves diversas.

A Europa, variados de tres colores las plumas. Fabricaron
fraguas, aderezaron su herramienta y otro batel para
que supliese la falta de la nave Utrech, que con las otras
dos tomó la derrota de Madagascar; volvieron á reco-
nocer su nueva isla Mauricio, y en lo interior de ella
sin muestras de humana población, hallaron hasta tres-
cientas libras de cera, en la cual se leían caracteres y
letras griegas; vieron remos, redes y maderos, ruinas de
navíos. El Vicealmirante, aderezando una tabla bien
cuadrada y lisa, labrados en ella los escudos, armas de
Holanda, Zelanda y Ambsterdam, la clavó en lo alto
B de un árbol en memoria de su llegada, y de cómo lla-
mó Mauricio á la isla, con estas letras, que por ser en
lengua española se infiere el odio que mostraron á la
antigua Fe de nuestra nación, y decían, extendido el
renglón sobre las armas, LOS CRISTIANOS REFORMADOS.
Luégo araron un espacioso campo, sembraron en él tri-
go y otras semillas de Europa; soltaron algunas gallinas
para ver en otro tiempo cómo habían propagado todos
aquellos principios; volvieron á inquirir algunos días
montes y llanos y no hallaron vestigio humano.

Hallan cantidad de cera, y en ella caracteres griegos.

Desacato del Vice almirante inglés.

Entre tanto que éstos reposaban en Cerne ó Cisnes,
C que fueron catorce días, los otros tres navíos llegaron á
Santa María, isla estéril, aunque nacen en ella algunos
naranjos, limones, cañas de azúcar y se crían gallinas;
nadan en torno, y á vista de la tierra, disformes balle-
nas. Aportaron no sin resistencia de los naturales, con
los cuales pelearon y les cautivaron su Rey, pero resca-
táronle fácilmente, recibiendo por el trueco de su per-
sona una vaca con su becerro. Vieron la pesca (que allí
es fácil) de las ballenas; lléganse los Indios á ellas en sus
canoas, clávanlas con un rallón arrojadizo, atado á ma-
romas hechas de cortezas de árboles: proveyeron los
D navíos de su carne y aceite y de algunas naranjas, y pa-
saron al seno de Antón Gil, á donde no se quiso quedar
el Indio de Madagascar, como lo había deseado, aficio-
nado ya al traje y embriaguez de los compañeros. Cin-
co días fluctuaron entre algunas islas, faltas de basti-
mentos y mal seguras, á causa de la guerra que hacían
las unas á las otras.

Isla estéril llamada Santa María.

Ridículo rescate por la persona de un Rey.

Salieron con buen viento hácia la Java, y á veintiseis
de Diciembre de mil seiscientos noventa y ocho llega-

Isla de Banda. ron á Banda, que dista ocho leguas de Amboino: tiene esta isla forma de herradura de caballo, y está apartada de la línea cuatro grados al Mediodía; fertilísima, sin agricultura ó con muy poca, de nueces moscadas y de su macia preciosa; de mantenimientos y medicinas para los humanos, más que todo lo conocido sobre el orbe de la tierra: divídese en tres partes, dando á cada una ámbito de tres leguas. La ciudad principal de ella es Nera. Aun mismo tiempo fué el llegar y contraer amistad con los Isleños, aunque cierta nave extranjera, por alzarse con el comercio, les daba á entender que los Holandeses eran unos cosarios que el año pasado habían huído y estado escondidos en la mar para volver otra vez á robar la isla, y así no les acabaron de creer. Esta opinión esforzaban Portugueses negociantes y vecinos; pero los Holandeses enviando á su Abdol (Intérprete Indio) con algunos soldados y ciertos dones para presentar al Rey, según la costumbre de los mercaderes que llegan á su tierra, en su presencia purgaron la sospecha y defendieron su inocencia. Era el Rey niño, y gobernábale su Cefates, que es Virrey, Ayo y Curador, el cual lo sosegó todo. Dieron al Rey en su presencia el presente, y él le recibió afablemente: era de algunos vasos preciosos dorados de rara escultura, vidrios cristalinos, espejos de guarniciones doradas, piezas de terciopelos y tafetanes; presentáronle cartas y patentes de los Estados de Holanda y Zelanda y del Conde Mauricio con sus sellos pendientes en forma. Aceptáronlo todo, y para recibir las cartas y leerlas con ceremonia profunda, se tendieron en el suelo: el Rey prometió que respondería á ellas, como lo hizo, y luego dió licencia para abrir el trato. Con ella edificaron los Holandeses factorías en la isla: desplegaron aprisa en tiendas públicas muchas armas, sedas, lienzos y paños, y los naturales sus aromas, porcelanas y perlas; y las que otros Isleños y Chinas traen para rescatar y comprar los unos de los otros. De allí á cinco semanas aportaron las otras tres naves, y á la salva de artillería, y por ver las banderas tendidas, con que los compañeros celebraron su llegada, salieron al puerto los de la ciudad y en esquifes cercaron los navíos, y les ofrecieron gran número de gallinas, huevos, cocos, bonanas, cañas de azúcar y tortas

Aportan en Banda las otras tres naves holandesas.

A B C D

A de harina de arroz. Fuese continuando el regalo todos los días, y por una cuchara de estaño les daban mantenimiento con que se sustentaba un Holandés una semana. Sin embargo de esto, subieron el precio á la pimienta, pero todo lo pagan ellos en alfileres y agujas, cuchillos, cucharas, espejuelos y panderillos; y con estas mismas presas sacaron de Samatra más preciosas mercancías y bastimentos, cuando de estos ocho navíos pasaron los cuatro para su tierra, desviándose los otros á las de Ternate y Malucas.

Nueces moscadas.

La mejor y mayor cantidad que de aquí proveyeron
B fué de macia. Nacen también en Ternate y sus adyacentes nueces moscadas ó mirísticas, que es lo mismo, débiles y pocas; pero en Banda son ellas la cosecha más copiosa y de más sólida virtud. Vistió Naturaleza sus llanos y montes de boscaje y selvas de estas plantas. Son semejantes á los perales de Europa, y su fruta imita á las peras; en la forma redonda á los melocotones; cuando florecen las mirísticas, arrojan de sí fragancia cordial; poco á poco dejan el color verde nativo y original de todo lo vegetable; toman el azul variado con el pardo, encarnado y pálido de oro, como se ve en el aire
C el arco que llamamos Iris; aunque sin aquella ordenada división, sino á manchas, como el jaspe. Llegan infinitos papagayos á sentarse en las ramas, atraidos de su olor, y otras aves de vario plumaje, que alegran y divierten la vista. Estas nueces secas despiden la corteza de que nace armada la macis, ó macia aromática, y dentro de ella un meollo blanco, de sabor menos agudo que el de su nuez; el cual, después de seco, se convierte en la sustancia de ella. De esta macis, que es caliente y seca en el segundo, y dentro del tercer grado, hacen los Bandeses preciosísimo aceite para curar pasiones de
D nervios y enfermedades frías: escógense de estas nueces las más frescas, graves, grasas, llenas de humor y sin agujero alguno; con ellas quitan ó corrigen el dañado olor del aliento; clarifican la vista; confortan el estómago, hígado y bazo, y digieren los manjares: son remedio contra otras enfermedades diversas, y hasta para adquirir lustre exterior en el rostro. Llaman los de Banda á la macia de sus nueces aromáticas Buna Pala. No la conocieron los Griegos, ni Plinio, según la opinión

Descripción de la planta que da las nueces moscadas ó mirísticas.

Las nueces moscadas.

Aceite de las moscadas.

de Abenrois, aunque Serapio (ya sea el verdadero ó el supuesto) cuando la describe se funda en la autoridad de Galeno; bien que con los Crisabolanos, de que él trató, harto conforman el color y la forma de las moscadas. A

Vienen á la ciudad de Mera los Javanos, Chinas y Malucos á rescatar este precioso fruto y cargar de él sus naves; y este es el trato de los naturales, como el de los gariófilos ó clavos de Ternate y Tidore, y las otras Malucas. Llegados aquí los mercaderes contribuyen muchos en un precio, y compran con él una mujer que les guise y sirva. (Así lo hicieron desde este tiempo los Holandeses.) Cuando se parten, queda libre hasta que vuelven otro año; de manera que su servidumbre comienza con la tornada de los dueños, y su ausencia le pone treguas. De los naturales, algunos son Idólatras, la mayor parte Mahometanos, y tan supersticiosos, que ni los soldados van á hacer guardia hasta haber rezado en las mezquitas, á voces que las oye todo un barrio; ni entra nadie en ellas sino á pies lavados con el agua de los vasos grandes que para ello pone á las puertas el cuidado público. Las oraciones son: *Estagfer Al'lah*, *Estagfer Al'lah Asgiud Al'lahe, Asgiud Al'lahe*, *La li'lahe In la Al'lah*, *Muhamed re sul Al'lahi*. Y cuando pronuncian estas últimas palabras, pasan las manos por las caras, rito que señala particular devoción. Traducidas en Español, dicen: *Perdonad Dios: Perdonad Dios: Póstrome á Dios: Póstrome á Dios: No hay otro Dios sino Dios*, *y Mahoma embajador suyo*. En aquellas palabras, *No hay otro Dios sino Dios*, niegan ellos el inefable misterio de la Divina Trinidad; luégo pasan á diversas blasfemias. Otras rezan con que apenas menean los labios; para esto, de tres en tres, puestos sobre una estera, alzan los ojos al cielo muchas veces, y otras tantas inclinan las cabezas hasta el suelo. El autor Holandés que dió esta cuenta no trata de otra religión en esta isla, ni en las demás que discurrieron sus armadas, siendo tan notorio que la de Nuestro Señor Jesucristo, Católica Romana, se predica muchos años há en todas, no sin gloria de martirio; pero los sectarios y cismáticos lo callan, bien se entiende con qué intento.

Hospedajes de los mercaderes en Banda. B

Religión de los de Banda. C D

A Júntanse los Bandeses en las plazas y calles, y en ellas celebran los convites. De ordinario comen en los templos y en las selvas de ciento en ciento, particularmente cuando tratan del bien ó peligros de la patria: hay en ella siete ciudades, enemigas las unas de las otras. Nera tiene por contrarios á los Labetanos, Comberos y Veieranos: profesa amistad con los de Lontoor, que yace al otro lado de la isla, y con otras dos pequeñas Poleruin y Poelvay. Siempre que han de pelear llegan primero á Nera á comunicar sus consejos; Banda les adereza los convites en las calles, en el suelo: son los B platos de troncos y hojas de bonanas y de otras plantas. A cada uno se trae en ellos un trozo de sagú, y el platillo lleno de arroz cocido con caldo de carne. Esto tragan llevándolo á la boca con ambas manos, y le comen con tanto gusto como si les trajesen guisado del celebro de Júpiter (así lo encarece la relación holandesa del Paludano y de Hugo). Entre tanto que dura la comida, hasta que el pueblo queda harto, los más nobles de él toman de dos en dos sus alfanjes y paveses, y pelean al sonido de las campanas y del metal de sus bacías. Cansados de este ejercicio dejan las armas á C otros sucesores que lo prosiguen. Las causas de sus guerras son: que los de Labetaca sembraron muchos años há ciertas plantas en el territorio de Nera; los Neranos injuriados de este atrevimiento de tanta consideración les movieron la primera guerra. Esta se prosigue tan cruelmente como si se esforzara en ella la religión ó la honra; de día y de noche se acometen en sus confines, y por mar en carcoas; en las cuales no (como nosotros) juntan las tablas con pez y brea, sino con muchos cascos de nueces indias, que llaman clappos. Machacan aquellos cascos y cortezas hasta que se convierten en D betún ó masa, en la cual quedan ciertos hilos que se parecen á los del cáñamo: con ésta juntan la madera y embuten las rendijas; cúbrenlas de tal suerte que resiste á la fuerza del agua. Traen dos ó tres piezas de artillería: usan escopetas pequeñas, paveses y alfanjes grandes que llaman padang y lanzas de maderos macizos más que nuestro boj. En todas estas armas se adiestran desde niños, y en tirar unos anzuelos arrojadizos de puntas y filos cortantes que arrojan al cuerpo del

Juntas de los de Banda.

Bandos entre las ciudades Nera, Labetaca y otras.

Convites de Banda.

Pelean los unos cuando comen los otros en Banda.

Causas de sus guerras.

Brea de los de Banda.

Artillería y armas.

enemigo y le vuelven para sí recogiendo las cuerdas á que están asidos. Arman las cabezas de celadas; traen sobre las crestas de ellas pájaros celestes, tanto por seguridad supersticiosa como por gala; visten petos y espaldares, y los llaman como nosotros, coseletes. Habiendo de pelear por mar, en comenzando á sonar los instrumentos comienzan los soldados á dar saltos y brincos sobre los escaños y bancos de que están rodeadas las carcoas desde proa á popa. Los esclavos menean remos como badiles de madera, con que á viva fuerza vuela el vaso, y se desagua á su tiempo. Son tan vengativos que habiendo sido vencidos en aquel tiempo de los Labetanos por tierra, quedando muchos heridos y muertos, en el día siguiente se juntaron los Neranos en cinco carcoas, y dando asalto á la pequeña isla Baijer, cuyos vecinos habían peleado en compañía de los de Labetaca, degollaron á cuantos toparon, sin perdonar sino á algunas mujeres que trajeron cautivas á Nera, trayendo delante enastadas las cabezas de los enemigos; y por espacio de cuatro días poniendo horror á los extraños, particularmente á los Holandeses, mostraron por las calles los alfanjes destilando sangre; y á vista de mucha gente se le antojó á un soldado de probar otra vez el que traía desnudo, y abrió con él por medio una cautiva desde el hombro hasta el pecho. Mostráronse píos en enterrar aquellas cabezas, juntándose en la casa del Sabandro (es el Gobernador), y á los ojos de todo el pueblo (que suele congregarse á verlo), debajo de un árbol, sobre una losa muy capaz puso cada soldado, por ostentación de su esfuerzo, las cabezas que había cortado; envolviéronlas en paños de algodón, y llevadas en platos, las sepultaron entre una arboleda, con grandes humos de incienso, de que tienen gran copia. Si aquellos difuntos fueran de la tierra, luégo sus parientes y amigos acudieran, como acostumbran, á vocear en alaridos altos sobre sus sepulturas, las cuales cavan como nosotros, y envuelven los cuerpos en mortajas de algodón blanco, y llévanlos á enterrar sobre los hombres. Miran mucho en que los entierros de los varones precedan á los de las mujeres. Ponen lámparas sobre las sepulturas de todos, y á su luz ruegan por ellos. Dan gritos vehementes, llamando á los difuntos, como

Sus armaduras y plumajes. (A)

Crueldad de los Neranos. (B)

Cuentan las cabezas cortadas y sepúltanlas. (C)

Sus entierros. (D)

A esperando que á sus voces han de revivir; y en viendo que no resucitan se juntan los amigos y parientes al *Exequias convivales.* convite más espléndido que pueden. Preguntados por los Holandeses qué es lo que ruegan á Dios en las oraciones que murmuran sobre las sepulturas, respondieron: pedimos que los muertos no resuciten. De manera que no la falta de verdadera luz les estorba el ver lo que comunmente padece el género humano desde el primer término de la vida hasta el último; antes se infiere que juzgan por calamidad el haber nacido. Admiráronse mucho de oir que los Holandeses no usaban de
B la misma ceremonia con sus difuntos. *Sus juegos de pelota.* Juegan á la pelota gruesa ó balón, fabricado de cañas españolas. Forman los jugadores hileras en círculos. Puesto uno en medio en el lugar del centro, arroja el globo ó pelota á los que le rodean, y ellos hiriéndola con el pie, la lanzan tan alta que la pierden de vista. Silban y vocean al que se le cae, avergonzándole por la falta de destreza. Viven los hombres en esta isla más que en otras partes *Larga vida de los de Banda.* del mundo: los Holandeses vieron muchos cuya edad pasaba de ciento treinta años. Susténtanse con los frutos de la patria, donde aunque contínuamente se pro-
C fesa la milicia, es mayor el número de los ociosos; y es digno de consideración que esta gente, amando tanto la pereza, aborrezca el sosiego. Inútil vida no merece larga edad, y pocas veces llega á serlo la que se dedica al ocio. Las mujeres aran y cultivan la tierra, y ejercitan *Mujeres tratan la agricultura.* otros oficios robustos. Salen pocas veces de casa en compañía de hombres. Son las que llevan todo el trabajo de los cuidados domésticos, y su más ordinaria ocupación dentro de sus paredes suele ser descortezar y secar nueces.

Los Holandeses, habiendo cargado de especería, por-
D celanas y algunos rubíes, asentado factorías y amistad, *Salen los Holandeses de Banda.* partieron de Banda á catorce de Julio con grande salva de artillería. Navegaron la vuelta de la isla Noeselau, cuyos naturales son antropófagos (así llama la Lengua griega á los que comen hombres); pasaron hácia la de Amboino, cuya punta occidental descubrieron, y no entraron entonces en ella, mas pasaron á la Java mayor, sin embargo de que su nave Almiranta estaba en Amboino. *Llegan á la Java.* Llegaron, pues, á la Java, y aportaron

en la ciudad de Tubán; enviaron á ella dos esquifes para explorarla y saber si les sería lícito hacer provisión de bastimentos. Los que volvieron con la respuesta, trajeron en su compañía un Portugués, que á persuasión de los naturales había renegado de la Fe de Jesucristo, y era conocido y llamado de ellos el Renegado, por nombre propio y no afrentoso. Este significó al Almirante, que si tres ó cuatro meses quisiese quedar en la tierra, enriquecería sus naves como deseaba. Enviaron, por su medio, á pedir licencia al Rey con algunos dones, obras de azófar, vidrios y sedas. El día siguiente llegaron al puerto mercaderes con abundancia de mercancías; y por parte del Rey, en recompensa de aquel levísimo presente, les trajeron á los Holandeses diez y nueve sacos grandes de arroz. Habiéndose facilitado el trato para todos, entraron en la ciudad, en la cual vieron diversos caballeros armados, caballos bien guarnecidos, de que se precian mucho; tiendas abundantísimas, y libre comercio de todas las naciones. El Vicealmirante fué á besar la mano al Rey. Recibióle benignamente. Prometió de visitar las naves por su persona, y así lo cumplió, habiendo primero mandado mostrarles todos los aposentos reales, hasta los retretes de sus mujeres, sus elefantes, infinitas aves en jaulas, sus caballerizas, llenas de raros caballos y en grande número. Vino luégo el Príncipe á los navíos, y después el Rey; á cada uno hizo salva la artillería, de cuyo estruendo se admiraron y se alegraron.

Portugués renegado vive en Tubán.

Licencia y presente del Rey de Java para Holandeses.

Policía y comercio de Tubán.

Magnificencia del Palacio del Rey de Java.

A B C

Es Tubán la Corte del Rey de Java, de las ciudades de aquella isla la más fuerte, ceñida de alta muralla, partida en diversas puertas torreadas, grandes edificios y plazas dedicadas al concurso público de las mercancías. El Rey riquísimo. En breves horas junta grandes ejércitos de infantes y de caballería. Su Palacio verdaderamente es real: su familia se compone de los más nobles. Muy poderoso por la mar. Llaman juncos á sus navíos; los cuales, cargados de pimienta y de otros frutos, sedas y paños, obras de la fertilidad y del artificio, los envía á Balim, donde trocándolos por vestiduras los portean á otros Reinos, á los de Banda, Malucas y Filipinas; de los cuales, y de otras islas, relanzando la mercadería, traen almástiga, nueces moscadas, clavos

La ciudad de Ternate.

Gente de guerra del Rey.

D

A y otros aromas. Abunda toda aquella región de ganados, que de día pacen en los bosques y de noche acuden á los pesebres. Convienen con los Bandeses en el traje, el cual les cubre los cuerpos desde la cintura abajo, dejándolos desnudos hasta la cabeza. Todos traen las dagas crices, y los nobles visten ciertas túnicas rozagantes, cuyas dobleces ondean pomposamente. Ninguno de ellos sale de casa sino acompañado de diez ó doce criados, uno de los cuales trae siempre para su amo una cesta llena de hojas de cierta planta que llaman Bettele, las cuales con nueces verdes, mezcladas con un

Comida regalado de los Javos.

B poco de cal, llevan por la boca: llaman á toda esta mixtura Ladón. Mascándole despide cierto jugo, tráganle, y luégo escupen aquella materia verde, que les dejó en las bocas su virtud. Regocijáronse tanto con la venida de los Holandeses, que al otro día los convidaron á ver sus fiestas. Asistió el Rey á ellas á caballo, vestido de diversas sedas autorizadas, aunque ceñidas; pendíale de la cinta el alfanje, en vaina guarnecida de piedras preciosas; el pomo de oro puro, formada en él la cabeza del demonio; muchas plumas en el turbante. Casi en la misma forma le seguían todos los nobles, en hermosí-

Alégranse los Javos con la venida de los Holandeses, y convídanlos á sus espectáculos.

C simos caballos de grande bullicio, aunque menores que los nuestros, con ricas guarniciones de cuero español, clavadas y chapadas de oro, con figuras de sierpes, y en los frenos, de algunas piedras tan blancas que parecían alabastro. Corrían unas veces derecha, y otras circularmente, arrojando lanzas. Acabado el espectáculo acompañaron al Rey, por cuyo mandado llevaron á los navíos y á las posadas de los Holandeses gran cantidad de arroz y carneros, cabras, gallinas, huevos, peces, y de varios frutos, cocos, mangas, limones y bonanas de extremada dulzura. Tratóse luégo del comercio

Amistad entre Javos y Holandeses.

D y de las amistades, y todo les pareció barato, sino la pimienta, porque no gustando de los rescates que los Holandeses ofrecían por ella, levantando la mano decían lima, que en su lengua quiere decir cinco reales de á ocho: esto pedían por una de sus medidas. Fueron bien admitidos en todo, sino en la introducción de su secta; sin embargo asentaron amistades y factoría. Habíanle dado también cartas del Conde Mauricio. Respondió á ellas en Lengua persiana. Recibiéronlas, y ha-

Lima, en lengua Java, quiere decir cinco reales de á ocho.

Cartas de Mauricio y respuesta del Rey Javo.

biéndose despedido partieron de Tubán, á veinticuatro A del mismo, con bonanza y proveídos de riqueza y de bastimentos. Pasando la isla Sidago echaron las áncoras entre la Java y Madura; midieron la profundidad, y á pesar de cierta corriente, y de ser la tierra de un collado lodosa y tenaz, exploraron á Madura y saltaron en ella hácia la parte oriental, aunque luégo se pasaron á la de Occidente, á la ciudad Arosbay, y de ella después á Jorta, para apercibirse de guías que los condujesen á las otras Malucas. Enviaron á visitar al Rey, el cual luégo, tras la audiencia que les dió, mandó llevar un carnero al Vicealmirante, á quien acompañó el B Renegado, que le había traído de parte del Rey de Tubán una daga criz, preciosamente guarnecida de oro y piedras, y en el pomo esculpido el rostro del Rey. Hallaron un Alemán, vecino de la tierra, caudaloso de especería, y supieron de él cómo en Arosbay les habían cautivado cuarenta compañeros. La isla de Madura, hácia la parte de la Java, se inclina al Septentrión; usan en ella de los mismos trajes; tienen más agudos ingenios. Es fertilísima de arroz, aunque para segar las mieses de él, como para arar la tierra, los labradores y los búfalos se empantanan hasta las rodillas: tan húmeda C la hacen las inundaciones contínuas. Llegan pocas naves á ella por sus inaccesibles bajíos. Viven los naturales del robo por mar y tierra. También son comunes las armas, elefantes, caballos, danzas, campilanes y paveses. Son los puñales crices de la guardia Real de plata. Arosbay populosa, bien murada. El principal intento que trajeron los Holandeses á ella fué, como habemos dicho, tomar guías y aparato para pasar á las islas de Ternate, para lo cual, y para evitar los arrecifes de entre Java y Madura, repartieron los navíos. El Vicealmirante con Geldria y Zelandia pasó los vados D de Madura para juntarse en la ciudad de Jorta con los juncos que navegan á Ternate, y luégo á las otras Malucas.

Madura y Jorta islas.

Rey de Madura.

Descripción de Madura.

Arosbay, ciudad.

La nave Almiranta ó Pretoria, como ellos dicen, con Sticht Utrecht, discurriendo lo largo de Madura echó las anclas frontero de Arosbay. Despachó buen número de los suyos en un esquife para que trajesen de la tierra arroz y otros bastimentos. Apenas entraron en

Holandeses presos por el Rey de Madura.

A ella, cuando fueron todos presos, desarmados, desnudos y llevados al Rey. Como tardasen á volver enviaron otro esquife con solos tres hombres, y sucedióles lo mismo. Los cautivos suplicaron al Rey que les concediese, á lo menos, que aquellos ú otros tres fuesen á dar la nueva al Almirante. Otorgóselo, pero con pacto que en habiéndosela dado se volviesen á la prisión. Avisaron de su infortunio, y el Almirante despachando otro esquife á la ciudad de Jorta, que lo comunicase con los amigos, no cesando de escribir cartas sobre la libertad de los presos, acudió el Almirante con sus na-

Pide el Rey por los cuarenta cautivos piezas de artillería y otras cosas.

B víos, y juntóse con los que estaban en Arosbay. El Rey se resolvió en pedir por la libertad de los cuarenta cautivos los dos mayores tiros de bronce de la Capitana, gran número de piezas de seda y mil reales de á ocho. Respondióle el Almirante, que la artillería no era suya sino de toda su nación, que le suplicaba moderase el rescate y lo redujese á dinero, ó lo tomase en las mercancías que traían. Seis días duró el trato, dificultándolo más la tardanza; y así, creyendo el Almirante que sus compañeros estaban presos en los mismos esquifes, ó cerca de la mar no bien guardados, ordenó

Intentan Holandeses librar por armas sus compañeros.

C que todos los suyos saltasen á un mismo tiempo en tierra y los librasen por fuerza. Intentáronlo ciento cincuenta Holandeses, mas vieron juntarse en la ribera mucha gente, guiada por los Portugueses, que traían banderas blancas de paz, publicando que venían á tratar del concierto; ardid (según afirma Hugo) para que en aquel tiempo se armasen los ciudadanos. Los Holandeses, ó lo sospecharon ó lo averiguaron, y con hasta veinte mosquetes formando su escuadrón, trazaron cómo los otros esquifes llegasen más cerca para que también los marineros y oficiales peleasen, ejecutando

D esta orden. Por otra puerta de la ciudad salió gente armada para cercar los incautos en el puerto. Cayeron los Holandeses en la astucia y conocieron el peligro, y para evitarlo enviaron otros dos esquifes á guardar el puerto. Consistió su vida en esta prevención; pero no se libraron de la lluvia de las flechas, con la cual creyeron los Arosbayos rendirlos, no tanto con la furia y heridas, como con entretener al enemigo, obligándole á que gastase toda la pólvora y le fuese forzoso retirarse

Tormenta en el puerto.

á sus naves; y tampoco en ellas estuviera seguro, porque ya las amenazaban el viento y el mar, y de la Capitana se sumergieron treinta y seis hombres, y de la Zelandia trece, y perecieron los bateles. Escaparon algunos, á quien dejaron de matar por intercesión del Renegado de Tubán, aunque fueron cautivos; á los cuales, arrodillándose para mover á piedad con el semblante y lágrimas, les ponían los vencedores un puñado de tierra sobre las cabezas, ceremonia de que usan con los rendidos á quienes conceden la vida. Por ventura ignoran ellos la causa y origen de este uso. Perecieron veinticinco en este encuentro, quince de la Capitana, uno de la de Juan Marts y nueve de la Zelandia. Los cautivos fueron llevados á una choza rústica, tres mal heridos; un trompeta y un Araldo puestos en grillos, los otros maniatados. Lejos de éstos llevaron á los demás, y los pusieron en otra cueva profunda. Presentado después el Araldo en la presencia del Rey, le preguntó si quería quedar en su tierra, prometiéndole, entre otras mercedes, que le casaría con dos mujeres de las suyas; á lo cual respondió el Holandés muy agradecido, pero con semblante libre, que con su licencia más quería volver á sus compañeros. Así con el trompeta fué llevado por la ciudad, y al salir de la puerta vió todos los presos, que eran cincuenta y uno, que los llevaban á otra isla vecina con gente de guarda.

Ceremonia con que perdonan los bárbaros.

A

B

C

Pártense los Holandeses.

Finalmente se concluyó el concierto, y el Rey les dió libertad por dos mil florines. Así volvieron libres á los navíos; solo dos se escondieron, aficionados á la vivienda bárbara. El Gobernador Jacobo Marts murió; lanzaron su cuerpo en la mar, y dando velas hácia la parte septentrional, navegaron la vuelta de la isla Celebes. Pasaron la de Combay, distante seis leguas de ella; más adelante la de Boutón. Pasaron los arrecifes de Cebesa, no advertidos ni señalados en los mapas. Con grandes lluvias enderezaron la derrota entre Oriente y Septentrión á la isla de Amboino; y á vista de Boora murió un muchacho en la nave Zelandia. Otro que cayó en la mar desde lo alto de una entena, mordió el cabo de una cuerda por desocupar los brazos para nadar, y no la soltó hasta que fué socorrido y puesto en salvo. Al otro día hicieron alto, y su falso predicador una larga y sa-

D

A crílega plática espiritual, en que trató de los Sacramentos para solemnizar la fiesta del Bautismo que habían de recibir dos muchachos ya catequizados por el mismo. El primero de Marzo, no lejos de Blau, hácia la parte oriental de Boora, vieron otras tres menores, Atipoti, Maniba y Gita, que están no lejos de Amboino, pasaron por ellas, y á tres del mismo aportaron en Amboino.

Llegan á Amboino.

Es el puerto estrecho; á la entrada de él les salieron á recibir tres barcos del lugar de Matel, puesto sobre las montañas. De allí pasaron al de Ito. Dista Amboino B desde Banda, á la parte del Septentrión, ocho leguas hasta Ternate; Boja diez y siete: fertilísima de clavo, naranjos, limones, cidras, cocos, bonanas, cañas de azúcar y de otros semejantes frutos. Los naturales de más sencillo ingenio que los Malucos y Bandeses; visten los mismos trajes; viven del trato de la especería, abstinentes y templados, sufridores de la incomodidad. Sus armas, asta de cuentos torcidos y agudos: arrójanlas con tal destreza, que clavan desde muy lejos el blanco por pequeño que sea. Usan alfanjes y paveses, y ya de arcabuces. Amasan grandes panes de azúcar, de arroz C y almendras, que parecen á los nuestros de azúcar. Précianse de marineros: sus carcoas parecen dragones grandes, si nadasen tendiendo los cuerpos sobre las ondas, levantando en alto los dos extremos cabeza y cola, doradas y de buena escultura, que son las proas y popas. De entrambas penden estandartes de varias sedas y colores, que cuando no llegan al agua los levanta el viento. El Almirante de Amboino llegó á ver á los Holandeses, en tres vasos de éstos con gente bien armada, sonando el estruendo de sus atabales y bacías de latón colgadas del hombro izquierdo del músico, hiriéronlas D con la mano derecha, como en España los tamboriles. Cantaban sus canciones acordadas, entendidas solamente de los naturales Amboinos, aunque por su extrañeza escuchadas con atención de los Holandeses. Cantaban también los esclavos al ruido de los remos. Desarmaron los tres tiros que traía cada carcoa, por ser salva en honor de los huéspedes; los cuales fiándose del acogimiento echaron áncoras, poniendo diligentes centinelas, porque vieron que los naturales las tenían puestas

Surgen los Holandeses en Amboino, recibidos amorosamente.

en todas partes, y en muchas lucían perpetuos fuegos. Preguntóles, pues, el Almirante Amboino, á qué venían y quién eran; y oyendo su respuesta les dió licencia para salir y sacar sus mercaderías, abriendo su comercio contra las prohibiciones de Su Majestad, que en esta isla se solían observar con mayor puntualidad. Salió á tierra el Vicealmirante Holandés, donde fué bien recibido y llevado á un Tribunal cubierto de velas de navíos, sustentadas sobre los mismos árboles llenos de frutos no conocidos en Europa. Persuadió fácilmente á los Gobernadores, y diéronle libre comercio. Ayudó al suceso Cachil Azude, hermano del Rey de Ternate, que en aquel tiempo se halló presente celebrando sus bodas, recién llegado con su esposa, que era hija de un Sangaje de Batochina. Habíala servido largo tiempo, y deseado casar con ella, resistiéndolo el padre que la tenía prometida al Rey de Bachám. De estos amores, por no ser parte esencial de esta historia, no trataremos más, ni del suceso de este Príncipe, el cual acudió luégo á los Holandeses; mandóles proveer de aquellos panes de azúcar y almendra, cocos, bonanas y vino de arroz, tan pródigamente, que las relaciones holandesas confiesan que apenas tenían donde guardar tantos bastimentos; además que lo mismo les sucediera si los compraran, porque por una cuchara de estaño les daban tanto que no sabían cómo guardarlo. Volvió el Almirante Amboino á las naves: holgóse de ver las bombardas, y la variedad y copia de mercancías. Lo mismo hizo el Infante de Ternate; y cada cual oyó al entrar y al partirse, la salva de artillería. Tuvieron pláticas secretas con él y con otros nobles Malucos que le acompañaban; edificaron casas de factoría en diversas partes de Amboino; acordaron que las dos naves Geldria y Zelandia se encaminasen á Banda, entre tanto que las demás, que fué dos meses, reposaban y cargaban en Amboino. De éstas diremos después lo que les acaeció en Ternate. Volvamos á estas dos.

Dan licencia los Amboinos para el trato de Holanda.

Cachil Azude, hermano del Rey de Ternate, ayuda en Amboino á los Holandeses.

Salieron con buen viento, pero en los vados de Cerú encalló la una, de manera que apenas la pudieron sacar. Más abajo de Jelau toparon otra de Portugal, en Noesau, cuyos habitadores comen carne humana. Pasaron alegres por la de Poelsetón, dos leguas por aquella

A parte antes de la de Banda: está deshabitada é inculta, infamada por mayores causas que lo son de los Griegos los peñascos Acroceraunios. Oyense en ella á todos tiempos bramidos, temblores y silbos; vense visiones espantosas y fuegos que suben por el aire, y por largas experiencias se averigua que la habitan demonios. Así los navegantes cuando pasan á vista de ella (y pocas veces pasan sin tormenta), procuran volar por alejarse hasta del viento que la orea. El piloto mayor Holandés sabiendo todo esto, arrebató furioso el timón tan tenazmente que no se le pudieron los demás quitar. Traíalo B para sí con ímpetu, pareciéndole que con aquel movimiento impelía el navío. Encendiósele el rostro, y no cabiéndole el aliento en el pecho, respiraba aprisa y gemía, hasta que habiendo pasado de la isla se alegró, y con altos silbos burlaba del demonio, que no había podido anegar el vaso; pero poco después se volvió á turbar y se le cayó el gobernalle, cobráronle, y á toda fuerza pasaron adelante. A quince del mes aportaron en Banda, junto al río. Salieron muchos esquifes bandeses á la ribera, que los convidaron á sus aromas. Los Holandeses saltaron en tierra, sacando á ella varias C mercancías compuestas en tiendas: hospedólos un Turco autorizado y rico. Edificaron casas en la isla. Tuvieron de allí á pocos días nueva del Almirante por unos navíos chinas que llegaron de Amboino, y de que ya por su hospedaje y factorías los Portugueses peleaban con los naturales. A catorce de Julio, quedando trabada correspondencia, partieron de Banda la vuelta de Noeselau, por los vados de Zerú, sin acudir al Almirante que en Amboino estaba causando y fomentando la guerra. Pasaron á la vista de Boutón, en seis grados de la Equinoccial y de la isla Combaina; á doce por la D playa de Celebes; á diez y siete por los confines de Madura, y otra vez descubrieron á Arosbay, donde les sucedió el estrago que contamos. Tocaron la tierra de Japán, y á la tarde el mismo día la de Jaquetra, en cuya playa reposaron sobre las áncoras. Enviaron á visitar al Rey. Tuvo luégo esta visita recompensa, porque aquel Rey les proveyó de arroz, gallinas y cocos, y al Vicealmirante dió un búfalo. Los Zelandeses que habían quedado en Banda en sus casas y factorías, en las ciu-

Isla habitada solo de demonios.

Piloto Holandés espantado del demonio.

Aportan en Banda.

Pártense de Banda.

Amistad de Zelandeses con los Isleños de Banda.

dades de Montelongo y Soleparvo, en cartas de los primeros de Agosto les avisaron de las nuevas amistades que estaban firmadas, y de cómo hacía cuatro meses que esperaban las cosechas de la especería. De manera que ya desde entonces comenzaron los Isleños de Holanda á ocupar sin resistencia las provincias que la Corona de España tiene en Asia. Despidiéronse de aquel Rey, y partieron de Jaquetra á seis; á ocho llegaron á Banda, con cuyos naturales era ya la familiaridad tanta, que ciertos navíos de mercaderes Bandeses que toparon en el camino les presentaron gran copia de porcelanas. Llegados, pues, salió el Gobernador á ellos con cuatrocientos hombres, y convidólos á reposar en tierra. Rehusáronlo; y habiéndose festejado con dones, agotaron grandes toneles de vino exprimido de arroz, en licor humoso y eficaz. Prosiguiendo su viaje á diez de Septiembre, entre Poniente y Septentrión, con vientos inconstantes y dudosos, creyeron hallarse debajo del trópico de Capricornio; á treinta, en veintiocho grados con viento occidental hácia el Septentrión, pasaron treinta leguas del cabo de San Román, habiendo fluctuado por diversas islas, hácia el Mediodía, en altura de treinta y dos grados y medio. Vieron el cabo de Ploemera, tierra de Etiopía. Esparció la tormenta todos los navíos, aunque después los juntó la bonanza en el cabo de Anquillos, en altura de veintisiete grados y quince minutos; á veinte del mismo mes, en altura de treinta y cuatro y veintidos minutos, seis leguas del cabo de Buenaesperanza, y de allí á diez días pasaron el trópico de Capricornio hácia el Septentrión. El primero de Diciembre tuvieron al Sol por zenit; á siete llegaron á la isla Santa Elena. Salió el Patrón á ella en un esquife; prendió muchas fieras; proveyó los navíos de sus frutos, que lo uno y lo otro produce pródigamente; mejoraron en ella los enfermos. Entraron en aquella solitaria Iglesia, y viendo en el altar la imagen de Santa Elena, y una calderilla llena de agua bendita, por acto particular de no religiosa paciencia, refiere la historia de Holandeses que no llegaron á la calderilla ni á destruir la imagen: tanta es la impiedad de la herejía. El primero de Enero del año mil seiscientos se partieron, y navegando por la línea septentrional en altura de

Otra vez llegan á Banda.

Arriban á la isla de Santa Elena.

A cinco grados; á treinta del mismo mes observaron un gran eclipse. En aquellos mismos días comenzaron á ver el Polo Artico, de que tanto tiempo habían carecido; á trece de Febrero pasaron á vista de la isla de Mayo, y con incierto viaje á los últimos de Marzo conocieron desde lejos los montes de Inglaterra; y habiendo topado con ciertos navíos franceses que venían de otras islas en la India, los primeros de Abril arribaron á Quiscasém, á catorce á Visley y Dueberem, á quince á Dumquerque; y allí tuvo el Vicealmirante cartas de Londres, y respondió á ellas comunicando las in-
B teligencias de la India. Llegaron á Tejelia, y últimamente á Ambstelredám, á donde descargaron aquellas riquezas aromáticas, que nunca llegaron á Lisboa tantas ni tan recientes; á lo menos de éstas, según afirman las relaciones de Hugo, se pudiera distilar preciosísimo aceite como al tiempo que se cogieron.

Llegan de vuelta á Holanda.

Llegadas estas dos naves Zelandia y Geldria, las otras dos Ambstelredám y Strich de Utrech, habiéndose casi naturalizado en Amboino, partieron para Ternate á ocho de Marzo del año de mil quinientos noventa y nueve, en compañía de tres juncos llenos de soldados
C Javos bien armados, conducidos para combatir una fuerza guardada de Portugueses. Antes de la partida salieron algunos á tierra, y entre otra caza prendieron gran número de palomas verdes, del tamaño de nuestras ánades. Cargaron de clavo, porque se vende en aquella isla por treinta y cinco reales cada bar, que es allí de ciento cincuenta libras. Tuvieron aviso de que los Holandeses que habían quedado en Banda vendrían luégo á juntarse con ellos; y como á diez y nueve acometiesen los Portugueses una fortaleza con poco feliz suceso, los Holandeses se armaron convenidos ya con
D el Infante de Ternate, y mezclados en sus escuadrones. Fué ésta la primera vez que en aquella tierra pelearon contra Españoles; y el autor Holandés que cuenta este suceso, afirma que pareció prodigio á los Isleños.

Parten las otras naves holandesas para las Malucas.

Palomas verdes.

La primera vez que pelean en aquella parte Holandeses contra Españoles.

Asentado el comercio con los de Amboino, partieron á las islas de Ternate, llevando por guía un Capitán, que se les vendió por hermano del Rey de una isla, y por grandeza alababa á su abuelo de haber tenido setenta mujeres legítimas, sin las concubinas; y que su

Parten los Holandeses á las Malucas.

hijo por emulación (además de las amigas) tenía cuarenta: así lo refiere la relación diaria de aquel viaje, escrita por los mismos que le navegaron. Descubrieron las islas de Tidore y Ternate á diez y seis, y habiendo hecho alto en la segunda, en fondo de quince brazas tendieron sus banderas; dispararon la artillería, y no perdonaron á ninguna ostentación verdadera ni vana. El Rey de Ternate, cuya sagacidad viva y acreditada no fía el explorar los peligros de otra persona que de sí mismo, á veintiocho de Mayo entre gran número de carcoas se embarcó en la suya; navegó hácia donde habían parado los Holandeses sobre las amarras; comenzó á llegarse y á cercar sus navíos; mandó llamar al Almirante; pregúntole quién era, de qué nación la gente de la Armada y otras particularidades, durando estas preguntas y respuestas muchas horas, por medio de los Naguatatos que interpretaron toda la plática. Suplicó el Almirante al Rey que se sirviese de entrar en su navío. Excúsose diciendo, unas veces que no le agradaban aquellas escalas que le mostraban para subir á él, con haberlas cubierto para esto de paños preciosos; otras que ya el Sol se andaba escondiendo, que era la hora de acudir á sus devociones. Con esta piadosa excusa, sonando por el aire los metales de sus bacías, panderos, artillería, gritos y cantos persianos, navegó á su ciudad.

Llegan Holandeses á Ternate.

Llega el mismo Rey á explorar los Holandeses.

A veintinueve volvió con el mismo aparato á acercarse, como en la primera venida, á los huéspedes con veintitres carcoas; pero traía en ellas para su defensa cien tiros de bronce, y disparándolos á un punto, con el estruendo de las campanas hizo ostentación de aquella prevención bélica. Sosegada la confusión de ella, aunque cantaron, como en tiempo de paz, versos Malayos (así llaman á la lengua de Malaca, de donde se derivó á los Malucos), los Holandeses apercibieron su munición, tiros, mosquetes y lanzas; pusieron alguna gente armada en las partes más escondidas de cada navío, y en las superiores mostrando ó no disimulando el recelo, para que ninguna violenta invasión los hallase desapercibidos. Llegóse á ellos la carcoa del Rey sola, y hablaron los que en ella venían con el Almirante Holandés, por la lengua del Naguatato, sin descubrir-

Vuelve otra vez el Rey á los navíos holandeses.

A se. Contentóse el Rey con solo haberles hablado, y retiróse. A la tarde volvió acompañado de solas dos carcoas; una de las cuales llevaba tras sí á remolco un esquife. Llegado á la Capitana holandesa comenzó á hablar con el Vicealmirante. Informóse de su artillería y mandó que la otra carcoa se alejase de ellas; y como el Capitán la desviase demasiado, acaso ó de propósito, se desató el esquife: vieron cómo las ondas lo trastornaban. El Rey entonces pidió al Almirante que le disparase con bala para ver si le acertaba ó lo hundía. Disparáronle luégo, holgándose el Rey de ver cómo el tiro B había quebrantado el esquife en pedazos. El Almirante con esta ocasión, no descuidado, disimulando las amenazas entre las alabanzas del tiro, le dió á entender que con la misma facilidad podría arruinar las carcoas. Con este tiento se satisfizo de aquella nación, á la cual poco después dió licencia para que contratase en sus Reinos, rescatase el clavo, especerías, piedras y perlas, que lo uno y lo otro concurre en ellos por el comercio de navíos japones, cambojas y chinas. De estos últimos vieron entonces algunos fabricados de sola madera hasta las áncoras, y las velas de cañas. Surgieron en Ter- C nate, donde la primera obra que hicieron fué enterrar á Reinarto Renarts, soldado Holandés, digno apenas de aquella sepultura: concurrieron Idólatras y Mahometanos en las exequias. El Rey al otro día envió con una carcoa á decir á los Holandeses que quería entrar en sus naves, y llegó un esquife á la Capitana con solos cuatro Ternates en hábito privado, que parecían espías en las diversas preguntas, en la oscuridad y solicitud y en toda la plática, que fué varia, llena de discursos; y se escuchó y prosiguió con atención y disimulación.

Habla el Rey Ternate á los Holandeses.

El Rey de Ternate da licencia á las naciones de Holanda para contratar en sus Reinos.

Saltan Holandeses en tierra.

Otra vez se encubre el Rey, y habla á los Holandeses.

D Cuando creyeron los Holandeses que había de llegar el Rey, supieron que era uno de aquellos cuatro que les hablaban desde el esquife; diéronle á entender que le conocían, y él no lo negó. Fué luégo reverenciado con ceremonia real, pero también rehusó entonces la entrada en la nave. Sin embargo de estas desconfianzas se contentó del proceder de aquella nación, y habiéndose tratado en el navío de Yan Martss de introducir en aquellos ánimos (á su parecer dispuestos á mudar

Conocen los Holandeses la persona del Rey.

secta, y aficionados á novedades) las pestilenciales de A
Visión espantosa aparece á un hereje Holandés en Ternate. Calvino, aquella noche, en la mitad de ella, le apareció una visión tan horrenda que no pudieron sufrir los que la vieron sus formas, ni todos el tumulto, revolución y estruendo en el aire y en la madera del vaso, y así lo desampararon apriesa. Sosegáronse con el día, y á dos de Junio salieron á tierra embajadores que llevaron al Rey un presente. Recibiólo, y tratólos amorosamente. Volvieron dando aviso, con exclamaciones y admiraciones, de la muchedumbre de clavos gariófilos, de los increibles bosques de ellos, y de cómo los Ternates vendrían luégo á reconocer y comprar las mercaderías B
holandesas.

Concurso de los Malucos en el puerto. El día siguiente llegaron en gran concurso Sangajes, Cachiles y la plebe, señoras bárbaras y todo género de mujeres, con varia ostentación. Eran diversas las gentes de que se vieron aquellas playas cubiertas; eran exquisitos los trajes, colores y plumas; entre muchos desnudos, y diversos en los gestos, que como á una fiesta pública salían todos. Y aunque se admiraron de las riquezas de la armada, subieron el precio á los bares del clavo, tan alto que, por haber de ser aquella especie la mayor carga, no se pudieron concertar. A diez y C
á once salieron á ver si moderaban los precios, y algunos para otras cosas no á propósito de este lugar; las cuales, aunque pudieran adornarle, quedaran en los originales donde se escribieron. No acabaron cosa de interés con el Rey ni con sus vasallos, porque celebraban una fiesta, á cuyos espectáculos asistieron también los Holandeses.

Espectáculo de los Ternates. En una plaza grande y capaz peleaban ciertos combatientes, como los Pugiles y Gladiatores romanos, con sus alfanjes, campilanes y paveses, aunque se diferenciaban en algo; porque los Ternates no se movían de D
una parte á otra, ni se herían, sino permaneciendo siempre sobre un pie, como si no tuvieran otro, sin que la necesidad ni la ira quebrase esta ley; antes el pie ocioso, levantado en alto se meneaba y extendía en el aire, pero no se afirmaban en él. Asistían en el campo sus amigas, hermanas ó mujeres, con ramos de flores, y porcelanas llenas de brebajes aromáticos para confortar á los cansados, aunque las más socorrían al ven-

A cedor. Acabados los juegos, y al otro día, acudió el Rey á los navíos, sin entrar en ellos. Entre las pláticas que pasó con el Almirante le pidió un mosquete dorado. Sirvióle con él, y por haberlo pedido le pareció al Rey no recibirlo graciosamente. Mandó que cuando los Holandeses pagasen los diezmos de la especería (que es el derecho que lleva de los tratantes), les descontasen dos bares y medio por el precio del mosquete, y que sin esto se les diese todo lo que fuese necesario. Holgóse un día de que los Holandeses viesen cómo llevaban por las calles maniatado un muchacho de once años, porque hurtó un tubac, que es una hoja, en un serón de clavos, en ostentación de la severidad contra aquel delito. Dábanle grita, y avergonzábanle los otros muchachos, publicando á voces el hurto.

El Rey vuelve á los navios de Holanda.

Pide el Rey un mosquete.

Castigo de un muchacho Ternate por un hurto liviano.

B

En aquellos días volvieron algunas escuadras de Ternates, victoriosas de haber saqueado y arruinado una villa en la isla Tidore. Entraron en la ciudad (mirándolos el Rey) en orden de guerra, á veinte de Julio, desembainados los campilanes y sangrientos, pegadas en ellos medias cabezas, orejas y cabellos de los vencidos y muertos; mostraban los paveses y armas que les quitaron, ropas y penachos, y cuarenta y tres cautivos, los cuales seguían arrastrando de los cuellos y pies gruesas cadenas. Venía entre ellos un valiente mancebo, de edad de veintiún años, Sangaje principal y pariente del Rey, que hoy vive, de Tidore, y una señora Portuguesa, de gran hermosura, esposa de un Capitán de aquel fuerte. Con todo este aparato y despojos pasearon la ciudad hasta parar en el Palacio real. En él fueron los cautivos sacrificados, y la Portuguesa vendida por esclava, misericordia rara, y negociada por sus lágrimas. Al Tidore principal honró el Rey de Ternate. Rióse y aseguróle con caricias, como á deudo de su Rey; y excusándose el joven, y publicando inocencia para ganar la gracia del vencedor, le respondió afablemente, y le pidió que se lavase. Trajeron agua olorosa para las manos, y á un tiempo la recibieron ambos, en ellas, de un mismo aguamanil; y como el cautivo asegurado las abajase con el agua (debe de ser rito de paz) é inclinase la cabeza al uso de la cortesía, un

Vienen con victoria de Ternate.

C

Cautivos Tidores.

Los cautivos Tidores sacrificados.

D

Cortan la cabeza á traición á un Tidore principal.

soldado le hirió con un campilán bien afilado en la cer- A viz, con tanta furia que cayó luégo el cuerpo, y la cabeza, algo lejos, medio viva; después cortaron ambas partes en menores pedazos, los cuales, por última rabia de la tiranía, puestos en un prau (barquilla pequeña), con mayor peso, los hundieron en la mar.

Otra victoria de los Ternates y otras crueldades.

Pasados cuatro días volvió otro número de Ternates con diversos cautivos Tidores, á los cuales cortaron en el puerto las cabezas, y la de un extranjero que había llegado de paz á la isla con mercaduría: todo este espectáculo á vista de los Holandeses. Con esta equidad usan de la victoria. Asentada, pues, la amistad y ase- B gurado el Rey, determinó de entrar en las naves de los Holandeses; á veinticinco de Julio con toda su guardia fué recibido en la Capitana, donde no se ofreció ni halló cosa que no la reconociese curiosamente, y al parecer con voluntad de comprarla. Rogó al Almirante que dejase en Ternate algunos compañeros, cosa que ellos por entonces rehusaron. Volvió á reconocer el navío, y entrando en la cocina se admiró mucho de unas fuelles, con que en su presencia avivaron el fuego; y viendo el uso á que servían las tomó en las manos, y las abrió y cerró apriesa un buen rato; y mordiendo y apre- C tando el cañoncillo con sus lábios, comenzó á tragar viento por él, hinchándose á sí mismo, no sin risa y admiración de los Holandeses, los cuales escriben que creyeron que el Rey salía de juicio, ó que no tenía alguno. Pidió que le diesen aquellas fuelles, y sirviéndole con ellas, las aceptó con particular gusto. Otras veces, y á menudo, volvió á las naves con mayores intentos, por ver si por algún camino pudiera apoderarse de los Holandeses. Holgaba de la afición con que sus vasallos trataban con ellos y les fiaban la especería. Al fin acabó con el Almirante, que con buena suma de dinero deja- D se algunos compañeros para comprar clavos de la cosecha que se esperaba. Quedaron en Ternate los primeros factores Holandeses, Francisco Verdoes, padre de Guillelmo, Dirih Floriss, Jacobo Lanberts, Yan Yans de Grol, Cornelis Adrians, y un muchacho de Amsterdám, llamado Enrique de Yans. Estos fueron el seminario de las segundas enemistades, y los primeros rebeldes de aquella nación que conjuraron con los

El Rey con aparato real visita las naves Holandesas.

Acto de locura del Rey de Ternate.

Primeros factores Holandeses en Ternate.

A Ternates, y después fueron cabeza de nuevas Armadas y socorros contra su Rey natural, en aquellas partes. Quedando, pues, en Ternate, y teniendo aviso de que los bergantines volvían de la isla Banda, salieron de Ternate los demás á diez y nueve de Agosto, pasando por la isla Maca, entre las otras Malucas, y hácia el Septentrión la de Oba; desde la cual, en dos grados y medio de la Equinoccial, descubrieron tantas que no las pudieron contar, y toparon con otras no advertidas en los mapas, y de algunos navegantes supieron los nombres: la de Bancuore y su vecina Sabobe, cuyo Rey B habita en la de Mitara, y en poco espacio posee otras treinta. Dióles provisión, y advirtióles de peligrosos arrecifes, y por huirlos volvieron á la derrota por donde habían venido, á vista de Amboino y de los Celebes. A trece de Noviembre supieron en Jaquetra que ya el Vicealmirante había salido de Banda: allí les dieron gran cantidad de arroz, que poco antes habían traído embarcaciones chinas. A diez y siete llegaron á Banda, donde en Montelongo y Soleparvo toparon los dos navíos zelandeses, que habiendo contratado más de ocho meses con poca ganancia, deliberaban dar la vuelta. A C quince de Enero de seiscientos, el Almirante presentó al Gobernador de Banda algunos dones de Europa, y entre ellos un esquife todo cubierto de grana fina. Juntáronse todos los mercaderes, y partieron á Holanda á veintiuno del mismo mes, y con tormentas y fallecimientos de algunos compañeros, navegaron todo Febrero, hasta que se mejoró el tiempo á tres de Marzo. A trece de Abril, en altura de treinta y cuatro grados y medio, se hallaron algo más de veinte leguas del cabo de Buenaesperanza. A diez y seis de Mayo en la isla de Santa Elena. Vieron en ella, algo lejos, otras tres na- D ves; tomaron algunos tierra; y entre aquellos montes se admiraron de su rara fertilidad. Otra isla vieron, cuyos peñascos, sin árboles ni yerba, parecen fabricados de carbones, y entre ellos se sustentan muchos y disformes jabalíes, sin haber descubierto frutos ni cosa viva de que se puedan mantener. Vieron allí grandes tortugas: alguna hubo que pesó cuatrocientas libras. El último de Mayo salieron la vuelta de Tejelia, y de allí á Amsterdám, donde los esperaron con alegrías públicas; y se

Salen Holandeses de Ternate para sus tierras.

El Rey de Sabobe.

Llegan á Buenaesperanza y á la isla de Santa Elena.

Tortuga disforme.

Llegan Holandeses á su patria.

apercibieron para volver á la India, continuando el comercio con aquellos Reinos bárbaros, que poseen los aromas, metales, piedras, perlas y otras riquezas peregrinas: han llegado á convertir la amistad que mansamente habían introducido en servidumbre y sujeción á los Tiranos de Holanda y Zelanda. Y con mayor expedición en el año mil seiscientos pasaron á Guinea y á la Mina, aunque en dos navíos la primera vez, por las mismas islas y puertos y por otros diferentes, discurriendo nuestros mares con seguridad. Notaron menudamente lo natural y político de aquellas anchuras de la Asia, casi contrapuestas á Europa, sujetas á otras estrellas y á otro Polo. Y en el mismo año, hácia el frigidísimo estrecho, en más de ochenta grados, descubrieron la nueva Zembla, ó tierra nueva, donde no hallaron sino osos disformes, blancos y pálidos, que no huían, antes desdeñaban á los balazos de la artillería y tragaban los hombres. Toparon cuervos también blancos, de la misma fiereza. Y finalmente deshabitado lo más de aquel ángulo del mundo, que no les mostró el paso que esperaban para el mar del Sur; aunque ya navegan por él con todos los vientos, riéndose de las mociones á que Portugueses atienden, y parece que las traen como el fabuloso Ulises, encerradas en odres. Por ventura compran los vientos prósperos ó tempestuosos, como en Frieslandia, por precios ordinarios de las mujeres mágicas que los venden.

Nueva Zembla y estrecho de Anins.

Con el nuevo favor y amistad de las naciones del Septentrión, se ensoberbeció tanto la del Maluco, que osó el Rey de Ternate prometérse absolutamente á Tidore: estrechóle y al presidio Portugués, sin aflojar la guerra por ningún respeto. Habían aportado ya en aquella isla otras naves holandesas por su negociación, venidas la vía de la India con armas y con mercancías. Los Embajadores de Ternate trataban en Inglaterra, y otros en las islas de Flandes con Mauricio de Nasau, de asentar perpétuas paces y comercio. De estas embajadas tenía respuestas y aguardaba con brevedad una Armada de Inglaterra, gran número de navíos y muchos de Holanda, con cuyo favor se prometía la destrucción de Tidore, y de allí extenderse á Filipinas. Entre tanto, como por prendas habían quedado en su Corte algunos

A Flamencos é Ingleses con un factor, que atendían á los rescates ó compras de la especería. Para el precio de ella le trajeron muchas y lucidas armas. Sabiendo esto el Rey de Tidore, y Ruy González de Sequeira, Capitán mayor de aquel fuerte (escribían cada año sobre esto al Gobernador de Filipinas), enviaron particular embajada á D. Francisco Tello, dándole noticia del estado de aquellas plazas, de su disposición, de la fortaleza, del socorro, y de cuán vano era esperarle de la India. Para que un negocio tan importante se efectuase como convenía, nombraron por Embajador á Cachil Cota, her-
B mano del mismo Rey de Tidore, gran soldado y Capitán de los que mayor nombre tenían en el Maluco. Este llegó á Manila bien acompañado con cartas del Rey su hermano y del Capitán mayor. En ellas, y él con larga oración (que no carecen los Malucos de ardides retóricos) dió las gracias al Gobernador por los socorros que en ocasiones les había enviado de bastimentos y municiones; pero lo que ahora deseamos, decía Cachil Cota, es que muy de propósito se ponga mano en esta obra antes que el Inglés y Holandés con sus Armadas fortifiquen á Ternate y la hagan inexpugnable. No po-

Cachil Cota, hermano y Embajador del Rey de Tidore.

C demos dejar de admirarnos de ver que alcanzando las fuerzas portuguesas tan insignes victorias como las de Calicut, contra los Turcos en Dío, contra los Egipcios, contra los de Cananor, de Zeilán, de las Javas, Samatra, y contra tantas naciones para aquella parte; y los Castellanos por esta otra contra Camboja, Mindanao, Japón, Conchinchina y China; solos nosotros los Malucos, que estamos en medio de dos poderíos de un solo Monarca, quedamos expuestos á las últimas armas de unas islas rebeladas. Si es así, que el Rey de España permite (antes manda) que seamos socorridos por Fili-
D pinas, porqué no es obedecido? De qué utilidad es hacer guerra lenta contra enemigo fogoso y diligente? A todo esto satisfizo el Gobernador. Y habiéndole hospedado y entretenido con esperanzas de mayor socorro, para en asegurándose de las prevenciones que entonces se hacían en Japón, le despachó con buena parte de artillería y municiones y algunos soldados prácticos. Pero como estos refrescos eran tan inferiores al poder del enemigo y al temor con que esperaban otros mayores,

El Capitán Marcos Díaz, Embajador de Tidore.

nunca cesaba la solicitud; para la cual, el último Embajador que vino á Filipinas en el Gobierno de Don Francisco Tello, fué el Capitán Marcos Díaz de Febra. Trajo cartas de Ruy González y del Rey para el Gobernador y Audiencia; de las cuales, porque así todas son de un tenor, pondremos aquí una para el Doctor Antonio Morga, de aquella Audiencia. Era de mano del mismo Rey y en Lengua portuguesa: A

Carta del Rey de Tidore.

«Extrañamente holgué con la carta de Vuestra Majestad, escrita á ocho de Noviembre pasado, porque en ella particularmente entendí las grandes veras que tuvo en acordarse de mí. Por ellas pague Dios á Vuestra Majestad largas prosperidades de vida, para el servicio del Rey mi señor; pues entiendo que tiene á Vuestra Majestad en esas islas, con deseo de aumentar á ellas; lo cual no ignoro que será lo mismo para esta fortaleza é isla de Tidore. Escribo al Gobernador y á esa Audiencia sobre el socorro que pido, pues tantas veces lo tengo pedido, siendo tan necesario que se acuda, que con esto se atajará el daño, que allá y acá pudiera después costar mucho al Rey nuestro señor. Vuestra Majestad me favorezca en esto, y en lo demás que para el bien de esta fortaleza fuere necesario, porque hará grande servicio á Dios y al Rey mi señor. Dios guarde á Vuestra Majestad en vida por muchos años. De esta isla de Tidore, hoy ocho de Marzo de mil seiscientos uno.—El Rey de Tidore.—(En letras arábigas, y luégo en portugués, el recado siguiente): El portador es Marco Díaz: dará á Vuestra Majestad un frasco con frasquillo de aderezo de latón morisco; envíolo á Vuestra Majestad para que se acuerde de este su amigo.» B C

Volvió á Tidore el Embajador con la primera moción, al principio del año de seiscientos dos, contento con la respuesta de su embajada, y el socorro que pedía de bastimentos y municiones, y algún número de soldados; pero más contento con la esperanza que se le dió de que en habiendo ocasión se haría desde Manila aquella jornada de Ternate con el aparato y fuerzas necesarias para quedar con victoria. D

En este tiempo escribió el Rey Jacobo de Inglaterra á Sultán Zaide de Ternate, rogándole que perseverase

A en las amistades antiguas, y de que los Ingleses edificasen colonias ó factorías en el Maluco. Pero el Sultán no lo quiso aceptar; y con aspereza se le quejó de que nunca Ingleses le hubiesen socorrido contra Portugal, y de que en Inglaterra hiciesen tan poca cuenta de las primeras alianzas que por medio de Francisco Draque se asentaron cuando el Rey Babú envió á la Reina de Inglaterra un anillo por ceremonia de su confederación, que le llevó el mismo Draque. Dícele que no podía admitir Ingleses contra la fe solemne que tenía dada al Príncipe Mauricio y la nación Holandesa, á quien ha-
B bía prometido que ninguna sino la suya probaría y cargaría los frutos de su tierra. Todo esto parece por copia de carta en lenguaje portugués, hallada entre los papeles del Rey de Ternate, el día que los nuestros se apoderaron de su Palacio; en lo cual se ha de notar el entrañable odio que muestra al Gobierno de Portugal, que jamás nombra los Portugueses, sin añadir luégo el título de enemigos mortales; y cuando á los Holandeses los llama mis amigos y libertadores, añadiendo que está muy contento esperando sus armas. Esta respuesta envió al Rey Jacobo con Enrique Mideltón, Ge-
C neral entonces de la Armada inglesa, en diez y ocho de Julio de mil seiscientos cinco. La verdad que del hecho resulta es que este Rey admite y, lo que más es, llama á sus tierras y á los frutos de ellas, todas las otras naciones para que se armen contra Españoles y contra el nombre Cristiano; y aunque por ahora publica los socorros que debe y confía de los Holandeses, si los viese declinar del poderío con que arman y navegan, los excluiría del comercio. Su esperanza y su religión mide solamente con las ocasiones, y toda su fe pende solamente de las utilidades que le traen los tiempos.







CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO OCTAVO

A Todo lo que de estos años adelante se contiene en las cartas y otros papeles, venidos del Maluco á la India y á Filipinas, se reduce á quejas, pedir más socorro, dar avisos, no todos ellos indignos de historia si no hubiéramos llegado tan cerca de la postrera jornada. Particularmente parecen cartas del Capitán de Tidore, Ruy González de Sequeira, para el Gobernador de Filipinas, en que se le queja de que habiendo enviado á Camboja cuatrocientos hombres, navíos y pertrechos, no teniendo Su Majestad que recobrar en aquellas islas, se contentase con socorrerle á él con solos veinte
B soldados. Represéntale estrechas necesidades, sin esperanza de que por vía de Malaca las alivie el Virrey: la falta de bastimentos, de armas y de todas las cosas más necesarias. Dále cuenta de cómo por su diligencia juraron por Rey en Tidore á Cachil Mole; cuán amigo *Cachil Mole, Rey de Tidore.* y fiel se muestra á la Corona de España, y enemigo de Ternates, y que siempre cuida de recobrar aquella fortaleza. Pide que envíe al Rey algún presente de artillería y otros dones, y que haga lo mismo con el Rey

de Sián, que es Cristiano y amigo nuestro. Adviértele de cuán frecuentes eran en aquellos mares las naves inglesas y holandesas, y de cómo había rendido algunas; y particularmente es de notar el suceso de una muy grande y rica de Zelanda, que habiendo hecho alto en Ternate, y contratando con aquel inícuo Rey en fe y seguridad, vino en que Ruy González ordenase que se le cortasen las amarras, y que serían los despojos para él. Consintiólo, haciéndose pagar tiranos precios. Hecho el concierto, y cobrado el cohecho, se arrojaron á la mar los que cortaron las maromas, y luégo acudieron los Ministros Reales, que se apoderaron de cuanto la nave traía, quedando hecha pedazos sin provecho. Asegura, que con cuatrocientos Españoles se podría efectuar aquella empresa de Ternate; y prométele que de las islas de Maba, sesenta leguas del Maluco, le remitirá un grande pedazo de ámbar, que se lo enviará por ser dón tan raro. Vuelve á dar avisos de galeones del Septentrión, y que uno, en espacio de cuatro horas que batió aquel fuerte, metió en él doscientas sesenta y una balas, de las cuales le envió una, y que derribó un gran lienzo de muralla que estaba rehaciendo.

Navío de Zelanda hace alto en Ternate con mal suceso.

A B

Inglaterra entre tanto molestaba las Indias Occidentales. Sentían sus invasiones, robos é incendios las ciudades y los navíos. Aquella parte sola, distrito de Don Pedro de Acuña, se defendía con el valor de su Capitán, y por la misma causa la respetaba el enemigo. Llegó Guillermo Parque, General Inglés, año mil seiscientos uno, á las costas de América, presidiadas y fuertes. Defendiéronse bien; pero en algunas prevaleció la crueldad de aquel hereje. En la costa de Cartagena cautivó á Julio, un pescador, al cual después dió libertad para que llevase á Don Pedro esta carta, escrita en imperfecta Lengua española: C D

Carta del General Inglés Guillermo Parque para Don Pedro de Acuña.

«Oyendo de la fama, nobleza y favor que á los extranjeros entretiene Usía, en particular á los de mi nación, el agradecimiento que es debido á Usía por esa grandeza, no quise dejar de manifestar. Lo mismo por mí á Usía, y agradecerlo, á quien largos años de vida con salud deseo, como á mi propia persona. Estos pocos renglones no quise dejar de escribir á Usía, no solamente por lo que tengo dicho, sino para avisar á Usía

A de lo que me ha sucedido en mi entrepresa. Fué Dios
servido entregarme un puerto del Rey, llamado Puer-
to Velo, que en mi poder lo tuve un día y parte de la
noche, adonde hallé ciertos caballeros, particularmente
el Capitán Meléndez, con algunos otros soldados del
presidio: dándole saque hallé muy poca hacienda; el
cual Capitán Meléndez peleó como valeroso soldado y
servidor de su Rey, y le mandé curar por mi Ciruja-
no, y llevar fuera de la casa adonde fué herido, tenien-
do ya en todas las casas puesto leña para quemarlas
juntamente con la villa. Aseguro á Usía, y le prometo
B de buen soldado, que por el valor y fama de que tuve
información de ciertos prisioneros que tomé, como del
Capitán Rolón y otros muchos, así en Puerto Velo del
Factor del Rey y Funes, y otros soldados que fueron
mis prisioneros, y los tuvo á bordo mi navío, y les dí
á todos ellos libertad, y dejé de poner fuego á la villa
solamente por la nobleza y fama del buen gasallado
que Usía hace á los extranjeros que caen en sus ma-
nos; y por eso ellos, á quien yo dí libertad, y junta-
mente la villa, pueden todos agradecer á Usía y que-
darle en tanta obligación como la villa y sus vidas va-
C len. El castillo y fuerte que la entrada tiene, el puerto
tan poderoso, fuerte de todos proveimientos, y artille-
ría, no fueron bastantes de enflaquecerme, desmayar-
me ni atemorizarme, porque salí con seis bajeles, y los
castillos no me hicieron daño alguno: por cierto los
Condestables y artilleros fueron hombres muy honra-
dos. Aviso á Usía de dos hombres Ingleses que falta-
ron en Santa Marta, há ya cerca de diez meses, por
nombres, el uno llamado Abraham Colens, y el otro
Tomás Hall: éstos ambos son espías para Cartagena.
Estoy bien con la traición, pero el traidor ahogado.
D Ahí envío ciertos hombres pobres, á tierra, que tomé
sobre esta costa: Usía les favorezca como es debido y
acostumbra. Y porque al presente no tengo otra cosa
que avisar á Usía, Dios Nuestro Señor acreciente los
días de vida con salud y estado, y á mí, ventura, como
puede y habemos menester, y yo deseo. De esta mi na-
ve á los veintiocho de Febrero de mil seiscientos uno,
por nuestro estilo.—De Usía, Guillermo Parque.»

Respondióle Don Pedro pocas palablas, pero sin que

la brevedad excluyese á la cortesía, y el corsario satisfe- A
Don Pedro de Acuña, electo Gobernador de Filipinas. cho pasó adelante. Había ya en este tiempo Su Majestad nombrado á Don Pedro por sucesor de Don Francisco Tello en el Gobierno de Filipinas, destinándole para las empresas que acabó. Parecióle al Rey conveniente deliberación, y fundada en toda seguridad; porque para gobernar los últimos confines de tan largo dominio, cuál sujeto se debe escoger, sino aquel en quien concurren valor y fidelidad, dos necesarios instrumentos para introducir el respeto y obediencia debida al Príncipe ausente, obra tan dificultosa en gobiernos distantes? B

Y pues la relación del valor de este gran caballero la podemos remitir á sus hazañas, y la opinión que sus enemigos habían concebido de ellas, pasemos á decir
Padre de Don Pedro de Acuña. algo de su calidad. Llamóse Don Pedro, por apellido Bravo, por ser hijo del Capitán Don Luis Bravo, el que en el campo del Emperador Carlos Quinto, nuestro Rey, el día de la muerte del Príncipe de Orange, pidió licencia para asaltar por su persona á San Desir, lugar fuerte en los paises de Flandes, ribera del río Matrona. Refieren las historias de aquella guerra, que oyéndolo algunos amigos de su padre lo procuraron estorbar, ó C
desviando al hijo del intento, ó suplicando al Emperador que le negase la licencia que pedía. Era su padre Sancho Bravo de Lagunas, caballero calificado en su origen, y por sus propios hechos, Veedor entonces en mar y tierra del Ejército de César y de su Consejo de guerra. Respetábanle todos con entrañable amor. Consideraban que no tenía otro hijo sino á Don Luis, y á cuán manifiesto peligro se aventuraba; mas él, sintiendo la traza de los amigos de su padre, sin dar tiempo al estorbo de la victoria que esperaba, tomó la vanguardia; asaltó el lugar con felicidad, aunque no sin temeridad. D
No degeneró Don Pedro su hijo, que los fuertes nacen de los fuertes, y el águila no engendra palomas. Llamóse de Acuña por su madre, siguiendo la costumbre de los Reinos de Castilla; en cuyas familias nobles, para renovar el esplendor de las calidades que se les juntan
Doña Isabel de Acuña, madre de Don Pedro Bravo de Acuña. por matrimonios, suelen aun los nietos resucitar los apellidos de sus ascendientes. Casó Don Luis Bravo con Doña Isabel de Acuña, hija legítima de Don Pedro de

A Acuña, llamado en aquellos tiempos el Cabezudo, biznieto del primer Conde de Buendía, casa de conocida antigüedad. De sus hijos Don Sancho Bravo, primogénito, que es hoy Adelantado de Ternate, tiene el Hábito de Alcántara; Don García el de Santiago; Don Luis el de Calatrava; Don Juan, del Colegio mayor de Alcalá salió para camarero del Serenísimo Archiduque Alberto, y es hoy Canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, ocupado siempre en otros oficios de la República eclesiástica. Nuestro Don Pedro fué de la Orden Militar de San Juan y Comendador de Salamanca.

Don Pedro de Acuña, del Hábito de San Juan y Comendador de Salamanca.

B Partió de Cartagena, dejando increible soledad y deseo de sí mismo en aquel Gobierno. Fué próspera su navegación. Llegado á Méjico y hospedado del Virrey Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, Conde de Monterrey, confirió con él la empresa y recuperación de las Malucas, comenzando por Ternate, cabeza de ellas. Llamaban á las juntas algunos Capitanes experimentados en aquellas provincias. Resultó de esto quedar el Conde Virrey aficionado á la empresa y al Gobernador que iba á ejecutarla: que no fué poco importante circunstancia para que las prevenciones que se hicieron en C Nueva España fuesen efectivas. Escribió Don Pedro al Rey nuestro señor, á su Confesor, al Duque de Lerma, y á otros Ministros graves, particularmente á los Consejeros Supremos de las Indias, largos discursos en razón de esta guerra: cuán árdua era, cuán verdadero y antiguo el oprobio de sufrir un tirano tan vecino. Decía que ningún navío (ni las provincias) podía asegurar del Maluco; y que si no fuera prometiéndose su recuperación no hubiera aceptado el cargo de Filipinas. Con tales despachos remitió á España al hermano Gaspar Gómez, Jesuita, y él se partió de Méjico; de donde en se- D senta días, con cuatro naves de Nueva España, llegó al puerto de Acapulco; de allí á las islas de Ladrones, ó islas de las Velas (por la diversidad de las muchas que se ven en torno de innumerables barquillos que salen á las naves). Era su derrota á las islas de la Carpana y á la de Guan, por no pasar algún tiempo sin beneficiar y obrar en utilidad de otros. Llevó intento de sacar de entre aquellos bárbaros la gente que hubiese quedado viva de la nave Margarita, que el año antes se perdió

Viene á España Gaspar Gómez, Jesuita, por orden de Don Pedro de Acuña.

Libra Don Pedro veinticinco Españoles.

en ellas con más de un millón y doscientos mil ducados; y como á la virtud nunca le falta materia, pudo librar veinticinco personas, de las muchas que allí se perdieron. Hecha esta piadosa obra, llegó en veintiseis días al embocadero de Filipinas, y dió fondo en Cabite, tres leguas de Manila. Fué recibido con increible regocijo universal. Puso luégo cuidado en informarse del estado en que su predecesor dejaba el Gobierno. Reconocióle en sus partes, y rehusó el de los Sangleyes, porque le pareció que excedían del número legal, y permitido por las órdenes reales. Algunos interpretaron en la exclusión de aquella gente que pretendió condenar el exceso de sus licencias, pero el tiempo les mostró luégo que tan útiles les fueron. Con Don Pedro, sin embargo de esto, llegó á opinión de todos la seguridad de las Filipinas, porque el crédito del Gobernador era tan grande como la necesidad de su provincia. Convenía que se cargase del Gobierno un Capitán práctico y de reputación y tan vigilante como Don Pedro. Cedióle Don Francisco Tello, el cual, quedándose en la tierra para dar la residencia, murió en Abril del año siguiente. Afligióse el nuevo Gobernador de ver la pobreza de la Caja y Tesoro Real, y su persona en obligación de conservar el crédito del Rey y el suyo particular. En esta consideración entran las Malucas, cuya reducción traía tan á su cargo; pero animóse creyendo que podría suplir con industria y trabajo la falta de la Hacienda. Acudía á las obras por su persona, como solía, así á las de Manila como á las de su comarca, fabricando galeras y otras embarcaciones de que había mucha falta en la defensa de la mar, infestada entonces de los corsarios y enemigos vecinos, en especial de los Mindanaos. Visitó luégo las provincias de Pintados, y acudió á las necesidades de aquellas partes. En una de estas visitas (además de las tormentas que su navichuelo con solo tres soldados padeció) le sobrevino otro notable peligro: veintidos navíos ingleses, ricos de las presas que habían arrebatado de las islas de aquel Gobierno, le procuraron embestir y prender; pero faltándoles la marea quedaron en seco y no pudieron remar. Vió Don Pedro, como de los muchos cautivos Españoles é Isleños, arrojaron más de dos mil á la mar, por aligerarse. Arroja-

Muere Don Francisco Tello en Manila.

A ron también una hermosa doncella Española, de edad de diez y siete años. Después salió contra ellos la Armada de Manila, y pudo prender algunos que fueron castigados: bien que el suplicio fué menor que su crueldad. Quisiera Don Pedro quitar presto los estorbos de la empresa que traía en el pecho, mas por el despacho de las cosas de Joló y del Japón, hubo de dilatar algunos meses lo que más deseaba apresurar.

Chiquiro, Embajador del Japón.

Era recién llegado á Manila Chiquiro, Embajador Japón, con un presente de los dones y obras de aquellos Reinos, con cartas y orden para tratar con el Gobernador
B amistades, y comercio entre el Emperador Japón (llamábase Daifusama) y las Filipinas y Nueva España. La vecindad de aquellas provincias, el poderío de los Reyes Japones, sus condiciones naturales, y otros respetos que la experiencia hacía dignos de reparar mucho en ellos, pedían que no se rehusase aquel comercio, y por los mismos fundamentos había opiniones que no convenía; pero empeñado una vez aquel Bárbaro en este deseo, no era fácil hallar un medio que sin causar celos ni desabrimientos asentase el negocio. Pedía, pues, Daifusama, que los Españoles contratasen en Cuanto
C (puerto de una provincia suya), y que se estableciesen amistades, para que los Japones pasasen á Nueva España; que el Gobernador le enviase maestros y oficiales que le fabricasen navíos en Japón para continuar aquella navegación en que Daifusama insistía, persuadido de un Religioso nuestro, de la Orden de San Francisco, llamado fray Jerónimo de Jesús, á quien el Rey Japón estimaba sumamente. Esta era materia grave, y por muchos respetos dañosísima para las Filipinas, en las cuales, la mayor seguridad que contra aquellas provincias han tenido en tantos tiempos, ha sido el carecer
D los Japones de navíos y de pilotos, y con esto ignorar el arte de navegar. Notaban los expertos que todas las veces que aquel jactancioso Bárbaro ha mostrado designio de armar contra Manila, ha quedado interrumpido por este impedimento; que enviarle entonces oficiales y maestros para que le fabricasen navíos españoles, fuera lo mismo que proveerlos de armas contra los mismos Españoles, y que su navegación se prevendría para la destrucción de Filipinas y Nueva España; que

eran los viajes largos de Japones inconvenientes, mas A
antes contrarios al sosiego. Considerando todas estas razones, el Gobernador Don Pedro de Acuña mandó hospedar espléndidamente al Embajador Chiquiro. Presentóle algunos dones para su Rey y para sí, y despachó un navío con otro presente moderado, porque no se arguyese temor si llevara demasía. Partió junto con el de Daifusama y su Embajador, ambos llenos de rescates. Las cartas de Don Pedro contenían largos agradecimientos por el gusto con que procuraba el establecimiento de mayores amistades; pero que, puesto que para los casos concurrentes al Gobierno de Filipinas él B
traía del Rey Felipe cumplidos poderes, aquella parte de su embajada, tocante á pedirle marineros y fábricas de navíos españoles, no la podía resolver sin dar cuenta al Virrey de Nueva España, ni el Virrey sin particular orden de Su Majestad; que le prometía de escribírselo, ayudando al efecto de tan justo deseo; pero que advirtiese que para el progreso y resolución del negocio, era forzoso aguardar más de tres años por las distancias y accidentes de tan largos viajes. Todo este despacho se ordenó que lo entregase de su mano á Daifusama el mismo fray Jerónimo: á él se le escribieron en C
secreto exhortaciones y reprensiones; y que significase al Japón lo que el Gobernador estimaba la voluntad que al comercio y amistad de los Españoles mostraba y lo mucho que por ellos hacía, animándole á proseguir la paz, la cual guardaría el Gobernador sin disminución; pero que desviase el ánimo de aquel Rey sutilmente de semejantes deseos y propósitos, y que no le facilitase ninguno de éstos, pues aunque por ventura en el que entonces reinaba no se encubría engaño ni otro mayor intento que el de la amistad, podía dañar mucho en tiempos de sucesor menos bien intencionado, el D
cual abusase de la navegación y la convirtiese contra el que se la enseñó. Prometía el Gobernador que enviaría presto otro navío con rescates, y que le diese esperanza de que en él irían maestros Españoles de embarcaciones españolas; que Daifusama tuviese paciencia; que considerase cuánto se ofendería él si Ministros suyos, sin consulta y orden suya, abriesen nuevos comercios.

Anégase el Embajador Japón.

A Con este despacho se volvió Chiquiro á Japón en su
navío; pero en la cabeza de la isla Hermosa revolvió la
mar contra él tan gran tempestad que le sorbió, sin es-
caparse la gente, mercancías ni armas; y fué en parte
tan desviada que hasta muchos días después no se supo
el suceso. Había Daifusama, á persuasión de fray Jeró-
nimo, dado licencia para que en sus Reinos se predicase
nuestra ley, para edificar nuestros templos y profesarla
los que quisiesen con pública autoridad. Dió orden el
Gobernador D. Pedro cómo se lograse indulgencia tan
importante, y para que no sólo pasasen descalzos Fran-
B ciscos, sino Religiosos de otras Ordenes. Abrazáronse
de los navíos y Capitanes Japones, llegados entonces á
Manila con harinas; la Orden Dominica envío al Reino
de Zazuma cuatro frailes, y por superior de ellos á fray
Francisco de Morales, Prior de Manila, diciendo cómo
los llamaba el Rey de aquella isla, que era solo el que
no había prestado aun obediencia á Daifusama; la Or-
den de San Agustín envió dos Religiosos, y por su ca-
beza á fray Diego de Guevara, Prior también de Ma-
nila: fueron al Reino de Firando; la de San Francisco
remitió á Nangasaqui á fray Agustín Rodríguez, testi-
C go de los martirios de sus compañeros en Japón, para
que en compañía de un fraile lego fuese al Miaco y
acompañase á fray Jerónimo de Jesús. Persuadían á
Don Pedro muchos que no desviase de sí estos Religio-
sos; pero aunque las persuasiones se fundaban bien y
se ofrecían dificultades en su partida, se determinó á
darles licencia: todo lo vence el celo de gloria verdade-
ra. Estos Religiosos no hallaron en las provincias mues-
tra de los deseos que les significaron. Muy pocos Japo-
nes se convertían, y menos se disponían, porque los
Reyes y Tonos (son Príncipes) no cobraban amor á
D nuestra Religión, ni estaban descontentos de sus simu-
lacros. Aspiraban á que se abriese comercio y á tratar
con Españoles por sus particulares intereses.

Religiosos nuestros van á predicar á las provincias del Japón.

Envia Don Pedro otro navio á Japón.

Don Pedro envió al Japón el navío que prometió bien
artillado: llamóle Santiago el menor; dióle Capitán y
marineros de experiencia y otros Oficiales; cargóle de
rescates, palo colorado, cueros de venados, seda cruda
y otros diversos. Mandóles que en el puerto Cuanto los
vendiesen y proveyesen á los Religiosos que hallarían

allí, y que con el retorno y licencia de Daifusama se volviesen. A

Con esto quedó proveído á todas las cosas del Japón, según el estado que tenía. Y sabido el naufragio y pérdida del Embajador Chiquiro, y por buena industria de fray Jerónimo, supo Daifusama la respuesta que él llevaba, y quedó satisfecho, y la predicación pasaba en sus tierras adelante. Don Pedro traía el pensamiento en la recuperación de las Malucas, y no por sus ocupaciones se descuidó de la empresa. Habíale escrito el General de aquellos mares por la Corona de Portugal, Andrés Hurtado de Mendoza, cómo tenía orden de Su B Majestad para llegar á la islas de Ternate, pero que no esperaba que su Virrey le proveería como para aquella empresa convenía. Para suplir esto le pedía que le socorriese, y le señalaba el tiempo. Don Pedro le respondió como deseaba, asegurándole que sería socorrido. Hallaron estas cartas al General Portugués en Malaca de partida. Respondió luégo á los despachos de veintidos de Septiembre y veintidos de Diciembre, lo mucho que los festejó: «Porque amo á Usía (dice) de corazón, sin haberle visto, por cuán gran Capitán es, y celador del servicio de Su Majestad, dejando aparte C las más razones que hay para ser yo de Usía. Mucho sentí la ruina de la nave y el suceso de la otra, por la falta que había de hacer á Usía el retorno que de ellas esperaba; mas de creer es que el Virrey de Nueva España, cuando viese la tardanza de estas naves la atribuiría á ocasiones grandes, y así le socorrerá con poder grande, que de tal Virrey no se puede esperar menos, porque me dicen es gran Caballero. Bien veo en mí lo que Usía me dice, porque al cabo de cinco años que ando en estas partes sin venirme ningún socorro de la India cuando esperaba que estas desórdenes tuviesen D término, y un socorro muy grande, me le envía el Virrey tan limitado como verá Usía por la lista de él, é inferirá cómo se sirve por estas partes á Su Majestad, para que Usía se lo escriba, y hagamos en conformidad que no se pierda esto en una hora.»

Carta del General Andrés Hurtado de Mendoza para Don Pedro de Acuña.

Tras esto se queja de que no le han remitido la carta de Su Majestad, ni tampoco tenía la suya el Arzobispo de Goa; y dice que quisiera más arar en Castilla la Vie-

A ja que hallarse á ser testigo del ruin estado de lo que lleva á su cargo. Y prosiguiendo, añade: «Díceme Usía que acercándome al Maluco me hará merced de tenerme aprestados trescientos soldados y al Capitán Gallinato, y á otro Capitán con dos galeras, cuatro bergantines y todas las carcoas necesarias. Yo no sé lo que Su Majestad ordena de mí; mas el tiempo, por pecados de este estado, pone las cosas de forma que he de ser forzado á acudir á las partes del Maluco, así para cobrar lo perdido como para conservar lo ganado; lo cual no podrá ser si no se juntan los poderes, el de acá y el de
B allá. Este año surgieron doce naves holandesas en la barra de Goa. Tomaron al Virrey tan descuidado, que estuvieron un mes surtas en la barra, sin ver cosa ninguna que saliese á echarlas de allí. Hicieron en la costa de la India grande estrago en navíos de mercaderes muy á su salvo. Vinieron de otro mar por la contracosta de Samatra á tomar el Boquerón de Sunda. Llegaron á Amboino siete de ellas, porque las demás se habían ya apartado. Entrando por la barra, envió el Capitán dos hombres á preguntar si venía allí Don Manuel. Las naves, cuando esto oyeron, fueron á surgir al pie
C de la fortaleza. Envió luégo el Capitán otros tres ó cuatro, y éstos hicieron el contrato de la entrega de ella. Concluído, llegaron los Holandeses. Abriéronles las puertas. Recibiéronlos dentro, sin aventurar un arcabuzazo ni disparar una bombarda. Juraron por Rey á Mauricio. Y el Capitán después de hecha la traición mandó á un negro suyo que le pusiese unos grillos, y dijo que los naturales del pueblo se los habían puesto. Después llegó aquí, y anda huyendo por los montes, y yo muerto por cogerlo á las manos, para hacer en él castigo ejemplar. Tengo ya en prisiones algunos de los
D casados que llegaron aquí, porque me consta que ellos y el Capitán son traidores y enemigos. Después que entregaron el fuerte al Holandés, lo reforzó de artillería y dejó en él ciento cuarenta hombres de guarnición, y mantenimientos para dos años. He tenido también aviso de cómo envió cinco naves sobre Tidore, y recélome mucho por las divisiones en que allá andan; y así despedí luégo dos galeotas bien pertrechadas de gente, municiones y bastimentos: permita Nuestro Señor que ha-

Doce naves holandesas en la barra de Goa.

Siete en Amboino.

Juran los de Amboino por Rey á Mauricio.

llen aquella fuerza por el Rey. Conforme á esto, si Su Majestad quiere enviar acá los galeones que escribe, y me mandare que asista á su servicio en este Sur, en todo caso he de pasar á esas partes; porque Amboino una vez en poder de Holandeses, otro día se pierde Tidore. Si estos Luteranos desde aquel puerto se fueren señoreando, lo que Dios no permita, desde allí darán fin á las cosas del Maluco y de la China, y con la ayuda de los Ternates, por fuerza han de molestar esas partes de Manila. Por lo cual todos, como Cristianos y vasallos de Su Majestad, debemos oponernos á una ruina tan grande; y ya que sucedió la suerte entre Usía y este su soldado, parece que en cierto modo quedamos ambos á dos obligados á trabajar mucho por recuperar estas partes del Maluco; y yo procuraré el suceso á costa de diez vidas si tantas tuviera. Y porque no tendré tiempo para avisar á Usía sino desde aquí á un año, desde luégo pido á Usía que mande aprestar la soldadesca que pudiere; la mayor cantidad de gente de la tierra, porque no nos falte en medio de la obra, y por mengua de ella nos sea forzado arrojarnos en manos y ayuda de traidores. Lo mismo pido cuanto á los mantenimientos, porque donde ahora estoy no hay ningunos. Mas pues el Capitán Gallinato lo ha visto todo y sabe lo que es necesario en aquellas partes, de que ya habrá informado largamente á Usía, supérfluo sería referirlo en esta; pues Usía me dice en la suya que me hace merced de dármele por compañero. Y él es tan gran Capitán, que ordenándole Usía que se apreste para esta jornada, trairá todo lo que entiende que para ella conviene. Aunque Su Majestad envíe muchos galeones y mucha gente, con esto no podré yo efectuar ninguna cosa en aquellas partes, porque para ello es lo principal armada de remo y gente de servicio, de que estoy muy falto. De la India no me puede venir, aunque el Virrey de ella tuviera mucha voluntad de enviármela; mas confiado en quien Usía es, y en lo que me tiene significado por sus cartas, tengo de ir haciendo esta jornada, entendiendo que lo hallaré todo tan aprestado, que en la hora que tuviere Usía aviso mío partirá de allá con puntualidad. Dícenme que Usía espera en esta tierra un Caballero que viene á hacer la conquista de Camboja.

A Si llegare, acuerdo á Usía que la mejor conquista de
todas es la del Maluco, en que se restauran las fortale-
zas de Su Majestad, donde este Caballero puede em-
plear su valor, y merecerle al Rey un gran premio. An-
tes que los Holandeses llegasen á Amboino, pasaron
dos naves inglesas, las cuales por una carta enviaron
á avisar al Capitán de la fortaleza, cómo tras ellas ve-
nían las de Holanda, con pretensión de ocupar aquel
fuerte, y así, que les advertían que peleasen, porque los
Holandeses que allí venían eran gente flaca y pusilá-
nime; que si fuese necesario pólvora, balas y todo lo
B demás, que allí se ofrecían prestos para dárselo, por
cuanto estaban ya de paces con España y quedaba en
Inglaterra para ordenarlas y establecerlas en nombre de
Su Majestad, el Condestable de Castilla, y por Emba-
jador ordinario el Conde Correo mayor. Aviso que les
quita á los rebeldes toda excusa.» Pasa la carta de Hur-
tado á otros particulares; recomendaciones de Religio-
sos y de Capitanes, y deslizándose por una gran cade-
na de cortesías, la remata.

Don Pedro, recibidos estos despachos, dispuso y
apresuró con más fervor todo lo necesario, instando en
C España y en Nueva España con el Virrey, y cualquier
plazo le parecía largo; mas como la aprobación de sus
consejos, y la fuerza para ejecutarlos, había de proce-
der de un centro tan distante, y obligado á la ocupación
de hacer lo mismo con tan extendida redondez, no fué
posible abreviar más la expedición. Luégo por cartas de
Don Pedro se hizo participante de esta determinación
el hermano Gaspar Gómez, cuyas inteligencias en esta
materia fueron siempre importantes, y él tan diligente,
que para beneficio de esta causa, con la facilidad con
que atravesara los senos que dividen aquellas islas, na-
D vegó en diversas partes, habiendo en Nueva España
solicitado al Virrey, y después en España á los Conse-
jeros y Ministros del Estado. Sus argumentos y moti-
vos eran los que diversas veces están tratados en esta
obra: dividir las riquezas del Sur en tres sujetos cier-
tos: piedras y perlas, metales, especería y drogas; que
todas estaban y corrían por enemigos Ingleses y Holan-
deses; que la especería que al Rey le había quedado era
la de Tidore sola, y ésta se perdería si no se le diese un

grande socorro con brevedad; y que con el mismo se A cobraría Ternate, Banda, Amboino y lo que se tenía en Celebes y Batochina, y las plazas usurpadas por los tiranos de Samatra. Todo esto mostraba el Jesuita con demostraciones, porque no fundaba alguna mínima noticia menos que en la experiencia.

El hermano Gaspar Gómez negocia bien en España.

Fué oído en el Consejo de las Indias y en el de Estado de la Corona de Portugal, y despachado para las Filipinas por Nueva España. Por otra vía mandó el Rey que el Capitán General Hurtado, tomando en Goa la Armada necesaria, se encaminase al Maluco por cédula particular, con la cual envió después, como habe- B mos visto, á pedir favor á Filipinas; y tál que de la junta de ambas partes resultase la expugnación del Maluco; pero por fuerza había de tardar el efecto, por estar ya Holandeses apoderados de casi todas las plazas reales del Archipiélago, y ocupar la muchedumbre de sus armadas, los puertos, ferias y contrataciones, y repartidas las factorías á comodidad y propósito de sus idas y venidas desde la India á su tierra. De estas facciones, por no pertenecer hasta entonces al Maluco más de las que se han referido, no trataremos ahora. Para poder con efecto estos dos Capitanes juntarse, entre C tantos estorbos, muchos tiempos y medios eran menester. Multiplicaban los avisos, y en ambas provincias no estaban ociosos. Al fin, sin embargo de esto, partió Hurtado de Goa en seis galeones, diez y ocho galeotas y una galera, con orden del Rey, y en su nombre del Virrey Arias Saldaña, para pelear con Holandeses y cualquier otro enemigo, para ir á Sunda á castigar á aquel Rey y los rebeldes de la Java. Mandósele que edificase presidios en ella, y compuestas las cosas de la India pasase á las del Maluco. Salieron todos animados á la obra, pero estorbáronla tempestades y temporales. En D el golfo de Zeilán perdió la galera y diez y siete galeotas que iban á cargo de Francisco de Sousa y Andrés Roíz, y en ellas el mayor poder para concluir sus intentos. Faltóle socorro tres años contínuos que prosiguió su navegación. En Malaca se rehizo como pudo; y en Diciembre de mil seiscientos uno tomó la derrota para Sunda, confiado en el socorro que esperaba del Rey de Palimbam, en la Java, amigo y confederado

Sale de Goa el General Hurtado para el Maluco.

Tormenta en el golfo de Zeilán.

Va Hurtado á Sunda.

A nuestro; pero hallóse defraudado, porque este infiel, no solamente no arrostraba á nuestra parcialidad, sino que era de la del de Sunda, á quien pensaba socorrer, como luégo lo cumplió, con treinta mil hombres. No por esto desmayó Hurtado. Pasó la vuelta de Sunda, reservando para otro tiempo el castigo del Rey de Palimbam. En aquella barra descubrió siete naves holandesas: fué necesario seguirlas, aunque casi en vano por su grande ligereza. Con todo esto, el galeón de Tomé de Sousa Ronches peleó con cinco de ellas, y, sin perder un soldado, mató muchos Holandeses; solo quedó el navío

Hurtado descubre otras siete naves holandesas y las vence.

B rotas las jarcias, y no fué posible barloar con el enemigo, el cual huyó cebando á los nuestros con la fuga, y desviólos tanto, que de ningún modo pudo Hurtado volver á tomar la barra, aunque surgió en paraje desde el cual pudiera cobrar el puerto. Fué particular providencia, porque ni el enemigo dió muestras de querer esperar, y habían ya discurrido ambas las barras, y así teniendo presentes las lágrimas y gemidos de los Capitanes y Cristiandad de Amboino, puso la proa hácia aquellas islas; á las cuales, sin que le retardasen algunas victorias que tuvo de camino, llegó á diez de Febrero.

Huye el Holandés.

Hurtado llega á Amboino.

C Los de la tierra y fortaleza se alteraron, juzgando que eran enemigos; pero hecha la señal en la Capitana, reconocieron la Armada cristiana. Extendióse la alegría, y quedó el puerto lleno de gente regocijada. Hurtado puso la mano lo primero en la fortificación y reparos del fuerte y de los navíos; fabricó cuatro naves, dos galeotas y doce carcoas. Partió sin perder tiempo á hacer guerra á los Itos y otros lugares rebelados contra la fortaleza, y envió por tierra á José de Pinto con doscientos Portugueses. Dió la Armada vuelta á la isla, y reposó un mes en la ensenada llamada Bacacio. Tejeira,

Expugna á los Itos.

D Capitán mayor de la fortaleza, iba delante en buen número de carcoas para poner en razón algunas poblaciones rebeldes, en particular á las edificadas sobre las montañas que llaman Gunos, donde corren excelentes aguas dulces, y forman selvas extendidas de naranjos. Reconocieron estos lugares su obstinación, y llegaron á dar la obediencia: de cada pueblo venían seis ó siete personas de las más principales; cada cual traía una bandera y tres bacías de metal lucido, grandes y precio-

Ríndense los Gunos.

sas, y dentro de ellas un poco de tierra y ramos floridos de clavos, en señal de que entregaban la tierra con las cosas más preciosas que produce. Algunos traían cabras y gallinas y frutos de sus patrias, denotando lo mismo. **A**

Sabía Hurtado que entre los levantados de Amboino y los Holandeses había secreta confederación, que para tomar aquella fortaleza y la que nos quedaba en el Maluco habían de aportar diez naves; y hallábanse tan prendados en el concierto, que viendo los de Sunda que el General Hurtado daba las velas para estas partes hicieron ellos lo mismo, y á diez de Marzo asomaron las diez naves á vista de las islas, y tres de ellas trataron con los de la tierra, aunque con el temor de nuestra Armada se desviaron á la isla del Burro, y las siete á las de Banda para pasar al Maluco. Todo esto supo Hurtado en la ensenada por inteligencias no inciertas, y por las del Padre Luis Fernández, Rector de la Compañía de Jesús, el cual era recién llegado de Tidore con cartas de aquel Rey y de los moradores de la Cristiandad que allí viven, en que le daban la enhorabuena de su llegada y priesa para que los socorriese, porque ya tres naves, de las siete que se le escaparon en la Sunda, estaban juntas en Ternate. Supo también que estas tres naves habían descubierto un viaje para socorrer aquellas fuerzas por entre Borneo y Macasa, en que se acorta un año; y que Ternate se fortificaba sin consentir que Holandeses la dejasen, obligándolos á la guerra que esperaban. Hurtado daba priesa á la de Amboino, rindiendo cada día poblaciones rebeladas; mas los de Rosatelo, edificada en sitio alto y bien fortalecido, viendo nuestros bateles y carcoas, abrasaron todo su fato y alhajas, y últimamente las casas, y se recogieron á otro pico ó montaña más alta, donde ya tenían sus mujeres é hijos, á la cual no se podía subir sino atando á los árboles ciertas rotas, que son cañas delgadas correosas que sufren nudos como cordeles, asidero tardío é inútil; y no por él quedaba el monte menos inaccesible; mas calando los nuestros por unas quiebras, de allí á dos días la entraron. Viéndose los rebeldes perdidos, acudieron á recibir al vencedor con banderas blancas, aunque su Rey no se fió de él, y alargó la fuga á partes más desviadas. **B** **C** **D**

Diez naves holandesas á vista de los Isleos de Amboino.

Naves de Holanda en Ternate.

Viaje más corto para el Maluco desde Malaca.

Los de Rosatelo abrasan el lugar y se pasan á otro.

Huye el Rey de Rosatelo.

A Los infieles de Ito, soberbios con la compañía de Holandeses, esperaban que en desembarcando los Cristianos habían de quedar rotos. Mas viéndose ya destituídos del socorro de las diez naves que pasaron de largo, y Rosatelo rendido, no perdiendo el ánimo por el ejemplo, libraron su salvamento en el sitio y cumbres de los montes. Abandonaron la mayor ciudad, que propiamente se llama Ito, y la fortaleza que en ella habían levantado los Holandeses. Recogiéronse con toda su gente en lo más alto é inexpugnable de la tierra, llamada Nao y Bemnao, dos oteros uno sobre otro, como **B** gabia sobre gabia; de los cuales se descubre cerca la playa, aunque por lo torcido de las sendas dista media legua. Nao es por todas partes peña tajada, con riberas frescas que lo cercan. Por tres se puede entrar, pero tan dificultosamente que apenas treparán lagartos por ellas. En estas entradas fabricaron tres trincheras dobladas, con su terrapleno en medio, y muchos versos de bronce, y medios falcones que los defendían. En cada una mucha gente de guardia enarbolando banderas, y todo género de armas ofensivas y para defenderse, de que Holandeses tienen proveído el mar del Sur. Sobre **C** todo amenazaban con infinitos peñascos, que dejados caer, por ser de tan alto, alcanzan y magullan un ejército. Todo el poder del enemigo se reducía á este sitio, y al lugar puesto en el primer otero, edificado en una redondez grande que él forma, como una villa de Europa, con casas á su modo capaces. Toda la tierra florida de árboles del clavo, semejantes á nuestros olivos, pero más copados; entre los cuales subían ramos de las palmas lozanas y mansas, y por lo bajo todo género de plantas de espino, naranjos, limones, cidros, zamboas, seis ú ocho fuentes, lanzando cada una hermosos gol- **D** pes de agua. Toda la montaña parecía una generosa casa de placer. Sobre ella se descubría el lugar de Bemnao, que quiere decir hijo de Nao, aventajado del otro en la población y en el boscaje. Llegó aquí el General el Domingo de Ramos, y mandó hacer una trinchera y asentar el Real con pabellones, para defenderse del sol y de la lluvia, que algunas veces cae no esperada; y que un Amboino, de los enemigos, que poco antes había caido en sus manos, acompañado de otros fieles,

Los de Rosatelo se defienden en lo más alto de la montaña.

Sitio de Nao, y los rebeldes en él.

Hermosura de la tierra de Nao y Bemnao.

Hurtado asienta el Real á vista de Bemnao.

llegase á saber el designio de los de Ito, y á enseñar el A
camino. Llegados á poderles hablar, habiendo excusado la Embajada, respondieron: que ellos eran vasallos del Rey de Ternate, y á él sólo reconocían; que habían de tratar con Holandeses y con las Naciones que les pluguiesen; que también venderían el clavo á los Españoles, y que el Rey de España tenía larga la garganta. Tras esta respuesta comenzaron á disparar su artillería. Los nuestros sufrieron la injuria y el furor; mas el General, disimulando lo uno y lo otro, mandó que el lunes siguiente un Capitán reconociese el sitio, porque los nuestros se desmandaron á llegar á sus trinche- B
ras, y fueron rebatidos con arcabuzazos y pedradas, y mal heridos se retiraron el monte abajo. La noche siguiente envió doscientos hombres, para que al cuarto del alba ganasen un monte frontero de la trinchera del enemigo. Ocupáronlo, y en declarándose la luz rociaron nuestros arcabuces al enemigo, tanto que le desbarataron; y con dos versos que los nuestros también subieron, con designio de hacer otra trinchera. Hízose al fin, y con diligencia mudaron la noche siguiente los versos, acercándose para hacer mayor estrago. Guardaba este paso Gonzalo Vaz de Castelbranco. Estos, de C
noche, hablaron con el enemigo, y le aseguraron que la siguiente le ganarían el fuerte, como le ganaron; porque miércoles por la mañana mandó el General tocar al arma, para subir él en persona al monte donde los suyos estaban, dejando en lo bajo á Trajano Ruiz de Castelbranco con cincuenta hombres en guarda del Real; aunque sin resolución de acometer aquel día el fuerte, sino de disponer la gente y estancias. Tomando sobre esto acuerdo con sus Capitanes, en medio de las consultas llegó á ellos Gonzalo Vaz con un arcabuzazo peligroso en una pantorrilla, y cinco heridas grandes, D
vertiendo sangre por ellas: los soldados que le vieron, impacientes dieron muestra de querer acometer. Donde el General estaba sonó una voz, que el enemigo venía victorioso dando sobre los versos y estancias de los nuestros, y tomando consejo de la misma necesidad, dijo en altas voces: Santiago! infundiéndoles á los soldados tanto ánimo en ellas, que arremetieron luégo con furia y alegría, trepando por aquellos peñascos lisos con pies

Respuesta soberbia de los de Ito.

Ganan ciertos Capitanes de Hurtado un fuerte del enemigo.

Arremete Hurtado á los enemigos.

A y manos. Los atambores y gaitas bárbaras sonaban en los oidos, y los arcabuces y bombardas en las rocas. Los enemigos arrojaban piedras, con que derribaban y herían á los nuestros, y muchos rodaron sin poder evitar las caidas. Piedra hubo que llevó dos y tres soldados por una ladera, hasta topar en un árbol. Privó de los sentidos á un Capitán un guijarro con haberlo recibido con una rodela de acero, mas luégo le vieron sobre los reparos del enemigo. Los gritos, el Santiago! y el orgullo rompían los aires. Muchos rodando desclavaron puntas agudas, de que estaba el suelo armado, y B luégo como aves los veían encumbrados peleando. Los que guardaban el Real miraban la batalla con envidia, entre los cuales un Religioso Dominico se puso de rodillas á rezar la Letanía, respondiéndole toda la gente; y oyóle Dios, pues antes de acabarla vieron nuestras banderas altas y arboladas, y las del enemigo arrastradas, derribados el fuerte y reparos. Un gallardo Cristiano, llevando la primera de nuestras banderas, le echó mano un Amboino, y aunque estaba atravesado de un arcabuzazo, de que luégo murió, la defendió valerosamente; pero sin embargo de esto, y de que le socorrió C su Capitán, hubo de quedar el infiel con un pedazo de la asta, que en la victoria fué cobrado. Los Amboinos, viendo destruídas sus fortalezas y arrastradas sus enseñas y armas, se retiraron á la parte más alta, dejando en ésta solos tres hombres, que acabaron peleando loablemente obstinados. Allí no se hicieron fuertes, antes desamparado el pueblo y las haciendas, colgándose por precipicios y derrumbaderos, se salvaron los más; y aunque habían quemado sus bienes, quedaron muchos de valor y de consideración. Mandó el General que se curasen los heridos, que sin los que traspasaron aque- D llas estacas agudas, de que estaba sembrado el campo, llegaron á más de doscientos. Alcanzada esta victoria se desanimaron los de la isla, tanto que todos rehusaron las armas y el llegar á ellas. Nueve lugares juntos se sujetaron el día siguiente, y los de aquel distrito los imitaron. El General descendió victorioso. Edificó entre aquella amenidad altas enramadas y un altar, en que el día de Pascua se cantó la Misa y Oficio solemne en hacimiento de gracias, dando el vasallaje al Señor, que

Oración en el campo cristiano.

Victoria de los nuestros.

Sujétanse los lugares de Amboino.

Hurtado hace por la victoria gracias.

Arrasa el fuerte de los Holandeses, y da la obediencia el Rey de Ito.

reparte ó suspende las victorias por sus juicios. El fuerte de los Holandeses fué arrasado, el cual mostraba en diversas partes los escudos con las armas del Conde Mauricio. Llegó también á rendirse el Rey de Ito, llamado en la Idolatría Talete, y después Don Melchor, Cristiano renegado, que huyó en la toma del Rosatelo. Entregó su persona y la de un insigne Caciz que traía consigo de grande reputación entre ellos. A

Ciudad de Veranula en la isla.

A esta victoria quiso Hurtado juntar las que esperaba en Veranula, isla grande é isla vecina. Partió de Amboino con toda la Armada, y aportó en Veranula en la ciudad del mismo nombre, populosa, y el más fértil terreno de clavos en todas aquellas partes. Está edificada por lo largo de la playa sobre una roca bien alta y tajada, que parecía muro con torres y sobrados. Las casas altas de techos y azoteas. Una mezquita labrada de tres naves espaciosas y autorizado aposento para la lección de su Alcorán. Dentro de la ciudad, en sitio bien dispuesto para la defensa, el fuerte de los Holandeses, fabricado de piedra, redondo y cubierto. Otra fortaleza más adelante también de piedra, con muchos reveses, rebellines y garitas: esta era del Rey de Ternate, tirano de esta parte de Veranula. En surgiendo en ella nuestra Armada, llegaron los principales de la ciudad á decir al General que se querían rendir, mas que dudaban de ponerlo por obra por miedo de los Ternates; que le suplicaban les dejase juntar su consejo, y que al otro día volverían con la respuesta. Hurtado se lo concedió, enviando con ellos dos Amboinos de crédito. La respuesta fué ponerse en huída, por no atreverse á esperar el ímpetu de los que venían vencedores. Tiraron una bombarda en señal de lo que hacían; y el General, certificado de la fuga, mandó desembarcar la gente y poner á saco la ciudad. Tenían ya recogido los de Veranula lo lucido y precioso de la hacienda, y con todo eso hallaron en alguna casa más de treinta mil escudos, en otras menos, y en diversas otras alhajas; muchos versos de bronce y arcabuces, colgaduras y loza de China, vidrios de Flandes, gran cantidad de clavos reales. Después de saqueada la ciudad le pusieron fuego y ardió algunos días. Arrasaron las fortalezas de Ternates y Holandeses. Supo el General por algunos cautivos,

Huyen los de Veranula de Hurtado.

Incendio y saco de la ciudad.

A cómo esperaban los de Veranula, de estas naves que se descubrieron, grandes socorros contra nosotros, y cómo venían en ellas cien hombres para el presidio de esta ciudad, y otros ciento para el que se derribó en Ito. En seguimiento de los Ternates fueron algunos soldados nuestros hasta Lacidecabello, lugar adonde se embarcaron en muchas embarcaciones, huyendo la vuelta de Ternate.

Mamalá se rinde á Hurtado y otros lugares.

Tras esto llegó á dar la obediencia la ciudad de Mamalá, y con su ejemplo muchas otras. Quiso Hurtado, acabada esta empresa, volver á Amboino, y estando ya
B de partida llegó Francisco de Sousa Teve, al cual con diez Portugueses cautivaron poco antes naves de Holanda. Vínose á juntar en Banda á las cinco con que Hurtado se encontró en Sunda. Allí le dió avisos de importancia, de cuán infestados hallaría los mares que le quedaban hasta el Maluco, de aquellos nuevos navegantes septentrionales. El Capitán mayor de los Holandeses hospedó con grandes regalos á Francisco de Sousa, despachándole con armas y matalotaje para su camino, bien que por precio de quinientos escudos que por él y por sus compañeros pagaron ciertos pueblos
C gentiles de la isla, á los cuales Hurtado satisfizo sin detención toda la cantidad. El General Holandés escribió á Hurtado con grandes cortesías, pidiéndole que tratase bien á los suyos, como él trataría á los Españoles cuando los encontrase. Respondióle Hurtado, sin dejarse vencer del término, y envióle libre un mancebo Holandés que fué cautivo en Ternate.

Dan la obediencia al Rey los vencidos en manos de Hurtado.

Reducidas estas islas, señaló Hurtado el día en que los Gobernadores de ellas llegasen á jurar obediencia y vasallaje al Rey nuestro señor, por ganar el tiempo y seguir el curso de sus victorias. Vinieron con ostenta-
D ción y sujeción, y por prendas de la enmienda y de la fe que renovaron, fué entregado al General un buen número de mancebos, hijos de los más poderosos, por rehenes: y la paz y el perdón se celebraron con fiestas. Volvió la predicación del Evangelio á sonar libremente: catequizáronse muchos Idólatras y Mahometanos; y no aguardando otras provincias la guerra, acudieron á reconocer al vencedor, el cual desde Amboino prevenía la empresa del Maluco.

Rehenes de los bárbaros.

Restitúyese el Cristianismo.

Los que huyeron á Ternate dieron cuenta de la pérdida de las villas y fuerzas que aquel Rey poseía en Amboino, y de cómo el General Hurtado públicamente se aprestaba contra aquellas islas, acrecentándose con las victorias. No sin fruto oyó el Rey estas nuevas, porque luégo reforzó sus navíos y los baluartes de sus fuertes, y llamó á los Javos y Mindanaos para esperar cualquier acometimiento. A vueltas de los estruendos de guerra y de los tratos que para ella pasaba con los Holandeses, tuvieron lugar los de su gusto. Concluyó su casamiento con la Reina Celicaya, la que en todos los casos le ha seguido, hasta en la última fuga de su Reino. Era de muy poca edad, de tan extraordinaria hermosura, que la desearon todos los Reyes de la India por esposa, y la pidieron á su padre el Sangaje de Motiel; pero concedióla al de Ternate, como al mayor, más poderoso y respetado. Llegado el plazo de las bodas, en que vino la esposa acompañada de sus deudos, padre y cuñados á Ternate, y de muchas compañías de gente armada, fué recibida con estruendo de la artillería, músicas, instrumentos de sus ritos y fiestas, las cuales duraron muchos días con prodigalidad; pero sobre todas ellas, era la presencia de Celicaya la gracia con que atraía los ojos y los ánimos, mezclada con cierta blandura, que infundía esperanzas en los que la trataban: cosa que pudo diversas veces desautorizar á su esposo; y que si esta no fuera historia obligada á la verdad de la conquista, nos había dado larga materia para escribir la benignidad de su inclinación, sus amores y fuerza eficacísima para conservarse en gracia del más agraviado: cosas todas extendidas en las pláticas y en las relaciones.

Casamiento del Rey de Ternate con la Reina Celicaya.

A B C

El tiempo y la necesidad obligaban al General Hurtado á instar en el socorro que se le aprestaba en Filipinas. Dista Amboino ochenta leguas de ellas, y así desde allí envió al Padre Andrés Pereira, Jesuita, y al Capitán Antonio Brito Fogaza, por Mayo del año mil seiscientos dos. Llegaron á Cebú á veinticinco de Julio; partieron de allí á Manila á seis de Agosto; entraron en ella á cinco de Septiembre. Don Pedro de Acuña holgó mucho con su venida; preguntóles (tanto era su deseo y curiosidad, mas antes envidia generosa) menu-

Pasan á Filipinas con embajada de Hurtado el Padre Andrés Pereira y Antonio Brito.

D

A damente de las jornadas del General Hurtado; y como
en sus cartas se remitía á su relación, ellos se la dieron
extendida, y ejecutaron su embajada, cumpliendo cada
uno con el oficio que profesaba. No dilató Don Pedro
el despacho. Juntó el Consejo de guerra, en el cual se
acordó que sin dilaciones se enviase á Hurtado el so-
corro que pedía, aunque fué necesario acomodarse á
las necesidades de la tierra. Despachó con este acuerdo
á las provincias de Pintados, dando orden al Capitán
Juan Juarez Gallinato, Cabo de ellas, para que prove-
yese todo lo necesario para la jornada, y que su perso-
B na, con la infantería más bien disciplinada, saliese de
Cebú y fuese á la villa de Arévalo, plaza dedicada para
juntar en ella la Armada. Gallinato lo puso en ejecu-
ción, y por otra parte envió á Otón una nave para car-
gar toda la parte que pudiese del socorro. Llegó á Otón
á veintiocho de Octubre, y el mismo día salió Don Pe-
dro de Manila para Pintados, por dar con su presencia
mayor priesa al despacho de la Armada, que ya estaba
casi puesta á punto en Otón, donde arribó á trece de
Noviembre; y era de tan fogoso espíritu, que sin emba-
razarle las jornadas de Joló y Mindanao, y el ver los
C naturales de estas islas repartidos en escuadras, en las
de los Pintados, robando y matando los vasallos de Su
Majestad, juntó el socorro y lo entregó á Juan Juarez
Gallinato, y le nombró por General y Cabo de él en
esta jornada.

Envia Don Pedro de Acuña socorro á Hurtado para la empresa del Maluco.

Don Pedro acude á la expedición del socorro.

Gallinato, Cabo de la jente del socorro.

Luégo como el General Hurtado despachó por el so-
corro á Manila, dejando presidiados y castigados los
de Veranula y Amboino, partió la vuelta de las Malu-
cas con cinco galeones, cuatro galeotas y doce carcoas,
y su gente victoriosa, aunque en aquellos mares son
tan frecuentes las infelicidades de la navegación, que
D ni la ufanía de los buenos sucesos, ni el refresco pro-
veído después de las victorias se les lucía en los sem-
blantes. Arribó á Ternate con esta Armada á diez de
Agosto, pero no hizo más que mirarla y pasó á Tido-
re. Reconoció la fortaleza, animó á los soldados de
ella, y de la manera que la prudencia le enseñó usó de
la persona y ministerio de aquel Rey; el cual, por más
que él se esfuerza á persuadirnos su fe y amistad, no la
confirma con efectos, y cuando más nos persuade nos

Hurtado llega con su Armada á Ternate y después á Tidore.

deja dudosos. Dejó Hurtado los galeones en Tidore, y con la Armada de remo partió seis leguas de ella á la isla de Maquién, sujeta al Rey de Ternate; pero tan cansada de esta sujeción que en viendo á nuestra Armada llegaron de tropel al puerto los que la gobernaban, cercados de los naturales, con sus hijos y mujeres, con los dones que la ocasión les trajo á las manos, y algunas banderas que luégo tendieron á los pies de Hurtado, y se le sujetaron y entregaron la tierra. Saltó la gente en ella pacífica al son ordinario de sus gaitas y bacías; y habiendo los Portugueses buscado algunos Holandeses en vano, porque quisieron más fiarse de su fuga que de la benignidad del Capitán, se supo cómo pasaron á Ternate. Fué reconocida la isla, y en la parte que más á propósito pareció, edificó Hurtado á toda diligencia un fuerte: perfeccionóse con todas las leyes de fortificación, y después de acabado metió en él un Capitán con cincuenta hombres, á los cuales dejó bien armados y proveídos, y una galizabra. El después, con el resto de la Armada, volvió á Tidore: allí la recogió toda más enteramente y reparó los navíos; partió la vuelta de Ternate al puerto de Talangame, donde surgió y estuvo desde fin de Octubre hasta mediado Febrero que le llegó el socorro de Manila. Acúsanle algunos de haber estado mucho tiempo sin hacer facción alguna; que dejó volar las ocasiones sin quitar los bastimentos ni correr la tierra del enemigo, y que sólo con esta diligencia le hubiera vencido sin disparar un arcabuz, y pudiera fácilmente estrecharlo. Pero en las acciones de tan grandes Capitanes lo más seguro es presumir que fueron movidos á ellas de alguna justa causa oculta que de respetos culpables. Es certísimo que en Maquién, sabiendo que andaba no lejos de la isla una Armada de enemigos en veintidos carcoas, por no perder la ocasión en otras diez y ocho suyas embarcó ciento setenta y dos Portugueses, los mejores de su Armada, y nombrándoles cabeza los envió aprisa á buscar los bárbaros. Pero con mostrarse tan briosos los soldados, que cada uno prometía pelear con seis carcoas, cada cabo lo quería ser de todos, y la falta de disciplina les quitó la victoria. El enemigo pasó por ellos y lo miraron sin dispararle un tiro. La Armada bárbara, viendo

Los de la isla Maquién se rinden á Hurtado.

Huyen Holandeses á Ternate.

Hurtado fortifica en Maquién.

Hurtado en Tidore.

Envía Hurtado gente contra cierta Armada enemiga.

A B C D

A su desorden, revolvió con diligencia, y dando una rociada á los Portugueses, prendió una carcoa con catorce hombres, los cuales degolló luégo á vista de los compañeros, y fué ventura no seguir la victoria. De aquí nació el edificar el General el fuerte en Maquién. Pero el Rey de Ternate reparaba los suyos con el ingenio de veinte Holandeses, empleando provechosamente el tiempo y el ocio de los ocho meses que Hurtado le dió. Fabricó máquinas y defensas entonces y después á vista de nuestro campo.

Mal suceso de ciertos soldados sin disciplina.

Acabada de juntar en Filipinas la Armada, pertre-
B chos y bastimentos, se entregaron por los Oidores y Fiscal de la Audiencia á Gallinato, que fueron: mil fanegas de arroz limpio, trescientos novillos de carne, doscientas tinajas de vino, ochenta quintales de clavazón y pernería, cuarenta de pólvora, trescientas mantas de ilocos, setecientas varas de lana de Castilla, cien agujas de vela, treinta botijas de aceite. El número de la gente: doscientos soldados, ciento sesenta y cinco arcabuceros, treinta y cinco mosqueteros, veintidos marineros y algunos pilotos, un Maestre, tres artilleros en Santa Potenciana, y veinte grumetes; cuyo gas-
C to cada mes, de todo este aparato, llega á veintidos mil doscientos sesenta pesos. Hecho esto por parte del Gobernador y de la Audiencia, requirieron al Padre Andrés Pereira y Capitán Brito, que partiesen con el socorro, teniéndole á punto Gallinato con las banderas y Capitanes Cristóbal Villagrá y Juan Fernández de Torres. Quedóse la Compañía del Capitán Don Tomás Bravo, sobrino del Gobernador, hijo de Don García su hermano; mas el Capitán vino y sirvió con valor en la jornada. Embarcóse la infantería en la nao Santa Potenciana, y en las fragatas San Antón, San Sebastián,
D San Buenaventura y San Francisco. Salió la Armada del puerto de Iloilo á veinte de Enero de mil seiscientos tres, y llegó al de la Caldera en Mindanao á los veinticinco, donde hallando algunas inteligencias de aquellos enemigos, se detuvo hasta veintiocho; luégo navegó la vuelta del Maluco, y á los siete de Febrero se reconoció la isla de Siao, y el día siguiente al amanecer la de Taolán, cuatro leguas de ésta. Allí se perdió la fragata San Antón en un bajo de la isla, que dió mayor

Socorro que envió Don Pedro al General Hurtado.

cuidado á la Armada. Hizo Gallinato diligencias por que no pereciese la gente: envió al Capitán Villagrá, el cual la salvó las armas y piezas de artillería; lo demás quedó en la mar. Prosiguióse el viaje, y á trece de Febrero se reconoció la isla de Ternate. A catorce entraron en la de Tidore, donde les dieron relación de la llegada de Andrés Hurtado. Allí reposaron poco por juntarse con él. Saliendo con buen viento llegaron á Ternate, y aportaron en Talangame, una legua de la fortaleza, á los diez y seis del mismo. Saludáronse las Armadas con muestras de amor y los Generales hicieron lo mismo, y se dieron cuenta de los tiempos, viajes y fuerzas recíprocamente, hasta llegar al estado presente; del cual, de uno en otro discurso, se formaron disputas, y Gallinato esforzaba que se debieran quitar los bastimentos al enemigo, ordenando que nuestras carcoas bojaran la isla, porque tenía grande necesidad de ellos, y que con el tiempo que le había dado la pudiera remediar. Hurtado se defendía con otras razones. Antes de saltar en tierra pareció necesario reconocer la fuerza del enemigo, para lo cual se acordó que los Capitanes Cristóbal Villagrá y Gonzalo Sequeira llegasen á ella disimulados en una carcoa, con bandera de paz, como para hablar al Rey y tratar de paces ó de otros medios. Llegaron estos dos Capitanes, y salieron los enemigos sabiendo á lo que iban, y enviáronlo á decir al Rey. Respondió que no les podía dar audiencia aquel día y que volviesen el siguiente. Habiendo vuelto la gente de la ciudad, les salió á recibir. Vinieron entre ellos Cachil Sugui, Cachil Gogo y Cachil Quipate, tíos del Rey, los cuales le volvieron á decir que habían llegado aquellos Capitanes por mandamiento de Su Alteza. Esto se le dijo á las nueve de la mañana, y con estar á seis pasos de la ciudad dió la respuesta á las cuatro de la tarde. La cual fué: que si no llegaban allá Hurtado ó Gallinato, no había de hablar con otro alguno; que los Capitanes que habían venido tratasen con los suyos lo que querían, y el daba por rato y bueno lo que ellos respondiesen. Oída por los Españoles esta resolución, y supuesto que su fin era reconocer la fortaleza, el Capitán Villagrá se determinó, y fingiendo ocasión entró por el matorral y reconoció todo cuan-

Gallinato y la Armada de Manila con Hurtado en Ternate.

A to por aquella parte pudo, más por extenso de lo que en tan breve término pudiera prometerse. Volvieron al campo y contaron al General lo pasado. En efecto, salieron á tierra; y aun entonces le suplicó Gallinato que mandase salir en corso las embarcaciones ligeras para quitar al enemigo los socorros. Y á las que por sus ruegos salieron les sucedió tan prósperamente, que encontraron un copioso y armado socorro de gente y bastimentos en dos juncos y una campana grande, y se apoderaron de él, matando y cautivando la gente, que era mucha y bien armada. Continuaron el rodear la is-
B la, animados del primer favor, y con este ejercicio cerraron el paso á todo socorro. Comenzaron los enemigos á sentir el hambre y á enfermar y á morirse de ella. Comían yerbas y otros sustentos débiles, y muchos, (particularmente las mujeres) no pudiendo sufrirla, huían confiadas y necesitadas á nuestro campo; y si pudieran los demás hicieran lo mismo. Hurtado á veintisiete de Febrero, en la playa del enemigo, donde los nuestros estaban surtos, tomó la muestra de su gente. Gallinato refiere que se entristeció de verla, porque á su parecer no era ni para aquel acto: los más mucha-
C chos enfermos del berber, y poco diestros en el manejo del arcabuz, y pocos le traían, sino escopetillas de caza sin mosquetería; y todo prometía desventurado suceso. Eran cuatrocientos veinte soldados, repartidos en cuatro compañías. El día siguiente dió también su muestra la infantería Castellana de Filipinas en el mismo puesto, á vista de Hurtado y sus Capitanes. Salió Don Tomás armado, y de una pica, en vanguardia, con toda la mosquetería: tras él, cada compañía distante en orden y en tiempo; venían todos á formar tres cuerpos experimentados y lucidos en grande concierto, y del
D valor que luégo se mostró. Entraron en consejo para saltar en tierra. Primero de Marzo propuso el General de palabra (y dijo que nunca lo acostumbra por escrito) cómo había tanto tiempo que esperaba casi ocioso, librándolo todo en el socorro que había llegado; y que pues Don Pedro lo había remitido tan cumplido, no era justo perder el tiempo. Respondióle Gallinato representando la gravedad del caso, y que mirase que no había prevención alguna con que comenzar la obra, y

Muestra de los soldados del General Hurtado.

Muestra de los Castellanos.

tocando puntos vivos, de que le advirtieron algunos A
Saltan los Españoles en tierra. Capitanes Portugueses. Conferidas las opiniones, al fin se tomó resolución de saltar en tierra, porque todos los pertrechos estaban á punto, presuponiendo por ventura que la fuerza del enemigo era fantástica, y que de solo ver nuestro ejército en su tierra se había de rendir. *Contrario parecer de Gallinato.* Gallinato sintió siempre lo contrario, porque la flaqueza que él mismo estaba viendo no le podía engañar, y por no quedar corto, aunque súbdito, bien que muy respetado, escribió una memoria de lo necesario para el designio de que se trataba. Puso en ella hasta espiques para llevar la artillería, los cuales en tanto tiempo no se B
cortaron; de donde se infiere (decía Gallinato) cuánto menos se debió de ejecutar lo demás. Acabado el consejo dijo Hurtado á Gallinato, que tenía trazado que en desembarcando acudiesen de guardia doscientos Portugueses con una compañía de Castellanos. Gallinato le suplicó que le diese licencia para ir en la vanguardia, diciendo que iría no por cabeza sino por soldado, pues se preciaba de serlo suyo. Pidióselo con grandes encarecimientos; pero Hurtado, acostumbrado á saber estimar tales deseos, le respondió, que si él iba aceptase la compañía de su misma persona. Replicóle Gallinato que C
su persona la pusiese en el puesto que era razón, pues tanto importaba, y que se sirviese de concederle la vanguardia. Por entonces no vino en ello, pero al otro día él y su Almirante le hablaron, diciendo que por consejo *A Gallinato da Hurtado la vanguardia.* del mismo Almirante le daba la vanguardia, y que así le pedía que la llevase con la cantidad de gente que había señalado. Gallinato la aceptó y estimó como debía. Saltaron en tierra á tres de Marzo, y al tiempo de ordenar el campo para marchar, quiso Hurtado poner dos de sus banderas, y otra Castellana en vanguardia con trescientos hombres, y las otras tres en retaguardia, y el es- D
tandarte de Cristo y su persona en batalla. Gallinato fué de opinión, que en aquel puesto fuesen todas; mas el *Nuestro campo busca al enemigo.* General siguió la contraria. En esta orden comenzaron á marchar en busca del enemigo, llevando Gallinato á su lado al Capitán Don Tomás; el cual, este día (como lo dijo él después en carta para Don Pedro) y los demás, mostró muy bien ser hijo de tal padre, y estas canas con la ayuda de su brazo estuvieron muy hon-

A radas, y yo bien defendido y seguro. Aguardaba el ene-
migo con más de setecientos hombres en un sitio fuer-
te y seguro, porque la playa por donde los nuestros
marchaban era poca ó ninguna por ser pleamar, y por
haber á la banda de tierra una barranca muy alta, y
encima de ella un zacatal alto y cerrado que no se po-
día romper. (Zacatal es campo lleno de espesas yerbas,
tan altas que se pueden esconder entre ellas muchos
hombres y ganados: es la espesura mayor que la de los
carrizales de España; llamáronle zacatal del nombre
zacate, que es aquella yerba robusta casi como las ca-
B ñas.) Por esta poca de playa, llena de peñascos y mal
dispuesta, cabían en orden solos tres hombres, partici-
pando del agua el de la banda de la mar. Este paso tan
estrecho ocupaba el enemigo, y allí le servía de trinche-
ra tál, que atravesaba todo el sitio hasta el agua un ár-
bol grueso cortado para aquel efecto. Tras él, y por en-
cima de la barranca, entre el zacatal, se descubría toda
la gente con mosquetes, arcabuces, campilanes, baca- *Campo de los Ternates.*
caes, lanzas arrojadizas, ollas de pólvora y piedras, que
no eran las armas con que menos ofendían á los nues-
tros. Tenían también cinco versos en este puesto, con
C los cuales en algunos encuentros breves mataron cinco
Castellanos, y después en más recios trances hirieron
á diez y seis Portugueses; y las heridas fueron tales,
que en breves días murieron de ellas. Confiesa Gallina-
to que en este día vió su honra á peligro de perderse,
porque las banderas y lo restante corrieron notable ries-
go. El enemigo peleaba á su salvo, y ofendía tanto á los
nuestros que en el primer acometimiento que Gallina-
to hizo, cargaron con tanto ímpetu los Ternates que
perdimos lo ganado. Volvió Gallinato á mirar las ban- *Gallinato arremete al puesto del enemigo con poca gente, y le gana.*
deras que le acompañaban en la vanguardia con los tres-
D cientos hombres, y hallólas á sus espaldas, y muy poca
gente con ellas. Por este respeto, segunda vez que oyó
el Santiago! para ganarle, no fué posible sino volver á
retirarse, porque cada vez se hallaba con menos gente,
y al postrer acometimiento no llegaban á veinte solda-
dos. Al fin avergonzando á los tardíos, y como con
alientos nuevos, arremetieron tan apretadamente que
ganó el puesto y los cinco versos. Todo lo perdió el Ter-
nate, con la mayor parte de la mejor gente. Siguió Ga-

llinato el alcance hasta que descubrió la fuerza. Hizo luégo alto, y trató de que nuestro campo quedase atrincherado. Púsose por obra, y estorbóla el enemigo dos veces, echando su gente para que atajase el plantar los cestones y divertir á los que trabajaban; pero ambas veces se retiró con pérdida de los suyos. Después de acabada la trinchera envió Gallinato á avisar al General que viniese á ella. Vino y alojóse con toda su gente, trayendo el estandarte de Cristo y sus banderas. El día siguiente le pareció que sería bien pasar adelante el alojamiento. Tomóle Gallinato á su cargo, y con su gente hizo la trinchera, doscientos pasos de la fortaleza del enemigo. Allí estuvieron algunos días. Y como á Gallinato entonces no le tocaba más que obedecer, unas veces advertía de su parecer, y todas cumplía el que se le ordenaba. Así lo hizo cuando le comunicó el General que sería bien fabricar otra trinchera más adelante, donde se pusiese la artillería. A nueve del mismo, antes de reconocer el fuerte con los suyos y con cien Portugueses, acudió á abrir la trinchera, poco más de cien pasos de la fortaleza, por cuya vecindad todos vieron con cuán notorio riesgo se intentó. Acrecentábalo la confusión del ruido que se levantaba hinchiendo los cestones. Otro día se trajo á ella la artillería. que era cuatro piezas, dos esperas, que echaban trece libras de bala, y dos camelos, que diez y seis. Estos camelos (así los nombra la milicia Portuguesa) son tiros cortos de poco efecto para batir. Además que las balas eran labradas de piedra, y en dando el golpe en la muralla se deshacían: sólo para tirar á las casas eran de provecho. Viendo esto Gallinato dijo al General, que pues antes de saltar en tierra le dijo que traía artillería, la mandase sacar y plantar para batir, pues aquélla no obraba más de lo que había visto. Respondió que toda la que traía se reducía á la que tenía presente, porque la mejor había dejado en algunas plazas que cobró el año pasado; y otra tál por recios temporales no la había podido traer. Puesta al fin, y encabalgada, se comenzó la batería; pero como tan poco suficiente para este efecto, bombardeaba al aire, porque el enemigo estaba superior, y fuerte con un Caballero de piedra, que es el de Nuestra Señora, á la banda de la mar. Al pie de la cual le defendía un rebe-

Hacen los nuestros otra trinchera.

Balas de piedra débiles.

Batería nuestra de poco efecto.

A llín, con siete piezas gruesas que hacía, y amenazaba
mayor daño á nuestro campo. El Caballero era todo
terraplenado de cuatro brazas de alto, y una media de
ancho; todo lo cual se terraplenó y levantó con sus en-
sanchas por industria de los Holandeses, que ayudan á
esto desde que contratan con aquel tirano. Por la ban-
da de tierra corría la muralla hasta el baluarte de pie-
dra llamado Cachil Tulo, fortificado por de fuera con
maderos gruesos, en el cual tenían tres piezas grandes
y dos en la muralla, desde este baluarte al de Nuestra
Señora. Toda esta fábrica miraba á la parte donde se
B alojaban los nuestros. Asimismo tenían estos fuertes
mucha cantidad de falcones y versos; y como lo más
firme que se batía era este Caballero, sin otro fruto que
aquellos golpes más llenos de estruendo que de furor,
mandó el General que cesase la batería. Domingo á
diez y seis salió el enemigo de su fuerte, entre las cua-
tro y las cinco de la tarde, con el mayor poder de gen-
te que tenía para acometer y ganar esta trinchera don-
de estaba nuestra artillería. Acometióla por tres partes,
repartiendo la gente por la del monte, por la frente y
por la banda de la playa. Por la del monte vinieron más
C de ochocientos Ternates con campilanes, y en la van-
guardia casi otros tantos Javos con picas de veinticinco
palmos, en escuadrón cerrado. Por Capitán de todos un
gallardo mozo, primo hermano del Rey, llamado Ca-
chil Amuja, hijo de Cachil Tulo. Acometieron cuatro-
cientos por la frente, y por la banda de la mar otros
tantos, cada escuadrón con sus Capitanes; los cuales á
un tiempo dieron sobre la trinchera con tanto ánimo,
que si los que la guardaban no estuvieran tan apercibi-
dos quedara el enemigo con ella. Teníanla á su cargo
los Capitanes Pinto y Villagrá, y sin embargo de la va-
D liente defensa, Manuel Andrés, Sargento de Villagrá y
Alonso Roldán, Cabo de escuadra y otro Portugués,
que mostró gran valor, murieron peleando: todos pa-
sados con las picas. Luégo se conoció la ventaja por los
Españoles. Primero la sintió el enemigo que volvió las
espaldas, dejando muertos en el campo los Capitanes
que su Rey estimaba, y se retiró á la fortaleza. Con es-
te suceso se hizo otra trinchera más cerca del fuerte pa-
ra batir el rebellín, de donde con siete piezas nos ofen-

Fortificación del enemigo.

La muralla del enemigo.

Sale el enemigo del fuerte con mucha gente.

Cachil Amuja, primo del Rey de Ternate.

Victoria de los Españoles contra Ternate.

dían, no obstante nuestro reparo, el cual hicieron los A
Capitanes Villagrá y Sebastián Suárez. Jueves estuvo casi acabada la trinchera, y como vecina causaba tanto cuidado, que el Ternate la comenzó á batir con toda su artillería; con poco efecto, porque los cestones y terrapleno de la parte de dentro sufrían mayores combates. De aquí argumentaron la pujanza y poder de este enemigo y la dificultad de la empresa.

Bate el Rey Ternate nuestra trinchera.

Consejo de guerra de Hurtado con los Capitanes Castellanos y Portugueses.

El General á veintiuno de Marzo llegó á la trinchera, y convocando á los Capitanes Gallinato, Villagrá, Antonio Andrea, Juan Fernández de Torres, Gonzalo de Sequeira, Sebastián Suárez de Alberguería, Esteban B
Texidias, Gaspar Pacheco, el Almirante Tomé de Sousa Ronches, Luis Melo Sampayo, Jácome de Morales, Don Lope de Almeida, Ruy González, Trajano Rodríguez Castelbranco, Antonio de Brito Fogaza, Juan Pinto de Moraes, Don Tomás Bravo, y sacando un libro misal les pidió lo primero que jurasen sobre él á los Santos Evangelios, que de lo que allí les propondría y del acuerdo que sobre ello se tomaría, hasta que tuviese efecto, no hablarían ni lo publicarían en otra forma. Juráronlo todos, y luégo tras el juramento propuso:

Propone Hurtado su designio y el estado de la guerra.

«He juntado á vuestras mercedes para decirles el es- C
tado en que hoy me hallo, en que me tiene puesto este cerco. Dos años ha que salí de Goa, y en el discurso de mi viaje en diversas ocasiones he gastado mucha suma de municiones. De suerte que cuando el otro día saltamos en tierra, me hallé con solas diez pipas de pólvora y veintinueve barriles que me enviaron de Manila. Después que puse el pie en tierra, como se ha visto, se han gastado en refriegas, con las baterías que hemos tenido, tanta cantidad que me hallo con mucha parte menos de la mitad. Los muertos, heridos y enfermos de nuestra infantería, los que hoy están fuera del campo, son D
ciento treinta; y los demás, como la experiencia lo va mostrando, adolecen del berber á gran furia. Los bastimentos, con haber tomado el arroz que trajeron de Manila las fragatas, son tan pocos que no durarán más de hasta principio de Junio. Las naves y resto de la Armada, por parecer de los pilotos, corren grande riesgo donde ahora están surtas, porque acabada esta luna, por la fortaleza de los tiempos y vientos, será imposible

A tener seguridad, sino mudándola á otra parte. No hay ninguna sino Tidore. El enemigo está tan pujante y fortalecido como vemos, pues en todo cuanto le habemos batido se han hecho tan débiles efectos, y si algún daño considerable recibe lo remedia con mucha gente. La amistad que el Rey de Tidore prometió en servicio de Su Majestad ha salido tan falsa, que ninguna cosa de las que con él se han tratado, con ser tan justas y útiles para él mismo, ha hecho, sino sólo con palabras liberales. Las obras hasta ahora están por ver. Yo tengo harta experiencia. Sólo pretende engañarnos y entretener-
B nos, para que poco á poco nos maten la gente, y de esta manera, cuando el enemigo no pueda, nos consuma el tiempo. Apurándole hoy que hiciese algo, que mostrase ahora ser amigo y vasallo de Su Majestad, me respondió, que sí haría, pero que diésemos bastimentos á toda su gente, porque él no los tenía. Para cualquier mínima facción piden pólvora y plomo, con fin de acabarnos la poca que nos queda, y para las cosas que son de servicio no hay gente que las haga. Los pocos Amboinos que traje para esto, con el mucho trabajo, los unos se han vuelto á su tierra y los otros al enemigo.
C Los que han quedado no son suficientes, y lo más que hasta hoy se ha hecho se debe á la infantería, la cual se siente tan cansada que no está de provecho. El enemigo espera navíos holandeses, los cuales sabe él ya que están en Banda, y por las relaciones estoy informado que los ha llamado; y si viniesen, para cualquier intento serían de grande estorbo. Supuesto, pues, lo que tengo tratado, con el cargo del juramento, pido á vuestras mercedes, y á cada uno en particular, me den sus pareceres, para que sobre ellos pueda resolver lo que debo hacer para cumplir con tan grandes obligaciones como
D las que tengo.»

Votos y respuestas de los Capitanes.

A ruegos de los Capitanes dió el General Hurtado esta proposición escrita, aunque se excusó primero. En efecto se escribió; y los votos de los Consejeros, de los cuales la mayor parte de los mismos Portugueses la contradijeron, y aunque porque cada cual votó con motivos distintos debiera dar alguna noticia de ellos, todavía porque los más se conformaron con el parecer de Gallinato, bastará poner su respuesta.

Respuesta de Gallinato con largo discurso de la guerra.

«Juan Suarez Gallinato, Cabo de las provincias de Pintados, y los Capitanes que me acompañaron, respondiendo á la proposición de Usía, decimos: Que cuanto á la necesidad que representa de la pólvora la juzgamos por esencial, pues es forzoso pelear con ella; y la artillería, mosquetería y los arcabuces sin ella no son armas, sino estorbos: y así conviene tomar resolución y acordar, por qué parte, en cuánto tiempo y qué cantidad se podrá consumir de la que hay; de manera que prometa buen suceso, pues vemos el poco fruto que se ha sacado de la que hasta ahora se ha consumido. Considerando que se ha de reservar una grande parte para pelear en la mar con cinco galeones holandeses que se están aguardando, á los cuales es fuerza, si vienen, salir una parte de nuestra Armada á pelear con ellos, porque si esto no se hace les meterán el socorro, que por poco que sea, solos cien mosquetes nos serían de mucho daño, además que se perdería grande reputación en no salir á ellos. A

»A las enfermedades de la gente, á las muertes y heridas, decimos: Que la guerra trae consigo esas lástimas, y que vemos cuán apriesa va enfermando el ejército, por lo cual será necesario dar priesa á la obra; mas de manera, que por apresurarla no corra peligro, ó que por la tardanza acabe de enfermar el ejército. A la necesidad de bastimentos, nos parece que se haga tanteo de los que hay, cuánto se gasta cada mes, y de esta manera se podrá con tiempo dar orden en lo que conviniere; porque de otra, cuando pensemos tenerlos nos hallaremos sin ninguno, y la hambre nos ofenderá más que el enemigo.

»Al riesgo de las naves, con que pilotos amenazan, y que será bien pasarlas á Tidore, respondemos: Que si la Armada se levanta de donde está, resulta en notable daño de este ejército, porque en ella tiene presente todo lo necesario, y con su ausencia le faltaría todo; además que si los enemigos la vieren partir han de cobrar nuevo brío; y si vienen los Holandeses y hallan el puerto desocupado, claro está que lo ocuparán ellos. Lo otro, si la Armada se desvía, no ha de ir con ella una gran parte de los soldados para su guarda? Pues para quién es conveniente dividir nuestras fuerzas, y más siendo

A tan pocas y los soldados tan enfermos? Además que no
hay acá donde guardar los bastimentos, pues las aguas
de día y de noche los destruyen. Estando en la Armada
se les trae de ella á los soldados lo necesario, conserva-
do y sano, cada día. También los pilotos y vecinos de
Tidore dicen, que hasta más de mediado Abril están
las naves seguras en el puerto. La pujanza del enemigo
habemos experimentado, y creemos que le sobra gente,
artillería y municiones conforme á las nuestras; y los
Capitanes, y los que de su campo se nos han venido,
lo confirman; pero tampoco se debe negar que del pri-
B mer día que se peleó, según han dicho los prisioneros y
heridos, salieron á defendernos el paso mil hombres,
los mejores de Ternate, con cinco piezas, y en puesto
que de nuestra parte no podían pelear sino dos solda-
dos, y ellos con tantas ventajas le perdieron con caída
de mucha gente, como pareció por los cuerpos muertos
esparcidos en la playa, donde también perdieron la ar-
tillería; pues también se vió aquel día que salieron á dar
en el fuerte de Santiago, que estaba á cargo del Capi-
tán Villagrá, y con estar los nuestros desapercibidos
les quebramos las cabezas y degollamos la flor de sus
C Capitanes; de manera, que es sin duda el quedar dis-
minuídos, y también lo es que los aprietan hambre y
enfermedad. Y aunque con ayuda de Holandeses, y su
gran sufrimiento, rehacen los reparos, y con la artille-
ría se fortifican, se puede contraponer remedio á estas
dificultades, que sin ellas no sería guerra la que hace-
mos. Bien sabemos la dudosa fe del Rey de Tidore;
pero qué prudente Capitán no ha sabido pasar por ta-
les accidentes, y disimulado hasta mejor sazón con los
tibios y desleales? Además, que antes de saltar en tie-
rra se advirtió la neutralidad de este Rey, y que aspira
D á entretener la guerra en odio del Ternate, más que en
amor de nuestra nación. La falta de la gente de ser-
vicio supliremos nosotros. Gastadores seremos, como
hasta aquí, y soldados: que igualmente son honrosas la
azada y la espada en milicia tan justa; y de nuevo ofre-
cemos nuestras personas y las de nuestros soldados para
todos los ministerios á que nos obligare el servicio de
Dios y del Rey. Es, pues, nuestro parecer que al mo-
mento se lleven los galeones: los dos surjan entre el Ca-

ballero de Nuestra Señora y San Pablo, y batan por A dentro el Caballero, y los otros la casa de San Pablo, la fortaleza y población; porque por fuerza han de huir los que le guardan dentro, pues la defensa del parapeto de piedra no es más que aparente, sino la que mira á la campaña; y nosotros, en empezando á batir los galeones, batiremos el rebellín del Caballero, donde están las siete piezas, que sin duda se desharán en dos horas, pues nuestro fuerte de San Cristóbal las sujeta, y es no más que de una braza de ancho. Finalmente, señor, la falta de bastimentos, la de la salud, la venida de Holandeses, el orgullo de los cercados, y todo cualquier B inconveniente, se vence con la celeridad de la obra. Nosotros estamos prestos para todas. A Usía toca el hacer experiencia de lo que prometemos. No será justo desamparar en un punto las reliquias de la Cristiandad del Maluco, y las esperanzas de cobrar lo perdido, que tantos años há que se procura, con dispendio de tantos millones, vidas y honras de las naciones de Europa, con volver las espaldas á tan santa porfía.»

Deshace Hurtado el consejo y sigue otro parecer.

Esta respuesta se alarga en el papel firmado de los Capitanes á darle satisfacción en todas las dudas; y de palabra discurrieron á otras que los Capitanes Portu- C gueses hallaron, aconsejando la retirada; mas el General, agradeciendo á los unos y á los otros el celo con que le aconsejaban, disolvió la Junta. Y sábado á los veintidos tomó resolución, cuyo efecto reservó para el día siguiente. Aquella noche retiró la artillería, y en la del domingo al cuarto de la segunda, comenzó á marchar el campo la vuelta de la playa, á la parte donde estaban las embarcaciones para recibir la gente. La vanguardia llevó el Almirante Tomé de Sousa; el batallón, el General con sus Capitanes; la retaguardia con la mosquetería, Juan Suárez Gallinato, con los Capitanes Don D Tomás Bravo, Juan Fernández de Torres y Cristóbal Villagrá: con esta orden se fué embarcando la infantería, y acabó al amanecer. A la misma hora llegaron á las naves dos Holandeses Cristianos de los que estaban en la fortaleza del enemigo, que huyeron de ella. Entre las nuevas que dieron á los Españoles, dijeron la gran fuerza y defensa de gente y artillería del enemigo: que tenía treinta y seis piezas gruesas, encabalgadas en el

Embárcanse todos los Españoles.

A rebellín, junto á Nuestra Señora; siete en el baluarte de Cachil Tulo, tres en medio, y dos en el Caballero; en San Pablo tres, en la fortaleza principal ocho; tres en Limatao, otras tres en aquel baluarte, y cerca de él otras cuatro. Este día trató Hurtado de llevar su Armada la vuelta de Amboino, y por no tener aguada lo difirió cuatro días, y en ellos hubo lugar para que Gallinato tratase con él; que pues se partía, dejase la fortaleza de Tidore proveída con suficiencia, pues sin socorro no se podía sustentar. Respondió que deseaba dárselo, y que sentía el no poder: que desde Amboino supliría B esta falta. Por otras necesidades concernientes al servicio de Su Majestad intercedieron, á que les dió la misma respuesta. Propúsole que mirase cómo quedaba la fortaleza de Maquién, á que se debía particular consideración, porque dejaba en ella cincuenta hombres y un Capitán con la Galizabra, y que era forzoso sustentarla ó desmantelarla. Dijo que ya él había enviado á derribarla, y que entendía que ya estaba arrasada. Con esta resolución, despedido de los Capitanes, jueves á veintisiete de Marzo se hizo á la vela, enviando al Gobernador Don Pedro una carta en que le refiere los su- C cesos de esta jornada. Pocas cláusulas de ella podrán ser intérpretes del ánimo y consejo de tan prudente Capitán, como lo muestran sus hazañas pasadas y presentes; porque no es creible que sin grandes causas dejase la empresa de Ternate imperfecta. «El socorro, dice, que Usía me envió llegó á tiempo, mediante el favor divino; que él fué el que dió esta Armada á Su Majestad, y las vidas á todos los que hoy las tenemos. Por lo sucedido en esta jornada entenderá Su Majestad lo mucho que debe á Usía, y lo poco que al Capitán de Malaca, pues él fué parte para no hacerse el servicio de Su Majestad.

Hurtado la vuelta de Amboino.

Que Maquién se desmantele.

Parte de la carta que el General Andrés Hurtado escribió á Don Pedro de Acuña.

D Cuando llegó el socorro que Usía me envió, estaba esta Armada sin ningunas municiones, por haber dos años que había salido de Goa, y tenerla toda consumida en las ocasiones que se habían ofrecido. Supuesto esto, porque no se imaginase que por mí quedaba el efectuarse el servicio de Su Majestad, me puse en tierra; la cual cobré, con perder el enemigo mucha gente suya. Puse las postreras trincheras cien pasos de la fortificación del enemigo; planté cinco piezas gruesas de batir.

En diez días de batería se arruinó un pedazo grande de A un baluarte, donde estaba toda su fuerza; y en ellos se consumió toda la pólvora que traía esta Armada, sin quedar algo de ella con que se pudiese cargar la artillería una vez. Y si se ofreciese (que no lo dudo) encontrar alguna escuadra de Holandeses, hame de ser forzoso pelear con ellos, siendo esta la principal causa por que levanté el cerco, teniendo al enemigo en mucho aprieto, así por hambre, como por haberle muerto en el discurso de la guerra muchos Capitanes y mucha gente. Por aquí juzgará Usía el estado en que yo puedo quedar.» Alárgase esta carta en las quejas de los Gober- B nadores de la India. Promete á Don Pedro, que si en Amboino halla socorro, y no le obligaren á que acuda para darlo á otras partes del Sur, volverá á las del Maluco, aunque sea acudiendo á rehacerse en Malaca. Alaba y encomienda los Capitanes Gallinato, Don Tomás, Villagrá y los otros comilitones, con que concluye la carta.

Gallinato entró en Tidore, donde tuvo aviso que aunque el fuerte de Maquién estaba desmantelado, era solo un baluarte; de manera que si el enemigo lo quisiese ocupar podría con facilidad, y que lo ponía en plática. C Con esta relación habló al Rey de Tidore y Capitán mayor para que se encargasen de aquel cuidado, de sustentar ó derribar aquel fuerte; para lo último dieron comisión á un Capitán, que llegado á ejecutarla cargó la Galizabra de dos mil quintales de clavo y se vino á Tidore con gran gusto de los Portugueses de aquella isla. En este tiempo el Rey de Ternate reparaba las quiebras de sus fortalezas y levantaba nuevas defensas, abriendo los ojos á peligros ignorados. Su gente es belicosa, con la cual y con la de Holanda juzgaba su Reino inexpugnable. Grandes efectos se pudieran esperar si hubiera D seguridad en los de Tidore; mas ellos y Ternates dicen nuestros Capitanes que se entienden. Á diez y siete de Abril trató el Rey de Tidore con Gallinato, que pensaba con su licencia hacer paces con el Ternate. Respondióle que mirase lo que convenía á su estado, sin detrimento del servicio de Su Majestad.

Quiere el Rey de Tidore tratar paces con el de Ternate.

Este mismo día llegó á Tidore el Sangaje de la Nua, en el Reino de Bachám. Es Cristiano, y con ocasión

de venir á servir á Su Majestad en la jornada pasada, visitó á la Reina de Tidore, muchacha hermosa, hija del Rey de Bachám, que vivía descontenta de ver que el Rey su marido amase más á otra mujer anciana y menos noble. Traía el Sangaje comisión y fuerzas para robarla y llevarla á su padre, porque ya ni quejas, ni ruegos, ni otros medios habían obrado enmienda. Luégo á cuatro de Mayo aportó una hermana del Rey, á título también de visitar á la sobrina y componerla con el Rey su marido. Ocupados ella y el Sangaje en estos conciertos, saliendo á merendar con la Reina moza, y apercibido el aparato conveniente, se embarcaron dando velas la vuelta de Bachám. Quedó el Rey de Tidore desesperado, impaciente, receloso de nueva guerra; aunque después se compuso esta diferencia con suavidad, para lo cual se puso de por medio Cachil Maluá, persona principal de Bachám.

Caso particular tocante al Rey y á la Reina de Tidore.

A veintidos de Mayo se supo en Tidore que el Rey de Ternate había armado en su puerto cincuenta carcoas, y esperaba las naves holandesas. Hacía fiestas, como triunfos, por la retirada de los Españoles. Fué necesario dejar alguna gente y bastimentos en la fortaleza de Tidore; con lo cual, habiendo Gallinato escrito en navío de aviso al General y Gobernador de Filipinas, se partió del Maluco tomando para ellas la derrota. Este fué el suceso tan prevenido y amenazado, referido por mí con indiferente afecto, investigadas y aun presumidas algunas causas para justificar la acción de un tan excelente Capitán como Andrés Hurtado, preguntándolas á los mismos Capitanes que se hallaron en los asaltos y en los Consejos. En ninguno de ellos, ni en los memoriales y papeles del mismo General, se halla ni se rastrea más de lo que parece por los que van insertos. Pero estos juicios no son para el escritor.

Fuerza de Tidore con bastimentos.

En este año á los primeros de Abril fué electo Presidente del Supremo Consejo de las Indias Don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos y de Andrade, Marqués de Sarria, cabeza de su familia (cuya real antigüedad es tan conocida), sobrino y yerno del Duque de Lerma. En su primera edad le acreditaron esperanzas, desempeñadas después por sus obras. Era entonces Gentilhombre de la Cámara del Rey nues-

Don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, Presidente de las Indias.

tro señor. Con las opiniones y discursos del mundo le A acaeció lo mismo que en sus tiempos á Cipión, después Africano, con el Senado de Roma, que dudó de cometerle obras árduas por verle de poca edad. Mas presto mostró la experiencia en el Conde (como en Cipión), que la prudencia, sazonadora de las otras virtudes, se suele anticipar á las canas. El descender de prosapias nobles ó plebeyas, no cae sobre méritos algunos del descendiente. Mas la fuerza del ánimo y del ingenio de este Príncipe creció favorecida de tantos dotes naturales, que nacido en cualquier parte pudiera él por sus manos fabricarse su misma fortuna. Ninguna noticia B pública ni privada juzgará alguno que le falta. Resplandece en la magnanimidad constante, en sinceridad urbana, pero mezclada con la justicia que alabamos en la severa aspereza de algunos varones antiguos. Sobre estas virtudes carga (mas antes se entraña en ellas) la Religión, el celo de su aumento y de la consonancia universal que resulta del sosiego público. Y en éste ejecuta el servicio de su Rey, con atención, con ansia, sin intermisión, sin fines ni respetos propios. Conviene abreviar esta parte, porque su rara modestia lleva mal los halagos de las alabanzas; antes bien se siente tan le- C jos de la adulación como de haberla menester.

Consejeros supremos del Consejo de las Indias cuando el Conde entró á ser Presidente de él y los que lo son ahora.

El Conde, pues, halló el Consejo lleno de sujetos graves y celosos. Los señores Benito Rodríguez Valtodano, Pedro Bravo de Sotomayor, Alonso Molina de Medrano, del Hábito de Santiago; Diego de Armenteros, Gonzalo de Aponte, Don Tomás Jiménez Ortiz, Don Francisco Arias Maldonado, Benavente de Benavides, Juan de Villagutierre, Luis de Salcedo, y Hernando de Villagómez. Todos calificados por su nobleza, insignes por sus letras y por los mayores grados en ellas, Consejeros, y el último Fiscal de aquel Senado, D en que también se hallaban Juan de Ibarra, Caballero del Hábito de Calatrava, Comendador de Moratalaz, y Pedro de Ledesma, Secretarios del Rey nuestro señor. En las plazas de los señores Licenciados Molina de Medrano y Gonzalo de Aponte, á quien Su Majestad ocupó en las de su Consejo Real de Castilla, y en las de algunos que murieron, proveyó en tiempos á los señores Licenciados Luis de Salcedo, y Licenciado Gudiel,

A Doctor Bernardo de Olmedilla, el Licenciado Don
Francisco de Tejada y de Mendoza, Juan de Ibarra; y
á los señores Licenciados Juan González de Solórzano,
Don Juan de Zúñiga, Hernando de Villagómez (antes
Fiscal), Don Francisco Huart, Doctor Francisco Alon-
so de Villagrá, el Licenciado Don Rodrigo de Aguiar
y Acuña, el Doctor Don Pedro Marmolejo, Fiscal, su-
cesores, como en el ministerio, en todos los méritos
iguales á sus predecesores, como también lo son los Se-
cretarios de Su Majestad Gabriel de Hoa, Juan Ruiz de
Contreras y Juan de Ciriza; todos los cuales, entre la
B muchedumbre de negocios á que con suma destreza
daban expedición, atendían con intentos superiores á
que por su mano se integrase la Monarquía de Su Ma-
jestad en aquellos últimos confines de ella: materia pro-
porcionada con el ingenio del nuevo Presidente, el cual,
enterándose del estado general y particular de los que
entonces pendían, topó con el de las Malucas, y hallán-
dole tan sustancial y tan olvidado, se aficionó á darle
la mano.

Casi á este tiempo sobrevino el hermano Gaspar Gó-
mez á España, despachado por Don Pedro de Acuña,
C para solicitar esta empresa; y el hermano, en audien-
cias largas, hinchió los senos y noticia del Conde Pre-
sidente, de toda la historia del Maluco, de sus riquezas,
de las muchas que tiene gastadas España en la porfía
de cobrarlas para restituir la Cristiandad perseguida,
á donde tan introducida estaba, y cuánto importaba
que esto se intentase por Filipinas. Tomó el Conde la
causa como las táles se deben amparar. Confirióla con
el Consejo, con el Duque de Lerma, largamente con el
Confesor de Su Majestad. No paró hasta que la puso en
estado corriente, y en punto que se llegase á despachar
D con efectos. Los Consejeros del Supremo, con el mismo
celo, y teniendo presentes las desgracias reiteradas de
esta empresa, daban fuego á la expedición, y todos
convenían en que Don Pedro de Acuña la hiciese por
su persona. A esta favorable disposición de los ánimos
acabó de persuadir la nueva, que de allí á un año llegó,
del suceso en que vino á parar la junta de las fuerzas de
la India en Hurtado, con las de Filipinas en Gallinato.
Escribióla Don Pedro de Acuña, pintándola en su mis-

Determinación cerca de la persona de Don Pedro de Acuña.

Discurso en las cartas de Don Pedro. ma figura, con despachos duplicados para Su Majestad A y para los Ministros graves; y remitiendo mucho para Gaspar Gómez, se alargaba el mismo. Lamentábase de que se hubiese dejado pasar tal ocasión de recobrar á Ternate y castigar á los Holandeses que allí acuden al trato del clavo, macía, y las demás drogas y especies. Representaba el riesgo en que las Filipinas quedaban por la victoria de aquel tirano vecino; y que habiendo mirado más particularmente las conveniencias del negocio (además de ser forzoso volver por la reputación que en él se había perdido) hallaba que todo lo dicho era poco; porque dejado lo tocante al fin superior de la B exaltación de la fe, y atendiendo á los de la Real hacienda decía, que estando llano Ternate se pacificarían las islas de Banda, que son más de treinta, cien leguas poco más ó menos del Maluco, llenas de la macía tan preciosa, de gente poco guerrera, cuya ganancia se nos acrecentaría, y se quitaría á los Holandeses que la disfrutan casi en paz. Lo mismo prometía de las islas Papúas, que son muchas y poco distantes del Ternate, y algunas de su Reino, que le dan grandes cantidades de oro, ámbar y otros tributos de cuenta; extendía el discurso á la gran Batochina, descubriendo su fertilidad, C y cuán tiranizada la tenía el Rey tirano; las de los Celebes, cuarenta y cinco leguas del Ternate, apoderado de ella con presidios firmes; las Javas, mayor y menor, cuyos Reyes volverían á la obediencia de España en viendo humillado al Maluco. Encargaba la brevedad y el secreto. Fundaba la importancia de ambas cosas, además de las razones ordinarias, y que ningún aparato de guerra llega á noticia de aquellos rebeldes y de los Holandeses, que no sirva para pertrecharse por nuevos modos, sin perdonar á gastos ni diligencias; y que no pasan ninguna vez por las costas de la India que no las D estraguen y roben. Afirmaba, que en haber dejado imperfecta la empresa no tenía culpa el General Hurtado, porque según se vió, y el Capitán Gallinato refería, siempre se gobernó como valiente caballero y prudentísimo caudillo; pero además de la falta de bastimentos y pertrechos, no traía en su gente de quién fiarse con seguridad; y que si el socorro que de Manila se le envió fuera mayor, con solo él aventurara toda la empre-

A sa. Decía que el Rey de Tidore le había escrito grandes quejas, y que las tenía del General Hurtado; y que era proverbio suyo decir, que antes que él llegase al Maluco dormía el Rey de Tidore y velaba el de Ternate, y que ahora se habían trocado las suertes; pero que, sin embargo, creía que no se dolía del suceso de todo su corazón; lo mismo aseguraba de los Reyes de Bacham y Sián. Remataba con ofrecerse á la empresa, dándole para la ejecución de ella lo que fuese necesario, para no verse en los conflictos de sus predecesores. Discurría como respondiendo á las objeciones ó acusaciones de
B los Capitanes Españoles, que acostumbrados á las guerras de Europa, desprecian otros enemigos que militan sin los ingenios é instrumentos de fuego que se usan en Flandes, Francia é Inglaterra. Dice que ya ninguna provincia de aquel Oriente carece de las máquinas y artillería que en Europa; y que á la abundancia y destreza con que la usan los Japones, Chinas, Mindanaos y Malucos, se junta la que muestran en los arcos y flechas, particularmente los Javos, los cuales huyendo vencen; y que no les faltan estratagemas táles, que contra ellas y contra sus ejércitos numerosos todo el
C valor de los Españoles es necesario. Confiesa que las islas Malucas no pueden contraponerse á las ciudades fuertes y pobladas que por acá se expugnan; pero que no por eso deben quedar puestos en olvido tantos templos Católicos profanados en ellas; nuestra Religión ahuyentada; perseguidos los ministros de ella; tantas tiranías continuadas; la unión que tienen contraída con los últimos rebeldes, vasallos de Su Majestad, los Holandeses. Y que cuando no interviniese otra consideración sino ésta, debía el Rey nuestro señor desempeñar la autoridad que con las ruinas de tantos Capitanes y
D armadas suyas quedó obligada. Y es mucho de notar, que aunque en estos despachos informaba del estado de la paz ó inquietud de tan diversos Reyes, entre cuyos confines militan (no sin gloria) las armas españolas, en ninguna de las materias se detiene tanto como en esta de la rebelión de Ternate, envejecida más de treinta años con desautoridad de nuestra Nación. De todo lo cual se infiere, cuán necesario fué siempre en negocios árduos aplicar todo el caudal del entendimiento, y ena-

morarse del intento y designio que concebiste para A
que responda el suceso á las esperanzas. Enviaba juntamente largos discursos y trazas del Conde de Monterey, Virrey entonces del Pirú, pertenecientes á la expedición del negocio, en que por la conformidad de los fundamentos y de las opiniones de personas de experiencia en aquellas partes, parecía claramente que la empresa importaba sobre todos los encarecimientos con que las táles se suelen persuadir.

En este trance andaba Ternate en los Consejos de España, y ella en sí, en la muchedumbre de los comercios abundante, aunque no descuidada; y más su Rey, B
cuyos prósperos sucesos le ayudaban á sus inclinaciones, con el Cristiano crueles, y domésticamente suaves.

Adulterios del Rey de Ternate y de Cachil Amuya.

Entregóse á los amores de Celicaya, que divididos con tantas mujeres no causaban en su ánimo la sujeción que suelen y le daban lugar á otras diversiones. Cachil Amuya, el más valeroso de sus Capitanes y primo hermano suyo, era recién casado con hija del Rey de Mindanao, de hermosura particular, y no asiática, sino española ó italiana. El Rey acostumbrado á quebrantar leyes, la requirió como galán, y como Rey, perseverando y haciendo mercedes. En breve tiempo fué ad- C
mitido de la India. Su marido, por más que el recato pudiese en breve término esconderle su agravio, ausencias procuradas por el Rey, y el tiempo impaciente de luengos secretos, le avisaron del que en su casa le ofendía. ¿Qué haría el desdichado? Porque para matar á su mujer no tenía osadía y se lo estorbaba su mismo amor y el temor de la ira del Rey. Determinó de vengarse como pudiera en materias de hacienda. Disimuló cuanto pudo, y en las ocasiones en que hablaba con la Reina Celicaya, ó fingiendo ó confesando su amor, se lo supo dar á entender y persuadir como deseaba. D
Pasó por los desdenes y amenazas de que Naturaleza quiso armar aquel sexo; pero más pudo la perseverancia, pues Celicaya premió la voluntad de Cachil. Duró largo tiempo el trato, hasta que también lo supo el Rey; y ambos rivales se dieron por entendidos, aunque el Rey sintió más altamente la reconvención con que su primo se había vengado. No se desavinieron por ella, ni se dejaron de tratar. La misma amistad y paz guar-

A daron en sus casas. Y el Rey tenía tanta necesidad de Cachil Amuya para las cosas de la guerra, que en aquellas partes no es menos ordinaria que entre nosotros (por dón particular del Cielo) el sosiego de la paz, que no osaba declararse contra él, y lo que es más, ni enojar á Celicaya; la cual, como si les fuera permitido á las mujeres el abuso que á los varones, se defendía con la ofensa que el Rey le había hecho en mirar á la otra. Con todo eso, estando en el campo el Rey debajo de sus enramadas, y entrando el Cachil sin campilán, los de la guarda Real, á cierta seña que les dieron, metien-
B do mano á sus armas cargaron sobre él, dándole heridas en la cabeza, en la cara, brazos y cuerpo, sin defensa humana que le amparase. El sintió la causa y la venganza, y sacando de presto una pequeña daga criz (que acaso vino con ella), no solamente se defendió de muchas puntas y tajos, sino que arremetió á los matadores, y con ligereza hirió á los unos, derribó algunos y ahuyentó á los otros. Mató cuatro. Pasara su furia á más si el Rey no se ausentara; aunque ya sus heridas tenían desfallecido al Cachil, por la gran cantidad de sangre que por ellas vertió. Dejáronle por muerto, pero
C un tío suyo que sintió el ruido le acudió con los suyos; todos los cuales, ligándole las heridas, le llevaron á su casa y le curaron, permitiéndolo el Rey. Obra fué de su temor, más que nacida de benignidad, porque todos sus parientes tomaron el agravio y comenzaron á ponerlo en consideración de venganza, como sin duda lo fuera, y gran puerta para las pretensiones de España, si los recelosos de nueva guerra no reconciliaran luégo aquellos ánimos alterados. El Cachil quedó sano, pero con tan feas señales en el rostro, y en la cabeza tantos ribetes y cicatrices hondas y desiguales, que no le han
D dejado figura ni presunción del primer semblante: así lo dicen los que le conocieron, y en nuestros días le han visto en Manila y en Ternate. Volvió en gracia del Rey, y ambos en las de sus mujeres, sin demostración de la historia, ó como si hubiera sido secreta: tan varia es la diferencia de las gentes.





CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO NOVENO

A La continuación con que el Presidente y el Consejo atendían á la expedición de la empresa, parecía presagio del suceso último de las Malucas. Llegó la verdadera nueva en cartas del Gobernador Don Pedro de Acuña. Sintióla el Rey y los Ministros; pero juntamente fué incentivo para acelerar el aparato y cobrar el crédito perdido, y acabar de esta vez la porfía. Unos atribuían la desgracia á poca unión entre Gallinato y Hurtado; otros sospechaban que la discordía había estado entre las Naciones Castellana y Portuguesa: nadie esforzaba que la pudo causar la falta de las cosas necesarias para
B la empresa. Cesaron estas disputas, y tomando el Conde Presidente el negocio con el valor que se requería, hizo á Su Majestad una consulta viva, en que le refería el hecho del General Hurtado; el socorro que Don Pedro de Acuña envió con Gallinato; cómo habiendo los Capitanes y soldados cumplido con sus obligaciones, no acudió el suceso; que se tenía por cierto que los Reyes Malucos que duraban en el oficio y obediencia, habían procedido tibiamente; que la falta de correspon-

Consulta del Conde con el Rey nuestro señor sobre la expedición contra las Malucas.

dencia en ellos, nacía de cierto respeto de estado, fácil de entender: que era entretener la guerra y usar de nuestras armas para sus particulares conveniencias, sin querer que se rematen con cumplido suceso; que si no se acudía á desturbar los Holandeses de Ternate, serían señores absolutos del Archipiélago de la Concepción, y privarían al Rey de toda la renta de la especería, como casi lo habían hecho de las más importantes plazas de la India. Su Majestad habido su acuerdo, respondió á la consulta aprobando los fundamentos de ella; y viendo de cuán importante consecuencia eran, le pareció muy corto el número de navíos, gente y armas que se le pedía; por lo cual añadió más de su Real mano, sin señalar el término cierto á que había de llegar. Y mandó que no se perdiese tiempo, mostrando deseo de ver puesto en ejecución su decreto. En la misma conformidad y más largamente ordenó por medio del Duque de Lerma, que se prosiguiese el designio comenzado. Con esto el Consejo despachó los recaudos, y el Conde cartas é instrucciones al Virrey de Nueva España y Gobernador de Filipinas, para que acudiesen con la misma diligencia á las órdenes que para este fin se les diese. Declaraba el Rey en la cédula, que para esto mandó remitir su voluntad, y la orden que era servido que se guardase en esta forma: «Don Pedro de Acuña, mi Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, y Presidente de mi Real Audiencia de ellas: A veinte de Septiembre del año pasado de seiscientos tres os escribí en un barco de aviso, en que fué á la Nueva España Gaspar Gómez, de la Compañía de Jesús, la resolución que había tomado en lo que me escribísteis desde Nueva España, cuando fuísteis á servir esos cargos, acerca de la jornada de Ternate. En aquella conformidad he mandado juntar en estos Reinos (y se llevará en la flota que este año ha de ir á la Nueva España) hasta quinientos hombres. Al Virrey escribí que hiciese levantar otros quinientos, para que por lo menos se os enviasen para esta empresa ochocientos. Para que se lleven de estos Reinos he proveído cuatro Capitanes, y el uno de ellos es el Almirante Juan de Esquivel, por Cabo y Gobernador de la dicha gente; y seis entretenidos, soldados prácticos y de experiencia, para que en caso que

Respuesta del Rey nuestro señor á la consulta.

Cédula Real para Don Pedro, para la jornada del Maluco.

Orden de Su Majestad para el Virrey de Nueva España.

A falten en el viaje algunos de los dichos Capitanes, se pueda echar mano de ellos, y para que se encarguen de las compañías que se levantaren en Nueva España, como se le escribió al Virrey. A los dichos Capitanes he señalado cuarenta ducados de sueldo al mes; al Almirante Juan de Esquivel á razón de sesenta; á los entretenidos á veinticinco escudos: á los unos y á los otros hasta llegar á Nueva España. Y que de allí adelante, el dicho Juan de Esquivel, en caso que yo le mande dar título de Maestre de Campo, goce á razón de ciento veinte ducados al mes. Y sirviendo con el título de Cabo y Gobernador de la dicha gente, á razón de noventa ducados al mes, y los Capitanes á sesenta; los entretenidos á cuarenta; los soldados, así los que llevare de España como los que levantaren en Nueva España, ganen á razón de ocho ducados al mes. Ordenando al Virrey, que conforme á esto envíe á esas islas el dinero necesario para pagar sueldos de la gente un año; y que si más se detuviere en otros efectos de mi servicio, también provea lo que fuere menester, avisándoselo vos. De lo cual me ha parecido avisaros, encargaros y mandaros, que si estos sueldos de los soldados se pudieren moderar, respecto de los que allá se pagan á gente de esta calidad, lo reforméis con justificación, avisándome de ello, y al Virrey de Nueva España. Como quiera que en el sueldo del Almirante Juan de Esquivel, y de los Capitanes, Alféreces y entretenidos no haréis novedad, también he ordenado al Virrey que os provea de lo que fuere menester, hasta los ciento veinte mil ducados que habéis pedido para esta empresa, y seis piezas de artillería de batir, y quinientos quintales de pólvora de arcabuz. La gente de acá va armada de mosquetes y arcabuces. Tendréis mucho cuidado de que en la distribución de este dinero, y de todo lo demás, haya la buena cuenta, razón y recado que conviene. Con la gente que se os enviare de acá y de la Nueva España, y la que en esas islas hubiéreis juntado para esta empresa de Ternate, procuraréis hacer el efecto que se pretende, como lo fío de vos. Siendo posible haréis la jornada por vuestra persona, como lo habéis ofrecido, dejando esas islas con el buen recaudo que convenga; y en caso que las cosas

Sueldos de Capitanes y del Almirante Esquivel.

El de los soldados.

Que el Virrey acuda con gente, artillería y dinero de Nueva España.

Manda el Rey á Don Pedro que haga la jornada por su persona.

estén en estado que no podáis ir por vuestra persona á esta jornada, nombraréis otra de la experiencia y partes que se requiere, á cuyo cargo vaya todo, que para ello os doy facultad. Y es mi voluntad, que en caso que yendo vos á la jornada, ó por otro acaecimiento faltáseis ó la persona que para ello nombráreis, el Almirante Juan de Esquivel suceda en ella y la prosiga; y que toda la gente de mar y guerra que fuere á la dicha jornada le obedezca como á vuestra misma persona. Y declaro que en este caso, y faltando vos, y sucediendo en la jornada el dicho Juan de Esquivel, haya de estar sujeto y subordinado á mi Audiencia Real de esas islas. Los Capitanes á cuyo cargo va la infantería que se ha levantado en estos Reinos, he elegido por personas beneméritas y de servicio; y así os encargo y mando que los honréis y favorezcáis en todo lo que se permitiere, en que me tendré por servido; y en que no los reforméis ni quitéis las compañías para darlas á otros sin causa justa, si no fuere para ocuparlos en otras cosas mejores. Como quiera que si cometieren delitos los podréis castigar como superior suyo, de creer es que cuando llegue á esas islas esta gente, que partirá de la Nueva España en los primeros navíos, después de la llegada de la flota, tendréis las cosas de ella también dispuestas que luégo se pueda poner en ejecución la jornada. Encárgoos mucho que la hagáis con la advertencia, consideración y prevención que de tan gran soldado fío; y que la gente vaya bien disciplinada y ejercitada, y todo tan en orden, que se haga el efecto que se desea; y tanto importa, pues véis lo que en ello se aventura, y la costa que se hace. Habéis de procurar, como os lo encargo, que en la distribución y buen recaudo de mi hacienda haya la buena cuenta y razón que conviene, y que se excusen gastos supérfluos. De lo que fuere sucediendo me iréis dando aviso en todas ocasiones. Recuperada la fuerza de Ternate, pondréis en ella y en la isla el buen recaudo que conviene para su seguridad. Al Virrey de Nueva España he ordenado, que habiendo comodidad para ello, luégo que llegue allí la gente que de acá se llevare, os dé aviso; y la que allá se hubiere juntado y la que será efectiva por otras vías, os lo declare con distinción, y el tiempo en que partiere de

Juan de Esquivel suceda á Don Pedro.

Encarga Su Majestad la disciplina militar.

A allí, para que prevengáis como convenga lo de allá; y si os pareciere que es bien que quede esta gente en alguna parte antes de llegar á Manila, lo ordenéis, ó lo que entendiéreis que más conviene en todo. De Valladolid á veinte de Junio de mil seiscientos cuatro.»

Tras la expedición de esta cédula se comenzó en España á poner por obra lo que en ella se ordena. Antes de esto, en el año pasado de mil seiscientos tres, estando ocupado el Gobernador Don Pedro en prevenciones dedicadas á este fin, sucedió en Filipinas un accidente que amenazó la perdición de ellas y otras mayores. Hubo B en Manila, por el mes de Abril, un incendio que abrasó lo mejor y más de la mitad de la ciudad, sin poder librar de él las haciendas, las cuales habían descargado las naves recién llegadas de Nueva España, y se guardaban en lo más seguro de las casas. Quemáronse doscientas setenta de madera y de piedra, hasta el Monasterio de Santo Domingo, Casa, Iglesia, Hospital Real de los Españoles y almacenes, sin reservar ningún edificio en medio: murieron abrasados catorce personas Españoles, y entre ellos el Licenciado Sanz, Canónigo de la Catedral, con algunos Indios y negros. Fué estimada C la pérdida en un millón. Pareció prodigio de lo que había de suceder, que conformó con las señales que se vieron en el cielo.

Incendio en la ciudad de Manila.

El Marzo antes entró en la bahía de Manila un navío de la gran China, en que, según dieron por nueva las centinelas, venían tres Mandarines grandes, con aparato é insignias de táles, á cosas del servicio de su Rey. Dióles el Gobernador licencia para que saliesen del navío y entrasen en la ciudad. Desembarcados con largo acompañamiento de los suyos, en sillas de marfil y de otras maderas tersas y doradas, sobre los hombros de sus D criados, que andaban vestidos de colorado, fueron derechos á las Casas Reales. Aguardólos en ellas el Gobernador con los de la Audiencia, entre gran número de Capitanes y soldados, de que también se veían llenas las calles y plazas. En llegando los pusieron sus siervos en tierra, y dejando sus banderas, upos, lanzas y otras insignias de representación soberbia, entraron hasta una sala espaciosa, aderezada con ostentación. En viendo al Gobernador que los esperaba en pie, los Man-

Tres Mandarines Chinas llegan á Manila.

darines, haciéndole humillaciones y cortesías á la usan- A
za de la China, se fueron para él. Don Pedro les co-
rrespondió á la española. Ellos, ejecutando su comi-
sión, le dijeron por medio de los intérpretes, que su Rey
los enviaba con un China que consigo traían en cade-
nas, para ver por sus ojos una isla de oro, llamada Ca-
bit, junto á Manila, de que le había informado aquel
vasallo, y dicho que nadie la poseía, y así le había pedi-
do cantidad de navíos para aprehenderla, y prometido
que los volvería cargados de oro, y que si no fuese así
le castigase quitándole la vida. Que ellos venían á llevar
á su Rey el cumplimiento de aquella promesa, y ave- B
riguación de una isla tan rara; y que el negocio era tan
árduo, que su Rey no lo quiso cometer á personas de
menos confianza. Don Pedro de Acuña les respondió
en breves palabras que fuesen bien venidos; que des-
cansasen en el hospedaje que dentro de la ciudad para
sus personas y las de su gente estaba prevenido, y que
después con más espacio se trataría del negocio. Con
esto se despidieron; y á la puerta se volvieron á subir
en sus sillas sobre los hombros de sus esclavos, que los
llevaron á sus posadas. El Gobernador les mandó pro-
veer en ellas abundancia de regalos y provisión todos C
los días que allí estuvieron. Claro está que la venida de
estos Mandarines había de parecer sospechosa, y que
traían intento diferente del que publicaron. Son los
Chinas agudos y recelosos, y no era creible que su Rey
los enviase á lo que decían, ni verosimil la ficción para
darla á entender á los Españoles. Al mismo tiempo lle-

Recelos contra los Chinas.

garon á Manila ocho navíos de Chinas con mercancías,
y decían que los Mandarines venían á explorar la tie-
rra y su disposición, porque el Rey de China quería
alzar el trato con los Españoles, y enviar una gruesa
Armada de los navíos que pudiesen llevar cien mil hom- D
bres de pelea para tomarla, y que esta expedición sería
por todo aquel año. Puso el Gobernador doblado cui-
dado en la guarda de la ciudad, y ordenó que los Man-
darines fuesen bien tratados, pero que no saliesen de
ella, ni se les consintiese administrar justicia (como lo
comenzaban á hacer entre los Sangleyes), de que mos-
traron sentimiento. Enviólles luégo á decir que tratasen
de su negocio y se volviesen á China con brevedad: todo

A esto se hacía sin mostrar los Españoles recelo, ni que
entendían sus fines secretos. Visitaron otra vez los Man-
darines al Gobernador, y entonces con más claridad, y
haciendo algún donaire de su venida, les dijo: que se
admiraba de que su Rey hubiese creido al China que
traían preso, ni que cuando fuera verdad que había en
Filipinas tal oro, se lo habían de dejar llevar los Espa-
ñoles, siendo la tierra (como lo es) del Rey de España.
Los Mandarines respondieron, que bien lo entendían
así, pero que su Rey les había mandado venir, y les
era forzoso obedecer y llevarle respuesta: que con ha-
B cer sus diligencias habían cumplido y se volverían. El
Gobernador, que deseaba abreviar, remitió los Manda-
rines con el prisionero y sus criados al puerto de Cabit,
distante dos leguas de la ciudad. Allí fueron recibidos
con el estruendo de nuestra artillería, que de propósito
se les disparó al tiempo de desembarcar, de que se ad-
miraron, y no encubrieron el espanto ni el temor. Sa-
lidos á tierra preguntaron al prisionero: Si era aquella
la isla que dijo al Rey? El cual, sin turbarse, respondió
que sí. Replicáronle: Pues dónde está el oro? Todo
cuanto en ella hay (respondió él) es oro; y yo lo haré

Prueba del engaño del China que venía preso.

C bueno. A otras muchas repreguntas dijo lo mismo, y
todo se escribía en presencia de algunos Capitanes Es-
pañoles y de Naguatatos confidentes. Los Mandarines,
por última diligencia, mandaron henchir de aquella
tierra una espuerta hecha de hojas de palma para lle-
varla al Rey China; y después de haber comido y des-
cansado se volvieron á Manila. Contaron los Naguata-

Llevan á la China una espuerta de la tierra de Cabit

tos que el prisionero, habiéndole apretado mucho los
Mandarines para que respondiese á propósito, les res-
pondió: que lo que él había querido decir á su Rey era
que en poder de los Filipinos y Españoles había mu-
D cho oro y otras riquezas, y que si le daba una Arma-

Declara el China su enigma.

da con gente, se ofrecía, como hombre que había esta-
do en Luzón y conocía la tierra, á señorearse de ella, y
volver á la China con los navíos cargados de oro. Esto,
juntado con lo que algunos otros Chinas habían dicho
primero, parecía más verdadero que la invención de los
Mandarines. Era de esta opinión Don Fray Miguel de
Benavides, Arzobispo entonces electo de Manila, que
sabía la lengua de los Chinas, había estado en sus tie-

rras, probado las astucias de los Sangleyes, y aun padecido sus tormentos y crueldades. Luégo juzgaron que bajo de aquel pretexto venían los Mandarines á reconocer la tierra ó á sembrar principios de su levantamiento y sedición en ella. A estos ciertos juicios da causa la irracional inclinación de los Sangleyes, la cual (dejadas otras pruebas) se verá en unas breves cláusulas de la carta larga que Fernando de los Ríos (de quien ya habemos hablado) escribió á Manila desde el puerto del Pinar en Cantón, habiendo llegado á él por servicio de la Iglesia y de su Rey: «Porque estos infieles, dice, es la gente que más estragada tiene la luz natural de cuantas hay en el mundo, así para tratar con ellos son menester ángeles y no hombres. Para que se entienda en qué tierra estamos, sólo diré que este es el verdadero Reino del demonio, y donde parece que con todo su imperio gobierna. Cada Sangley parece que le trae revestido, pues no hay malicia ni engaño que no intenten. El gobierno, aunque en lo exterior, con todo su orden y modo, parece bueno en orden á su conservación; pero experimentada la práctica, es todo traza del diablo; aunque no roban aquí ni saltean á los forasteros públicamente, hácenlo por otro modo peor, etc.» Verificóse en Manila esta sospecha contra los Sangleyes, porque se supo que el Capitán de la guardia del Rey de China le había pedido la conquista de Filipinas, por persuasión de aquel Chino que trajeron preso. El Gobernador trató bien á los Mandarines, y de sus designios creyó dudosamente, aunque les miró con cuidado á las manos. Pero no faltó quien les preguntase: Qué les parecía de la invención de aquel hombre? pues no sólo habían visto que no tenía oro el lugar que señalaba, pero ni disposición ó señas de él: que pues era así, le hiciesen firmar de su nombre cómo había mentido á su Rey. Uno de los Mandarines se lo mandó, y tomando la pluma hizo tres caracteres, que declarados en nuestra lengua decían: «Si quiere el Rey es oro, y si no quiere es arena.» Y apretado más, declaró: Que había dado á entender al Rey que allí se producía aquel oro, para moverle á que le diese una gruesa Armada con que vengarse de los Sangleyes Cristianos que le habían hecho diversos agravios. En todo se reparó poco; y aunque estaba de por

Parte de una carta de Fernando de los Ríos, en razón de los Chinas ó Sangleyes.

Otra explicación del enigma del China.

A B C D

A medio la autoridad de los Mandarines, se atribuyó á vanidad, porque nadie creyó que intentasen guerra fuera de su tierra. Volviéronse los Mandarines á ella, dejando, según se cree, tratada su invención con los Sangleyes vecinos, los cuales en Manila y en las otras islas pasaban de treinta mil. De esta misma manera pretendió el Rey China en la isla de Ainao, tierra fertilísima, vecina de su Reino, donde se metieron los Chinas con color de contratación, como en Manila, y se alzaron con todo hasta hoy. Es en ella tan copiosa la pesquería de las perlas, que en el año de mil seiscientos envió el Rey B á pescar mil quinientas arrobas de ellas. No le será esto increíble á quien sepa que poco antes, en cuatro meses, juntó mil setecientos navíos de remo para la pesca, obligado cada cual á pescar un pico, que es cinco arrobas, hasta juntar la cantidad de perlas que fueron menester para reedificar unos aposentos reales que se derribaron en el palacio de aquel Rey. Volviólos á levantar, cubriendo paredes y techos de racimos de perlas, y de pájaros, animales, frutas y flores, fabricados de aquella preciosa materia, en fondo de láminas de oro. La comprobación de este hecho parece por escritura auténtica C de él, porque como había de parecer fabuloso, convino acrecentar autoridad á la relación.

Vuélvense los Mandarines á la China.

Monstruosa abundancia de perlas.

No juzgaba el Gobernador del todo por vanidad el intento de los Mandarines, aunque lo encubría, pues hizo algunas prevenciones, y entre otras dió prisa al reparo de las murallas. La ciudad afligida del incendio, en que también perdió sus armas, suplió como pudo la falta de ellas, á lo cual le ayudaban los Sangleyes. Hase de advertir que esta gente tiene en Filipinas Gobierno separado de ellos mismos.

Al tiempo que el Gobernador Don Pedro daba maD yor prisa á la guerra del Maluco, sucedió en Manila tal caso, que no solamente lo pudo suspender, sino extinguir toda la provincia. Vivía un hombre que se quedó en Manila cuando llegó á ella el gran Corsario Limaón, de cuya historia andan libros vulgares. Era entonces Idólatra, y (según se dijo) servía al Corsario en no decente uso. Llamábase Encán, natural de Semigua, en la provincia de Chincheo. Bautizóse en tiempo de Santiago de Vera, que le dió su renombre de familia, y se

Encán, Sangley de nación, llamado después Bautista de Vera.

llamó Bautista de Vera. Salió sagaz, negociante y de eficaz actividad, por cuyo medio, ejercitando la mercancía, llegó á poseer innumerable riqueza y autoridad con los Gobernadores de Filipinas. Por su orden trataron los Sangleyes con Don Pedro, que á su costa les consintiese aderezar un parapeto de la muralla que se perfeccionaba. Que ellos como parte de la República querían hacer este servicio á Su Majestad; y ofrecieron cada uno para la obra cuatro reales. Este servicio y la gracia de los ciudadanos que Encán ó Bautista tenía comprada con beneficios, deshacía ó disminuía las sospechas concebidas contra su conjuración. A B

Astucia de Encán.

Hallábase respetado de los Españoles y amado de los Sangleyes. Había sido diversas veces su Gobernador. Tenía muchos ahijados y dependientes. Con cautela en este tiempo no desamparaba la ciudad, por asegurar con su presencia; pero desde allí movía los ánimos y el negocio por medio de sus confidentes. Quiso saber el número de gente que para la ejecución de él hallaría, y para tomar muestra secreta, ordenó que cada persona de los de su Nación le trajese una aguja: fingió que las quería para cierta obra. Los Sangleyes, atinando el fin con que estas agujas se juntaban, ó ignorándole, obedecieron á Encán. Echadas las agujas en una cazuela, llegaron á tan grande cantidad, que le dieron ánimo para comenzar bien diferente obra de la que había querido dar á entender. C

El Gobernador todavía daba prisa á los muros; previno gente de guerra; mandó á las justicias que se proveyesen de bastimentos y armas, para que socorriesen á la ciudad. Había junto al Parián otro barrio habitado de Japones, nación enemiga de Sangleyes, con quien en sus tierras traen guerra contínua. Llamó el Gobernador á las cabezas de ellos, y con buenos modos les exploró los ánimos, queriendo saber qué tenía en ellos para cualquier ocasión, y si le ayudarían contra los Chinos si viniesen de guerra. Los Japones, ufanos de la confianza que de ellos se hacía y de que el tiempo los ocupase en pelear contra su enemigo, respondieron que estaban prestos para morir con los Españoles. De esta sana diligencia nació un daño: que como los Japones guardaron mal el secreto, ó lo refirieron glosado, se D

Prevención de Don Pedro.

A publicó que con su ayuda trataba Don Pedro de matar los Sangleyes; y algunos Japones se lo dijeron para que huyesen y les pagasen el aviso. Muchos trataron de huir á los montes, y todos quedaron recelosos; y los deseosos de alzarse pudieron persuadir su intento á los demás, y consolar á los inquietos con promesas. En efecto, la mayor parte de ellos vino en la rebelión, y señalaron para comenzarla el día de San Francisco, á las horas que los Cristianos estuviesen ocupados en sus Iglesias en la fiesta del Santo. Otros dijeron que el plazo le señalasen para la noche, en que habían de entrar
B hasta veinticinco mil de ellos y degollar á los nuestros. Precedieron indicios, no obstante su secreto. Juan de Talavera, Cura del lugar de Quiapo, dió aviso al Arzobispo de que una India, de quien un Sangley andaba enamorado, le había descubierto el trato que llevaban para el día de San Francisco. Divulgóse también que una negra había dicho que para la noche de San Francisco estaban guardadas muchas muertes y otro incendio como el pasado. Todos estos avisos y algunos otros supieron luégo el Gobernador y la Audiencia Real. Bastara ver la prisa con que los Chinos vendían hasta
C los zapatos y componían sus deudas, aunque esto más se interpretaba á intento de hacer ausencia que traición. Para quitarles el recelo de Españoles y Japones, les hizo el Gobernador pláticas por sí mismo, y que se pregonase en todas partes. Empeñó de nuevo la seguridad y fe Real; pero ninguna diligencia los sosegaba. Tres días antes del de San Francisco se quedaron en la ciudad más de cuatrocientos mercaderes Anhayes, por no haber podido despachar sus haciendas. Estos, viendo á los demás alborotados por la fama de que Españoles y Japones les querían matar, enviaron su embajada á Don
D Pedro con Chicán, también Anhay ó Chincheo, provincia que reconoce por cabeza á la ciudad. Llegó de noche, recelándose de los otros Chinos. Propuso el Gobernador sus temores, y la confusión en que se hallaban, sin acertar á resolverse, y que acudían á él por consejo y por favor. El, oyéndolo, y después en la respuesta le aseguró de todo, y al otro día fué en persona á hablar á sus compañeros y con palabras amorosas les dió satisfacción, diciéndoles que no acostumbraba la

Sábese por los Japones la prevención del Gobernador.

Indicios del levantamiento de los Sangleyes.

Plática del Gobernador para sosegar á los Sangleyes.

Mercaderes Anhayes y su embajada.

Nación Española ejecutar ni consentir tales engaños. A
Con esta plática quedaron seguros, pero los mal intencionados no paraban. Los Sangleyes habitan un cuartel aparte, que los Arabes llaman Alcaicería, y los Filipinas Parián. Víspera de San Francisco se juntó gran suma de gente en unas casas, media legua de la ciudad, donde se usa el ingenio del azúcar. Está la casa en medio de una espesura, que es del Gobernador Sangley. Los que allí se comenzaron á recoger eran los hortelanos del Parián; de lo cual tuvo aviso Don Luis Pérez de las Mariñas por los frailes Dominicos de Minondo. Tenía Don Luis á su cargo los Sangleyes Cristianos, y B
dió noticia de ello á Don Pedro. Es Minondo pueblo habitado de éstos, enfrente de Manila, sólo el río en medio. Desde Minondo prosigue la población de Sangleyes, hasta donde empieza otro de naturales, llamado Tondo, y en el barrio de los Chinas está un Monasterio de Agustinos, de piedra fuerte. No lejos tienen Dominicos otros dos de madera. Don Pedro para enterarse perfectamente de todo envió á Bautista, Gobernador de los Sangleyes, de quien tenía gran satisfacción, y todos le estimaban por verdadero Cristiano y fiel vasallo del Rey. Cometióle que les hablase de su parte, y les C
diese á entender cuán vano era su temor, como quien sabía el sosiego de los Españoles. Puso Bautista la mano en esta obra, y llegó hasta el ingenio de azúcar, que era suyo, y habló á los suyos como le plugo, y volvió con la respuesta muy tarde, refiriendo á Don Pedro que se había visto á peligro de ser electo, y que los de su pueblo lo querían forzar á ello. Que era verdad que estaban atropados y fuertes, pero que todo procedía del antiguo miedo que habían concebido de los Españoles. Que tenían tendidas muchas banderas con letras chinas, las cuales traducidas en español dicen: «LA CABE- D
ZA, Y GENERAL DEL REINO DE CHINA, LLAMADO EZEQUI; Y OTRO DEL TRIBU DE SU, LLAMADO TIM, PARA ESTE NEGOCIO, SIGUIENDO LA RAZÓN DEL CIELO, PARA QUE TODOS LOS CHINAS JUNTOS ACUDAN Á ESTA OBRA, Y LES OBEDEZCAN, PARA ARRANCAR DE RAÍZ ESTOS ENEMIGOS LADRONES, QUEREMOS DE NUESTRA VOLUNTAD QUE YO SUME Y QUINTE JAPONES JUNTOS CON NOSOTROS LOS SANGLEYES, CONQUISTEMOS ESTA CIUDAD, Y HABIÉNDOLA VENCIDO PARTIREMOS ESTA TIERRA

Parián es lo mismo que Alcaicería ó cuartel.

Minondo, pueblo de Sangleyes.

Tondo, pueblo.

Bautista ó Encán, Gobernador de los Sangleyes de Manila.

Título de las banderas de Sangleyes en lengua y caracteres de la China.

A HASTA LA YERBA DE ELLA, POR PARTES IGUALES, COMO HERMANOS.» Fingía grandes congojas porque le habían querido levantar por Rey, y se libró por los pies, por no faltar á la fidelidad; y que los engañó prometiéndoles que volvería. Con esto el Gobernador ponía diversos medios para sosegarlos, creciendo con el número de los rebelados el cuidado de tan furioso principio. El primer inconveniente que procuró evitar, fué la tala de los arroces que se andaban llegando á sazón. Nombró al Maestre de Campo Agustín de Arceo, al Sargento mayor Cristóbal de Azcueta, y al Capitán Gallinato, para que B les fuesen á hablar. Mas Don Luis Pérez de las Mariñas, que vivía en Minondo, juzgando que ya la rebelión era digna de más áspero remedio, llegó aquella noche á apercibir al Gobernador que acrecentase el cuidado y que hiciese lo mismo toda la ciudad. Pidióle que le diese alguna gente para guardar aquel pueblo, porque temía que aquella noche le habían de quemar los Sangleyes; y que ya era forzoso romper la guerra: que no creyese que se habían de aplacar por embajadas ni por medios suaves. El Gobernador, engañado por Bautista, siempre esperaba que sin sangre se allanaría to- C do, y por las persuasiones de Don Luis le dió veinte soldados y sus mismos criados, y algunos Españoles casados, vecinos del mismo pueblo. Repartió esta gente en los puestos más peligrosos de él, para que los enemigos no le pegasen fuego, y los Sangleyes Cristianos, perdidas las haciendas, no se juntasen á los rebeldes. Por otra parte el Gobernador dispuso en secreto la gente de guerra y centinelas; y todos esperaban ó temían el suceso de aquella noche, particularmente el General Juan de Alcega, que por su orden había de seguir la que le diese Don Luis. Y otra vez se pregonó bando, que D todos se quietasen, en pena de cuatro años de galera.

Fingida lealtad de Bautista Sangley.

Diligencias del Gobernador Don Pedro.

Don Luis Pérez de las Mariñas pide gente contra Sangleyes.

Aprovechó tan poco, que quitados cuatro mil Oficiales y entre ellos los mercaderes Anhayes, se juntaron todos los demás en el ingenio del azúcar. A la una de la noche salió una tropa de hasta mil Sangleyes de un fuerte, con catanas, alabardas y otras armas enastadas, y con palos largos tostados con puntas, que les sirven de lanzas, y no hacen menos efecto, arma de que usan mucho en su tierra, y la cortan de cierta madera

Tropa de mil Sangleyes.

recia, llamada Mangle. Dieron en la estancia (era casa de placer) del Capitán Esteban de Marquina, no lejos de su Parián, y degolláronle á él y á su mujer, hijos, criados y esclavos. Pusieron fuego al edificio y á los otros de los Españoles, entre ellos á la casa del Maestre de Campo Pedro de Chaves, á la de dos Clérigos retirados del comercio, llamados Francisco Gómez y Hernando de los Ríos; mataron al Padre fray Bernardo de Santa Catalina, Comisario del Santo Oficio, de la Orden de Santo Domingo; todos estos se defendieron, pero ellos y muchos otros quedaron mal heridos. De allí se fueron llegando al pueblo de Tondo, que está repartido en barrios. Dieron sobre el de Quiapo, y matando hasta veinte personas le pegaron fuego; entre ellas quemaron viva una señora principal y un muchacho, con grande algazara, blasonando que de allí adelante los Indios les habían de pagar tributo y perecer los Castillas.

Muerte del Capitán Marquina y de su familia, é incendio de sus casas.

Embisten los Sangleyes algunos pueblos y sus crueldades.

Sabiéndose, sábado por la mañana, que los Sangleyes iban á entrar en el pueblo, y que los naturales de él se habían retirado en sus embarcaciones hácia Manila para entrarse en ella ó abrigarse con sus murallas en el río, el Gobernador repartió las compañías de paga y las concejiles por los muros, visitando las puertas y lugares flacos. Envió á Tondo al Capitán Gaspar Pérez con su compañía de paga, y le ordenó que obedeciese á Don Luis de las Mariñas, y que no llevase bandera. En llegando se le juntaron los veinte hombres que le remitió la noche pasada; y pareciéndole á Don Luis poca gente, envió á pedir más socorro. El Gobernador, conociendo la razón que tenía, le envió al Capitán Don Tomás Bravo, sobrino suyo, de edad de veinticuatro años, que sirvió en Ternate en la jornada de Andrés Hurtado. Pasó al pueblo de Tondo con otra compañía de paga, y con algunos aventureros y siete criados del Gobernador, habiendo dejado la bandera en la ciudad. Tras él envió al Capitán Pedro de Arceo, soldado antiguo de Flandes. Volvió Don Luis á avisar que los Chinos marchaban hácia Tondo, que eran muchos, y que temía que abrasarían el lugar y una insigne Iglesia de Agustinos. Envió el Gobernador otros sesenta hombres, los más de ellos con picas y alabardas, porque los primeros eran arcabuceros: éstos llevó á su cargo

El Capitán Gaspar Pérez en Tondo.

El Capitán Don Tomás Bravo.

A Don Juan de la Peña hasta entregarlos á Don Luis. Cuando llegó esta compañía ya se había peleado en Tondo, y muerto Don Luis gran cantidad de Sangleyes, y retirádolos; y estorbando que no quemasen el pueblo, aunque ya comenzaba á arder, y perecieron las casas que estaban en la entrada de él. Quiso Don Luis seguir al enemigo que se retiraba á su fuerte, y Don Tomás Bravo se lo procuró estorbar, diciéndole que la gente estaba cansada, y que saliendo del pueblo era todo pantanos y carrizales; y que pues la orden del Gobernador era para solo retirar de allí al enemigo, y evi-
B tar el incendio de la Iglesia y de las casas, y eso se había hecho, le diesen aviso de ello para pasar adelante, pues solo el río estaba en medio, y entre tanto descansarían los soldados y se sabría más de los intentos del enemigo. Lo mismo dijo Alcega. Mas Don Luis empeñado en la obra, y enfadado de la contradicción, le preguntó: que qué gallina le había cantado al oído? que le siguiesen, que con veinticinco soldados bastaba para toda la China. Alcega respondió: qué gallos eran los que él solía oir tan briosos como él? pero que mirase lo que hacía. Y aunque el Padre Farfán, Agustino, persuadió
C también á Don Luis con encarecimiento, poniéndose de rodillas, que hiciesen lo que le pedían y que no pasase adelante, no se pudo acabar con él; antes habiendo ordenado á los Capitanes Gaspar Pérez y Pedro de Arceo que se quedasen con algunos soldados en ciertos puestos, saltó furioso y comenzó á marchar, y todos le siguieron en alcance del enemigo, el cual había ya ganado el camino y vinieron á dar con él cerca del fuerte, entre los pantanos y extensos fondables. Ceñíalos una dehesa de yerba gruesa más alta que un hombre, con algunas sendas estrechas, que con grande dificultad po-
D dían andar por ellas dos personas juntas. Llegados al fuerte se descubría algo más el campo. En este sitio empezaron á picar al enemigo en la retaguardia, el cual reconociendo cuán pocos Españoles venían, que no pasaban de ciento treinta, hicieron un cuerpo con dos puntas en forma de media luna, y se emboscaron entre la yerba. El cuerpo de la gente marchó la vuelta de su fuerte, y saliendo los emboscados tomaron en medio á los nuestros; y con palos agudos, con las catanas y

Moteja Don Luis de las Mariñas al Capitán Alcega.

Muertes miserables de Don Luis de las Mariñas y de otros Capitanes.

otras armas, dieron sobre ellos con tal rabia que los hicieron pedazos: halláronse morriones finos abollados de un palo. Contaba también un mosquetero que servía á Don Luis, que cargó sobre él una tropa de Sangleyes, la cual, habiéndole cercado, le dió tal prisa que lo mo- A
lieron y quebraron las piernas; y que de rodillas peleó gran rato, hasta que le desatinaron á palos, sin que le defendiese un morrión fuerte. Al Alférez Francisco de Rebolledo dejaron aturdido por muerto, y habiéndose el enemigo retirado se levantó, y pudo llegar abierta la cabeza, y en la ciudad le curaron, y contó grandes particularidades de aquel miserable estrago. Escaparon B
también hasta treinta, y con ellos el Padre Farfán, que por ir en la retaguardia y ser ligeros se pudieron librar. Quedaron allá Don Luis, muerto á las manos que quitaron la vida á su padre el General Alcega, Don Tomás Bravo, el Capitán Cebrián de Madrid, y de todos los criados del Gobernador quedó sólo uno. Á los muertos cortaron los Sangleyes las cabezas, y enastadas por las narices en las puntas de sus lanzas, las llevaron á presentar al General Sangley, que estaba en el fuerte. Llamábase el General Hontay, el cual y los demás reconocieron las cabezas, y con altos regocijos las colgaron, dando gracias al cielo y á la tierra, según sus ritos, C
por la victoria, pareciéndoles que ya hallarían poca resistencia en los Españoles. Todo este día, que fué el de San Francisco, y el siguiente gastó el enemigo en alegrías: y en Manila en abrasar los arrabales y casas fuera de la muralla. Y buscaban la orden que habían de tener contra el Parián, que aunque le solían habitar muchos millares de Sangleyes, no habían quedado entonces mil quinientos, y entre ellos hasta quinientos mercaderes Anhayes, gente quieta y rica, de quien se tenía confianza: los demás Oficiales no comprendidos D
en la sospecha. Prendiéronse también hasta cincuenta de los demás que traían rapado el cabello, y andaban mezclados entre los Sangleyes Cristianos. De éstos se supo cómo habían abrasado Monasterios de Religiosos en diversas partes. Ciertos Clérigos con muchas mujeres y niños se hicieron fuertes en San Francisco del Monte, y llegando algunas compañías de Sangleyes á cercarlos se subieron á un campanario, y habiendo en-

Cortan los Sangleyes las cabezas á los Españoles muertos.

Hontay, General de los Sangleyes rebelados.

Día de San Francisco se alzaron los Sangleyes.

Prenden á algunos Sangleyes.

Cristianos que se defienden en un campanario.

A astado una sábana la arbolaron como bandera, puesta la gente por las ventanas, repicando las mujeres y muchachos las campanas, injuriando á voces al enemigo y pidiéndole que se llegase. Disparando los nuestros amenudo solos dos arcabuces, no osaron los Sangleyes llegar, temiendo más de lo que debieran, y se retiraron á un sitio fuerte, desde donde habían de proseguir la guerra. El Gobernador procuró que no se extendiese la nueva del destrozo, por no desanimar la tierra, y dió á entender que los muertos estaban en San Francisco del Monte. Apercibió á los Justicias que re-
B cogiesen todos los Indios de servicio, porque ya apenas se hallaban Españoles. Envió al Factor Francisco de las Misas, que con tres navíos de remo discurriese por la marina hácia el fuerte del enemigo, para que le quitase todo bastimento. El Factor se dió tan buena maña que echó á fondo algunas embarcaciones y quemó las que le llevaban provisiones; matóle mucha gente en la boca de un río, que entra en la mar hácia el fuerte llamado Navotas; buscó en sus casas los Clérigos que se decía haber muerto, y despachó á San Francisco del Monte una tropa de quinientos Japones, con tres Espa-
C ñoles y dos frailes Franciscos, para recoger las reliquias de aquel estrago. Haciendo este viaje pasó por el fuerte del enemigo con fin de ofenderle si pudiera. Halló que le habían desamparado, retirándose al Parián para unirse con los demás, y ufanos de la primera victoria poner cerco á la ciudad. Esto sucedió lunes á seis. Los Japones reconocieron el fuerte: hallaron en él hasta doscientos Chinas heridos y enfermos: degolláronlos, y salvando gran copia de bastimentos abrasaron el fuerte y sus municiones y los aparatos de guerra que no podían ser de provecho contra el primer dueño. Llega-
D ron al Monasterio, desde donde volvieron á la ciudad el mismo día.

Francisco de las Misas, Factor.

Degüellan los Japones á cien Chinas y abrasan el fuerte.

No daban menos cuidado los pocos Sangleyes del Parián que los muchos del fuerte, así por tenerlos tan vecinos como por juzgarse que viendo nuestras cosas de caída se llegarían á la parte de los suyos; además que se supo que los alzados les habían enviado á pedir que pasasen á su bando, avisándoles de los Españoles que habían muerto. Esto declaró un Sangley, que pasando

Declara un Sangley preso el designio de los suyos.

á nado fué preso por la centinela de las embarcaciones A del río, el cual, confesando en el tormento que era espía, y que daba y traía avisos, fué degollado. Por otra parte se consideraba, que aunque sería de menos cuidado el matarlos todos ó intentarlo, no parecía justo hacer castigo en gente de cuyo delito no se tenía certeza; tanto más habiendo venido á Filipinas á sus contrataciones debajo de buena fe, y dádoles el Gobernador su palabra de seguro si se quietasen y no se mezclasen en la rebelión. En razón de esto se hicieron algunas juntas de guerra con Capitanes, en que también se hallaron la Audiencia y el Arzobispo, y advertido en ellas B que respecto de las grandes diligencias que los alzados hacían con los del Parián para que también tomasen su voz, sería posible pervertirles, y que si no se alzasen

Trata Don Pedro, que los mercaderes Anhayes se retiren en un Monasterio con sus haciendas.

los matarían, se resolvió que se tratase con los mercaderes Anhayes que se retirasen con sus haciendas en el Monasterio de San Agustín, casa fuerte dentro de Manila. Y habiéndoselo dado á entender el Gobernador por su persona y por sus Oidores, y de amigos suyos, no se determinaron; y aunque algunos fiaron sus haciendas en depósitos, se quedaron á la mira del suceso. La última diligencia que con ellos se hizo este mismo C día, fué acudir Don Pedro personalmente al Parián; y de allí á una hora parecieron muchas banderas de los enemigos de la otra banda del río, por la ribera de él. Venían del fuerte que distaba un cuarto de legua de la

Pasan los Sangleyes á nado á su Parián.

ciudad. Empezaron algunos Sangleyes á pasar á nado hácia el Parián, otros en embarcaciones y balsas hechas para este efecto. No se les pudo estorbar el paso por estar entonces las galeotas y carcoas de Armada en Pintados á la defensa de aquellas islas, porque se tuvo nueva que venía sobre ellas una Armada de Mindanaos y

Lastimoso espectáculo de los bárbaros.

Ternates. Llegaron los rebeldes al Parián con grande D vocería, llevando las cabezas de los Españoles que habían muerto el día de San Francisco ensartadas por las narices. Visto el Gobernador su brío mandó que los Capitanes Gaspar Pérez y Pedro de Arceo, que asistían en Tondo, pasasen á la ciudad con sus compañías. Entrados los enemigos en el Parián con la ostentación y horror de aquellas cabezas, comenzaron á persuadir á los Anhayes que no se habían declarado; mas no pu-

A diéndolos atraer á su opinión, antes hallándolos resistentes y que los reprendían, revolvieron las armas contra ellos y mataron más de doscientos. Saquearon parte de sus haciendas, con las cuales sacaron libreas de colores. También ahorcaron á otros mercaderes, y algunos (y serían hasta ochenta) se ahorcaron ellos mismos por no venir á sus manos, cosa muy acostumbrada en su tierra: uno de ellos fué el mismo General Sangley, llamado Hontay. Contó el Padre fray Juan Pobre, antes Capitán y ahora Religioso Francisco, á quien la necesidad volvió en estos tiempos á las armas, que habiendo los Sangleyes alzados persuadido á los Anhayes que hiciesen lo mismo, remitieron su respuesta á la voz de Chicán, Sangley caudaloso y ladino en la Lengua española. El, antes de explicar lo que traía, aconsejó que sería bien levantar una horca, y sobre ella aquellas cabezas de los Españoles, para que siendo bien vistas se animasen todos á pelear con el espectáculo. Aprobaron su consejo, y habiéndose hecho la horca, subió él mismo á componer las cabezas, y sacando un lazo que había llevado secreto, se lo echó al cuello y se ahorcó á vista de todos.

Matan los Sangleyes á los Anhayes.

Algunos Anhayes se ahorcan por no venir á manos de Sangleyes.

B

Horrenda muerte de Chicán Sangley.

C Estando este mismo día el Capitán Pedro de Brito con su compañía en la Iglesia mayor, que la noche anterior le habían señalado por puesto, viendo que cierta casa no estaba destechada, contra un bando del día antes, en que se mandaron todas destechar de la palma y nipa, por temor de otro incendio, envió á quitar aquellas peligrosas hojas. Subió á esto el Alférez Andrés Obregón hasta la cubierta más alta, y halló escondido en ella á Bautista con su espada y daga, á quien procuraban encubrir ciertas mujeres. Preguntado por el Alférez lo que hacía, respondió que destechar la nipa. A la segunda réplica se turbó, y súbitamente acusado de su conciencia, dijo: «Señor, no me mates.» El Alférez, reportándolo con suavidad, le dijo que se fuese para el Gobernador que le estaba esperando, y con esto se quedó desnipando el techo. Bajando el Alférez apercibió algunos soldados, y volvió á subir con ellos. Ya ciertas mujeres Indias habían escondido á Bautista en un aposento, donde entrados por fuerza le maniataron, y entre otros Chinas quedó puesto en prisión. Fulminaron

Prisión de Encán ó Bautista, cabeza de la rebelión de Sangleyes.

D

Muchachos que vienen á hablar á Bautista.

el proceso con brevedad militar, y entre tanto pasaron A á los presos á casa del Capitán Gallinato, adonde llegó un muchacho Japón preguntando por Bautista. Halláronle la faltriquera llena de cohetes, y á otro muchacho con un trozo de vela de cera; todo esto les dió un esclavo de Bautista: los cohetes llenos de sangre, por ventura de algún Cristiano. Confesó él mismo ser tanta parte en la rebelión, que no sin fundamentos le quisieron alzar por cabeza; que los Sangleyes exclamaban su nombre; que Hontay se dolía mucho de la tardanza, diciendo que pues no acudía á ser su caudillo, debía de estar en algún trabajo, y que por esta ansia se ahorcó. B Luégo sucedieron los electos del motín, y probóseles que en el sitio llamado el cerro de Calocán plantaron un palo, y sobre él una bandera negra, y en ella dos letras, caracteres chinos, que decían CUNTIEN; que vueltas en español dicen: OBEDECIENDO AL CIELO. Otras banderas se hallaron en el ejército que peleó en Dilao, con una estampa que contenía las figuras del suegro y suegra Chinas de Encán ó Bautista.

Causa por que se ahorcó el General Hontay.

Título de bandera negra de ciertos Sangleses.

Diversos Religiosos pelearon en este tiempo contra los tumultuarios, pero entre todos se debe particular alabanza al valor de fray Antonio Flores, Agustino C lego: es natural de Extremadura; fué soldado en Flandes; cautivo de Turcos más de veinte años; y de lo más interior de Turquía se libró por valor é industria. Pasó á Filipinas, donde tomó alegre el hábito en el Convento de San Agustín de Manila. Mostró siempre grande humildad en las obediencias, y no menguó el antiguo valor con la sencillez religiosa. A éste, pues, ordenó el Gobernador que con la galeota del Convento discurriese por el río, peleando contra los navíos y champanes Sangleyes. Una noche, habiendo desfondado más de doscientos bajeles, quemado algunos mayores y anegado D otros, se quedó en medio del río Pasig, en asechanza de los escuadrones Sangleyes. Entre las once y las doce sintió que venía uno de los rebeldes, nadando por atravesar á la ciudad, y como las tinieblas le quitaban el tino de las cosas, topó con la galeota de fray Antonio, el cual, porque le vió antes que los Indios de servicio, le pudo echar mano, y asido por los cabellos le metió en la galeota y le llevó al Gobernador. Diéronle

Fray Antonio Flores, lego Agustino, peleó en esta jornada y después en Ternate.

Espía Sangley preso por fray Antonio en el río.

A tormento, y confesó en él que venía á avisar á los Sangleyes del Parián, y de cómo el día siguiente pasarían el río los que estaban de la otra parte, y todos juntos, con las máquinas que tenían hechas, asaltarían la muralla y degollarían los Españoles, y quedarían señores de las islas. Con este aviso el Gobernador hizo diligencias para la prevención del día siguiente; y fray Antonio se volvió á su Convento, donde se proveyó de comida y harina para su galeota. Llevó para sí dos arcabuces, y puso su navío en un estero que forma el río que pasa junto á la muralla de Manila, entre ciertos
B manglanares (son árboles nacidos en tierra anegadiza, tan espesos que con facilidad se puede esconder entre ellos gente sin ser vista); allí se emboscó fray Antonio, haciendo discurso ó sabiendo que era forzoso el pasar los Sangleyes por aquella parte, por ser la más angosta del río y la más cercana á la muralla. No le engañó su juicio, porque muy de mañana llegaron, y desde la primera luz de ella hasta muy tarde anduvieron pasando en grande multitud. Había el fraile echado en dos bolsas más de cuatrocientas balas, y desde antes de las cinco, al alba, hasta las seis de la tarde peleó con los
C dos arcabuces, refrescándolos con vinagre. Nunca los disparó sino á tropa de los Sangleyes, de veinte ó treinta hombres, por no hacer tiro vano. En cada uno echaba dos y tres balas. Túvose por cierto que él solo mató aquel día más de seiscientos bárbaros. Después lo envió el Gobernador en seguimiento de los que quedaron con mil Indios, y mató más de tres mil Sangleyes, y ahuyentó las pocas reliquias que le sobraron.

Mata fray Antonio solo más de seiscientos Sangleyes.

Parecieron en este mismo tiempo en las calles del Parián muchos Sangleyes de los que pasaron el río, los cuales puestos á vista de los muros con sus armas y al-
D gunos con las que habían tomado á los Españoles muertos, llamaban á los que guardaban la muralla; de la cual les tiraron muchos arcabuzazos y mataron é hirieron buen número de ellos porque se ponían á tiro de mano con increible desesperación. Díjose que habían tomado el anfión (que es cierta comida confeccionada) como los Turcos, de que también usan los Malucos de Ternate cuando han de salir á pelear, porque los desvanece y les infunde bríos irracionales. Púsose una pie-

El anfión infunde á quien lo toma inconsideración.

za de artillería sobre la puerta del Parián, con que se A
hicieron buenos efectos, y nadie creyera que la pudiera haber en aquel lugar. Salieron á pelear con los Sangleyes algunos Japones y Filipinos con buen suceso, porque mataron muchos, particularmente los heridos de los arcabuces y tiros de bronce desde la muralla. Pareciéndoles que el Parián era manida para los pocos animosos, le pusieron fuego, y salieron á pelear con los Indios y Japones. Mataron los Sangleyes, sin ser vistos, por dentro de las casas con arcabuces, á un Capitán Portugués, é hirieron otros tres. Uno de ellos fué Ruy
González de Sequeira, Capitán mayor del Maluco. Pa- B
sáronse los Sangleyes al Monasterio de la Candelaria, desde donde arremetían más bravos que del Parián.

Peleas de Japones y Filipinos contra Sangleyes.

Ruy Gonzalez, Capitán Portugués mal herido.

El martes por la mañana salió el Capitán Gallinato con hasta quinientos Españoles y algunos Japones hácia la Candelaria. No rehusó el enemigo la batalla, antes salieron en orden más de cuatro mil combatientes. Ganaron los nuestros una puente, desde donde les dieron algunas cargas. Viendo el daño que recibían se retiraron para sacar los Españoles á lo ancho, y usar con ellos la estratagema que con Don Luis. Pero aunque se
desmandaron algunos soldados hasta entrar en la Igle- C
sia y saquear algo de lo que Sangleyes habían robado en el Parián, volvieron á retirarse algunos apriesa á la puente, con pérdida de tres Españoles y cinco Japones, y otros heridos por cargar el enemigo de golpe sobre ellos. De la parte contraria murieron trescientos sesenta de los más valientes, con lo cual se retiraron menos confiados. Este día á la tarde llegó una tropa de ellos para asaltar la muralla, donde el lienzo estaba más bajo, trayendo escalas y otros pertrechos cubiertos con tafetanes; pero la artillería les dió tal prisa que les quitó
las escalas y á muchos las vidas. La misma tarde se pe- D
leó hácia la parte del Parián, de donde trajeron los enemigos dos máquinas grandes, á manera de carros, fabricados la noche antes con ruedas, llenos de colchones, mantas y otras cosas tales, para que la artillería y arcabucería no les ofendiese. Tuvo el Gobernador recelo que traían artificios de fuego, de los cuales son grandes maestros; pero luégo se libró de él, porque habiéndoles tirado con la pieza que estaba sobre la puerta

Gallinato y los Españoles contra los Sangleyes.

Muerte de Sangleyes.

A del Parián, de que era artillero un criado del Gobernador, dió á la máquina que venía delante un balazo, con que le llevó buena parte y de los Sangleyes que la tiraban por lo bajo y de los que venían en lo alto de ella. Con todo eso continuaron su determinación, y con la pieza los hicieron pedazos, y comenzaron á retirarse desamparando la máquina. Con esto se calentó la escaramuza por el río y acudió gente en barcas y por algunas troneras. El Alférez Juan Guerra de Cervantes echó fuera los soldados Japones y naturales, y se fueron pegando al Parián con el amparo de la artillería de las B murallas, tan vivamente que pusieron fuego á lo mejor de él, que eran las casas de Anhayes: con que del todo se desanimaron los que en ellas estaban y más cuando notaron que les habían tomado el río y embarcaciones, y prendido sus arcabuceros. Júzgóse que este día murieron á hierro y fuego más de dos mil quinientos Sangleyes, sin los de la Candelaria y otros desmandados. Quitado el amparo del Parián se recogieron en la Iglesia de la Candelaria, pero á la mañana no pareció ninguno. Pasaron el río el miércoles, y por seguirlos se ahogaron en él algunos de los nuestros. Tomaron C la vuelta del lugar llamado Tabuco, cinco leguas de Manila, muy poblado y abundante. Aquí los alcanzó el Capitán Don Luis de Velasco, fortificados y trincherados con puertas y tablas hácia la laguna de Vay, desde la cual los arcabuceó y mató muchos. No pudiendo los Sangleyes perseverar contra daños tan continuados, encendieron una noche muchos fuegos, por no ser sentidos y tomaron la vía de San Pablo, lugar diez y seis leguas de Manila: llegaron á él tan diezmados y pocos, que no pasaban de seis mil por los muchos que perdieron en el viaje de Tabuco. Allí les dió Don Luis otra D mano; y yendo en su seguimiento después que salieron del lugar, se desmandó tanto que lo mataron, y cuatro soldados, dos frailes Descalzos, Sacerdote el uno y el otro lego.

Deshace un tiro de los nuestros la máquina de los Sangleyes, y mata muchos de ellos.

Pegan los Españoles fuego al Parián.

Huyen los Sangleyes.

El Capitán Don Luis de Velasco alcanzó los Sangleyes.

Muerte del Capitán Don Luis de Velasco.

En el lugar de San Pablo hicieron alto, con propósito de coger los arroces, que ya casi estaban sazonados, por ser tierra más temprana que la Pampangua. Antes de llegar á San Pablo se desvió del cuerpo de su ejército una tropa de mil quinientos Sangleyes, la vuelta de los

Degüellan los nuestros á los Sangleyes.

montes de Pace. Alcanzáronla los Españoles y naturales, y aunque con resistencia, se dieron los nuestros tal prisa que los degollaron todos y cobraron alguna parte de sus despojos. A

El fuerte que los Sangleyes hicieron en San Pablo era de palmas. Desde allí salían á pelear y coger los arroces y correr la tierra. Juzgaron que era bien dividirse en dos tropas, partiéndose los seis mil en partes iguales. La una quedó en el fuerte, la otra se fué á Batangas, siete leguas de él á la costa del mar, á lo que se entendió con intento de fabricar navíos, para lo cual llevaron artífices, oficiales, herramientas, clavazón y todo lo demás. B Considerando el Gobernador este designio, envió personas de cuidado hácia la ensenada de Batangas, que ocupasen las embarcaciones de la marina, porque los enemigos no se valiesen de ellas y se pasasen á otras islas, que fuera notable daño.

Tratan los rebeldes de fabricar navíos.

Pareciéndole al Gobernador que el intento de los Sangleyes era entretenerse y aguardar, por ventura, alguna correspondencia de la China, que los Mandarines hubiesen dejado trazada, juzgó que convenía abreviar la guerra, porque cada día se fortificaban y salían de sus fuertes á correr la campaña y á coger los arroces; y per- C suadían á los naturales que se juntasen á su opinión, aunque éstos no lo aceptaron, antes mataban á los que venían á sus manos. Por otras diversas razones se vió que consistía la salud del negocio en la brevedad, y así muchos Españoles y naturales, por orden de Don Pedro, andaban á caza de los Sangleyes desmandados. Todavía pareció apretarlos más, y no darles el tiempo que deseaban hasta qne se sazonasen los arroces, pues era el hambre la que mayor guerra les podía hacer. Para esto pareció conveniente valerse de los vecinos de confianza. Es Pampanguá cierta tierra, diez leguas de D Manila, de la otra parte del pueblo de Tondo, pasado el río Pasig. Andan los de aquella ciudad por él en navichuelos acomodados; es terreno anegadizo por los muchos ríos, y porque los naturales dividen en acequias para regar arroces y otras semillas. Contiene el distrito doce leguas, poblado todo, y de siete Iglesias de la Orden de San Agustín. La gente, valiente, dócil y fiel, y que recibe nuestra Fe y persevera en ella. Rica

Descripción de la provincia Pampangua.

A más que la de otras partes de Manila. Era Alcalde ma-
yor de Pampangua el Capitán Hernando de Abalos, y
habiéndole el Gobernador escrito la rebelión de los San-
gleyes, y que para la guerra le enviase bastimentos y ar-
mas, y que no dejase enemigos á las espaldas, hizo am-
bas cosas con suma diligencia. Proveyóle de copia de
arroz, vino de palmas, y gran número de vacas y bece-
rros. Prendió más de cuatrocientos Sangleyes, y llnován-
dolos á un estero (así llaman á un brazo de río) mania-
tados de dos en dos, entregados á ciertos Japones, los
degollaron. Predicóles primero el Padre fray Diego de
B Guevara, de la Orden de San Agustín, Prior de Mani-
la, que hizo esta relación, y solos cinco dejaron la ido-
latría y recibieron el bautismo. Al mismo tiempo re-
mitió al Gobernador cuatro mil Pampanguos, armados
á la usanza de su patria, de arcos, flechas, medias pi-
cas, paveses y puñales anchos y largos. Llegaron á Ma-
nila con grande alarido, y como á victoria cierta embis-
tieron en los enemigos, los cuales crecían cuanto más
eran extinguidos. Con esta consideración, atropellando
algunas contradicciones, envió golpe de Españoles y
Japones, y buena cantidad de estos Indios de la Pam-
C pangua, armados con pertrechos y comida á cargo del
Capitán y Sargento mayor Azcueta, soldado brioso y
diligente, que tenía noticia de los puestos de la tierra,
con orden que se acercase poco á poco al enemigo; pe-
ro que no rompiese con él, por ser gente desesperada y
bárbara en los primeros acometimientos, sino que le in-
quietase días y noches por muchas partes, quitándoles
las salidas para que le faltase la comida, y con esto le
obligase á desalojarse, que á dos veces que perdiese el
alojamiento le degollaría, y así sucedió. Salió de Ma-
nila el Sargento mayor con esta orden por el río. Lú-
D nes á veinte de Octubre llegó á vista del enemigo, que
todavía estaba en el fuerte de San Pablo. Ofreciéronse-
le algunos lances. Uno fué, que habiendo hecho repa-
ros para su seguridad en los alojamientos que tomaba,
salía el enemigo de su fuerte y venían algunos que se
preciaban de valerosos á pelear con los Españoles á su
sitio, con tan extraordinaria osadía, como de gente llena
de desesperación, falta de todo juicio, se debía recelar.
Y así con quitarles el agua, estrecharlos y tocarles arma

Degüella el Alcalde mayor de Pampangua cuatrocientos Sangleyes; conviértense á nuestra Fe solos cinco.

Soldados Pampanguos.

Facción del Sargento mayor Azcueta.

aves, y el tejer mantas, obras todas que ejercitaban en la antigua infidelidad, tenían olvidadas. Particularmente quedó asolado el Parián ó Alcaicería al hierro y al fuego. Solía ser tan provechoso y abundante, que recién llegado á Manila Don Pedro escribió de él, á un deudo suyo de España, las palabras siguientes: «Esta ciudad es notable en grandeza de edificios, que me han admirado. Sola una diré que es la principal, que tiene una Alcaicería de todo género de sedas y oro, y oficios mecánicos, y de estas cosas más de cuatrocientas tiendas, y hombres que tratan en ellas de ordinario más de ocho mil; y en tiempo que vienen las flotas de la China con sus mercaderías, que es ahora, pasan siempre de trece y de catorce mil hombres. Traen cosas peregrinas, de las que no hay en Europa.» Temía, además de esto, Don Pedro que el escarmiento del estrago encogería la comunicación, y que no acudirían ya las naves que solían con bastimentos de la China. Mayor y general era el recelo de que en lugar del comercio vendrían navíos armados en venganza de los Sangleyes. Despachó Don Pedro á España con el aviso del hecho y de sus temores, por vía de la India, al Prior de Manila fray Diego de Guevara. Los casos que en el viaje le sucedieron en la misma India, Persia, Turquía é Italia, le forzaron á tardar tres años hasta llegar á la Corte, donde halló ya otros despachos.

Cuán abundante era el Parián antes que se quemase.

Juntamente despachó Don Pedro al Capitán Marcos de la Cueva, en compañía de fray Luis Gandullo, Dominico, á Macao, ciudad de la China, donde residen Portugueses, con cartas para el Capitán mayor y Cámara de aquella ciudad, avisándoles de la rebelión de los Sangleyes y del suceso de ella, para que á cualquier rumor de armada en China le avisasen por todas vías. Llevaron también cartas para los Tutones, Haytaos y Visitadores de las provincias de Cantón y Chincheo, dándoles cuenta del exceso de los Chinas y de cómo obligó á los Españoles á tan severo castigo. Llegados los Embajadores hallaron la tierra pacífica, bien que algunos Sangleyes, fugitivos de Manila en champanes, habían dado cuenta de sus movimientos. Súpose en Chincheo la llegada de estos Españoles á Macao. Acudieron luégo á visitarles algunos Capitanes, los más

Diligencia de Don Pedro para que en China no alterase el caso de los Sangleyes.

Embajadores Españoles en Chincheo.

A caudalosos y ordinarios en Manila, cuyos nombres eran
Guansán, Sinú y Guachuán. Estos, enterados de la
verdad del caso, se encargaron del despacho que Don
Pedro enviaba á los Mandarines, los cuales le recibie-
ron por su medio. Animáronse mercaderes Chincheos
á volver con su trato á Filipinas, y salieron en sus na-
víos de Macao con nuestros Embajadores, llevando can-
tidad de pólvora, salitre y plomo, de que proveyó los
almacenes públicos. En el Mayo siguiente aportaron en
Manila trece navíos chinas, y luégo otros muchos que
volvieron á continuar aquel comercio. Don Pedro re-
B mitió á Nueva España las naves que habían traído el
socorro de las islas. Anegóse la Capitana, sin escaparse
una persona ni una tabla. No cesaba en este tiempo de
reparar la ciudad de bastimentos y municiones por ha-
llarse desembarazado para la jornada del Maluco. A es-
ta sazón llegó de Méjico el Maestre de campo Juan de
Esquivel con seiscientos soldados, y con aviso de que
en Nueva España se juntaba más gente, dineros y otros
aparatos de armas, bastimentos y municiones por orden
de Su Majestad. Todos ellos llegaron en sazón á Ma-
nila, y en ella murió entonces su gran Arzobispo Don
C Miguel de Benavides, con llanto universal de la tierra.

Vuelve á Filipinas el comercio de Sangleyes ó Chinas

Juan de Esquivel con la gente Española llega á Manila.

Muerte del Arzobispo de Manila.

Los navíos de China que volvieron al comercio, tra-
jeron al Gobernador la respuesta de su despacho. Venía
en tres cartas de un tenor: del Tutón Virrey, del Hay-
tao y del Visitador general de la provincia de Chincheo.
Traducidas en español por los intérpretes, dicen así:

«Al Gran Capitán de Luzón: Por haber sabido que
los Chinas que iban á tratar y contratar al Reino de
Luzón han sido muertos por los Españoles, he inquiri-
do la causa de estas muertes y he rogado al Rey que
haga justicia, de quien ha sido causa de tanto mal, pa-
D ra que se ponga remedio en adelante, y los mercaderes
tengan paz y sosiego. Los años pasados, antes que yo
viniese aquí por Visitador, un Sangley, llamado Tio-
neg, con tres Mandarines, con licencia del Rey de Chi-
na, fué á Luzón á Cabit á buscar oro y plata, que todo
fué mentira porque no halló oro ni plata; y por tanto
rogué al Rey que castigase á este engañador de Tioneg,
para que se entendiese la justicia recta que se hace en
China. En tiempo del Virrey y Capado pasados, fué

Carta del Visitador de Chincheo en la gran China para el Gobernador Don Pedro de Acuña.

Declaración ó excusa de la invención de los Mandarines que trajeron preso al China.

cuando Tioneg y su compañero, llamado Yanlión, dijeron la mentira dicha. Yo después acá rogué al Rey hiciese trasladar todos los papeles de la causa de Tioneg, y que mandase llevar al dicho Tioneg con los procesos ante sí. Y yo mismo ví los dichos papeles, y eché de ver que todo había sido mentira lo que el dicho Tioneg había dicho. Escribí al Rey diciendo que por las mentiras que Tioneg había dicho, habían sospechado los Castillas que les queríamos hacer guerra, y que por eso habían muerto más de treinta mil Chinas en Luzón. El Rey hizo lo que yo le pedía; y así castigó al dicho Yanleón mandándole matar, y á Tioneg le mandó cortar la cabeza y colgarla en una jaula. La gente China que murió en Luzón no tuvo culpa. Y yo con otros tratamos esto con el Rey para que viese qué era su voluntad en este negocio, y en otro que fué haber venido dos navíos de Ingleses á estas costas de Chincheo, cosa muy peligrosa para la China, para que el Rey viese qué se había de hacer en estos dos negocios tan graves. También escribimos al Rey mandase castigar á dos Sangleyes que enseñaron el puerto á los Ingleses. Y después de haber escrito estas cosas sobredichas al Rey, nos respondió: que para qué habían venido navíos de Ingleses á la China? si acaso venían á robar que les mandasen ir de allí luégo á Luzón, y que les dijesen á los de Luzón que no diesen crédito á la gente bellaca y mentirosa de los Chinas, y que matasen luégo á los dos Sangleyes; y en lo demás que le escribimos, que se hiciese nuestra voluntad. Después de haber recibido esta orden, el Virrey, el Capado y yo enviamos ahora estos nuestros recaudos al Gobernador de Luzón para que sepa Su Señoría la grandeza del Rey de China, pues es tan grande que gobierna todo lo que alumbra la Luna y el Sol; y también para que sepa el Gobernador de Luzón la mucha razón con que se gobierna este Reino tan grande, á cuyo Reino há mucho tiempo que nadie se atreve á ofender. Y aunque los Japones han pretendido inquietar á la Corea, que es el Gobierno de China, no han podido salir con ello, antes han sido echados de ella, y la Corea ha quedado con grande paz y sosiego, como de oídas bien saben los de Luzón.

Castigos de Yanleón y Tioneg, Chinas, ejecutados en la China.

Culpan estos Chinas á los Españoles de Luzón porque llegaron á la China ciertos navíos ingleses.

Jactancia de los Chinas.

A B C D

A •El año pasado, después que por la mentira de Tioneg supimos que eran muertos tantos Chinas en Luzón, nos juntamos muchos Mandarines á concertar de tratar con el Rey que se vengase de tantas muertes. Decíamos que la tierra de Luzón es miserable, de poca importancia, y que antiguamente sólo era morada de diablos y de culebras. Y que por haber venido de algunos años á esta parte á ella tanta cantidad de Sangleyes á tratar con los Castillas se ha ennoblecido tanto; en la cual los dichos Sangleyes han trabajado tanto, levantando las murallas, haciendo casas y huertas y en
B otras cosas de mucho provecho para los Castillas. Y que siendo esto así, que porqué los Castillas no habían tenido consideración á estas cosas, ni agradecido estas obras buenas, sino que con tanta crueldad hayan muerto tanta gente? Y aunque por dos ó tres veces escribimos al Rey lo sobredicho, nos respondió, habiéndose enojado por las cosas arriba dichas, diciendo que por tres razones no convenía vengarse ni hacer guerra á Luzón. La primera, porque los Castillas, de muchos años á esta parte, son amigos de los Chinas: la segunda razón era, porque la victoria no se sabía si la lleva-
C rían los Castillas ó los Chinas; y la tercera y última, porque la gente que los Castillas habían muerto era gente ruin y desagradecida á China su patria, padres y parientes, pues tantos años había que no volvían á China. La cual gente (dice el Rey) que no estimaba en mucho por las razones arriba dichas. Y sólo mandó al Virrey, al Capado y á mí escribir esta carta con este Embajador, para que sepan los de Luzón que el Rey de China tiene gran pecho, gran sufrimiento y mucha misericordia, pues no ha mandado hacerles guerra á los de Luzón. Y bien se echará de ver su rectitud, pues
D también ha castigado la mentira de Tioneg. Y que pues los Españoles es gente prudente, que cómo no tiene pena de haber muerto á tanta gente, y se arrepiente de ello, y tiene buen corazón con los Chinas que han quedado? Porque si tienen los Castillas buen corazón con los Chinas y vuelven los Sangleyes que han quedado de la guerra y se paga el dinero que se debe y la hacienda que se ha tomado á los Sangleyes, habrá amistad entre ese Reino y éste, y habrá cada año navíos de tra-

Amenazas del Rey de China.

to; y si no, no dará el Rey licencia para que vayan navíos de trato, antes mandará hacer mil navíos de guerra, con soldados y parientes de los muertos, y con las demás gentes y Reinos que pagan parias á China, y sin perdonar á nadie harán guerra, y después se les dará el Reino de Luzón á esta gente que paga parias á China.» A

Fué escrita la carta del Visitador general á doce del segundo mes, que según nuestra cuenta es Marzo; la del Eunuco en diez y seis, la del Virrey en veintidós del mismo mes y año.

Respuesta del Gobernador al Visitador de Chincheo.

El Gobernador respondió á estas cartas con los mismos mensajeros, usando de términos llenos de cortesía y autoridad. Refirió desde su origen la rebelión de los Sangleyes; justificó la defensa de los Españoles y el castigo que se ejecutó en los delincuentes. Dice que ninguna República se puede gobernar sin castigar los malos, como ni sin premiar á los modestos. Y así que no se siente arrepentido de aquella ejecución, por haber sido para reprimir á quien procuró destruirnos. Que juzgase el Visitador, qué hiciera él si en China le sucediera semejante caso? Que el sentimiento que le quedó fué de no haber podido reservar algunos Sangleyes mercaderes Anhayes que murieron entre los culpados; pero que esto no fué posible remediarse, porque la violencia de la guerra no da lugar á matar unos y privilegiar otros, particularmente no siendo conocidos de los soldados en el ardor de la guerra: que usando de misericordia con los que se cogieron vivos los condenó al remo en las galeras, que es la pena que entre los Castillas se sustituye para los que merecen muerte. Pero que si en China pareciese que se debía moderar, se les dará libertad. Mas adviértase (dice Don Pedro) que podría esto ser causa de que no castigándose un delito tan grave cayesen otro día en él; cosa que cerraría todas las puertas á la benignidad. Las haciendas de los Chinas que murieron están depositadas; y para que se vea que no me movió otro celo que el de la justicia, las mandaré luégo entregar á sus herederos ó á las personas á quien por derecho pertenezcan. No me mueve á ninguna de estas cosas otro respeto que el de la razón. El decirme que si yo no soltare los presos se concederá en China licencia á los parientes de los que murieron

A en la rebelión para venir de armada á Manila, no me causa alteración, porque tengo por tan cuerdos á los Chinas que no se moverán á cosas semejantes con poco fundamento, particularmente no habiéndoseles dado de nuestra parte ocasión; y en caso que allá sigan otro acuerdo, los Españoles somos gente que sabemos defender muy bien nuestro derecho, Religión y distrito. Y no les parezca á los Chinas que son señores de todo el mundo, como lo dan á entender, porque los Castillas, que le tenemos medido á palmos, sabemos con certeza las tierras de China. Donde será bien que sepan,
B que con Reyes tan poderosos como el suyo trae contínuas guerras el Rey de España, y los reprime y pone en grandes trabajos. Y no es caso nuevo, cuando nuestros enemigos piensan que nos tienen rendidos, hallarnos talando y destruyendo los confines de sus tierras, y no parar hasta echarlos de sus sillas y quitarles sus cetros. Sentiría mucho la mudanza de la contratación; pero también creo que los Chinas no querrán perderla, pues de ella se les sigue tanto provecho, llevando á su Reino nuestra plata, que nunca se disminuye, en trueque de sus mercaderías, que son cosas débiles que se
C acaban luégo. Los navíos de Ingleses que llegaron á la costa de China, fué acertado no recibirlos, porque no son Españoles, sino enemigos suyos y piratas; por lo cual si acudieran á Manila fueran castigados. Finalmente, porque los Españoles siempre justificamos nuestras causas, y nos preciamos de que en el mundo no se pueda decir que usurpamos lo ajeno, ni hacemos guerra á nuestros amigos, se cumplirá lo que aquí se promete. Y de aquí adelante sepan en China que jamás hacemos nada por miedo ni por amenazas de nuestros enemigos. Concluye Don Pedro ofreciendo la continua-
D ción de la amistad por nuevos vínculos de paz con los Reinos de la China; que pondría en libertad á su tiempo á los prisioneros que tenía en las galeras (bien que pensaba primero servirse de ellos, como se sirvió en la jornada del Maluco, á que con prisa daba expedición). Y todo esto cumplió con puntualidad.

Cartas del Emperador del Japón.

Otras cartas recibió en estos mismos días del Emperador del Japón, en que después de agradecerle un presente de vino de uvas (además de otras riquezas) que

Don Pedro le había enviado, le exhortaba al comercio. A
Y que no le enviase predicadores Cristianos sin consentimiento suyo, porque esta región (le dice) se llama Xincoco, que quiere decir dedicada á los Idolos; los cuales, desde nuestros mayores hasta ahora, han sido honrados con suma alabanza, cuyos hechos no puedo yo solo destruir, por lo cual no conviene que en Japón se promulgue ni predique vuestra ley. Y si Usía quisiere tener amistad con estos Reinos y conmigo, haga lo que yo quiero. Esto dice el Japón. Don Pedro le respondió y aplazó, de manera que se continuó la predicación en sus tierras. B

Armada holandesa.

En este mismo año de mil seiscientos cuatro, siguiendo su costumbre las islas de Holanda y Zelanda, juntaron una Armada de doce naves gruesas, bien apercibidas, y algunos vasos menores, y como señores de la mar y de los vientos, tomaron el viaje de la India por las derrotas sabidas, y en breves días se hallaron en el cabo de Buena Esperanza. Todos los Capitanes habían pasado otras veces, y los pilotos no se preciaban de menor experiencia. El General era Esteban Drage, sin fe para con la Iglesia y con su Rey. Comenzando á discurrir y visitar sus plazas y factorías para C hacer algunas presas á vueltas del comercio, toparon con dos naves pequeñas, cargadas de marfil, en la entrada y barra de Mozambique. Diéronles caza; y puesto que huían, y las seguían con igual ligereza, vencieron los ladrones de Holanda, y alcanzadas las dos naves que pelearon fueron presas. Quemaron la una y armaron la otra, con que se acrecentaron para proseguir sus robos. Todos aquellos Reyes y los superiores de nuestras fortalezas los acogían como amigos. Llegaron en Septiembre á la barra de Goa, y con la seguridad que pudieran en Ambsterdam, esperaron en Bardes quince D días las naves de Portugal; desde allí, no como piratas, sino como mercaderes que relanzan la riqueza que llevan envuelta en el trato, despacharon una nave á Cambaya para rescatar el marfil, poco antes robado á los nuestros, sucediéndoles todo felizmente; despidieron otras dos á Bengala con otras mercancías, y con los mismos fines y á sus plazos volvieron éstas y aquéllas, habiendo multiplicado el caudal y ganancias. Viendo

Esteban Drage, General Holandés, roba dos naves cargadas.

Drage en Goa.

A que ninguna fuerza se les oponía, dieron vela por la costa de Malabar, haciendo sus ferias donde les convenia; y sin que se les pudiese librar, tomaron otra fusta de Portugueses de veintiún bancos, la cual, habiendo aprovechado la presa, armaron de su gente y á su modo, y la traían consigo. Luégo dieron principio á mayores designios, para los cuales enviaron su embajada al Samori (Samori significa lo mismo que César) que es Rey de Calicú, amigo y confederado con Holandeses; y concertadas las vistas se fueron á contratar con él. Entre tanto que los demás se dedicaban al comercio y

Samori quiere decir César.

B trato privado, el General puso en plática el que pertenece al estado, trazando la guerra contra los Españoles, particularmente Portugueses. Asentaron los plazos y las fuerzas que para ella habían de juntar; luégo se entretuvieron en convites y fiestas, en una de las cuales, por despedida, dió el Samori al General Drage una esmeralda, que se juzgó por la mayor y más fina de cuantas se sabían muy señaladas. Pasaron adelante, y en la costa de la Java hicieron algunas presas, y entre ellas de una pequeña nave, en que venían Don Manuel de Melo, Capitán mayor de las Malucas, y su mujer, la

Esmeralda preciosa que da el Samori á Drage.

Don Manuel de Melo y su mujer pelean y quedan presos.

C cual hubo también de pelear como su marido, aunque no se libraron del cautiverio. Cuanto más se llegaban á Ternate hallaban materia de mayor consideración, porque á la vista de Amboino se les vino á las manos una fragata que venía del Maluco á surgir en aquella isla, y también la prendieron, y en ella á su Capitán Antonio Machado. En Amboino se afirmaron porque, ó por trato ó por sus bríos, traían esperanzas ciertas de recobrar lo perdido. Había entrado ya el año mil seiscientos cinco, en el cual en veintitres de Febrero comenzaron la obra.

Prende Drage á Antonio Machado.

D Entraron en el puerto ocho naves y seis pataches, y no fueron menester muchos combates ni dificultades para que la fortaleza se les rindiese. Apoderáronse juntamente del pueblo de Portugueses; los cuales, viendo tanta gente y artillería como los Holandeses traían, no osaron ni pudieron hacerles resistencia. Cuarenta Portugueses juraron vasallaje al hijo bastardo del Príncipe de Orange; pusieron unos grillos al Capitán mayor, y entregaron la fortaleza al Holandés, excusándose con

Drage en Amboino, y se le rinde.

decir que tampoco se hallaron con municiones para A intentarla. Juntábase á éste otro daño mayor, que los naturales de la tierra favorecían á los de Holanda como á libertadores del yugo Portugués; y allí son bien quistos, y en todas las plazas donde contratan, porque han dado, de poco acá, en no entremeterse en su religión ni tratar de ella, salvo con los que de su motivo la quieren recibir. No hicieron descomodidad ni injuria á nadie; y para que sepan que siempre los han de conservar en la misma seguridad, en espacio de cinco días armaron cuarenta carcoas para defender á los naturales de cualquier enemigo; de estas ocho naves escogió B el General tres, y en ellas fué el mismo á las islas de Banda para cargar de nuez, macía y clavo, en ellas y en Amboino. La fama de estos sucesos, y el odio concebido contra Españoles, favorecieron á esta Nación, de manera que á este tiempo, ya los de Amboino, Ito, Veranula y de otras partes, tenían sus Embajadores en la Sunda para esperar esta Armada, porque fueron á cuya instancia salió de su tierra. Antes de partir de Holanda tuvieron también Embajadores del Rey de Achén, de la Samatra, para los mismos efectos; por lo cual pregonan los Holandeses que vienen á castigar los C agravios que Portugueses y Castellanos han hecho á los naturales, y á ponerlos en libertad. No andaban ya secretos los intentos de esta pérfida gente, porque el General Drage reforzó cinco de sus naves y las envió al Maluco para tomar la fortaleza y Reino del Tidore, que era sólo el que había quedado en obediencia de España; y públicamente se decía que acudiría con sus navíos y gente á la empresa el Rey de Ternate. Con estas naves partió el Almirante Holandés, deteniéndose en el camino para hacer sus ganancias y tomar refrescos en sus factorías, cargar de pimienta y otras drogas. To- D do les sucedía como lo trazaban, aunque extendían los pensamientos á pretensiones que pedían mayor poder que el que traían. Pensaban pasar por el embocadero de Acapulco, y esperar allí las naves de las Filipinas á la ida y á la vuelta, porque sabían cuán ricas suelen ser, y hacer presa en ellas. Para esto se entretenían hasta que se les juntasen las dos naves que esperaban de Sunda, cargadas de pimienta, de aquella su abun-

Arman los Holandeses cuarenta carcoas para defender á los naturales del Maluco.

Embajadores del Rey de Achén en Holanda.

Cinco naves del Drage van al Maluco.

A dante y segura factoría: otra había de quedar en el Maluco para cargar de clavo. Traían los ocho navíos gran cantidad de ladrillos, cal, piedra labrada, carretones y otros instrumentos y materia para edificar; toda la cual se había de llevar desde el embocadero, aunque en Amboino habían comenzado á edificar; y desembarcando buena parte de aquellos materiales, dejaron para proseguir las obras y para el presidio de la fortaleza ciento treinta soldados. Luégo, tras esta Armada, esperaban otra para poner cerco á Malaca, porque desde allí determinaban asir las riendas de la India, como lo han

Ocho navíos holandeses con materiales para fortificaciones.

Nueva Armada holandesa contra Malaca

B acostumbrado Portugueses. Para esto precedió haberse confederado con los Reyes de Yor, de Achén y de la Sunda, con cuyo poder y de otros Sangajes de la tierra habían de aniquilar el de Portugal, porque ellos no habían de dejar la India. Y supuesto que las drogas de ella los enriquecían, con ellas mismas harían la guerra; y que su caudal era tan grande, que aun en Flandes se pasaban los soldados á servirles, desamparando al Archiduque Alberto. No embargante este amor, con que generalmente son recibidos los Holandeses en aquellas grandes provincias, antes que llegasen á Amboino

C dos navíos ingleses dieron fondo allí cerca, y avisaron á los naturales de cómo venía una Armada holandesa á ocupar la tierra; pero que no la temiesen porque era toda de gente desvalida y baja. Que se defendiesen; para lo cual les ofrecieron su favor, dándoles noticia de cómo ya los Reyes de España y de Inglaterra eran amigos, y que por esto la razón pedía que también lo fuesen los súbditos de entrambos. Y rehusando esta ocasión quisieron más quedar vasallos del Príncipe Mauricio y aprobar el yugo de los herejes. Pidiéronles clavo y ofreciéronles el precio que quisiesen por él. Y guardaron tanta ley

Aviso que dan los Ingleses en favor de España.

D los Ingleses, que nunca se juntaron con los de Holanda. Quedó en efecto Amboino por el enemigo. Esparcióse la gente, muchos á Malaca, y entre ellos el Capitán mayor Don Manuel de Melo, con algunos Portugueses; otros á las islas de Cebú, en Filipinas, y á diversas partes de ellas, porque á todos les dieron libertad. Todos salieron de Amboino mediado Mayo, pero sin hacienda y sin drogas, porque expresamente les prohibieron el trato de ellas, diciendo que todas eran suyas.

Buena amistad de Ingleses después de las paces con España.

Pérdida de Amboino.

[illegible] en Tidore.

Una de las dos naves inglesas, doblando aquellas cos- A
tas y salvando arrecifes, llegó anticipadamente al puer-
to de Tidore. Llamó al Capitán mayor de la fortaleza,
Pedro Alvarez Abreo, al cual dió aviso de cómo que-
daba fortificando las plazas de Amboino la Armada
de los Holandeses, y que habiendo señoreado aquellos
mares, vendrían luégo sobre Tidore. El Capitán mayor
le agradeció tan fiel advertencia, y entre los ofrecimien-
tos y cortesías, quiso saber la causa de esta buena obra.

[illegible] Tidores.

El Inglés entonces le declaró como nuestros Reyes eran
amigos; y para que lo creyese, y juntamente el peligro
en que estaban, le ofreció de su munición toda la que B
hubiese menester. Dióle seis barriles de pólvora, cien
balas de artillería y buen número de morriones. Con
esto se comenzaron los Tidores y Portugueses á fortifi-
car, fruto de la paz reciente.

[illegible] holandesa en Tidore.

De allí á un mes llegaron á la isla las cuatro naves
grandes y cuatro pataches holandeses, adonde estaban
surtos dos galeones Reales y otros navíos de Portugal
cargados de bastimentos y de mercancías. El General
Holandés envió á decir al Rey de Tidore, que si le que-
ría entregar aquella fortaleza echando de ella á los Por-
tugueses sería su amigo, y que le suplicaba que no pu- C
siese en esto dificultades, pues como Rey que estaba
pacífico en su Reino lo podía hacer; y en aquella Ar-
mada venían soldados y armas para salir con lo que

[illegible] del Rey de Tidore á los Holandeses.

hasta entonces no pasaba de ruegos. El Rey de Tidore,
enviándole una vaca, le respondió: que no podía ni de-
bía sacar los Portugueses de sus fuertes, ni recibir otra
Nación en su lugar, hasta que ellos la hubiesen des-
amparado voluntariamente, ó por trance de las armas;
que entre tanto que ellos determinasen el suceso, él lo

[illegible] del Capitán mayor de Tidore.

miraría estando neutral. El Capitán mayor sabiendo lo
que se trataba, turbando las embajadas, envió á decir D
al Holandés que no había para qué tratar de la entre-
ga del fuerte estando él vivo y presente; que con él y
con los casados que lo habitaban lo había de tratar.
Con estas resoluciones, otro día de mañana se movie-
ron los navíos de Holanda y fueron á barloar con los
de Portugal que estaban en Tidore, dos tiros de pieza

[illegible] Holandeses y Portugueses.

de la fortaleza. Pelearon más de dos horas; y tal es la
firmeza de la fortuna, que en tan breve término como

A éste se hubieron de arrojar á la mar los Portugueses que quedaron vivos, y sus galeones fueron presos, y en aquella misma hora quemaron el uno. Al día siguiente partió otra embajada á Tidore, en que el Holandés envió á decir al Rey, que propusiese á los Portugueses que si le querían entregar la fortaleza les entregaría el galeón que había quedado, en que salvasen sus personas y haciendas, y partiesen libremente para donde quisiesen. Los Portugueses cobrando valor de lo que otros se desanimaran, respondieron: que no con la pérdida de los galeones habían perecido sus bríos; que antes morirían todos que entregasen la fortaleza. No se atrevieron los Holandeses á batirla y determinaron de buscar al Rey de Ternate, que ya personalmente había salido en gran número de carcoas armadas para juntarse con el Holandés. Halláronle una legua de la fortaleza, y deteniéndose poco en las ceremonias de la llegada, se volvieron juntos. Entrando en un lugar de Tidore lo abrasaron, y al otro día amanecieron sobre la fortaleza. Echaron número de soldados Ternates y Holandeses: éstos fueron ochocientos; y habiendo fabricado una trinchera de pipas de tierra, desde su reparo con dos piezas barrieron tres días la fortaleza por aquella parte. Al mismo tiempo la combatían por mar desde las naves, con más de mil quinientos tiros. A tercer día se llegaron más, y al cuarto del alba la comenzaron á batir con mayor violencia. Mataron al Condestable del castillo, y en medio de la turbación arremetieron juntos el Rey de Ternate y Holandeses, que estaban en tierra, trajeron la artillería en una coraza bajo del fuerte, hallando á los Portugueses descuidados. Dieron súbitamente sobre ellos, pero cobrando luégo el primer ánimo, revolvieron contra los Holandeses, los cuales, volviendo las espaldas, se hubieron tan vilmente que se metieron en el agua, desamparando las piezas que tenían en tierra. En este punto de victoria, habiendo muerto muchos Holandeses y sólo cuatro Portugueses, vieron cercada la fortaleza de altas llamas, que bramaban en lo profundo y sobre los techos, hasta que voló mucha parte y lo demás se abrasó y arrasó casi toda. Hallaron quemados veintiseis Portugueses, sin que jamás se haya atinado de dónde ni quién lanzó el incenti-

Bríos de los Portugueses.

Júntanse los Holandeses con el Rey de Ternate.

Abrasan un lugar de Tidore.

Baten los Holandeses el fuerte de Tidore.

Pelean Portugueses esforzadamente contra los Holandeses.

Quémase la fortaleza de Tidore sin saberse la causa.

vo en la pólvora que hizo aquella gran ruina. Fué necesario que, obedeciendo á la fortuna, los Portugueses que ya estaban ufanos de la victoria, no teniendo muros en qué abrigarse, acudiesen á lo poblado de Tidore. Hiciéronlo así, y volviendo á tierra Holandeses y Ternates, los siguieron hasta la ciudad. Aquel Rey los recogió amigablemente en ella, y el mismo día acudió á la nave holandesa que estaba surta frontero de la ciudad, y llamando á ella el General Holandés, el Rey le propuso el caso de la fortaleza, y que si á los que la defendieron les diese embarcaciones se partirían á otras partes. El cual vino en el concierto, y aunque les costó á los Portugueses cuanto poseían, aceptaron del Holandés tres pataches pequeños, una galeota que era de Su Majestad y un patache holandés para escolta para librarlos de Ternate. Los Holandeses concertaron con el Rey de Tidore amistad; que quedasen en sus tierras; que recibiesen factorías y contratación del clavo, como lo tenían con Portugueses. De esta manera los vencidos, habiendo rescatado algunos navíos, se esparcieron por aquellas islas. Muchos llegaron á Filipinas, donde el Gobernador Don Pedro los examinó para saber el estado del Maluco.

Piérdese Tidore y entran Holandeses en ella.

Uno de los que escaparon de la fuerza de Tidore, y llegaron á la villa de Arévalo, en Filipinas, fué Antonio de Silva, Portugués. Era, además de soldado, naguatato ó intérprete. Este dijo aquel suceso judicialmente, y añadió que trayéndole preso desde Amboino, el General Inglés, presente una carta de marear, buscó á Mindoro en Manila y Cabite. Y preguntado por Silva, á qué propósito la buscaba, supo de él que era su intento, en caso que no le saliese felizmente la empresa del Maluco, probar si podía cautivar alguna de las naves que van ó vienen de Filipinas á Nueva España. Silva le replicó, que no tenía tiempo para las unas ni para las otras; porque las primeras llegaban á diez de Mayo, y las otras salían á diez de Junio. Con todo esto era este el fin ó el deseo de su navegación, porque determinaba tomar lengua en Mindoro, y de allí partir á Macán y despachar un Embajador á la China y vengarse del agravio que le había hecho Don Pablos de Portugal en aquellas provincias. De allí cargar

El General Inglés se informa de Antonio de Silva del estado de Filipinas.

A en Patane de pimienta. Luégo por el estrecho de Sincapura ver si pudiese sujetar los navíos chinas que pasan á Malaca, y en todos casos proseguir por allí mismo la vuelta de Holanda cargado de riquezas. Todo esto comunicaba el General Holandés con Antonio de Silva, como con persona que había de pasar en su compañía á Holanda, porque era soldado é intérprete de ambos lenguajes diestro; y Esteban Drage lo acariciaba con este intento. Estas nuevas confirmaron algunos otros que habían peleado y librádose del estrago de Tidore. Don Pedro las supo y las sintió como tan celoso B del servicio de la Iglesia y de su Rey. Y ponderaba con lástima el ver que no le había quedado á la Corona de España ni una almena en el Maluco, y cuán á su salvo lo poseía todo un rebelde á Dios y á su legítimo superior. Y porque la prosperidad de los sucesos del Holandés le traían poderoso y determinado, juntando su Consejo de guerra proveyó que los Capitanes Antonio Freile, Cabo de la Armada de Pintados, Pedro Sevil, Esteban de Alcázar y Bernardino Alfonso acudiesen á las plazas de Pintados y de otras islas peligrosas con sus compañías de infantería. Reforzó los navíos y C previno la artillería como quien se hallaba vecino á un enemigo victorioso, que con tanta prosperidad ejecutaba sus amenazas. Antonio de Silva mostró una carta original de otro General Holandés, escrita en la isla de Borneo al Rey de Ternate, con Filipo Bisegóp, Capitán de una nave, en que se lo encomienda y le envía muchas varas de diversas telas finas de Holanda, seis balas de vasijas con almizcle, doce frascos de agua rosada, seis arrates de anfión holandés, confección (como dijimos) para pelear, que quita ó turba el uso de razón, y seis barriles de pólvora. Dábale cuenta del D viaje desgraciado, estorbos, tormentas y trances de enemigos de la Armada de Andrés Hurtado hasta llegar á Malaca, desde que salió de Ternate. Intitulaba al Rey, Príncipe serenísimo y poderoso Rey del Maluco, Bandas, Amboino y de otras infinitas islas. Congratulábase con él por el suceso que de su llegada al Maluco había resultado. Prometíale, que con mayor poder que esperaba de Holanda, acudiría á Ternate y se pondría en las fortalezas para extirpar de raíz al común enemi-

Todas las islas Malucas quedan ya en poder del enemigo y usurpadas al Rey de España.

Precauciones de Don Pedro.

Consejos del General Holandés para el Rey de Ternate.

go el Rey de España, y animábale con esta esperanza A á entretenerle hasta entonces. Asegurábale que desde el Maluco había de correr aquellos mares y extender su imperio hasta la China, sin que lo estorbasen Filipinos ni Japones. Para este designio le pedía que renovase las amistades con Mindanao, y diese á entender al Rey de aquellas islas cómo era amigo de Holandeses y con esto facilitase los puertos, comercio y amistades que eran necesarias para sus viajes. Que aquello era lo que convenía sobre todas las consideraciones del estado. Decía que estuviese advertido y asegurado de que á ninguna cosa se atendía con mayor tibieza en España que á B obrar ó procurar que la muchedumbre de sus provincias conservasen siquiera alguna forma de unión; y por esto debían todas las muy remotas que reconocían su Corona, estimar mucho la tardanza con que desde España socorren y deliberan. Porque entre tanto que creen ó examinan para creer las nuevas de los sucesos, toman las cosas otro estado, y así ni los consejos ni las armas españolas llegan á tiempo. Y la que mayor parte de estas cosas le había enseñado á Su Alteza la experiencia, y á él le obliga á escribírselas, el deseo de servirle. Añadía Antonio de Silva, que sabía con certeza que nin- C guna de aquellas prevenciones que el Holandés le pedía había dejado de hacer el Rey de Ternate, y que había llegado á proponer á los suyos que saliesen á pelear lejos de sus islas. Y aunque nunca se temió que se atreviera á ello, en aquella ocasión puso á Don Pedro en mayores cuidados por haber quedado tan cansado del suceso de los Sangleyes, cuyas faltas procuraba suplir; de manera que no volviese á los daños pasados, por ser tan necesario apoyar por otro camino la contratación de Filipinas y proveer á la seguridad doméstica para poder campear.

Llegan á Manila Españoles, dineros y navios para la jornada del Maluco.

Pero el tiempo, que suele quitar y añadir esperan- D zas, consoló en estas aflicciones á Don Pedro, y trajo de allí á pocos meses algunas particulares naves de Nueva España, y después, en buena sazón, las de la flota ordinaria. Llegaron á Manila la víspera de San Matías, y en ellas los Españoles que para esta empresa salieron de España, y más de otros doscientos que el Virrey de Nueva España, el Marqués de Montesclaros, con los

A demás pertrechos y dineros remitió á Don Pedro por
la cédula Real. Algo de esto vino á cargo del hermano
Gaspar Gómez, que fué recibido con increíble regocijo.
Presentó al Gobernador todos sus despachos, y aten- *Apercibimientos del Gobernador para Ternate.*
dióse luégo á dar alojamientos á los Capitanes y solda-
dos, y repartirlos en sus estancias de presto, de manera
que todos juzgasen que no se pretendía con ellos más
que la seguridad sola de Filipinas, amenazadas del Em-
perador del Japón y de las conjuraciones de los San-
gleyes. Esforzóse esta fama por vías que creciese y se
derramase fuera del Reino, por no dar aviso á los que
B se podían recelar. Además que si bien la fama de aquel
grande aparato acarreó provecho á los Españoles en la
opinión y en las conjeturas, pero la verdad de las fuer-
zas con que se hallaba sobre la reputación de nuestras
cosas, obró defensa y seguridad en todas. En Japón sólo
el saber que Manila estaba llena de infantería y de na-
víos armados, templó ó desvaneció el desabrimiento
con que su Rey tomó que Don Pedro le negase artífices
de navíos. Los Chincheos también se abstuvieron de
intentar la venganza contra el enemigo, á cuyas victo-
rias sucedió tanto socorro. Todo lo ponderaba Don Pe-
C dro, y de cada una de estas advertencias infirió que
podía hacer ausencia de Manila. Aunque el Rey de
Ternate, como gozándose de haber salido del yugo de
Españoles, hizo poco caso de todo lo que le contaban de
sus Reinos vecinos, porque juzgó que jamás habían de
volver á sus antiguas posesiones. Los Capitanes de Ho-
landa, que reedificaban la fortaleza abrasada en Tidore,
le enviaron de cañones gruesos de bronce y de versos
y mosquetes gran número, y condujo algunos Ingenie-
ros de los que en aquellas naves llegaron para que reco-
nociesen sus fortificaciones, y quedasen dentro de ellas
D ó en su ciudad. Algunos aceptaron la habitación y la
libertad de vida, indistinta é irreligiosa que se permite
en la tierra, en la cual por las muchas factorías y Ar-
madas del Septentrión, hacían cuenta que no se halla-
ban fuera de sus patrias, pues trataban con sus deudos
y amigos, á lo menos con gente de su nación. En Fili-
pinas llegaban cada día al puerto de Otón Castellanos y
Portugueses desterrados, entre los cuales Pablo de Li- *Pablo de Lima*
ma, persona de larga experiencia, y General todavía de

la artillería de Tidore, que á las nuevas del estrago pasado añadía el regocijo con que Holandeses desenterraron las piezas que él procuró esconder, y cuánto habían acrecentado las armas y fuerzas de sus navíos. Fué este varón recibido con grande honra, por su calidad y por ser uno de los desposeídos por el Ternate de vasallos y otros bienes en Tidore, y para lo que después sucedió aprovecharon sus advertencias y consejos. Todos por diversos ministerios, aunque con igual deseo, atendían á la expedición de la guerra, fabricar navíos, acumular bastimentos, armas y municiones; y era tan grande la vigilancia de Don Pedro, que á ningún mínimo oficio faltaba con ejemplo, con exhortaciones; de manera que se puede afirmar que todo lo obraba él, porque andaba en las manos de todos.

A

B



CONQUISTA DE LAS ISLAS MALUCAS

LIBRO DÉCIMO

A EN las acciones de los hombres anda encubierta la doc-
trina moral, que suelen señalar los escritores judiciosos
en la relación de los sucesos como fruto de la historia;
pero escribiendo conquista y conservación de tierras
bárbaras, que se funda en navegaciones y en presidios,
por más que ya la malicia del Estado los haya hecho
diestros, cuáles preceptos civiles de los que establecen
y componen la vida política podemos traer á los ojos?
Y qué se puede ofrecer en esta materia, que el lector
no lo infiera, como consecuencia necesaria contenida
B en las proposiciones antecedentes? Supuesto, pues, que
el sujeto nos prohibe esta parte, rematémosle desempe-
ñando la promesa en que al principio nos obligamos.
Don Pedro de Acuña, General ya de la Armada que se
juntó en Filipinas, atendía en un mismo tiempo á la
expedición de ella y á la seguridad de la provincia, que
había de desamparar por ir en persona á una empresa
tan porfiada. Algunos atribuían á buena suerte de Don
Pedro el haberse perdido del todo las Malucas, para
que ofreciéndole el tiempo mayor materia, fuese más

calificada la victoria. Proveyó con grande diligencia las cosas necesarias para la guerra y casi para todos los accidentes de ella. No lejos de Arévalo, en la isla de Panay, entra en la mar la punta ó promontorio Iloilo, capaz para ser plaza de armas, y acomodada para las que entonces se apercibían. Aquí se juntó la Armada, cinco navíos grandes, seis galeras, tres galeotas como galizabras, de la Corona de Portugal, en una de las cuales venía Pedro Alvarez de Abreo, Capitán mayor de la fuerza de Tidore: las dos á cargo de Juan Rodríguez Camelo, Capitán mayor, enviado desde Malaca por el General Andrés Hurtado de Mendoza para ayudar con su prudencia y con su esfuerzo y llevarle el aviso del suceso; una galeota rasa para desembarcar artillería, en que iban trescientos cestos de arroz; cuatro funcas fabricadas para llevar los bastimentos; dos champanes de á diez toneladas, con mil seiscientos cestos de arroz limpio; dos lanchas inglesas, en que vinieron los Portugueses, perdida la fuerza de Tidore; siete fragatas de Su Majestad, y siete de particulares, y otras tantas champanes: todas treinta y seis velas. Trajo el Maestre de Campo Juan de Esquivel doce compañías de infantería Española, de las cuales se levantaron en Andalucía cuatro: la suya, la del Capitán Pablos Garucho, la de Pedro Sevil y la de Lucas de Vergara Gaviria; y seis de Nueva España: la de Don Rodrigo de Mendoza (este Caballero es hijo de Don Juan de Baeza y Castilla y de Doña María de Mendoza, y por esta parte nieto del Marqués de Montesclaros, el cual, á devoción del Virrey de Nueva España, su deudo, pasó de Italia á servir á Su Majestad en Filipinas), la compañía del Capitán Pascual de Alarcón Pacheco, la de Martín de Esquivel, la de Bernardino Alfonso, la de Pedro Delgado y la de Esteban de Alcázar; las otras dos de los Capitanes Juan Guerra de Cervantes y Cristóbal de Villagrá eran del campo de Manila, provincia de Pintados: todas las cuales, con sus Oficiales, hacen el número de mil cuatrocientos veintitres Españoles. A cargo del Maestre de Campo Don Guillermo, y de los Capitanes Don Francisco Palaot, de Don Juan Lit, de Don Luis, de Don Agustín Lont, trescientos cuarenta y cuatro Indios Pampanguos y Tagalos; y de las mismas naciones para

Nuestra Armada en la isla Panay, y puerto Iloilo.

Doce compañías de infantería Española á cargo del Maestre de Campo Juan de Esquivel.

Otra soldadesca de la tierra.

A B C D

A el servicio marítimo y militar seiscientos veinte, remeros seiscientos cuarenta y nueve. Toda la gente de la Armada, sin la casa y familia del General, eran tres mil noventa y cinco personas; setenta y cinco piezas de diversa artillería; todos los pertrechos para navegar, desembarcar, pelear y batir murallas.

Parte nuestra Armada del puerto de Iloilo.

Partió Don Pedro con este aparato del puerto de Iloilo á quince de Enero de mil seiscientos seis con tiempo dudoso, pero él tan animado como siempre. Llegó á la isla de Mindanao, enemiga del nombre Español, y confederada con los Ternates. Dió fondo en el puerto de

Puerto de la Caldera.

B la Caldera para hacer aguada, y la nave Capitana, llamada Jesús María, en que iba el Maestre de Campo Esquivel, comenzó á arrastrar las anclas en que estaba surta, que es lo que con voz particular llaman los marineros garrar, y para salvarse hubo de dar la vela. Mas viendo que ni de esta manera podía montar una punta, tiró dos piezas pidiendo socorro á tiempo que ya tocaba con el timón. Acudieron las galeras para darle cabo y quebraron algunos en vano, porque la mar y los vientos estorbaron la obra. Dióse el cargo de salvar la gente y provisiones que traía al Capitán Villagrá, el

Pérdida de la naveCapitana nuestra.

C cual, aunque se perdieron muchas del Rey y de particulares, con increible diligencia salvo la mayor parte y de las ropas, toda la gente y artillería, pólvora, cables, jarcia y velas; y porque Mindanaos no gozasen los despojos del naufragio, habiendo recogido la clavazón y pernería, pegó fuego al vaso. Sintieron este primer caso por su misma importancia y porque los soldados, gente muchas veces rendida á los agüeros vanos, lo interpretaban siniestramente. Todo lo allanaba la prudencia del General. Desde la Caldera ordenó al Maestre de Campo que llegase con la Armada al puerto de Talan-

D game, que como tenemos dicho, es en la isla de Ternate. Acompañóle Don Pedro con sus galeras hasta sacarlo del estrecho de Sambuanga, peligroso por las corrientes y arrecifes, y por esto mismo dieron cabo á las naves hasta librarlas del peligro y por la calma que sobrevino. Engolfóse la Armada. Las galeras para hacer aguada, que les durase hasta Ternate, costearon poco á poco, porque en ellas y en los demás bajeles se repartió la gente que se libró de la Capitana sumergida, y

era mayor el peso y el trabajo. Los más diestros pilotos de aquellos mares gobernaban las galeras, y con todo su cuidado y el de Capitanes y navegantes de experiencia, erraron la navegación y dieron en las islas de los Celebes, por otro nombre de Mateo, más de sesenta leguas á sotavento de Ternate. Soplaban vientos contrarios y húbose de hacer la enmienda á fuerza de remos. Con ellos y con grande dificultad se tomó Ternate á veintiseis de Marzo, día de Pascua de Resurrección. Con la representación de aquel día tan favorable para todo lo criado, olvidaron los trabajos pasados y los convirtieron en regocijo y esperanza. A

Llega nuestra Armada por error á los Celebes.

Arriba á Ternate.

Súpose que los días antes observaron en Ternate un eclipse de Luna, con las ansias que suelen. Apenas comienza la sombra á cubrir el cuerpo de la Luna, cuando las gentes con lágrimas y gemidos comienzan también á sentir el luto del planeta, porque creen les denuncia la muerte ó cautiverio de su Rey ó de alguna grave persona ó calamidad de su República. Si el eclipse pasó sin alguno de estos daños acuden á su Mezquita en procesión, compuesta en hileras, en las cuales los primeros llevan porcelanas grandes; á éstos siguen otros enarbolando lanzas y segures, mosquetes y arcabuces; tras ellos vienen tres lámparas, llevadas en hombros, en la forma que la pintura ordinaria nos muestra aquellos racimos que trajeron los exploradores de la tierra que Dios prometió á su pueblo; síguese un muchacho en hábito real; á éste, otro que levanta un quitasol de varias plumas, sobre la cabeza del primero; entran luégo en tropa las mujeres adornadas de flores y palmas, y por las calles y en sus Templos celebran el agradecimiento porque pasó el eclipse pacíficamente. Los Holandeses les decían que en sus tierras y en las de Europa, vulgar suele ser la noticia de los eclipses; mas los Malucos ó se admiraban ó no lo creían. B C D

Observación de los Malucos acerca de los eclipses.

Presagio de los Malucos.

Llegadas nuestras galeras al puerto de Talangame, pensó Don Pedro hallar en él al Maestre de Campo con la Armada, pero no halló sino una hermosísima nave holandesa con treinta piezas de artillería y doce pedreros. Peleó con las nuestras cuando por allí pasaron. Luégo se atrincheró en tierra con la parte de artillería que era más á propósito, y guardada por muchos

Nave holandesa en Talangame.

A soldados Ternates se estuvo fortificada y firme. Don Pedro la reconoció, pasando por ella en las galeras, aunque le tiró muchos cañonazos, y en la Capitana en que iba su persona metió balas de á diez y ocho libras. Parecióle no detenerse por saber de la Armada, la cual estaba ya en Tidore poco más de dos leguas de aquel puerto. Súpose de algunas embarcaciones de naturales que llegaron á bordo pasando aquel puerto. Enderezaron las galeras á Tidore, llevadas de la alegría de esta nueva, que sacó á Don Pedro del cuidado que le daba el acordarse que estaba la Armada falta de marineros, B y temía que se hubiese derrotado á otra parte.

Holandeses en Tidore declaran cúya era la nave holandesa.

Halló Esquivel en Tidore cuatro Holandeses: era el uno factor, y recogía el clavo para una compañía de mercaderes de su tierra, que son de las factorías de Ternate, Amboino, Banda, Sunda y de otras poco distantes; los tres eran marineros. Tomó sus declaraciones á todos cuatro, en que dieron cuenta de las fuerzas y artillería de aquella nave; dijeron que estaba cargada de clavo de Ternate; que era de las cinco que pelearon con Portugueses cuando el fuego voló el fuerte de Tidore; que esperaban otra nave; la cual, habiendo partido con C ésta de Bantán, se desvió por turbarse el tiempo; que los conciertos entre Holandeses y el Rey de Ternate se resumían en que les diesen socorro contra Castellanos y Portugueses; que había orden en la Java y en Sunda para que los navíos holandeses, pasando por ellas, se informasen si había alguna novedad en las Malucas, y siendo menester dejasen allí sus cargas y acudiesen á socorrer al Rey de Ternate.

No quiere Don Pedro combatir la nave holandesa antes de la expugnación del fuerte.

Antes de salir Don Pedro de Talangame, consultó con la Junta de guerra si sería bien acometer á la nave holandesa primero que intentar la empresa de Terna- D te. Discurrieron variamente, y pareció que pues el intento de Su Majestad era recuperar el Maluco, y para la ejecución había mandado criar aquella Armada, no convenía preferir otra facción. Es el tiempo variable, y un accidente, á veces, descompone bien fundados designios. Pudiera aquel gran navío artillado y poderoso echar á fondo algunos de los nuestros, y perder nosotros la artillería y bastimentos, ó suceder otro daño de los infinitos que no caen en nuestra prevención que

estorbase el efecto principal; además, que siendo los Ternates amigos suyos, en caso que los nuestros ganasen el navío, podía la gente huir y salvarse en las casas de sus confederados, con cuya ayuda se dificultara más la empresa; y por espías se supo que el Rey tenía consigo Holandeses artilleros y soldados de esfuerzo é ingenio. A

Rey de Tidore ausente cuando llegó nuestra Armada.

No estaba el Rey en Tidore cuando llegó nuestra Armada á su puerto. Había ido á casarse con una hija del Rey de Bacham, y aunque el Maestre de Campo le envió aviso de su llegada, y á pedir que apresurase su venida, temiendo la tardanza, y viendo que se perdía el tiempo, el último de Marzo partió con la Armada para Ternate. B Hallándose ya engolfados, sintieron las gaitas, bacías, trompetillas y atabales del Rey esposo, que habiendo recibido las cartas de los Españoles se embarcó, trayendo consigo la nueva Reina, y llegó con sus carcoas llenas de música y guirnaldas floridas.

Vistas del Rey de Tidore con Don Pedro.

Llegados todos se regocijaron, y el Rey de Tidore con extraordinaria demostración por conocer á Don Pedro de Acuña, á quien diversas veces había comunicado por mensajeros y cartas. Mostró gran sentimiento por el aprieto en que el Rey de Ternate le había puesto, C con favor de los Holandeses. Don Pedro le consoló, declarándole el intento de Su Majestad, y cómo le había dado orden para que desde Filipinas le viniese á socorrer siempre que le pidiese su favor. Visitó á la esposa con grandes cortesías, y el Rey de Tidore, diciendo que quería acompañar la Armada, con su persona y sus gentes y navíos partió para Tidore, y en cumplimiento de su promesa amaneció al otro día en una ensenada cerca de Ternate, donde nuestra Armada había dado fondo. Entre las alegrías de su llegada no se olvidó ni tardó el Gobernador á consultar y deliberar D

Orden del General en Ternate.

la empresa. Juntó el Consejo de guerra, y resolvió en él que para guardar la mar y la tierra se redujese toda la fuerza de la Armada á solas tres naves gruesas. Guarneciéronse luégo de bastante número de gente de guerra y de mar, toda la cual se entregó á Bernardino Alfonso, Antonio Carreño de Valdés, Don Gil Sánchez de Carranza, todos tres Capitanes de reputación. Diéronse otras órdenes, que se pusieron luégo en ejecución

A por los Capitanes. De estos tres murieron los dos en la vuelta de la jornada y sólo vive Carreño.

El primero de Abril desembarca nuestra Armada en Ternate.

Don Pedro y el Rey de Tidore echaron sus gentes en tierra el primer día de Abril al amanecer; mas pareciendo dificultoso y aun peligroso marchar tan cerca del agua por no tener la marina más terreno del que es menester para una hilera de cinco soldados, resolvieron de acometer con algunos poco á poco por la misma marina sin empeñarse, y juntamente abrir camino por lo alto del monte con cantidad de gastadores Indios, Pampanguos y Tagalos, y echar por allí mismo otro golpe
B de gente para divertir al enemigo y obligarle á repartir sus fuerzas. Mas el Ternate, á quien la experiencia y el temor habían bien enseñado los discursos de la guerra, entendiendo el paradero de éste porque no le oprimiesen por las espaldas, luégo como descubrió nuestro campo se retiró á su fuerte. Por esta razón no hallaron los nuestros ofensa y el General Hurtado la halló tan grande, tres años atrás, en el cerco que habemos visto, en que para ganar aquel fuerte perdió algunos Castellanos y Portugueses, con asistencia del Capitán Gallinato.

El Rey de Ternate se retira á su fuerte.

Ordena Gallinato las escuadras.

C Ordenó bien nuestra gente, llevando la vanguardia el mismo Capitán Gallinato á tiro de mosquete de la muralla. Dijo á Don Pedro en presencia del Rey de Tidore, que algunos soldados le habían reconocido por orden suya, y que conforme á la disposición del sitio convenía sustentar aquel puesto hasta la noche, que entonces se cubrirían los nuestros y sacarían la artillería para batir. Aprobóse este parecer y púsose por obra; y porque el enemigo ofendía con la furia de sus tiros y de los mosquetes en las mangas y en el escuadrón, ordenó Don Pedro que la gente para evitar el daño se pusiese
D por tierra. Notóse que entre los nuestros y la muralla había cuatro altos de árboles fragosos y copados, sobre los cuales tenía el enemigo sus centinelas que le advertían de la forma en que los Españoles marchaban, y de cuanto ordenaban y hacían. Acudió un Capitán con algunos soldados á ganar los árboles, y con suma presteza derribó las centinelas enemigas. Gallinato perfeccionó este hecho dando orden para que las nuestras se subiesen á los mismos árboles, como luégo se hizo.

Centinelas del enemigo sobre árboles altos.

Consejo de Gallinato.

Procuró el enemigo apartarlas con su artillería y mosquetería, tirándoles porfiadamente; pero por ningún combate las pudo desasir ni desviar, así á las que estaban entre las ramas de la cumbre que daban los avisos, como á las que junto á las raíces los recibían y comunicaban á las demás. Ocupaba el enemigo un puesto junto al baluarte Cachil Tulo, á la mano derecha de la muralla, algo más adelante de los árboles, y juzgando el General que convenía ganarle, mandó al Capitán Juan de Cubas, soldado muy antiguo de Flandes, que lo embistiese con treinta mosqueteros, y si le pareciese que se hallaba empeñado, diese aviso para que se le enviase buen socorro de picas. Púsolo el Capitán por obra por lo interior del monte; mas el enemigo con ánimo de estorbarla echó un golpe de gente fuera de su fuerte por la parte de la mar, con la cual trabó escaramuza el Capitán Villagrá. Estando peleando entendió el Ternate que Cubas iba á ganarle el puesto, y reconociendo el daño que de perderle se le seguiría, salió el mismo á pelear con él y fué bien menester menear las armas. Ganó Cubas la cumbre más eminente, pero tan molestado que hubo de pedir socorro de picas. Acudiéronle con cincuenta volantes los Capitanes Vergara, Alarcón y Don Rodrigo de Mendoza, y antes que llegasen salieron otros Ternates y Javos de la muralla, entre los cuales se trabó la batalla con doblado furor. Luégo se descubrió otro golpe de Infieles por la marina; por lo cual, y porque si el enemigo pidiera socorro quedaran desamparados sus puestos, mandó retirar los que peleaban con Villagrá, y con ellos y algunos otros acudió á la defensa de los demás. Por su llegada, que fué de Capitán animoso (y aun desesperado), Cubas pidió más socorro, y al punto se lo llevaron los Capitanes Villagrá y Cervantes, que cargaron sobre la gente. Cachil Amuja, de cuyo valor hicimos mención, se fué para el Capitán Cubas, después de haberle abrasado con un mosquetazo la falda y plumas del sombrero, y pelearon ambos cuerpo á cuerpo, el uno con la espada y el otro con su campilán buen rato. Las centinelas de los árboles dieron voces avisando de los escuadrones de la marina y que venían cerrando la vuelta de nuestra vanguardia por la frente de ella. Ordenóse que Villagrá

Juan de Cubas acomete al baluarte Cachil Tulo.

Villagrá y Cubas pelean con los Ternates.

Los Capitanes Alarcón y Don Rodrigo de Mendoza.

Cachil Amuja pelea con el Capitán Cubas.

Nuestras centinelas sobre los árboles.

A B C D

A saliese á pelear con ellos con una manga de arcabuceros del Capitán Cervantes, á cuyo cargo estaban todas las alabardas. Peleaban ambas partes sin mostrar desigualdad en el valor, cuando las centinelas desde las ramas advirtieron que á la mano derecha pedía Juan de Cubas más socorro. Lleváronsele los Capitanes Don Rodrigo de Mendoza y Pascual de Alarcón, tomando de presto dos mangas de arcabuceros. Volvieron las centinelas á vocear que los enemigos que peleaban con el Capitán Villagrá se retiraban la vuelta de su muralla y que pedía Juan de Cubas otro socorro de picas y
B alabardas. Acudióle Cervantes con cincuenta, y á Villagrá con la gente que á su cargo llevaba. De nuevo nuestras centinelas (á cuya vigilancia se debe mucho de este suceso) advirtieron que el enemigo con la llegada de aquellos Capitanes se retiraba sin orden, y que los nuestros cerraban con la muralla. Andaba la batalla saliendo de duda y en este estado tenía necesidad de diverso consejo. Así Don Pedro ordenó que las banderas con el resto de las picas marchasen, quedando una banda de mosqueteros y la arcabucería de retaguardia, para hacer frente al enemigo por si acaso volviese á
C echar gente por la playa. Los demás Capitanes y soldados pasaron peleando, y á cierto tiempo arremetieron á la muralla, ayudándose los unos á los otros para trepar hasta arriba. Los dos primeros que cerraron con ella y subieron peleando fueron Juan de Cubas y Cervantes. Habiendo recibido en lo alto algunas heridas cayeron rodando. Creció la dificultad de esta expugnación á medida de las avenidas con que el enemigo nos maltrataba con su artillería gruesa y menuda, mosquetería y arcabucería, varios artificios de fuego, piedras y otros pertrechos de que Holandeses les proveyeron; pe-
D ro fué tanta la prisa con que se arremetió, que no dieron los Españoles lugar al Rey ni á los suyos para meterse en la fortaleza antigua de los Portugueses de la muralla á dentro; que si lo hicieran, se sustentaran algún tiempo y tuvieran los nuestros necesidad de batir las murallas con la artillería; y aunque la fuerza es pequeña y edificada en tiempos menos maliciosos, diera cuidado. Fué en este día un gran ejecutor de las órdenes del General, Cristóbal de Azcueta, soldado antiguo

Don Rodrigo de Mendoza y Pascual de Alarcón socorren á Juan de Cubas.

Socorro del Capitán Cervantes.

Los Capitanes Juan de Cubas y Cervantes son los primeros que subieron á la muralla del enemigo.

El Sargento mayor Azcueta.

y Sargento mayor de Filipinas, á cuya diligencia se puede atribuir la puntualidad de las facciones para que con brevedad corriesen las resoluciones de las Juntas de guerra y las sumarias en medio de las batallas, Antonio de Ordáz, Secretario del General, y Proveedor de esta Armada, de cuyo ministerio se sirvió en ella y en la pacificación y destrucción de los Sangleyes levantados, y en todo el manejo de paz y guerra. A

Antonio de Ordáz, Secretario del General Don Pedro, y Proveedor de la Armada.

Entróse la tierra con pequeña pérdida, pues los muertos de nuestra parte no fueron más de quince y los heridos veinte. Entre ellos lo quedó el Capitán Cervantes cuando subió el primero á la muralla, con designio de enarbolar en ella el Estandarte Real. Dióle un bárbaro una lanzada en un ojo, y cargando otros le rebatieron hasta el suelo, y con lástima de todos murió dentro del séptimo día. Había dicho antes públicamente ofreciéndose á la batalla: por mi parte, señores, no se escapará el toro, ó me costará la vida. Ambas cosas cumplió, pues por ejecutar la facción acabó quebradas piernas y brazos. No quedó persona de consideración de los Españoles ni de los Indios sin herida. Murieron muchos Ternates, Javos, y algunos Holandeses vertieron la sangre como valerosos y desesperados, teniendo, como ellos decían, por infelicidad el quedar con vida por cortesía y benignidad de los nuestros. B C

Muertos de amboscampos.

Muerte del Capitán Cervantes.

Nunca se esperó que el suceso correspondiera en todos sus términos á la razón de la causa. Llevó Don Pedro designio de batir fortalezas, cosa en que hallara grandes dificultades, por ser la artillería muy gruesa y difícil de traer á los puestos de donde se hubiera de batir, por ser también el suelo falto de tierra para hinchir los cestones y estorbar los grandes pedregales la obra de las trincheras: todo lo cual costara mucha gente hasta plantar la artillería. Siguieron los nuestros la victoria, y ocupando la fortaleza hallaron cuarenta y tres piezas grandes de bronce, gran número de versos y otras armas, municiones y bastimentos. D

Victoria por los Españoles.

Entrada la gente en la ciudad, cada cual se entregó al furor y al robo. Había Don Pedro echado un bando en que concedió que todos los enemigos que se prendiesen dentro de aquellos cuatro días quedasen esclavos. Los Capitanes hicieron alto junto á la antigua Iglesia de San

Bando del General.

A Pablo, terraplenada por el enemigo para esta guerra; y sobre la resolución que tomarían hubo varios pareceres: unos que se atendiese á conservar lo ganado; otros que se pasase adelante á ganar la fortaleza principal. De este parecer estaban los Capitanes Vergara y Villagrá, y era tan grande la lozanía de los soldados y el deseo de entrarse por los peligros, que uno de ellos, extremeño, de la compañía del Capitán Sevil, Aragonés y gran guerrero (el cual aprobó también el parecer de pasar adelante), cogió por un lado en brazos al Capitán Villagrá, y le llevó de esta manera más de diez pasos, diciéndole:

Alegria de nuestros soldados.

B Oh, buen Capitán! arremete, arremete; y luégo le puso en el suelo. El Capitán entonces le dió un cintarazo, porque le cogió con aquella descompostura á tal tiempo; y el soldado, abajando la cabeza, le dijo con donaire y risa: Deme otro, cuerpo de Dios, y arremeta. En efecto, Vergara y Villagrá, con poca gente, arremetieron á la fortaleza principal y la ganaron, siendo los primeros que entraron las puertas, aunque no los primeros que subieron arriba; porque subiendo ellos muy aprisa por las escaleras, al entrar en la sala se les metió por un lado Varela, soldado viejo y cabo de la escuadra del

Los Capitanes Vergara y Villagrá arremetieron á la fortaleza principal.

Varela, soldado, entra el primero.

C Capitán Cervantes, el cual entrando, de un rico aparador y creencia, que estaban puestos en la sala, tomó un aguamanil dorado, á modo de urna grabada con arte, diciendo á los Capitanes: Señores, yo tomo esto en señal de que entré aquí con vuestras mercedes; y así le llevó con gusto de todos. Luégo quedó todo el Palacio presa de los soldados y expuesto á su codicia. Quiso Don Pedro enfrenarla, pero fué obedecido casi al fin del saco.

Saquean los nuestros el Palacio del Rey.

El Rey de Ternate lo había ya desamparado todo, y á él los Holandeses en viéndole de vencida. Solamente le siguieron en su turbación y fuga el Sangaje de Mo-

Sale el Rey huyendo con el Principe su hijo, Celicaya, algunos deudos suyos y Holandeses.

D faquia, deudo suyo, que le animó y aconsejó, y la Reina Celicaya y algunas otras mujeres. Con todas ellas, por dentro de la muralla, se embarcó de prisa en algunas carcoas de Mofaquia con el Príncipe Gariolano, su hijo, y pocos Holandeses, y meneando los remos (antes volando) llegó á la isla de Xilolo, á un fuerte que poco antes se había edificado en Sabubú. Los demás Holandeses en otras embarcaciones se escaparon hasta llegar á su nave.

Huyen los Holandeses á su nave.

Ya todo el cuerpo del Ejército discurría las poblaciones y casas de los Ternates, embravecido en el saco, y Don Pedro dando órdenes y refrenando á los soldados para que conservasen alguna forma de unión. A

Imagen de Nuestra Señora hallada en casa de un bárbaro.

Saqueando la casa de un Cachil, el Ayudante Pedro de Lerma halló una Imagen de la Virgen, Madre de Dios, de buena escultura, bien tratada, como si estuviera entre Cristianos, (quién sabe si lo estaba?) y entrando corriendo por las hileras, llegó con la Imagen á la presencia de Don Pedro, en el baluarte que llaman de Nuestra Señora, y contó de la manera que topó con aquel sagrado hallazgo. El General la recibió con la debida veneración, y todos los Cristianos con la misma, acompañando con lágrimas la devoción que traen consigo las circunstancias del caso. Pusiéronse todos de rodillas para hacer oración. Al mismo tiempo llegó un soldado, trayendo en los brazos una niña de hasta tres años, atravesada de dos estocadas, aunque no muerta: debía ser hija de padres ricos, porque estaba adornada de algunos rubíes y perlas; y no se libró de la furia soldadesca, que empeñada en el saco no reconoce piedad, y esta niña, sin querer, la hirieron detrás de las cortinas de una cama. Lastimó á todos aquella infancia inocente; y el Padre fray Roque, de la Orden de San Agustín, Administrador de la infantería Española, advirtió que se bautizase. Trajeron de presto agua en un yelmo, y siendo padrino el mismo Don Pedro de Acuña, la bautizó el Padre Roque. Llamóla María Egipciaca, por ser aquel sábado de la victoria primero de Abril, día de aquella gran santa.

Devoción de los nuestros con la Imagen. B

Una niña herida. C

Otro caso de una doncella bárbara.

Luégo se supo que entrando un soldado la casa de un hombre principal, por las paredes del jardín, halló escondida en él una mozuela, vestida de varios damascos, hermosa, de catorce á quince años de edad; la cual, viendo al soldado, llorando, se volvió á entrar en casa por librarse de su furia. Entró, y no parando en ninguna parte, (porque cuál lugar dejaba de ocupar la guerra?) llegó á la puerta principal de la casa, que salía á otra calle, para huir por ella; pero quiso pasar á tiempo que por la misma entraba otro soldado que la prendió; al mismo punto la alcanzó el que la seguía desde el jardín. Puesta la India entre los dos competidores D

A lloraba, y en su lengua les pedía misericordia; pero ellos
más atendían á hacerse cada cual señor de la esclava,
alegando cada uno su derecho: y viendo que perdían el
tiempo, con furia bárbara el uno de ellos dió súbita-
mente muchas puñaladas á la esclava, diciendo: Pues
ni será vuestra ni mía. Cayó luégo en su sangre, y pa-
saron los soldados á hacer otras presas. Considérense
(aunque sea con la prisa misma que éstos llevaban) los
escondidos juicios de la Divina predestinación: que de
estas dos almas quiso para sí la primera, reservándola
en el cuerpo herido, para gozar de los méritos divinos
B por medio del bautismo; y que la segunda dejase la vi-
da en la tiniebla del Alcorán ó idolatría á un mismo
tiempo, por un mismo linaje de accidentes. Pasó el
General adelante hasta la Iglesia de San Pablo, deste-
chada y profanada. Mandóla desmontar y aderezar de
presto con ramas y otros adornos que allí trajo la dili-
gencia militar; y poniendo sobre un altar la Imagen, se
cantó á voces devotísimas el cántico *Salve Regina,* con
que nuestra Iglesia invoca la soberana Virgen.

Mata un soldado la doncella.

Restituye el General la Iglesia de San Pablo.

Para el cumplimiento de esta victoria faltaba apode-
rarse de las personas del Rey y Príncipe, y de los San-
C gajes y Capitanes que le seguían. Tomó el General po-
sesión de las fortalezas, arbolando las banderas y ex-
tendiéndolas con las armas de la Corona de España, y
el nombre de Felipe tercero nuestro señor, con sal-
va de música y artillería. Y ordenó que en el día si-
guiente partiese en busca del Rey el Capitán Villagrá
con cien hombres en dos galeras, y el Rey de Tidore,
y el Príncipe su hijo en su Armada, que era de dos
yanguas y quince carcoas, en que llevó mil hombres.
Es el Capitán Cristóbal de Villagrá natural de Agui-
lar de Campos, hijo de Martín del Pozo y de Doña Da-
D miana de Villagrá, personas nobles, rodeados de paren-
tescos de calidad. Há más de veinte años que sirve á
Su Majestad en Nueva España, Guatemala, Filipinas,
Mindanao y Maluco, y en todas las jornadas que con-
tra todas aquellas fieras naciones se han ofrecido. Y
pues su valor fué de tanto provecho en esta conquista,
deuda es del escritor dar noticia de su persona, además
de la adquirida por sí misma. Llegaron el Rey y Prín-
cipes Tidores, y nuestro Capitán Villagrá, á la fortaleza

Posesión de las fortalezas.

Buscan los nuestros al Rey.

El Capitán Cristóbal de Villagrá.

Los nuestros en el fuerte de Tacome.

de Tacome, en Ternate, á tres de Abril: hallaron en A
ella á Cachil Amuja, el más valiente de los Ternates, y primo hermano de su Rey, y Capitán General. Villagrá le envió una embajada con Antonio de Silva, intérprete de la lengua, y por su medio se le rindió juntamente con algunos Holandeses: todos los cuales llevó presos á la ciudad. Trájolos con grande veneración de sus personas, y ellos no mostraban semblante de vencidos. Llegados á la ciudad los entregó á Don Pedro de Acuña, el cual, guardándoles el mismo decoro, los recibió y trató benignamente, y alabó su esfuerzo. Allí
se conocieron el Cachil y el Capitán Juan de Cubas, y B
se acordaron de las heridas que se dieron, y quedaron amigos. También le visitaron los Capitanes Portugueses, y en su presencia, entre las alabanzas del valor que en la guerra habían mostrado, les puso el General de su mano á los cuellos cadenas de oro, de eslabones recios, como entre soldados se usa, pidiéndoles que estimasen el reconocimiento de cuán valerosamente habían peleado, y perdonasen el dón, y ellos no faltaron á la cortesía.

Honra el General á los Capitanes Portugueses.

Prende Villagrá al Sangaje de Mofaquia y á sus sobrinos.

Volvió á salir Villagrá otra vez, y en el camino topó
con el Sangaje de Mofaquia, al cual, sin pelear, pren- C
dió y á dos sobrinos suyos. Todos éstos, pidiendo audiencia á Don Pedro, le propusieron que siempre habían deseado volver al vasallaje de Su Majestad, y que el Rey su deudo lo había estorbado; el cual se perdió por ser amigo de su opinión, desechada la más sana y segura, que era reducirse á la gracia antigua. Esta soberbia, decían, le ha puesto en el miserable estado en que hoy queda. Nosotros, si te place, le hablaremos, persuadiéndole que se ponga en tus manos, tomando tú primero de nosotros la seguridad conforme á la fortuna
de los vencidos, y dando comisión á tus confidentes para D
contraer los pactos necesarios con el Rey. No nos mueve la mudanza de la suerte, porque ninguna desanima á los apercibidos, sino la fe que no habemos podido ejercitar por las obligaciones en que el tiempo nos ha puesto. Don Pedro agradeció el celo, y les dijo que el mérito más cierto para obligar al Rey nuestro señor á que usase de aquella victoria con la real benignidad de su condición, era el que ellos escogían. Y así les dió

Propone el Sangaje el reducir al Rey.

Respuesta de Don Pedro.



Salvoconducto para el Rey, y á los demás.

A facultad para asegurar las vidas al Rey y á su hijo. Y embarcándose los dos Cachiles con Pablo de Lima, aunque natural de Ternate, ladino, prudente, y por esto conocido del Rey, junto con Villagrá navegaron á la Batochina, al fuerte de Sabubú. Allí los recibió el Rey con abrazos y lágrimas. Y tratándole de que se entregase, no quiso venir en ello sin que precediese la solemnidad del salvoconducto. Presto se le dió satisfacción porque Don Pedro se le envió. Asegurábale en él la vida con cláusulas respetuosas á la persona de un Rey, firmes y ajustadas con sus poderes, quedando lo demás B al arbitrio de Su Majestad. Leídos estos recados que el General despachó en forma, se determinó el Rey de venir á Ternate con el Príncipe y los otros Sangajes y Cachiles: pero contra el consejo de Celicaya, á quien siempre amó perdidamente. Púsose en manos de Don Pedro, para lo cual se embarcó en tres yanguas, y topando en el camino con Villagrá, pasaron á sus galeras con los demás para llevarlos al General.

Embárcanse el Rey y Príncipe para entregarle á Don Pedro.

Visita el Rey vencido á su madre.

Quiso el Rey, aunque de paso, visitar á su madre que estaba en la fortaleza de Tacome; y habiéndolo propuesto á Villagrá, condescendió con el gusto del Rey, C y las galeras se dieron prisa. Llegaron á Tacome á ocho de Abril; allí desembarcó, y saliendo su madre á recibirle, con grande valor le animó, sin mostrar flaqueza. Según los intérpretes dijeron en las pláticas que pudieron oir, no se mostró rendida al efecto femenil y materno; ni le consoló con esperanzas de venganza, sino con razones para conformarse con la suerte, que es voluntad del Cielo. Desde aquí dió Villagrá aviso á Don Pedro de como el Rey había llegado y que presto le tendría consigo. Con esta nueva ordenó al Sargento mayor Cristóbal de Azcueta que llegase á decirle que D fuese bienvenido. Ordenó de que le tratase con veneración, y en secreto dijese al Capitán Villagrá que apresurase la llegada á Ternate, por lo mucho que le quedaba por hacer, y que no eran aquellos tiempos para perder. Hánse de continuar los progresos en la victoria. A nueve del mismo partieron sobre tarde la vuelta de Ternate, adonde llegaron alta la noche, y por esto no entraron en ella. Paróse el Rey como suspendido cuando la descubrió y oyó los atambores y las otras se-

El Rey de Ternate traído por Villagrá á su tierra.

ñales militares, y reconoció el yugo que tan desdeñado tenía. Con todo eso se entretuvo aquella noche de la manera que un ánimo enfermo suele admitir las diversiones que le ofrecen los sanos. Llegó al otro día el General, porque del ejército se andaba formando un grueso escuadrón, entre tanto que las compañías venían marchando, porque no esperase el Rey, para quien el espectáculo se apercibía, con fin de que entrase por medio del campo. Ordenó que antes de saltar en tierra fuese á visitarle el Rey de Tidore, que esperaba en el mismo puerto con su Armada. Rehusó las vistas cuanto pudo; y el Maestre de Campo y todos los Capitanes le suplicaron que viniese en ellas. Al fin, persuadido ó importunado, las aceptó. Enderezó la galera hácia la Armada del Tidore. Cuando se le andaba acercando jugaba la artillería. Esperaba el Rey de Tidore en su Capitana, cubierto de unas cortinas de damasco carmesí; y estando las dos galeras juntas y barloadas, después de largo silencio corrieron las cortinas. Aparecieron los dos Reyes cada cual en su navío, mirándose sin hablarse gran rato. Al cabo el de Ternate, como vencido, llamó á un sobrino suyo; al cual, habiéndose arrodillado, le dió un recado al oido para el Rey de Tidore. Pasó el sobrino á la carcoa, y habiendo con humildes demostraciones hecho, según sus ceremonias, la zambaya, hincándose de rodillas, juntando las manos y alzándolas hasta ponerlas en el rostro, besó el pie izquierdo al Rey de Tidore. Luégo le dió su recado muy despacio, mirando todos los circunstantes el enarcar de cejas y las demás muestras de admiración y dolor con que lo escuchaba. Retiróse el sobrino en acabando de hablar; y habiendo estado el Rey de Tidore un rato suspenso, llamó otro Cachil privado y deudo suyo. Hablóle en la misma forma, y le dió otro recado para el de Ternate con mucho espacio y autoridad. El Embajador le veneró con las mismas ceremonias; y pasando á nuestra galera, puesto ante el Rey de Ternate, precediendo la misma zambaya, se humilló y declaró la respuesta. El Rey la oyó con la misma severidad que pudiera hallándose vencedor. Suspendióse también un poco, y luégo levantándose pasó á la Capitana de Tidore, que como dijimos estaba barloada con la galera.

Vistas de los Reyes de Tidore y de Ternate.

Ceremonias bárbaras de los Reyes Malucos.

Zambaya asiática.

A B C D

A Acompañóle el Príncipe su hijo y los Capitanes. El de
Tidore se levantó en pie para recibirle. Cuando se jun-
taron cada uno usó con el otro de comedimientos y
cortesías prolijas sobre el sentarse. El de Ternate se
asentó primero, y el Príncipe, por orden de su padre,
reverenció al de Tidore con su zambaya, besándole el
pie. El cual, en prevención de este acto y para evitarle
en su hijo, antes que el de Ternate llegase, le mandó
embarcar y que se fuese á la mar, porque no se hallase
presente en estas vistas. Trataron los dos Reyes de va-
rias cosas. El de Ternate de su infelicidad, aunque va-
B ronilmente. Luégo Cachil Amuja, mezclándose en la
plática, dijo al Rey de Tidore en alta voz, que le oye-
ron Antonio de Silva y Pablo de Lima: «Rey, no tene- *Razonamiento de Cachil Amuja.*
mos para qué buscar ejemplos pasados con que probar
cuán poco es lo que pueden los humanos fiar de su for-
tuna. Muchos años há que, hasta de ocho días á esta
parte, todos estos mares y provincias, desde la India
hasta la China, temblaban del nombre de Ternate. Na-
die se juzgaba, ni en su propia tierra, seguro de su ira.
Qué navío se atrevió á discurrir por este Archipiélago
sin permisión nuestra? Qué Rey se confederó con otro
C ó intentó alguna empresa sin que interviniese el Rey
que ves presente? Y quien con más razón le temía eras
tú, su antiguo vecino y antiguo enemigo. Este horror
ó respeto ha caido en un momento, y la superioridad
y dominio arraigado ha vuelto á la coyunda de Espa-
ña. Presente está el que era dueño de todo y ahora ca-
rece de licencia para intitularse Rey, y no le queda de
quién valerse si sus enemigos no le favorecen. Todo es-
to va á parar á que consideres que este ya no es tiempo
de venganzas, sino el que más á propósito de los pechos
generosos suele traer la fortuna para probar si lo son.
D Este Rey, pariente y enemigo tuyo, se halla vencido
(suerte que encierra todas las afrentas y daños de la vi-
da). Tú, pues, acuérdate de tus obligaciones y dale la
mano, si no como á pariente, á lo menos como á ene-
migo, que no se perdió por ocio ni poco valor. No le
turbes la gracia que espera del Gobernador de Manila,
General de la Armada Española. Préciate de ayudarle,
más que de ponerte á la parte de la fortuna en perse-
guirle. Yo espero que has de interceder con el General

para que lo restituya en su primer estado, porque comience en vosotros la amistad que debiérais de contraer temprano por tantas causas, siendo principio de ella un insigne beneficio. Acuérdate que eres humano, y que ni tú ni tus descendientes gozáis de mayores privilegios de fortuna que nosotros.» El Rey de Tidore respondió con los cumplimientos á que tales ocasiones obligan. Pareciendo ya hora de que el de Ternate saliese á tierra, comenzaron ambos Reyes á acercarse á ella, con diverso linaje de afectos. A

Desembarcan los Reyes Malucos.

Aguardaba el General en la fortaleza, y desde lo alto de ella miraba la desembarcación. Salió el Rey de Ternate, llevándole en medio y de la mano el Maestre de Campo Gallinato; tras él, al Príncipe, el Capitán Villagrá y el Sargento mayor. Pasó por medio de nuestra infantería, y mostró que se alegraba de verla tan lucida y bien apuesta. Así llegó á la fortaleza, casa antigua de sus predecesores y poco antes suya, hasta cuyos umbrales salió el Gobernador Don Pedro desarmado y galán, con la decencia que convenía á su persona. Quiso besarle la mano, y el Rey le abrazó, y asidos de las manos subieron á los aposentos; de los cuales en el más capaz, sobre una alfombra rica, debajo del dosel, hallaron puestas tres sillas, con otras tantas almohadas delante. Sentóse el Rey en la de en medio, en la otra el Príncipe, y el Gobernador en la tercera. Comenzó, tras un moderado silencio, la plática, diciéndole que Su Alteza, con su gran ánimo, llevase los sucesos presentes en memoria de los muchos que había gozado prósperos; y que él ofrecía su intercesión y favor con Su Majestad para que le restituyese sus Reinos; y que por ser la materia digna de pláticas más largas y privadas la abreviaba, porque el asiento de casos tan graves no se debe librar en la pompa de las promesas. El Rey le agradeció el celo con que le prometía su remedio, y lamentándose del estado presente, concluyó diciéndole que se consolaba en él cuando consideraba que le había guardado el Cielo para ser vencido por tan excelente caudillo, y que por esta parte quedaba debiendo mucho á su suerte; y que confía que le había de tratar con la liberalidad y benignidad que por sí mismo, y como Ministro de tan gran Monarca quedaba obligado, sin acor- B C D

Don Pedro sale á recibir al Rey de Ternate y á su hijo.

A darse de que se había perdido por su soberbia. A todo satisfizo el Gobernador; y habiendo ordenado que se aderezase la más autorizada casa de Ternate, llevando á ella de la suya vajilla de plata, bufetes, ropa blanca, camas, pabellones y todo lo demás que pertenecía á tal hospedaje, suplicó al Rey que se fuese á descansar en él, y que dándole licencia le iría sirviendo; y que con su buena gracia asistiría á la guarda de su persona un Capitán con su compañía, porque los del Reino de Tidore, naturales enemigos suyos, de que aquella ciudad estaba entonces llena, viéndole solo no intentasen alguna demasía. El Rey lo aceptó, sonriéndose amargamente, dando á entender que se le ponía guarda por asegurarse de él y de todos los prisioneros, y que no le engañaban en el color que le daban. Luégo mandó al Capitán Pedro Delgado que acudiese con sus soldados á la custodia de la casa del Rey, y le asistiese hasta que sustituyesen otros. Hallóse aquella noche el Rey afligido entre tanta gente no conocida, y con ser tarde no se quiso acostar, hasta que con Silva, intérprete Portugués, envió á suplicar al General, que para disminuir su soledad (petición de un vencido) le enviase al Capitán Villagrá, que por ser el Español que primero había conocido le amaba y llamaba padre, y gustaba de su trato. Refieren que decía el Rey, que el tratar con los vencedores no era otra cosa que darse prisa á ser vencido, y hacer costumbre de la mudanza de su suerte. El Gobernador holgó de poderle dar aquel gusto, y al punto envió por el Capitán Villagrá, y le pidió que acudiese á entretener al Rey, y que le acariciase y divertiese con arte que le consolase. El Capitán obedeció de buena gana, y el Rey mostró particular gusto con su venida. Cenó y acostóse, parlando siempre con el Capitán en cosas de la Religión y de la guerra.

Compañía de Españoles en guarda de la persona del Rey de Ternate.

El Capitan Delgado.

B

C

D De allí á dos días ordenó el Gobernador que el Maestre de Campo Gallinato y el Capitán Villagrá, en compañía de Pablo de Lima, tratasen con el Rey preso, que capitulase con el nombre de Su Majestad lo que convenía para la seguridad y establecimiento de las cosas, y que le persuadiesen que esta era la senda para merecer y obligarle á mejorarlas en su favor. Llegaron los tres, acompañados de otras personas graves, y entre ellas al-

Que traten Gallinato y Villagrá con el Rey las capitulaciones de la paz.

gunos Religiosos Agustinos, Dominicos y Jesuitas; todos los cuales sirvieron loablemente en sus ministerios. A
No rehusó el Rey el capitular; y habiendo conferido un poco la forma en que había de ser, por medio de Pablo de Lima, y concediéndole algunas cosas que pidió al Rey nuestro señor, se escribieron y firmaron los capítulos siguientes:

Las capitulaciones contraídas entre el General por parte de Su Majestad y del Rey de Ternate.

«Lo primero que se le pide al Rey Cachil, Sultán Zaide de Ternate, y á los demás que con Su Alteza están presos, que para ello pueden ser alguna parte, que ha de entregar á Su Majestad el Rey Felipe, nuestro señor, las fortalezas que ahora posee, que son las de Xi- B
lolo, Sabubú, Gamocanora, Tacome, las de Maquién, las de Sula y las demás. A esto responde que entregará á Su Majestad las fortalezas arriba declaradas, y que para el efecto, con la persona ó personas que fueren á tomar posesión de ellas, enviará al Príncipe, su hijo, y á Cachil Amuja, su primo, y que se entregarán con toda la artillería, municiones, mosquetes y arcabuces que en ellas hubiere.

»Lo segundo, que ha de restituir todos los cautivos que tiene Cristianos ó infieles que sean súbditos nuestros, así de las provincias de Pintados como de las demás C
sujetas á los Españoles en las islas Filipinas. Respondió que todos cuantos al presente parecieren se entregarán luégo, y los que no, como fueren pareciendo adelante.

»Lo tercero, que ha de entregar los Holandeses que tuviere en su poder. Respondió que cuando él salió de esta fortaleza de Ternate, trece ó catorce que estaban con él se fueron huyendo, y que entiende que acudieron á la nave holandesa, porque no los ha visto; pero que si parecieren los entregará luégo.

»Lo cuarto, ha de entregar á los Españoles renegados que había en esta fortaleza de Ternate. Respondió que D
allí estaba uno solo, y que salió huyendo como los demás el día que se ganó la fortaleza; que no sabe dónde está: que lo hará buscar y lo entregará.

»Lo quinto, que asimismo ha de entregar todos los pueblos que están en la Batochina, que se dice el Moro, los cuales antiguamente fueron Cristianos; asimismo las islas de Marotay y Herrao, que también fueron Cristianos, con toda la artillería y municiones que en

A ellas hubiere. Respondió que está presto para entregarlo todo, como lo está su persona.»

Estas capitulaciones, el señor Don Pedro de Acuña, Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Presidente de la Real Audiencia que en ellas reside, y General de esta Armada del Maluco, cometió al General Juan Suárez Gallinato y al Capitán Cristóbal de Villagrá, los cuales las hicieron en la forma que van declaradas, mediante Pablo de Lima, Portugués, natural de estas islas, que fué intérprete de la lengua; y el dicho Rey las firmó de su nombre, á su usanza, que es fe- B cha en la fortaleza de Ternate, en diez días del mes de Abril de mil seiscientos seis años. Asimismo lo firmaron el dicho General y Capitán, con el dicho Pablo de Lima.

Forma con que el Escribano autorizó las capitulaciones.

Firmó el Rey en caracteres persianos con rasgos airosos, y los Españoles sencillamente. Y esta capitulación original se trajo á España con los demás recaudos auténticos.

En ejecución de este pacto se embarcaron los Capitanes á tomar las posesiones, llevando al Rey y Príncipe y á los demás en dos galeras, Capitana y Patrona, C con la compañía de Villagrá y una parte de la de Cervantes. Tomóse primero posesión de la fortaleza de Tacome, sucesivamente de la de Sula, sitas en la isla de Ternate; de allí partieron á la gran Batochina, donde están las de Xilolo, antiguamente Reino opulento, la de Sabubú y Gamocanora, que nosotros, pronunciando mal, decimos Grambocanora; pero en aquella lengua Gamo, es lo mismo que medio, y Canora, tierra, y todo junto Gamocanora, tierra de en medio, porque yace en medio de Xilolo y del Moro. De todas estas fortalezas se tomó posesión, saltando en tierra solo Villagrá, D con Cachil Amuja y Antonio de Silva, y Juan de Vega que hacía oficio de Escribano, nombrado y autorizado para aquella ocasión. En todas las fortalezas juntaba el Cachil la gente de ellas; dábales á entender el suceso de Ternate, y cómo todo estaba ya por los Españoles, con cuyos poderes venía aquel Capitán á tomar posesión, para que todos diesen la obediencia á Su Majestad. Habiendo atendido la gente á esta proposición se hincaban de rodillas, y alzando la voz hacían la zam-

Divídense los Capitanes para tomar las posesiones.

Posesión de Tacome y de Sula.

Otras posesiones.

Forma de las posesiones.

baya. Luégo el Capitán desplegaba al viento el estan- A
darte, arbolándole en nombre de Su Majestad, en so-
lemnidad de posesión. Tras esto mandaba que los mis-
mos naturales sacasen la artillería y la llevasen á la
marina, donde se pudiese meter en las galeras. Esta
orden se siguió en Xilolo y en otras de menor impor-
tancia.

En este medio el Rey de Tidore, aplicando á su
acrecentamiento el ardor de la victoria, despachó al
Príncipe, su hijo, con algunas compañías para ocupar
ciertos pueblos que el Ternate le tenía usurpados, y de
hecho se apoderó de algunos. Don Pedro cuando lo
supo, sintiendo que se intentase facción alguna sin or- B
den suya, y pareciéndole que el Tidore en aquélla ha-
bía mostrado desconfianza y desacato, quiso satisfacerse
como el caso, en su opinión, lo requería; mas cayendo
el Rey de Tidore en su demasía, y que el sentimiento
del General llegaba á ser ira formada, lo supo aplacar,
excusándose y diciéndole que aquella invasión se había
intentado sin noticia ni orden suya; y alzando la mano
de la obra, esperó la restitución por la gracia de Don
Pedro, como veremos.

Recelan en Xilolo que Villagrá viene por la Reina Celicaya.

No se pudo guardar la orden que en las demás forta- C
lezas, en la de Sabubú, donde estaba la Reina Celica-
ya, porque adoleció ó fingió que adolecía Cachil Amu-
ja. Guardó Villagrá este respeto á los tiempos. Saltó en
tierra por él Cachil Rete, Sangaje de Gamocanora, so-
brino del Rey y muy valiente soldado. Pensó la gente
de aquel pueblo que Villagrá traía grandes compañías,
y para asegurar á la Reina y á sí mismos, juntaron más
de dos mil quinientos combatientes, á título de que no
habían de permitir que sacasen á Celicaya. Escondié-
ronse con sus armas, pero no tanto que al Capitán se
le escondiesen. Disimuló, y llegando á uno de los ba- D
luartes que había en el pueblo, que ambos caían sobre
el río, sacó la artillería, ayudando los naturales, pocos
y muchachos, que los demás armados esperaban otro
mayor hecho. Luégo despojó el otro baluarte ayudado
de Francisco Romanico y Juan Rodríguez Bermejo,
Capitanes de las galeras. El pueblo está puesto á orillas
de un río, por el cual habían subido con los bateles,
pero vueltos con la chusma se cargaron las piezas, dan-

A do prisa á ello el Sangaje Rete; el cual, por sentir la gente algo alborotada, no quería al principio que por entonces se sacase la artillería. No se tomó la posesión hasta después, por respetar á la Reina, y contemporizando con el alboroto de la gente, que no quedó sin castigo. Dieron vuelta las galeras á Gamocanora, y porque no podían entrar en el río, ni esperar fuera á causa de los bajos, donde con poco viento se podía temer grande daño, que el menor era perderse los vasos; considerando Gallinato que, si se perdiesen, el Rey quedaba en su tierra, de donde fuera imposible volverle á sacar, B aunque para ello se juntara mayor poder que el que de Filipinas había venido, y que el Rey de Ternate deseaba verse libre; habiendo comunicado con el mismo el modo que se podía guardar para llegar á Gamocanora, el Sangaje de ella le dijo: «Señor, si haces de mí la confianza que yo sé que puedes, y alcanzan mis consejos algún crédito contigo, no vayas allá con estas galeras, porque las aventuras á los arrecifes y á los vientos. Según esto, pues vienen aquí dos carcoas de Tidore, embárquense en ellas el Capitán Villagrá, el Escribano y el intérprete, y yo iré con ellos á mi tierra, donde se C hará lo mismo que si llegaran allá las galeras.» Tratólo Gallinato con Villagrá y aceptaron el medio. Salieron en las carcoas sábado á la tarde; y domingo por la mañana, antes que llegasen al río una legua, el Sangaje propuso al Capitán: que ya sabía que había muchos días que faltaba de su tierra por asistir al Rey, y que sus vasallos no tenían nuevas ciertas de su persona, y que podría ser, como lo suelen hacer, que en la boca del río saliesen con alguna Armada, guardando la en trada de él; que si así fuese no se alterase, que todos le habían de servir. A lo cual el Capitán le dijo la mucha D confianza que de él hacía, pues tan sin fuerzas se había entregado á sus consejos y venido á sus tierras casi desarmado, y que por ningún accidente la perdería. Llegando á la boca del río vieron salir trece embarcaciones, y estando ya fuera se pusieron en forma de media luna y vinieron cercando la carcoa del Capitán. El Sangaje, viéndolas llegar cerca, salió en público y dando voces les mandó sosegar. En conociéndole obedecieron y juntaron las embarcaciones, y llegaron á ha-

Cachil Rete.

El Sangaje de Gamocanora.

Villagrá confía del Sangaje

blarle. Informóse del estado de sus cosas y preguntó si A
su madre estaba allí. Dijéronle que sí, y de todo lo demás le dieron larga cuenta. Fueron adelante á dársela á ella de la venida de su hijo, y mandóles que juntasen toda la gente del pueblo y que ninguno apareciese con armas, porque nunca suelen dejar sus campilanes. Llegados hallaron juntos hasta las mujeres, y volviéndose á embarcar encontraron en medio del río con la madre del Sangaje que bajaba á ver á su hijo en una embarcación toda llena de mujeres, vestidas de varias sedas y altas plumas, y algunas armadas. Unas atendían á las velas, otras á los remos, otras asistían á la persona de B
aquella Princesa, sin que viniese en ella hombre alguno. La madre impaciente, en llegando á la carcoa del hijo, se abalanzó; mas él, con mayor diligencia, saltó en la embarcación de aquellas mujeres, y humillándose á su madre, hubo de ambas partes extremos de amor, abrazando y besando al hijo. De esta manera subieron todos el río, contra la corriente, hasta llegar al pueblo. En ambas orillas apareció gente con plumas y galas, aunque desarmados, y habiendo el Sangaje suplicado á su madre que desembarcase y se fuese á tierra, para acabarlo con ella se arrojaron todos los principales al C
agua y la sacaron en brazos. El Sangaje y Villagrá llegaron á una plaza, en medio de la cual hallaron una tienda de ramas sobre maderos, y sobre una alfombra dos sillas debajo de ella. Sentáronse con sus ceremonias, y el Sangaje declaró á sus vasallos como todos los señoríos del Rey de Ternate y sus personas eran ya del Rey de España, y la suya de la misma manera. De esto resultaba obligación de entregarle las fortalezas, que ya de todas las otras estaba apoderado, y sola aquélla faltaba; que diesen orden como el Capitán Español tomase la posesión y la artillería de ella. Suplicó Villagrá al Sangaje que se fuese á ver á su mujer é hijos, que á D
la tarde recibiría la entrega del fuerte y armas. Mas él respondió que no había venido á regocijarse con los suyos, sino á servir al Rey de España. Después dijo: si tú quisieres que los vea usaré de tu licencia, y si lo negares, me embarcaré sin verlos. No permitió Villagrá tan rigurosa puntualidad. Hízole instancia para que gozase de su casa antes de la posesión, y entre tanto

Navío todo de mujeres.

A quedó esperando con Juan de Vega y Antonio de Silva. Llegado el Sangaje á su casa, envió al Capitán hasta treinta Indios cargados de la comida, unos tras otros. Precedió á esto el traer bufetes, sillas, ropa blanca en sus fuentes y salvas grandes, y en ellas mismas los saleros y cuchillos, copas y aguamaniles, diversas frutas, gallinas asadas y fritas, cabra asada y cocida, y otros guisados al uso de su tierra. Poco antes de acabar la comida le trajeron un lecho y almohadas de raso verde y lo tendieron sobre alcatifas, para pasar sobre él la siesta. No tardó el Sangaje acompañado de su pueblo,

Hospeda el Sangaje á Villagrá.

B trayendo por la mano á su madre, y muchos hombres cargados de las armas que habían de entregar, recogidas de particulares, versos, mosquetes y arcabuces. Éstas traían Indios en hombros, muy enramadas, en señal del gozo con que las daban. En la fortaleza se hizo después lo que en las demás. Dió aquella noche el Sangaje de cenar al Capitán con la orden que la comida; al otro día almorzaron, y embarcados llegaron á donde Gallinato los aguardaba en las galeras, en Tacome, con algunos Indios de Sabubú, que vinieron con embajada para que Villagrá acudiese á apoderarse de su

C fortaleza. Sospechó que lo pedían con fraude, porque el intento de esta gente era procurar, llegados á Sabubú, que las galeras entrasen en el río, cuya barra era capaz, y después con más de mil quinientos hombres emboscados de la una y otra parte, echar aquella noche por el río algunos navíos de fuego, y tocando al arma los emboscados, por lo menos librarían á su Rey y á los demás que en las galeras estaban; y si no quisiesen los Españoles entrar con las galeras, prenderían al Capitán Villagrá cuando saltase en tierra, porque viéndole el Gobernador preso les entregase por su persona la

Traza de los bárbaros para cobrar la persona del Rey de Ternate.

D del Rey de Ternate. Dió aviso á Gallinato de esta traición una mujer Portuguesa que se había recogido en Tacome, huyendo de Ternate cuando se ganó, casada con un renegado, aunque ella era Cristiana. Gallinato disimuló, y con gran cautela advirtió á Villagrá que fingiese estar enfermo. Volvieron los naturales de Sabubú á hacer instancia por el Capitán, para entregarle su fuerza; pero rogándole Gallinato que se dispusiese para ir á ella, él se excusó con su enfermedad. Fueron

Aviso de una Portuguesa.

Aprehenden la fortaleza Vega y Silva.

sin él Vega y Silva y algunos otros Capitanes que hi- A
cieron el mismo efecto, sin el peligro de la traición. Volvieron con las galeras á Ternate, adonde hallaron á Don Pedro que condescendiendo con algunas peticiones justas y con otras graciosas, las cuales solamente pertenecían á la liberalidad, restituía lugares usurpados. Los primeros al Rey de Tidore, al de Bacham y al de Sián. Este, habiendo de haber llegado antes de la empresa, arribó tarde por los temporales. A Cachil Mole, Rey de Tidore, restituyó ocho pueblos que poseía en la isla de Maquién; á Cachil Raxa Laudín, Rey de Bacham, atento que ha conservado fidelidad á los Espa- B
ñoles y salió herido en el cerco que Andrés Hurtado puso á Ternate, le hizo gracia de la isla de Cayoa, Adoba y Bailoro, que confinan con Bacham, y de Lucabata, Balomata y otros lugares; á Rey Pereira, Sangaje de Labua, gran Cristiano y vasallo de Su Majestad, dió en tenencia la isla de Gane, y á Pablo de Lima otras que en otros tiempos los suyos poseyeron.

El Rey de Sian llegó tarde y después de la batalla.

Restituye Don Pedro lugares usurpados.

Restituye los templos Cristianos.

Era maravillosa la devoción con que restituía en cuanto pudo el culto Cristiano y los templos profanados. El de San Pablo mandó luégo cubrir y limpiar de un monte de tierra. Habíanle cobrado miedo y horror C
los Infieles porque cuantos entraron á habitar en él morían en breve término. Entrégose á los Padres Jesuitas, de quien antes había sido. Fundó el Convento de San Francisco en la Mezquita principal; el de San Agustín en casa de una hermana del Rey; el de Santo Domingo en la de un Cachil rico, hallándose presente el General con todo el campo al oficio de estas piadosas dedicaciones ó restituciones sagradas.

Resuelve Don Pedro de llevar á Manila los cautivos.

Tratóse en algunas juntas lo que sería bien hacer de las personas del Rey y de su hijo. Conferidos los pareceres se resolvió, que ni el uno ni el otro, ni los demás D
principales presos, deudos suyos, Cachiles y Sangajes de reputación, quedasen en el Maluco; y que por graves causas que se consideraron, no convenía tampoco desposeer por ahora al Rey, sino que gobernase su Reino por medio de personas quietas que él nômbrase. Había Don Pedro escrito á Su Majestad aquellos días el suceso de esta guerra. Por sus cartas, que las trajeron ciertas galeotas que pasaron á Malaca, se ve que

A tuvo al principio diverso intento, porque de fuerza (decía él) ha de quedar aquí cabeza poderosa á quien los Indios respeten por justas razones; y porque haya quien cuide del clavo, y ponga en cobro y recoja la cosecha, ha parecido que lo sea el Rey de Tidore; y así se le dará el nombramiento de Rey de Ternate, entre tanto que Vuestra Majestad ordena y manda lo que fuere servido; aunque de éste y de todos los Moros de por acá se puede fiar poco, por no haber en ellos más fidelidad, amistad, ni lealtad, de la que ven les puede ser de provecho; porque si viesen otra fuerza mayor

Quiso Don Pedro sustituir al Rey de Tidore en el Reino de Ternate.

B que la nuestra, nos desampararían, y lo mismo harían con todos los demás, que entre ellos es cosa muy usada. Hasta aquí es de Don Pedro. Esta última consideración le debió de persuadir á no fiar sus victorias, la restauración de nuestros templos, el vasallaje Real, y todo lo demás en las manos del Rey de Tidore; y aprobó la traza de los Gobernadores. Y así ordenó que al Rey y Príncipe vencidos se les dijese, que se daba esta forma en el gobierno para asegurarnos de sus confederaciones, pues era cierto que esperaban Holandeses, y que los habían enviado á llamar contra Es-

C pañoles; que supiese el Rey, que su libertad y restitución á sus Reinos pendía de la enmienda y del proceder que se esperaba en él y en los suyos, de la ayuda que darían á los Españoles que habían de quedar en Ternate, y de la segura correspondencia que con ellos habían de usar. Esta embajada llevaron al Rey el Padre Luis Fernández, de la Compañía de Jesús, Gallinato y Esquivel. Declaráronsela con suavidad, añadiendo su ida á Manila, y que por eso nombrase personas que en su ausencia gobernasen. El Rey, obedeciendo, se dispuso á todo, y nombró á Cachil Sugui y Cachil Qui-

Envia Don Pedro á notificar á Sultán Zaide que ha de salir de Ternate y que nombre Gobernadores.

D pat, los dos tíos suyos, para Gobernadores, por ser pacíficos y bien intencionados.

Cachil Sugui y Cachil Quipat, Gobernadores.

Señalaron día para la solemnidad de la obediencia; y en la sala mayor de la fortaleza, aderezada de telas y doseles ricos, sentado el Gobernador en el más digno, estando todo el ejército puesto en arma, propuso á los Reyes la causa de haberlos juntado, que era para jurar obediencia á Su Majestad, acto tan diferido y procurado por tantos medios de guerra. Estoy contento (les

Habla Don Pedro con los Reyes que juran vasallaje á la Corona de España.

dijo) de ver las muestras con que Vuestras Altezas se A han dispuesto para el juramento. Considérolas, mas antes las estoy viendo en los semblantes de todos; y no puedo dejar de dar lugar á los afectos que la ocasión despierta en mi pecho, en consideración de ser este el primer efecto de nuestra victoria. Nadie crea que se carga algún yugo, porque la magnanimidad del Rey nuestro señor, de la cual somos ejecutores sus Capitanes, forma tiene dada para distinguir los vasallajes. Vuestras Altezas, que son clientes suyos, ámenle, de manera que parezcan sus hijos. Bien sabemos que ni estas provincias pueden sufrir toda la servidumbre ni toda la libertad; B pero el vínculo de estas dos cosas tan contrarias, si no le desanudan Vuestras Altezas, nunca le cortaremos los Ministros Españoles. Don Pedro, habiéndose alargado poco más, les dió lugar para responder. Fué la respuesta darle gracias por la mansedumbre con que se había con todos; y confiriendo un poco en su lengua, no sin diferencia en los semblantes, se ofrecieron prestos á la obra; la cual se comenzó y concluyó con prolija ceremonia. Juraron vasallaje al Rey Felipe nuestro señor, en manos del Gobernador Don Pedro, el primero Cachil Sultán Zaide Bujey, Rey de Ternate, y Cachil Sulamp Gariolano, su hijo el Príncipe; Ca- C chil Mole, Rey de Tidore; Cachil Raja Laudín, Rey de Bacham; Cachil Dini, Rey de Siam, que nunca lo habían prestado, sino sola amistad. Tras estos juramentos se siguieron los de los Sangajes y Cachiles, Tulo, Codate, Amuja, Rete, Ale, Nayo, Quipate, Colambaboa, Dejebes, Pamuza, Babada, Barcat, Sugi, Gugu, Bulcife, Gulila, Maleito, Banaba, Príncipes todos deudos y vasallos de los Reyes Malucos. Prometieron no admitir Holandeses ni otras naciones en la contratación del clavo, y de darlo sólo á Su Ma- D jestad y á sus vasallos; de acudir con sus personas, gente y navíos, todas las veces que fueren llamados por el que tuviere la fuerza de Ternate ó Filipinas.

Acto del juramento de obediencia al Rey nuestro señor que hicieron los tres Reyes y los Sangajes.

Diversas capitulaciones.

Capitulóse juntamente, que no pondrán estorbo á los Mahometanos ó Gentiles que quisieren ser Cristianos. Quedaron contentos con los principios del nuevo dominio, porque el de Ternate los traía oprimidos, como más poderoso y favorecido de Holandeses; y

A no vivían con seguridad alguna contra su tiranía, particularmente desde que mandó matar al padre del Rey de Tidore á traición, y al del Rey de Bacham en la guerra, y á un primo suyo, de que ambos conservaban las quejas. Ordenó Don Pedro que en Tidore se levantase otro fuerte, y que residiese en él un Capitán con cincuenta soldados. Pidiólo el mismo Rey, y con su asistencia se puso luégo en perfección. Para dejar satisfecho al pueblo, y que gozase frutos de la victoria, y que no se persuadiese que había de servir para apretarlos más, se acordó que á los de la isla de Ter-

Alivio del pueblo Maluco.

B nate se les quitase por ahora la tercera parte de los tributos que solían pagar; y por ser aquella fortaleza antigua, pequeña y no capaz para grandes defensas, pareció hacerla en parte eminente, mayor y más fuerte. Dejóse la planta, y orden para que pasase la fábrica adelante. Redújose la fortaleza antigua á un breve sitio, entre tanto que la nueva crecía; la cual, antes de salir de Ternate, dejó acabada, cerrada y terraplenada. Quedaron en ella para defender la tierra de cualquier invasión seiscientos hombres, agregados en seis compañías; reformó otros seis Capitanes; dejó doce artille-

Fortificaciones nuevas.

Gente para el presidio.

C ros, sesenta y cinco gastadores, treinta y cinco canteros, dos bergantines buenos, que se pueden, á necesidad, armar de gastadores, y por su Teniente al Maestre de Campo Juan de Esquivel, y á su cargo todo el Maluco; al cual, el día que precedió al de la partida, entregó una breve instrucción, considerada y consultada. Tuvo antes con él diversas pláticas secretas, proveyendo á todos los casos que podían ocurrir, y estando para partir le dijo en presencia de los Capitanes: «Si la obligación de acudir á Manila no me llamara, ninguna asistencia me fuera tan honrosa, ni tan suave, como la de

El Maestre de Campo Juan de Esquivel queda en Ternate.

Plática de Don Pedro con el Maestre de Campo Esquivel.

D Ternate. Porque cuál tierra más á propósito para vivir que la que un hombre adquirió por sus armas? Y cuál ejercicio más meritorio, que introducir la fe y la policía, que defender los Ministros de ambas cosas? Pero no es posible gozar de ellas faltando á las ocupaciones de la provincia. He hallado modo para no carecer de lo uno ni faltar á lo otro, sustituyendo á Vuestra merced en mi lugar, de cuyo valor me han dado tantas prendas las hazañas y prudencia de que soy testigo.

Las islas de la Corona del Maluco van sintiendo el A nuevo estado en que las ha puesto la justicia de nuestra causa; pero en caso de resistencia sé yo cuán valerosamente sabrá Vuestra merced sujetarlas. Si se alcanzare la paz, también confío que el Maestre de Campo Esquivel sabrá suspender las armas con el valor con que las sabe ejercitar; porque á la tranquilidad de la paz no le faltan ocasiones y materias que dar á la virtud. De nuevo encomiendo á Vuestra merced las islas Malucas; la buena correspondencia con los Reyes de ellas, con los Capitanes y soldados Españoles y Filipinos, y la providencia que para la conservación y B establecimiento de lo adquirido es menester. Yo tengo escrito y escribiré al Rey nuestro señor la elección que de Vuestra merced he hecho. Pienso que la aprobará; pues para esta guerra mostró tener de su persona tan gran concepto. Finalmente, Vuestra merced tenga en la memoria que queda en el Maluco para ejecutor de una parte la más feliz, pero la más dificultosa en las guerras, que es el usar de la victoria.» Dicho esto abrazó al Maestre de Campo y á los Capitanes, y con salva de artillería se embarcó. Todos los cautivos, Rey y Príncipe de Ternate, veinticuatro Sangajes y Cachiles, C se embarcaron en la galera Patrona, á cargo del Capitán Villagrá. Dióle comisión particular para ponerlos en Manila, y en esta orden se hicieron á la vela. A la partida de nuestra Armada con los despojos y prisioneros, siguieron las diligencias del Maestre de Campo Esquivel, junto con dar prisa á las fortificaciones comenzadas en diversas partes. Entre tanto que navegaron los victoriosos, ordenó que á cuatro de Mayo partiese el Rey de Tidore con su Armada, y en ella algunos Españoles, cuyos Capitanes eran Pascual de Alarcón y Martín de Esquivel, á Sabubú, para persuadir á los Ca- D chiles Sugui y Quipat que volviesen á la ciudad, porque con su ejemplo volverían también el vulgo y ciudadanos, á quien la fuga y horror de la guerra llevó á las montañas, y dejando las soledades todos osarían fiarse del vencedor y tratarían de la paz. Llegó el Rey Tidore con los demás á Sabubú; envióles sus Embajadores, los cuales propusieron su demanda, añadiendo que si para venir en ella querían rehenes se les entre-

Envia Esquivel á llamar los Gobernadores de Ternate.

Rehusan los Gobernadores Ternates la venida.

A garían los Capitanes Españoles que venían allí. Los Gobernadores, no solamente no dieron oidos á su embajada, sino que les enviaron á protestar que se fuesen de Sabubú. Sintió Esquivel estas muestras desabridas y desconfiadas, porque en aquella fortaleza y en Xilolo se encerraba la mayor parte de la gente de la isla, y aquella repulsa, á vista de los Malucos ahuyentados, prometía mayor resistencia. Entre tanto que se apercibía á la reducción de éstos, procuró atraer con dones á los naturales de un lugar, dos leguas de Ternate, llamado Tacome, al cual se había también recogido otra
B parte de los que huyeron. Envióles cantidad de los despojos del saco. Puso en Tacome y en Malayo soldados de salvaguardia para quietarlos y defenderlos de Tidores, enemigos suyos y vencedores.

Tacome y Malayo con guarda.

Nuestra Armada en Maquién.

Vuelto sin negociar el Rey de Tidore y nuestros Capitanes de Sabubú, partieron en la Armada á Maquién para cobrar por paz la parte de aquella isla que el Gobernador Don Pedro quitó al Rey de Ternate, para restituirla al Tidore. Al mismo tiempo llegaron también á ella dos naves holandesas. Era la una la misma que halló nuestra Armada algunos días antes
C en el puerto de Talangame; la cual, habiendo sido testigo de nuestra victoria, se volvió á juntar con la otra, y ambas vinieron al Maluco, por orden del Capitán Holandés que reside en Amboino, para animar al Rey de Ternate á perseverar en su desobediencia y socorrerle contra nuestra Armada. Avisaron los nuestros al Maestre de Campo; y él, ordenando que saliesen nuestras galeotas, mandó que buscasen aquellas naves y las siguiesen, para no dar lugar á que sus lanchas se alargasen de ella y que procurasen estorbar su contratación con los naturales. Aunque fué esta or-
D den ejecutada, á tercer día aparecieron las naves á vista de Ternate. Pasaron á dar fondo en Xilolo, donde el mayor número de los Malucos que huyeron se había fortificado. Prosiguiendo los huéspedes su costumbre, llamaron los demás vecinos esparcidos por otros pueblos, y acordaron de pasar á Xilolo y Sabubú. Juntaron sus embarcaciones, y con ellas y con los navíos holandeses quisieron prohibir los daños que nuestras galeotas hacían y socorrer á los suyos. Esta nueva re-

Naves holandesas á vista de Ternate otra vez.

Resistencia de la isla Xilolo.

belión se ejercitaba á vista de los navíos de Holanda, surtos en Xilolo, haciendo escolta y defendiéndolos de nuestras Armadas. El Maestre de Campo suplicó al Rey de Tidore, recién vuelto de Maquién, que trajese mayor número de carcoas armadas, para que en ellas y en las galeotas llegase nuestra infantería á dar sobre Xilolo y Sabubú, para extinguir aquellos principios antes que cobrasen fuerzas; porque además del puerto en que las naves enemigas estaban surtas, podían aportar los nuestros en otros surgideros. El Rey de Tidore puso tantas dificultades que no le pudo Esquivel persuadir. Hallóse otro medio de más efecto. Viendo que era forzoso que de la provincia del Moro é isla de Moratay, por ser tan abundantes, habían los fugitivos de traer bastimentos, especialmente arroces, y que abrasadas por los nuestros en el tiempo de aquella guerra las embarcaciones Malucas, también las habían de suplir de las mismas islas, acordóse que acudiesen ciento veinte Españoles con el Sargento mayor Vergara y el Rey Tidore á ellas, para descomponer estas esperanzas y socorro, y para que estrechados de la necesidad se redujesen á nuestra obediencia. Aportaron, pues, los nuestros en Batochina (es la misma Xilolo), donde está Sabubú, y dejando la playa caminaron la vuelta de una gran población (refugio también de los que huyeron), ribera del río Gabocanora, por montes de asperísima espesura. No hallaron en el camino otra ofensa ni estorbo que las púas de que usan. La mayor defensa tenían en el río; pero en sintiendo la venida de Españoles le desampararon, subiéndose á las montañas, abandonadas sus casas y embarcaciones. Embistieron los nuestros ambas cosas; pegáronles fuego y cautivaron á los que osaron esperar. Todos al fin, á las llamas y al horror, perdieron aquellos bríos, reduciéndose á más modestas esperanzas. Al mismo género de estrago pereció la ciudad Visoa, y las reliquias de ella pidieron perdón y obedecieron. De aquí se apartó el Rey de Tidore con ocho carcoas, dejando las otras para acompañar al Sargento mayor y las galeras. También por haber mostrado la misma resistencia ardió la villa Mamuya. Pasaron los nuestros en embarcaciones pequeñas á Galela, edificada en un lago espa-

Ciento veinte Españoles en Batochina.

Visoa obedece por fuerza.

A cioso, y persistió en su obstinación hasta que las llamas y el hierro la domaron, huyendo hasta los niños á nado. Tolo, Chiava y Camafo, cuyos naturales un tiempo fueron Cristianos (tres leguas de Galela), no esperaron la opresión militar. Enviaron desde Tolo, que es la más fuerte, Embajadores con ramos floridos de bonanas y clavos verdes y blancos: venían sin armas y con música, y representaron á los nuestros cuánto se dolían de la inobediencia pasada (culpa de Sultán Zayde), y de haberse desviado de la Religión Cristiana, y que allí se presentaban prestos á recibirla. Fueron ala-B bados del Capitán Español y tratados con benignidad. Adolecían los nuestros aprisa; por lo cual, y porque los vendavales se esforzaban, hubo de suspender la expugnación de Moratay. Pero dejó en Tolo algunos soldados y los versos que prendieron en Gabocanora para seguridad de los pueblos reducidos y defensa contra los de Galela y Tabelo, población mayor que estas otras, y volvióse á Ternate, no sin tormentas y peligros, por haber dado crédito á un forzado Maluco.

Queman los nuestros á Mamuya y Galela y otros pueblos.

Obediencia de los de Tolo, Chiava y Camafo.

El Sargento mayor en Ternate.

La una de las naves de Holanda se partió de Xilolo, quedando la otra surta, y la ciudad proveída de todo C aparato y materia militar para resistir. Llevó dos criados del Rey de Ternate, con quien prometió de volver de allí á cuatro meses con socorro á Bantán, en el estrecho de Sunda, que es su primera y principal escala en aquellas partes.

Bantán, escala de las navegaciones de Holandeses.

El Maestre de Campo armó una galeota, un bergantín y algunos vasos menores de infantería y Sangleyes de remo, á cargo del Alférez Cristóbal Suárez, el cual partió en próspero tiempo para aprehender la isla Mateo, cuyo principio es treinta leguas al Poniente de Ternate: su longitud más de ciento cincuenta; por otro D lado se avecina al Reino de Macazar, sujeto á Príncipe Mahometano, con quien contratan los de Malaca y con otros Reyes Gentiles de quien hubo fama que deseaban ser Cristianos. Alcanzóles la tiranía del Rey de Ternate, sus invasiones y sus incendios. Escribióles Esquivel los sucesos y victorias del Rey de España. Persuadióles que viniesen á su devoción, y sobre todo que se uniesen al gremio de la Iglesia. Envióles ropas y preseas de Europa (es aquélla la moneda) y á ofrecer

Expedición contra la gran isla Mateo.

Envía Esquivel Embajadores á los Reyes Gentiles para que sean Cristianos y que reconozcan á España.

las armas de España, por las cuales había caído aquel tirano, á quien ellos pagaban tributo. Decía que les enviaba armas y navíos, y que los suyos podrían de allí adelante llegar seguros y libres á contratar al Maluco. Eran estos dos hermanos Reyes, el uno de Bool y el otro de Totoli. Regocijáronse con el Embajador Cristóbal Suárez, y con algunas piezas de terciopelo que por señal de amistad les ofreció. Ellos le dieron otros dones y bastimentos en abundancia y le despacharon, escribiendo al Maestre de Campo estos breves renglones: A

Los Reyes de Bool y de Totoli escriben al Maestre de Campo Esquivel.

«Estando mi hermano el Rey Don Miguel de partida para esa fuerza, en compañía del Alférez Cristóbal Suárez, quiso la fortuna que llegase una Armada del Rey de Macazar, que nos robó un pueblo que es de Totoli, adonde nos mataron ciento cuarenta hombres, y entre ellos á nuestro tío que gobernaba aquel pueblo, y cautivaron doscientas mujeres, sin muchos niños. Los demás que quedaron huyeron al monte, por lo cual no pudo ir mi hermano ocupado en mirar lo que se podía hacer para rescatar la gente cautiva, porque entre ellos están mis parientes. La cantidad de la Armada son ciento treinta embarcaciones muy grandes. Por esto no se nos ponga culpa de no ir á vernos con Vuestra merced y dar la obediencia á Su Majestad, como somos obligados; pues el Rey de Ternate es desbaratado, y tenemos ahora tan buen Rey como el de Castilla; por donde, las embarcaciones que vinieren en busca de mantenimientos serán bien recibidas. Lo que pido á Vuestra merced, en nombre de Su Majestad, que para nuestra defensa nos haga merced de algunas armas de fuego, pólvora y balas, que todo estará aquí como prenda de Su Majestad. Para el año que viene quisiera yo ir á Manila á hablar con el Señor Gobernador; y para esto con ninguna persona lo haremos si no fuere con la del Alférez Cristóbal Suárez, por ser como otro hermano nuestro y tratar cosas con el Gobernador de importancia. Las cosas de este pueblo son tan pocas para poder servir á Vuestra merced, que tenemos vergüenza de enviarlas, porque con esta Armada no nos dió lugar á poder hacerlo como lo pide nuestra obligación. También recibimos las piezas de tercio- B C D

A pelo, de que Vuestra merced nos hizo merced, por las cuales besamos á Vuestra merced las manos, á quien Dios guarde muchos años. De este pueblo de Bool á diez de Octubre de mil seiscientos seis.—Aquí enviamos á hablar con Vuestra merced al Sangaje portador de ésta, que es nuestro cuñado, á quien Vuestra merced puede dar crédito en todo lo que dijere.»

No dió á Esquivel menores muestras de satisfacción y deseo de unirse por vasallaje al Rey de España, la Reina Dongue, de Cauripa, en esta carta:

«Muchos años há que siempre deseé tener por mi
B señor al Rey de Castilla, y darle el vasallaje que le debo; pues siempre estuve en guerra con el Rey de Ternate, sólo por amistad del Rey de España. Y así fué el Alférez Cristóbal Suárez muy bien recibido en este pueblo, deseando en todo servirle. El champán que aquí queda, por no estar para navegar, queda á mi cargo y la gente de él; por lo cual me obligué al Alférez á mirar por ellos como por mis hijos: lo cual verá Vuestra merced el tiempo adelante; que siempre las embarcaciones que aquí vinieren serán muy bien recibidas. Y así lo juré y prometí de mirar por ellos al dicho Alfé-
C rez. No más, sino que Dios Nuestro Señor guarde á Vuestra merced, etc.»

Varios sucesos de los nuestros.

Los presidios de los lugares rebeldes fueron asaltados por los Españoles, pero redujéronlos á la obediencia. El Rey de Tidore andaba haciendo estragos en las costas de Batochina. Cobró para Su Majestad y para sí las fortalezas y lugares que el de Ternate le había usurpado; saqueó la gran población de Mira en Moratay, y cautivó gran parte de los resistentes (también habían sido Cristianos). Cautivó un Guimala (quiere decir cabeza de barrio), al cual restituyó en su libertad á ins-
D tancia de los nuestros. Remitióle con otros dos Guimalas, en compañía del Capitán Juan de la Torre. Andábanse reduciendo las islas de aquella parte con pequeña resistencia. Las de los Meaos al Noroeste, camino de Manila, que son muchas y de grandes poblaciones, se defendieron también con socorros é ingenios de Holandeses; pero llegando con nuestras galeras fray Antonio Flores, lego Agustino, que contra los Sangleyes de Manila peleó, como vimos, abajaron las cervices. Costó la

paz algunos incendios y cautiverios. Sobrevino á esta facción el Alférez Luis de Zuazo, y hallándose victoriosos y sabiendo que la nave holandesa se había partido de Xilolo, navegaron para darle caza. No fué posible por su ligereza, pero en Xilolo y en Sabubú continuaron la guerra. Los Gobernadores amainaron de las quejas y del designio. Escribieron al Maestre de Campo, y él les respondió enviándoles copia de las capitulaciones, con que prometieron llegar pacíficos á Ternate. Todos nuestros Capitanes andaban esparcidos, atrayendo por armas ó por otros medios los ánimos y obediencias de las islas rebeladas del Maluco; particularmente las del Sultán de Ternate, que son pocas menos de ciento, y la paz se andaba introduciendo, si no deseada, á lo menos tolerada y recibida con los movimientos que para el decoro de ella son necesarios.

Redúcense los Gobernadores.

A

B

Entre tanto que las Malucas bajaban compelidas las cervices al yugo, navegaba el Gobernador Don Pedro de Acuña para Manila. El Capitán Villagrá desviado de la Armada con el Rey, Príncipe de Ternate y los Sangajes presos en la Capitana; de lo cual (y tuviera efecto si la gente de guerra que los guardaba no lo estorbara) les nació designio de intentar la huída en el Reino de Mindanao. Entendiólo ó sospechólo Villagrá, doblóles las postas, y á los ocho más briosos echó en cadena: fué de los señalados Cachil Amuja, el Sangaje Rete y el de Mofaquia. Todos llegaron á Manila, aunque antes de llegar á ella les quitó las prisiones, habiéndolas llevado diez días, con grave sentimiento del Rey, á quien con esperanzas y diciéndole algunos fundamentos de sospechas, dejaron satisfecho hasta que cesó el peligro de quitarlas. El de Mindanao consintió en esto. Aunque aquellas islas no son tributarias, précianse de amigas del Ternate; y es cierto que si intentara la fuga le valieran en ella, y Villagrá fué avisado de que el Rey admitió ó movió la plática: aunque en la Patrona ni en la Capitana de Don Pedro no faltaba cuidado.

Intentan de huír el Rey y prisioneros Malucos.

C

D

En todo el tiempo que habemos visto no llegó la nueva de nuestra victoria á Filipinas. De este silencio y suspensión argumentaban en aquellas partes y particularmente en Manila, que Don Pedro y la Ar-

A mada habían perecido, ó sucedídole tan siniestramen-
te que causase llanto general. Nunca la virtud careció
de émulos que la persigan, y á Don Pedro no le fal-
taban en Manila; mas aunque eran conocidos por tá-
les, de manera que la sospecha vulgar los hace auto-
res del veneno, de que se creyó haber muerto aquel

Murió Don Pedro de Acuña de veneno.

gran Caballero, veintidos días después de llegado, ca-
llaremos sus nombres; pues no es digno del escritor
que ha de guardar neutralidad é indiferencia en el
afecto, dar fuerzas al indicio que hasta ahora no las
tiene más que de la sospecha. Todos son muertos ya,
B y juzgados en el Tribunal donde ni un pensamiento
pasa sin examen. Estos, pues, esparcieron voz de que
Don Pedro habiendo acometido á Ternate, la entró
con felicidad; pero que su gente se había embarazado
tanto en el saco, que los bárbaros, volviendo sobre sí,
dieron sobre los Españoles y los retiraron con muerte
de la mayor parte de ellos. Que el General avergonza-

Publican los mal afectos á Don Pedro que se perdió en la jornada por su mal gobierno.

do de la falta de gobierno no osaba volver á Manila.
Esta fama llegada á oídos de los Indios, hizo tanto da-
ño que los comenzó de amotinar, particularmente en
las provincias de Camarines y Pintados; y los Frailes
C que atendían á su doctrina ya no se podían valer con
ellos, porque decían, que pues los Malucos quedaban
victoriosos, para qué habían de ser ellos sujetos á los

Comienzan los Indios de Filipinas á amotinarse con la falsa nueva de la pérdida de Don Pedro de Acuña.

Españoles? que no los defendían de los Moros; que ca-
da día les robarían con el favor de Ternate, y que peor
sería de aquí adelante. No paraban en solas murmura-
ciones, porque pasaban á conferirlas y á tratar de al-
guna ejecución; pero toda se desvaneció con la verdad
y con la nueva de ella, que precedió á la llegada de los
vencedores, y con el aparato y prevención que vieron
para su recibimiento y alegrías triunfales. El tiempo
D les fué oportuno y sosegado en todo, y cargados de re-
putación y de victorias llegaron á Manila á nueve de
Junio, habiendo primero reposado en el puerto de Ca-
vite, dos leguas antes. Divertíanse con los nuestros
engañando la memoria, entre tanto que de varias se-
das se acabaron vestidos para los cautivos del Tesoro
público, que es la Caja Real de Filipinas. Miraban tris-
tes y admirados el puerto, murallas, fortalezas y edi-
ficios de aquella ciudad, con cuyo espectáculo se les

refrescó la memoria del último día en que cayó el soberbio **A** estado de su libertad. Nuestros Capitanes mezclaban en la plática algunos consuelos corteses, diciéndoles que en llegando á España la nueva de su reducción y de que á los peligros antiguos quedaba puesto seguro remedio, mandaría Su Majestad restituir sus personas. Ninguna de estas razones obraba sosiego en los bárbaros; antes llegaron á quejarse del General porque sospecharon, ó les dijo alguno de los nuestros, que no les había de guardar el salvoconducto y palabra Real en que se fiaron; y que en caso que Sultán Zaide quedase en Filipinas, se tenía por cierto que traerían **B** á Gariolano, su hijo, á Europa por Nueva España. Esta tristeza llegó á oídos del General, y juzgando que convenía para el crédito de la verdad Cristiana y de la Nación Española desvanecer aquellas sospechas, les escribió, y con el Capitán que trajo las cartas envió á persuadir al Rey que no cayese del ánimo y confianza que en la palabra y fe Real había depositado. Con esto serenaron el pecho y recibieron ó fingieron que recibían aquel consuelo. Llegaron entre nuestro ejército,

Saluda Manila á los vencedores con salva de artillería.

y acercándose á las murallas de Manila disparó la salva de la artillería. Respondieron las fuerzas de la ciudad **C** y la arcabucería. Desembarcó el Rey en una huerta que el Gobernador tenía fuera de los muros, donde reposó aquella noche; y habiéndole apercibido el hospedaje con la magnificencia que se pudo, y para los

Entra Don Pedro en Manila con los prisioneros y despojos.

demás prisioneros según sus calidades, entró en Manila con la gente de guerra y ostentación de los cautivos y de sus despojos. No faltaron arcos triunfales y las inscripciones que en ellos se suelen poner á los vencedores. Los atavíos de los prisioneros en los mantos, turbantes y penachos convenían mal con su fortuna, porque hacían más soberbios los semblantes y mostraban **D**

Descripción de la persona del Rey de Ternate.

arrogancia. Tiene aquel Rey disposición robusta, bien trabados los miembros; muestra la cerviz desnuda con gran parte del pecho; la carne de color de nube, más negra que parda; las facciones del rostro son de hombre de Europa; ojos grandes y rasgados: lanza al parecer centellas por ellos; añádenle fiereza las pestañas largas, las barbas y mostachos espesos y de pelo liso. Trae siempre ceñido su campilán y daga criz,

A ambos de empuñaduras en forma de cabeza de sierpes doradas: así lo afirman los Capitanes que le acompañaron y le han conversado con familiaridad, á quien él acaricia con buen modo, y las relaciones y el retrato imitado del natural que el General envió á España para Su Majestad. Continuaron el celebrar la victoria en diversas fiestas, á las cuales asistían los bárbaros, que eran la principal materia de ellas. El Rey de Ternate, sabiendo que se despachaban Embajadores á España con la nueva de los sucesos y prisiones, las escribió al Rey nuestro señor sucintamente, mezclando alabanzas

Fiestas por la victoria.

B de Don Pedro de Acuña y de algunos Capitanes Españoles. Represéntale la mudanza de su estado con sumisión, aunque no con humildad; suplica á Su Majestad que ejercite la benignidad Real con los vencidos, por la grandeza de su pecho, por la fidelidad que para siempre le tienen jurada y prometida de vasallaje. Era esta carta de mano ajena y en Lengua española. Dándosela á firmar, el Rey volvió el papel de alto para abajo, y en la media plana blanca escribió su nombre en letras persas, creyendo que firmaba en el principio de la carta, como lo acostumbran los Príncipes de

C aquellas provincias. Reducido, pues, el Maluco, pasaron á él nuestros Ministros y Predicadores. Volvió la voz del Evangelio á sonar en los últimos fines de la tierra.

B

C

F

SEÑORES QUE FORMAN LA JUNTA LITERARIA

DE LA

Biblioteca de Escritores Aragoneses.

PRESIDENTE.

D. Faustino Sancho y Gil.

VOCALES.

D. Antonio García Gil.

D. Tomás Ximénez de Embún.

D. Santiago Penén.

Excmo. Sr. D. Luís Franco y López, Barón de Mora.

Sr. Rector de las Escuelas Pías.

D. Marceliano Isábal.

Excmo. Sr. D. Martín Villar.

Sr. Presidente del Ateneo de Zaragoza.

Sr. Presidente de la Academia jurídico-práctica Aragonesa.

Sr. Presidente de la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

Excmo. Sr. D. Joaquín Martón y Gavín.

Ilmo. Sr. Rector de la Universidad.

D. Antonio Hernández Fajarnés.

D. Mario de Lasala.

D. Francisco Zapater.

Sr. Decano del Colegio de Abogados.

El Secretario de la Junta,

Manuel Lascorz.

